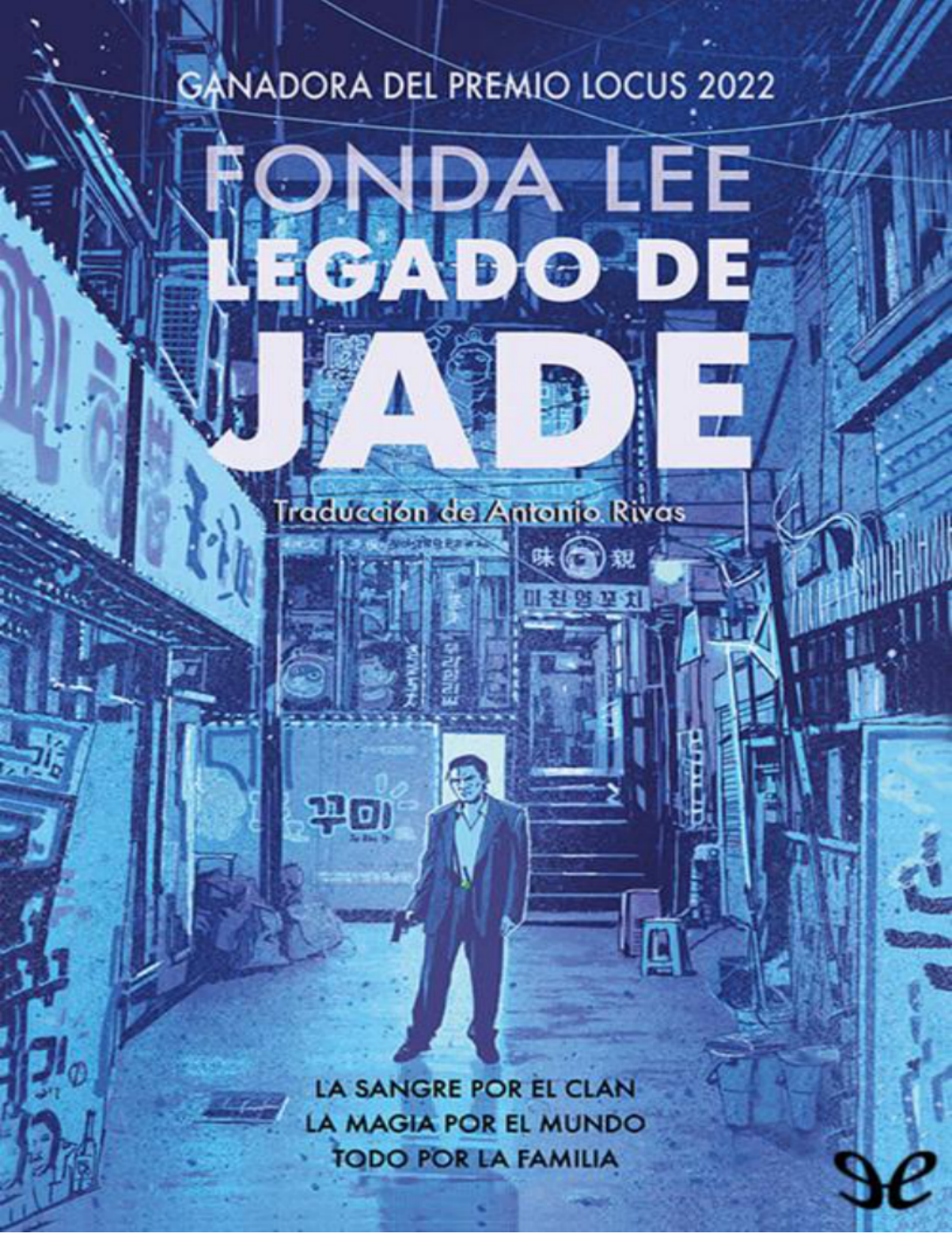
GANADORA DEL PREMIO LOCUS 2022

FONDA LEE

LEGADO DE JADE

Traducción de Antonio Rivas



LA SANGRE POR EL CLAN
LA MAGIA POR EL MUNDO
TODO POR LA FAMILIA

El jade, un elemento misterioso y mágico que constituye la fuente del poder y la cultura de los guerreros huesos verdes, ahora es codiciado fuera de la isla de Kekon. Todas las naciones ansían tener acceso a las habilidades sobrenaturales que este mineral proporciona. A medida que la lucha por el control del jade se encarniza, la supervivencia de la familia Kaul y las antiguas costumbres de los huesos verdes se irá viendo cada vez más amenazada.

Golpeados por la guerra y la tragedia, los Kaul deberán saldar antiguas deudas y cerrar viejas heridas, mientras sus adversarios se preparan para asestarles el golpe definitivo y su país se desgarra a causa de la interferencia extranjera. El clan deberá distinguir a los aliados de los enemigos, dejar de lado las sangrientas rivalidades y hacer terribles sacrificios… Pero incluso los lazos irrompibles de sangre y lealtad pueden no ser suficientes para asegurar la supervivencia de los clanes de huesos verdes y la nación que juraron proteger.

«Legado de jade» es el tercer libro de la «Saga de los huesos verdes», una trilogía épica sobre la familia, el honor y aquellos que viven y mueren según las antiguas leyes de la sangre y el jade.

Fonda Lee

Legado de jade

Saga de los huesos verdes - 3

ePub r1.0
Titivillus 17.02.2024

Título original: *Jade Legacy*
Fonda Lee, 2021
Traducción: Antonio Rivas Gonzálvez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Fonda Lee

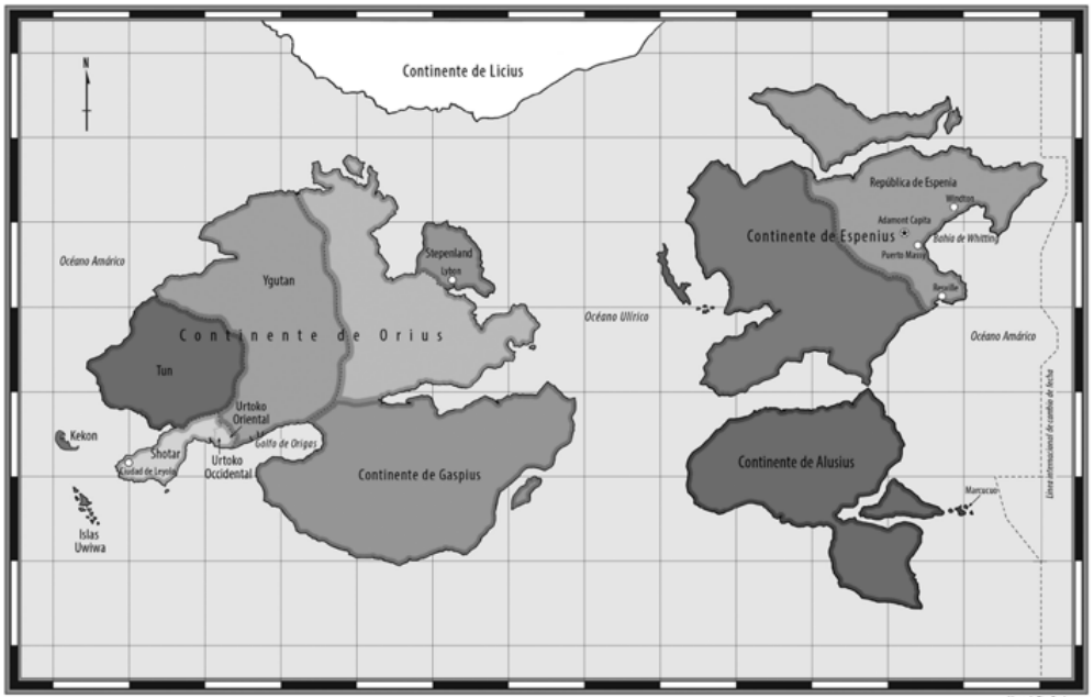
Legado de jade

Saga de los huesos verdes: libro 3

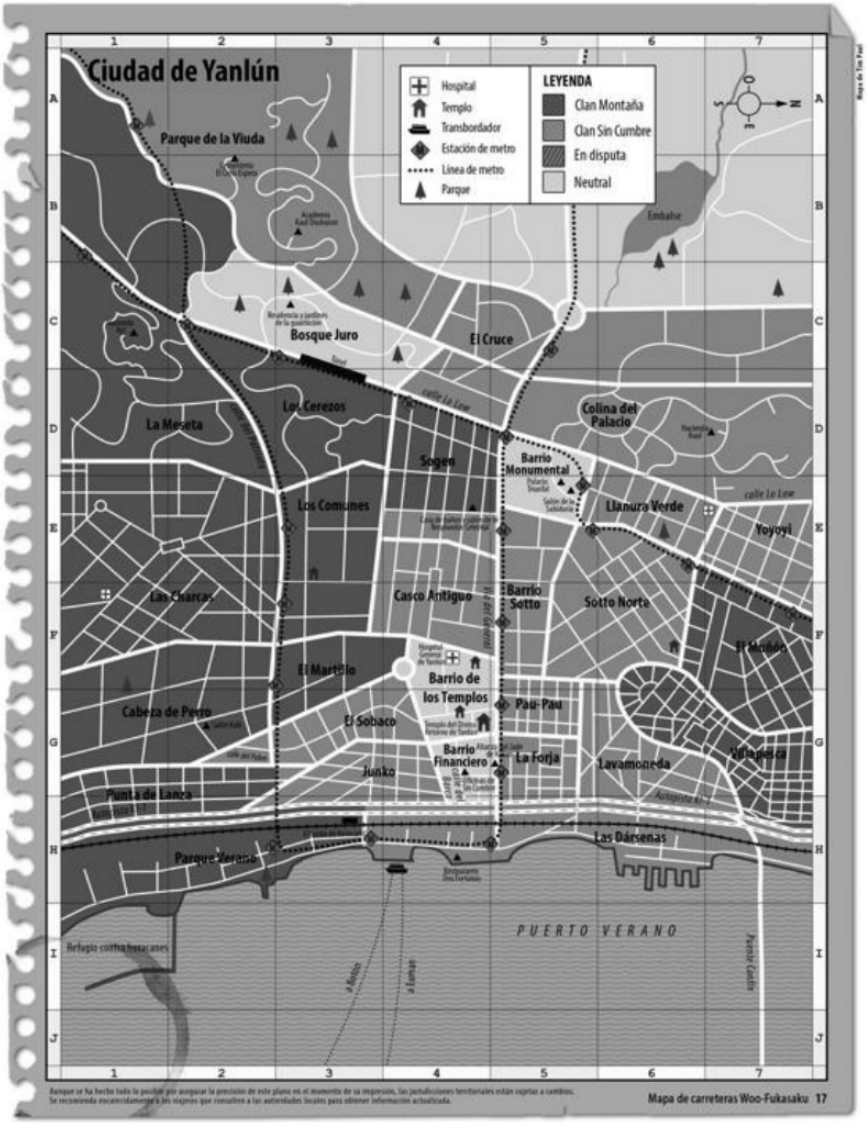
Traducción de
Antonio Rivas

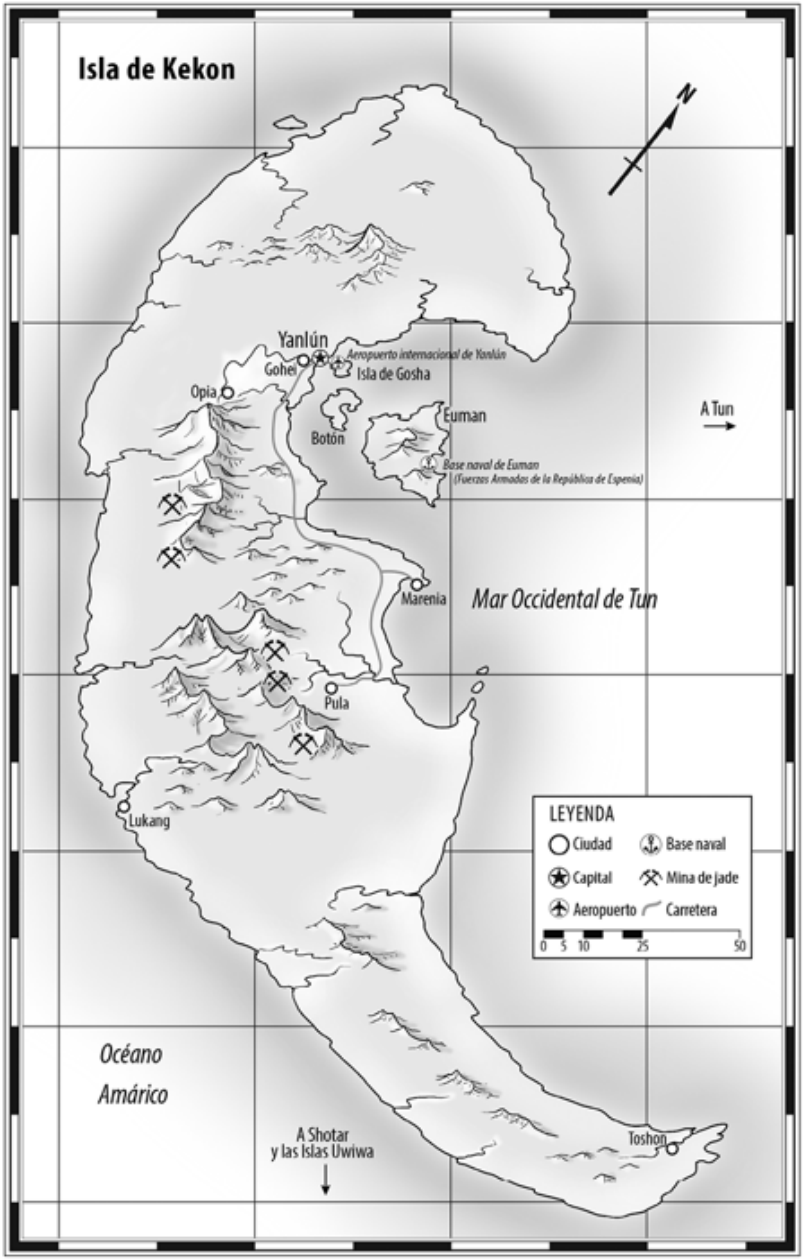
Corrección de estilo a cargo de
Natalia Cervera

Para Lahna y Aaron. Con amor y orgullo hacia mi pequeño clan.



Mapa de Tim Paul


Ciudad de Yanlún
LEYENDA
Hospital
Templo
Transbordador
Estación de metro
Línea de metro
Parque
Clan Montaña
Clan Sin Cumbre
En disputa
Neutral
Parque de la Viuda
Embalse
Bosque Juro
El Cruce
La Meseta
Los Cerezos
Colina del Palacio
Sogen
Barrio Monumental
Los Comunes
Llanura Verde
Yoyoyi
Las Cisarcas
Casco Antiguo
Barrio Sotto
Sotto Norte
El Martillo
Barrio de los Templos
Pau-Pau
Cabeza de Perro
El Sobaco
Barrio Financiero
La Forja
Lavamoneda
Junko
Punta de Lanza
Las Dársenas
Parque Verano
PUERTO VERANO
Refugio contra huracanes
Aunque se ha hecho todo lo posible por asegurar la precisión de este plano en el momento de su impresión, las jurisdicciones territoriales están sujetas a cambios.
Se recomienda encarecidamente a los viajeros que consulten a las autoridades locales para obtener información actualizada.



Mapa de Tim Paul

Junto con sus aliados y enemigos Clan Sin Cumbre

Kaul Hiloshudon: pedestal
Kaul Shaelinsan: hombre del tiempo
Emery Anden: Kaul por adopción
Kaul Maik Wenruxian: esposa de Kaul Hilo, una ojos de piedra Kaul Lanshinwan: anterior pedestal del clan, hermano mayor de Hilo y Shae; fallecido Kaul Nikoyan: hijo de Kaul Lan, hijo adoptivo de Hilo y Wen Kaul Rulinshin: hijo de Hilo y Wen, un ojos de piedra Kaul Jayalun: hija de Hilo y Wen

Juen Nurendo: cuerno
Juen Imriejin: esposa del cuerno
Juen Ritto, Juen Din: hijos gemelos del cuerno Maik Tarmingu: asistente del pedestal Maik Kehnugo: anterior cuerno; fallecido
Maik Sho Linalin: viuda de Kehn
Maik Camiko: hijo de Kehn y Lina

Lott Jinrhu: un puño del clan Woon Papidonwa: sombra del hombre del tiempo Woon Ro Kiyalin: esposa de Woon Papi

Hami Tumashon: hacedor de lluvia Hami Yasutu: hijo de Hami Tuma

Terun Bintono: un hacedor de fortuna Luto Tagunin: un hacedor de fortuna

Kaul Seningtun: la Antorcha de Kekon, patriarca de la familia; fallecido Kaul Dushuron: hijo de Kaul Sen, padre de Lan, Hilo y Shae;

fallecido Kaul Wan Riamasan: viuda de Kaul Du, madre de Lan, Hilo y Shae Yun Dorupon: antiguo hombre del tiempo; un traidor; fallecido Haru Eynishun: exesposa de Kaul Lan; fallecida Kyanla: ama de llaves de la mansión Kaul Sulima: nueva ama de llaves de la mansión Kaul Otros puños y dedos

Vuay Yudijo: primer puño de Juen Nu

Iyn Roluan: una puño de primera categoría

Vin Solunu: un puño de primera categoría dotado para la Percepción Dudo, Tako: guardaespaldas personales de Kaul Maik Wen Hejo, Ton, Suyo, Toyi: puños del clan

Kitu, Kenjo, Sim: dedos del clan

Futuros huesos verdes Mal Ging: alumno de la Academia Kaul Dushuron, compañero de clase de Jaya Noyu Hanata: alumna de la Academia Kaul Dushuron, compañera de clase de Jaya Noyu Kainkau: hermano mayor de Noyu Hana

Eiten Ashasan: hija de un antiguo puño, heredera de la destilería Belleza Perversa Teije Inno: un primo lejano de la familia Kaul Linternas destacados Señor Une: propietario del restaurante Dos Fortunas Señora Sugo: propietaria del club de caballeros Lila Divina Fuyin, Tino, Eho: linternas dedicados al comercio minorista

Clan Montaña

Ayt Madashi: pedestal

Iwe Kalundo: hombre del tiempo

Nau Suenzen: cuerno

Ayt (Koben) Atosho: sobrino de Ayt Mada Koben Yirovu: patriarca de la familia Koben

Koben Tin Bettana: esposa de Koben Yiro

Koben Ashitin: un puño, hijo de Yiro y Bett

Koben Oponyo: un linterna, tío de Ayt Ato

Sando Kintanin: un puño, primo de Ayt Ato

Aben Sorogun: un puño de primera categoría Niru Vononu: un puño subalterno

Gont Aschentu: antiguo cuerno del clan; fallecido Ven Sandolan: antiguo linterna del clan; fallecido Ayt Yugontin: la Lanza de Kekon, padre adoptivo de Mada, Im y Eodo; fallecido Ayt Imminsho: hijo mayor adoptivo de Ayt Yu; fallecido Ayt Eodoyatu: hijo segundo adoptivo de Ayt Yu; fallecido Tanku Ushijan: antiguo cuerno con Ayt Yugontin; fallecido Tanku Dingumin: un puño, hijo de Tanku Ushijan; fallecido

Clanes menores

Jio Wasujo: pedestal del clan Seis Manos

Jio Somusen: cuerno del clan Seis Manos

Tyne Retubin: hombre del tiempo del clan Seis Manos Sangun Yentu: pedestal del clan Jo Sun Icho Danjin: cuñado de Sangun Yen

Icho Tennsuno: un puño del clan Jo Sun

Durn Soshunuro: pedestal del clan Cola Negra

Movimiento por un Futuro Sin Clanes (MFSC) Bero: un delincuente

Guriho: miembro fundador del MFSC

Otonyo: miembro fundador del MFSC

Tadino: miembro del MFSC, encargado del bar en el Salón Kaki Ema: una nueva miembro del MFSC

Vastik eya Molovni: un agente nekolva de Ygutan

Otros personajes de Kekon

Jim Sunto: un antiguo miembro de los Ángeles de la Marina de la República de Espenia Guim Enmeno: canciller del Consejo Real de Kekon, leal a Montaña General Ronu Yasugon: consejero militar superior del Consejo Real Canto Pan: presidente de la Alianza del Jade de Kekon Son Tomarho: antiguo canciller del Consejo Real de Kekon; fallecido Ren Jirhuya: un artista

Sian Kugo: un productor cinematográfico y copropietario de Cinema Shore Toh Kitaru: un presentador de noticias de la Radiotelevisión Nacional de Kekon Dano: un estudiante de la Universidad Real Jan Lula: una cortesana

Doctor Timo, doctor Yon: médicos huesos verdes Maestro Aido: entrenador privado de disciplinas del jade Gran Maestro Le: instructor en jefe de la Academia Kaul Dushuron Representantes del Gobierno de Espenia Galo: un agente del Servicio de Inteligencia Militar de la República de Espenia Berglund: un agente del Servicio de Inteligencia Militar de la República de Espenia Ara Lonard: embajadora de la República de Espenia en Kekon Coronel Jorgen Basso: comandante en jefe de la base naval de Euman

Espenia

Los kekoespenios

Dauk Losunyin: pedestal de Trampasur

Dauk Sanasan: esposa y hombre del tiempo de Dauk Losun Dauk Corujon, Cory: hijo de Losun y Sana, un abogado Dauk Kelishon, Kelly: hermana de Cory, subsecretaria del Ministerio de Industria Sammy, Kuno, Tod: huesos verdes de Puerto Massy Remi Jonjunin (Jon Remi): un jefe de huesos verdes de Resville Migo Sunjiki: un jefe

de huesos verdes de Adamont Capita Hasho Bakuta: un jefe de huesos verdes de Evenfield Señor y señora Hian: antigua familia de acogida de Emery Anden Rohn Torogon: el antiguo cuerno de Trampasur; fallecido Danny Sinjo: atleta y actor

Las bandas

Willum Reams, Flaco: jefe de la banda del Barrio Sur Joren Gasson, Pequeño Jo: jefe de la banda de la calle Baker Rickart Slatter, Ricky el Listo: jefe de la banda de Wormingwood; en la cárcel Blaise Kromner, el Toro: antiguo jefe de la banda del Barrio Sur; en la cárcel Otros espenios

Doctor Elan Martgen: jefe de investigación del Centro de Investigación Médica Demphey Rigly Hollin: socio y vicepresidente de WBH Focus Walford, Bernet: otros socios de WBH Focus

Art Wyles: director general de Recursos Globales Anorco Diputado Blake Sonnen: presidente del Comité de Salud Nacional Doctor Gilspar: secretario de la Asociación de Médicos de Espenia

Otros lugares

Iyilo: contrabandista de jade, jefe de Ti Pasuiga; Islas Uwiwa Guttano: ejecutivo de Diamond Light Motion Pictures; Shotar Choyulo: un jefe de la banda barukana Faltas; Shotar Batiyo: un miembro de la banda barukana Faltas; Shotar Sel Lucanito: magnate del espectáculo, propietario de Spectacle One; Marcucuo Falston: un soldado espenio

Hicks: un soldado espenio

Capítulo 1

Desclanado

EL hotel casino Doble Doble no parecía el lugar más apropiado para incitar una revolución; tan solo era un objetivo conveniente porque Bero trabajaba allí y sabía cómo burlar la seguridad. Aunque la ciudad de Yanlún temblaba bajo la repentina llegada del invierno más frío y húmedo en decenios, las luces brillantes y el bullicio de la sala de juego se mantenían a todas horas sin decaer, y el dinero de los jugadores empedernidos y los turistas extranjeros se vertía en las arcas del clan Sin Cumbre. Pero aquel día iba a ser diferente.

Diez minutos antes del mediodía, Bero cruzó la sala del casino empujando un carrito portaequipajes con tres maletas y entró en un ascensor. Los tres hombres de negocios que lo ocupaban mantenían una conversación acalorada.

—La tasa de tributo que me pide Montaña es un quince por ciento más baja. Los Kaul no lo pueden igualar —gruñó un hombre calvo con un traje azul—. Y sin embargo esperan que compita con las cadenas de tiendas extranjeras que están brotando como setas por culpa de los acuerdos comerciales que han impuesto al país.

—¿Preferirías pagar tributo a Ayt Mada? —dijo uno de sus acompañantes, torciendo el gesto.

—Ayt es una asesina hambrienta de poder, pero ¿y qué? Todos lo son. Ella hizo lo que tenía que hacer para mantener en vereda al clan Montaña —dijo el tercero, un tipo de piel morena—. Al menos pone por delante los intereses de Kekon, y ahora que por fin ha nombrado un heredero, creo que…

La puerta del ascensor, que había empezado a cerrarse, se abrió de nuevo y entraron dos forasteros, que ocuparon el espacio que quedaba

al lado del carrito de Bero. Vestían ropa civil, pero no parecían turistas. Los tres hombres de negocios dejaron de hablar y observaron a los desconocidos con desconfianza cortés. Últimamente, Yanlún estaba plagado de empresarios y agentes gubernamentales extranjeros.

El ascensor bajó hasta el sótano y se abrió con un pitido suave. Cuando salieron los demás ocupantes, Bero empujó el carrito y su contenido hasta el aparcamiento y miró el reloj. Los huesos verdes de Sin Cumbre vigilaban como halcones las lucrativas casas de apuestas de la calle del Pobre, pero el número de personas que podían dedicar a patrullar el barrio tenía un límite. Eiten, el antiguo puño que le había conseguido a Bero el trabajo en el Doble Doble, no estaba aquel día. Tras pasarse semanas cronometrando los turnos de seguridad, Bero sabía que, exactamente a mediodía, tampoco habría en el establecimiento ningún otro guerrero de jade del clan. Por supuesto, cuando comenzara el alboroto no tardarían en aparecer, de modo que la velocidad era esencial.

Una furgoneta ocupó la plaza de aparcamiento de al lado de Bero. Tadino se apeó de un salto del asiento del conductor; Otonyo y Guriho salieron por las puertas traseras. A Bero no le caían demasiado bien los tres urtokos, con su acento extranjero y su fea ropa ygutana, y le desagradaba especialmente Tadino, que tenía el ladrido seco y la cara estrecha de un perro ratonero. A pesar de ello, eran las únicas personas que había conocido que odiaban a los clanes de huesos verdes tanto como él, y que querían ver cómo se derrumbaban.

—No nos han parado ni interrogado —graznó Tadino.

Pero aunque hubiera sido el caso, en la furgoneta no había armas ni otros objetos sospechosos. Bero sacó las maletas del carrito portaequipajes, las dejó en el suelo y las abrió. Guriho, Otonyo y Tadino sacaron el contenido: máscaras antigás, espráis de pintura, palanquetas, pistolas y granadas de gas lacrimógeno. Cuando estuvieron equipados por completo, Bero usó su llave de empleado para darles paso a la escalera que había al lado de los ascensores. Al llegar arriba abrió la puerta y salieron a un pasillo enmoquetado, tras la cocina del casino.

Tadino sonrió y se cubrió la cara con la máscara antigás. Guriho y Otonyo se dieron sendas palmadas en la espalda y lo imitaron; Guriho se peleó un rato con la máscara para embutir su larga barba bajo el cierre sellado. No se volvieron a mirar a Bero mientras se apresuraban por el pasillo. Otonyo mandó rodando una cápsula de gas hacia la cocina y Tadino arrojó otra al suelo del casino, donde empezó a sisear y esparcir su contenido. Bero se aplastó contra la puerta de la escalera, fuera de la vista, en cuanto empezaron los gritos, a los que siguieron

los sonidos de toses, vómitos y pies en estampida. Se oyó un disparo y el alboroto se elevó al máximo: gritos de alarma por encima de los golpes de platos y muebles, cristales rotos, el golpear metálico de las salidas de emergencia y la rápida sacudida de las puertas giratorias del casino mientras los parroquianos del Doble Doble salían a escape y ahogándose del local, desparramándose presos del pánico desde la cálida comodidad de las mesas de juego hasta la amplia acera de la calle del Pobre.

Bero se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo y se asomó por la esquina de la escalera. Todavía se oía muchísimo escándalo, pero era difícil ver nada a través del humo. Una parte de él habría deseado estar allí fuera sembrando el caos junto a los otros, disparando al aire, rompiendo a golpes de palanqueta la barra de cristal del bar, destrozando paredes y muebles. Los daños se podrían arreglar, pero le costaría dinero a Sin Cumbre. Sería una humillación para el clan y una declaración que no podría pasar por alto. Frunció el ceño. Era más audaz y tenía la sangre más espesa que cualquiera de los otros. Había hecho cosas que harían que esos perros urtokos se measen encima.

Se retiró a la escalera y cerró la puerta. No necesitaba salir, no tenía nada que demostrar. Si aparecían los huesos verdes, les romperían las piernas a los idiotas que atraparan. Las cosas le habían ido muy justas suficientes veces y había aprendido a apreciar sus extremidades. Hubo un tiempo en que poseyó jade propio y shine de sobra para que le rebosara el dinero, pero aquello se había acabado. Odiaba a los clanes, pero necesitaba aquel trabajo.

La puerta se abrió de golpe y los tres hombres se dirigieron tambaleándose a la escalera con la mirada fiera, el pelo sudoroso y el pecho jadeante. Bero corrió con ellos de vuelta al aparcamiento. Salió primero y se agazapó tras una esquina cuando el ascensor más cercano abrió la puerta y vomitó media docena de empleados del casino y la cocina. Cuando se hubieron marchado, Bero pulsó el botón de parada de emergencia para evitar que el ascensor volviera a subir, y a continuación dejó salir a los hombres de la escalera. Los tres se quitaron la máscara y arrojaron el equipo dentro de las maletas.

—Escondeos dos semanas; después nos reunimos en el Kaki —les recordó Guriho mientras volvían a la furgoneta.

El vehículo abandonó el aparcamiento y Bero se quedó solo. Usando el carrito, llevó las maletas y su comprometedor contenido hasta el conducto para basura y lo arrojó todo. Comprobó que su uniforme estaba en buen estado y sin manchas, salió a pie del aparcamiento y se fue a disfrutar de su pausa para comer habitual. Cuando regresó, media hora más tarde, había dos coches de policía y

un camión de bomberos aparcados ante la entrada del Doble Doble, y también tres huesos verdes de Sin Cumbre recorriendo el local y observando con enfado los destrozos. Unos cuantos huéspedes del hotel temblaban varados en la acera, esperando a que les permitieran volver a su habitación. Bero se metió las manos en los bolsillos y esperó con ellos; disimuló una sonrisa al leer el mensaje escrito con pintura roja en el lado interior de las puertas de cristal de la entrada principal del casino: «EL FUTURO ES DESCLANADO».

Capítulo 2

Traición

Año sexto, primer mes

KAUL Hiloshudon observó a los seis hombres de negocios que cenaban con él y deseó no tener que matar a ninguno. Se habían reunido en el salón privado más grande del restaurante Dos Fortunas y todavía quedaba un montón de comida en la mesa, pero no tenía apetito. Cobrarse la vida de los enemigos era algo que Hilo era capaz de hacer sin vacilación, pero aquellos hombres eran de su propio clan, a los que conocía y con los que había mantenido relaciones hasta cierto punto amistosas en el pasado. Sin Cumbre necesitaba hasta al último de sus miembros leales.

—¿Qué tal la salud de su esposa, Kaul-jen? —dijo Fuyin Kan. La pregunta del linterna cortó las conversaciones alrededor de la mesa y creó un silencio incómodo.

Hilo no perdió la sonrisa, pero la calidez abandonó su mirada cuando la cruzó con la del hombre sentado frente a él.

—La recuperación va lenta, pero se encuentra mejor. Gracias por interesarse.

—Me alegro —dijo Fuyin—. Al fin y al cabo, no hay nada más importante que la salud y la seguridad de nuestra familia. Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre. —Alzó su copa en dirección a Hilo, y los demás asistentes corearon el brindis.

Fuyin no era el típico linterna sin jade. Portaba dos anillos, piércings en las orejas y una hebilla de jade artísticamente labrado en el cinturón. Era un antiguo puño que quince años antes había abandonado el lado militar de Sin Cumbre para dirigir el negocio familiar, una tienda minorista. A pesar de las amables palabras de

preocupación de Fuyin, Hilo podía Percibir su aura de jade como una densa nube tormentosa, erizada de un resentimiento y una desconfianza inconfundibles.

Hilo apartó su plato y se reclinó en la silla mientras los camareros retiraban los cubiertos y rellenaban las tazas de té. No miró a Shae, sentada a su lado, pero podía notar la tensión en su aura. Shae tampoco parecía haber comido mucho. Ya no se podía postergar más la conversación.

—Os he invitado —anunció Hilo— porque mi hombre del tiempo me ha dicho que tenéis preocupaciones que se me deben plantear, y a las que debo responder directamente como pedestal. Todos sois linternas del clan apreciados y respetados, de modo que, por supuesto, quiero que hablemos las cosas y resolvamos los problemas antes de que se conviertan en malentendidos graves.

No fue Fuyin quien respondió primero, sino el hombre calvo sentado al lado de este, el señor Tino. Pertenecía al clan desde hacía mucho y había sido amigo del difunto abuelo de Hilo.

—Kaul-jen, teniendo en cuenta el estado de la economía y la competencia a la que nos enfrentamos en la actualidad, no solo de los rivales, del clan Montaña, sino de las empresas extranjeras, hemos solicitado repetidas veces a la oficina del hombre del tiempo que se reduzcan las tasas de tributo. Como estoy seguro de que recuerdas, Sin Cumbre elevó los tributos para hacer frente a la guerra entre clanes, pero no han bajado significativamente en los últimos seis años.

—Aún estamos combatiendo en la guerra de clanes, aunque no sea de forma abierta —le recordó Hilo—. Montaña tiene la intención de conquistarnos antes o después. Mantenemos los tributos a un nivel razonable para todos y usamos el dinero para reforzar el clan de la forma que el hombre del tiempo considere apropiada.

Al oír la mención, Shae se inclinó hacia delante.

—Tenemos que desarrollar las capacidades de Sin Cumbre si queremos tener la esperanza de prevalecer contra nuestros enemigos —dijo—. Hemos estado actualizando los sistemas tecnológicos, ampliando la academia Kaul Dushuron para poder entrenar a más huesos verdes y levantando oficinas y negocios en el extranjero. —El asistente del hombre del tiempo, Woon Papidonwa, le tendió de inmediato una carpeta. Shae la abrió y sacó un fajo de documentos—. Puedo mostraros el presupuesto del clan para el año entrante, y dónde van exactamente los ingresos por tributos a…

—No dudo que estés gastando el dinero —interrumpió con un gesto de impaciencia otro linterna, el profundamente bronceado señor Eho—. El problema es cómo lo estás gastando. Sin Cumbre sigue

intentando hacer negocios en Espenia, lo que sin duda perjudicará a nuestro país a la larga. —Evitó mirar al hombre del tiempo, a quien ya había criticado en otras ocasiones—. Los jóvenes estáis demasiado influidos por las costumbres extranjeras. Por eso hay más delitos y problemas sociales estos días. Lo que pasó la semana pasada en el casino Doble Doble, por ejemplo. Un escándalo. Y no han atrapado a los gamberros responsables.

Hilo entrecerró los párpados al oír aquel tono de sermoneo.

—Si quieres culpar a alguien por ese crimen —intervino—, piensa en cuántos pandilleros barukanos ha traído al país y unido a sus filas el clan Montaña. Pero nos estamos yendo por la tangente. Sé que el clan Montaña nos está minando; que os está ofreciendo tasas de tributo menores, y de repente os parece injusto pagar la cantidad habitual cuando podríais sacar más tajada.

El silencio incómodo que le respondió fue una confirmación más que suficiente. Varios linternas evitaron cuidadosamente su mirada. Fuyin Kan, sin embargo, no apartó los ojos.

—Cambiar las lealtades sería una decisión drástica y difícil —dijo. No solo afectaría a las finanzas de los linternas, sino al lugar donde tendrían que vivir, a qué escuela de artes marciales podrían asistir sus hijos, a sus contactos sociales y a quiénes serían sus amigos y sus enemigos—. No queremos llegar tan lejos, y es por ello que hemos venido en grupo con la esperanza de alcanzar un entendimiento.

Los otros linternas se inclinaron hacia delante, mostrando su acuerdo. Fuyin había dejado que otros hablaran primero, pero era evidente que era quien los lideraba, como había sospechado Hilo. «Esto va a acabar mal», pensó. Estaba seguro. A pesar de ello, dijo:

—Ahora mismo no podemos rebajar los tributos, pero os doy mi palabra de pedestal de que cuando crezcan nuestros negocios en el extranjero, compartiremos los beneficios con todo el clan. La oficina del hombre del tiempo irá ajustando vuestros tributos a la baja, por etapas, a lo largo de los cinco próximos años. —No tenía ni idea de si aquello tenía sentido desde un punto de vista financiero, pero sonaba razonable. Dado que el aura de Shae no empezó a llamear de ira hacia él, supuso que era factible.

Fuyin negó con la cabeza.

—Eso no es un compromiso en absoluto. Todos estamos de acuerdo en que lo justo sería que Sin Cumbre igualara la oferta de Montaña. Y estamos convencidos de que es necesario un cambio en la dirección del clan. Que se ponga fin al incremento de los negocios en el extranjero y se concentren los esfuerzos en defender nuestros intereses en casa.

Ondas de consternación recorrieron el aura de jade de Shae, pero respondió con firmeza:

—Si rebajamos los tributos a la vez que renunciamos a nuestra fuente de ingresos de crecimiento más rápido, el clan perderá dinero por los dos lados. Nosotros mismos estaremos organizando nuestra destrucción.

Algunos linternas murmuraron al oír aquello, pero Fuyin extendió las manos.

—A Montaña le va bien. ¿Estás diciendo que Sin Cumbre no puede hacer lo mismo? Y si es así, ¿puedes culparnos si decidimos actuar unidos por el bien de nuestro futuro?

No sonó como una amenaza, pero lo era. Fuyin había reunido a media docena de linternas desafectos y ahora estaba diciendo que si Sin Cumbre no accedía a sus demandas colectivas, desertarían en bloque y se pasarían a Montaña. Ni siquiera Shae tenía respuesta inmediata a una extorsión tan descarada.

Hilo sintió que lo cubría una capa de ira lastrada con decepción.

—Fuyin-jen —dijo, concentrando toda su atención en el antiguo puño y haciendo caso omiso de los demás—, ¿por qué vienes a hacerme peticiones cuando ya te has entregado a Montaña? ¿Ayt Mada te ha ordenado que intentes arrastrar a estas personas en tu caída?

El rostro de Fuyin se convirtió en un muro inexpresivo.

—¿Cómo dices?

—Llevas meses pagando tributo al clan Montaña. Puedo enseñarles a los demás las pruebas que ha encontrado Maik Tar… o puedes reconocerlo en vez de mentirme a la cara. —Las palabras de Hilo salieron con tranquilidad, pero cargadas con un gélido augurio inconfundible—. No eres solo un linterna como los otros; eres un huesos verdes que ha traicionado su juramento al clan.

En torno a la mesa se extendió un silencio absoluto. El lejano rumor de fondo, proveniente del Dos Fortunas desde el otro lado de las puertas correderas, pareció atronador. Los otros linternas palidecieron y se echaron hacia atrás en sus asientos mientras Fuyin se ponía en pie lentamente.

—¿Me acusas de traicionar al clan? Yo era un puño de primera categoría cuando no eras más que un mocoso insolente que iba a la academia. Tú, Kaul Hiloshudon, eres el que nos ha traicionado a todos. —La amargura que había sentido Hilo en el aura de Fuyin se hinchó hasta convertirse en una tormenta, y se desprendió el cuidadoso barniz de cortesía que había mantenido hasta aquel momento—. Mi padre levantó un negocio próspero de la nada, sin más

que su sudor, su esfuerzo y el patrocinio del clan. Gracias a los dioses que ya no está vivo para ver cómo echan a su empresa del mercado, y todo porque has abierto nuestro país a los extranjeros como una puta abre las piernas. —Su voz empezó a sonar temblorosa y enronquecida—. Mi hijo te admiraba inmensamente y quería ser como tú. Solo tenía veinte años, apenas llevaba seis meses como dedo, cuando lo mataron por nada, en una guerra de clanes que nunca se habría producido con tu hermano ni con tu abuelo. ¿Tienes la arrogancia de esperar mi lealtad? No, Kaul-jen, eres un cachorro de pedestal, y tu hermana les lame las botas a los espenios. No te debo nada.

Hilo guardó silencio durante un momento extrañamente largo. Podía Percibir los pulsos acelerados y las respiraciones contenidas a su alrededor, especialmente en Shae, pero parecían algo remoto en comparación con la sensación de presión creciente en sus manos y su cabeza.

—Fuyin-jen —dijo al fin—, me doy cuenta de que las desdichas que has sufrido han hecho que me odies, pero cometes un error al dejar que Ayt Mada te utilice. —Se puso en pie frente al linterna—. Podías haber venido a hablar conmigo en cualquier ocasión si estabas tan descontento. Si los problemas con el negocio te hacían sentir ganas de dejarlo todo, o si no podías perdonarme por la muerte de tu hijo, podías haberme solicitado marchar honorablemente, quizá incluso para formar tu propio clan en otra parte del país. Teniendo en cuenta la buena reputación y los sacrificios pasados de tu familia, lo habría permitido. No deberías haber desertado para irte con Montaña, y no deberías haber arrastrado a otros para intentar hacer daño a Sin Cumbre con esta puta farsa.

Fuyin se irguió en toda su estatura. Era más alto que el pedestal y, aunque bien entrado en la cuarentena, se mantenía en una forma física excelente y entrenaba con huesos verdes mucho más jóvenes.

—¿Insinúas que debería haber rogado abandonar la ciudad en la que nací para vivir como un paria indigno? ¿Esperas que me corte la oreja y suplique por mi vida? ¡Jamás! —Su expresión se endureció con una determinación terrible—. Kaul Hiloshudon, pedestal de Sin Cumbre, te ofrezco una hoja limpia. —Un murmullo de temor estupefacto recorrió la sala. Hacía años que nadie retaba a duelo a Kaul Hilo—. Indica el lugar y el arm…

—Me niego. —Las palabras de Hilo congelaron el aire de la sala. El famoso mal genio del pedestal asomó en su rostro—. Eres un traidor. No mereces un duelo. Siento la muerte de tu hijo y tu mala fortuna en los negocios, pero somos muchos los que hemos sufrido tragedias terribles en nuestra vida y no hemos quebrantado nuestro juramento

de hermandad.

Fuyin se quedó perplejo momentáneamente. Incluso Shae y Woon observaron a Hilo con sorpresa. Que se supiera, Kaul Hiloshudon jamás había rechazado un desafío personal. Fuyin se echó hacia atrás, incrédulo.

—Eres un cobarde —escupió.

—Soy el pedestal del clan —replicó Hilo—. Sería estúpido si no creyera que todavía eres un luchador capaz, Fuyin-jen. Quizá tú no tengas ya nada por lo que vivir, pero yo no me puedo arriesgar a sufrir heridas que me aparten un tiempo de mi familia y mis responsabilidades. —Hilo frunció el ceño ante sus propias palabras; era consciente de que se estaba explicando su negativa a sí mismo, más que a Fuyin—. Si quieres conservar la vida, puedes entregar tus posesiones al clan y aceptar exiliarte de Kekon. En caso contrario, te puedo conceder una muerte trascendente, con un arma en la mano. Eso es todo.

Mientras Hilo hablaba se abrió la puerta de la sala y entró Juen Nu, el cuerno de Sin Cumbre, acompañado por Maik Tar e Iyn Ro. Los tres huesos verdes habían estado esperando abajo las órdenes de Hilo, preparados para entrar si Percibían cualquier amenaza por parte de los hombres sentados a la mesa. El señor Tino y el señor Eho se apartaron de Fuyin con los ojos abiertos como platos, como si se hubiera convertido en un explosivo con la cuenta atrás activada. Los ojos de Fuyin miraron a todas partes y sus manos temblaron mientras se quedaba solo. Juen, Maik e Iyn empezaron a rodear la gran mesa redonda, dirigiéndose hacia él por ambos lados. Ningún linterna se atrevió a abandonar su asiento.

Shae empezó a levantarse; su aura chisporroteaba alarmada. El hombre del tiempo había convocado a aquellos linternas a lo que se suponía que iba a ser una comida de negocios conciliadora, pero iba a convertirse en una ejecución.

—Hilo —siseó, lo bastante fuerte para que la oyeran—. No está bien hacer esto aquí, así. Vamos a…

Nadie oyó el resto de su sugerencia, porque Fuyin sacó de repente una pistola compacta de una cartuchera oculta y empezó a disparar.

Tar reaccionó de inmediato y ejecutó una Desviación delante del pedestal, que hizo que las balas de pequeño calibre rebotaran directas al techo y derribaran dos lámparas colgantes. Woon agarró a Shae por el brazo y la arrastró tras de sí, cubriéndola con su cuerpo. Juen e Iyn empujaron al suelo a los otros linternas. Fuyin Kan soltó la pistola, se lanzó ejecutando Ligereza y cubrió con un único salto feroz la anchura de la mesa; su cuchillo garra desenvainado buscó la garganta de Hilo.

Hilo hizo frente al ataque; saltó con Ligereza sobre la mesa, atrapó el codo de Fuyin y bloqueó el impulso de este y la trayectoria del arma. Empujó con fuerza el centro de gravedad de su oponente y le hizo perder el equilibrio en cuanto le falló el control de la Ligereza y sus pies tocaron la mesa. El antiguo puño se tambaleó, pero lanzó un golpe letal de Canalización que rebotó por los pelos en el Acero de Hilo; este giró el torso, pivotó bruscamente y arrastró al otro hombre con su rotación. El pie de Fuyin tropezó con una sopera medio llena al avanzar tambaleándose hacia el borde de la mesa. Platos, vasos y comida saltaron por los aires a su paso.

Muchos años antes, cuando era un adolescente en la academia, Hilo había realizado prácticas de equilibrio y Ligereza enfrentándose a adversarios sobre cornisas estrechas y plataformas oscilantes. En su momento, aquellos ejercicios le habían parecido una tontería; las peleas tenían lugar sobre asfalto y hormigón, no sobre troncos que flotaban hacia una catarata, como se veía en las películas. Sobre la plataforma de la mesa del comedor dedicó una fracción de segundo a recordar a sus instructores explicándole que ningún huesos verdes, por muy bien preparado que esté, tiene garantizado que podrá elegir unas condiciones ideales. Enredados, los dos cayendo hacia delante, Hilo alargó la mano izquierda y rodeó desde atrás la cabeza de Fuyin como si fuera un balón relevo y se estuviera preparando para hacer un pase. El cuchillo garra que apareció en su mano derecha se alzó como un relámpago y se hundió en el cuello de Fuyin. Agarrándolo por el pelo, le empujó la cara hacia la mesa y el cuello más a fondo en la hoja mientras aterrizaba de rodillas en medio de un clamor de platos rotos. Hilo empujó hacia delante y arriba el cuchillo con toda su Fuerza, cortando la tráquea.

Fuyin pataleó un momento más, tirando más objetos de la mesa, hasta que por fin quedó inmóvil. Bajo su barbilla se extendió un charco de sangre que creó una mancha oscura en el mantel rojo y se mezcló con la sopa derramada y los trozos de comida esparcidos. Hilo se bajó de la mesa. Todo había sucedido en menos de un minuto, y aún tenía los oídos embotados a causa de los disparos en aquel espacio cerrado. Cuando se dirigió a los otros cinco linternas, que se empezaban a levantar del suelo, no estaba seguro de si estaba gritando o hablando con tono normal.

—¿Alguno más tiene un agravio personal o está tan descontento que quiera hacer suyas las exigencias de Fuyin?

Los linternas se pusieron en pie con actitud dócil. El señor Eho miró el cadáver de Fuyin y tragó saliva ruidosamente; a continuación se llevó las manos unidas a la frente e hizo una profunda inclinación

hacia el pedestal.

—Kaul-jen, me avergüenza decir que seguí a Fuyin impulsado por la avaricia y el egoísmo. No sabía nada de su escandalosa y aborrecible traición al clan. Me siento agradecido y perfectamente satisfecho con el compromiso que has sugerido sobre las tasas de tributo.

—Yo también, Kaul-jen —se apresuró a decir el señor Tino mientras se sacudía los pantalones—. Perdona mi estupidez. Creí que Fuyin estaba reclamando por todos nosotros, pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué al confiar en él. Tenemos la suerte de que hayas visto sus intenciones de inmediato.

Los otros linternas asintieron con expresión avergonzada y reiteraron su lealtad inquebrantable al clan.

Hilo reprimió las ganas de ordenar que le dieran una paliza a cada uno antes de exigirles que se cortaran una oreja ante él para conservar su patrocinio. No le pareció que aquellos comerciantes tuvieran la sangre bastante espesa para soportarlo, y con el cadáver de Fuyin aún encima de la mesa había dejado ya bien claro su punto de vista. No tenía mucho que ganar intimidándolos más, aparte de darse la satisfacción. Se apartó con disgusto.

—Sacadlos de aquí —ordenó a los puños.

Iyn Ro acompañó a los escarmentados linternas hasta la salida. Estaban demasiado ansiosos por largarse de allí, y se marcharon echando breves miradas nerviosas hacia atrás. Era posible que algunos se arrepintieran o se preocuparan lo suficiente para regresar más tarde con una oreja en una caja, pero a Hilo le daba igual. En su opinión, nunca se podía contar con los linternas sin jade. Protegidos por el aisho y motivados por el dinero, esperaban fuerza y protección del clan que los patrocinaba, pero mudaban sus alianzas en su propio beneficio y por supervivencia. No le podía criticar a Ayt que hiciera lo posible por robárselos.

—Será mejor que vaya a hablar con el señor Une y calme las cosas abajo —dijo Juen. El sonido de los disparos y la violencia habría alterado sin duda la hora de la comida en el Dos Fortunas y puesto nervioso al viejo hostelero.

Cuando el cuerno se marchó, Tar pasó un brazo por los hombros de Hilo.

—Has acabado con él demasiado deprisa, Hilo-jen —dijo con un falso tono de reproche—. Soy tu asistente. ¿No podrías haberme dejado ganar un poco de su verde?

Hilo contempló con disgusto el cadáver tendido de Fuyin, sin devolverle la sonrisa a su cuñado.

—Toma su jade para el clan —dijo—. No me apetece portarlo, sabiendo que su hijo murió por Sin Cumbre cuando yo era el cuerno.

Empezó a dirigirse hacia la puerta. Shae le cortó el paso; su aura de jade rozaba contra la de él con disgusto.

—¿Te vas a ir sin decir nada más? —exigió. Hilo ensanchó las narinas al oír el tono de su voz.

—¿Qué más quieres que diga? Me dijiste que esta reunión era necesaria para arreglar las cosas con esos linternas protestones. Ya han dejado de protestar, ¿verdad?

—¿No te parece que deberíamos haber hablado antes si estabas planeando ejecutar a Fuyin delante de todos? ¿Por qué no me dijiste que tenías pruebas de que se había pasado a Montaña?

—Porque no las tenía —espetó Hilo—. Tenía una sensación. Cuando vi cómo reaccionaba, entonces estuve seguro. Ya me guardaba rencor, así que no es sorprendente que Ayt lo enredara. Estaba decidido a morir y llevarme con él a la tumba.

A pesar de saber aquello, Hilo no podía evitar tomarse como algo personal la traición del antiguo puño. Las acusaciones de Fuyin no dejaban de resonarle en la cabeza, y solo quería salir de allí y alejarse del cadáver. Empezó a rodear a Shae, pero ella volvió a interponerse en su camino.

—Esto no es bueno, Hilo —insistió—. Ejecutar a un traidor puede mantener en vereda a la gente algún tiempo, pero no resuelve los problemas que han hecho que esos linternas se volvieran contra nosotros. No hemos hablado de las cosas de la forma en que deben hablar un pedestal y su hombre del tiempo.

Hilo se inclinó hacia su hermana mostrando los dientes.

—¿Quieres hablar conmigo como hombre del tiempo? Entonces haz el puto trabajo de un hombre del tiempo. Dime cómo cojones puede Montaña gastar más que nosotros y robarnos nuestros negocios con tasas de tributo que sabemos que son insostenibles. Dime cómo detenerlos y ganar. Y si no me puedes decir eso, ahórrame tus malditos sermones.

Shae abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla con tanta fuerza que Hilo oyó el chasquido de las muelas al golpear. Lo miró con furia, la cara roja de indignación. Woon, que se había mantenido cerca, le puso una mano en el hombro y la contuvo mientras Hilo salía por fin de la sala.

Juen seguía hablando con el nervioso señor Une, lo que permitió a Hilo librarse de los retorcimientos de manos y las secadas del frente del viejo hostelero. Algunos de los clientes habituales del Dos Fortunas a la hora de la comida se habían marchado durante el breve estallido

de violencia, quizá preocupados por que se extendiera al resto del restaurante o asustados por el ataque de los anarquistas al casino Doble Doble la semana anterior. Otros, sin embargo, aún rondaban por allí. Cuando apareció Hilo murmuraron respetuosamente, se llevaron las manos a la frente e intentaron echar una ojeada detrás de él, al cadáver de la sala, estirando el cuello con la clase de curiosidad morbosa que inspiran los accidentes de tráfico espectaculares o los edificios en llamas. Para cuando llegara la noche, por todo Yanlún habría corrido la voz de que Fuyin Kan había muerto por traicionar a su clan.

Hilo cruzó la puerta principal y montó en el asiento del conductor del Duchesse Signa. Tenía su propia plaza de aparcamiento en el Dos Fortunas, reservada cada vez que comía allí. Tar lo siguió, dio unos golpecitos en la ventanilla del copiloto y metió los brazos cuando Hilo bajó el cristal.

—¿Adónde vas? —preguntó el asistente del pedestal, con un tono malhumorado que podía ser instinto de protección o simple disgusto por que lo dejara atrás.

—A dar una vuelta; necesito despejarme —dijo Hilo; arrancó el coche—. Ayuda a Juen y a Iyn a arreglar las cosas ahí arriba. —Hubo una época en que Hilo habría dudado en dejar que Maik Tar e Iyn Ro se ocuparan juntos de un asunto del clan, dado que tenían una relación que variaba entre lo frío y lo tempestuoso, pero en aquel momento estaban bien avenidos—. Y prepárate para tu viaje a Puerto Massy. Allí hará frío; lleva ropa de abrigo. ¿Tienes todo lo que te hace falta? ¿Billetes, pasaporte y demás?

—Sí, claro —dijo su cuñado.

—Volveré en un par de horas.

Dejó a Tar en el aparcamiento; visto por el retrovisor, tenía un aspecto vagamente desamparado mientras contemplaba como se alejaba el Duchesse.

Hilo condujo media hora en ninguna dirección en especial, con la calefacción a tope desafiando el aire gélido que cubría la ciudad como una toalla fría cubre la piel. Las calles tenían un aspecto apagado poco habitual, con las vivos colores de Yanlún desteñidos por un cielo gris y sin sol. A la gente le emocionaba que la nieve estuviera cayendo en las montañas.

Sin pensarlo conscientemente se encontró conduciendo por las Dársenas y deteniéndose delante del club de caballeros Lila Divina. A lo largo de los años habían cambiado muchas cosas en Yanlún, pero el Lila Divina no era una de ellas. Era, caviló Hilo con ironía, un negocio fiable al que no amenazaban los tiempos modernos ni la competencia

extranjera. Un aparcacoches se llevó el Duchesse, y, en cuanto Hilo cruzó la entrada, la señora Sugo, la linterna propietaria, lo saludó con una sonrisa que le resultó claramente falsa. La señora Sugo nunca le había mostrado la menor descortesía, por supuesto, y siempre se aseguraba de que en sus visitas encontrara exactamente lo que hubiera pedido, pero sentía decididamente poco entusiasmo ante las apariciones irregulares e imprevistas del pedestal.

—Kaul-jen —saludó la señora Sugo, y lo llevó a una lujosa habitación perfumada con aroma de rosas en la que había un sofá—, es un placer verte de nuevo. ¿Quieres que mande llamar a Sumi? ¿O a Vina?

Hilo negó con la cabeza y respondió:

—A otra.

La sonrisa pintada de la señora Sugo vaciló, pero se mantuvo animosamente en su lugar.

—¿Puedo preguntar, Kaul-jen, con el interés de servirte mejor, si hay algo objetable en cualquiera de las mujeres con las que has pasado tiempo aquí?

—Son putas —dijo Hilo, no con maldad, sino por simple fatiga. Dejó la chaqueta en el respaldo del sofá y se sirvió un vaso de agua aromatizada con limón de la jarra que había en la mesa—. Basta con que no me traigas a ninguna de las que usó mi hermano. No me gusta esa idea.

La señora Sugo apretó los labios, ocultó su disgusto con una reverencia de aceptación, salió de la habitación y cerró la puerta a su paso. Hilo se hundió en el sofá, cerró los ojos y se frotó las comisuras con los pulgares. Jamás entendió por qué Lan acostumbraba a ir a aquel sitio; suponía que se sentiría desesperadamente solo. Ahora, sentía lástima de sí mismo al verse en la misma situación. Hacía seis años que era pedestal del clan. Más tiempo que Lan. Su hermano y él no se habían parecido mucho, pero quizá el cargo de pedestal provocara el mismo efecto en todos los hombres: los aislaba y agotaba antes de matarlos, ya fuera deprisa o despacio.

No pudo evitar preguntarse si Ayt Mada, que había asesinado a tantos miembros de su propio clan, se sentía alguna vez tan profundamente decepcionada o dolida de la misma forma que él, o si era de natural impasible y capaz de actuar sin sentimientos. Hilo había intentado, sin éxito, que la familia Ven del clan Montaña asesinara a Ayt, de modo que no era sorprendente que su enemiga intentara explotar del mismo modo cualquier descontento o debilidad que existiera en Sin Cumbre. Aun así, Shae tenía razón, por mucho que Hilo odiara reconocerlo. La traición de Fuyin no era un agravio

aislado, y su muerte no resolvería el problema más amplio y evidente: tras intentar muchas veces matar a Hilo y fracasar, Montaña había emprendido una campaña tenaz para destruir económicamente a Sin Cumbre.

Llamaron a la puerta con suavidad. Hilo se levantó del sofá, abrió y se encontró ante una mujer guapísima, de piel más oscura y con más curvas que la que lo había atendido en su última visita, hacía dos o tres meses. Llevaba una bandeja de ébano con una botella de hoji, unos cuantos pastelillos de dátiles colocados artísticamente en un plato de porcelana y dos copas.

—Kaul-jen —dijo solícita, pero con una tensión subyacente en la voz que indicaba que la señora Sugo y las otras encantadoras la habían aleccionado sobre lo que podía esperar—. ¿Puedo pasar?

Hilo le sujetó la puerta. La mujer colocó la bandeja en la mesita, frente al sofá; se arrodilló al lado y se plegó con delicadeza el dobladillo de la manga. Después abrió la botella de hoji y llenó las dos copitas. El hoji era añejo y desprendía un aroma complejo e intenso. Hilo vació su copa.

—Métete en la cama —dijo de inmediato.

—Kaul-jen —dijo la mujer, con tono sugerente y sosegador—, no tenemos ninguna prisa. Te puedes quedar toda la noche. ¿Por qué no te relajas un rato y me permites ofrecerte una experiencia más disfrutable? Sin duda te vendrá bien alejarte un rato de las exigencias de ser el pedestal. Bebamos otra copa, y puedes contarme cómo te ha ido el día.

Hilo le dirigió una sonrisa irónica.

—Tengo una mujer e hijos en casa; no necesito conversación. —Se puso en pie—. Si colaboras, no tardaremos mucho.

La encantadora se quedó mirándolo. Abrió la boca como si fuera a intentar convencerlo una vez más, antes de llegar aparentemente a la indignada decisión de no molestarse. Sin más intentos de fingir, vació su copa de hoji de un solo trago, se levantó, desató el fajín que le ceñía la túnica de seda y la dejó caer al suelo de cualquier forma. Se tendió desnuda en la cama con una mueca de resignación que a Hilo le pareció más atractiva que la sonrisa ensayada, pues al menos era sincera. Tenía la piel suave y un lunar en el abdomen, cerca del ombligo.

Hilo se desnudó. La encantadora abrió mucho los ojos al ver las manchas de sangre en los puños de la camisa, mientras se los desabrochaba, y el cuchillo garra que se desenganchó del cinturón y dejó en la mesita, al lado de la bandeja. Los abrió aún más al observar el torso desnudo: las relucientes piezas de jade engarzadas en las

clavículas, el pecho y los pezones.

—No toques ninguna y no te harán nada —dijo Hilo, identificando el nerviosismo en los ojos de la mujer. Cogió un condón de cortesía de la mesilla—. Date la vuelta y ponte a cuatro patas.

Cuando acabó de follarla y ella se fue al cuarto de baño, Hilo se vistió, recogió la chaqueta y el cuchillo y se comió dos pastelillos de dátiles. Dejó una generosa propina en la mesilla. La mayor parte de las ganancias de las encantadoras procedían los clientes fijos, que muchas veces les hacían regalos y pagaban extra por tener acceso exclusivo. Ya que no esperaba volver a ver a aquella mujer, consideró que era justo que le dejara una compensación adicional por el tiempo que había perdido.

En la planta baja, la señora Sugo le deseó buenas noches con una sonrisa tensa. Hilo podía entender su irritación. El Lila Divina era un establecimiento de alta categoría, con encantadoras que podían tocar música, recitar poesía y acompañar a sus clientes a galas de etiqueta. Él lo usaba como un simple burdel. El Duchesse lo esperaba delante del edificio; el aparcacoches no se había molestado en llevarlo a otro sitio, pues sabía por las visitas anteriores que era poco probable que pasara mucho tiempo en el club. Hilo rodeó por completo el vehículo y se inclinó para mirar debajo. Desde que a Maik Kehn, su cuñado y antiguo cuerno, lo había matado una bomba oculta en un coche, Hilo era extremadamente cuidadoso con los coches y los chóferes de la familia, y prestaba atención a las amenazas que no podían Percibir los sentidos jade.

—¿Lo has perdido de vista, siquiera un segundo? —preguntó. El aparcacoches le juró por su vida que no. Convencido de que nadie había manipulado el vehículo, Hilo se subió, arrancó y se dirigió a casa.

Entró en la casa antes de la cena. Su madre y Kyanla, el ama de llaves, estaban charlando en la cocina, y pudo oler las verduras friéndose. Niko, un lector precoz, levantó la vista desde el sitio que ocupaba en el sofá solo lo justo para decir «Hola, tío» antes de volver a su tebeo, pero Ru y Jaya corrieron a recibirlo y parlotearon interrumpiéndose constantemente entre ellos para atraer su atención y contarle cosas. Hilo besó a su hijo en la cabeza, dejó que su hija se le subiera a la espalda y la llevó a caballito escalera arriba.

—¡Papá, enséñame tu jade nuevo! —dijo Ru, siguiéndolos de cerca.

Hilo se giró en lo alto de la escalera y miró al niño.

—¿De qué jade nuevo hablas?

—El jade nuevo que has ganado —exigió Ru, poniéndose de puntillas y agarrándose a la cintura de Hilo—. El tío Tar dice que hoy

has matado a alguien, a un hombre que estaba en el clan, pero que se volvió malo. ¿Dónde está tu jade nuevo?

Hilo dejó escapar un gruñido de desaprobación. Su cuñado debía de haber llegado a casa antes y ya había llenado los oídos de los niños con un relato simplificado de los sucesos del día. Tar siempre era sincero con sus sobrinos sobre la realidad de ser un huesos verdes, y sentía que era justo que entendieran que su padre no era solo su padre, sino también el jefe de un clan grande y poderoso, por lo que a menudo estaba ocupado y no iba a casa. Que tenía enemigos que querían matarlo, y que a veces él tenía que matarlos primero para poder volver a casa todas las noches y arroparlos cuando se iban a dormir.

No era que Hilo no estuviera de acuerdo con Tar, pero no quería que Ru pensara demasiado en historias de huesos verdes. Solo servirían para que se obsesionara con lo que le faltaba, en vez de tener confianza en quién era. Ru era un ojos de piedra; jamás podría portar jade ni ocupar un puesto importante en Sin Cumbre. A Hilo lo entristecía que no pudiera convertirse en un guerrero de jade, pero de algún modo también era un alivio saber que uno de sus hijos podría llevar una vida sencilla y más segura.

—No tengo jade nuevo —dijo con seriedad—. Ya porto suficiente y debemos reservar para el futuro el verde que consigamos, pues ya somos muy afortunados. Y deja de hacer caso a todo lo que te cuenta el tío Tar. —Hilo se inclinó y bajó a Jaya, y después les revolvió afectuosamente el pelo a los dos—. Bajad y preparaos para cenar.

Cuando los niños se marcharon, Hilo se irguió y abrió la puerta del dormitorio. Wen estaba descansando, reclinada en la cama con la espalda apoyada en almohadas contra la cabecera. Parecía cansada, como le ocurría siempre tras las sesiones de fisioterapia. Volver a aprender a hacer las cosas más sencillas, como caminar despacio, pasar una taza de una mano a la otra o mantenerse en pie sin apoyarse en nada, le exigía un esfuerzo tremendo que la dejaba agotada física y emocionalmente.

Hilo se quedó en la puerta unos instantes, y después se acercó a la cama y se sentó en el borde, al lado de Wen. Le apoyó una mano en la pierna estirada.

—¿Cómo ha ido hoy?

—No ha sido horrible —dijo Wen—. Puedo… t-tocarme los dedos de los pies y… levantarme otra vez sin caerme. —Sonrió débilmente—. Toda una v-victoria.

A Hilo le rompía el corazón ver a Wen tan débil e impotente, oírla hablar con tanta dificultad. A veces había tenido que salir de la

habitación, incapaz de soportar el verla llorar de frustración ante su incapacidad para hacer algo tan sencillo como terminar una frase que estaba perfectamente formada en su mente pero no brotaba de forma correcta. Al menos estaba mucho mejor que un año antes, cuando no podía mover en absoluto un lado del cuerpo y apenas podía hablar de forma coherente. En aquella época, cuando Hilo ni siquiera estaba seguro de que su mente y su personalidad hubieran sobrevivido intactas, le avergonzaba reconocer que hubo horribles periodos de desesperación en los que se había preguntado si no habría sido menos insufrible para los dos que Anden no hubiera tenido éxito en el intento de revivirla.

Wen siempre había sido elegante y bien articulada, llena de confianza de una forma amable, con una voluntad perceptiva y decidida. La había amado más que a nada en el mundo. Ahora no sabía qué sentía. A veces, cuando miraba a su esposa, experimentaba un brote de deseo febril y devorador de abrazarla, y hacerle el amor, y protegerla a toda costa. Más a menudo, sin embargo, sentía una ira sorda y dolorosa, una fría incredulidad y una rabia implacable. Lo había desobedecido, le había ocultado muchas de sus actividades y se había puesto en peligro, a punto de dejarlo viudo, y a sus hijos, huérfanos. Él había hecho todo lo posible por mantenerla a salvo y darle todo lo que pudiera querer, por ser bueno con ella, y ella les había provocado todo aquel dolor.

—¿Shae… viene… esta noche? —preguntó Wen.

—No.

—Deberías… in-in-in… —Hilo la veía intentar atrapar la palabra, intentar expulsarla de su garganta como si fuera un bocado de comida atascado—. Pedirle… que venga con más frecuencia.

Hilo se puso en pie sin contestar. Wen alargó la mano, pero él se apartó. Le vio el dolor en los ojos. Ya debía de haberse acostumbrado a eso: a la indecisión de su afecto. A veces, Hilo se odiaba por ello, pero otra parte de su ser quería castigarla, hacerle daño, tanto daño como le había hecho ella a él.

—La cena está lista —dijo Hilo volviendo la cabeza al salir de la habitación—. Si no te apetece bajar, le diré a Kyanla que te traiga un plato.

Capítulo 3

Nubes ilegibles

CUANDO su hermano abandonó la sala, Shae se dejó caer en una de las sillas más alejadas del cadáver de Fuyin Kan y se apoyó la frente en las manos. No era culpa suya que la comida de negocios hubiera terminado con cuchillos desenvainados y derramamiento de sangre, se decía, pero aquel banal intento de autoconsuelo no era convincente.

Ella era el hombre del tiempo; su trabajo consistía en ir un paso por delante de todos. «El hombre del tiempo lee las nubes», decía el refrán. Aquel día, los instintos de Hilo habían estado más aguzados que el juicio de Shae. El detalle escocía. Y era cierto que ella había buscado el comercio con Espenia de formas que beneficiaban a Sin Cumbre pero abrían la puerta a que las empresas kekonesas sufrieran más competencia extranjera. Había contribuido a los problemas de Fuyin y no podía culparlo por que sintiera odio. Era suya la responsabilidad de mantener la lealtad de los linternas de Sin Cumbre para que su hermano no tuviera que ejecutarlos.

Woon se agachó a su lado y le puso una mano en la rodilla. Daba gracias a los dioses por que no hubiera resultado herido en aquel caos. La sombra del hombre del tiempo rara vez actuaba sin pensar, pero en el instante en que Fuyin había sacado la pistola, había intentado escudarla instintivamente incluso sabiendo que ella portaba más jade que él. Shae no estaba segura de si debía agradecérselo o reprenderlo.

—Shae-jen, hiciste lo correcto; intentaste negociar un compromiso —dijo Woon en voz baja—. Fue Fuyin quien provocó la violencia, probablemente a cambio de una recompensa considerable.

—Es la clase de trampa que prepararía Ayt Mada —aceptó Shae taciturna. Si Sin Cumbre cedía a las exigencias de los linternas,

provocaría su ruina económica. Si dejaba que los comerciantes abandonaran el clan sin sufrir consecuencias, la caída sería más rápida aún. Shae levantó la cabeza. Al menos ahora, con Fuyin muerto y su traición al descubierto, tenían otras opciones—. Aún podemos sacar algo bueno de este desastre si actuamos deprisa para asegurarnos de que los bienes de Fuyin se queden en el clan.

Su asistente asintió de inmediato.

—Por suerte, el pedestal no aceptó el duelo. —El vencedor de una hoja limpia podía reclamar el jade de su adversario, pero no podía tocar a su familia ni sus bienes—. Podemos pagar a los herederos y vender la empresa a trozos, con un descuento, a los otros linternas del sector minorista que han estado pidiendo un respiro; eso los ablandará de sobra. Me pondré en contacto con los más importantes y hablaré con ellos en persona esta misma semana. —Aquello garantizaría que el mensaje era claro, al proceder directamente de la oficina del hombre del tiempo: el traidor estaba muerto y todo lo que había construido su familia iría a manos de los que eran leales.

—Gracias, Papi-jen. —Puso la mano encima de la de Woon—. No sé qué haría sin ti.

Se le alivió un poco la tensión de los hombros, aunque las duras palabras de Hilo seguían oprimiéndole el pecho. Los escarnios de su hermano no le resultaban desconocidos, pero la última vez que tuvieron un roce tan serio pudo marcharse un par de años a otro país. Ahora tenía que trabajar con Hilo para dirigir el clan y, a la vez, soportar sus recriminaciones y que la evitara. Y ni siquiera podía alegar que no se lo merecía. Había ocultado secretos al pedestal, lo había desobedecido y había encargado a Anden y a Wen que ejecutaran un plan de asesinato en Puerto Massy, lo que había estado a punto de costarles la vida.

Hilo tenía razón en otra cosa, además: Shae no sabía qué estaba haciendo Ayt para ganar, ni cómo impedírselo.

El personal del restaurante había cerrado la zona de alrededor del comedor privado. Tar e Iyn sacaron el cadáver de Fuyin por la puerta trasera sin perturbar a los demás comensales, y el señor Une llegó con Juen para evaluar los daños de las lámparas y las paredes, daños cuya reparación correría a cargo del clan. Los camareros retiraron con eficacia el mantel ensangrentado y limpiaron la comida esparcida por el suelo.

—Tenemos que volver a la oficina. —Shae se obligó a ponerse en pie—. Seguro que Hami nos está esperando.

Hami Tumashon estaba distinto de como Shae lo recordaba. Tras pasar tres años en el extranjero, había engordado un poco y adoptado

ciertos manierismos espenios; cuando entró en el despacho del hombre del tiempo llevaba una camiseta bajo la chaqueta del traje y bebía café con nuez moscada de una enorme taza de viaje. Lo que más le llamó la atención a Shae fue que aún no se había colocado el jade, y la ausencia de su sólida aura habitual hacía que pareciera una versión de sí mismo en otra realidad.

Años antes, Shae también se había quitado el jade; después lo reclamó todo, y de repente volvió a perder gran parte de forma violenta. Se preguntó si, en cada uno de aquellos traumáticos puntos de inflexión de su vida, la realidad se habría fracturado de verdad. Quizá, en una línea temporal alternativa, una Shae diferente había seguido adelante de otra manera, y la mujer que quedó allí les había parecido a los demás una sustituta desconcertantemente alterada.

Mientras Woon y ella estaban en el Dos Fortunas, un servicio de cáterin había llevado comida a la sala de reuniones principal para que toda la oficina celebrara el regreso triunfante de Hami a Yanlún. El antiguo jefe de los hacedores de fortuna había hecho crecer la delegación del clan en Puerto Massy, que ahora contaba con veinte empleados y poco antes se había trasladado a unas grandes oficinas en el centro de la ciudad. Los ingresos de las actividades en Espenia se habían ampliado hasta convertirse en un impresionante ocho por ciento de las ganancias totales del clan, incluso antes de tener en cuenta el aumento de los negocios tributarios de Sin Cumbre en Kekon a consecuencia de las actividades de importación y exportación que el clan había posibilitado. Resultaba una amarga ironía que la ejecución de un hombre aquel día fuera una de las repercusiones de aquel punto luminoso de la fortuna de Sin Cumbre.

—Terun Bin trabaja como un mulo y tiene una mente tan afilada como un cuchillo garra. Lo hará bien allí —declaró Hami, acomodado frente a Shae en un sillón del despacho.

Terun Bin iba a ser el sucesor de Hami. A sus veintiocho años ya era un hacedor de fortuna veterano muy bien considerado, pero, por desgracia, su aptitud para el jade era escasa, quizá debido a que tenía una cuarta parte de sangre abukei; sin embargo, no parecía mestizo, y aquel detalle no era de conocimiento general. Había estudiado en una escuela muy competitiva en vez de en una academia marcial, y solo había ganado una única pieza de jade gracias al entrenamiento privado. A sugerencia de Woon, Shae había ascendido a Terun y lo había enviado a Puerto Massy, donde su falta de verde no afectaría a su reputación, y Hami había dedicado el último par de meses a prepararlo para el traspaso del cargo.

—Has conseguido incluso más de lo que esperaba —dijo Shae—. Le

has dejado el listón muy alto a Terun. —Le indicó con un gesto a su secretaria que les llevara té. Seguía con los nervios de punta, y se alegraba de que Hami no portara jade y no pudiera notar el temblor de su aura. Woon sí podía captarlo, probablemente, pero no lo mencionaría en ninguna circunstancia.

Un detalle de Hami que no había cambiado era su franqueza.

—El problema que tenemos en Espenia es que el jade sigue siendo ilegal. Es algo que Terun no puede arreglar, por muy listo y trabajador que sea. Mientras las cosas sigan así, todo lo que hemos construido allá corre peligro y, a la larga, es algo que puede hacer caer al clan.

—Hemos mantenido nuestros negocios en Espenia completamente separados de cualquier actividad que involucre el jade en el lado del cuerno del clan, y hemos tomado precauciones para aislarlos legalmente —dijo Woon, que estaba sentado entre los dos, en el sillón de la derecha del de Shae.

—Todo eso es un trabajo extra que le cuesta dinero al clan —señaló Hami—. Durante estos años he contratado a hacedores de fortuna de Yanlún y los he llevado a la delegación de Puerto Massy, pero varios han rechazado la oportunidad porque ellos o los miembros de su familia eran huesos verdes que no estaban dispuestos a quitarse el jade para mudarse a Espenia. Y el problema va más allá de la oficina del hombre del tiempo. Muchas de nuestras empresas tributarias kekonesas querrían expandirse internacionalmente, pero a su personal le resulta muy complicado andar viajando a Espenia cuando todos los huesos verdes tienen que tomarse la molestia de conseguir un visado especial y hacer papeleo extra documentando su jade al entrar y al salir, y aunque lo hagan, solo se les permite estar en el país un máximo de veinte días al año.

Shae suspiró. Sabía que aquello era un problema.

—Estamos contratando a más abogados para que se encarguen del papeleo, y buscando formas de agilizar el proceso.

—¿Cuántos estudiantes patrocinados por el clan, de los que han ido a estudiar al extranjero, son huesos verdes? —insistió Hami—. Sospecho que no muchos. ¿Qué familia querría mandar a sus hijos a la academia Kaul Dushuron para que dominen las disciplinas del jade, solo para que luego se vayan a un lugar donde portar jade es delito? Y sin embargo es a los huesos verdes a los que nos interesa más patrocinar. Son los más leales al clan, los que regresarán y usarán la educación adquirida en el extranjero en beneficio de Sin Cumbre. —Hami soltó un bufido—. Esa ley espenia inútil y estúpida nos está causando un desgaste muy caro.

Shae rodeó con las manos la cálida taza de té que la secretaria le

había dejado delante. Lo que había dicho Hami hasta aquel momento era descorazonador, pero no la sorprendía. Sin embargo, el antiguo jefe de los hacedores de fortuna no había terminado; sorbió ruidosamente un poco de café y siguió hablando:

—Aún puede ser peor, Kaul-jen. Se rumorea que la ley puede volver a cambiar, y que se aplicarán fuertes penalizaciones a las empresas espenias que hagan negocios con cualquier entidad a la que el gobierno espenio califique como «organización delictiva». Dado que la posesión de jade por parte de los civiles es ilegal, y que los clanes de huesos verdes poseen y distribuyen jade, podrían declarar «organización delictiva» a Sin Cumbre, lo que no solo impediría que otras empresas trabajaran con nosotros, sino que, en el peor de los casos, podrían prohibirnos realizar actividades en el país si les da la gana.

Woon echó la cabeza hacia atrás, incrédulo.

—El mismísimo gobierno espenio compra jade a Kekon para usos militares. Si nos pueden declarar delincuentes por algo que forma parte de nuestra cultura desde hace milenios, ¿no tendrían que declarar ilegal también a su propio gobierno?

—¡Es Espenia! —exclamó, alzando las manos—. Hacen lo que les da la gana; no van a dejar que un poco de hipocresía se lo impida. Usan el dinero y las leyes retorcidas como nosotros las disciplinas del jade, como una especie de ciencia de combate. Cuando estaba allí me contaron la historia de un terrateniente que hace cientos de años declaró ilegal sacar agua de cierto río, para poder ahorcar a los jefes de una ciudad entera. Quizá sea solo una leyenda, pero me lo creería.

Llamaron a la puerta del despacho. La secretaria de Woon la entreabrió y asomó la cabeza con expresión de disculpa.

—Lamento interrumpir, Woon-jen, pero su esposa está al teléfono. Le he dicho que está reunido con el hombre del tiempo, pero ha insistido en que lo avise.

La expresión de Woon se tensó a causa de la vergüenza y una irritación poco habitual en él.

—Salvo que se trate de una emergencia, dile que luego la llamo —dijo. Cuando la azorada secretaria se retiró y cerró la puerta, Woon se dirigió a Shae y a Hami—: Lo siento mucho.

—No pasa nada. —Observó a su asistente con preocupación. Aquella breve perturbación en la expresión de Woon había desaparecido, y parecía estar bien otra vez, pero ella estaba tan familiarizada con su aura de jade que podía Percibir el débil zumbido de estática provocado por la inquietud—. Además, ya estábamos acabando —añadió, y se volvió hacia Hami—: Haces bien en sacar

este tema. Estoy de acuerdo en que es un problema a largo plazo del que nos tendremos que ocupar, pero es demasiado peliagudo para que lo resolvamos hoy. De momento, ¿tienes todo lo que necesitas para instalarte en Yanlún y ocupar tu nuevo puesto, Hami-jen? —Por la fuerza de la costumbre se dirigió a él con el sufijo respetuoso de los huesos verdes, a pesar de que no portaba jade, y al darse cuenta de su error intentó corregirlo—: Por supuesto, es tu decisión volver a ponerte el jade. —Sabía mejor que nadie que era una elección personal, y bastante más difícil de lo que otros podrían creer.

Hami frunció los labios, pensativo.

—Creo que me lo pondré, pero no ahora mismo. Me hace falta un poco de tiempo para atender asuntos familiares y recuperar la rutina antes de estar preparado para volver a portar jade. —La familia de Hami se había mudado a una casa nueva, y su hijo mayor no tardaría en entrar en la academia Kaul Dushuron como alumno de primer curso—. Además, creo que seguiré yendo con frecuencia a Puerto Massy, así que para evitar el jaleo legal del que hemos hablado, cuanto menos verde sea, mejor, desde un punto de vista práctico.

A partir de aquel mismo día, Hami se convertiría en el hacedor de lluvia del clan, una posición nueva y necesaria que Shae había creado y que sus antiguos compañeros de la escuela de negocios de Belforte habrían denominado «director de desarrollo internacional». Hami y sus subordinados serían responsables de mejorar la comunicación y la coordinación entre la oficina de Yanlún y la delegación del clan en Puerto Massy, además de buscar nuevas oportunidades de expansión en otros países, algo que en aquel momento parecía incluso más importante.

—Tenías razón, Kaul-jen —reconoció Hami—. Lejos de casa, uno se acostumbra a no portar jade, y estar otra vez aquí es una sensación extraña. En algunos sentidos es más fácil no ser verde. En cuanto vuelva a portar mi jade, tendré que volver a ser cierto tipo de persona. —Bufó y señaló con gesto desaprobador el perímetro ensanchado de su cintura—. Tardaré meses en estar en forma de nuevo y recuperar mis habilidades del jade después de tanto tiempo.

—Con jade o sin él, eres valiosísimo para el clan, Hami-jen —dijo Shae, usando deliberadamente el sufijo esta vez—. Me alegro de tenerte en casa.

—¿Me necesitas para algo más ahora mismo, Shae-jen? —preguntó Woon cuando Hami se hubo marchado—. Si no, me pondré manos a la obra con los bienes de Fuyin, como hemos hablado.

—No te olvides de llamar primero a tu mujer —le recordó Shae cuando se levantó del sillón, pero el comentario burlón no le arrancó

ni una sonrisilla—. Papi-jen…, ¿todo va bien? Esta semana te he visto un poco ausente. —No había tenido intención de sacar el tema, pero la sombra del hombre del tiempo parecía más cansado que de costumbre, y su mandíbula, siempre afeitada a la perfección, estaba aquel día levemente oscurecida.

Woon frunció el ceño y se pasó la mano tímidamente por un lado de la cara. Una palpitación de infelicidad le oscurecía el aura.

—Lo siento, Shae-jen. Sé que he estado distraído. Me esforzaré más.

—No te estaba criticando. —Si el rendimiento de Woon había bajado, ella no lo había notado en absoluto, y llevaba más de seis días trabajando con él—. Te pregunto como amiga. Si no quieres hablar de ello, no pasa nada. —De repente a Shae le preocupó haberse expresado con torpeza, haber sonado indiferente, demasiado interesada o demasiado a la defensiva, o haberse disculpado en exceso.

Woon titubeó.

—Kiya ha tenido otro aborto —dijo al fin en voz baja. Esquivó la mirada de Shae, como si le diera vergüenza revelar aquella desgracia personal—. Creo que ha sido muy duro para ella. Para los dos.

Shae se esforzó por encontrar algo que decir.

—Lo siento mucho. ¿Puedo ayudar en algo? ¿Necesitas unos días libres?

Woon negó con la cabeza.

—Ya hemos pasado por esto antes, y sé que no hay nada que pueda hacer ni decir para que se sienta mejor. En el trabajo puedo seros útil a ti y al clan. Pero Kiya ha estado llamándome varias veces al día al despacho, a veces enfadada. No comprende que… —Se interrumpió y frunció el ceño.

Shae apretó la taza de té entre las manos, y luego la dejó en la mesa para no romperla sin querer. Woon trabajaba sin descanso para ella, y ella dependía de él más que de nadie, no solo para sacar adelante todo el lado de negocios del clan, sino para que la cuestionara y aconsejara en privado en todo momento. Pero Shae sabía que para la esposa de Woon no podía ser fácil verlo tan poco y recibir menos atención de la que merecía porque él estaba constantemente al lado de otra mujer, aunque esa mujer fuera el hombre del tiempo del clan.

Deseó poder decir algo sincero que lo animara, pero sería incómodo hablar de Kiya. Sospechaba que no le caía bien. Alargó la mano y apretó el brazo de su amigo en lo que esperaba que aceptara como un gesto de comprensión.

El brazo de Woon se tensó bajo su mano. Woon se volvió a sentar en el sillón, se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y contempló el suelo durante un momento antes de alzar la mirada con reticencia y fijar sus ojos en los de ella. Cuando estaba preocupado o concentrado en sus pensamientos, en el lado derecho de la frente le aparecía un pliegue que Shae se sentía tentada de aplanar con el pulgar.

—Shae-jen…, este trabajo… no es bueno para la vida familiar. El hombre del tiempo siempre está pensando en el clan, y la prioridad de su sombra es siempre el hombre del tiempo. —Su firme aura de jade emitió una pulsación triste—. No quería sacar el tema así, pero retrasarlo no lo hará más fácil. Creo que puede ser el momento de que piense en ocupar otro puesto.

Shae se las arregló para asentir.

—Por supuesto. Lo entiendo. —Las palabras parecían poco naturales al salir de su boca. No podía fingir que le alegrara que Woon le pidiera dejar su cargo—. Siento no haberme dado cuenta de que necesitabas un cambio. Hace años me lo pediste, y has acabado aguantando mucho más tiempo del que tenía derecho a esperar de ti.

Woon se ruborizó.

—Aquello fue… en circunstancias diferentes. Y no es que quiera marcharme. Estoy pensando en lo que será mejor para mi matrimonio. Si solo tuviera que pensar en mí, no habría ningún problema.

Con esfuerzo, Shae consiguió dirigirle una sonrisa de apoyo.

—Pensemos entre los dos cuál sería el mejor papel para ti a partir de ahora. Te apoyaré sea el que sea. Solo te pido que esperes un poco más, solo hasta que encontremos a alguien que pueda sustituirte como sombra del hombre del tiempo.

—Por supuesto; no me marcharé hasta entonces. —Woon relajó la postura, aliviado ante la rápida aceptación de Shae, aunque a sus ojos siguió asomando la preocupación—. Gracias por entenderlo, Shae-jen.

Volvió a ponerse en pie y se detuvo; durante un momento pareció que quería decir algo más. Al final le dirigió una sonrisa a Shae y salió del despacho. Ella se quedó escuchando el ajetreo de las salas y los cubículos cercanos, y se preguntó cómo era posible estar rodeada de cientos de personas y aun así sentirse completamente sola.

Capítulo 4

El viaje del asistente del pedestal

A Maik Tar le gustaba tener cosas que hacer que lo mantuvieran ocupado, incluso si ello implicaba que lo mandaran a la otra punta del mundo y se encontrara en un barco en la bahía de Whitting en lo más crudo del invierno espenio. Tener tareas concretas en las que concentrarse (conseguir un pasaporte y documentos falsos, recabar información, hablar con las personas adecuadas, planificar, conseguir el barco y el equipo) evitaba que bebiera demasiado y cayera en un estado de ánimo horrible. Y luego, al acabar los preparativos: el estímulo de la expectación y la adrenalina, el intenso sabor de la satisfacción violenta. Hilo-jen confiaba en él más que en nadie, le encargaba trabajos difíciles y brutales porque nadie más sería tan tenaz, eficiente y discreto. Saber aquello era una luz para Tar incluso en sus momentos más sombríos.

Le habían dicho que en Puerto Massy, durante los ajetreados meses veraniegos, los barcos de turistas y los yates privados abarrotaban el puerto y navegaban arriba y abajo por el río Camres, pero fuera de temporada y a aquella hora tan tardía, no había más barcos en el agua. Tar pisoteó el suelo y se echó el aliento en las manos, y maldijo aquel estúpido frío mientras contemplaba como la línea difusa del muelle iba desapareciendo a lo lejos. Cuando apenas pudo ver ya la orilla, gritó una orden a Sammy, que iba en la cabina del piloto.

—Ya estamos bastante lejos. Para el motor.

El barco se balanceó suavemente, sumido en la oscuridad. Tar se metió bajo cubierta agachando la cabeza y agarrándose al pasamanos. La bodega estaba iluminada por dos luces naranjas colgadas del techo, y el suelo estaba cubierto con láminas de plástico negro y ropa tirada.

En el centro había un hombre atado a una silla de aluminio. La primera vez que Tar había visto a Willum Reams, el Flaco, este llevaba un traje gris y un sombrero de fieltro y estaba sentado al lado del jefe Kromner, en la mansión Thorick. En aquel momento estaba descamisado, con el vello oscuro del pecho erizado y la cara magullada allí donde lo habían golpeado y amordazado para el transporte. Le habían quitado los zapatos y los calcetines, y encogía los dedos de los pies a causa del frío.

—¿Cómo va aquí abajo? —preguntó Tar.

Kuno estaba de rodillas al lado de una gran tina de metal, removiendo la mezcla de cemento de secado rápido con una pala pequeña. Se sentó sobre los talones y se limpió la frente con una mano enguantada.

—Esto tardará un poco en fraguar. Es culpa del frío —dijo.

—Hay un calentador en ese armario. Podemos encenderlo.

El propio Tar lo sacó y lo puso en marcha. La tarea de la noche iría más rápida si hubiera más manos ayudando, pero solo se había llevado a Sammy y a Kuno. Cuanta menos gente, mejor, pues no conocía a aquellos huesos verdes kekoespenios ni confiaba en ellos como en sus hombres de Yanlún. Habría preferido tener a Doun o a Tyin, pero ya había sido bastante complicado conseguir una sola identidad falsa, y con el fin de minimizar los riesgos y mantener las buenas relaciones con Dauk Losunyin, el pedestal local, Kaul Hilo no había querido dar la impresión de que Sin Cumbre se tomaba demasiadas prerrogativas en Puerto Massy.

Reams recorrió la bodega con la mirada, con rabia fría y una absoluta falta de sorpresa.

—Cabrones kikus.

Tar se puso delante de él y lo miró.

—¿Por qué has acabado aquí? ¿Lo sabes? —preguntó en espenio. No lo hablaba muy bien, pero aquel no era su primer viaje al país. Había acompañado al pedestal en su primera visita, tres años antes. Desde entonces había vuelto unas cuantas veces en nombre de Sin Cumbre, para entrenar a los huesos verdes locales y hacer algunos trabajos para el clan. Había aprendido lo suficiente para desenvolverse. No necesitaba hablar mucho.

El Flaco abrió las manos. Tenía las muñecas atadas a los brazos de la silla.

—He hundido en el río mi buena ración de gente —reconoció, sombrío—. Bien sabe Dios que no serán pocos los que opinen que merezco acabar aquí. —Miró a Tar con disgusto—. Aunque no pensaba que fuerais a ser los kikus los que os encargarais. Os escuece

lo de Rohn Toro, pero no podríais haber organizado esto vosotros.

—Lo de Rohn Toro es un motivo, sí —dijo Tar. Sammy y Kuno habían estado entre los amigos y protegidos de Rohn en la comunidad de huesos verdes kekoespenia; habían presenciado años de acoso brutal por parte de las bandas en el barrio kekonés de Trampasur, y habían sido los primeros en llegar a la escena del asesinato de Rohn. Por eso estaban allí, con el permiso de Dauk Losun: para impartir justicia. Sin embargo, Reams acertaba: como nuevo jefe de la banda del Barrio Sur, era demasiado cuidadoso y había estado demasiado bien protegido para que nadie, ni siquiera los huesos verdes, hubiera podido echarle mano por sorpresa sin ayuda desde dentro—. Pero todos los espenios sois iguales. No se puede confiar en vosotros. Ni siquiera vosotros podéis confiar en vosotros.

Kuno se giró desde donde estaba removiendo el cemento y señaló al prisionero con la pala.

—A los otros jefes no les da mucha pena verte desaparecer, Flaco —dijo en espenio fluido—. Pequeño Jo y los Slatter se figuraron que tú mismo ayudaste a meter a Kromner entre rejas, y con toda la atención de la policía que atrajiste sobre todo el mundo cuando mataste a Rohn y estuviste a punto de matar a dos ciudadanos kekoneses, estuvieron encantados de librarse de ti y hacer las paces con nosotros.

—Gilipollas estrechos de miras. Entregan así a un pandillero como ellos, cuando resulta que es a los paganos kikus, con vuestras piedras venenosas, a los que habría que borrar de la faz de la tierra. —Escupió en el suelo. Tenía los dedos de los pies casi blancos por el frío—. Venga, acabad de una vez.

—Mataste a Rohn Toro —dijo Tar, sacudiendo la cabeza—. Convertiste en enemigos los tuyos. Pero eso no es todo. No es por lo que estoy aquí. —Se quitó el abrigo y lo dejó a un lado. La bodega había empezado a caldearse. Se arremangó y desenfundó el cuchillo garra que llevaba al cinto—. Estrangulaste a mi hermana hasta dejarla al borde de la muerte. Ahora no puede andar ni hablar bien. No sabes quién es, ni quién soy yo, ¿verdad? Da igual. Lo único que necesitas saber es que esto es personal, de parte del clan Sin Cumbre.

El Flaco había sido un pandillero toda su vida adulta, y en el submundo de Puerto Massy todos lo consideraban tan duro como se podía ser, pero Tar pudo Percibir el terror animal que creció en su interior cuando sus ojos pasaron del filo de la hoja curva a la cara del huesos verdes y contemplaron la locura estampada en ella.

—Kuno, vete a la cabina con Sammy —dijo Tar en kekonés—. Os llamaré cuando os necesite.

—Maik-jen —dijo dubitativo el joven huesos verdes; se humedeció con la lengua los labios resecos—. Dauk Losun dijo que debíamos ser rápidos y tener cuidado, igual que Rohn-jen siempre…

Tar volvió la cabeza con un movimiento rápido y seco, y el fiero brillo de sus pupilas dilatadas y el cuchillo que empuñaba convencieron al joven de que obedeciera sin rechistar. Kuno dejó la pala, se quitó los guantes de trabajo y cubrió con una tela húmeda la tina de metal para evitar que se secara el cemento. Subió a cubierta con rapidez tras echar atrás una única mirada temerosa.

Tar se volvió hacia el hombre sentado en la silla. Ya no era Willum Reams; ya no era nadie, solo otro enemigo del clan: una cabeza viperina de una bestia de muchas cabezas. El clan tenía numerosos enemigos y a veces se entremezclaban en la mente de Tar, porque al final todos tenían una cosa terrible en común, así que en cierto modo eran todos el mismo. No deberían ser capaces de herir y matar a huesos verdes poderosos. Hombres que eran mejores que ellos; hombres como Maik Kehn. Pero lo habían hecho y lo hacían, y podrían hacerlo de nuevo. Eran responsables del vacío que seguía a Tar a todas partes ahora que sabía que jamás volvería a ver a su hermano ni a hablar con él. Así que cuando el hombre de la silla se echó a gritar, Tar sintió como si estuviera oyendo sus propios gritos, sacando a la luz sus propios sentimientos.

Capítulo 5

Guardar las apariencias

Año sexto, cuarto mes

EN la semana de año nuevo, la agenda de la familia Kaul estuvo atestada de obligaciones festivas, la más importante de las cuales era el banquete de celebración de la cúpula del clan. Asistirían todos los mandos de Sin Cumbre, así como los puños y los hacedores de fortuna más veteranos, algunos linternas destacados, y figuras públicas y cargos del gobierno afiliados al clan. Wen estuvo ocupada durante las semanas previas, preparando listas de invitados y organizando todo lo relativo a comida, música, decoraciones y seguridad. Hilo le dijo que delegara en el personal de la hacienda y contratara a más ayudantes para no agotarse en exceso, pero ella estaba decidida a supervisar el acontecimiento. Tenía miedo de que algo marchara mal en un momento en que el clan no se podía permitir más apariencias de debilidad.

La noche de la fiesta, su cuñada Lina fue a la residencia para ayudarla a vestirse, peinarse y maquillarse. Tras la muerte de Kehn, Lina había dejado la casa del cuerno a Juen Nu y se había marchado de la residencia Kaul para vivir más cerca de su extensa familia, pero Wen y ella habían seguido siendo buenas amigas.

—Estás preciosa de verde —dijo alegremente Lina mientras abrochaba los botones de la espalda del vestido de Wen, notando quizá la tensión en sus hombros y su cuello, la rígida ansiedad en sus labios tensos. Wen podía oír el bullicio creciente del patio, que empezaba a llenarse de los invitados que llegaban. Cuando miró por la ventana pudo ver los coches caros que se detenían en la rotonda, uno tras otro, de los que salían hombres trajeados y mujeres con vestido de

noche.

Hilo entró en la habitación con un esmoquin.

—¿Seguro que quieres venir? —preguntó. Apenas habían hablado en las últimas y ajetreadas semanas. Casi siempre, ella ya estaba durmiendo cuando él llegaba a casa. En otras ocasiones, él se acostaba sin tocarla y se había marchado cuando ella despertaba. En aquel momento la observó con atención, en lo que a Wen le pareció que era la primera vez en meses. La expresión de Hilo se suavizó—. No estás obligada. No pasa nada.

—Sabes que… sí pasa. —Wen sonrió débilmente.

A menudo le resultaba difícil poner en palabras sus pensamientos atrapados o hacer que esas palabras salieran con suavidad y de forma correcta, pero era perfectamente capaz de escuchar las novedades y las conversaciones del clan. La traición y la ejecución pública de un linterna huesos verdes era algo inusitado y se había hablado mucho de ello, y el reciente ataque al casino Doble Doble había incitado la preocupación por que los extremistas anticlanes organizaran más acciones parecidas durante las fiestas. Aquellos dos incidentes habían hecho que Sin Cumbre pareciera estar a la defensiva, esforzándose por proteger sus bienes. No era una buena imagen en un momento en que había un gran temor a que Kekon pudiera convertirse en el próximo punto candente del conflicto entre Espenia e Ygutan. Mientras tanto, el clan Montaña parecía nadar en la abundancia y sus miembros estaban encantados de que Ayt Mada hubiera nombrado heredero a su sobrino adolescente. Los enemigos de Sin Cumbre estaban derrochando sin freno en su propia celebración de año nuevo.

Caminó hasta Hilo y este le ofreció el brazo. Se agarró a él, se afirmó y se sintió más baja de lo habitual a su lado al no llevar tacones, algo que ahora le resultaba imposible.

—No… dejes que me c-caiga —dijo.

Lo importante aquella noche eran las apariencias. La familia Kaul tenía que mostrar su cara más fuerte y unida. Como esposa del pedestal, se esperaba de Wen que ejerciera de anfitriona. Su ausencia solo se podría haber interpretado como una prueba de incapacidad. Hilo no dijo nada, pero avanzó pacientemente con ella mientras bajaban la escalera, colocándose de forma que su lado izquierdo, el más fuerte, estuviera junto al pasamanos; así podría descender adelantando primero la pierna más débil, escalón a escalón.

—Hoy es… nuestro aniversario de boda. ¿Te acuerdas? —preguntó, ralentizando la enunciación de las palabras para evitar trabarse. Se habían casado la víspera de año nuevo, un día antes de que Hilo partiera a salvar al clan enfrentándose a una muerte

trascendente.

—Claro —respondió Hilo, no sin amabilidad; pero la seca respuesta de una sola palabra hizo que Wen se mordiera el labio. Los momentos de crueldad directa de su marido eran infrecuentes y breves: una mirada fría, un comentario cortante, un destello de dolor o ira en respuesta a cualquier recordatorio de su insinceridad pasada y de cómo había estado a punto de morir por su causa. En cada ocasión sentía que se le corroía el alma, pero era mucho peor la distancia intencionada que había establecido. Al haber vivido tanto tiempo bajo la luz incuestionable del amor de Hilo, la ausencia de su afecto era un inacabable invierno sin vida.

Wen había asumido que aquello acabaría por suceder; Hilo descubriría durante cuánto tiempo y hasta qué punto había estado involucrada en los asuntos del clan, a sus espaldas y en contra de sus deseos, usando su defecto de ojos de piedra para traficar con jade y poniendo su vida en peligro. Por supuesto que se enfadaría, pero ella había contado con que podría explicarse, que podría hablar con él de la forma en que siempre había podido para tranquilizarlo y sosegarlo hasta que acabara por comprender, como estaba segura de que acabaría ocurriendo.

Pero no había tenido la oportunidad. En el momento en que más necesitaba comunicarse, apenas era capaz de expresarse y tenía que luchar para soltar incluso una breve ristra de palabras de forma coherente. E Hilo… Si al menos hubiera sido capaz de enfurecerse con ella, de dar rienda suelta a su dolor y su sensación de haber sido traicionado, habría quemado por lo menos parte de la intensidad de sus sentimientos. Pero la conmoción de saber que Wen había estado a punto de morir y su necesidad de recibir cuidados le impidieron desahogarse con ella.

Al final de la escalera, Wen se detuvo e inspiró profundamente para prepararse. Hilo le puso la mano en la base de la espalda y ella descansó brevemente apoyada en la suave presión. Salieron juntos al patio y dieron la cara ante el clan.

En cuanto pusieron un pie en el patio les dio la bienvenida una ola de manos unidas alzadas hasta la frente y gritos de «¡Kaul-jen! ¡Nuestra sangre por el pedestal!». Wen tragó saliva y se obligó a dirigir una sonrisa de bienvenida a aquel mar de rostros; personas importantes de todas las partes del clan la vieron al lado del pedestal por primera vez en más de un año y medio. Empezó a apretar con más fuerza el brazo de Hilo, pero al cabo de un momento se contuvo; no quería dar la impresión de que se aferraba a él para mantener el equilibrio.

Hilo alzó el brazo libre para devolver el saludo y se dirigió a la multitud:

—¡Hermanos y hermanas, la orden que os doy esta noche como pedestal es que comáis toda esa comida y vaciéis todos esos barriletes de hoji!

Le respondieron carcajadas, seguidas de una voz, probablemente la de un puño que ya había bebido de más, que gritó alegremente: «¡Estoy listo para morir por el clan!». Wen alcanzó a ver como Shae, que llevaba un vestido negro de corte discreto pero elegante, ponía los ojos en blanco y bebía un trago de su copa de vino.

En condiciones normales se habrían dedicado a caminar por el patio alegremente decorado y a saludar a los miembros del clan y recibir los respetos que les presentaban, pero aquella noche, Hilo y Wen fueron directamente a la mesa principal, y él la ayudó a sentarse. A continuación se sentó a su lado y se quedaron allí mientras los invitados se acercaban en grupitos para hablar con él. A todo el mundo le pareció que estaba de buen humor, atento y sonriente, con su comportamiento relajado habitual.

Wen devolvió los buenos deseos asintiendo y sonriendo más que hablando. Cada vez que abría la boca tenía miedo de cometer un error. Antes poseía una memoria casi perfecta para las caras y los nombres, una habilidad que le había resultado muy útil en las situaciones sociales, pero también la había perdido. «Limítate a salir del paso», se decía.

La época de las heladas había pasado, pero el tiempo aún era desacostumbradamente frío para lo que se suponía que era el comienzo de la primavera. Las mujeres se cubrían con mantones y chales los hombros desnudos, y las llamas de las estufas de exterior distribuidas uniformemente proyectaban calidez y sombras oscilantes contra los doseles rojos que resguardaban las mesas. La abuela de los niños los llevó justo antes de que se sirviera la cena; Niko y Ru con trajecito y corbata; Jaya con un vestido amarillo y leotardos blancos que de algún modo ya había conseguido manchar en las rodillas. Se adelantó corriendo a sus hermanos e intentó trepar al regazo de Wen para llegar a la mesa.

—Jaya-se, siéntate como es debido —la reprendió Wen, luchando por contener a la chiquilla; dejó escapar un suspiro de alivio cuando Lina se la llevó a jugar con su primito Cam en los columpios montados en el césped.

—Tienes buen aspecto, señora Kaul —dijo la esposa de Woon, que se sentó al lado de Wen mientras su marido estaba enfrascado en una conversación con un puñado de hacedores de fortuna veteranos—.

Rezo a los dioses para que te concedan buena salud este año.

—Gracias…, Kiya —dijo Wen, aliviada al ver que recordaba su nombre. Las palabras salieron con lentitud, pero, por lo demás, de forma completamente normal—. Te deseo… lo mismo.

La sonrisa de la mujer se apagó un instante, pero la recuperó de inmediato y señaló con un gesto de cabeza a Hilo, que paseaba con Niko y Ru y permitía, orgulloso, que la gente los elogiara y se prestara a la charla incesante del más pequeño.

—Tienes unos hijos preciosos —dijo Kiya con una sonrisa melancólica—. Debes de estar muy orgullosa por el futuro del clan.

Wen se preguntó cuánto le contaría Woon Papi sobre los asuntos del clan a su esposa, y si esta sabría hasta qué extremo estaban en apuros económicos.

—El futuro… del clan —le recordó a Kiya, haciendo un gesto con la cabeza hacia la fiesta— es más grande que esto.

Cualquiera que viera aquella noche a la muchedumbre elegante, la abundancia de comida y de hoji y el brillo del jade en cientos de muñecas y cuellos pensaría que el clan Sin Cumbre era invencible. Era un efecto buscado. Modelar las impresiones de la gente era un arte; una habitación pequeña podía parecer grande; los defectos de una casa podían transformarse en cualidades. Aquella noche, Wen había hecho que Sin Cumbre pareciera demasiado rico y poderoso para caer. La realidad era más complicada.

Había visto en los periódicos las fotografías que mostraban la proclama escrita con pintura en las puertas de cristal del Doble Doble. Aunque sabía que nadie se atrevería a atacar a un grupo tan grande de huesos verdes, y menos en la víspera de un festivo, sus ojos examinaron las figuras de los guardias que vigilaban junto a los muros de ladrillo y las puertas de hierro de la hacienda. No había garantías para nadie; ni para ellos ni para sus enemigos.

Shae se acercó y ocupó su puesto a la mesa cuando los camareros empezaron a servir los platos principales. Kiya se levantó con rapidez.

—Será mejor que recoja a mi marido y vayamos a nuestros asientos —anunció. Tiró con insistencia del brazo de Woon Papi y se lo llevó.

Juen Nu y su esposa ocuparon sus lugares al lado de Hilo. Tar, que había vuelto hacía poco de un viaje a Espenia, llegó con su amante, Iyn Ro. Los dos parecían llevar encima varias copas de hoji, y entraron enganchados y riendo a carcajadas. Anden se sentó en silencio al lado de Wen; soltó un suspiro de alivio y le dirigió una sonrisa tímida.

—Me alegro de que me toque sentarme a tu lado, hermana Wen.

Wen también estaba encantada de sentarse junto a Anden. Era el

único que comprendía todo por lo que había tenido que pasar aquella horrible noche en Puerto Massy. Le había contado en confianza que él también se despertaba a veces pataleando a causa de una pesadilla en la que no podía respirar. Wen le debía la vida, pero Anden seguía siendo el joven sencillo que siempre había conocido. Cuando se le atascaban las palabras o las arrastraba, nunca la miraba con lástima ni con impaciencia. Toda la tensión que sintió cuando intentaba hablar con los otros invitados se desvaneció, e, irónicamente, cuando estaba relajada apenas tenía problemas para hablar.

—¿Qué tal los estudios de medicina?

—Un montón de trabajo —dijo pesaroso, pero no se quejó más.

Wen intentó animarlo.

—Tengo entendido que el primer año es el más duro.

—Nos meten un montón de material —confirmó Anden, asintiendo—, y tenemos que aprender a pensar en las habilidades del jade de una forma completamente distinta. Espero que el año que viene sea un poco más fácil. —Vio que Wen dudaba al ir a coger el cucharón, se adelantó y le sirvió un plato de sopa de marisco—. A veces me pregunto si vale la pena —reconoció—, pero si fracaso en esto, no hay nada más que pueda hacer que sirva para algo.

—Anden —dijo Wen con severidad—, no d-debes decir eso. Piensa en lo que hiciste incluso cuando vivías sin… sin… sin jade en un país extranjero. Mientras crecías, todos te hicieron creer que tu valía estaba relacionada con tu capacidad con el jade, cuando es… es evidente que tiene que ver con cómo eres como persona. Tus primos ya saben lo que vales, incluso si dejaras mañana la escuela de medicina. —Estaba tan decidida a dejarle claro lo que pensaba que apenas se dio cuenta de que había dicho varias frases seguidas con apenas un par de tropiezos.

Anden se ruborizó y pareció repentinamente concentrado en sumergir las gambas de su plato en un charco de salsa de ajo.

—Gracias por decir eso —respondió al cabo de un momento—. Espero que tengas razón.

—Por supuesto que la tengo.

Wen entendía por qué el joven parecía sentirse inseguro aquella noche. Su puesto en la mesa principal confirmaba ante todo el mundo que el pedestal había acogido de vuelta en la familia al primo caído en desgracia unos años antes, pero eso no evitaba que los guerreros cargados de jade y los ricos hombres de negocios pertenecientes al clan lo miraran con una mezcla de lástima y escepticismo. Probablemente tanta lástima y escepticismo como los que le dedicaban a ella, pensó Wen. Demasiada mala suerte cerca de la

cumbre, murmurarían.

A pesar de la orden jocosa de Hilo, daba la impresión de que la comida tardaba menos en llegar que en consumirse. Las mesas estaban cubiertas de bandejas con cochinillos asados, pescado al vapor en caldo de jengibre, brotes de guisantes con ajo, pulpo frito. El grupo de tamborileros acompañaba al año saliente con una energía atronadora, y dos mesas adyacentes ocupadas por puños se habían desafiado a un concurso de bebida. Niko, Ru y Jaya se acercaron a darles a sus padres un abrazo de buenas noches antes de que la madre de Hilo se los llevara a la casa para acostarlos. Un velo de agotamiento fue cayendo ante los ojos de Wen, envolviéndolo todo como una bruma, calándole los músculos y embotándole los pensamientos.

Se dio cuenta de que Juen y su esposa habían abandonado la mesa hacía un rato, pero de repente, el cuerno apareció tras la silla de Wen y se inclinó para hablar con Hilo.

—Kaul-jen, mi mujer se había ido a casa a meter en la cama a los niños, pero ha vuelto corriendo para contarme la noticia que están emitiendo por la radio. —Hablaba cerca de la oreja del pedestal, pero había tenido que alzar la voz para imponerse al ruido de los petardos y Wen pudo oírlo—. Hace dos horas, un caza espenio ha derribado un avión espía ygutano sobre la isla de Euman. Se ha estrellado cerca de la base naval. El piloto ha sobrevivido al aterrizaje forzoso, pero se ha suicidado antes de que lo atraparan. Los gobiernos de Ygutan y Espenia están en pleno cruce de acusaciones sobre el incidente y amenazan con entrar en guerra en el Amárico.

Mientras Juen hablaba, la expresión de Hilo no cambió exteriormente, pero Wen vio que el brillo de sus ojos pasaba del buen humor relajado a la incredulidad y la ira en cuestión de segundos, como una llama que cambiara del rojo al naranja y luego al azul.

—Justo en este puto momento —dijo entre dientes.

—El Consejo Real celebra mañana una sesión de emergencia. —Juen echó una mirada a la fiesta en marcha. Los tamborileros habían empezado la cuenta atrás de la medianoche y se acababa de abrir un tonelete de hoji. Incluso Shae parecía estar pasándoselo bien—. ¿Se lo decimos a la gente? —preguntó el cuerno.

Los músculos de la mandíbula de Hilo se tensaron bajo la piel.

—No —dijo al fin—. No tardarán en enterarse. Vamos a dejar que empiecen el año de buen humor —murmuró sombrío—. Puede que sea la única oportunidad para invocar la buena suerte, y está claro que nos va a hacer falta.

—Entonces hablaré discretamente con los puños veteranos —sugirió Juen—. Tienen que estar preparados para mantener el orden

en nuestro territorio si estalla el pánico ante una posible invasión.

Cuando se marchó el cuerno, Wen alargó una mano hacia el brazo de su marido. Pretendía decir: «También tienes que hablar con Shae esta noche. La oficina del hombre del tiempo debería ponerse de acuerdo con nuestros leales en el Consejo Real antes de que nadie haga una declaración». Pero tiró una taza llena de té con el codo, salpicando el regazo de ambos. Cuando abrió la boca, no salió nada de ella; sentía como si las palabras se le hubieran hundido en el pecho. Solo pudo mirar a Hilo con impotencia.

Hilo enjugó con una servilleta el té de la ropa de los dos.

—Estás cansada —dijo. Se puso en pie y la ayudó a levantarse. Wen se apoyó en él mientras regresaban a la casa. Nadie les prestó atención. Casi todos los invitados habían salido al césped a esperar el despliegue de fuegos artificiales que no tardaría en cubrir la ciudad. Cuando estuvieron dentro, Hilo la ayudó a subir la escalera y a acostarse. Movía las manos con delicadeza, pero sin afecto ni lujuria, mientras le desabotonaba el vestido y se lo quitaba, antes de taparla con las mantas.

Lágrimas de pesar y humillación le ardieron en los ojos. Años antes, cuando eran una pareja de jóvenes amantes, Wen se pasaba el día esperando fogosa la llegada de Hilo. Al final aparecía, un joven puño ardiente y resplandeciente con el subidón del nuevo jade que hubiera ganado en algún duelo o alguna escaramuza. Ella le hacía rememorar sus victorias mientras lo desnudaba y le besaba las gemas recién incrustadas en el cuerpo. Luego disfrutaban de un sexo alucinante una y otra vez. Qué excitante había sido el poder erótico que poseía sobre él.

Hilo nunca había mencionado que ahora, ocasionalmente, recurría a las encantadoras, pero tampoco se esforzaba por ocultarlo. Wen había olido el perfume en su ropa unas cuantas veces; había encontrado en sus bolsillos cajas de cerillas y envoltorios de caramelos del club de caballeros Lila Divina. Podía aceptar que, durante su larga convalecencia, él pagara por satisfacer sus necesidades en otra parte, pero le resultaba demasiado doloroso imaginar, como estaba haciendo en aquel momento, que hubieran perdido la capacidad de consolarse mutuamente. En las ocasiones en que habían intentado hacer el amor, Hilo no parecía el mismo; o la manejaba con cuidado excesivo, como si temiera hacerle daño, o copulaba bruscamente, como si despachara una tarea irritante.

Hilo apagó la lámpara de la mesilla, se sentó en el borde del colchón y contempló por la ventana la silueta de la ciudad mientras los primeros fuegos artificiales estallaban por encima del tejado del

Salón de la Sabiduría y la torre cónica escalonada del Palacio Triunfal. Los destellos iluminaban brevemente su perfil oscurecido, afilando las líneas pensativas que no encajaban en el rostro del que Wen se había enamorado. Fuera, los tambores atronaban y los asistentes a la fiesta vitoreaban la llegada del año nuevo.

Cuando tenía diecisiete años, Wen afiló un cuchillo de cocina y rajó las ruedas de la bicicleta de su hermano. Nunca se lo dijo a Kehn, que dio por ello una paliza al hijo de unos vecinos. Después, Kaul Hilo iba todos los días en coche a su casa para recoger a Kehn y a Tar cuando los tres andaban juntos, unos dedos novatos recién salidos de la academia, ávidos por ganar jade y labrarse una reputación. Todos los días, Wen se acercaba al Duchesse a despedirse de sus hermanos y a darles la bienvenida cuando volvían. Una vez, Hilo se echó a reír al parar el coche y verla esperar bajo la lluvia. Dijo que era la hermana más amable y devota que había visto nunca, y que su propia hermana jamás haría algo así.

Wen tenía que reconocer, con cierta irritación, que había sido una adolescente enamoradiza, pero no se había limitado a suspirar inútilmente. Algo tan nimio como una bicicleta inutilizada podía cambiar el destino, igual que una ojos de piedra podía inclinar la balanza en una guerra de clanes. En aquel momento buscaba la única cosa que pudiera decir para que Hilo se volviera hacia ella de la misma forma que cuando bajaba la ventanilla del coche y se inclinaba en el asiento con una sonrisa. Pero estaba demasiado cansada.

—Tengo que volver afuera —dijo Hilo. Wen se acostó de lado. Sintió el cambio de peso cuando él se levantó del colchón, y cuando el siguiente estallido de los fuegos artificiales iluminó la habitación, solo iluminó un espacio vacío.

Capítulo 6

Vientos cambiantes

SEIS días después se convocó una reunión extraordinaria de accionistas de la Alianza del Jade de Kekon. Tras mucha indignación política y tensos posicionamientos militares de todas las partes, la crisis diplomática entre Espenia e Ygutan no había crecido hasta convertirse en una guerra declarada, pero en Yanlún y en otras ciudades de Kekon se habían invadido en masa las tiendas para hacer acopio de alimentos y suministros básicos en una época que normalmente se dedicaba al descanso y los festejos. Los clanes de huesos verdes habían tenido que desplegar sus activos para evitar robos y saqueos en sus distritos, pero se trataba de una preocupación a corto plazo. Los kekoneses contemplaban la posibilidad de una invasión extranjera por primera vez desde la guerra de las Naciones. Incluso los jefes de clan que se odiaban sabían que era necesario organizar una reunión.

Aquella mañana, temprano, Shae fue a la residencia principal y se encontró a los niños viendo dibujos animados mientras Kyanla recogía la mesa del desayuno.

—Tía Shae, estamos viendo *Los guerreros domadores de bestias* —le dijo Ru, tirando de ella hacia el sofá. Era una serie de dibujos sobre unos guardias reales huesos verdes de un pasado ficticio ambientado en la época de las Tres Coronas, que no solo tenían las habilidades del jade exageradas hasta un extremo fantástico, sino que podían invocar y cabalgar unas bestias mágicas gigantes en el campo de batalla. Por la alfombra, delante del televisor, había esparcidas unas cuantas figuras de acción de los personajes de la serie.

Shae se sentó en el sofá para contentar a su sobrino.

—¿Dónde está tu papá?

Ru se encogió de hombros, pero Niko dijo, repentinamente preocupado:

—¿Crees que se va a divorciar de mamá?

La pregunta del niño de seis años pilló por sorpresa a Shae, pues había surgido de ninguna parte. Pero antes de que pudiera pensar una respuesta, Ru saltó sobre su hermano y se puso a pegarle puñetazos en los hombros y en la tripa.

—¡Deja de decir eso! ¡No se van a divorciar, idiota cara de perro!

Jaya, entre risitas y trastabillando, se acercó con curiosidad.

Niko apartó con impaciencia a su hermano pequeño sin devolverle los golpes, y Shae los separó y los sentó en extremos opuestos del sofá.

—Ru, no debes decir cosas como «cara de perro» —dijo.

Hilo bajó por la escalera y echó un vistazo a la mohína escena.

—Apagad la tele. Deberíais estar vistiéndoos para ir al colegio. —Y sin más palabras, fue hacia la puerta. Shae lo siguió.

Un chófer de confianza los llevó en el Duchesse al centro de la ciudad. Hilo encendió un cigarrillo y bajó la ventanilla trasera. Shae se obligó a romper el denso silencio que ahora parecía cernirse sobre ellos cada vez que estaba a solas con su hermano.

—Los niños están preocupados por ti y por Wen.

—Niko se preocupa demasiado —dijo Hilo—. ¿Cuándo has visto a un crío así?

—Se preocupa porque presta atención —replicó Shae. A menudo, el chico parecía distraído, perdido en sus pensamientos, pero de repente decía algo que dejaba claro que había estado escuchando buena parte de las conversaciones de los adultos—. Sabe que ahora tratas a Wen de otra manera.

—La trato bien —espetó Hilo—. Siempre he cuidado de ella.

Shae tuvo ganas de darle una colleja. Su hermano y ella se habían hecho mucho daño mutuamente, lo suficiente para que se sintiera blindada ante su ira, pero no era el caso de su cuñada, que era una de las personas más enérgicas que conocía, pero para la que el amor de Hilo era como el oxígeno.

—Si vas a seguir culpándome, adelante. Pero Wen… ¿No ha sufrido bastante ya? Todo lo que hizo lo hizo por ti y por el clan. ¿No eres capaz siquiera de decirle que entiendes eso?

Hilo bufó y apagó violentamente el cigarrillo en el cenicero del coche.

—Eres la persona menos cualificada del mundo para dar consejos sobre relaciones. ¿Qué pasa con Woon y contigo?

El repentino cambio de tema pilló a Shae con la guardia baja, como el repentino bloqueo y contraataque de una espada.

—¿Qué pasa con Woon y conmigo? —exigió, avergonzándose para sus adentros del tono defensivo de su voz—. Somos compañeros y buenos amigos.

Hilo soltó una carcajada lacerante.

—Y te parece que soy yo quien se calla lo que hace falta decir. Woon es inteligente en otros aspectos, pero no sé por qué se tortura trabajando para ti. Deberías haberle dicho lo que sientes realmente o

haberlo despedido de una vez.

A Shae le subió el calor a la cara. Olvidó que había empezado la conversación hablando de Wen.

—No todos arrojamos nuestros sentimientos como si fueran metralla, Hilo —espetó—. Woon y yo somos profesionales, y, además, la semana que viene se traslada a otro puesto.

—¿Y por qué crees que tuvo que pedírtelo? —dijo Hilo. Antes de que ella pudiera responder, el Duchesse se detuvo ante su destino—. Olvídalo. Concéntrate en no dejar que Ayt Mada y el resto de los pedestales presentes se den cuenta del desastre que estamos hechos. —Abrió la puerta y se apeó, dejando a Shae echando humo por que él hubiera tenido la última palabra. Shae se obligó a respirar profundamente y salió del coche también.

La Alianza del Jade de Kekon tenía su sede en un edificio de hormigón de tres plantas del Barrio Financiero, a poca distancia hacia el oeste del edificio de oficinas del clan, en la calle del Barco, y a dos manzanas al este del Templo del Divino Retorno. Su aspecto tosco y pesado emanaba burocracia gubernamental, y nunca dejaba de recordarle a Shae que, a pesar de todo el significado cultural, económico y espiritual del jade, su producción y distribución requería que miles de personas realizaran un trabajo rutinario en cubículos. En el mostrador de seguridad, Hilo y ella entregaron los cuchillos garra a dos vigilantes huesos verdes que lucían la gorra plana y el fajín del clan Escudo Haedo. Después, en silencio, subieron en el ascensor hasta la última planta. Shae Percibió que el zumbido del aura de su hermano se volvía ronco como un gruñido. Detestaba las reuniones de la AJK incluso en las mejores circunstancias.

Cuando entraron en la sala de juntas, Ayt Madashi ya estaba sentada charlando con el pedestal de Seis Manos, el clan tributario más importante de Montaña. Ayt ni siquiera dirigió una mirada a sus viejos enemigos cuando entraron, pero su densa aura distintiva se inflamó de inmediato cuando Hilo y Shae se dirigieron a sus asientos habituales. La enorme mesa circular de la sala de juntas tenía plazas asignadas, marcadas con los nombres de sus ocupantes, para todos los representantes de los quince clanes de huesos verdes que en aquel momento constituían el cuerpo de accionistas del cártel nacional del jade de Kekon. La disposición indicaba que todos los clanes de huesos verdes eran iguales en aquella sala y que todos compartían la responsabilidad de salvaguardar y gestionar el suministro de jade del país. Sin embargo, Montaña y Sin Cumbre, de lejos los dos clanes principales, estaban situados directamente uno frente al otro, y los representantes de los clanes menores se sentaban más cerca o lejos de

uno u otro extremo dependiendo de sus lealtades respectivas. Shae pensó con ironía que quienquiera que hubiera diseñado con tanto optimismo aquella sala para promover un sentimiento de cooperación entre iguales había subestimado la propensión de los kekoneses a hacer gala de estatus y lealtades a la menor oportunidad. Sentados en silencio con la espalda contra la pared, cuatro penitentes deístas ataviados con las túnicas verdes tradicionales garantizaban la comunicación con el Cielo y el buen comportamiento de los clanes, incluso en aquel campo de batalla oficioso.

Hilo saludó con una inclinación de cabeza a los jefes de los clanes tributarios Cuenco de Piedra y Jo Sun, que lo saludaron a su vez cuando ocupó su asiento. Shae se acomodó al lado e intentó mirar a cualquier otra parte, entretenerse sacando documentos innecesarios, pero a pesar de todos sus esfuerzos, su mirada acabó dirigiéndose, en contra de su voluntad, al extremo opuesto de la mesa, a la oreja izquierda parcialmente amputada de Ayt Mada. Sintió un cosquilleo en la vieja cicatriz del abdomen. El pedestal de Montaña miró en dirección a Shae y sus ojos se encontraron durante un gélido segundo. Después, Ayt volvió a su conversación.

Habitualmente, el asiento de la izquierda de Ayt era el de Iwe Kalundo, el hombre del tiempo de Montaña, pero en su lugar, aquel día lo ocupaba un hombre fornido de tez sonrosada, con el rebelde pelo canoso peinado hacia atrás. Portaba jade en la muñeca izquierda y en la oreja derecha, y su expansiva aura se sentía densa y pegajosa en la Percepción de Shae. Le resultaba vagamente conocido; ¿quién sería? ¿Por qué estaba allí en vez de Iwe? Si Ayt hubiera sustituido a su hombre del tiempo, Shae se habría enterado.

—Es un Koben —dijo por lo bajo Hilo; aparentemente había notado su confusión—. El tío del chico por parte de su madre.

Quería decir que era el tío de Koben Ato, el catorceañero pupilo y presunto heredero de Ayt Mada. Hacía poco, el muchacho se había cambiado oficialmente el nombre a Ayt Ato, sin duda para que su familia pudiera reafirmar esa presunción. Shae recordó que había leído en una revista reciente un perfil de la familia Koben, pero le sorprendió que Hilo los reconociera. Entonces recordó también que, pocos años antes, Hilo había intentado provocar una lucha intestina en el clan Montaña, ordenando en secreto el asesinato de un Koben, de modo que, por supuesto, los había estudiado.

¿La presencia de Koben era una prueba más de que Ayt estaba encumbrando a su sobrino y a la familia de este? Quizá, tras años de aguantar que la acosaran con el asunto de la sucesión, hubiera decidido demostrar públicamente que contemplaba en sus planes el

futuro del clan.

Hilo y Shae fueron de los últimos en llegar. Pocos minutos después, todos los asientos estaban ocupados y se cerraron las gruesas puertas. Los ventanales que iban del suelo al techo y cubrían un lado entero de la sala daban al sur y dejaban pasar más que suficiente luz del sol, pero la atmósfera de la estancia parecía enturbiada por la energía del jade. Las reuniones de la AJK se celebraban trimestralmente, pero la mayoría de los pedestales solo asistía a la votación anual, donde se decidía el presupuesto y se fijaban las cuotas de producción, exportación y reparto de jade. Las demás reuniones las delegaban en los hombres del tiempo. Que todos los líderes de los clanes se hubieran reunido con tan poco aviso previo se debía tan solo a lo extraordinario de las circunstancias.

No todos los presentes eran huesos verdes. Aunque los clanes eran accionistas con capacidad de control, el cártel lo dirigía y gestionaba el Estado, de modo que siempre asistían otros dignatarios y funcionarios, además de sus ayudantes. Uno de los funcionarios sin jade, Canto Pan, director de operaciones y actual presidente de la AJK, se puso en pie y tomó la palabra:

—Os agradezco a todos que hayáis interrumpido vuestras vacaciones para asistir. Que el resplandor de los dioses ilumine a vuestros clanes.

Shae pensó que aquello era claramente imposible, pues cualquier favor divino otorgado a Montaña representaría un desastre para Sin Cumbre, y viceversa, pero se lo guardó para sí.

—Como todos sabéis —prosiguió Canto—, el Consejo Real ha emitido una declaración que han apoyado públicamente todos los clanes de huesos verdes del país.

El gobierno kekonés había condenado enérgicamente a Ygutan por mandar aviones espía a la isla de Euman, y reiteraba de forma inequívoca que era territorio kekonés a pesar de la larga presencia de los «invitados» militares extranjeros. Instaba a una reducción del conflicto entre las dos potencias por vías diplomáticas, pero también prometía que cualquier intento de invadir o controlar Kekon, por parte de cualquier bando, se enfrentaría a una resistencia rápida y abrumadora. «Aunque Kekon desea la paz, seguimos siendo una nación de guerreros sin parangón en el mundo —había declarado en el Salón de la Sabiduría el canciller Guim, partidario del clan Montaña —. Durante nuestra larga y orgullosa historia hemos derramado ríos de sangre por nuestra independencia. Somos más que capaces de volverlos a derramar».

Al gobierno espenio no le había hecho gracia el tono duro de aquel

discurso oficial que, en palabras de Hilo, era «una manera elegante y rebuscada de decir: “Que os jodan a los dos”».

El presidente Canto terminó su presentación:

—Todos apoyamos las palabras del canciller, pero la reacción temerosa del público que hemos presenciado en los últimos días demuestra que tenemos que hacer algo más que manifestar nuestro apoyo. Teniendo eso en cuenta, cedo la palabra al general Ronu Yasugon, asesor militar superior del Consejo Real, quien ha solicitado dirigirse a vosotros directamente.

Ronu se puso en pie y se llevó las manos unidas a la frente, saludando a todos los líderes huesos verdes. Lucía los galones dorados de general en la manga del uniforme y piedras de jade en la pulsera de acero de su reloj. Shae ya había coincidido antes con el general y lo consideraba un hombre honorable con un trabajo difícil; mucho tiempo atrás había cambiado su posición en el clan Montaña por la carrera militar en el pequeño y poco valorado ejército kekonés.

—El pueblo kekonés se ha visto obligado esta semana a afrontar la realidad, una realidad que los mandos militares hemos estado señalando durante años. —Ronu estaba muy erguido mientras hablaba, con los brazos a los lados—. Somos un país pequeño atrapado entre dos tigres. Pese a la confianza declarada del canciller Guim en que podemos resistir una agresión extranjera, la verdad es que nuestras modestas fuerzas de defensa se verían sobrepasadas rápidamente y con facilidad. Espenia e Ygutan incrementan todos los años su presupuesto militar, pero nosotros seguimos tratando a nuestras fuerzas armadas como algo de baja prioridad. Ayer me presenté ante el Consejo Real y lo insté a que aprobara una ley de financiación de emergencia para adquirir el muy necesario equipo, entrenamiento y personal para mejorar con rapidez nuestra capacidad de reacción militar.

—No podemos invertir más que otros países mucho más grandes —señaló Sangun Yen, el anciano pero astuto pedestal del clan Jo Sun—. La seguridad nacional siempre ha dependido de una ciudadanía poblada de guerreros de jade entrenados y preparados para luchar. Los clanes de huesos verdes se ocupan de ello.

—Hace casi un siglo, esa antigua sabiduría fracasó ante el poder de una fuerza abrumadora, y el resultado fueron decenios de ocupación shotariana —replicó Ronu.

—En aquella época teníamos un rey sumiso y cobarde, y demasiados clanes pequeños y descoordinados —contraatacó Sangun —. Fue un periodo oscuro de nuestra historia, y a pesar de todo derrocamos a los invasores. A pesar de todo el ruido de sables, ¿algún

país actual, aunque sea grande y poderoso como Ygutan, sería tan estúpido como para arriesgarse a invadir Kekon? Ya tienen bastantes problemas con Urtoko, y es un país de gente débil. No deberíamos dejar que todo este jaleo con el avión espía se convierta en alarmismo.

El hijo de Sangun, el hombre del tiempo de su clan, asintió para mostrar su acuerdo, al igual que varios huesos verdes más. Shae había leído las opiniones de numerosos políticos y analistas militares, y la práctica totalidad coincidía en que, aunque Kekon era esencial para los intereses espenios en el Amárico, y por tanto un blanco lógico para la agresión ygutana, el precio de invadir y retener esa isla históricamente inexpugnable era simplemente demasiado elevado para que valiera la pena.

—Puede que los clanes sean más grandes y fuertes —dijo el general Ronu—, pero estamos en un mundo muy distinto del de nuestros abuelos. Ya no somos la única nación con guerreros de jade. La República de Espenia equipa a sus soldados de élite con jade que les vendemos bajo los auspicios de la AJK. El mercado negro de jade llega a Ygutan y a sus estados vasallos. Hace tiempo que se está desarrollando una fórmula mejorada de SN1 que tiene menos peligros graves para la salud; los espenios la llaman SN2, y no cabe duda de que encontrará el camino para extenderse también por el resto del mundo.

Shae se dio cuenta de que, al otro lado de la mesa, el hombre de la familia Koben asentía enérgicamente, y de hecho parecía como si quisiera saltar del asiento y vocear su acuerdo.

El aura de jade de Ronu se afiló y sus bordes se endurecieron mientras seguía hablando con convicción apremiante:

—Urtoko solo fue el primero de los conflictos subsidiarios entre la espenosfera y la coalición ygutana. Kekon no puede evitar verse atrapada por la Guerra Lenta. A diferencia de cualquier otro momento de la historia, tenemos que prepararnos para la posibilidad de tener que enfrentarnos a soldados extranjeros tan capaces como nosotros de usar jade.

La sombría declaración del general provocó murmullos de indignación alrededor de la mesa. A pesar de aceptar sin muchas quejas los ingresos de las exportaciones de jade controladas por la AJK, los kekoneses despreciaban en el fondo la idea de que otras razas usaran jade. Se consolaban con el conocimiento de que seguían siendo mejores que ningún otro y los extranjeros que portaban jade debían recurrir a drogas adictivas y arriesgarse a una muerte prematura.

Ronu se daba cuenta de que había tocado una fibra sensible. Levantó una mano y se inclinó hacia delante.

—El Consejo Real se puede comprometer a aumentar el presupuesto y la equipación, pero solo los clanes de huesos verdes pueden proporcionar el jade y los guerreros. Os pido, como accionistas de la AJK y pedestales de vuestros clanes, que mostréis un apoyo decidido a las fuerzas militares de Kekon. En la actualidad recibimos menos del cuatro por ciento de la producción anual de jade. Anunciad una asignación especial que lo aumente al seis y medio por ciento, con efecto inmediato. Y retirad los antiguos obstáculos al reclutamiento: permitid que los alumnos de las escuelas de artes marciales se puedan alistar inmediatamente después de su graduación.

Una ola de murmullos apagados acompañó el erizamiento de docenas de auras de jade. Era una petición atrevida, algo inaudito hasta entonces. Si se concedía, elevaría el estatus del minúsculo ejército y lo pondría al nivel del de los clanes de huesos verdes.

—Un seis y medio por ciento del jade del país es más de lo que recibe la mayoría de los clanes sentados a esta mesa, y más que lo asignado a las instituciones principales de sanidad y educación —protestó el pedestal del clan Cuenco de Piedra—. ¿A quién propones que se lo quitemos para entregárselo a los militares?

—Me preocupa más ese plan de reclutamiento —dijo Durn Soshu, el pedestal del clan Cola Negra—. Siempre ha sido tradicional que los graduados juren lealtad a su clan. Lo mejor para los jóvenes es pasar un año o dos como dedos.

Aquel comentario fue recibido con numerosos asentimientos, aunque Shae sabía que el argumento no tenía que ver con la tradición ni con el bienestar de los jóvenes. Era intencionado que los clanes tomaran directamente de las escuelas a los más dotados, para engrosar sus filas, y las únicas excepciones se hacían con las nobles profesiones de la medicina, la enseñanza y la penitencia religiosa.

El general Ronu mantuvo los hombros erguidos y la expresión firme; estaba claro que esperaba encontrarse con aquel escepticismo.

—Por desgracia, la tradición es parte del problema, Durn-jen —dijo—. Los huesos verdes de las fuerzas militares entran como reclutas con diferentes cantidades de jade, recibido en su graduación, heredado de su familia o ganado en el clan. Están impregnados de la cultura de los clanes y mantienen esas lealtades cuando entran en sus unidades. Esperan poder portar jade como les apetezca y ganar más desafiando a sus compañeros. Es difícil entrenarlos para que den prioridad al Cuerpo por encima del clan, para que valoren la cohesión de su escuadrón por encima de su destreza individual. Hablo como alguien que en su día tuvo que atravesar esa transición. Para ser sincero, los huesos verdes criados y entrenados dentro de un clan

importante son excelentes luchadores, pero muy malos soldados.

»Cuando me alisté, hace veinte años, mi familia y mis camaradas huesos verdes recibieron la noticia con incredulidad y desaprobación. Era un puño de categoría media, y todo el mundo me dijo que estaba dando un paso atrás. Esa actitud apenas ha cambiado a lo largo de dos decenios. Os estoy pidiendo que me ayudéis a cambiar eso. Al permitir que los graduados de las escuelas marciales se alisten en el ejército antes de asimilar las costumbres de los clanes, enviaréis el mensaje de que servir al país de uniforme es tan respetable y honorable como pronunciar un juramento de hermandad a un clan.

Shae escribió con rapidez en el cuaderno de notas: «Tenemos que calcular las cifras y el impacto en ambos lados del clan. Propón que se aplace la votación hasta la próxima reunión trimestral». Puso la nota delante de Hilo, que le echó un vistazo, pero el pedestal de Seis Manos se adelantó:

—El general Ronu está proponiendo un cambio profundo y necesitamos tiempo para valorarlo como es debido. Deberíamos dejar que cada clan debata el asunto con sus jefes y aliados, y podemos reunirnos de nuevo dentro de un mes.

El presidente Canto empezó a levantarse.

—Eso parece razonab…

—Sin duda, si ha habido alguna vez un momento en el que debemos actuar con decisión para confirmar ante el público nuestra unidad nacional, es este. —La voz de Ayt Mada interrumpió al presidente en mitad de la frase y del movimiento. Todos los ojos pivotaron en su dirección—. Concuerdo completamente con el general Ronu en que las fuerzas militares kekonesas deberían recibir más jade, más personal y más respeto.

Hasta aquel momento, ni Ayt Mada ni Kaul Hilo habían abierto la boca. Como pedestales de los dos clanes más importantes, sus opiniones eran las más escuchadas, y en última instancia, todas las decisiones que se tomaban en aquella sala acababan dependiendo de ellos. Era habitual que los expertos, los funcionarios y los líderes de los clanes menores hablaran primero si tenían algo que decir o deseaban influir de algún modo en Ayt o en Kaul. No habría sido sorprendente que se levantara aquella sesión sin que ninguno de los dos hubiera declarado su postura. Nadie esperaba que Ayt Madashi metiera baza tan pronto.

—Dado que mi hombre del tiempo está fuera del país atendiendo asuntos importantes del clan, y por ello no ha podido asistir, me acompaña Koben Yiro —prosiguió Ayt—. Koben-jen es un próspero hombre de negocios que posee gran número de emisoras de radio y

también tiene parientes en las fuerzas militares, de modo que entiende mejor que la mayoría de nosotros las inquietudes de los ciudadanos de a pie y de los soldados en estos tiempos inciertos.

Con el permiso de su pedestal, Koben se lanzó como un caballo a rienda suelta.

—Será un honor para mí aportar toda la perspectiva que pueda en beneficio de mi pedestal y de la AJK —proclamó con voz grave y resonante—. Los Koben somos una familia grande y orgullosa de clase media con muchos miembros, tanto huesos verdes como personas sin jade. Como a todos los kekoneses trabajadores y patriotas, lo que más nos importa es la seguridad de nuestra familia, nuestro medio de vida y nuestras tradiciones culturales. Lo ocurrido justo antes del cambio de año ha azuzado el odio hacia Ygutan, pero la presencia de la República de Espenia se ha cernido sobre nuestro país tanto tiempo que tampoco podemos confiar en ellos. Al final, solo podemos depender de nosotros mismos. —Koben se fue emocionando y alzó un dedo—. Por eso la gente está pendiente de los clanes de huesos verdes en los que confía, y espera recibir un presto y enérgico mensaje de determinación.

Ayt hizo un gesto con la mano para refrenar el apasionamiento de Koben, que parecía dispuesto a seguir sin parar, pero se contuvo y volvió a sentarse.

—Debemos dar ejemplo al Consejo Real actuando sin titubeos —declaró Ayt con seca autoridad—. Como pedestal de Montaña, apoyo el incremento de la asignación de jade a las fuerzas armadas, siempre que la redistribución se realice de forma justa, y estoy de acuerdo en que el servicio militar debería ser una de las opciones presentadas a los huesos verdes directamente tras su graduación. —Hizo una pausa y luego añadió, como si se le acabara de ocurrir—: Si mis compañeros pedestales están de acuerdo, por supuesto. Se trata de un cambio sustancial que no deberíamos ponerlo en práctica a menos que todos pensemos igual.

Nadie respondió. Incluso el general Ronu pareció aturdido al recibir el apoyo inmediato y rotundo de Ayt Madashi. Todos los rostros se volvieron hacia Hilo, sentado desmadejadamente frente a su rival. Shae escribió con premura en el cuaderno: «DA LARGAS».

—No. —La respuesta de Hilo cayó con el peso de una roca en mitad de un arroyo—. Me parece bien que Ronu reciba el jade que ha pedido. La mayor parte lo podemos sacar de lo que entregamos a los templos; al fin y al cabo, ¿cuánto jade necesitan los penitentes para hablar con los dioses? El resto puede salir del tesoro nacional. Pero no cambiaré la forma en que los graduados de la academia Kaul

Dushuron pronuncian su juramento. Si quieres hacer las cosas de otra manera en el templo Wie Lon, es asunto tuyo.

Ayt Mada no se inmutó.

—Sin duda, Kaul-jen, esta vez deberíamos actuar unidos y de forma desinteresada —dijo con actitud virtuosa—. Es justo que los dos clanes con más jade y más miembros entreguemos parte de lo que tenemos.

—El ejército es un brazo del país. Los clanes son la columna vertebral. —Hilo entrecerró los ojos y clavó la mirada en el extremo opuesto de la mesa—. Y no todos los clanes tienen recursos de sobra después de cebarse con reclutas barukanos y ganancias del mercado negro.

La espesa bruma de auras de jade osciló con aprensión mientras la atención se alternaba entre los dos pedestales.

—Las acusaciones sin fundamento no impedirán que tus linternas elijan una alianza más inteligente, ni disimularán el hecho de que eres un obstáculo para las necesidades del país, Kaul-jen. —El aura de Ayt irradió un calor insolente; se dirigía contrita al general Ronu, pero hablaba para toda la sala—. Por desgracia, no todos los pedestales son capaces de anteponer la nación. Parece que la AJK no será capaz de apoyar tus encomiables esfuerzos en pro de la reforma militar, general. A menos que Sin Cumbre esté dispuesto a reconsiderar las cosas.

Shae comprendió entonces por qué Ayt había accedido a la petición de Ronu con tanta rapidez y aparentemente sin dudas. Montaña podía permitirse perder unos cuantos dedos y pasárselos a los militares; Sin Cumbre no. Cualquier pérdida de guerreros significaría que sería menos capaz de proteger sus propiedades contra los delincuentes y los agitadores anticlanes, o de defender sus fronteras territoriales contra las recientemente más nutridas fuerzas de Montaña. Sin Cumbre ya estaba quedando atrás económicamente, y cualquier pérdida de confianza adicional por parte de sus linternas aceleraría la ruina.

Ayt sabía que Sin Cumbre tendría que vetar la propuesta de Ronu, así que era seguro que la medida iba a fracasar. Había aprovechado la oportunidad para mostrarse, junto a la familia Koben, como una líder que deseaba de corazón proteger los intereses de Kekon, a la vez que presentaba una vez más a Sin Cumbre como egoísta y antipatriota; a esas alturas era un ataque fiable y comprobado que no iba a abandonar.

Por debajo de la mesa, Shae retorció el bolígrafo con tanta fuerza que lo convirtió en astillas de plástico. Estaba llena de rabia por las

artimañas implacables de Ayt, y también furiosa con su hermano. Como había ocurrido en el Dos Fortunas con Fuyin Kan, Hilo había visto el peligro antes que ella…, pero la diplomacia no formaba parte de su naturaleza.

—Kaul-jen —empezó el general Ronu—, ¿qué podría cambiar tu…?

—No necesitas graduados de las escuelas marciales —cortó Hilo—. Los extranjeros tienen menos jade, y sus reclutas, la sangre mucho más floja, pero hacen de la necesidad virtud. No me digas que no puedes usar todo el dinero y el jade que te hemos dado para hacer más con lo que ya tienes.

Nadie, ni siquiera Ayt Mada, podía hablar con el tono de autoridad inapelable de Hilo. El general Ronu se quedó tan mudo y tieso como un dedo novato al que un puño estuviera cantando las cuarenta.

—Sin duda ha sido un debate sustancioso —dijo el presidente Canto Pan, poniéndose valerosamente en pie para disipar la tensión y cancelar cualquier réplica adicional—. Un debate que creo que debemos continuar en la próxima reunión trimestral, después de haber tenido tiempo para sopesar las alternativas y considerar la mejor manera de apoyar las necesidades del general Ronu, que todos coincidimos en que son dignas de atención a pesar de los desacuerdos sobre la forma de satisfacerlas.

Nadie objetó. Canto le dio las gracias a Ronu y levantó la sesión. Hilo se levantó en el acto y se marchó sin decir palabra.

Shae guardó los papeles en la cartera. Podía oír la voz profunda de Koben Yiro, que conversaba amigablemente con los aliados tributarios del clan Montaña, mientras se levantaba y se apresuraba a salir de la sala. En el pasillo alcanzó a Hilo, que estaba solo, lo agarró por el codo y lo obligó a detenerse y mirarla de frente.

—Te he dicho que no te negaras abiertamente —siseó—. Te has opuesto sin darnos tiempo a plantear una contrapropuesta. Montaña lo va a usar contra nosotros de mala manera; se van a asegurar de que la prensa nos haga trizas.

Hilo le devolvió una mirada feroz.

—Prefiero que nos haga trizas la prensa a que acabemos hechos trizas de verdad cuando las maquinaciones de Ayt den fruto. —Miró de reojo a la gente que empezaba a salir al pasillo, se inclinó hacia Shae y añadió con un gruñido—: ¿Quieres discutir aquí, delante de nuestros enemigos? Estoy luchando para apagar cada fuego que encienden, y tú te pones a luchar conmigo. La palabra del pedestal es definitiva, pero no se te da bien recordarlo, ¿verdad? —Hilo se soltó del agarre de Shae y echó a andar hacia la escalera para evitar la

posibilidad de tener que entablar conversación con alguien mientras esperaba el ascensor. Shae sintió que los hombros se le tensaban por la frustración mientras lo veía marcharse una vez más.

—Kaul-jen —dijo una voz a su lado. Se giró y se encontró con un huesos verdes alto con gafas de montura metálica; reconoció al hombre del tiempo del clan Seis Manos. Durante la reunión había estado sentado a dos sillas de distancia de Ayt Mada.

Con disimulo, Shae respiró profundamente para calmar la agitación de su aura de jade. Saludó con una inclinación de cabeza al hombre, que estaba pulsando el botón del ascensor, e intentó recordar cómo se llamaba.

—Ha sido una reunión de la AJK insospechadamente animada, ¿verdad? Muy diferente de los debates habituales sobre los presupuestos —dijo como quien habla de nimiedades—. Puede que el país esté atrapado entre dos tigres, como ha dicho el general Ronu, pero Montaña y Sin Cumbre son los dos tigres de Kekon. Cada vez que rugís, las criaturas más pequeñas salimos corriendo e intentamos decidir quién es menos probable que se nos coma.

Llegó el ascensor y se abrieron las puertas. El hombre del tiempo de Seis Manos, con un gesto, invitó a Shae a pasar primero. Mientras entraba lo observó con desconfianza. No Percibió ninguna intención hostil y no tenía motivos para considerarlo un enemigo personal, pero de todas formas, era un aliado de Montaña.

El hombre entró tras ella y pulsó de inmediato el botón de cierre de puertas antes de que algún otro asistente a la reunión de la AJK pudiera entrar también. Shae se tensó. En el pequeño espacio cerrado del ascensor, su sentido de la Percepción llameó. A él se le había acelerado el pulso. Estaba nervioso, pero no lo mostraba en su expresión al ponerse junto a ella y pulsar tranquilamente el botón de la planta baja.

—¿Y tu pedestal? —preguntó Shae—. ¿No os marcháis juntos?

—Saldrá enseguida, cuando haya terminado de charlar —dijo el huesos verdes—. Volveremos a Lukang mañana por la mañana. —El clan Seis Manos estaba afincado en la segunda ciudad más grande de Kekon, en la costa meridional de la isla. Una única gota de sudor le corrió por la frente—. ¿Has estado alguna vez en Lukang, Kaul-jen?

—Sí, aunque hace bastante tiempo.

—Creo que te impresionaría ver cómo ha crecido. Deberías venir cuando tengas tiempo. —Se sacó una tarjeta de visita del bolsillo de la pechera y se la ofreció. En un lado aparecían su nombre, Tyne Retubin, y sus datos de contacto. El otro lado llevaba estampada la insignia roja de su clan, una marca que transmitía la autoridad del

pedestal.

—Para el clan Seis Manos sería un honor recibirte —dijo Tyne—. Puedes llamarme directamente, de un hombre del tiempo a otro.

El ascensor se detuvo. Se abrieron las puertas, y Tyne salió sin decir nada más ni mirarla. Shae se quedó atrás para que no los vieran juntos. Se daba cuenta de que Tyne Retu había ejecutado una peligrosa tarea que le había encargado su pedestal.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo y pasó la yema de un dedo por el borde como si estuviera comprobando el filo de un cuchillo. Siguió con la mano en el bolsillo mientras recorría las cinco manzanas que la separaban de la calle del Barco, con la mente hecha un torbellino. El rectángulo de cartulina podía ser otra trampa de Montaña. O podía representar un vuelco de la fortuna, una respuesta de los dioses que pudiera resolver los problemas más acuciantes de Sin Cumbre y ponerlo por delante de sus enemigos. Seis Manos, el mayor tributario de Montaña, estaba interesado en cambiar sus lealtades.

La fiesta de despedida de Woon fue una reunión informal después del trabajo, celebrada aquella noche en un salón privado de El Pato Borracho, un bar de hoji. Muchos hacedores de fortuna del clan acudieron para disfrutar de la comida y la bebida y desear suerte a Woon, pero no se quedaron mucho tiempo. Woon Papidonwa era muy respetado en la oficina, pero no tenía muchas amistades personales en la calle del Barco. Ser el delegado del hombre del tiempo, un hombre que respondía a diario ante una mujer, tenía un precio. Aunque esa mujer fuera una Kaul.

—Ha sido una fiesta agradable, Shae-jen. Gracias —dijo Woon al acabar. Vaciló, y después confesó—: Te llevaría a tu casa como siempre, pero he bebido unas cuantas copas. Debería esperar un rato antes de conducir.

—Ya conduzco yo —dijo Shae—. Por el camino se te irá despejando la cabeza.

Woon le dio las llaves y Shae condujo hasta la hacienda Kaul. Cuando llegaron, los chaparrones intermitentes se habían convertido en el primer aguacero intenso de la estación. Shae saludó con la mano a los guardias al cruzar la entrada, dejó atrás la mansión principal y aparcó frente a la residencia del hombre del tiempo. Woon se apeó con un paraguas y acompañó hasta la puerta a Shae, que lo invitó a entrar y se quitó el abrigo mientras él sacudía el paraguas.

—Espera hasta que haya escampado y puedas conducir —le dijo.

Preparó una tetera y se sentaron juntos en el sofá. Woon aceptó la taza que le sirvió.

—Probablemente, la semana que viene, al salir del trabajo, venga

hacia aquí sin pensarlo —comentó—. Y me despertaré sobresaltado en plena noche pensando que se me ha olvidado recordarte algo de la agenda.

—Ni se te ocurra —dijo Shae, riendo. Después se puso seria—. Me alegro de que te enfrentes a un reto nuevo, y espero que te permita pasar más tiempo con Kiya.

Woon asintió y bebió un trago de té. No había vuelto a mencionar el aborto de su esposa ni había dicho si seguirían intentando tener hijos.

—¿Cómo ha ido esta mañana?

Cuando Shae le contó lo que había pasado en la reunión, Woon se puso en pie de un salto y se puso a dar vueltas por el cuarto de estar.

—Poner de nuestra parte a Seis Manos sería un golpe enorme —dijo sin dejar de andar—. Solo el pago de sus tributos sería un balón de oxígeno económico considerable, por no mencionar la fuerza que ganaríamos en Lukang. Esa ciudad está creciendo muy deprisa, y controlarla sería un triunfo mucho mayor que el de Montaña al captar a Fuyin Yan o a unos cuantos linternas nuestros. —Frunció el ceño y en el lado derecho de la frente le apareció el pliegue habitual mientras su mente realizaba los mismos cálculos que Shae había hecho horas antes—. ¿Puede ser una trampa? ¿Un señuelo para que revelemos información o bajemos la guardia de algún modo?

—Me he preguntado eso mismo —dijo Shae. Pero Tyne había parecido sincero. No habría estado tan tenso en el ascensor si el destino de su clan no hubiera estado de verdad en juego.

—Tenemos que seguir esto con cuidado y paso a paso, para estar seguros de que es una oferta auténtica antes de reunirnos con sus jefes o comprometernos a nada. Y, por supuesto, tendremos que mantenerlo en secreto absoluto. Empezaré a reunir toda la información que tenemos sobre Seis Manos y haré unas cuantas llamadas discretas a nuestra gente en Lukang para descubrir más cosas.

Shae empezó a asentir, e iba a mostrar su acuerdo en voz alta cuando se dio cuenta de lo que pasaba.

—No —dijo. Cuando Woon se detuvo de golpe y se volvió asombrado hacia ella, le recordó—: Ya no es tu trabajo. Ahora tienes otras responsabilidades. —Sonrió, intentando suavizar su respuesta—. Tendrás muchas otras cosas que atender en nombre del clan en cuanto ocupes tu nuevo puesto el próximo primerdía. Deja esta tarea para Luto.

Woon se iba a convertir en el confirmador del clan, un puesto recién creado que habían decidido que era necesario hacía tiempo, y que aligeraría la agenda de Shae de muchas reuniones interminables.

Como portavoz y enlace político de Sin Cumbre, sería el contacto principal con el Consejo Real, los representantes de los gobiernos extranjeros, los clanes menores tributarios y la prensa. Era un trabajo apropiado para Woon, pues se podía confiar en que trasmitiera mensajes con precisión, comprendiera las prioridades del clan y se ajustara a ellas, y hablara con precaución con la gente de fuera del clan y nunca dijera más de la cuenta.

Cuando decidieron la nueva tarea, Woon pareció complacido y agradecido, pero en aquel momento protestó con energía, casi con enfado.

—Esto es demasiado grande e importante para dejárselo a Luto.

—Tú ayudaste a seleccionarlo, Papi-jen —le recordó Shae—. Dijiste que era excepcionalmente inteligente y organizado, y que estabas seguro de que trabajaría bien con él.

—Sí, pero… —Woon se debatió unos instantes—. Es completamente nuevo en este trabajo. Lo he formado lo mejor que he podido, pero aún le llevará un tiempo aprender a ser tu sombra. Hacer que un clan tributario cambie de lealtad es difícil y peligroso; no podemos permitirnos ningún error. Al menos déjame que siga involucrado y supervise el trabajo de Luto.

Shae soltó una risilla.

—¿Recuerdas por qué me dijiste que querías irte? Se supone que a partir de ahora tienes que trabajar menos, no más. —No había podido quitarse de la cabeza lo que le había dicho Hilo aquella mañana en el coche: «No sé por qué se tortura trabajando para ti». Woon insistía en seguir siendo en parte su asistente porque creía que ella lo necesitaba. Lo que era verdad—. De acuerdo —cedió—, pero asegúrate de que Luto haga todo el trabajo que sea posible, y no dejes que esto te robe tiempo de tu auténtica tarea.

Woon asintió con alivio y se sentó en el sofá, a su lado.

—Sea cual sea mi título oficial, mi auténtica tarea siempre será ayudarte de cualquier forma que pueda, Shae-jen.

A Shae se le hizo un nudo en la garganta. Se acercó a su amigo y lo abrazó.

—Ya has hecho más que suficiente —dijo, apoyándole la barbilla en el hombro—. He contado con tu ayuda durante seis años y te he dado muy poco a cambio. Cuando pronunciamos el juramento como huesos verdes decimos que estamos dispuestos a morir por el clan. Pero vivir por el clan, día a día, de la forma en que has vivido tú, Papi-jen… Creo que es un sacrificio aún mayor.

Un latido de emoción recorrió el aura de jade de Woon. Se inclinó hacia Shae y posó la mano en el brazo que ella apoyaba contra su

pecho.

—Me temo que crees que abandono mi puesto porque estoy cansado o no me gusta ser tu sombra. O que… —Titubeó—. O que esperaba más de ti. No es cierto.

La presión creció en el pecho de Shae. Odiaba que Hilo tuviera razón en aquello de que no era capaz de decir lo que era necesario decir, pero en aquel momento tenía una oportunidad de cambiar eso, antes de que fuera tarde.

—Jamás podría culparte por querer recuperar tu vida cuando he sido yo quien se ha estado aprovechando de ti —confesó, alegrándose de que él no pudiera verle la cara, pero consciente de que podía Percibir los latidos de su corazón—. Después de que mataran a Lan me aproveché de tu dolor para que trabajaras para mí, cuando los dos sabíamos que podrías haber sido el hombre del tiempo si las cosas hubieran sido diferentes. Sin ti no habría sobrevivido en la calle del Barco, pero lamento lo que hice. Y lamento haber tardado tanto en decírtelo.

Su antiguo asistente guardó silencio tanto tiempo que Shae empezó a temer haber cometido un error terrible al mencionar la muerte de Lan. Era un dolor que tenían en común, pero que cada uno soportaba por su cuenta. Deshizo el abrazo, pero Woon se volvió hacia ella, le cogió las manos y se las apretó con tanta fuerza que Shae sintió en la piel los latidos de su pulso.

—Jamás habría podido ser el hombre del tiempo que eres tú, Shae-jen —dijo con voz ronca, la cara inclinada hacia abajo—. No fui el asistente del pedestal que necesitaba Lan-jen. Hacía todo lo que me pedía y guardaba sus secretos sin cuestionarlo. Eso fue un error. Debería haber hablado. Debería haberme encarado con él. Debería haber acudido a Hilo-jen. Pero no lo hice. Me bastaba con que me hubieran ascendido, y aunque sabía que Lan estaba herido y consumía shine, lo dejé solo cuando más me necesitaba. —Alzó los ojos. Su mirada, normalmente serena, parecía frágil como el papel—. Merecía morir por semejante fallo. Me prometí que haría por la hermana de Lan todo lo que pudiera, todo lo que no había conseguido hacer por él; la apoyaría de cualquier forma que necesitara, pero también le haría frente, y jamás dejaría de decir lo que tuviera que decir, para que fuera el hombre del tiempo que yo no pude ser. —Levantó una mano y secó la lágrima que había empezado a caer por un lado de la nariz de Shae—. Al cabo de poco tiempo, ser tu sombra dejó de ser una obligación; era algo que hacía de forma egoísta, porque era lo que quería hacer. Jamás ha sido fácil; ha habido momentos en que temí fallarte, pero si tuviera que repetirlo todo, no dudaría. El clan es mi

sangre, pero, para mí, el hombre del tiempo es su amo y señor.

Shae no pudo encontrar palabras para responder. Ya no llovía, y el cielo estaba despejado. Woon le soltó las manos y se giró hacia un lado para ocultar su expresión avergonzada.

—Debo irme —dijo, y empezó a levantarse.

Shae le sujetó la muñeca y se puso en pie antes que él.

—No.

Una ondulación de intención mutua recorrió las dos auras de jade como una descarga de estática.

—Shae… —empezó a decir, con voz ahogada.

El espacio entre los dos se desvaneció. La boca de Woon se apretaba contra la suya, o era suya contra la de él; Shae no tenía ni idea de quién había empezado. Lo único que sabía era que la endeble pared que habían estado apuntalando desde lados opuestos se había derrumbado. Estaba de puntillas, con los brazos rodeándole el cuello. Las manos de Woon se enterraban en su pelo y le sujetaban la nuca mientras los labios y las lenguas se buscaban con un abandono tembloroso y desesperado que encendía cada centímetro del cuerpo de Shae.

Se sumergió en el deseo como una piedra en un plácido estanque. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado con alguien, casi cuatro años, y aquella relación había terminado en una tragedia indescriptible. Pero al besar a Woon ahora no había indecisión, ni rendición cohibida, ni sorpresa por la extrañeza; solo una sólida familiaridad y una liberación tan natural como la gravedad. Sintió que la excitación le encendía el aura como si fuera parafina en llamas, cegándole el sentido de Percepción con un calor abrasador.

Woon soltó un gemido grave y frenético. La besó con más fuerza y le introdujo las manos bajo la blusa, buscando la piel desnuda de su abdomen y su espalda. Empezaron a jadear. Ella le desabrochó el cinturón y le sacó la camisa.

Con un movimiento rápido, Woon le atrapó la mano y la mantuvo inmóvil; apartó la cabeza y la miró con una mezcla de lujuria y confusión. Su pecho subía y bajaba mientras luchaba por controlarse. Su aura se agitaba y ella lo observaba con los ojos muy abiertos, como un ave atrapada en pleno vuelo.

—¿Por qué? —consiguió decir él—. ¿Por qué ahora? —Shae no podía estar segura de si era una pregunta para la que esperara respuesta. Woon volvió la cara hacia un lado y sacudió la cabeza como si hubiera recibido un golpe e intentara aclararse la visión—. ¡Dioses! ¿Por qué, después de tanto tiempo?

Shae quería abrazarlo, besarlo de nuevo, arrastrarlo otra vez a la

pasión irreflexiva, pero él se apartó, se abrochó el cinturón y volvió a meterse la camisa, incapaz de mirarla a los ojos. Ella estaba aturdida por lo herida que se sentía.

—Eras mi asistente —dijo—. Teníamos una relación profesional. Y… —Pensó en Maro con una punzada de remordimiento enfermizo —. Y estábamos con otras personas.

—Estamos —corrigió Woon—. Estamos con otras personas. Estoy casado. —Se apretó la frente con la base de la palma y se frotó el pliegue. Shae le había visto hacer aquel movimiento cuando estaban en la oficina y discutían algún asunto de negocios espinoso, y aquel gesto conocido pareció de repente desconcertante, allí en su casa, los dos con la cara encendida y la ropa revuelta. Estaba tan acostumbrada a que Woon fuera su impasible e imperturbable asistente que fue como si los últimos minutos no hubieran podido suceder realmente. Pero al contemplar los ojos hundidos y los labios firmes, el amplio pecho y los largos brazos, se extrañó de que no hubiera ocurrido antes.

—Tengo que irme —dijo Woon, esta vez con convicción.

Una bola de miedo entumecedor se enroscó en la más profundo del vientre de Shae. Había arruinado su amistad, perdido su respeto y afecto. Era terrible con los hombres, estaba claro; de verdad que era lo peor.

Sin decir nada, rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó las llaves del coche y se las tendió. Cuando sus dedos se rozaron, el dolor del anhelo y la confusión que recorría el aura de jade de Woon penetró la Percepción de Shae, cargando aquel conctacto momentáneo de una forma que parecía desproporcionada teniendo en cuenta el umbral que acababan de cruzar.

—Lo siento —susurró, abatida—. No debería haber…

Woon la interrumpió, negando bruscamente con la cabeza.

—No. —Cogió el paraguas que había dejado al lado de la puerta. Tenía los hombros hundidos—. Buenas noches, Shae-jen —dijo al abrir la puerta, intentando sonar normal y fracasando.

—Buenas noches. Conduce con cuidado. —Shae intentó con desesperación pensar en algo que decir que pudiera arreglar la situación antes de que él se marchara, pero no se le ocurrió nada.

Se quedó junto a la ventana y miró alejarse las luces del coche. Cuando bajaron por el camino y se perdieron de vista al otro lado de la puerta de la hacienda familiar, Shae se cubrió los hombros con una manta y se sentó en silencio a beber el resto del té, ahora amargamente sobrecargado y frío.

Capítulo 7

Un amigo nuevo

EL Movimiento por un Futuro Sin Clanes se reunía dos veces por semana en el salón Kaki. Un año y medio antes, cuando Bero subió por primera vez la estrecha escalera hasta la sala poco iluminada del segundo piso, solo había encontrado a tres hombres jugando a las cartas. Aquella noche había cerca de treinta personas apiñadas en la barra y en torno a las pequeñas mesas bebiendo brandy, fumando, y haciendo circular panfletos impresos en delgado papel de prensa gris.

En el exterior, el omnipresente barullo callejero de Yanlún crecía de murmullo a torrente conforme la gente salía de trabajar y se esparcía ansiosa por la cálida tarde primaveral, pero las escasas ventanas del Kaki estaban cerradas a propósito. Las lámparas rojas que colgaban sobre la barra y la pequeña pista de baile arrojaban un resplandor nebuloso y claustrofóbico sobre las caras desconfiadas. El audaz ataque al casino Doble Doble, que había tenido lugar cuatro meses atrás, había atraído a nuevos revolucionarios potenciales, pero también había hecho más peligrosas las reuniones. El clan Sin Cumbre no había conseguido dar con los perpetradores, pero había acosado implacablemente a todos los delincuentes conocidos de su territorio y había hecho correr la voz de que recompensaría a cualquiera que lo guiase hasta los culpables. La oferta era bastante atractiva para que Bero sintiera la tentación de entregar él mismo a Guriho, Otonyo y Tadino, salvo porque era demasiado probable que los otros lo delataran a él antes de que los mataran.

Bero se abrió paso hasta los bancos acolchados rojos que bordeaban la pared y se sentó entre Tadino y una joven que llevaba un fular rosa. Dejó la mochila en el suelo, entre los pies, teniendo

cuidado de que el contenido no golpeara el suelo. Tadino le dio un codazo y susurró:

—¿Has traído las cosas? Luego saldremos a armar algo de jaleo, ¿verdad?

Guriho y Otonyo no planeaban emprender ninguna otra acción espectacular. Dijeron que todo el mundo debía esforzarse por no llamar la atención durante una temporada y concentrarse en hacer crecer las filas del MFSC, pero Bero y Tadino seguían saliendo de vez en cuando con espráis y palanquetas y hacían lo que podían por dañar negocios de los clanes, cambiando siempre de distrito sin seguir pauta alguna. Eran como pececillos que mordisqueaban una ballena, pero para Bero siempre había sido así. Estaba acostumbrado a estar abajo del todo. La pintura se podía limpiar y las ventanas se podían arreglar, pero cada acción representaba un coste adicional para los clanes. Cada vez vería más gente que era posible plantar cara a los huesos verdes, incluso si se era un pez chico.

Guriho fue a la parte delantera de la sala con una carpeta y empezó a hablar por un micrófono. Cada vez que Bero lo veía, le acudía a la mente la imagen de una cabra con un jersey. El mestizo urtoko tenía los ojos pequeños y una barba larga y áspera. Jadeaba y paseaba mientras hablaba, y siempre tenía aspecto desaliñado. Pero era un orador enérgico.

—Dicen que el jade es un regalo del cielo, pero es una maldición del infierno y de todos los demonios. Por todo el mundo, la gente lo usa para el mal. Aquí, en Kekon, todos vivimos bajo la tiranía de los huesos verdes. En Shotar, los miembros de las bandas barukanas portan jade mientras cometen chantajes, asesinatos y violaciones. Los soldados cargados de jade del ejército espenio han convertido Urtoko en un yermo asolado por la guerra —dijo levantando la voz—. ¿Y quién controla el jade? ¿Quién está sentado en lo alto de esta pirámide de violencia y corrupción? Los clanes de huesos verdes de Kekon.

La muchedumbre murmuró su acuerdo iracundo y pateó el suelo a modo de aplauso. La mujer de al lado de Bero estaba inclinada hacia delante, sentada en el borde del banco, escuchando con mucha atención. Era guapa. Muy guapa. Demasiado joven y guapa para estar en medio de aquella chusma. Tenía el pelo corto y sexi, la piel lechosa y unos labios gruesos parcialmente entreabiertos.

—Oye, ¿cómo te llamas? —preguntó Bero.

Se volvió hacia él, las cejas alzadas con una mezcla de desconfianza y curiosidad. Era una reacción que Bero estaba acostumbrado a provocar en las mujeres a causa de su juventud y su rostro torcido, que le hacía parecer feo pero también insinuaba que

había algo interesante en él, que podía haber sufrido la deformación en un duelo o en una batalla.

—Ema —dijo la joven del fular, titubeando.

A Bero le habría gustado creer que estaba flirteando con él al darle solo un diminutivo del nombre de pila y no el apellido, pero sabía que el único motivo era que, en aquellas reuniones, nadie quería identificarse del todo. El gentío era una mezcla improbable de elementos con antecedentes dudosos y radicales diversos: «nuevos verdes» que portaban jade ilegalmente, exbarukanos, adictos al shine, estudiantes y extremistas políticos como los activistas por los derechos abukei, partidarios de la prohibición de los duelos y anarquistas. Había incluso, notó Bero con sorpresa, un extranjero sentado al fondo de la sala. Muchas de aquellas personas se odiarían entre sí de no ser porque todas odiaban aún más a los clanes.

—Yo, Bero —le dijo a la joven, aunque ella no le había preguntado a su vez. Había vuelto a prestar atención a Guriho, de modo que Bero le dio con el codo y añadió—: Llegué a portar jade, ¿sabes? Un montón. Siempre he tenido que estar escapando de los huesos verdes. Los muy cabrones estuvieron a punto de matarme más de una vez. Por eso tengo así la cara; tengo suerte de seguir vivo. —Por la ojeada breve e irritada que le dirigió la chica, supo que no lo creía—. Es verdad. Vamos luego a tomar algo y te lo cuento.

Guriho lanzó una mirada torva en dirección a los cuchicheos y Bero se calló a regañadientes. El urtoko levantó uno de los panfletos que estaban circulando por el bar.

—El Manifiesto del Movimiento por un Futuro Sin Clanes —declaró, y se aclaró la garganta antes de empezar a leer con voz solemne—: «En la eterna contienda por una sociedad más justa e igualitaria libre de la depredación de los poderosos contra los débiles, la meta de nuestra noble lucha es liberar al mundo de la influencia destructora del jade y acabar con el clanismo».

—Eso suena bien, filosóficamente hablando —interrumpió una voz áspera con acento muy marcado, elevándose sobre las demás—, pero ¿qué puedes hacer realmente contra los clanes?

Todo el mundo se giró. La pregunta la había hecho el extranjero sentado al fondo de la sala. Era un individuo bajo y musculoso de nariz grande, ojos ensombrecidos bajo las pobladas cejas y pelo rizado del color del óxido. A pesar de desentonar en la reunión, desprendía una especie de contundencia física y una intensidad en la mirada que los kekoneses acostumbrados a tratar con huesos verdes reconocían como la marca de un hombre temible, alguien capaz de pelear. La manera en que se había dirigido a Guriho no era agresiva, pero había

un tono desafiante en su voz.

—Si escuchas antes de empezar a hacer preguntas, lo sabrás, ¿vale? —dijo Guriho, frunciendo el ceño—. «Puede que los clanes sean poderosos, pero no pueden existir sin el apoyo de la gente. Los políticos, los linternas, cada persona que se detiene a saludar a un huesos verdes por la calle, todos alimentan al sistema. ¡Debemos perturbar el sistema! Empezaremos creando una corriente de apoyo abriéndole los ojos a la gente…».

—Sí, sí, tenéis un bonito logo, boletines informativos y reuniones. —El extranjero hablaba kekonés con bastante claridad, pero las palabras salían entrecortadas por su acento y su impaciencia—. Pero los clanes de huesos verdes tienen jade, dinero, armas y gente. Me parece que vosotros no tenéis mucho de esas cosas.

Tadino se levantó. Trabajaba como encargado del bar en el Kaki, y el salón era un lugar seguro para celebrar aquellas reuniones debido a que su padrastro era amigo de Guriho.

—No sé cómo funcionan las cosas en el sitio del que vienes —exclamó acalorado—, pero aquí es una grosería interrumpir al que está hablando, sobre todo si el que interrumpe es un desconocido que no se ha presentado.

El extranjero se levantó también, haciendo que los que estaban a su alrededor se apartaran con cautela. Tadino se puso tenso, pero tras un momento incómodo, el hombre del pelo rizado se limitó a extender las manos.

—Tienes razón —reconoció con tono más humilde—. Pido disculpas si he ofendido a alguien con mis inopinadas preguntas. Podéis ver que no soy de aquí. Me llamo Molovni y he venido a Yanlún porque he oído hablar de vuestra encomiable causa.

Un murmullo de desconfianza y asombro recorrió el Kaki. Incluso Guriho parpadeó y no pareció muy seguro de qué decir.

—Es ygutano —susurró Ema con emoción.

—Quizá no lo sepáis —dijo Molovni—, pero fuera de vuestro país hay muchos que simpatizan con la situación del pueblo kekonés, que vive bajo el yugo de los clanes. He venido para aprender más sobre vuestra lucha. —Se sentó e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Guriho—. He hablado cuando no me tocaba; por favor, sigue leyendo. Es un discurso ambicioso, no me cabe duda, pero incluso las metas que parecen fuera de nuestro alcance se pueden cumplir con la ayuda de los amigos adecuados.

Capítulo 8

Hablar en nombre de la familia

EMERY Anden intentó no ponerse nervioso por la presencia de la media docena de médicos extranjeros que observaban durante el examen parcial. «Finge que no están», se dijo con firmeza, volviéndose mientras se arremangaba y se abrochaba en la muñeca izquierda la banda de entrenamiento médico. Era una tira de cuero ajustada, parecida a la que había usado cuando era un muchacho en la academia Kaul Dushuron, pero teñida de un amarillo intenso que indicaba que era estudiante de medicina. En la banda había cinco piezas de jade, mucho menos de lo que había portado en otros tiempos, pero suficiente para lo que tenía que hacer aquel día.

Cerró los ojos y respiró lentamente cinco veces, marcándose el ritmo a través del ajuste que le era familiar, y después fue hasta la pila y se lavó las manos. Su cuerpo zumbaba por la energía del jade y por los nervios. Seis años antes, aunque parecía una vida entera, había jurado que no volvería a portar jade. Ahora se lo ponía y se lo quitaba tan a menudo que se había convertido en una rutina indistinguible de otros ajetreos y estreses de la escuela. En el segundo curso de la Escuela de Medicina Bioenergética se le exigía que acumulase cierta cantidad de horas de experiencia clínica, pero cuando entró por primera vez en el Hospital General de Yanlún para empezar con las prácticas, se planteó durante un momento dar media vuelta y abandonar los estudios. Aquel lugar le traía malos recuerdos. Estar sentado en un pasillo, cuando era niño, oyendo los gritos de su madre. Despertarse febril y con resaca de jade después de matar a Gont Asch. Tuvieron que pasar semanas hasta que dejó de encogérsele el estómago cada vez que cruzaba las puertas del hospital. Estar bajo los

focos en un quirófano, delante de unos extranjeros que lo observaban, hizo que la vieja incomodidad asomara la cabeza de nuevo.

Había seis médicos espenios alineados junto a la pared con ropa de quirófano prestada, sosteniendo cuadernos y bolígrafos. Uno empuñaba una cámara de treinta y cinco milímetros. Eran visitantes del Centro de Investigación Médica Demphey de la Universidad Watersguard, de Adamont Capita, que habían viajado para estudiar el empleo del jade en el campo de la medicina. Hacía años que los espenios habían descubierto la utilidad militar del jade, pero hacía poco que se interesaban por la manera en que los kekoneses empleaban las habilidades del jade en otros ámbitos. Observaban a Anden con una atención tan intensa y expectante que le evocó el escrutinio de los maestros de la academia Kaul Dushuron cuando realizó las pruebas finales.

El paciente, un hombre de cincuenta y siete años con un tumor vascular en el hígado, ya estaba anestesiado y preparado para la operación. El trabajo de Anden era meramente preoperatorio; el cirujano no había llegado aún. El doctor Timo, el médico huesos verdes que supervisaba a Anden, comprobó los signos vitales del enfermo, y le indicó que empezara con una inclinación de cabeza.

—Ve con calma —lo animó.

Anden volvió a examinar las radiografías, para refrescar el recuerdo del tamaño y la forma del tumor que había que extirpar, y luego expandió la Percepción y sumergió la consciencia en la energía inconsciente del hombre. La pulsación firme de la sangre y los órganos del paciente se definió como un mapa en la mente de Anden. Tras una ojeada al paisaje general del cuerpo, centró la Percepción en la red vascular del torso, orientándose a través de lo que le parecieron capas de tuberías conectadas de longitudes y anchuras diversas, todas ellas vibrando con la vida que transportaban. Los ojos de Anden estaban desenfocados y entrecerrados a causa de la concentración.

Ser médico huesos verdes exigía tanta delicadeza en la Percepción como en la Canalización. Anden siempre había tenido un talento natural para la última, pero afinar la primera le exigió innumerables horas de estudio y práctica. Como alumno de la academia, cuando se entrenaba para ser un futuro puño del clan Sin Cumbre, había aprendido a pensar en la Percepción y la Canalización como un escudo y una lanza que debían desplegarse con una fuerza rápida, letal y nada sutil. Percibir la intención homicida de un asesino y Canalizar para detener un corazón no se parecían en nada a la delicada labor hacia la que ahora debía orientar sus habilidades del jade. De pie junto a la mesa de operaciones, colocó una mano encima de la parte superior

derecha del abdomen del paciente. Aisló la arteria hepática y Canalizó con un toque leve y constante, aplicando la energía suficiente para formar un coágulo que bloquearía el flujo de sangre que alimentaba el tumor. Solo tardó unos minutos. El doctor Timo estaba cerca, siguiendo el proceso con su propia Percepción y listo para intervenir en caso necesario. Cuando Anden retrocedió un paso y bajó la mano, el médico asintió en señal de aprobación, y a continuación bloqueó de forma rápida y experta unas cuantas venas más pequeñas, completando el trabajo y garantizando que se pudiera extirpar el tumor con una pérdida de sangre mínima.

Durante el proceso habitual, el cirujano intervendría en ese momento para realizar la resección, pero debido a la presencia de los observadores extranjeros, Anden se quedó allí mientras se tomaban y revelaban más radiografías para verificar mediante tinte de contraste que el flujo de sangre hacia el tumor había quedado interrumpido. Los espenios se agolparon en torno a las radiografías, tomaron notas y hablaron entre ellos. Anden recibió permiso para marcharse. Se escurrió ágilmente entre el cirujano que llegaba y el personal del quirófano, salió al pasillo y se sentó en un banco cercano. Se quitó la banda de entrenamiento, apoyó la cabeza en la pared, cerró los ojos y soportó la breve sensación de desorientación y náuseas.

La mayoría de los profesionales médicos huesos verdes no se quitaban el jade, pero Anden era estricto en cuanto a portarlo tan solo cuando estaba trabajando, por así decirlo. Al igual que los penitentes y los maestros, los médicos no estaban ligados a ningún clan, técnicamente, y hacerles daño se consideraba un quebrantamiento del aisho. Pero la situación de Anden era única. Era miembro de la familia Kaul y famoso por ser el hombre que había matado a Gont Asch, el antiguo cuerno del clan Montaña. También había trabajado para sus primos en Espenia y participado en el asesinato del contrabandista Zapunyo. Médico o no, era un huesos verdes de Sin Cumbre, y no estaba dispuesto a correr riesgos: ni con la posibilidad de que lo consideraran un guerrero del clan ni con la de convertirse en tal si, por reflejo, reaccionaba violentamente con sus habilidades del jade. No le haría falta gran cosa para verse arrastrado de nuevo al camino que había rechazado tajantemente.

Abrió los ojos y vio que delante había una pareja de médicos espenios que lo observaban con gran interés.

—La demostración que nos has hecho ha sido impresionante —dijo el más alto, un hombre de barba recortada y amplia sonrisa—. ¿Puedo preguntar de dónde eres? ¿Eres…? ¿Cuál es…? —Hizo un gesto vago con las manos abiertas; era obvio que estaba inquiriendo sobre su

ambiguo origen étnico.

El intérprete que los acompañaba empezó a traducir la pregunta al kekonés, pero Anden lo interrumpió y contestó en espenio, reprimiendo el impulso de torcer el gesto ante la incómoda pregunta del extranjero.

—Mi padre era espenio —explicó—. Pero no lo conocí. Nací en Yanlún.

—Pero hablas espenio muy bien —dijo el médico.

—Pasé cuatro años en Puerto Massy. Me gradué en su universidad y estuve trabajando allí antes de volver a Yanlún.

—¿De verdad? —La sonrisa del médico extranjero se ensanchó—. ¿Has vuelto alguna vez a Puerto Massy? ¿Te plantearías visitar Adamont Capita? —Sacó una tarjeta de visita de la cartera y se la tendió—. Soy el doctor Elan Martgen. Dirijo uno de los principales equipos de investigación de Centro de Investigación Médica Demphey. Después de lo que he visto en este viaje, me gustaría invitar a algunos médicos de Kekon para que hagan demostraciones de las técnicas de sanación bioenergética ante un público mayor de profesionales sanitarios en la conferencia médica anual, el verano próximo. Por supuesto, pagaremos el viaje y la estancia.

Anden se levantó y cogió la tarjeta, aunque la invitación lo había desconcertado.

—Me alegro de que su viaje haya sido fructífero, pero deberían invitar a otra persona. Solo soy estudiante y aún no estoy cualificado para ejercer. —Anden era un estudiante aventajado; el bloqueo del flujo arterial que acababa de realizar era algo que normalmente no se practicaba hasta el tercer curso; de todas formas, no dejaba de ser una tarea bastante sencilla y rutinaria que un médico huesos verdes experimentado, como el doctor Timo, probablemente podría ejecutar hasta dormido.

El doctor Martgen cruzó una mirada con su compañero, un hombre más joven y bajo de pelo rizado, y se volvió hacia Anden.

—Tenemos la esperanza de invitar a un grupo selecto de sanadores del jade, y nos encantaría que estuvieras entre ellos.

—La mayoría de los que hemos conocido aquí no habla espenio tan bien como tú —dijo el médico más joven—. Y, para ser sinceros, muchos de nuestros colegas no están convencidos del potencial médico del jade bioenergético. No lo consideran tan válido como las prácticas tradcionales y creen que no vale la pena estudiar algo que hasta ahora ha estado confinado a una islita remota.

—Podrías ayudarnos a hacerlos cambiar de idea —dijo el doctor Martgen.

Anden los observó y comprendió que se habían dirigido a él debido a su aspecto y a su ascendencia parcialmente espenia. Si la gente de Demphey veía a alguien que parecía espenio y hablaba espenio realizando lo que se consideraba un ignoto arte de sanación exótico y misterioso, sería un gran avance para la causa del doctor Martgen ante cualquier homólogo, superior o accionista al que necesitara impresionar.

—Podemos seguir en contacto —dijo sin comprometerse.

—Piénsatelo, por favor —dijo el doctor Martgen. Estrechó la mano de Anden y se reunió con el resto del grupo, que ya se dirigía adonde fuera que tuvieran marcado como siguiente punto en la agenda. Cuando se marcharon, Anden examinó la tarjeta unos instantes y se la guardó en el bolsillo.

Hasta aquel momento no había pensado seriamente en volver a visitar Espenia, y descubrió que la idea era a la vez inesperadamente atractiva y vagamente incómoda. Al regresar a Yanlún había caído, con extrañeza y sorpresa, en el detalle de que nunca había vivido en su ciudad natal de adulto. En muchos sentidos, se había pasado el último año y medio reinventándose. Ahora era estudiante de medicina, tenía su propio piso en la Ciudad Vieja, cerca del hospital, y era tío de tres chiquillos. Puerto Massy parecía muy lejano, y los años que había pasado allí, un sueño con partes felices, partes agridulces y partes que fueron auténticas pesadillas. A veces pensaba en las personas con las que había tenido una relación más estrecha allí: su familia de acogida, el señor y la señora Hian; Dauk Losun y su esposa, Sana; sus amigos del balón relevo y el reñidero. Y Cory. Aún pensaba a veces en Cory, de tarde en tarde con añoranza, pero más a menudo con curiosidad melancólica, preguntándose qué estaría haciendo.

Los médicos espenios no habían invitado a Anden por sus incipientes habilidades médicas, sino por lo que representaba. Era la primera vez en su vida, que él recordara, que unos desconocidos contemplaban su sangre mestiza como una ventaja, algo deseable, en vez de como una desgracia. En la fiesta del clan, Wen le había dicho que su valía no estaba en sus habilidades con el jade, sino en cómo era como persona. No había sabido interiorizar bien los ánimos de su cuñada, pero no los había olvidado.

El sextodía, Anden fue a la residencia Kaul para hablar con sus primos. El pedestal, el hombre del tiempo y el cuerno estaban reunidos a puerta cerrada, así que se sentó con sus sobrinos en el sofá del cuarto de estar y se puso a leerles cuentos mientras esperaba. Niko escuchaba callado, pero Ru hacía tantas preguntas en cada página que apenas pudieron terminar una historia antes de que Jaya se despertara

de su siesta en la habitación de al lado, berreando y de mal humor. Anden adoraba a los chiquillos, sobre todo a Niko, pero no podía evitar alegrarse de que las circunstancias le impidieran ser padre.

Cuando se abrió la puerta del despacho y salió Juen Nu, Anden llamó y entró. Hilo estaba sentado a su mesa con la cabeza apoyada pesadamente en una mano. Los documentos que tenía esparcidos delante mostraban gráficos y números con notas resaltadas, escritas con la letra de Shae. Anden no pudo adivinar si la expresión claramente hosca del pedestal se debía a que estaba obligado a estudiar toda aquella información densa o a los mensajes que esta transmitía. Hilo levantó la cabeza.

—¿Qué hay, Andy?

Por la tensa conversación de la cena, Anden sabía que Montaña estaba presionando con fuerza y gastaba dinero a manos llenas para acosar a Sin Cumbre desde todas partes. Cuando Lan era el pedestal, Ayt Mada había apostado por una campaña para debilitar a Sin Cumbre invadiendo su territorio. Ahora, los enemigos confiaban en el dinero y en la prensa en vez de en los espías y los delincuentes callejeros. Pero esta vez, sin embargo, Anden no era un adolescente sin capacidad de decisión, deseoso de participar en la guerra. Era un adulto que ya había luchado en la guerra, y tenía influencia y su propia red de contactos.

—Quiero hacer un viaje a Espenia —dijo a sus primos.

Cuando explicó la petición, Hilo encendió un cigarrillo y se frotó el entrecejo con el pulgar.

—Hay miembros del clan que quieren que nos retiremos del todo de ese país, no que nos enredemos aún más en él.

Aquellos días, Espenia estaba todo el tiempo en los noticiarios. La República de Espenia planeaba ampliar la base naval de la isla de Euman para aumentar sus fuerzas contra Ygutan en la región. La decisión había generado en Kekon una considerable oposición del público.

—Vale la pena intentarlo, Hilo-jen —dijo Anden.

Shae estaba sentada con los brazos cruzados en un sillón, un poco alejada de Hilo; el pedestal y el hombre del tiempo seguían peleados. Le dirigió una sonrisa sardónica a Anden.

—¿Te acuerdas de lo disgustado que estabas la primera vez que te mandamos allí? Y ahora quieres volver. —Se giró hacia Hilo—. Anden debería ir. Los ingresos de nuestros negocios en Espenia son lo que nos está salvando ahora, pero persiste el problema de que los dos países no se comprenden y desconfían mutuamente. Si hay algo que podamos hacer para cambiar eso, incluso en un campo aislado como el de la

medicina, puede servirnos de ayuda.

Hilo no parecía convencido del todo, pero aceptó.

—Vale, primo. Puedes ir y hablar en nombre de la familia.

—¡No! — gritó Niko en ese momento. Estaba junto a la puerta parcialmente abierta, con los puñitos apretados a los lados—. Espenia es el sitio donde hicieron daño a mamá. El tío Anden no debería ir. ¡No podéis obligarlo!

Los adultos contemplaron estupefactos al chiquillo. Anden se le acercó, se agachó delante de él y le apoyó las manos en los hombros temblorosos.

—Niko-se, yo he pedido ir —lo tranquilizó—. Será un viaje corto y no haré nada peligroso. Es verdad que siempre hay algún riesgo, pero las familias como la nuestra no se pueden permitir no arriesgarse.

El hombre del tiempo hizo varias llamadas al decano de la Escuela de Medicina Bioenergética y le dejó claro el interés de Sin Cumbre en aquel asunto, de modo que el viaje se organizó con una celeridad impresionante. Dos meses más tarde, Anden y tres de los mejores médicos de la escuela, incluido el doctor Timo, llegaron a Adamont Capita. Era una ciudad antigua, con estrechas calles adoquinadas y edificios históricos de ladrillo. Había monumentos de mármol blanco a la vuelta de cada esquina, además de rascacielos de cristal con oficinas, edificios gubernamentales imponentes y embajadas. Anden nunca había visitado la capital de la República de Espenia, pese a que estaba a solo a tres horas en autobús de Puerto Massy, donde había vivido y trabajado casi cuatro años. No se le había pasado por la cabeza explorar otras ciudades, cuando Puerto Massy ya le había parecido inmensa, extraña y abrumadora a sus diecinueve años.

Ahora, sin embargo, agradecía la oportunidad de comportarse como un turista. El doctor Martgen y el personal del Centro de Investigación Médica Demphey eran unos anfitriones generosos; alojaron a Anden y a los tres médicos huesos verdes en un hotel bien equipado y se dedicaron a mostrarles el campus de la Universidad Watersguard y las mejores vistas de la ciudad cuando no estaban demasiado ocupados conociendo a gente y haciendo demostraciones ante los intrigados investigadores. Como solo era un estudiante, Anden no estuvo al cargo de ninguna reunión o presentación, pero actuó como ayudante en varias ocasiones y hacía de intérprete de todo el grupo. Al final de aquel congreso de cinco días se sentía más agotado por pensar y hablar en dos idiomas y gestionar las costumbres contradictorias de los grupos visitantes y anfitriones que por usar sus habilidades del jade.

A la mañana siguiente, el doctor Timo y los otros dos médicos

volvieron directamente de Adamont Capita a Yanlún. Anden se quedó. Fue en taxi del hotel al Ministerio de Industria, que tenía su sede a una manzana de la Asamblea Nacional, en un edificio rectangular semejante a una fortaleza situado al otro lado del bulevar. Mientras esperaba sentado en un sofá frente a los ascensores, contempló la sede del gobierno: una gran construcción blanca que se alzaba en varios niveles formando una imponente pirámide escalonada, con las fachadas iluminadas por focos que cambiaban de color por la noche. Con sus líneas impecablemente rectas y sus planos perfectos, el edificio le pareció austero y amenazador, vedado e inescrutable.

Una secretaria salió a recibirlo. Pidió disculpas por la espera y lo acompañó hasta una oficina de una esquina del séptimo piso. En la placa de la puerta se leía: «Kelly Dauk, subsecretaria». Anden entró.

La hermana mayor de Cory, Dauk Kelishon, se parecía a su padre y a su hermano en la forma de la cara y los labios, que curvó en una sonrisa cortés cuando se levantó para estrechar la mano de Anden. Le señaló una silla frente a la mesa de despacho.

—El señor Emery, supongo. —La subsecretaria tendría unos cuarenta años, y llevaba un traje de falda de color gris, una blusa negra y un collar de perlas. Una impecable melena cortada a la altura de la barbilla le enmarcaba la cara. Con sus modales animados pero profesionalmente ceremoniosos, parecía radicalmente distinta de su extrovertido hermano menor.

—Gracias por recibirme, señora Dauk —dijo Anden en kekonés.

La mujer puso su asiento de lado, apoyó un brazo en la mesa y cruzó las piernas mientras examinaba a Anden sin alterar la sonrisa.

—He aceptado verlo como un favor a mis padres —respondió en espenio—. Mi madre puede ser extremadamente insistente. Por lo que me han dicho, representa a un clan kekonés. Me temo que no entiendo muy bien qué tiene que ver eso conmigo y con el Ministerio de Industria.

No estaba siendo exactamente descortés, pero a Anden le sorprendió un poco el tono distante y que pasara a hablar en espenio. Cambió de mala gana a su segundo idioma.

—Estoy de visita en Adamont Capita por otros motivos, y tenía la esperanza de aprovechar mi estancia para establecer contactos amistosos en el Ministerio de Industria, en nombre de la familia Kaul del clan Sin Cumbre.

—¿Así se llama el clan para el que trabaja?

Anden vaciló; no estaba seguro de si hablaba en serio o fingía ignorancia para ponerlo a prueba por algún motivo.

—El clan Sin Cumbre es uno de los dos clanes más importantes de

Kekon —dijo lentamente—. Controlamos casi la mitad de la capital y la minería de jade, y tenemos negocios en muchos sectores por todo el país. Cerca de la mitad de los escaños del Consejo Real kekonés están ocupados por legisladores leales a nosotros. El pedestal de Sin Cumbre es mi primo, y mi prima dirige la rama empresarial como hombre del tiempo. Me han pedido que hable en nombre de la familia.

—Señor Emery —respondió la subsecretaria—, mi trabajo en el Ministerio de Industria consiste en colaborar con el ministro Hughart en asuntos de normativa económica nacional. El jade bioenergético queda fuera de nuestra jurisdicción.

—Lo entiendo —dijo Anden—, pero el jade no es la única preocupación del clan. Queremos hacer negocios y crear sociedades en Espenia, pero existen barreras que nos lo impiden. Nos gustaría defender nuestra postura ante los legisladores del gobierno espenio. Por supuesto, mi familia conversa con el embajador de Espenia y el Ministerio de Asuntos Exteriores, además de con las fuerzas armadas de la República de Espenia en la isla de Euman, pero necesitamos también amigos en Adamont Capita que tengan influencia ante el primer ministro y la Asamblea Nacional. —Anden hizo una pausa. Quizá se debiera a la expresión persistentemente neutra de Kelly Dauk, o al hecho de que normalmente no hablaba en espenio con tanta extensión y complejidad, pero sentía que las palabras le salían cada vez más despacio y le costaba más pronunciarlas. Se preguntó si se estaría enredando y no se haría entender con propiedad—. Respeto enormemente a su familia, y considero a sus padres y a su hermano buenos amigos personales.

La hermana de Cory lo observó durante un largo rato.

—Mis padres —dijo al fin— pertenecen a la vieja generación de inmigrantes kekoneses y conservan sus valores culturales tradicionales sobre el honor y la reverencia a los clanes y al jade. Estoy seguro de que incluso a su ya avanzada edad siguen mangoneando a los vecinos en su pequeño territorio de Trampasur. Cifraron sus expectativas en mi hermano desde que era un chiquillo y lo entrenaron para llevar jade, para «ser verde», como dicen ellos. —Su sonrisa cortés se hizo más amplia, pero no mostraba calidez—. Me doy cuenta de por qué les ha caído tan bien, siendo un joven de la vieja patria.

Anden buscó una respuesta, pero antes de que diera con ella, Kelly Dauk entrelazó los dedos y siguió hablando:

—Mis padres y sus amigos se quejan del gobierno sin parar. Creen que la prohibición de que los ciudadanos posean jade es el sumun de la tiranía y los prejuicios raciales. Los miembros de su clan, en Kekon, quieren ganar dinero vendiendo jade bioenergético en este país, y

desean que la prohibición se relaje o se elimine por completo. ¿Lo estoy entendiendo bien?

Anden se quedó atónito y, sin darse cuenta, volvió a hablar en kekonés.

—No se trata de la venta de jade. ¿No desearía que una ley tan poco razonable, que apunta y hace daño a los kekoneses, se derogase? Sobre todo al proceder usted misma de una familia de huesos verdes.

—Yo no dicto las leyes, señor Emery —respondió Dauk, hablando aún en espenio—. Pero a diferencia de otras personas, las cumplo.

—Mi familia jamás esperaría ni le pediría que hiciera algo difícil ni inapropiado que pudiera perjudicar su posición —protestó Anden—. Mi única expectativa al venir era que estuviese dispuesta a hablar con mis primos, presentarles al ministro Hughart y a otros altos cargos de su ministerio, y quizá darnos algún consejo valioso sobre cómo abordar a las personas adecuadas dentro del gobierno, ya que tiene una enorme experiencia sobre cómo funcionan las cosas en Adamont Capita. Se lo pediría como un favor y como amigo de su familia, de un kekonés a otra.

—Yo soy espenia, señor Emery —dijo Kelly Dauk—. Y tengo un cargo en el gobierno federal. —Se puso en pie; lo estaba despidiendo educadamente, pero con firmeza. Su secretaria abrió la puerta para acompañar a Anden a la salida—. Si desea impulsar los planes de su clan, tendrá que recurrir a otras vías.

Al mediodía siguiente, Anden subió al autobús exprés que hacía el trayecto de tres horas de Adamont Capita a Puerto Massy. Contempló por la ventana la silueta conocida de la metrópoli, y sintió una nostalgia profunda e incómoda cuando el autobús cruzó el puente del Ojo de Hierro y pasó bajo la sombra del Mástil. El señor Hian lo esperaba en la estación de Quince y le dio la bienvenida como si fuera un hijo pródigo, abrazándolo y comentando que se lo veía bien de salud.

Fueron directamente a casa de los Dauk, donde la señora Hian y Dauk Sana estaban preparando una cena de bienvenida pantagruélica: pescado asado con pimienta, verduras a la brasa, sopa de cinco setas y tallarines fritos. Dauk Losun colocó a Anden en la cabecera de la mesa, y durante la velada lo saturaron de comida y conversación. Se pasaron por allí viejos amigos y conocidos: Derek, que ahora era el dueño de un taller de automóviles; Sammy y otros dos huesos verdes llamados Rick y Kuno; Tod, ahora cabo de los Ángeles de la Marina, que estaba de permiso; Tami, que trabajaba en la consulta de un dentista y como fotógrafa *freelance*. Todos se mostraron amistosos pero ligeramente reservados; se dirigían a Anden con menos

informalidad que cuando vivía en el barrio de Trampasur, como si hubiera envejecido diez años durante los dos transcurridos y fuera mayor que ellos en vez de más joven. Anden se daba cuenta de que no solo lo estaban tratando tan bien porque lo recordaban con cariño de cuando era un estudiante que se alojaba con los Hian, sino porque era un representante del clan Sin Cumbre, un importante visitante de Yanlún enviado por la familia Kaul.

Quizá habían ido también por curiosidad, porque les habían llegado anécdotas: había planeado el asesinato de un traficante internacional de jade; las bandas habían estado a punto de ejecutarlo a la vez que Rohn Toro; era un poderoso huesos verdes de incógnito que se puso el jade y devolvió a la vida a una mujer.

Cory llegó después de cenar, alegando que había tenido que hacer horas extras en la oficina. Como siempre, su entrada desató un torbellino de saludos a gritos, palmadas en la espalda y risas. Saludó a media docena de personas y se acercó a estrecharle la mano a Anden, sonriendo como si fueran viejos amigos distantes. Lo acompañaba una joven espenia bajita, a la que presentó como «Daria, una amiga de la facultad de Derecho». Anden sintió la boca incómodamente seca. Le costó trabajo cumplir con su parte de la conversación cuando Cory le preguntó qué tal le iba, qué le parecía estar de vuelta en Yanlún, cómo llevaba los estudios.

—Nunca te imaginé de médico, Anden, aunque estoy seguro de que serás un matasanos molón —dijo Cory con una carcajada que no fue forzada del todo—. Vaya vista que tengo, ¿eh? —Usó el nombre de Anden y ni una sola vez lo llamó *isleño* de la forma afectuosa y provocadora que usaba en el pasado. Anden se preguntó con dolor cómo lo haría Cory, cómo sería capaz de perdonar, pasar a otra cosa y actuar con tanta normalidad. Pero, por otro lado, su alegre disposición y su naturaleza cordial eran detalles que él había admirado y por los que se había sentido atraído. Cory no se quedó mucho tiempo; se fue con su amiga en menos de una hora y dejó a Anden triste y aliviado.

Al final de la velada, mientras la señora Hian y Dauk Sana recogían los platos y ordenaban la cocina, Dauk Losun se estiró y le dijo a Anden:

—Me apetece dar una vuelta para bajar la comida. ¿Me acompañas?

Era una noche cálida de verano, con una humedad en el aire que amenazaba tormenta cuando avanzara la noche. Mientras Dauk y Anden paseaban por Trampasur, la gente se llevaba las manos a la frente en saludo al hombre al que llamaba pedestal. Anden aflojó el paso para igualar el ritmo tranquilo de su acompañante.

—Siento mucho la forma en que te ha tratado mi hija, Anden —dijo Dauk de repente—. La verdad es que estoy avergonzado.

—No hacen falta disculpas, Dauk-jen.

—Kelishon es muy independiente, muy decidida —explicó Dauk, meneando la cabeza—. Siempre ha perseguido los logros y no quiere tener nada que ver con las viejas costumbres kekonesas, con las costumbres de sus padres. Así que vive de acuerdo a las reglas de Espenia. Ahora que ha alcanzado una elevada posición en el gobierno, yo tenía la esperanza de que recordara de dónde venía y estuviera dispuesta a ayudar a su gente, pero parece que se ha vuelto más rígida y reservada, y que pretende distanciarse de nosotros.

—Algunas personas acaban siendo diferentes del resto de su familia, al margen de la sangre y la crianza —señaló Anden—. No es culpa de nadie. —No estaba dispuesto a avergonzar a Dauk mostrando su propia decepción, aunque no podía evitar preguntarse cómo era posible que, en Espenia, alguien tan desleal con su familia pudiera alcanzar una posición tan elevada en la sociedad.

—Quizá debí intentar con más fuerza educar a mis hijas para que fueran huesos verdes —dijo Dauk con un suspiro—. Cuando yo era joven, simplemente no se hacía, a menos que fueran sanadoras como mi esposa, o quizá penitentes. Me dices que ahora hay mujeres huesos verdes en Kekon, incluida tu propia prima, e incluso una mujer pedestal. El mundo cambia demasiado deprisa, y yo soy viejo.

—Aún no eres viejo, Dauk-jen —dijo Anden. El pedestal de Trampasur tenía sesenta y cuatro años y seguía poseyendo un vigoroso apetito y una risa enérgica, aunque en los dos años transcurridos desde la muerte de su buen amigo Rohn Toro parecía haber envejecido rápidamente. Alrededor de la boca mostraba arrugas muy marcadas; la línea del pelo le había retrocedido aún más, y Anden lo había visto tomar pastillas durante la comida.

—Ya conoces el refrán: «Los guerreros de jade son jóvenes hasta que de repente son ancianos». Yo sé cuál es el lado que tengo más cerca —dijo con ironía; cruzó las manos a la espalda mientras caminaban—. Siento no haber podido ser de más ayuda, pero incluso en comparación con los matones de las bandas, los kekoneses tenemos muy poco peso en la política interior de este país.

—Mis primos agradecen todos los esfuerzos que has dedicado en su nombre, Dauk-jen —dijo Anden—. La verdad es que las cosas no van muy bien en Kekon. La Guerra Lenta ha empeorado las relaciones con la República de Espenia y nuestros enemigos lo usan contra nosotros a la vez que nos atacan de muchas otras formas. Necesitamos nuestros negocios en Espenia, así que mis primos están buscando cualquier

cosa que pueda influir para mejorar nuestra posición, por improbable que parezca.

Dauk frunció los labios.

—Nada me complacería más que ver retirada la prohibición del jade, pero no estoy seguro de que sea posible. El clan Sin Cumbre es poderoso, pero no puede cambiar las actitudes y las leyes de un país entero lleno de gente que no nos comprende.

Tras el rechazo tan grosero que había sufrido la víspera, Anden se inclinaba a coincidir con Dauk. En cambio dijo:

—Hace solo cinco años creíamos que no se podía hacer nada contra las bandas, aparte de soportar sus abusos, pero mira cómo han cambiado las cosas. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir en el futuro?

—Hablas con el optimismo de los jóvenes —bufó Dauk, pero sonrió en la oscuridad.

—¿Habéis vuelto a tener algún problema con las bandas? —preguntó Anden. Los pandilleros y los huesos verdes de Puerto Massy conservaban un violento odio mutuo. Las bandas locales creían que los kekoneses les habían vendido a propósito jade defectuoso y que tenían la culpa de la ruina de la banda del Barrio Sur del jefe Kromner, con el consiguiente derramamiento de sangre, las espectaculares guerras entre bandas y la ofensiva policial. Los kekoneses jamás perdonarían la brutal ejecución de Rohn Toro.

Dauk Losun se puso serio.

—Las bandas están heridas, pero los animales heridos siguen siendo peligrosos. Tenemos más jade y más huesos verdes entrenados que antes, así que las bandas tienen motivos para respetarnos y temernos. Eso tenemos que agradecérselo a Sin Cumbre, pero corremos el riesgo de ir demasiado lejos, de exponernos al peligro actuando demasiado abiertamente y con demasiada fuerza. —Llegaron a la casa de Dauk. Anden podía oír las voces de los Hian y de Sana, pero el pedestal no entró todavía. Se detuvo en la acera y se frotó la nuca con la mano antes de volverse hacia Anden. Frunció el ceño mientras escogía las palabras—: Tu primo, Kaul Hilo, envió a su propio asistente para que nos ayudara a castigar a la banda del Barrio Sur. Encontraron y ejecutaron a los hombres que asesinaron a mi buen amigo Rohn Toro y que estuvieron a punto de mataros a tu cuñada y a ti.

Anden no respondió. Sabía que Maik Tar había viajado a Espenia varias veces cumpliendo órdenes de Hilo, y su propósito no era ninguna sorpresa. Sin embargo, la expresión de Dauk no mostraba ninguna satisfacción. Tenía el rostro demudado.

—Jamás se encontró el cadáver de Willum Reams, pero los dos

huesos verdes que acompañaron a Maik aquella noche me dijeron lo que pasó. Fue horrible, Anden. Maik fue demasiado lejos; no había necesidad.

El día de año nuevo, mientras estallaban los fuegos artificiales, Tar, ebrio, había pasado el brazo por los hombros de Anden. «Quiero que sepas que he enviado al otro mundo a esos cabrones espenios, y que han ido gritando todo el camino. Por ti, chico». Había chocado su copa de hoji con la de Anden y había vuelto a la fiesta.

Dauk soltó un suspiro, preocupado.

—Es natural vengarse por los amigos y castigar a los enemigos, pero si nos asocian a crímenes horribles, solo nos verán como asesinos, y el jade siempre estará cubierto de sangre. Has venido a decirme que Sin Cumbre quiere desarrollar sus negocios y aumentar su influencia. Actuar de formas que nos hagan parecer peores que las bandas… Va en contra de lo que deseas.

—Has hecho bien en contarme esto, Dauk-jen —dijo Anden en voz baja.

—Tú has vivido aquí, Anden; comprendes que, en Espenia, los huesos verdes tenemos que hilar mucho más fino que en Yanlún. Ahora que las bandas se han debilitado, la policía ha vuelto su atención hacia nosotros. Buscan cualquier excusa para detener a gente en los barrios kekoneses y registrarla en busca de jade, aunque no haya cometido ningún delito. —Dauk gruñó—. Eso mantiene ocupado a Coru; no le falta trabajo como abogado defensor. Pero daña nuestra comunidad. Hoy en día, ¿por qué van a querer los jóvenes practicar las disciplinas del jade si eso significa que los perseguirán y tendrán que vivir como marginados? Optan por renunciar a su herencia para encajar como espenios de bien. Mi mayor temor, Anden, es que dentro de veinte años no quede ningún huesos verdes auténtico en este país.

Una ráfaga de viento sacudió la húmeda noche de verano. En algún lugar, a lo lejos, se oyó una sirena. Al día siguiente, Anden estaría en un avión de regreso a casa, sin victorias tangibles que comunicar a sus primos, sin nada que pudiera ayudar materialmente a Sin Cumbre. La aprensión en la voz de Dauk reforzó su sensación de futilidad. Respetaba a Dauk Losun y confiaba en su buen juicio, aunque también le guardaba cierto resentimiento por obligarlo a renunciar a Cory.

—Espero que te equivoques, Dauk-jen —dijo.

Dauk se introdujo la mano bajo el cuello de la camisa y cerró el puño alrededor del colgante circular de jade que llevaba colgado de una cadena de plata.

—Yo también lo espero. Me preocupa el futuro, pero solo puedo hacer lo que he hecho siempre: intentar razonar con la gente por el

bien de la comunidad, mientras todavía pueda. —El pedestal de Trampasur dio una palmada tranquilizadora en el hombro de Anden y lo llevó a casa a reunirse con los demás—. Me alegro de verte, Anden. Siempre has sido demasiado verde para esta ciudad, pero estoy encantado de que hayas venido a vernos.

Capítulo 9

La séptima disciplina

Año sexto, noveno mes

ENTRE las numerosas instalaciones de entrenamiento de los huesos verdes que había en Yanlún, el gimnasio La Séptima Disciplina tenía fama de ser el más acogedor con los forasteros. Situado en el distrito de Yoyoyi, pertenecía a Sin Cumbre, pero el dueño, un puño del clan ya retirado, cobraba solo una tarifa reducida a quienes lo visitaban, incluidos huesos verdes de clanes tributarios y neutrales, viajeros de lugares tan lejanos como Espenia, entrenadores independientes que usaban el espacio para trabajar con sus clientes e incluso un puñado de inmigrantes barukanos sin lealtades declaradas, pero que se podía confiar en que se comportaran bien.

La zona de entrenamiento era grande y estaba bien equipada, y la única considerada superior era la Fábrica, en Punta de Lanza, que estaba bajo el control de Montaña. Sobre la entrada colgaba una cita motivadora enmarcada: «La perfección del carácter es la séptima disciplina del guerrero de jade». Cuando Hilo entró en el edificio un primerdía por la tarde, en la sala de entrenamiento principal solo había unos cuantos dedos del clan haciendo esparrin con espadas luna sin filo y practicando Ligereza con chalecos lastrados. Cuando se dieron cuenta de que había entrado el pedestal, se interrumpieron y lo saludaron gritando «¡Kaul-jen!». Hilo les devolvió el saludo con un gesto, pero no se detuvo a charlar.

En las esteras dispuestas al fondo del local, el maestro Aido realizaba ejercicios de cuchillo garra con un hombre de reputación fuera de lo corriente; la noticia había circulado por los mentideros del clan y había llegado hasta el pedestal. El desconocido era más bajo de lo que Hilo había esperado y de complexión recia, y estaba en buena

forma; tenía el pelo oscuro cortado casi al cero y una sombra de vello facial. Su aura de jade zumbaba con el esfuerzo del ejercicio, pero no revelaba mucho más; era el equivalente psíquico de una cara de póker. Hilo se dio cuenta de inmediato de que el hombre poseía el aplomo físico de un luchador experto, pero se movía de manera diferente a todos los demás ocupantes del gimnasio. No utilizaba las técnicas habituales ni las combinaciones clásicas. Mientras se defendía y contraatacaba a cada ataque del maestro Aido, parecía apoyarse sorprendentemente poco en sus habilidades del jade, y colaba una Fuerza o un Acero, y a veces una breve Desviación, de forma rápida y sibilina, como si intentara ocultarlas bajo movimientos simples y evidentes. Los huesos verdes a menudo asombraban a adversarios y espectadores con habilidad del jade pura (Desviaciones poderosas, saltos de Ligereza), sobre todo en los duelos públicos donde el desenlace no era intencionadamente fatal. Los movimientos contenidos de aquel hombre eran ante todo eficaces y prácticos. Usaba el jade como un arma delicada, un recurso final, puesto en juego rápidamente para neutralizar el enemigo, pero aquello era todo. Era el enfoque de un soldado moderno aplicado a la lucha con jade. El SICBEJ: el sistema integrado de combate bioenergético con jade.

—Maestro Aido —saludó Hilo, entrando en la estera—. Preséntame a tu estudiante.

El viejo entrenador pareció sorprendido al ver al pedestal. La hacienda Kaul tenía su propia sala de entrenamiento, donde Hilo recibía habitualmente a sus entrenadores privados. Aido se secó el sudor de la frente.

—Kaul-jen, Jim Sunto. —Se dirigió al otro hombre—: Jim, te presento a Kaul Hiloshudon, el pedestal del clan Sin Cumbre.

Sunto paseó la mirada entre Hilo y el maestro Aido. La de Hilo se posó en su jade: dos chapas de identificación verdes colgadas del cuello con una cadena. Las acompañaba otra cadena más corta con un colgante triangular de oro: el símbolo de los Testigos de la Verdad del monte Icana. Sunto parecía bien entrado en la veintena. Más joven que Hilo. A sus treinta y cuatro años, Hilo se sorprendía de toparse con tanta gente más joven que él.

Sunto asintió con circunspección, pero no saludó.

—Sé quién es Kaul Hilo.

—Espero no haber interrumpido vuestra sesión —dijo Hilo al maestro Aido.

—Ya estábamos acabando —dijo el entrenador, captando la indirecta—. Jim, te veo a la misma hora la semana que viene. Kaul-jen… —Saludó al pedestal y se retiró discretamente, dejando a los dos

hombres solos en la estera.

Sunto se acercó a un toallero. Se secó el sudor de la cara y se colgó la toalla del cuello.

—¿Hay algún problema por que entrene aquí? —preguntó sin volverse.

Ningún huesos verdes de Yanlún, amigo o enemigo, se dirigiría al pedestal de Sin Cumbre de una forma tan seca y grosera, dándole la espalda y sin saludar ni mostrar el debido respeto.

—No hay problema —dijo Hilo—. Me enteré de que había un ángel de la Marina espenio viviendo y entrenando aquí, en Yanlún, y tenía que verlo por mí mismo.

—Exángel —corrigió Sunto—. Lo dejé hace un par de años.

—Entre mis puños ha corrido la voz de que eres una seria pareja de esparrin —dijo Hilo, caminando en círculo alrededor de Sunto con las manos en los bolsillos—. Dicen que le rompiste la nariz a Heike.

—Un accidente que se merecía. —Sunto hablaba kekonés con soltura, aunque con evidente acento espenio—. Se dejó llevar lanzando Desviaciones y no mantuvo la guardia alta.

—Has estado impartiendo clases por aquí.

—Unos pocos seminarios. Los elementos básicos del SICBEJ: ocultamiento de armas pequeñas, sumisiones no letales; cosas así. La gente me lo pedía, y es un dinerillo extra. —Sunto mantenía una postura relajada, pero en su voz se notaba claramente la desconfianza y no dejaba de mirar de un lado a otro, como si esperara que los puños del clan cayeran sobre él desde todas las direcciones.

—Vamos a algún sitio a charlar, teniente —dijo Hilo.

—Prefiero hablar aquí, gracias.

—Como quieras. —Hilo le echó una mano al hombro. Sunto reaccionó de inmediato: se retorció para soltarse del agarre y sujetó y bloqueó la muñeca de Hilo. Este ya estaba moviendo la otra mano, Canalizando en el pulmón derecho del hombre. El golpe apuntaba lejos del corazón y no causaría ningún daño permanente, pero sería terriblemente doloroso, derrumbaría a Sunto y haría que le costara respirar durante varios minutos.

Para sorpresa de Hilo, Sunto le soltó la muñeca, se Aceró y contra-Canalizó con un rápido giro del cuerpo, dispersando el ataque y causándole un doloroso espasmo muscular en la articulación del hombro. El golpe que Sunto recibió en el pecho fue, a pesar de todo, suficiente para hacer que se doblara tosiendo, pero aunque le había vaciado de aire de los pulmones, no vaciló; dio una patada con la espinilla en la entrepierna del pedestal. Ni siquiera el Acero pudo evitar que a Hilo le lagrimearan los ojos por el dolor mientras caía

sobre una rodilla.

Sunto lanzó un golpe con el canto de la mano a la carótida. Hilo se echó a un lado y el golpe incapacitante rebotó inofensivamente en su hombro mientras él arrojaba con precisión una Desviación que pilló a Sunto por la cintura y lo arrojó al suelo, varios palmos más lejos. Hilo se volvió a poner en pie, saltó con Ligereza y aterrizó con plena Fuerza aplastante, no encima del torso de Sunto, sino a su lado, dejando planchada la esterilla en vez del costillar del hombre.

Sunto no tardó ni un segundo en volver a ponerse en pie y adoptar una postura defensiva encogida, pero Hilo se levantó con una sonrisa torcida y se acercó a él con las manos abiertas, cojeando y un poco inclinado hacia delante a causa del dolor que irradiaba desde su bajo vientre.

—Quería saber si el entrenamiento militar espenio era de verdad o solo un montón de palabrería.

Sunto frunció el ceño, desconcertado.

—¿Así que no has venido para matarme o darme una paliza?

—¿Acaso he dicho que fuera mi intención? —preguntó Hilo.

Sunto se irguió lentamente, sin acabar de creerlo. Hizo una mueca de dolor y se frotó el pecho.

—¿El líder de uno de los principales clanes de huesos verdes aparece por sorpresa para charlar? No puedes culparme por pensar que quizá no fuera a salir de aquí por mi propio pie. Hay mucha gente en la ciudad a la que no le gustan los soldados espenios, ni siquiera los retirados de ascendencia kekonesa.

Todos los presentes en el gimnasio de la Séptima Disciplina se habían detenido para contemplar el extraordinario espectáculo del pedestal de Sin Cumbre poniéndose a prueba contra un exángel de la Marina. Alguien sacó una cámara compacta.

—Nada de eso —espetó Hilo—. Volved a lo vuestro. ¿No veis que estoy hablando con un visitante? —Los escarmentados dedos musitaron disculpas y se alejaron de la escena con reticencia. Hilo se volvió hacia Sunto—. Si tuviera algún problema contigo, a estas alturas lo sabrías de sobra. He dicho que había venido a hablar, ¿no? Al otro lado de la calle hay un restaurante. Con esa patada te has ganado que te invite a una copa.

Tenían la taberna Dos Tigres para ellos solos ya que aún no había abierto al público. Hilo pidió dos cañas de cerveza rubia espenia y le ofreció un cigarrillo a Sunto, que lo rechazó, así que Hilo se recostó en su asiento y se encendió el suyo. El exángel aún tenía el aura de jade erizada de desconfianza, pero bebió un trago de cerveza.

—¿De qué querías hablar? —preguntó.

—Cuéntame cómo te convertiste en soldado de Espenia e instructor militar. —Sin Cumbre ya había investigado los antecedentes de Sunto, pero Hilo era de la opinión de que siempre se podía aprender más sobre un hombre oyéndolo hablar de sí mismo.

Sunto Jimonyon había nacido en Yanlún y lo había criado su madre, que se volvió a casar cuando él tenía seis años, y su marido se llevó a la familia a Espenia. Sunto, que no se llevaba bien con su padrastro, se fue de casa cuando cumplió los diecisiete y se alistó en las fuerzas militares de la República de Espenia, que lo enviaron por la vía rápida al entrenamiento en SICBEJ y a los Ángeles de la Marina. Durante su segundo servicio en Urtoko sufrió heridas por metralla y pasó la convalecencia en la base naval de Euman. Allí le asignaron la tarea de entrenar a las nuevas rondas de cadetes de los Ángeles y se convirtió en un instructor muy bien considerado. Cuando acabó la guerra de Urtoko lo habrían reasignado a otra unidad, así que se dio de baja de los Ángeles y optó por quedarse en Kekon.

—Estaba cansado de que me mandaran de un lado a otro —explicó, encogiéndose de hombros—. Quería pasar un tiempo viviendo y entrenando aquí mientras decidía qué hacer luego.

—Te permitieron conservar tu jade —señaló Hilo.

Santo rodeó con el puño las chapas de identificación.

—No es mi jade —dijo—. Me lo asignó el gobierno espenio y lo tengo en préstamo indefinido, porque todavía tengo contrato de instructor de SICBEJ en la base naval de Euman. Cuando estoy allí vivo en el barracón de oficiales, y tengo un apartamento en la ciudad para cuando estoy aquí.

Hilo ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿No quieres batirte en duelo para conseguir verde propio?

Sunto observó un instante la larga línea de piércings de jade que asomaba por el cuello abierto de la camisa de Hilo, y luego volvió a mirarlo a la cara.

—Me enseñaron a llevar solo el jade que necesito. El SICBEJ se basa en métodos sencillos: las técnicas de combate y reconocimiento más simples y eficaces que funcionan para los soldados de las fuerzas especiales, equipados con la misma dotación estándar de jade bioenergético. Cualquier cantidad de jade adicional es un riesgo innecesario. —Frunció el ceño e hizo girar el vaso de cerveza, ensanchando el círculo de humedad de la mesa—. A algunos chicos con los que estuve en Urtoko no les va muy bien ahora. Enfermedades mentales, adicción a las drogas, hábitos contrarios a la Verdad Única. Tengo la suerte de que la genética kekonesa esté de mi parte, pero no necesito más jade solo para presumir.

—Eso es verdad. —Hilo mantuvo una expresión neutra mientras apagaba el cigarrillo—. Al fin y al cabo eres un militar extranjero, no un huesos verdes.

Santo miró al pedestal con cautela e impaciencia. Apartó a un lado la cerveza y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Mira, sé que esto es importante para tu familia —dijo con un tono pragmático que dejó caro que no era estúpido; que su falta de deferencia no nacía de la ignorancia, sino de que era un soldado espenio que no respondía ante ningún jefe de clan huesos verdes—. No he venido a Yanlún a desafiar a tus hombres para ganar su jade ni causar problemas. Te lo juro por la Verdad del Vidente. He venido para meterme en mis asuntos y ganar un poco de dinero, eso es todo.

Inesperadamente, Hilo decidió que Jim Sunto le caía bien. Protegido por su ciudadanía espenia y su estatus militar, Sunto era una aberración en Yanlún. Podía portar y usar jade, pero no estaba ligado a ningún clan y tampoco tenía por qué aguantar mierdas. Un hombre que podía darle una patada en los huevos al pedestal sin miedo a morir era un cambio refrescante. Le recordaba una época de su vida muy anterior, cuando aún no era el pedestal y ni siquiera el cuerno, cuando cualquiera podía desafiarlo y se tenía que ganar el respeto a diario con las palabras, los puños o los cuchillos.

—Me alegro de oír eso —dijo con una gran sonrisa.

—Bueno —dijo Sunto; se acabó la cerveza, echó atrás la silla y se levantó—. Ahora que hemos tenido la oportunidad de dejar las cosas claras, supongo que hemos acabado.

—Siéntate, teniente. —Aunque Sunto ya no era oficial en activo, el rango militar parecía la forma más apropiada de dirigirse a él—. ¿Crees que me he tomado la molestia de buscarte en persona solo para gruñirte como un perro? —Señaló la silla—. Dices que has venido a ganar dinero. Sé de una forma en que puedes ganar mucho más. ¿Quieres que te lo explique o no?

Sunto no era el primero que se llevaba un sobresalto cuando la actitud de Hilo pasaba de golpe del buen humor relajado a la autoridad inapelable. Volvió a sentarse con precaución.

Hilo pidió al encargado del Dos Tigres que le sirviera otra cerveza a su invitado.

—¿Qué sabes de las fuerzas militares kekonesas? —preguntó.

—Cuando pertenecía a los Ángeles realizamos unas cuantas maniobras con el ejército kekonés. No es que fueran malos exactamente, pero para ser del país que posee la mayor parte del jade bioenergético de todo el mundo, resultaron decepcionantes.

—Eso es porque los clanes se quedan con todo el jade y todos los

guerreros, y a algunos no les importa el país —dijo Hilo con una sonrisa irónica—. Al menos eso tengo entendido.

Le enfurecía que Ayt Mada lo hubiera hecho caer en la trampa en la reunión de la AJK a primeros de año, delante de todos los jefes de huesos verdes del país. Desde aquel día, Montaña había atacado predecible e implacablemente a Sin Cumbre en el campo de batalla de la opinión pública. Aunque hacía poco que la AJK había votado de forma unánime aumentar la asignación de jade para las fuerzas armadas, y los leales a Sin Cumbre del Consejo Real habían ayudado a aprobar un presupuesto mayor para la defensa nacional, cualquiera que escuchara las diatribas que soltaba Koben Yiro por la radio se creería que Ygutan estaba a punto de invadir el país entero por culpa del egoísmo y la ruindad de Sin Cumbre.

Koben ejercía con entusiasmo su nuevo papel de vocero desatado de Ayt Mada y, desde luego, aquello no había perjudicado los esfuerzos constantes de Montaña para estrangular económicamente a su rival. Los últimos informes de Shae mostraban que aquel año, hasta el momento, dos tercios de los pequeños negocios recién creados buscaban el patrocinio de Montaña en vez del de Sin Cumbre. Woon Papidonwa trabajaba sin descanso en la gestión de la imagen pública y las relaciones externas del clan pero, tal como lo expresó Shae, «No se puede vender el aire enrarecido». Sin Cumbre necesitaba marcarse unas cuantas victorias políticas importantes.

—A ver si lo he entendido —dijo Jim Sunto lentamente después de que Hilo le explicara su oferta—. ¿Quieres contratarme para que ayude a reformar las fuerzas militares kekonesas?

—Has estado enseñando SICBEJ a los Ángeles de la Marina espenios y a los huesos verdes interesados. A las fuerzas kekonesas les vendría bien alguien como tú para aprender a sacar el máximo partido del jade que tienen. Es innegable que los extranjeros han hecho algunas cosas de las que podrían beneficiarse los huesos verdes.

Santo se recostó en la silla con los brazos cruzados y se mordió el interior de la mejilla.

—Reconozco que no es lo que esperaba oír del pedestal de un clan. Sé que los mandos militares de la República de Espenia creen también que un ejército kekonés más fuerte podría tener un efecto disuasorio contra Ygutan. —Se tocó el colgante triangular, como si estuviera consultando a su dios extranjero a la vez que consideraba sus propios intereses—. ¿Cuándo quieres que vea al general Ronu ese?

Wen había preparado para cenar sopa de cangrejo, lubina con pimienta, brotes de guisantes con ajo y panecillos rellenos. Kyanla la había ayudado, pero estaba orgullosa de haber cocinado ella misma la

mayor parte, aunque hubiera tardado horas. Aún sufría a veces entumecimiento y debilidad en el lado derecho del cuerpo, pero su equilibrio y su control motor habían mejorado enormemente, y poco a poco se había acostumbrado a hacer las cosas con una sola mano.

Cuando Hilo llegó a casa se la encontró esperando en el comedor, con un vestido azul claro, un collar de perlas y la refinada cena para dos dispuesta en la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—He pensado que sería… agradable que cenemos juntos. Solos, por una vez.

Hilo se quitó la chaqueta y las armas, dejó las llaves y la cartera en la encimera de la cocina y se sentó a la mesa con aire de desconcertada desconfianza. Echó una mirada a la casa inusualmente silenciosa.

—¿Dónde están los niños?

—He mandado a… Niko a dormir donde los Juen. Ru y Jaya están en casa de tu madre.

—Jaya se va a enfadar. —La chiquilla de tres años tenía ideas estrictas sobre cómo debía desarrollarse la rutina de ir a dormir, que empezaba por comer algo y finalizaba con su padre leyéndole un cuento del enorme libro de historias para niños sobre el héroe Baijen. Era posible que cogiera un berrinche que se podría Percibir, y posiblemente oír, desde el otro extremo de la hacienda.

—Tiene que aprender que… no siempre conseguirá lo que quiera —añadió Wen.

Llenó con el cucharón dos cuencos de sopa, concentrándose en mantener el brazo firme. Le preocupaba que sus hijos crecieran malcriados o desatendidos, o una combinación de las dos cosas. Tenían parientes que los cuidaban cuando ella no podía, pero aún sufrían por su incapacidad para ser una madre más atenta. No podía siquiera cogerlos en brazos, correr con ellos ni atarles los zapatos.

Hilo probó la sopa.

—Está buena —dijo casi a regañadientes.

Comieron en silencio durante unos minutos, pero Wen sentía la mirada de Hilo.

—Ese es el vestido que llevabas cuando nos casamos —dijo él.

Wen sonrió al ver que se había dado cuenta.

—¿Todavía me sienta bien? —Llevaba unos pantis de compresión y un sujetador con relleno bajo la seda. El dar a luz y criar a dos niños, sumado a la pérdida de función muscular debida al daño cerebral traumático, había hecho que su cuerpo no fuera ya el mismo que hacía seis años y medio.

—Sí. —La mirada de Hilo se ablandó—. Quizá no tan bien como la primera vez, pero solo porque creía que iba a morir al día siguiente. Todo es más hermoso cuando crees que no volverás a verlo.

—A veces —dijo Wen mientras destapaba la bandeja del pescado— es más hermoso después, cuando te… das cuenta de que tienes una segunda o-oportunidad.

Titubeó con el cucharón; nervios.

Hilo alargó el brazo por encima de la mesa y le cogió de las manos los cubiertos de servir. Le puso en el plato un trozo de lubina y unos brotes de guisantes, pero sus movimientos se tornaron más bruscos; cortó el pescado como si aún estuviera vivo y hubiera que matarlo. Había hablado con ternura, pero su voz tenía ahora un filo de dolor.

—No existen segundas oportunidades auténticas. Incluso cuando se superan las peores partes, la vida no vuelve a estar exactamente igual que antes. —Se sentó de nuevo y las patas de la silla hicieron ruido al arañar el suelo—. Mira a Tar. Hay cosas de las que una persona no puede recuperarse.

Wen se estrujó las manos en el regazo y se recordó que aquello era lo que había querido: una conversación sincera con su marido.

—Tar e Iyn Ro no deberían casarse. No son buenos uno para el otro.

—Han tenido una relación tormentosa durante años —gruñó Hilo —. Ahora me han prometido que por fin van lo bastante en serio para pronunciar sus votos, así que, ¿por qué no darles la oportunidad? Tar necesita más gente en su vida, más cosas que hacer. —Tar se alojaba tan a menudo en la residencia principal que prácticamente era como si se hubiera mudado con ellos, pero después de comprometerse con Iyn Ro, hacía un mes, pasaba más tiempo en su piso de Sogen.

Wen sabía que Hilo le había aligerado las tareas de asistente del pedestal y le había dicho que se tomara unos días de descanso, que se los había ganado después de los viajes a Espenia y las difíciles misiones que había realizado allí. Eso era verdad, pero el auténtico motivo era que Anden regresó de su viaje a Puerto Massy y le contó su conversación con Dauk Losun. Estaban en el despacho del pedestal y Wen los había escuchado, y había oído decir a Anden con preocupación: «Hilo-jen, Tar es verde que se torna en negro».

«Verde que se torna en negro» era una frase hecha que significaba que un guerrero de jade estaba perdiendo la cordura, habitualmente a consecuencia de la comezón, y era posible que acabara convirtiéndose en un peligro para sí mismo y para los demás. Con alguien así había que encararse; tal vez tuviera que entregar su jade, o tuvieran que quitárselo por la fuerza otros miembros del clan. Sin embargo, Wen

estaba segura de que el problema de Tar no tenía nada que ver con una sobreexposición al jade. Sin Kehn, Tar era como un *rickshaw* con una sola rueda; su ininterrumpida devoción a Hilo era el contrapeso de la soledad y la sed de sangre. Lo único que parecía hacerlo sinceramente feliz era pasar tiempo con los niños, sobre todo con Maik Cam, el hijo de Kehn, pero era tan propenso a llenarles la cabeza de historias violentas que incluso Wen, que no era partidaria de ocultarles la realidad, tuvo que limitar el tiempo que podían pasar con su tío Tar para impedir que fueran por las noches a su habitación asustados por las pesadillas.

El compromiso de Tar con Iyn Ro había sido una sorpresa.

—Al menos está intentando cambiar —señaló Hilo—. Merece ser feliz.

—¿Y los demás? —preguntó Wen con cautela—. ¿Qué merecemos?

Hilo masticó más despacio. La miró por el rabillo del ojo mientras ella alcanzaba el plato de los panecillos rellenos.

—¿Qué quieres decir?

Wen retorció la servilleta en el regazo, haciendo acopio de determinación.

—Nosotros… no podemos e-estar separados y heridos de esta forma, Hilo. El pedestal tiene que… mantener fuerte a la familia. Ahora no somos fuertes. Estamos atascados. No has… —No podía plasmar sus pensamientos en ebullición en las palabras exactas que necesitaba, y se dio cuenta de que su hablar atorado estaba despertando la compasión del Hilo y lo estaba poniendo nervioso—. Qué… Qui… ¿Quieres que nos divorciemos?

Hilo echó atrás la silla. Wen jamás había tenido miedo de su marido; nunca la había golpeado, ni siquiera había dado nunca la impresión de que pudiera golpearla, pero al ver la expresión de su rostro en aquel momento sintió como si se le fuera a parar el corazón.

—¿Eso quieres tú? —preguntó Hilo con rabia fría—. Después de todo esto, como si no me hubieras traicionado bastante, ¿ahora estás pensando en romper la familia?

Wen negó con la cabeza enérgicamente, pero Hilo alzó la voz; toda la ira del pasado se estaba juntando para formar una tormenta, y su mirada acusadora la dejó sin habla.

—¿Por qué, Wen? ¿No te he querido y te he cuidado siempre? ¿No te he apoyado profesionalmente? ¿No he hecho todo lo que he podido para manteneros a salvo a nuestros hijos y a ti? ¿Y fuiste incapaz de obedecerme de la forma más sencilla?

Wen había estado decidida a enfrentarse a su marido sin llorar, pero en aquel momento se le nublaron los ojos en contra de su

voluntad.

—Había demasiado… en juego. Sabía que no me ibas a dejar salir… de la caja de seguridad en la que me habías metido. Así que convencí a Shae. Hiciste que… tuviéramos que mentir.

—¿Lo hice yo? —Hilo se quedó boquiabierto un instante. Después cerró la boca con un chasquido. Se levantó y tiró la servilleta—. A veces pienso que los mentirosos son casi peores que los ladrones —dijo entre dientes—. Roban la confianza, que es algo que no se puede devolver.

Antes de que Wen hubiera podido siquiera levantarse, Hilo había salido de casa. Sus movimientos rápidos y seguros y sus largas zancadas la dejaron atrás con facilidad.

Hilo cruzó la puerta hecho una furia y se metió en el Duchesse, solo para darse cuenta de que en el calor del momento se había dejado las llaves junto con la chaqueta, las armas y la cartera. Aulló de frustración y golpeó el volante repetidas veces, y después bajó la ventanilla y se fumó tres cigarrillos seguidos antes de volver a sentirse tranquilo.

Se planteó dormir en el coche. Después pensó en ir a la casa de su hermana y pedirle que le dejara pasar la noche en el sofá. Las dos ideas le parecieron tan patéticas que se echó a reír en la oscuridad. Imaginarse la mirada que le echaría Shae le resultó divertido y lo serenó al mismo tiempo. Aunque… Algo había pasado recientemente entre Shae y Woon. Su hermana estaba distraída e infeliz, así que quizá podrían emborracharse juntos por primera vez en su vida y llorar los dos ante copas de hoji. Soltó otra risilla.

Cuando entró en la mansión aquella noche y vio a Wen tan hermosa, esperándolo con la cena que le habría costado tanto trabajo preparar, lo único que deseó fue volver a entregarle completamente su corazón y resarcirla por todos los momentos agrios. Hubo un tiempo en que decirle a su esposa «te amo» era lo más fácil del mundo: dos sencillas palabras con una sola exhalación. Un adiós al final de una llamada telefónica, una invitación a hacer el amor, un susurro antes de dormir.

Ahora parecía una montaña emocional infranqueable. Cada vez que anhelaba arreglar las cosas con Wen, la ira tiraba de él hacia atrás, como una mano que lo apartara de un tirón de una llama o el Acero alzado contra un cuchillo. ¿En cuántas ocasiones había recriminado a Shae que mantuviera a la gente a distancia, la mitad de las veces por no ser sincera consigo misma y la otra mitad por no serlo con los demás? Ahora era él quien se había cerrado y se había lamido a solas sus heridas invisibles, justo como Lan había hecho en el

pasado.

Aquel pensamiento lo llenó de pesimismo y temor. No tenía una personalidad autosuficiente por naturaleza; era algo que sabía sobre sí mismo. Quizá hubiera hombres que de verdad no necesitaban a los demás, pero eran muy pocos y normalmente había algo en ellos, algo malo, que los hacía ser así. La hermandad del clan era una promesa de que sus guerreros no estarían solos. ¿Qué sentido tenían los juramentos de los huesos verdes, todos los sacrificios que había hecho su familia o la guerra implacable contra sus enemigos, si al final no podía mantener la promesa ni siquiera consigo mismo y con sus seres queridos?

Aun así, dejó pasar el tiempo.

Se había hecho muy tarde y no le quedaba tabaco.

Salió del coche y volvió a la mansión caminando pesadamente. Una situación de tablas no era forma de vivir en un matrimonio; se vio obligado a reconocerlo. La idea del divorcio había hecho que lo viera todo rojo y sintiera que tenía la cabeza en llamas. Así que no era una opción. No estaba seguro de poder perdonar a su mujer y a su hermana, pero Anden había dicho una vez que la comprensión era más importante que el perdón. A veces su primito era un rato listo, a su manera.

Las luces de la casa estaban apagadas, pero ya tenía los ojos adaptados a la oscuridad. Wen había recogido los restos de la cena y se había quedado dormida en el sofá del cuarto de estar, acurrucada de lado y tapada con una manta. Quizá hubiera estado esperándolo, o quizá la escalera le hubiera parecido demasiado intimidante. Hilo se puso a su lado y observó el delicado subir y bajar de los pálidos hombros acompasado con la respiración. Wen era la más tierna y vulnerable de las criaturas; la más fuerte e inflexible de sus guerreros.

Se inclinó y la cogió en brazos sin esfuerzo. Al final de la escalera, mientras entraba en la habitación, ella se despertó.

—¿Hilo? ¿Qué hora es? —murmuró aturdida.

—Tarde —respondió—. Pero no demasiado. —La dejó en la cama y se sentó a su lado en el colchón—. Siento lo de la cena. Estaba muy bien, una de las mejores que has preparado. Pero habrá más cenas. Aún mejores, estoy seguro. O, si quieres, podemos cenar fuera la próxima vez.

—Muy bien —respondió ella quedamente. Se enjugó los ojos con el dorso de la mano.

—No debería haber perdido la calma ni marcharme de esa forma, pero no he ido a ningún sitio; solo he estado sentado en el coche. —Se inclinó sobre ella y le echó atrás el pelo que se le había pegado a las

mejillas. Fue un gesto amable, aunque su voz no lo fuera—. Creo que los errores que se cometen por amor son los peores, y los dos los hemos cometido. No vuelvas a hablar de divorcio. Yo no sacaré el tema. ¿Entendido?

Ella asintió. Hilo la desvistió; luego se quitó la ropa y se acostó a su lado. Despacio, pero con firmeza, empezó a acariciarle el abdomen y los pechos, las caderas y las nalgas. Le colocó la mano entre las piernas y la tocó suavemente con los dedos a la vez que le acercaba los labios a la mandíbula.

Wen se giró hacia él y le apretó el rostro húmedo contra el pecho y el vientre. Se deslizó bajo la sábana y lo tomó en su boca. Antes de que pudiera llevarlo más allá del punto de descontrol, Hilo la atrajo hacia sí, la puso boca arriba y trabajó en ella hasta que estuvo completamente húmeda y se apretó contra él. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían concentrado plenamente en el cuerpo del otro; sus movimientos eran interrogadores pero decididos, como los de amantes experimentados con una pareja nueva. Contuvieron la respiración en el momento estremecedor en que él la penetró.

Estuvo lejos de ser el sexo más apasionado y enérgico que hubieran tenido, pero fue el más determinado. Corrieron juntos hacia el clímax, faltos de práctica. Al acabar no hablaron, pero se quedaron dormidos con las manos entrelazadas en la oscuridad.

Capítulo 10

No puedes ganar

Año sexto, décimo mes

PARA ir a Lukang, Shae optó por hacer el viaje de cinco horas en tren. Los vagones de clase preferente eran más cómodos que los aviones de Air Kekon que hacían las rutas domésticas, y podría ocupar el tiempo disfrutando del paisaje y adelantando trabajo.

Repasó todo lo que había descubierto sobre el clan Seis Manos con la ayuda de su nuevo asistente, Luto Tagunin. Durante los seis últimos meses, Luto había demostrado ser un aprendiz rápido, extremadamente organizado y lleno de una energía implacable. No parecía necesitar dormir mucho. A sus veintiséis años era capaz de trabajar hasta tarde, irse luego de juerga con los amigos y aparecer fresco como una rosa a la mañana siguiente. Se desenvolvía con destreza entre las complejidades del lado de negocios del clan, y Shae había quedado impresionada por su atención al detalle.

Lo único que era probable que impidiera que Luto llegara más lejos en el clan era el hecho de que no era huesos verdes. No era una barrera infranqueable en el lado de negocios de Sin Cumbre, pero se vería como una desventaja en los niveles de liderazgo más altos y lo dejaría fuera de ciertos círculos sociales. En conjunto, Shae no estaba descontenta con Luto en ningún sentido concreto, salvo por el evidente e inevitable detalle de que no era Woon Papidonwa.

Luto no era tan reflexivo y experimentado como Woon. No tenía su presencia tranquila y no se adelantaba a sus pensamientos de la forma en que Woon parecía adelantarse. Luto no podía Percibir cuándo lo necesitaba en su despacho para hablar de algún asunto complicado; no sabía cómo ni cuándo objetar sus decisiones o encontrar fallos en sus

argumentos, y no esperaba para llevarla a casa al final de la jornada.

Shae se recordó que estaba teniendo dificultades para ajustarse debido a que, hasta hacía muy poco, había tenido el mismo asistente desde que se convirtió en el hombre del tiempo. Le llevaría algún tiempo acostumbrarse a que hubiera otra persona en el puesto.

No era como si ya no viera a Woon. El nuevo despacho de este estaba una planta por debajo del suyo, y hablaban casi a diario. El confirmador del clan estaba ocupado gestionando el anuncio público de que Sin Cumbre colaboraba con las fuerzas armadas kekonesas aportando expertos en SICBEJ para elaborar un programa de entrenamiento más sólido y moderno de las disciplinas del jade. Cada vez que Shae pasaba por delante del despacho de la sombra del hombre del tiempo, al otro extremo del pasillo en el que estaba el suyo, y sentía una punzada de decepción al verla ocupada por Luto en vez de Woon, encontraba alguna excusa para ir al piso inferior, simplemente para estar lo bastante cerca para Percibir su familiar aura de jade.

Después del beso en su casa, Shae había hecho acopio de valor para ir al nuevo despacho de Woon el primerdía por la mañana. A fin de cuentas, era el hombre del tiempo, el huesos verdes de mayor rango. Estaba obligada a resolver la situación.

—Papi-jen —dijo con determinación, entrando y cerrando la puerta tras de sí—. Sobre la semana pasada, yo…

Antes de que pudiera decir otra palabra, Woon se levantó, casi tirando la silla.

—No digas nada más, Shae-jen. —La observó unos segundos y luego apartó la vista, como si estuviera frente a un foco y le costara mirar directamente. Bajó la voz—. Sabes lo que siento hacia ti. Si pides disculpas por lo que pasó y me dices que no era tu intención, no podré soportarlo. Si me dices que era tu intención y que tus sentimientos coinciden con los míos, sería todavía peor, porque si creyera que hay una posibilidad… —Su nuez subió y bajó, y su aura de jade llameó por los sentimientos conflictivos, un tumulto de texturas que Shae no pudo desentrañar—. No puedo dejar a Kiya. No sería honorable, después de todo por lo que hemos pasado. Y no puedo soportar la idea de perder tu respeto y tu amistad. ¿Sería…? ¿Sería posible que siguiéramos trabajando juntos y simplemente… intentáramos que lo otro no interfiera?

La miró directamente por fin y Shae casi deseó que no hubiera alzado los ojos, porque su expresión tierna y sincera le desgarró dolorosamente las entrañas. Se quedó plantada en el despacho, a una distancia respetable con su traje de chaqueta y pensando en los labios

de él en su cuello, en las grandes manos bajo su blusa. En aquel momento se dio cuenta de lo idiota que era al haberse enamorado por fin de su compañero y amigo cuando ya era tarde.

—Por supuesto —se las arregló para responder.

Cumpliendo su palabra, Woon había supervisado el trabajo de Luto mientras verificaban cuidadosamente la sinceridad del movimiento de apertura de Seis Manos; habían examinado exhaustivamente las finanzas y las operaciones del clan menor, y por último habían organizado una reunión segura y privada con sus líderes. Shae habló con él por teléfono antes de subir al tren.

—¿Estás segura de tener toda la información que necesitas, Shae-jen? —preguntó Woon. Los dos sabían lo importante que sería aquella reunión. Si Shae regresaba a Yanlún con la lealtad de Seis Manos, todo cambiaría. Habían extremado las precauciones para mantener el secreto. Solo Hilo, Woon y Juen sabían que iba a realizar el viaje.

—Sí —aseguró—. Luto ha hecho un buen trabajo compilándolo todo.

Al otro extremo de la línea, Woon titubeó. No le habría costado nada subir un piso del edificio de oficinas para verla antes de que se marchara, pero había telefoneado. Shae medio esperó que se ofreciera a ir a Lukang con ella, como habría ocurrido de haber sido su sombra, pero tampoco hizo eso. Intentó (y fracasó abyectamente) no sentirse dolida por aquella distancia profesional por completo apropiada. Era mejor que no se vieran en persona; las emociones de Shae habrían sido demasiado fáciles de Percibir. Por teléfono era más fácil tener alzados los escudos.

—Buen viaje, Shae-jen, y suerte —dijo Woon, y colgó.

El tren se detuvo en la estación de Lukang ya avanzada la tarde. Mientras que Yanlún, la glamurosa capital, se asentaba en la bruma, protegida por las aguas cálidas y las islas que bordeaban la curvada costa oriental de Kekon, Lukang, en la costa suroeste del país, era una ciudad batida por los vientos y el mar, famosa por su cielo soleado y su carácter sencillo de clase trabajadora. Los nativos de Yanlún consideraban poco sofisticados a sus compatriotas sureños y se burlaban de su forma lenta de hablar, pero Lukang era una metrópoli por derecho propio, impulsada por las fábricas y las empresas de telecomunicaciones que habían crecido alrededor de su ajetreado puerto.

Un coche de alquiler con chófer estaba esperando a Shae y a su asistente cuando se apearon del tren. Los llevó directamente al lugar programado para la reunión, bien adentrado en el territorio de Seis Manos. Lukang era una ciudad controlada de tres formas. Montaña y

Sin Cumbre tenían gente y negocios allí, pero Seis Manos era el principal clan regional. Durante más de diez años había mantenido una alianza en condiciones de independencia con Montaña, pagándole tributo a cambio de la continuidad de su independencia operativa y del acceso a los mayores recursos y al alcance nacional de este clan. Shae esperaba cambiar aquello.

En la entrada del restaurante y bar de hoji Unto e Hijos los recibieron Jio Wasujo, pedestal de Seis Manos, y otros dos hombres.

—Kaul-jen —dijo Jio, saludándola respetuosamente—, me siento honrado por tu visita.

—Me alegro de haber hecho este viaje, Jio-jen —dijo Shae, devolviéndole el saludo.

Jio Wasu era un huesos verdes de físico imponente, pero ya entrado en años. Portaba jade en una cadena de plata colgada del cuello, pero una calva le coronaba la cabeza y tenía algo de sobrepeso. Shae lo había visto sentado cerca de Ayt Mada en las reuniones de la Alianza del Jade de Kekon, y se había dado cuenta de que era más dado a observar y escuchar que a hablar.

Jio señaló a los dos hombres que lo acompañaban.

—Ya conoces a Tyne Retu, mi hombre del tiempo. —Shae le dirigió una inclinación de cabeza. Habían mantenido contactos discretos varias veces desde su breve conversación en el ascensor. Jio presentó al tercer hombre, más joven, como «Jio Somu, mi cuerno y sobrino».

Guiaron cortés pero rápidamente a Shae y a Luto hasta una sala privada, donde largos estantes exhibían botellas de exquisito hoji de diferentes destilerías y añadas. El local aún no había abierto para la noche, y la Percepción de Shae le dijo que no había nadie más en el edificio. Las contraventanas de madera estaban cerradas, bloqueando lo que habría sido una panorámica espectacular del océano Amárico más allá del largo rompeolas de la ciudad.

—Quédate delante y vigila —le dijo Jio Wasu a su sobrino. El cuerno asintió y fue a la entrada—. Pido disculpas por no darte la bienvenida a Lukang con más estilo —añadió, volviéndose hacia Shae —, pero confío en que entiendas la necesidad de que esta conversación sea discreta.

—Lo entiendo completamente, Jio-jen.

Shae se sentó a la mesa, en la que habían dispuesto una tetera y picoteo variado. Luto colocó su silla un poco detrás y a la izquierda. Tyne Retu sirvió el té, llenando en primer lugar la taza de Shae. Esta comió unos cuantos frutos secos y algún encurtido por cortesía, pero estaba impaciente por empezar la conversación y no tenía mucho apetito.

Jio y Tyne parecían compartir el sentimiento. Tras una breve charla informal en la que compararon el clima del sur con el del norte, e interesarse mutuamente por la salud de las respectivas familias, el pedestal de Seis Manos se inclinó hacia delante.

—Kaul-jen —dijo con la lenta cadencia sureña—, te agradezco que te hayas tomado el tiempo para venir a Lukang. No es tan grande como Yanlún, y por ello la gente a veces no se da cuenta de lo mucho que puede ofrecer nuestra ciudad.

—Muy mal hombre del tiempo sería si no supiera ya que, últimamente, Lukang está creciendo incluso más deprisa que Yanlún —dijo Shae.

—El clan Seis Manos ha estado asociado con Montaña desde la época de Ayt Yugontin —dijo Jio—, pero últimamente nos hemos enfrentado a… —Cruzó una mirada con su hombre del tiempo—… problemas que me han hecho replantearme lo que es mejor para mi clan.

Shae esperaba que su sombra estuviera prestando mucha atención. Estaba acostumbrada a notar a su espalda el aura tranquilizadora de Woon y deseó que no hubiera estado ausente de lo que podría ser una negociación trascendental. Se inclinó a su vez hacia delante.

—¿A qué clase de problemas te enfrentas, Jio-jen? —dijo alentándolo.

—Lukang está creciendo, pero eso implica también los obstáculos de una gran ciudad. Somos el puerto importante más cercano a las islas Uwiwa, así que siempre hemos tenido problemas con el contrabando de jade y de SN1 ilegal, pero ha ido a peor. Muchos de los refugiados de Urtoko que han llegado a Kekon en los últimos años se establecen aquí, con el patrocinio de Montaña. Algunos son buenos ciudadanos, pero otros son barukanos que trafican con shine y cometen otros delitos. Seis Manos no es un clan grande; no tenemos suficientes huesos verdes para controlar a los barukanos. Hemos pedido a Montaña que nos mande más puños y dedos, pero da prioridad a sus territorios en Yanlún. —Jio había empezado hablando despacio, pero ganó velocidad—. Ayt Mada tiene barukanos trabajando para ella; miembros de Matyos, la principal banda de Shotar. Reciben las entregas de jade que llegan a Lukang y las escoltan a Yanlún. Así que Montaña hace la vista gorda a sus otras actividades.

Shae estaba confusa.

—¿Jade que llega a Lukang? ¿De dónde? ¿De las minas? —Que ella supiera, ninguna de las instalaciones de procesamiento de jade controladas por la AJK estaba en aquella zona.

Jio volvió a mirar a su hombre del tiempo. Sus auras de jade

parecieron tensarse. Shae sintió que los líderes de Seis Manos habían debatido largo y tendido sobre si revelarle aquella información.

—Nosotros también nos sorprendimos al principio —dijo Jio—. Normalmente, lo que nos preocupa es el jade que va en dirección contraria, el que se saca de contrabando del país. Eso aún sigue ocurriendo, pero ahora también ocurre lo opuesto: el jade llega por barco o por avión desde las islas Uwiwa.

—Pero ¿por qué…? —empezó a decir, pero se detuvo antes de terminar la pregunta: ¿Por qué iban a introducir jade en Kekon, el país en el que se producía? La respuesta la golpeó de inmediato.

Cuatro años antes, después de que Sin Cumbre asesinara al contrabandista uwiwano Zapunyo, Ayt había establecido una alianza con los mercenarios kekoshotarianos que Zapunyo había estado usando como guardaespaldas y ejecutores. Un barukano llamado Iyilo, procedente de la banda Matyos y uno de los más antiguos asistentes de Zapunyo, había matado a los hijos de aquel y se había hecho con sus posesiones en las islas Uwiwa, convirtiéndose en el jefe de Ti Pasuiga, la mayor red de contrabando de jade y shine de la región, que ahora dirigía de forma tan implacable como su predecesor. Aunque los clanes de huesos verdes habían erradicado en gran medida el robo organizado de restos de jade de las minas de Kekon, había delincuentes con iniciativa que seguían esquilmando una cantidad inevitable de jade, tanto en bruto como tallado pero sin pulir.

Y según Jio Wasu, Montaña lo estaba recomprando.

Para afianzar la alianza con Iyilo y los barukanos de Matyos, Ayt había susurrado el nombre de Son Tomarho, el anterior canciller del Consejo Real, asegurando así la aprobación de ley que permitía que los refugiados de la asolada Urtoko (que incluía a barukanos portadores de jade patrocinados por Montaña) emigraran a Kekon, donde Ayt los había puesto a trabajar. Al recomprar jade en bruto de las islas Uwiwa, llevarlo a Lukang y guardarlo en los almacenes de Montaña, no solo apuntalaba la riqueza del clan contra la incertidumbre de los mercados financieros: constreñía la oferta de jade ilegal e inflaba su coste. Con los precios del jade en ascenso, las ventas extraoficiales de Montaña a Ygutan, Urtoko Oriental y otros países serían mucho más lucrativas. Shae estaba segura también de que Ayt se llevaba una tajada del tráfico de shine y de cualquier cantidad de piedras del mercado negro que no repatriara, sino que permitiera que Ti Pasuiga ofreciera a otros compradores.

Ayt Mada, que siempre había deseado que un solo clan controlara el suministro mundial de jade, había encontrado una manera de dejar gran parte del mercado negro bajo su supervisión, creando lo que

venía a ser una sombra clandestina de la AJK pero con solo un clan, Montaña, como miembro exclusivo del cártel.

En el Dos Fortunas, con el cadáver de Fuyin encima de la mesa, Hilo le había exigido: «Dime cómo cojones puede Montaña gastar más que nosotros y robarnos nuestros negocios con tasas de tributo que sabemos que son insostenibles». Ahora, Shae conocía la respuesta. La llave del cofre de guerra de Ayt Mada se guardaba allí, en Lukang.

Le empezó a latir el corazón con fuerza. Se obligó a mantener la compostura; no quería que aquellos dos hombres Percibieran lo importante que era que los pusiera de su parte. No había duda de que Ayt consideraba que unos cuantos trastornos y delitos en Lukang eran un precio pequeño que pagar para asegurarse de que las bandas barukanas siguieran siendo socios cooperadores en el control del triángulo de jade ilegal entre Kekon, las islas Uwiwa e Ygutan. Si Sin Cumbre se aliaba con Seis Manos para confiscar el jade que llegaba a los puertos, podría privar a Montaña de sus reservas y meter una cuña entre Ayt e Iyilo.

—Jio-jen —dijo con voz tranquila—, sabía que Montaña estaba aliado con los barukanos, pero hasta ahora no me había dado cuenta de hasta qué extremo causa daño a tu ciudad.

Jio soltó un suspiro atribulado.

—Montaña nunca se va a preocupar por la ciudad de Lukang de la forma en que se preocupa Seis Manos. Quiero que nuestros linternas locales puedan expandir sus negocios en el extranjero; ahí es donde están ahora las oportunidades de crecimiento. Y necesitamos atraer inversión extranjera y turismo internacional a nuestra ciudad. Mi propio hijo quiere ir a la universidad en Espenia. —El pedestal dirigió a Shae una mirada interrogante—. Tengo entendido que el clan Sin Cumbre aventaja a Montaña en esas áreas.

Shae asintió, conteniendo la emoción.

—Has entendido correctamente, Jio-jen. Tenemos más activos y aliados en Espenia que ningún otro clan. Si Seis Manos nos jurase lealtad y tributo, Sin Cumbre estaría encantado de ofrecer su amistad y su apoyo de todas las maneras posibles. —Demasiado tarde, deseó haber refrenado el orgullo y haber insistido en que Hilo la acompañara en aquel viaje para aportar su capacidad de persuasión natural—. Como hombre del tiempo del clan, hablo en nombre de mi hermano, el pedestal, que es famoso por cumplir sus promesas.

Una sensación de ímpetu enardecido se estaba alzando en la sala. Jio sabía muy bien que estaba al borde de dar un paso irrevocable. Al cambiar su lealtad convertiría a Ayt Mada en enemiga, algo que no desearía nadie en su sano juicio, con la esperanza de mejorar las

perspectivas de futuro de su clan y su ciudad.

—La amistad del clan Sin Cumbre es extremadamente valiosa —reconoció—. Somos un clan pequeño en comparación y no tenemos muchos puños ni dedos, pero los que tenemos son de lo más verdes. Tenemos una fuerte presencia regional y negocios lucrativos en varios sectores. Tyne-jen te proporcionará todos los detalles que necesites.

El hombre del tiempo de Seis Manos captó la señal de inmediato y abrió un maletín. Sacó una gruesa carpeta sin marcas y la colocó en la mesa, delante de Shae. En su interior había detalles de las operaciones del clan: declaraciones financieras recientes de todos los negocios propios y tributarios; un organigrama de la cúpula del clan; un recuento de todos los huesos verdes que comandaba, así como la descripción de sus rangos, y cualquier otro activo digno de mención que poseyera el clan, así como las alianzas con otros clanes menores y los contactos políticos valiosos.

Por supuesto, Woon y Luto ya habían desenterrado toda la información que habían podido sobre Seis Manos usando las fuentes de Sin Cumbre, así que no era muy probable que el informe de Tyne contuviera grandes sorpresas, pero la revelación voluntaria era un signo de intención y confianza. Shae suponía que Jio y Tyne no serían francos al cien por cien; las entidades tributarias podían minimizar sus ingresos con la esperanza de obtener una tasa de tributo más baja o, por el contrario, exagerar su riqueza o el valor de sus guerreros para resultar más atractivas para los aliados. Haría que Luto corroborara los datos y examinara las declaraciones en busca de discrepancias, pero lo importantes era que el pedestal de Seis Manos había acudido preparado para poner al clan, y por tanto la ciudad de Lukang, bajo el gobierno de Sin Cumbre.

Shae aceptó la carpeta y se la guardó en la cartera.

—No tengo dudas de tu palabra. Estás corriendo un riesgo por tu clan y tu ciudad. Puedo asegurarte que Sin Cumbre es leal a sus amigos, y no carecemos de poder propio en Lukang.

Alargó una mano hacia Luto, que de inmediato le colocó otra carpeta sin marcas en la palma extendida. Shae la abrió delante de Jio y Tyne. Contenía un borrador de acuerdo de patrocinio, incluida la cantidad de guerreros que Juen Nu, el cuerno de Sin Cumbre, había aceptado destinar a Lukang para defender a Seis Manos ante cualquier posible represalia que tomara Montaña (ningún tributario cambiaría de lealtad a menos que contara con protección), así como un rango aproximado de tributo, que se concretaría tras una inspección más detallada de los libros de contabilidad del clan.

—He hecho los cálculos basándome en la información del año

pasado, de modo que son aproximados. Tendré una propuesta actualizada para todo el mundo dentro de una semana —aseguró Luto—. Con permiso del hombre del tiempo —se apresuró a añadir, avergonzado. Técnicamente, Shae no había dado permiso para hablar a su asistente, pero le perdonó el entusiasmo. El joven prácticamente vibraba. Aquel era el tipo de acontecimiento dramático que Luto habría esperado presenciar cuando se convirtió en la sombra del hombre del tiempo. La alianza no sería oficial hasta que ambas partes estuvieran de acuerdo en los detalles y Jio acudiera a Yanlún para prestar juramento en persona ante Kaul Hilo, pero los clanes habían declarado sus intenciones. Era una victoria enorme para Sin Cumbre. Había que poner las cosas en marcha inmediatamente.

Jio aceptó el sobre y fue a hablar de nuevo, pero antes de que saliera palabra alguna de su boca, la Percepción de Shae captó un cambio de energía fuera del edificio. Auras de huesos verdes que se acercaban. Deprisa. Media docena al menos. Se irguió de golpe en la silla y miró a Jio Wasu.

—¿Son tuyos? —preguntó.

Luto, que no era verde, y Tyne, que portaba poco jade y aparentemente tenía un escaso sentido de la Percepción, miraron confundidos a Shae y al pedestal. Jio se puso en pie; su aura y su expresión mostraban alarma.

—No —dijo—. Es imposible. Nadie sabe que nos hemos reunido aquí. ¿Dónde está…?

La puerta se abrió de golpe. Jio Somu, el cuerno de Seis Manos, apareció en la entrada. Iba acompañado de un hombre alto y de mayor edad que Shae reconoció de inmediato como Nau Suenzen, el cuerno de Montaña.

La mano de Shae fue de inmediato a por el cuchillo garra que llevaba en la parte trasera del cinturón, bajo la chaqueta del traje, pero Jio Wasu se quedó helado, mirando estupefacto a su sobrino. El joven estaba sudando, pero mostraba una expresión decidida y su aura de jade llameaba con oscura determinación.

—Lo siento, tío —dijo—. No me has dejado alternativa.

Nau Suen dio un paso al interior de la sala y otros cuatro huesos verdes de Montaña entraron tras él y se desplegaron a sus lados. Shae pudo Percibir a otros tres en el edificio, en las puertas delantera y trasera. Se echó a un lado y tiró de Luto para ponerlo con la espalda contra la pared mientras ella hacía lo mismo. Su asistente tenía los ojos como platos y se había quedado mudo; su miedo era una punzada amarga en la periferia de la Percepción de Shae. La mano que empuñaba el cuchillo garra era firme, pero la sangre le rugía en los

oídos y su mente corría desbocada. Buscó vías de escape, pero no encontró ninguna. Las paredes eran de troncos gruesos y las ventanas eran pequeñas: no sería capaz de atravesarlas con ninguna combinación de Fuerza y Acero.

Jio Wasu seguía con la vista clavada en su sobrino.

—Nos has traicionado —susurró con incredulidad.

—Es una acusación irónica viniendo de un pedestal al que acaban de pillar rompiendo su juramento de tributario y pasándose a Sin Cumbre —dijo Nau Suen; su mirada fría e impasible recorrió la sala, deteniéndose en cada uno de los ocupantes. A Shae se le puso la carne de gallina cuando hizo un gesto de cabeza en su dirección, casi con cordialidad, antes de volverse otra vez hacia Jio Wasu—. Deberías saber, Jio-jen, que tu sobrino me habló de tu traición y me dio la fecha y el lugar de esta reunión con la condición de que no te ejecutáramos.

—Montaña no habría tardado en enterarse —dijo Jio Somu a su tío, como rogándole que lo comprendiera—. Y entonces habríamos tenido que luchar por nuestra vida. ¿Qué te hace creer que estaríamos mejor con Sin Cumbre? Así es mejor para todos. No queremos que Lukang se convierta en otro Yanlún.

—¿Qué sacas de esto, Somu? —preguntó Jio Wasu aturdido.

—Naturalmente —respondió Nau por el joven cuerno—, después de que hayas ido al exilio, Jio Somu se convertirá en el pedestal de Seis Manos, que seguirá gobernando la ciudad de Lukang como fiel tributario del clan Montaña.

Tyne Retu soltó un gruñido de rabia incoherente.

—Somu, perro vil… —Se lanzó hacia el joven Jio con un grito, buscando con las manos la garganta del traidor. Dos huesos verdes de Nau Suen agarraron al instante al hombre del tiempo de Seis Manos y un tercero le atravesó el pecho con su espada luna. Shae vio la punta de metal blanco asomar por el lado izquierdo de la espalda de Tyne en el mismo instante en que Percibió como un grito en su mente el espasmo del corazón atravesado.

Jio Wasu lanzó un rugido de incredulidad y sacó una pistola de la funda sobaquera oculta bajo la chaqueta. Antes siquiera de que pudiera apuntar, los hombres de Nau Suen descargaron sus armas al unísono. La sala entró en erupción con el sonido de los disparos. Jio lanzó un violento latigazo de Desviación y Acero que, en aquel espacio cerrado, era imposible que lo salvara; las balas rebotaron en todas direcciones. Las botellas de hoji de los estantes estallaron y los fragmentos de cristal se esparcieron por el suelo.

Shae arrojó una densa cuña de Desviación en el estrecho espacio

entre dos huesos verdes de Montaña, haciéndolos caer y abriendo un hueco en la línea enemiga. Se sobrecargó las extremidades con Fuerza y Ligereza desesperadas y, sin soltar el brazo de Luto, saltó hacia el hueco para abrirse paso entre el caos, pero se tambaleó cuando la frenó el peso de Luto. Giró a tiempo de verlo caer con un corte profundo a un lado del cuello.

Su mente se replegó, registrando apenas la imagen antes de que su pierna derecha cediera bajo su peso y un dolor desgarrador le atravesara el muslo, extendiendose del tobillo a la cadera. Se Aceró presa del pánico e intentó levantarse. Nau Suen lanzó una Desviación potente y precisa que la golpeó en el pecho como un martillo pilón y la hizo chocar bruscamente contra la pared, donde rebotó y volvió a caer.

Los disparos habían acabado, pero Shae no podía oír nada. Podría haber estado bajo el agua. Jio Wasu yacía despatarrado al lado de su hombre del tiempo, con todo el cuerpo acribillado. Jio Somu, el sobrino desleal, contemplaba el cadáver de su tío con expresión demudada. Aunque no hubiera apretado el gatillo personalmente, se lo conocería como el parricida que había asesinado a su pedestal.

Tenía los puños apretados, pegados a las piernas. Shae vio que le temblaban los labios.

—Tenías que haberme escuchado, viejo. —Dos huesos verdes de Montaña lo sacaron de la sala.

Nau Suen avanzó rodeando los crecientes charcos de sangre y se acercó a ella.

—Kaul-jen…

—Le prometiste a su sobrino que lo dejarías vivir —dijo entre dientes.

—Ellos han atacado primero —señaló Nau—. Ha sido por el bien del nuevo pedestal. Su tío podría haber vuelto para vengarse. Dime una cosa: ¿cómo trata tu pedestal a los que traicionan al clan?

Shae no veía su cuchillo garra por ninguna parte. Debía de haberlo soltado en algún momento, desde que recibió el disparo hasta que la lanzaron contra la pared. Se sentía mareada y las palabras de Nau le llegaban amortiguadas. Apretaba la mano contra la herida de bala del muslo, y la sangre le brotaba entre los dedos y le empapaba la parte baja de la falda. El dolor era atroz. El tacón de aguja de siete centímetros del zapato derecho se había partido, pero salvo por el agujero de la bala, los pantis estaban intactos; fascinante. Detrás de Nau, dos puños de Montaña estaban agachados, dedicándose a retirar el jade de los cadáveres de Jio y Tyne.

Nau se acuclilló a su lado. Shae se obligó a concentrarse, a sostener

la mirada desconcertantemente penetrante del cuerno. Se humedeció los labios y consiguió formar una sonrisa venenosa.

—Te darás cuenta, Nau-jen, de que no hay forma de que puedas hacer que mi muerte parezca un ataque al corazón.

El cuerno la miró con una expresión curiosa.

—Si mueres aquí, Kaul Hiloshudon saldrá de la selva, y nuestros clanes estarán en plena guerra en las calles mañana por la mañana. Eso no es lo que me ha ordenado Ayt-jen que haga en Lukang. He venido a castigar a un traidor y a asegurar la ciudad para Montaña. —Su mirada bajó de la cara de Shae a la pierna—. Las armas de fuego son herramientas sucias y ridículas; metal que vuela y Desviaciones por todas partes. La bala no te ha dado en la arteria femoral. Has tenido suerte.

Shae miró hacia el cadáver de Luto.

—Él no.

—Has traído a un hombre sin jade a una reunión de clanes de huesos verdes. —Nau ni siquiera miró el cadáver—. Descuidada. Como dejar jugar a un chiquillo en mitad de la calzada.

Una oleada de remordimiento y odio cubrió la cabeza de Shae. Se preguntó dónde estaría el cuchillo garra, si todavía podría atacar a Nau.

—Puedes intentarlo —dijo el cuerno, como si le hubiera leído el pensamiento—. Me retiro el año que viene. Me he quedado todo este tiempo por Ayt-jen, pero el trabajo de cuerno es para los jóvenes.

Se volvió hacia sus hombres y les dio unas instrucciones rápidas, indicándoles que se llevaran a Jio Somu del local por su propia seguridad y que devolvieran los cadáveres sin jade de Jio Wasu y Tyne Retu a sus familias. Se marcharon de inmediato a cumplir las órdenes.

Nau cogió de la mesa tres servilletas de tela y las ató juntas con nudos fuertes. Rodeó con el cordón resultante el muslo de Shae por encima de la herida y lo apretó con un firme tirón que la hizo sisear de dolor. Encajó dos palillos de comer bajo la cuerda improvisada y los giró varias veces, apretando el torniquete con la eficacia de un médico de campaña. Nau debía de rondar los sesenta años. De adolescente había luchado en la resistencia durante la ocupación shotariana, un camarada de Ayt Yu y del abuelo de Shae. A pesar de que tenía un nivel inhumanamente alto de Percepción, no hizo ningún intento de utilizar la Canalización médica. Quizá solo hubiera aprendido a usar sus habilidades de jade para acabar con vidas, no para preservarlas.

—Dile a tu pedestal —dijo Shae, estrujando con los puños el pliegue de la falda para distraerse del dolor y el entumecimiento

creciente de la pierna— que no ha ganado. Sé lo que está haciendo y la voy a detener.

Nau Suen se puso en pie y la miró, recostada contra la pared y jadeante. Habló con tranquilidad mientras se limpiaba la sangre de las manos con una esquina del mantel:

—Cuando Ayt Yugontin, que los dioses lo reconozcan, estaba en su lecho de muerte, su hijo, su cuerno y unos cuantos consejeros de confianza hablaron de dividir el clan Montaña. Cuando la Lanza de Kekon se hubiera marchado, decían, el clan perdería a su legendario líder guerrero, su corazón y su alma. Lo mejor para todos sería que se fueran cada uno por su lado, que cada hombre que tuviera el apoyo de una fracción del clan formara su propio clan menor, en vez de enfrentarse a la difícil tarea de seguir los pasos del gran pedestal. Yo estaba allí; recuerdo la conversación.

»Ayt Mada era el hombre del tiempo en aquella época. Rara vez hablaba de su familia natal, pero dijo que recordaba las peleas de sus padres. Una noche, su padre salió de malas de la casa; su hermana y su hermano se largaron con sus propios amigos, y ella, una chiquilla de ocho años, fue caminando hasta el río. Cuando cayeron las bombas shotarianas y la avalancha se tragó la aldea, toda su familia murió, todos solos y separados de los demás.

Nau comió dos trozos de ciruela cortada y un puñado de frutos secos, que seguían en la mesa salpicada de sangre, antes de seguir hablando.

—Mada-jen les dijo a los consejeros de Ayt Yu que el huesos verdes más fuerte de entre ellos debería convertirse en el pedestal cuando muriera su padre. Dijo que se batiría en duelo con cualquiera de ellos por el liderazgo. Todos sonrieron y se burlaron de la idea. Las mujeres no se enfrentaban en duelo a los hombres. Yo tenía mejor sentido de Percepción que los demás, así que fui el único que no se rio. Ayt Mada mató a todos esos hombres antes que permitir que se rompiera Montaña.

Al marcharse, el cuerno de Montaña se detuvo un momento y cogió del estante una de las botellas intactas de hoji añejo. Se giró un momento y su mirada penetrante cayó sobre Shae con un toque de fría simpatía.

—La conozco desde hace veinticinco años. Por supuesto, tienes que luchar; no te queda alternativa. Pero no puedes ganar.

Las botas de Nau hicieron crujir el vidrio cuando salió.

Capítulo 11

La Guerra Lenta

SHAE se arrastró por el suelo del restaurante y bar de hoji Unto e Hijos hasta que encontró un teléfono detrás de la barra. Llamó al primer número que le acudió a la mente y le respondió el buzón de voz del despacho de Woon; ya había terminado la jornada laboral. Llamó a su casa. Al cabo de dos timbrazos descolgó la mujer de Woon.

—¿Está Papi? —preguntó Shae—. Quiero decir, Woon-jen… ¿Está ahí?

—¿Quién es? —preguntó Kiya con desconfianza instantánea.

—Kaul Shae, el hombre del tiempo —dijo Shae, apretando los dientes por el dolor, tirada en el suelo detrás de la barra—. Tengo que hablar con tu marido. ¿Está…?

Antes de que pudiera acabar la frase se produjo un sonido al otro lado de la línea, como si apartaran el teléfono, y entonces oyó la voz nerviosa de Woon.

—¿Shae-jen? ¿Qué ha pasado?

Diez minutos después de que colgara llegó una ambulancia, seguida de un coche con huesos verdes de Sin Cumbre. Shae reconoció a uno de los puños, un joven de Yanlún de pelo ondulado llamado Lott, que seguramente estaba en Lukang cumpliendo alguna misión.

—Te seguiremos hasta el hospital, Kaul-jen —dijo Lott, corriendo junto a los sanitarios mientras se llevaban a Shae.

—El pedestal y el hombre del tiempo de Seis Manos han muerto —dijo, agarrando el brazo del puño antes de que la subieran a la ambulancia—. Su cuerno los traicionó y los delató a Montaña. Tenemos que asegurar nuestros territorios antes de que corra la voz, y hacernos con tantas partes de Lukang como podamos antes de que las

capture Montaña.

En el hospital, Lott apostó guardias en la puerta de la habitación de Shae. Woon contrató un vuelo privado y estaba a su lado dos horas después. Llegó acompañado de Juen Nu y una docena de guerreros huesos verdes del clan. Sentada en la cama, con la pierna vendada y elevada con una polea clínica, Shae explicó el montaje de Montaña para llevar de vuelta a Kekon el jade del mercado negro a través de Lukang y le dio al cuerno el sobre que guardaba en el bolso, con la información sobre la gente y los activos de Seis Manos, cuya propiedad estaría indecisa en aquel momento.

A la puesta de sol, Seis Manos estaba inmerso en una guerra civil y Lukang era el campo de batalla. Shae durmió a ratos cortos, con el sueño agitado; Woon estuvo todo el tiempo en la habitación, salvo cuando salía al pasillo a hablar por teléfono. Cada pocas horas, Iyn Ro o Lott Jin volvían al hospital para informar de lo que estaba ocurriendo.

—Ese sinvergüenza parricida de Jio Somu tiene a dos tercios de Seis Manos, con el apoyo de Montaña, pero el otro tercio y muchos de sus principales linternas han acudido a nosotros en busca de ayuda y venganza —informó Iyn poco antes del amanecer. El pelo corto erizado de la puño estaba revuelto, y el aura le resplandecía por la adrenalina y el jade nuevo. Shae había oído rumores de que tal vez ascendieran a la prometida de Tar a primer puño, lo que la convertiría en la primera mujer que alcanzara un puesto tan alto en el lado militar del clan—. La mala noticia es que Montaña ya se había desplegado antes de que llegáramos y tiene de su parte a las bandas barukanas locales, así que ha podido adelantarse y todavía controla la mayor parte del antiguo territorio de Seis Manos.

—No podemos ganar una guerra callejera por los negocios locales —dijo Woon, paseando arriba y abajo cerca del pie de la cama de Shae—. Basándonos en lo que sabemos, lo más importante es hacerse con el control del puerto de Lukang e ir a por los barukanos que mueven el jade para Montaña.

—Es lo que hemos estado haciendo —replicó Iyn con cierta acritud. A los puños no les sentaba bien que los tipos de traje del lado de negocios les dijeran qué tenían que hacer—. La mayor parte de los combates se concentra en el distrito del puerto. Juen-jen ha pedido otros quince huesos verdes a Yanlún, pero si traemos más, nos arriesgamos a dejar indefensos territorios importantes de allí. Tendremos suerte si tan solo conservamos lo que tenemos ahora mismo en Lukang, a menos que a la oficina del hombre del tiempo se le ocurra alguna otra idea. —Arqueó una ceja hacia Shae y Woon, y se

volvió a marchar.

A Shae le dieron el alta veinticuatro horas después y llegó a Yanlún a la una de la mañana. Woon abrió la puerta de la casa y luego volvió al coche y la sacó con cuidado. El dolor de la pierna había disminuido, pero Shae se sentía débil y aturdida por los analgésicos. Rodeó con los brazos el cuello de Woon y le apoyó la cabeza en el hombro mientras este la llevaba a la casa. Era lo más cerca de él que había estado en meses, y el zumbido familiar y firme de su aura de jade, y la solidez de su cuerpo, la reconfortaron. Cuando Woon la dejó en el sofá de la sala de estar, se soltó con reticencia y sintió frío de inmediato.

Woon fue a buscar almohadas y una manta a la habitación, y le colocó las primeras bajo la cabeza y la pierna herida para que estuviera más cómoda. Hasta que pudiera volver a subir la escalera, sería mejor que durmiera en la planta baja, donde podría llegar con menos esfuerzo a la cocina y al baño. Woon se sentó en el suelo al lado del sofá y apoyó el codo y la cabeza en las almohadas, agotado tras dos días casi sin dormir. Shae alargó el brazo y le puso una mano en el hombro.

—Gracias —susurró—. De nuevo.

Woon le cubrió la mano con la suya. Con un suspiro, giró la cabeza, se acercó la mano de Shae a la mejilla y apretó la cara contra la palma. Los dedos de ella temblaban al contacto con su piel. A pesar de todo lo que había ocurrido en las últimas treinta y seis horas, sintió un deseo doloroso, tan intenso que parecía tener entidad física, como si fuera un gancho que la atravesara por el ombligo. El tono del aura de jade de Woon se hizo más profundo, y él la miró con una desvalida pregunta en los ojos. Cuando ella lo atrajo hacia sí, cedió sin ofrecer resistencia.

Se besaron y se siguieron besando. A Shae se le nubló la vista; olvidó la herida y el cansancio. Los labios de Woon se movían con necesidad lenta y profunda. Se puso de rodillas y se inclinó sobre ella, sujetándole la cabeza con un brazo. Con la otra mano le acarició la garganta, luego el pecho. Shae se arqueó hacia él. Sin dejar de besarla, le desabrochó los botones de la blusa. Casi temerosamente, como si vadeara en un peligro cierto, empezó a tocarle los pechos por encima del sujetador, cerrando los ojos mientras rozaba con los dedos cálidos los pezones endurecidos que tensaban la tela.

Con un gemido, Woon apartó las manos y la boca y se volvió a sentar junto a ella con la frente apoyada en el cojín del sofá. Shae lo sujetó un momento; luego lo soltó.

—Es inútil —murmuró Woon con voz ahogada—. No puedo evitar estar enamorado de ti.

Shae se retorció en el sofá y le cogió la mano.

—No tengo derecho a pedirte nada. No te lo pediré.

Hilo entró en la casa. Shae y Woon no habían estado prestando atención a nada que no fueran ellos mismos, y no Percibieron que el pedestal se acercaba hasta que estuvo de pie en la puerta de la sala de estar, observándolos impasible.

Woon se puso en pie rápidamente y parpadeó unas cuantas veces antes de llevarse las manos unidas a la frente.

—Kaul-jen… —Carraspeó.

—Vuelve a casa con tu esposa, Woon —ordenó Hilo.

Woon se encogió como si el pedestal lo hubiera golpeado. Su cara enrojeció más intensamente que lo que Shae hubiera visto nunca. Durante un largo momento pareció pugnar con el deseo de explicarse; luego, con visible esfuerzo, recuperó su compostura habitual. Asintió una vez, secamente, y pasó junto a Hilo para salir de la casa e ir a su coche.

A Shae le ardían las mejillas mientras se giraba y se abrochaba los botones de la blusa. Se empujó con gesto airado hasta quedar sentada.

—¿Por qué tenías que entrar así y tratarlo con tanta aspereza?

—¿Crees que lo que estás haciendo tú es amable? —replicó Hilo sin ninguna lástima—. ¿Planeas romperle el corazón o destrozarle la vida?

—Claro que no —musitó Shae.

Hilo se le acercó y la miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa contigo, Shae? ¿Lo amas o no? Si lo amas, tienes que decirle que deje a su mujer. Si no, tienes que despedirlo de la oficina del hombre del tiempo o transferirlo fuera de Yanlún. Te hablé de esto hace mucho, ¿y esperas hasta ahora para hacer algo?

Shae abrió la boca; una docena de réplicas asomaron a su mente, las respuestas automáticas que había desarrollado con Hilo a lo largo de tantos años. «No te metas en mi vida». «No tienes ni idea». «Esto no es asunto tuyo». Pero, por supuesto, no era verdad. Hilo era el pedestal y cualquier cosa que afectara al clan era asunto suyo, incluida una aventura potencialmente desastrosa entre el hombre del tiempo y el confirmador.

Shae cerró la boca y se tragó todas las simplezas infantiles que quería decir. Bajó la cara y se presionó los ojos cerrados con los dedos.

—Ahora no, Hilo, por favor. Estoy cansada de perder gente.

El aura de jade de su hermano mutó inesperadamente. Una retirada sutil. No dijo nada mientras ella levantaba la cabeza y señalaba con la mano el frasco de pastillas de la mesa cercana.

—Pásame esos calmantes y un vaso de agua.

Hilo obedeció. Se sentó en el borde de la mesita y cogió el vaso cuando ella hubo terminado. Shae veía el reflejo de los dos en la ventana. Era una noche sin luna y la hacienda Kaul estaba en silencio. Costaba creer que, justo en aquel momento, los guerreros del clan combatían fieramente en otra parte del país.

—Siento lo de Luto —dijo Hilo con voz diferente—. Que los dioses lo reconozcan.

—Que los dioses lo reconozcan —repitió Shae—. Era joven e inteligente, y tenía toda la vida por delante. Ni siquiera era un huesos verdes; no debería haber muerto. Ha sido una muerte sin sentido.

Hilo la miró con una especie de simpatía severa.

—Si una bala te hubiera atravesado el cuello a ti, ¿querrías que dijera que tu muerte no tenía sentido? Luto no era verde, pero dio su vida por el clan como cualquier puño o cualquier dedo.

—Los puños y los dedos portan jade y prestan juramento. Saben que puede que tengan que entrar en batalla.

—Todo es una batalla ahora —dijo Hilo sombrío—. Cada negocio, cada ciudad, cada artículo del periódico, cada conferencia de prensa y cada maldita votación en el Consejo Real. —La fiereza de su voz estaba entrelazada con una resignación profunda—. Hubo un tiempo en que las cosas se hacían de cierta forma, bajo la mirada del Anciano Tío. Estábamos acostumbrados a dar esos métodos por sentados. Ahora se han borrado las líneas. Todos los miembros del clan forman parte de la lucha.

Shae se preguntó si estaría pensando en Wen. Ya no estaba segura de su capacidad para interpretarlo. Durante los últimos dos años, rara vez había hablado con ella de nada, aparte de los asuntos del clan. Recordó lo mucho que Hilo la irritaba con su franqueza alegremente agresiva, su presencia física, su forma de abrazarla, provocarla y azuzarla. Al mirarlo ahora, sentado en la mesita con los codos apoyados en las rodillas, descubrió que añoraba al hermano sonriente y arrogante que había tenido en el pasado, al hermano que siempre parecía tan seguro de sí mismo.

—Llevamos años intentando romper Montaña y enviar a Ayt Mada a la tumba —dijo Hilo—. Y todavía estamos así: esa zorra sigue al mando de su clan y sigue viniendo a por nosotros. Al final no hemos ganado Lukang. Tomaremos una parte, quizá grande, pero si esa ciudad es la clave de su alianza con los barukanos y el control del mercado negro, Ayt jamás permitirá que Seis Manos se una a otro clan.

Shae pensó en lo que le había dicho Nau, en su absoluta certidumbre.

—No; no lo permitirá —convino—. Pero por fin sé qué tenemos que hacer para quitarle a Ayt sus herramientas. Woon y yo lo pensamos ayer en el hospital.

Cuando terminó de explicar su plan, Hilo pareció impresionado. Sin embargo, dijo:

—Ayt y su hombre del tiempo encontrarán una forma de solventarlo antes o después.

—Sí —reconoció Shae—, pero los frenará mucho y los obstaculizará lo suficiente para que no sean capaces de seguir intentando comprar a nuestros linternas.

—Juen todavía tendrá que tomar todo el territorio de Lukang que le sea posible y mandar a los barukanos que trabajan para Montaña a la cárcel o a la tumba. A tantos como podamos.

Shae asintió y se colocó otro cojín bajo el muslo herido para aliviar el dolor.

—Puede que hayamos perdido la oportunidad de ganar como tributario a Seis Manos, pero aún es posible que consigamos sacar una victoria de esta situación.

Hilo guardó silencio un rato.

—Eres un buen hombre del tiempo, Shae —dijo al fin. En su voz había un orgullo reticente y un toque de amargura.

Shae recostó la cabeza en la almohada y cerró los ojos al empezar a acusar por fin el agotamiento.

—Eres un buen pedestal en tiempo de guerra, Hilo —murmuró—. Y estamos en guerra. Nuestra propia guerra lenta.

Casi se había quedado dormida cuando Hilo la tapó con la manta.

—Le he dicho a Andy que venga más tarde y eche un vistazo a esa pierna —comentó—. A saber cómo son los médicos de Lukang.

Shae sintió sus labios cuando le dio un beso en la frente, y un instante después, oyó que se cerraba la puerta de la casa tras él.

Shae entró en la oficina renqueando con las muletas, dos días después. Aunque se había fijado en que había más puños y dedos del clan en las calles, tensos y vigilantes, todo lo demás parecía normal en Yanlún. El tiempo era agradable y las lámparas rojas del festival de otoño colgaban por todas partes, junto a los carteles que anunciaban las ofertas de la temporada en las tiendas. A cientos de kilómetros, la violencia seguía en Lukang, pero los residentes de Yanlún trataban esas noticias como un asunto regional sureño provocado por un desgraciado cisma en el clan menor Seis Manos. Por acuerdo implícito mutuo, ni Montaña ni Sin Cumbre hacían nada en Yanlún que pudiera cambiar esa impresión. Montaña y sus fuerzas tributarias seguían controlando la mayor parte de Lukang, pero Sin Cumbre y la sección

escindida de Seis Manos habían logrado repeler a las bandas barukanas y conservaban los valiosos distritos portuarios.

El difunto Jio Wasu había dicho con preocupación: «Lukang está creciendo, pero eso implica también los obstáculos de una gran ciudad». Una guerra entre clanes era, ciertamente, un problema propio de una gran ciudad. Su traidor sobrino, Jio Somu, había tenido que esconderse para escapar de los parientes que querían matarlo.

Shae pasó frente al despacho de Luto y se detuvo delante varios minutos, compungida, apoyada en las muletas. Ahora que el joven había muerto era cuando sentía aquel despacho como algo que le pertenecía. Caminó lentamente hasta su propio despacho y le dijo a su secretaria que empezara a recoger currículos de candidatos a nuevo asistente.

A mediodía, Shae encendió el televisor para ver a Woon leer la nota de prensa de Sin Cumbre, en la que solicitaba un embargo comercial para las islas Uwiwa.

—Ayer, el Consejo Real introdujo una ley firme y necesaria para reforzar la seguridad nacional y combatir el aumento de la delincuencia en nuestras ciudades —anunció el confirmador del clan, tranquilo y eficaz como de costumbre.

Los periodistas presentes aceptaron sus palabras con cortesía, a pesar de que todos eran muy conscientes de que Sin Cumbre estaba detrás de la propuesta de embargo. Kaul Hilo y Woon Papi habían acudido al Salón de la Sabiduría la mañana siguiente a la vuelta de Shae a Yanlún y habían solicitado una reunión con los principales miembros del gobierno afiliados a Sin Cumbre. Antes de veinticuatro horas se había presentado un proyecto de ley en la sede legislativa del país.

—Las islas Uwiwa son el primer destino del jade que sale de contrabando de Kekon y uno de los mayores productores de SN1 ilegal —dijo Woon en la pantalla. Presentó estadísticas alarmantes sobre el tráfico de jade, la adicción a las drogas, el turismo sexual y la delincuencia callejera, y a continuación conectó hábilmente la guerra civil de Seis Manos y el estallido de violencia en las calles de Lukang con las influencias corruptoras extranjeras. Woon vestía un traje gris acero y corbata azul. El jade brillaba en su muñeca. Shae pensó que resultaba muy atractivo ante la cámara, de una manera discreta e imperturbable.

»El clan Sin Cumbre respalda sin reservas el embargo comercial propuesto, y el pedestal pide a todos los miembros leales del clan y a todos los ciudadanos kekoneses preocupados que hagan lo mismo —concluyó el confirmador—. Invitamos a los demás clanes de huesos

verdes que se unan a nosotros expresando su apoyo, y, por supuesto, prestaremos cualquier asistencia que esté en nuestra mano para ayudar al gobierno a que salga adelante la aprobación y la ejecución de esta medida.

«Con un embargo activo —le había dicho Shae a Hilo al explicarle la estrategia— no circularán productos, dinero ni jade entre Kekon y ese país. Independientemente de que consigamos o no el control de Lukang, si bloqueamos el acceso a las islas Uwiwa, romperemos la conexión de Montaña con el mercado negro. Si lo logramos, cortaremos los ingresos del cofre de guerra de Ayt Mada». —Estaba segura de que Montaña estaba transfiriendo fondos de las ventas de jade y shine de Iyilo a través de subsidiarios y empresas pantalla, de modo que el embargo también pondría fuera de la ley a cualquier empresa kekonesa que hiciera negocios con las uwiwanas.

«Montaña controla ahora mismo seis escaños más que nosotros en el Consejo Real», había señalado Hilo. A Shae le sorprendió que recordara aquel detalle.

«De modo que necesitamos que al menos otros tantos independientes y consejeros de clanes menores se pongan de nuestro lado —había respondido—. Y lo harán».

Tuvo razón. Pocas horas después de la declaración de Woon en nombre de Sin Cumbre, los agentes de Shae informaron de que el proyecto de ley recibía una cobertura favorable en los medios, un fuerte apoyo del público e incluso el compromiso de algunos legisladores afiliados a Montaña. El país estaba hambriento de normativas y acciones valientes que protegieran a Kekon contra las amenazas de Guerra Lenta que parecían asediarlo.

Shae se permitió una sonrisa mientras apoyaba la pierna en una silla y se masajeaba el dolor que descendía hasta la pantorrilla. Ni siquiera Montaña podía detener un tren impulsado por el estado de ánimo actual. Los miembros del gobierno leales a Sin Cumbre transformarían el proyecto en ley por la vía rápida, y a la vez impulsarían el plan de Hilo para reformar las fuerzas armadas. El clan había mejorado enormemente su imagen pública, y difícilmente se podría oponer Ayt Mada sin quedar como una hipócrita y enfadar a sus propios partidarios.

El humor mejorado de Shae duró solo hasta última hora de la jornada laboral, cuando recibió una visita inesperada. La foto de Kiya que Woon tenía en su mesa mostraba a una joven recién casada de sonrisa radiante y pelo largo bajo un elegante sombrero rojo de ala ancha. La mujer que entró en el despacho de Shae y se sentó frente a ella llevaba un sencillo jersey de cuello de cisne negro y mostraba una

expresión torvamente áspera que evidenciaba las ojeras y la palidez de los labios tensos.

—Kiya —dijo Shae, incómoda y sorprendida—, ¿qué te trae…?

—Voy a dejar a mi marido —interrumpió Kiya—. Es demasiado noble y cobarde para pedirme el divorcio, así que me toca pedirlo a mí. Quiero que sepas que se trata de mi decisión. Tú no me lo quitas; yo renuncio a él.

Shae fue incapaz de contestar durante un minuto entero.

—Eso no es lo que quiero —dijo al fin. Su voz salió sin entonación, ocultando olas de alivio culpable y remordimiento defensivo—. Nunca he intentado romper tu matrimonio, créeme.

—Entonces eres más cruel de lo que creía —replicó Kiya—. Podría entender que decidieras quitarle algo a alguien que está en una posición más débil. Puedo aceptar perder ante una mujer más fuerte. Pero estás diciendo que ni siquiera pensabas en lo que estabas haciendo, que actuabas al desgaire. —La mandíbula le tembló un instante, pero se irguió y miró de frente a Shae—. Todos saben que mi marido pasa casi todo el tiempo con otra mujer, y no solo porque trabaje para ella. Todos miran para otro lado. Cuando yo era pequeña, mi padre y mis hermanos jamás permitían que nadie me hiciera daño. Fueron a por un novio mío que me dio plantón en el cine. Ahora estoy infeliz y humillada, pero me han aconsejado que no me ponga de malas con el clan encarándome con el hombre del tiempo. También han intentado convencerme de que no lo deje, por supuesto, porque Woon Papi ocupa un puesto muy alto en Sin Cumbre y eso es bueno para nuestra familia. —Se le empezaron a empañar los ojos—. El primerdía pasado fue mi cumpleaños. Papi salió de trabajar temprano e íbamos a pasar la noche juntos. En el mismo instante en que llamaste se marchó sin decir palabra. No me dijo adónde iba ni cuándo volvería. Apenas me miró. Ahora llega a casa para dormir y ducharse y se vuelve a marchar. Lo único que dice es que son asuntos del clan.

Shae se estaba acalorando.

—Lo siento. Fue una emergencia. Confío en tu marido para que se encargue de tareas importantes para Sin Cumbre; no hay nadie más digno de confianza. Lo necesitaba. Todavía lo necesito.

—Yo lo necesitaba más —replicó Kiya—. No soy una huesos verdes como tú, pero me he visto obligada a entregar cuatro años de mi vida por el clan, años que jamás recuperaré. —Se levantó y se giró para marcharse.

—Kiya —dijo Shae. El tono de su propia voz le resultó despreciable—. ¿Necesitas algo? ¿Puedo hacer algo por ti?

La esposa de Woon se detuvo y volvió a girar muy despacio, como si la pregunta la hubiera sorprendido.

—Kaul Shaelinsan, hombre del tiempo de Sin Cumbre —respondió—, puedes irte a la mierda y reventar.

Capítulo 12

Un trabajo nuevo

DETUVIERON a Bero y lo metieron en un calabozo. Fue mala suerte, por supuesto; siempre la mala suerte. Una cámara de seguridad recién instalada en el exterior de una tienda de artículos deportivos del distrito del Martillo captó su imagen la misma semana que la policía de Yanlún se había desplegado en pleno para mantener el orden durante una manifestación contra la ampliación de la base naval espenia. Atraparon a Bero con espráis de pintura y una palanqueta en la mochila. Tadino estaba con gripe, así que Bero no tenía a nadie al lado que compartiera las culpas cuando lo llevaron a la comisaría.

También hubo una parte de suerte, claro. Lo podría haber pillado una patrulla de huesos verdes, y en ese caso probablemente estaría en el hospital en vez de en una celda. Se había visto en situaciones peores que pasar unos días entre rejas. Llamó a su trabajo en el casino Doble Doble y dijo que estaba enfermo, y soportó los inconvenientes de la detención. Cuando el sargento de policía lo interrogó, contestó con monosílabos y encogimientos despectivos de hombros. Al cabo de tres días se abrió la puerta de la celda, y lo informaron de que lo soltaban con una multa de tres mil dien y una orden de presentarse ante el juez en dos meses para abonarla, disculparse formalmente ante el propietario de la tienda y hacer frente a cualquier castigo adicional dependiente de la revisión de los daños causados.

Bero esperaba que ahí se acabara todo, y se llevó una sorpresa desagradable cuando el sargento de policía no lo acompañó a la entrada de la comisaría, sino que lo llevó a la puerta trasera, donde dos hombres, un kekonés y un extranjero, se hicieron cargo de la

custodia y lo metieron, aún esposado, en el asiento trasero de un utilitario plateado con las ventanas tintadas. Empezaron a alejarse.

—¿Adónde cojones me lleváis? —preguntó Bero.

—Tranquilo —dijo el kekonés, que debía de serlo solo en ascendencia, porque hablaba con acento extranjero—. Solo queremos hablar.

—Que os den, seáis quienes seáis —gritó Bero, pateando el asiento del conductor—. No tenéis derecho a llevarme a ningún sitio, cabrones espenios.

—Para ya —dijo el hombre—. Si quieres hacer el capullo, podemos llevarte al trabajo y le explicas a tu jefe a qué dedicas el tiempo libre. El Doble Doble es del clan Sin Cumbre, ¿verdad? ¿Y no fue el Movimiento por un Futuro Sin Clanes el responsable de aquel incidente de hace un año?

Bero se cortó en seco. Quienesquiera que fueran esos extranjeros, sabían muchas más cosas de él que la policía. El hombre le cubrió la cabeza con una bolsa de tela.

—Es por tu protección. Limítate a quedarte sentadito y con la boca cerrada.

Unos veinte minutos después, el coche se detuvo. Se abrió la puerta y llevaron a Bero, aún con la bolsa en la cabeza, a un edificio. Con él agarrado por el codo recorrieron un pasillo, cruzaron una puerta y lo colocaron en una silla antes de quitarle la bolsa y luego las esposas. Bero se frotó las muñecas y miró con el ceño fruncido a los dos hombres que lo habían llevado allí. El que había hablado en el coche iba completamente afeitado y olía a una loción extraña; el otro tenía los ojos claros y el pelo muy corto. Se encontraban en una habitación sencilla, sin ventanas, nada atemorizadora, con una mesa y sillas. Parecía una pequeña pero vulgar sala de reuniones de una oficina.

—Bebe algo —dijo el hombre de aspecto kekonés.

Dejó una botella de refresco de sandía en la mesa y se abrió otra. A pesar del enojo, Bero estaba sediento, así que cogió la botella sin dejar de fulminarlo con la mirada.

—Ahora que tenemos un poco de privacidad, empecemos por las presentaciones. —El hombre que hablaba kekonés cargaba con toda la conversación, pero Bero sospechó que el extranjero de más edad, el que estaba en silencio y a un lado con los brazos cruzados, era el jefe —. Me llamo Galo, y él, Berglund. Trabajamos para el servicio de inteligencia militar de la República de Espenia.

—No jodas. Jamás lo habría imaginado.

—Queremos proponerte una cosa —dijo Galo, ajeno al sarcasmo de

Bero—. Cuando sepas qué, creo que verás que te interesa aceptar. —Puso en la mesa una fotografía—. ¿Reconoces a este hombre?

La fotografía mostraba al extranjero robusto de pelo ondulado que se había presentado en el salón Kaki hacía un año, el que había causado tanto revuelo con sus preguntas y la promesa de que otras personas estaban dispuestas a ayudar al Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Después de la reunión se había quedado para hablar en privado con Guriho y los otros. Molovni, así se llamaba. Bero lo había visto varias veces desde aquel día, sentado al fondo en las reuniones, aparentemente en buenas relaciones con todo el mundo. En aquellos días, él solo aparecía de vez en cuando, con la esperanza de acercarse a Ema, que todavía no había aceptado tomar una copa con él, pero que lo toleraba lo suficiente para que Bero pensara que era posible que cediera antes o después.

—Sí. ¿Y? —preguntó, curioso a su pesar.

Galo dio unos golpecitos en la foto.

—Vastik eya Molovni es nekolva. Significa «hijo de la nación» en ygutano. ¿Has oído hablar de ellos?

—¿Los nekolva? —Bero pasó la mirada de Galo a la imagen de Molovni con escepticismo—. Tienen habilidades de jade sin portar jade. Eso dicen. También que no existen, que son un invento de los ygutanos para asustar a la gente.

—Existen —dijo Galo—, pero también se exagera un poco. Los nekolva son el resultado de un programa militar ygutano que se puso en marcha después de la guerra de las Naciones. En los treinta últimos años llevaron a Ygutan a cientos de mujeres abukei, o las atrajeron con la promesa de un trabajo. Cuando llegaban las obligaban a gestar hijos para parejas presuntamente infértiles. Desde su infancia se dopaba a los mestizos con pequeñas dosis de SN1 y jade en polvo. Algunos sufrieron efectos secundarios debilitantes o murieron. Los que resultaron prometedores recibieron el mejor entrenamiento militar posible.

—¿Los soldados ygutanos comen jade? —preguntó Bero, anonadado.

Galo echó una mirada a Berglund, que asintió para que continuara.

—Ygutan no tiene una fuente fiable de jade bioenergético de alta calidad. El jade de calidad inferior obtenido en el mercado negro y convertido industrialmente en polvo es más eficaz si se ingiere. El castigo que sufre el cuerpo reduce considerablemente la esperanza de vida, pero sin jade visible, los nekolva son espías y operativos excelentes. Necesitan tomar regularmente dosis de jade en polvo y SN1, lo que hace que sus supervisores puedan controlarlos con más

facilidad. Son la respuesta de Ygutan a nuestros Ángeles de la Marina y a los guerreros huesos verdes de tu país. Y están en Yanlún.

No era de extrañar que Guriho, Otonyo y los otros líderes del Movimiento por un Futuro Sin Clanes estuvieran ansiosos por hacerse amigos del ygutano, si podía ser tan poderoso como un huesos verdes. Bero apartó la fotografía de Molovni.

—En realidad no lo conozco; nunca he hablado con él.

—Si un nekolva está implicado en actividades subversivas en Kekon, el gobierno ygutano está detrás. Queremos descubrir qué trama Molovni. Puede ser de importancia vital para tu país y para el nuestro. —Hasta entonces, Galo estaba de pie, inclinado sobre la mesa. En aquel momento cogió una silla, se sentó frente a Bero y adoptó un tono solícito y lisonjero—. Sabemos que participas en reuniones y actividades anticlanes. Queremos que te impliques más en el MFSC y nos informes de todo lo que observes: qué pasa en las reuniones, cuándo acude Molovni y qué dice, con quién habla y pasa tiempo.

Bero torció el gesto.

—No estoy dispuesto a espiar para los espenios.

Un destello de irritación atravesó la fachada profesional de Galo. Abrió la boca para contestar, pero Berglund habló desde su punto de observación. Galo se volvió hacia él y los dos hombres mantuvieron una breve conversación en su idioma. Cuando Galo volvió a mirar a Bero, había recompuesto su expresión y mostraba una sonrisa fría y confiada.

—Debería haber mencionado que no pedimos a nadie que se convierta en informante a cambio de nada. Te hemos identificado y seleccionado, y hemos movido hilos en la policía de Yanlún para traerte. Por supuesto, puedes negarte a trabajar con nosotros. Te llevaremos de vuelta a la comisaría y haremos como que esta conversación no ha tenido lugar. Podrás volver a esconderte de los huesos verdes en un trabajo sin salidas. Probablemente sea mejor que te marches antes de que tus patrones descubran por qué te detuvieron, pero entonces tendrás que pagar la multa por vandalismo que te han endosado. O puedes recibir mil thalires espenios al mes, en efectivo.

Bero casi se atragantó con el refresco.

—También nos encargaremos de esa desafortunada multa —dijo Galo de pasada, como quien añade un regalo a un juego de cuchillos de cocina—. Y considera esto: ¿No será estupendo tener aliados que quieren mantenerte a salvo, que incluso pueden librarte de los huesos verdes, si las cosas empiezan a irles mal a tus amigos del Movimiento por un Futuro Sin Clanes?

—No son mis amigos —gruñó Bero, pero sin discutir realmente. ¡Mil thalires al mes! ¿Cuánto era eso en dien? ¿Siete mil? ¿Ocho mil? Un montón.

—Por eso eres perfecto para el trabajo —dijo Galo—. No me cabe duda de que tienes tus propios motivos para oponerte a los clanes, o de lo contrario no te habrías unido al MFSC, pero puedo ver que no eres un ideólogo. Podría intentar convencerte de que estamos en el mismo bando, de que si cooperas con nosotros le prestarás un servicio a tu país… Pero eso te da lo mismo, ¿verdad? No tienes auténticas lealtades. Haces lo que tienes que hacer: mirar por ti mismo. —Galo hablaba con ecuanimidad realista, sin perder la sonrisa—. Bueno, ¿qué dices?

Bero vació la botella.

—Vale.

Capítulo 13

No más secretos

Año séptimo, sexto mes

UNA tarde, Niko entró en casa llorando. Sus hermanos y él habían estado jugando con su primo Maik Cam y con los hijos de Juen en la casa del cuerno. Juen Nu y su mujer tenían cuatro hijos, incluidos dos gemelos que eran diez meses mayores que Niko, y Lina llevaba a menudo a Cam a jugar con sus primos, así que siempre había críos correteando por el patio y los terrenos de la hacienda Kaul, yendo de una casa a otra y dejando sus juguetes y pertenencias por todas partes.

Niko fue corriendo hasta Wen y se quejó de que los gemelos Juen se habían estado burlando de él. Mientras Cam, Ru y Jaya jugaban con bloques de construcción, los tres chicos mayores habían robado un paquete de cigarrillos y un mechero de un cajón y se habían puesto a tontear. La mujer de Juen vio lo que estaban haciendo, confiscó lo robado y les echó la bronca, advirtiéndoles que podían haber quemado la casa hasta los cimientos. Niko, impresionado por la regañina, culpó a sus amigos por haber pergeñado la desobediente idea. Los incendios podían matar gente, les recordó oficiosamente. Su madre de nacimiento había muerto en un incendio; por eso vivía con sus tíos.

Los gemelos Juen se rieron de él.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntaron.

Su tía Shae se lo había explicado cuando era pequeño.

—¿De verdad te lo crees? —dijo Juen Ritto, burlón—. Eres el hijo del pedestal. ¿Cómo puedes ser tan bobo?

Niko cerró los puños y les preguntó enfadado qué querían decir, pero se marcharon corriendo.

Wen lo tranquilizó y le aseguró que sus amigos solo querían provocarlo. Aquella noche, después de acostar a los niños, le contó a su marido lo que había pasado. Hilo se enfadó por la falta de tacto de los pequeños Juen, pero no tenían la culpa, y tampoco la tenía su padre. Solo eran niños que habían oído por casualidad algo que habían dicho los adultos y lo habían repetido sin pensar. Además, sabía que llegaría el momento en que tendría que enfrentarse a eso. Niko tenía ocho años y era maduro para su edad; desde luego, era lo bastante mayor para entender muchos conceptos adultos. Tendría que enterarse de la verdad antes o después, y era importante que se enterase de la historia completa por Hilo y no por otra persona. A pesar de todo, no era una tarea que lo entusiasmara.

—Hablaré con él —le prometió a Wen.

Al ver su expresión resignada, Wen terminó los ejercicios de fisioterapia que estaba haciendo en la sala de estar y se sentó con Hilo en el sofá. Le cogió la mano, y como él no la retiró, se la apretó y se inclinó contra su cuerpo. Habían pasado nueve meses desde la crisis emocional de la cena; aún estaban un poco inseguros cuando se quedaban a solas y los dos sufrían algunos días en que la tristeza y el resentimiento eran más fuertes que las posibilidades de afecto. Pero según Wen recuperaba la fuerza y las capacidades, les iba resultando más fácil estar relajados, comportarse con normalidad y mantener conversaciones como en el pasado.

—No más secretos —le recordó.

—No más secretos —coincidió Hilo. Demasiados problemas entre las personas, incluso entre las que se amaban, nacían de la falta de comunicación y sinceridad.

Así que el sextodía por la mañana, Hilo despertó a su sobrino, a quien consideraba su hijo mayor, y le dijo que iban a salir a desayunar juntos, ellos dos solos. Nadie más de la familia se había levantado aún. Las únicas personas que los vieron de camino al garaje fueron los jardineros que transportaban docenas de cajas de peonías rojas y amarillas, símbolo de felicidad conyugal, pues la boda de Shae y Woon se iba a celebrar el fin de semana siguiente.

Apenas se hubo secado la tinta del certificado de divorcio de Woon, Hilo se había encarado con él y Wen había hablado con Shae, y se fijó una fecha. Hilo se había presentado en la habitación del hotel donde se alojaba temporalmente el antiguo asistente de Shae y había ido directo al grano:

—Woon-jen, me cabreo solo con pensar en los problemas que me ha causado el terrible historial amoroso de mi hermana a lo largo de los años. Tú eras el mejor amigo de Lan y ahora estás haciendo un

buen trabajo como confirmador del clan, así que más vale que no te conviertas en otra mala situación. Puedes elegir entre irte a vivir a la otra punta del país, porque ahora mismo no nos vendría mal tener más gente en Lukang, o casarte con Shae, pero decide pronto, porque estoy harto de arrastrar esta chorrada. No puedo confiar en que mi hermana acuda a mí con estas cosas como es debido, así que si tienes claro lo que quieres, es tu oportunidad.

La expresión de Woon fue al principio de aprensión extrema; cualquiera habría dicho que esperaba que lo fueran a ejecutar. Después pasó a la de cautelosa alegría.

—Kaul-jen —dijo lentamente—, ¿me concedes tu permiso para pedirle a Shae-jen…?

—Sí, joder; tienes la bendición del pedestal. —Hilo suspiró.

No sabía cómo se había desarrollado la conversación entre Wen y Shae, pero le alegraba que su mujer se hubiera ocupado de esa parte; Shae era capaz de negarse a lo que más deseaba solo por no darle la satisfacción de haber tenido razón. Cuando le pidió a Wen que se encargara, ella sonrió con confianza.

—No te preocupes —dijo—. Lo único que necesita tu hermana es hablar de la decisión con otra mujer, ya verás.

La boda de Kaul Shaelinsan, hombre del tiempo de Sin Cumbre y nieta de la Antorcha de Kekon, tendría que haber sido un descomunal espectáculo del clan en el Templo del Divino Retorno, seguido de un gran banquete en el hotel General Estrella. Sin embargo, iba a ser una ceremonia familiar relativamente modesta en la hacienda Kaul. Los novios habían aceptado casarse deprisa y con discreción por respeto a la familia de Kiya, que aunque solo poseía un estatus moderado dentro del clan, no se merecía una humillación pública.

Era más fácil tener una conversación delicada con un niño. A Niko le encantaba el pan frito, así que Hilo lo llevó a un nuevo local de la franquicia La Choza Caliente que habían abierto en las Dársenas, aun sabiendo que Wen diría que no era un desayuno sano para un niño. Se sentaron en un banco que miraba al mar y comieron barritas calientes recién sacadas de la freidora. Niko arrojaba migas al agua para que comieran los pájaros. El sol matinal empezaba a disipar un poco la humedad persistente que impregnaba el aire. Se empezaban a instalar los puestos de comida y recuerdos, y los guías turísticos listos para aprovecharse de los visitantes que no tardarían en desembarcar de los cruceros comerciales que habían llegado y amarrado durante la noche.

Ninguno de los barcos procedía de las islas Uwiwa; el embargo comercial se había ocupado de eso.

La posición del clan era mejor que el año anterior. Montaña había

abandonado los intentos de captar linternas de Sin Cumbre, cuya confianza se había visto renovada por los triunfos de los Kaul. El conflicto de Lukang no se había resuelto, pero la situación se había estabilizado lo suficiente para que Juen hubiera podido retirar a puños veteranos como Iyn y Lott y llevarlos de regreso a Yanlún, dejando los guerreros necesarios para apoyar a la facción escindida de Seis Manos. Por el momento, los clanes habían llegado a otra situación de tablas, pero aquello no enfurecía a Hilo tanto como en el pasado. Durante mucho tiempo había deseado destruir a Montaña con un solo golpe rápido y certero, aunque le costara la vida, pero ahora aceptaba que alcanzar la victoria sería un proceso lento. Necesitaba seguir con vida y aguantar más que sus enemigos.

En un tenderete cercano, Hilo compró dos vasos de leche endulzada para bajar el pan frito. Sopló uno para enfriarlo antes de dárselo a Niko. Aunque lo emocionaban el trato especial y la atención exclusiva de Hilo, el niño sabía que tenía que haber algún motivo y estaba más callado incluso que de normal mientras se concentraba en la comida y echaba miradas a su tío.

—¿Tienes ganas de que llegue el Día del Barco? —preguntó Hilo.

—Supongo —dijo Niko. Era un niño extraño, en opinión de Hilo; no se alteraba con facilidad, pero tampoco se mostraba emocionado ni muy expresivo. Era observador e inteligente, el primero de su clase, pero con mucha de la melancolía de Lan.

—El Día del Barco vendremos y veremos cómo lo hunden. Compraremos esas almendras garrapiñadas que te gustan, beberemos refresco de sandía y te podrás quedar levantado hasta la hora que quieras.

Niko se animó al oír aquello.

—¿Puede venir el tío Anden?

—Por supuesto, si no está ocupado. —Sin alterar el tono ligero y afectuoso, Hilo cambió de tema—: Niko-se, me han dicho que los hermanos Juen dijeron el otro día unas cosas que te molestaron. ¿Me cuentas qué pasó?

La sonrisa de Niko se desvaneció. Bajó la mirada al suelo, entre los zapatos. Hilo siguió hablando con amabilidad.

—Puede que oigas a otros niños hablar de nuestra familia. Puede que digan cosas que parezcan desagradables o mentira. Es algo esperable, debido a nuestra posición en el clan. Cuando oigas cualquier cosa de la que no estés seguro, no debes dar nada por supuesto ni reaccionar de inmediato. Ven a hablar conmigo o con mamá. Puede que tu tía Shae y tu tío Anden intenten proteger tus sentimientos, porque te quieren, y a tu tío Tar le gusta contar historias

emocionantes, a veces demasiado emocionantes. Pero yo siempre te diré la verdad.

—Me llamaron bobo por decir que mi madre… No mamá, sino la primera madre que tuve… había muerto en un incendio.

—No eres bobo —aseguró Hilo—. La gente siempre habla muy deprisa sobre las tragedias de los demás, a sus espaldas. No te hemos contado mucho de lo que le pasó a tu madre porque eras demasiado pequeño para entenderlo y te podrías haber asustado o disgustado. Pero ahora ya eres bastante mayor y deberías enterarte.

Hilo se tomó un momento para terminarse el trozo de pan frito y ordenar sus ideas.

—Tu padre, mi hermano mayor —continuó— era una buena persona; un huesos verdes poderoso, pero a veces demasiado bueno. Yo no lo entendía, pero ahora que soy mayor creo que lo comprendo mejor. Cuando se convirtió en pedestal, su esposa lo abandonó por otro hombre, un extranjero, y se marchó con él a otro país muy lejano.

Niko lo miró expectante con la misma expresión ceñuda de concentración que ponía cuando estaba dibujando, construyendo con bloques o leyendo, pero Hilo pudo Percibir que su corazoncito daba un salto. Empezó a tantearse los bolsillos, pero bajó las manos. Intentaba no fumar demasiado delante de los niños.

—Normalmente, cuando alguien traiciona al pedestal debe recibir un castigo; hay que matarlo, sea quien sea, incluso si se trata de un amigo o de alguien a quien se quiera —explicó Hilo—. Tu tía Shae tuvo que matar al antiguo hombre del tiempo porque actuó contra tu padre. Y acuérdate de cuando tu tío Tar te contó la historia de la vez que tuvimos que matar a un hombre llamado Fuyin, que había sido un puño nuestro, porque se pasó al clan Montaña. Yo no quería ejecutarlo, pero si no lo hubiera hecho, habría incumplido mi obligación como pedestal, y eso significaría que cualquiera podría traicionarnos.

—¿Mi padre tuvo que matar a mi madre? —preguntó Niko, horrorizado.

—No, Niko; tu padre era demasiado bueno, como te he dicho, y los dejó marchar. Aunque sabía que era una mala decisión como pedestal, al final resultó ser afortunada, porque tu madre estaba embarazada de ti. Por eso naciste en Stepenland. Ya sabes lo de la guerra de clanes contra Montaña y cómo mataron a tu padre cuando eras pequeño. Él no sabía que habías nacido; no lo descubrimos hasta casi dos años después. —Hilo observó cuidadosamente a su sobrino antes de seguir —. Cuando supe de ti, fui a Stepenland con tu tío Tar para hablar con Eyni. Por tu bien le perdoné su traición y le dije que podía regresar a

Yanlún y vivir aquí con la familia, para que no crecieras en el extranjero, lejos de todos los que te queremos tanto. Su novio y ella aceptaron al principio, pero nos mintieron e intentaron volver a robarte. No fue posible razonar con ellos. Ya era bastante malo que hubieran avergonzado a tu padre, pero ahora querían mantenerte lejos de tu país y tu familia. Así que te darás cuenta de que no podía consentirlo.

A Niko le temblaron los labios y sus ojos se empañaron de lágrimas.

—¿De verdad era tan mala que tuviste que matarla? —preguntó suplicante, furioso y avergonzado por que su propia madre fuera una de las personas más rastreras, una traidora al clan.

—Niko-se, ante todo quiero que sepas que fue muy rápido, así que no tuvo tiempo de asustarse ni de sentir dolor. Y no siempre se trata de que las personas sean malas en el fondo, sino de que toman malas decisiones. Una buena persona puede tropezarse con algo en su vida, o estar con personas malas, y su mente puede confundirse. Por desgracia, Eyni era una de esas personas, y si se te hubiera llevado, jamás nos habrías conocido a mí ni a mamá, ni a tus tíos, ni a tus hermanos, ni a tus primos. Nunca habrás sabido quién era tu verdadero padre. Nunca habrías ido a la academia ni te habrías convertido en un huesos verdes. ¿Habrías querido eso?

Niko negó con la cabeza con triste vehemencia. Hilo lo abrazó y lo atrajo con fuerza hacia sí. El niño era demasiado grande para subírselo al regazo como antes, y rumió con pesar lo rápido que estaban creciendo sus hijos, lo deprisa que parecía pasar el tiempo.

Niko frotó la cara llorosa contra el hombro de la camisa de Hilo.

—Si mi madre fue una traidora y la tuviste que matar, ¿yo también voy a ser mala persona?

—Ni lo pienses —dijo Hilo secamente; se apartó y lo miró con seriedad a los ojos—. Nadie está destinado a volverse como sus padres. De hecho, podemos aprender de sus errores y así será más probable que no los repitamos. Tu verdadera mamá es la que te ha criado. Ella, y tu tío Tar, y tu tío Kehn, al que mataron cuando eras muy pequeño y no recordarás bien, son hijos de un padre al que ejecutaron y cuya familia cayó en desgracia. Dieron la vuelta a aquello, y ahora el apellido Maik está en lo más alto del clan y se menciona junto al nuestro. Tú eres tú mismo, Niko. Tienes mucha gente que te quiere y está orgullosa de ti. Y todos dicen que te pareces a tu padre, que eres igual que él. Así que no creas nunca que la desgraciada forma en que murió tu madre tiene algo que ver contigo. ¿Entendido?

Niko se sorbió la nariz y asintió, e Hilo lo volvió a abrazar y le besó la coronilla.

—Ahora ya ves por qué no te contamos esto cuando eras más pequeño —dijo—. No lo habrías entendido y te podría haber confundido o asustado. —Probablemente aún habría algo de miedo y confusión, Hilo estaba seguro, pero era inevitable y solo lo aliviarían el amor y la confianza—. Si alguna vez quieres seguir hablando de esto, ven directamente conmigo o con mamá.

—¿Alguna vez te sientes mal por tener que matar gente, tío? —preguntó Niko en voz baja—. No creo que yo pudiera matar a mis amigos, como Ritto o Din, hicieran lo que hicieran; ni siquiera si prendieran fuego a la casa.

—No me siento mal por matar a nuestros enemigos, a nadie que quiera hacer daño a nuestra familia. Pero a veces es mucho más duro, cuando se trata de alguien a quien conocía y quizá en quien confiaba. En esos casos me siento mucho peor, pero aun así debo hacerlo.

Siguieron sentados varios minutos en silencio, Hilo acariciando el pelo de su sobrino y dejando que este se apoyara en él mientras asimilaba todo lo que le acababa de contar. Hilo se sintió aliviado por haber abordado el asunto. Solo podía confiar en haber llevado correctamente la tarea de explicarle un tema tan doloroso a un niño. Ser un Kaul, un huesos verdes y el pedestal del clan eran cosas que definían a Hilo en todo momento, pero algo más importante aún, se daba cuenta ahora, era ser para sus hijos un padre sincero y cariñoso. Niko era el primogénito de la familia; si tenía que convertirse algún día en pedestal, tenían que criarlo como era debido, apoyándolo sin sobreprotegerlo.

—Te quiero, Niko. Nunca lo olvides.

—Y yo a ti, tío —dijo Niko secándose los ojos.

Hilo le dio un beso en la frente y se separó de él. Cuando volvían al coche, le guiñó un ojo y le dijo:

—No les cuentes a Ru y a Jaya que hemos ido a la Choza Caliente; no pararán de quejarse de envidia.

Capítulo 14

Verde que se torna en negro

Año séptimo, octavo mes

UNA llamada telefónica inesperada despertó a Hilo en plena noche. Al principio no reconoció la voz de Tar, que hablaba de forma incoherente, balbuceaba y gritaba de pánico. Hilo consiguió entender que estaba en un teléfono público, enfrente del edificio residencial de Sogen en el que vivía.

—Quédate ahí —ordenó—. ¿Me oyes? Quédate exactamente donde estás hasta que llegue. —Colgó y se vistió. Wen se había despertado y estaba sentada en la cama, mirándolo con una pregunta muda y asustada.

—Ha pasado algo —dijo Hilo—. Voy a buscarlo; lo traeré tan deprisa como pueda.

Despertó a Juen y a tres puños (Lott, Vin y Ton) y llegaron en quince minutos adonde se suponía que estaba Tar. Ya no estaba en la cabina. Siguieron un rastro de sangre por la acera. El asistente del pedestal había recorrido tres manzanas y se había derrumbado tras un edificio. Estaba lúcido a medias y tenía la ropa empapada de rojo, y heridas de cuchillo en el torso y los brazos. Cuando vio a Hilo, su expresión se deshizo en una desconcertante mezcla de alivio, súplica y miedo.

—Hilo-jen, ayúdame —rogó, casi ahogándose—. He hecho algo espantoso.

Hilo no podía creer a sus ojos. Ver a su lugarteniente más leal y temible llorando y temblando, cubierto de sangre en un callejón, no parecía algo que pudiera ser real. Juen y Lott se arrodillaron al lado de Tar y Canalizaron lo suficiente para controlar las hemorragias antes

de meterlo en el asiento trasero de un coche.

—Llevadlo a la mansión —ordenó Hilo a Lott y Ton—. Llamad a Anden para que ayude a curarlo. No dejéis que se vaya, no lo dejéis llamar por teléfono y no dejéis que lo vea nadie, ni mi mujer ni los niños.

Hilo volvió con Juen y Vin al edificio de viviendas. El piso de Tar estaba en la última planta, un ático espacioso con vistas al sur de la ciudad. La puerta estaba abierta. Hilo entró y se encontró una escena horrible: todo estaba arrasado. La sangre que empapaba la moqueta beis se había vuelto pegajosa, y las salpicaduras de las paredes se habían oscurecido hasta adquirir un tono marrón. Los muebles y las puertas estaban astillados y rotos, y había objetos diversos esparcidos por todas partes. El cadáver de Iyn Ro yacía desmadejado en el sofá de la sala de estar; la herida mortal de su cuello era una abertura carnosa y rojiza que incluso a un luchador de cuchillo veterano como Hilo le costó trabajo mirar.

—Me cago en todos los dioses del cielo —susurró Juen, horrorizado.

A Hilo se le estaban quedando heladas las extremidades. Una cosa era ver a un huesos verdes asesinado por un enemigo o muerto en un duelo justo, y otra muy distinta, contemplar una escena de carnicería en casa de un pariente. Su mente luchó contra la negación, negándose a aceptar lo que le mostraban los ojos. Maik Tar, su asistente y cuñado, a quien había querido y en quien había confiado desde que eran unos muchachos en la academia, había asesinado a una compañera huesos verdes del clan, una mujer con la que planeaba casarse el mes siguiente. Los pendientes y las pulseras de jade de Iyn estaban todavía en el cadáver. La imagen era obscena, como si fuera un animal sacrificado sin razón alguna, carne abandonada para que se pudriera al sol.

Hilo se quedó el tiempo suficiente para asegurarse de que se atendía el cadáver como era debido; después dejó a Juen y a Vin las tareas de supervisión y de informar a la familia de Iyn. Condujo aturdido de vuelta a la residencia Kaul; las luces de las farolas pasaban sobre la capota blanca del Duchesse con el ritmo monótono de los latidos del pulso en sus oídos.

Iyn Ro no era una víctima de poca relevancia. Había sido un puño veterano de Sin Cumbre, una de las pocas mujeres que habían alcanzado ese rango. Todos la conocían y era un ejemplo para el resto de las mujeres del lado más verde del clan. Hilo se había fijado en ella hacía mucho, cuando aún era el cuerno, porque trabajaba especialmente duro, y había sido la principal candidata de Juen para

el puesto de primer puño cuando se retiró Vuay. Pocos hombres podían o querían igualar su intensidad, y por eso volvía constantemente con Maik Tar. Y no había muerto dócilmente; el ático destrozado y las numerosas heridas de Tar lo dejaban claro.

Era el peor crimen dentro de Sin Cumbre que Hilo podía recordar. Sacudiría todo el clan. Los parientes de Iyn exigirían justicia.

Cuando llegó a la mansión, Anden y Lott lo esperaban en los escalones de entrada. Estaban juntos pero no conversaban, y los dos tenían una expresión seria. Al verlos juntos, Hilo recordó que tenían la misma edad. Habían sido compañeros de clase en la academia, e incluso amigos, pero habían seguido caminos muy diferentes.

—Lo hemos dejado en el despacho, Hilo-jen —dijo Lott—. No ha intentado marcharse.

Anden estaba pálido bajo el brillo anaranjado de las luces delanteras de la casa. Portaba su jade de médico y su aura parecía delgada y cansada; había estado gastando energía.

—Las heridas no lo matarán —dijo en respuesta a la muda pregunta de Hilo—. Una puñalada le perforó el bazo, pero he cortado la hemorragia y le he puesto un gotero. No sé muy bien qué más hacer, porque… —Quedó en silencio; no era necesario añadir nada. Hilo le puso una mano en el hombro en gesto de agradecimiento, y luego entró en la casa.

Lott había dejado de guardia a tres puños: dos en el despacho, con él, y otro delante de la puerta. Era una precaución inteligente; incluso herido, Maik Tar era uno de los mejores luchadores del clan, y si había perdido el juicio, no había forma de saber de qué era capaz. Cuando Hilo entró en el despacho, sin embargo, se encontró a su cuñado sentado en el sofá, en silencio, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas tras la nuca, como si se preparase para un aterrizaje forzoso. Le habían vendado las heridas y vestía ropa limpia del armario de Hilo.

Ordenó con un gesto a los guardias que salieran del despacho; obedecieron y cerraron la puerta tras ellos. Tar levantó la cabeza y lo miró con la expresión más lastimera que Hilo hubiera visto nunca.

—Está muerta, ¿verdad?

Cuando Hilo asintió, Tar se echó a sollozar; sonidos largos, duros y estremecedores que Hilo solo le había oído en otra ocasión: cuando se enteró de que habían matado a Kehn.

Se acercó al hombre al que consideraba un hermano, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, consolándolo mientras lloraba.

—No sé cómo pasó —consiguió decir Tar con voz entrecortada—.

Empezó como cualquier discusión, pero se volvió mucho peor. Iba a dejarme, Hilo-jen. Dijo cosas que dolieron… —El aura de jade de Tar era como cristal roto, toda esquirlas afiladas. Las palabras siguieron brotando entre sollozo y sollozo—. No quería hacerle daño, lo juro por los dioses. La amo. Me iba a casar con ella, joder. Es verdad que a veces podíamos sacarnos de quicio. Antes discutíamos mucho, pero ya se había acabado, por fin íbamos a hacerlo funcionar. Pero esta noche, al volver a casa, me dijo que iba a cancelar la boda y dejarme para siempre. Estaba acostándose con otra persona, lo sé, me lo dijo. Estaba borracha y yo también me había tomado unas copas… No sé cómo acabamos sacando los cuchillos garra; no recuerdo nada de esa parte.

Hilo dejó que se desahogara hablando y llorando. Nada de lo que había dicho importaba realmente. No había excusa para lo sucedido; no había explicación que pudiera cambiar el hecho de que un puño del clan había muerto por su mano. Pero si Tar necesitaba decir esas cosas, sacárselas de dentro, lo mínimo que podía hacer Hilo era escuchar. Cuando Tar guardó silencio al fin, Hilo sacó un paquete de tabaco. Ofreció un cigarrillo a su asistente y se lo encendió, y luego se encendió uno; necesitaba calmar los nervios. No estaba seguro de poder afrontar lo que tendría que suceder a continuación.

Se dio cuenta de que era el responsable de la tragedia de aquella noche. Había enviado a su asistente a ejecutar las tareas más oscuras del clan; le había asignado los trabajos más difíciles, los más confidenciales, los más brutales y violentos. Durante la guerra de clanes había reconfigurado el papel del asistente del pedestal para aprovechar la naturaleza de Maik Tar: completamente leal, fiero, fiable y discreto. Un hombre que tuviera que hacer ese tipo de trabajo necesitaba un ancla, un contrapeso, alguna otra fuerza para seguir siendo un ser humano y no un simple instrumento afilado. Kehn había sido esa ancla, pero los había dejado hacía años, e Hilo y Wen habían estado inmersos en su propio drama y no habían prestado suficiente atención. Aferrarse a alguien tan ardiente como Iyn Ro había sido un error; ella lo abandonaría antes o después, y Tar no podía encajar más abandonos.

«Wen lo sabía», pensó Hilo, abatido. Pero había sido optimista. Había reducido el trabajo de Tar creyendo que eso sería suficiente para contener sus instintos. Había dado su bendición al matrimonio con la certeza de que el amor haría que Tar estuviera mejor y más feliz. Así que, en última instancia, había sido culpa suya que Tar se convirtiera en un monstruo.

—Tar —dijo con voz amable—, no eras tú mismo. Esta noche has perdido la cabeza y has hecho algo terrible que sé que no habrías

hecho jamás si hubieras estado pensando con claridad. —Se preguntó, demasiado tarde ya para que sirviera de algo, si quizá existiría también alguna razón médica, si podría achacarse a un repentino ataque de comezón que no hubieran detectado. Tar era la clase de persona que descartaría o pasaría por alto los síntomas de sobreexposición al jade, convenciéndose de que sería algún otro tipo de molestia temporal, algo que no amenazaría su sentido de verditud —. Lo que has hecho no se puede deshacer. Has matado a una de los nuestros, a un puño, a una camarada huesos verdes. Es un crimen imperdonable, lo sabes.

A Hilo le costó pronunciar aquellas palabras, y a Tar le costó aún más oírlas. Le empezaron a temblar las manos y las oprimió entre las rodillas para obligarlas a parar, con los hombros caídos. Parecía estar a punto de vomitar. Hilo apenas podía creer que aquel hombre destrozado hubiera sido durante tanto tiempo uno de los guerreros más temidos del clan.

—Tenemos que dar un paseo, Tar. —Las palabras surgieron contra su voluntad—. ¿Crees que puedes, o necesitas ayuda?

Tar miró al pedestal con expresión abatida, pero también con comprensión y resignación.

—Puedo andar —dijo con un resquicio de su habitual valentía.

—¿Puedo confiar en ti con el jade? —No había ordenado que se lo quitaran y no quería humillarlo más en aquel momento, si podía evitarlo.

—No causaré ningún problema, Hilo-jen.

Hilo le apoyó una mano en la espalda y lo sacó del despacho, y echaron a andar hacia la puerta de la mansión. Los puños del pasillo se apartaron para dejarles paso.

—¿Puedo ver a los niños? Solo un momento —dijo Tar.

—No creo que sea buena idea. Están durmiendo —respondió Hilo.

Tar asintió y salieron juntos de la casa. Lott y Anden los miraron con expresión sombría mientras se alejaban, sin saber qué decir.

La hacienda Kaul ocupaba dos hectáreas, con el grupo de residencias y el patio principal en el centro. Los jardines, el estanque, el prado, la sala de entrenamiento y un bosquecillo cubrían el resto del terreno y separaban las viviendas familiares de los vecinos y la ciudad. Hilo llevó a Tar por uno de los senderos que atravesaban la finca. Rodearon la casa del cuerno y bajaron por una pequeña pendiente donde los hijos de Juen siempre estaban construyendo fuertes y jugando a las batallas. Hilo caminaba al lado de su asistente, que no podía andar muy deprisa a causa de las heridas. Cuando perdía el equilibrio o tropezaba, Hilo lo sostenía por el codo. Serían las tres o

las cuatro de la mañana, y el silencio tan profundo como podía ser en Yanlún. Un momento de respiro entre el día que se había ido y el que tenía que llegar.

Cuando estuvieron lejos de las casas y completamente solos, de modo que Hilo apenas podía Percibir las auras de los otros huesos verdes, se detuvo y miró de frente a Tar. Este retrocedió un paso y se arrodilló.

—Hilo-jen —dijo con voz ronca—, siento haberte fallado. Desde que éramos unos niños en la academia, lo único que deseé fue seguirte y ser tu mejor guerrero. Hemos pasado juntos por muchas cosas. —Se le quebró la voz y se detuvo un momento para recuperar la compostura; cuando volvió a hablar, sus palabras fueron firmes—. El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. —Tocó el suelo con la frente y se irguió de nuevo con tranquila expectación no carente de disculpa: todo lo contrario a la locura endemoniada que lo había llevado allí aquella noche.

—Cierra los ojos —dijo Hilo. Tar obedeció. Hilo desenvainó el cuchillo garra y se colocó detrás de él. El aura de jade de Tar latía de pesar y miedo, y los latidos de su corazón atronaban en el centro de la Percepción de Hilo, pero no se movió en absoluto, ni siquiera cuando Hilo le puso una mano en la cabeza. Era necesario: un tajo rápido, de izquierda a derecha, atravesando el cuello. Hilo había matado a otros hombres con el cuchillo; sería un movimiento sencillo, duraría menos que lo que se tarda en jadear.

Pasó un segundo. Otro. Luego otro más. Hilo se puso a temblar. Apretaba el cuchillo garra con tanta fuerza que podía sentir que la empuñadura empezaba a quebrarse bajo la Fuerza involuntaria. La otra mano se engarfió en el pelo de Tar, sujetando el cráneo. Los árboles parecían acercarse y bloquearle el campo de visión.

Los dedos de Hilo se abrieron con un espasmo, y el cuchillo garra se le soltó de la mano y cayó a la gravilla. Dio la espalda a Tar con un giro seco, como una marioneta a la que tironearan las cuerdas.

—Maldita sea —susurró—. Joder. ¡Joder!

Se apoyó pesadamente con una mano en el árbol más cercano, con la cabeza gacha, y se tapó los ojos con la otra.

—Yo lo haré, Hilo-jen —dijo Tar a su espalda. Cogió el cuchillo de Hilo, se puso en pie torpemente y se sacudió el polvo de las rodillas—. Aléjate y yo me encargaré.

Aquella simple frase, pronunciada con tanta naturalidad, quebró el último resto de la determinación de Hilo. Era exactamente lo que Tar había estado haciendo por él durante años: encargarse de las cosas. Las cosas peores y más salvajes, con discreción, fiabilidad y eficacia,

sin ninguna queja, para que Hilo se pudiera alejar.

Se giró hacia Tar.

—Devuélveme el cuchillo. —Su asistente se lo tendió e Hilo lo guardó en la funda—. Esto es lo que va a pasar. —Bajó las manos—. Se te retirará el jade y te exiliarás de Kekon. No puedes volver. Jamás. Si lo intentas, perderás el derecho de vivir y cualquiera podrá matarte con mi aprobación. El clan querrá tu sangre, y tendré que convencer a todo el mundo de que la culpa fue de la Comezón y debe permitirse que sigas con vida, siempre que no vuelvas a portar jade. Te mandaré lejos, Tar, a algún lugar en el que tendrás que comenzar de nuevo, sin jade y sin clan.

Tar negó con la cabeza, con una expresión de desconcierto absoluto, como si no estuviera seguro de si darle las gracias a Hilo u odiarlo por perdonarle la vida.

—¡Sin el jade ni el clan no soy nada, Hilo-jen! —exclamó—. Que me ejecute otra persona si tú no quieres. Será más fácil para todos, y es lo correcto.

—Quizá —dijo Hilo en voz baja—. Pero no puedo perder otro hermano. Ya he perdido demasiados. —Puso las manos en los hombros de Tar, lo acercó hacia sí y apretó la frente contra la suya—. Siempre he podido contar contigo. Por eso te pedí demasiado. Te estoy pidiendo una cosa más, la última que necesito de ti. Te estoy pidiendo que vivas.

Cuando Hilo regresó a la mansión, dos horas después, encontró a Wen sentada en el suelo, en una esquina de la habitación, con las rodillas pegadas al pecho y un lado de la cabeza apoyado en la pared. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Apenas los alzó cuando él entró.

—¿Está hecho? —preguntó con voz átona—. ¿Mi hermano ha muerto?

Hilo colgó la chaqueta del poste de la cama y se sentó pesadamente en la esquina del colchón.

—No. Desnudo de jade y exiliado. Se habrá marchado antes de que salga el sol. —Arrojó un suspiro lleno de agotamiento emocional, se sacó del bolsillo un puñado de piezas de jade (anillos, piércings, campanilla, reloj) y los dejó en la mesilla. El jade de Tar. Le había prometido que algún día se lo entregaría a Maik Cam—. Muchos miembros del clan dirán que debería haber pagado con la vida. Y tendrán razón en estar furiosos. Iyn y su familia merecían más. Así que tendré que ocuparme de eso. Pero no podía matarlo. No podía matar a mi hermano. ¿Qué clase de persona podría?

Wen lo miraba fijamente con la boca entreabierta, como si quisiera decir algo pero hubiera perdido las palabras. Hilo se desabrochó la

camisa. El cielo empezaba a iluminarse sobre la casa y él necesitaba desesperadamente un par de horas de sueño antes de la inevitable tormenta que iba a desencadenarse el día siguiente.

—Voy a hacer cambios —dijo lentamente—. La gente de Tar, sus uñas, volverán a estar a órdenes de Juen. El lado más verde del clan, al completo, debería responder de nuevo ante el cuerno. Las tareas del asistente del pedestal eran distintas con el abuelo y con Lan. Yo las cambié a causa de la guerra y por ser Tar como era. A cualquier cosa que le pedía que hiciera me respondía que sí. Necesitábamos eso. Pero no quiero que las cosas vuelvan a ser así. —Apartó la mirada y se quitó el reloj y el cuchillo garra, que dejó en el vestidor—. El asistente del pedestal no respondía ante la mitad del clan con jade ni ante la otra mitad con dinero. Era alguien que siempre estaba al lado del pedestal; alguien que le daba los consejos que necesitaba oír, que hacía que todo funcionara con fluidez. Que ayudaba al pedestal a ser el pedestal.

Se levantó y se acercó a Wen. Le tendió una mano y la ayudó a levantarse.

—Esa persona eres tú —dijo—. No podía ser el pedestal sin ti, y todavía no puedo. Los dos nos hemos hecho daño mutuamente porque éramos demasiado testarudos sobre lo que esperábamos, y lo hemos pagado caro. Pero ¿qué sentido tiene vivir si nos rendimos con las personas que amamos? —La abrazó y le acarició el pelo. La besó en la frente, en las mejillas y en los labios—. Wen, ¿quieres ser el asistente del pedestal?

Wen le apoyó una mano temblorosa en la mandíbula.

—El clan es mi sangre —susurró con la voz henchida de emoción, pero perfectamente firme. Inclinó la cabeza y le besó el hueco de la garganta—. Y el pedestal, su señor.

INTERLUDIO PRIMERO

El largo juicio

EL último rey de Kekon, Eon II, presidió el periodo más oscuro de la historia de su nación y murió convertido en un fracaso ignominioso. Kekon había sido relativamente pacífico y próspero durante trescientos años tras la unificación bajo la familia real de Jan, pero cuando Eon II ascendió al trono, a los diecinueve años, el país se enfrentaba a la agitación política. Entidades extranjeras habían establecido su presencia en Kekon. Los mercaderes del Gremio de Exploradores de Bramsko, de Stepenland; el imperio Tun, que controlaba la ciudad portuaria de Toshon en la península meridional de Kekon, y la armada shotariana que gobernaba el océano Amárico Oriental estaban en conflicto creciente entre ellos y con la población local.

A la estela de varios incidente violentos y acusaciones de sobornos pagados por los extranjeros a la familia real, los numerosos clanes de huesos verdes del país empezaron a tomar partido unos contra otros; unos seguían leales a la acosada monarquía y otros apoyaban su derrocamiento. Cuando el imperio de Shotar invadió Kekon con todo su poderío militar moderno, se enfrentó a una fuerza defensora de guerreros de jade que poseían habilidades excepcionales, pero no tenían una organización ni una unidad comparables.

A pesar de aquello, la lucha fue tan encarnizada, y las bajas, tan numerosas que más tarde aparecieron documentos que revelaron que los comandantes militares shotarianos estaban preparados para quemar hasta los cimientos la ciudad de Yanlún, argumentando que, de otro modo, hasta el último huesos verdes de la isla moriría luchando, y cada uno se llevaría por delante a cientos de soldados

enemigos. Los consejeros del rey Eon II lo convencieron para que huyera del país y prosiguiera la guerra desde el exilio. Sin embargo, el monarca ordenó a los clanes que se retiraran. Se rindió ante Shotar y abdicó. El gobierno shotariano mantuvo al antiguo rey en un cómodo cautiverio, e hizo que su muerte por envenenamiento a manos de observadores extranjeros pareciera debida a causas naturales.

Los kekoneses sentían tanto desprecio hacia Eon II por ser un cobarde y un débil que cuando, cincuenta años más tarde, se restauró la monarquía simbólicamente, que no de modo funcional, Ioan III, el bisnieto de Eon, reinó con el título de príncipe para distanciarse de su odiado pariente. Los historiadores modernos han sido más clementes con Eon II. Se calcula que su capitulación aparentemente prematura salvó millones de vidas y permitió que los guerreros huesos verdes que quedaban en el país se reagruparan y crearan la Sociedad de la Montaña, la indómita red nacional de resistencia que acabaría con el dominio shotariano y sería la precursora de los clanes modernos. Durante su cautiverio, el antiguo monarca alentó la paz y la cooperación ciudadana con los gobernantes extranjeros, pero más adelante se descubrió que había vendido la mayor parte de las posesiones de su familia y había entregado el dinero en secreto a las guerrillas de huesos verdes a través de linternas intermediarios. Un guardaespaldas shotariano que escribió unas memorias de su servicio a Eon II lo describe como reservado, aficionado a los libros y especialmente amable con los animales: la antítesis del fiero y brutal estereotipo kekonés ampliamente mostrado por la propaganda shotariana.

En su lecho de muerte, el rey caído en desgracia dijo que lamentaba una cosa: «Me recordarán no por lo que fui, sino por lo que no fui. Quizá sea lo mejor. Que los dioses me juzguen por lo que no hice».

Capítulo 15

Escépticos

Año decimotercero, sexto mes

En su calidad de médico más novato de la clínica del distrito de Pau-Pau, a Anden le correspondían los peores turnos: última hora de la noche, primera hora de la mañana, festivos… De los dieciocho médicos, solo tres eran huesos verdes. Era frecuente que siguiera trabajando cuando terminaban sus turnos asignados, y que lo llamasen fuera de aquellos. Su fama de prodigio del jade y su estatus como miembro de la familia Kaul tenía la consecuencia de que los puños y los dedos del clan pedían expresamente que los tratara él, de modo que estaba muy solicitado. Además, Pau-Pau era un barrio pobre y violento, de modo que tenía que bregar a menudo con casos urgentes. Una noche lo llamaron para que atendiera a un paciente con un pulmón colapsado y hemorragias internas. Se sorprendió al ver que el hombre de la cama era Lott Jin, su antiguo compañero de la academia Kaul Dushuron y actualmente primer puño de Yanlún del clan Sin Cumbre.

—¡Lott-jen! —exclamó Anden—. ¿Cómo te ha pasado esto?

Las lesiones más graves de Lott eran resultado de golpes. Milagrosamente no tenía ningún hueso roto, y las heridas de cuchillo que mostraba eran superficiales; estaba claro que su Acero era excelente, pero los vasos sanguíneos y los órganos internos eran difíciles de proteger incluso poseyendo buenas habilidades del jade.

—Barukanos —respondió Lott escueto, como si fuera la única explicación necesaria.

Más tarde, los dos dedos que esperaban nerviosos en la zona de recepción para conocer el estado de su capitán le dijeron que lo

habían emboscado unos hombres armados con trozos de tubería, palanquetas y cuchillos de carnicero durante una operación de vigilancia de un escondrijo barukano. El primer puño había matado a cuatro atacantes antes de caer desde el tercer piso de una escalera de incendios. Algunos pandilleros barukanos poseían suficiente capacidad jade autodidacta para ser peligrosos incluso contra huesos verdes, sobre todo en superioridad numérica. Muchos procedían de la banda Matyos de Shotar y prestaban una lealtad difusa al clan Montaña, que denunciaba y castigaba sus actividades ilegales pero a la vez los usaba para trabajos de bajo nivel y para atacar a Sin Cumbre sin mancharse las manos directamente. Mantener controlados a los delincuentes y, a la vez, manipularlos contra sus rivales era una tradición de los clanes que venía de largo.

Normalmente, para operar a Lott sería necesario detener las hemorragias, pero Anden consiguió encontrar la herida y sellar los vasos sanguíneos con unos cuantos pulsos de Canalización. No pudo evitar sentir extrañeza al tratar a un compañero de clase por el que había sentido algo cuando era adolescente, y no pudo dejar de fijarse en que, incluso pálido y herido, con el pelo ondulado empapado de sudor, los párpados de largas pestañas cerrados y los labios mohínos apretados por el dolor, Lott seguía siendo atractivo. También era ahora uno de los principales huesos verdes del clan.

—Tienes que pasar aquí la noche, conectado a la máquina de oxígeno —le dijo Anden, Canalizando lentamente de forma extendida para reactivar la circulación de sangre y acelerar la curación—. Te recuperarás del todo, Lott-jen, pero llevará unas semanas.

Lott asintió, con los ojos aún cerrados. Anden fue a lavarse las manos.

—Podías haber sido tú, Emery —dijo Lott a su espalda—. Eras el mejor de la clase en la academia. Cabía esperar que tú te convirtieras en el primer puño, no yo. —Anden se giró. Lott había abierto los ojos y lo miraba con las comisuras de los labios curvadas en una sonrisa irónica. Señaló su situación, su cuerpo cubierto de vendajes—. ¿Estás seguro de que tomaste la decisión correcta? ¿No te arrepientes?

Anden frunció el ceño y se secó las manos.

—A saber qué rango habría alcanzado. Quizá ya habría muerto a manos de Montaña o por culpa de la comezón. El destino es tan responsable de los nombramientos en el clan como los méritos. Quizá más.

Aquello también se aplicaba en el caso de Lott. Iyn Ro había sido la elegida para ascender a primer puño, pero entonces había muerto a manos de Tar. Anden se estremeció al pensar en aquella noche.

Podía sentir clavados en la nuca los ojos de Lott, el lento remolinear de su aura de jade.

—No creo que nadie pueda saber nunca si hizo las elecciones correctas —dijo—, pero yo no me arrepiento de las mías mientras siga con vida para ser útil de otras formas. —Se sentó en la silla al lado de la cama de Lott e intentó no fijarse en sus ojos oscuros ni en la sombra de barba en su mandíbula—. ¿Y tú, Lott-jen? Cuando estábamos en la academia no querías prestar juramento al clan como guerrero de jade. ¿Por qué cambiaste de idea?

La expresión de Lott se endureció y su aura pareció replegarse. Anden supuso que no le contestaría, pero entonces habló:

—Todos decían que mi padre era un puño importante, de lo más verde. Cuando yo era un chaval no quería tener nada en común con ese cabrón, que los dioses lo reconozcan. —Lott intentó inspirar profundamente y se dobló hacia delante, dolorido. Cuando volvió a reclinarse añadió—: Después de que muriera, el clan estuvo allí, cuidó de mi madre y de mis hermanos. Mi hermana se graduó en la universidad. Mi madre puso en marcha una empresa de cáterin. Antes, jamás habrían soñado con hacer algo así. ¿Por qué no iba yo a ascender al rango más alto que pudiera? Es lo mejor que puedo hacer por ellas. —Le dirigió una mirada desafiante, como si esperara que se lo discutiera. Como aquello no sucedió, el tono de Lott perdió el matiz defensivo—. El pedestal fue la primera persona del clan que me habló como a un hombre. Esperaba de mí que fuera yo mismo, no una mala copia de mi padre. Me hizo pensar que era posible ser verde sin ser cruel y colérico.

—Jamás te consideré una copia de nadie —dijo Anden con suavidad—. A mí siempre me pareciste tú mismo. —Llevado por un impulso alargó la mano hacia Lott, pero este apartó el brazo; no seca y apresuradamente, pero de forma bastante obvia. Anden retiró la mano, dolido, enrojeciendo de vergüenza.

—Me alegra que seas feliz con las decisiones que has tomado —dijo Lott, no sin amabilidad pero apartando la mirada y fingiendo que no se daba cuenta de la incomodidad de Anden—. Gracias por remendarme, keke. Ahora que soy primer puño, la vida es más peligrosa y, si tengo mala suerte, la caída será más dura. No puedo permitirme ser descuidado ni cometer errores.

Anden se encontró un mensaje en espenio en el contestador automático cuando volvió al pequeño despacho que compartía con otros dos médicos, los cuales ya habían terminado su jornada y se habían ido a casa. Miró el reloj e hizo un cálculo rápido de zonas horarias; en Adamont Capita sería por la mañana. Para evitar que en

la factura telefónica del hospital aparecieran caras llamadas de larga distancia, usó una tarjeta prepago para ponerse en contacto con el doctor Martgen, quien descolgó al segundo timbrazo.

—Gracias al Vidente que he dado contigo —dijo el médico espenio—. Me temo que hemos chocado contra una pared.

Durante los seis últimos años, el doctor Martgen y un pequeño grupo de defensores apasionados de la República de Espenia, con un discreto pero considerable apoyo del clan Sin Cumbre, habían estado abogando por la legalización del jade bioenergético en los tratamientos basados en la medicina kekonesa. En la Asamblea Nacional se estaba debatiendo un proyecto de ley, pero la Asociación de Médicos de Espenia lo estaba bloqueando.

—No es solo que la AME esté intentando cargarse la propuesta; propone un endurecimiento de las penas para cualquiera que use jade bioenergético para, en sus palabras: «realizar intervenciones o tratamientos médicos no demostrados y potencialmente dañinos».

Anden apretó los nudillos contra la mesa. No le sorprendía que la mayoría de los médicos espenios no comprendiera el jade y lo considerara una amenaza inaceptable a las prácticas establecidas, pero si se aprobaba la contramedida, los sanadores huesos verdes como Dauk Sana, que llevaban décadas tratando discretamente a la comunidad kekoespenia, podrían enfrentarse a la detención y a años de cárcel.

—¿Podemos hacer algo?

—Hay alguna noticia buena —dijo el doctor Martgen—. Ayer convencimos al diputado Sonnen, presidente del Comité de Salud Nacional, para que aplazara tres semanas la votación y permitiera que los legisladores presenciaran una demostración pública de medicina bioenergética antes de tomar una decisión. —Hubo una breve pausa en la línea—. Me doy cuenta de que aviso con muy poca antelación, pero ¿hay alguna forma…?

Anden se dejó caer en la silla. La legalización del jade en Espenia, incluso si se limitaba al campo de la medicina, era algo que Sin Cumbre había estado buscando durante años.

—Tomaré un avión en cuanto pueda. Debo organizar un par de cosas en el trabajo y con mi familia, e intentaré que me acompañen otros. Te llamo más tarde.

Tras colgar, Anden dejó escapar un largo suspiro y se frotó la cara con las manos. Después volvió a coger el teléfono. Llamó a sus compañeros para pedir y cobrarse favores, rogándoles que cubrieran sus turnos de las tres semanas siguientes, y luego dejó un mensaje a la secretaria de la clínica para que cambiara la fecha de las citas menos

urgentes. Despachado ese asunto, llamó a la residencia Kaul. Hilo no estaba en casa, pero Anden le explicó la situación a Wen y esta le dijo que organizara el viaje a Espenia y actuara con la completa autoridad del clan. Anden todavía se sobresaltaba a veces al oír a su cuñada decir cosas como: «Le comunicaré al pedestal todo lo que me has dicho», refiriéndose a Hilo de la forma en que hablaría un asistente del pedestal, como si no compartieran la cama todas las noches.

Tras asegurarse la aprobación del clan, Anden telefoneó a los doctores Timo y Yon, dos médicos veteranos que habían viajado con él a Espenia en las visitas profesionales al Centro de Investigación Médica Demphey. En condiciones normales, jamás habría sido tan presuntuoso como para contactar con ellos directamente a una hora tan inapropiada y pedirles que alteraran sus planes. Con cada uno de ellos pidió disculpas por molestarlos en casa y dijo: «Mi primo, el pedestal de Sin Cumbre, me ha pedido que actúe en nombre del clan», lo que dejaba claro que no hacía aquella solicitud como un compañero menos veterano, sino como representante de la familia Kaul. Les aseguró que se los compensaría por las molestias y que el clan correría con todos los gastos.

Después de que los dos médicos aceptaran viajar, Anden hizo una última llamada: marcó el número de la academia Kaul Dushuron y la extensión de la residencia de estudiantes masculinos, seguido de las dos cifras del número de habitación. Un par de años antes habían instalado teléfonos privados en las habitaciones de los estudiantes, un lujo que Anden jamás había disfrutado cuando estuvo allí. Le dijo a Niko que lo sentía, pero que no podría llevarlo a ver el partido de balón relevo de los Espíritus de Yanlún el siguiente fin de semana, pero que si se pasaba por su piso dos veces por semana para recoger el correo y regar las plantas, le pagaría cien dien.

—No hay problema, tío Anden —dijo Niko—. Tengo entendido que en Espenia hay muchos ladrones; cuando estás allí, ¿llevas uno de esos cinturones monedero por debajo de la ropa para burlar a los carteristas?

Niko era un catorceañero excepcionalmente curioso, predispuesto a imaginar las peores situaciones posibles.

—¿Me puedes traer una bolsa de esos caramelos ácidos de la última vez? —preguntó cuando Anden le explicó que la zona de Adamont Capita que iba a visitar era perfectamente segura. Anden se lo prometió.

Tras una larga y frustrante espera en la llamada a Air Kekon, Anden consiguió reservar pasaje en un vuelo directo a Adamont Capita el día siguiente por la tarde. Las únicas plazas disponibles en la

cabina principal eran asientos de centro cerca de la cola del avión. En el mostrador de facturación del aeropuerto pasó un minuto debatiendo consigo mismo antes de decidirse a cambiar por un billete en preferente; aunque sus primos le habían concedido autoridad plena, siempre titubeaba a la hora de gastar dinero de Sin Cumbre, pues no tenía ningún rango oficial y se sentía en una especie de deuda perpetua por el hecho de que la familia Kaul lo había criado, había pagado su educación como huesos verdes en la academia Kaul Dushuron, y sus estudios en la universidad en Espenia en la Escuela de Medicina Bioenergética, y todo, ¿para qué?

Se había convertido en un buen médico; su relación con los kekoespenios de Puerto Massy habían beneficiado al clan a ambos lados del océano Amárico, y había actuado durante años como enlace entre el equipo de investigación de Martgen y los médicos huesos verdes de Yanlún. Pero su abuelo adoptivo, el difunto Kaul Seningtun, que los dioses lo reconocieran, había adoptado a un chiquillo huérfano con la esperanza de añadir a la familia un guerrero de jade prodigioso que pudiera ayudar a sus nietos a liderar el clan. Anden sabía que sus primos no evaluaban su valía de una forma tan mercenaria, pero imaginaba que otras personas sí. Lott Jin lo había expresado casi directamente cuando comentó que podría haber sido primer puño en su lugar. Anden se decía a menudo que, a sus treinta y un años, había dejado de importarle lo que pensaran de él, pero a pesar de todo no podía evitar sentir que aún tenía que demostrar algo.

Ya en el avión, no se arrepintió de haber decidido cambiar de asiento. Tras un vuelo nocturno de doce horas y media tendría que llegar a la capital de Espenia preparado para demostrar en público sus habilidades del jade mientras se enfrentaba a legisladores extranjeros hostiles y escépticos. Era más importante que llegara descansado y no fallara al clan, a su vocación ni a su país que ahorrar un par de miles de dien.

Cuando Anden llegó al hotel Vista Capita lo recibieron el doctor Martgen y Rigly Hollin, que estaban en el restaurante. Era evidente que el doctor Martgen estaba soportando un gran estrés; tenía profundas ojeras bajo sus ojos claros, y su barba normalmente bien recortada se veía greñuda y desaliñada. Mostraba la expresión osada pero temerosa de un hombre frente al pelotón de fusilamiento. Su investigación y su defensa de la medicina bioenergética lo habían convertido en un paria entre muchos miembros de la comunidad médica, y si el proyecto de ley fracasaba ante la Asamblea Nacional, probablemente perdería todo su prestigio.

Rigly Hollin, por contraste, estaba emocionado e intensamente

concentrado, como un atleta antes de una competición. A veces, Anden tenía que pedirle que hablara más despacio o repitiera lo dicho, solo para entenderlo.

—Es una gran noticia para nosotros, realmente buena —declaró—. El diputado Sonnen nos ha dado exactamente lo que necesitábamos: una demostración pública. Cualquiera puede despreciar o desacreditar los datos de un informe, pero no podrán discutir lo que la gente ve con sus propios ojos. La pelota está en nuestro campo y el rucket es nuestro.

La referencia le pasó por encima a Anden, que nunca había llegado a entender ni apreciar el juego de ruckets, pero el optimismo de aquel hombre lo animó. Rigly Hollin era el subdirector de la empresa de publicidad y relaciones públicas WBH Focus. Estaba casado con una kekonesa. Durante un viaje a Yanlún, cinco años antes, su mujer lo había animado a tratarse con jade bioenergético una antigua lesión deportiva que llevaba más de diez años atormentándolo. Asombrado por la mejora que experimentó, Hollin se sintió decepcionado al descubrir que aquella práctica no estaba disponible legalmente en Espenia, salvo dentro de unos pocos programas médicos experimentales. Así había establecido contacto con el doctor Elan Martgen. Desde entonces, la empresa de Hollin se había asociado con Martgen y los compañeros de este para dirigir una importante campaña encaminada a divulgar la medicina bioenergética y presionar por su legalización. WBH Focus grabó un documental de treinta minutos y lo emitió en las principales cadenas de televisión; publicó los resultados de la investigación de Martgen en periódicos de tirada nacional, y recogió cientos de miles de firmas para una petición a los legisladores.

Toda la financiación de aquel trabajo procedía indirectamente del clan Sin Cumbre. El Centro de Investigación Médica Demphey era una institución sin ánimo de lucro que dependía de las subvenciones del gobierno; jamás se habría podido permitir grabar documentales y poner anuncios en los principales periódicos. Todos los años, la oficina del hombre del tiempo efectuaba una generosa donación a la Escuela de Medicina Bioenergética, asignada para el intercambio cultural y las asociaciones académicas. Kaul Shae había dejado más que claro que el dinero debía destinarse a un solo fin: promover la medicina del jade en Espenia.

Martgen y Hollin explicaron a Anden que la demostración se realizaría en una clínica privada local que había aceptado alquilar el espacio durante un tiempo limitado. Dispondrían de tomógrafos y equipos de diagnóstico por imagen. La Asociación de Médicos de

Espenia enviaría observadores, y Hollin había organizado la presencia de periodistas y cámaras de televisión. Anden y los otros dos médicos kekoneses, que llegarían al día siguiente, atenderían a cualquiera que solicitara tratamiento. La lista de pacientes, hasta el momento, incluía un gran número de legisladores y periodistas interesados.

—Me doy cuenta de que os estamos pidiendo mucho a tus compañeros y a ti —dijo con preocupación el doctor Martgen—. Me gustaría que esto no fuera una batalla, pero la Asociación de Médicos de Espenia es una entidad poderosa y muy conservadora. No cambia con facilidad, y menos si se trata de aceptar influencias de otros países y otras culturas.

Por las conversaciones que Anden había oído en torno a la mesa de la familia Kaul, el clan Montaña estaba esquivando el embargo a las islas Uwiwa mediante operaciones subsidiarias en Urtoko Oriental dirigidas por sus aliados barukanos. También había indicios de que estaba intentando entrar en Espenia, país que durante muchos años había representado la mayor ventaja de Sin Cumbre. «Por mucho que Ayt juegue la carta xenófoba ante el público, sabe que la República de Espenia es demasiado grande e importante para dejárnosla a nosotros solos —había dicho Hilo—. Es solo cuestión de tiempo que Montaña mueva ficha allí».

Anden estaba cada vez más nervioso, pero se las arregló para sonreír.

—Debería dormir un poco —dijo a Martgen y Hollin—. Parece que voy a estar ocupado.

Más tarde, Anden recordaría las dos semanas que pasó en la clínica de Adamont Capita como uno de los periodos más agotadores y desafiantes de su vida profesional. Se ocupó personalmente de más de doscientos pacientes, y tanto Timo como Yon atendieron a más aún, de modo que en total recibieron tratamiento unas ochocientas personas. Las dolencias de las que se encargó Anden variaron considerablemente. Algunas personas tenían dolores crónicos, lesiones con secuelas persistentes, úlceras o heridas que trató incrementando el flujo sanguíneo en las zonas afectadas y estimulando la curación. Otras necesitaban que les rompiera las piedras del riñón o las placas arteriales con una Canalización muy precisa. Cortó el flujo sanguíneo de una serie de tumores y quistes fibrosos, para evitar que siguieran creciendo. En varias ocasiones, el trabajo fue puramente diagnóstico: dolores o enfermedades inexplicables que le exigieron que tensara la Percepción y buscara en el cuerpo alguna anomalía que luego se identificaría con más precisión mediante resonancia magnética o TAC, o se trataría con medicina física.

La mayoría de los que acudieron parecían dispuestos a probar cualquier cosa que pudiera ayudarlos y estaban contentos por recibir atención médica gratuita, pero Anden trabajó a la sombra de varios médicos espenios que lo observaban con desconfianza, tomaban notas y fruncían el ceño, y a veces interrogaban a los pacientes para asegurarse de que eran reales y no actores contratados. Anden respondió a las preguntas de los periodistas e intentó hacer muchos comentarios para las videocámaras instaladas en la sala. Explicó a los observadores que la disciplina marcial kekonesa de la Canalización era la base de toda la medicina bioenergética, pero aquella palabra se usaba raras veces en el campo médico, pues abarcaba distintas ramas de tratamiento, categorizadas en función de que el propósito fuera aumentar, reducir o redireccionar la energía, la velocidad y la fuerza con que se aplicaba y el sistema orgánico que se manipulaba: vascular, neurológico, etcétera.

Anden no había usado nunca sus habilidades del jade a aquel ritmo constante, día tras día, excepto durante las pruebas finales de la academia Kaul Dushuron, y ni siquiera entonces le había parecido tan difícil. Todos los días llegaba a la clínica antes de que amaneciera, trabajaba el día entero y luego volvía a su habitación del hotel cuando ya había anochecido y se derrumbaba agotado, solo para levantarse a la mañana siguiente y repetir el proceso. Varios legisladores y periodistas a los que trataron los médicos kekoneses, o que tenían familiares o amigos que habían ido a la clínica, quedaron tan impresionados que se convirtieron en adalides públicos del proyecto de ley, que se había publicitado ampliamente en las noticias. Había corrido la voz de la visita de los médicos huesos verdes, y centenares de personas más se presentaron en la clínica con la esperanza de entrar; algunos pasaron horas esperando en la acera. A la mayoría, por desgracia, hubo que decirle que se marchara, lo que causó unas protestas públicas muy oportunas.

—He venido a Adamont Capita con la esperanza de influir en la legislación, no para trabajar como enfermera de la caridad —gruñó en cierta ocasión el doctor Yon al ver la cola que se alargaba más allá de la sala de espera de la pequeña clínica.

Al cabo de las dos semanas, Anden tenía la impresión de que su sentido de la Percepción estaba tan quemado que la energía que lo rodeaba se había convertido en un borrón difuso e indistinguible en su mente, y dudaba que pudiera reunir la fuerza de Canalización suficiente para aturdir a un ratón. Los doctores Timo y Yon también estaban agotados, y aunque los dos eran partidarios apasionados de difundir por el mundo la medicina del jade, en más de una ocasión le

dijeron en privado a Anden que más valía que todo aquel trabajo mereciera la pena. Quizá, reflexionaron en voz alta, el hombre del tiempo de Sin Cumbre quedaría bastante complacida con aquel esfuerzo para hablar con el decano de la Escuela de Medicina Bioenergética sobre una subida de sueldo para los miembros docentes.

Martgen y Hollin estaban entusiasmados.

—La votación sobre la legalización se celebrará al final de la semana —le dijo Hollin a Anden. La Asociación de Médicos de Espenia había intentado aplazarla otra vez, pendiente de «investigaciones adicionales», pero el diputado Sonnen había rechazado la propuesta—. Estamos en el último rucket —declaró Hollin—. La voluntad del pueblo no se puede negar.

El optimismo del publicista fue prematuro. Cuarenta y ocho horas antes de la votación programada, dos abogados llamaron a la puerta de la habitación de Anden. La Asociación de Médicos de Espenia había logrado que los legisladores determinasen que se debía interrogar al facultativo que encabezaba la demostración sobre sus antecedentes y sus lazos con el clan Sin Cumbre. A la mañana siguiente, Anden debía presentarse ante una audiencia extraordinaria del Comité de Salud Nacional.

«Así debe de ser ir a juicio», pensó Anden. Estaba sentado a solas ante una pequeña mesa con un micrófono, enfrentándose a un largo banquillo semicircular elevado desde el que lo observaba una docena de legisladores espenios. Le habían hecho unas cuantas preguntas superficiales sobre sus credenciales académicas y profesionales, con tono de interés cortés, y ahora parecían por fin dispuestos a ir al grano.

—Doctor Emery —dijo uno de los miembros del comité, el doctor Gilspar, que también era el secretario de la Asociación de Médicos de Espenia—. ¿Es cierto que fue adoptado y criado por Seningtun Kaul, el líder y patriarca del clan Sin Cumbre, uno de los dos principales clanes de Kekon que controlan el jade bioenergético?

—Sí —respondió Anden—. Es cierto.

—Y durante ocho años, la familia Kaul lo envió a una de las escuelas de entrenamiento en el combate de jade de Kekon, donde los alumnos se gradúan para ser soldados callejeros de los llamados clanes de huesos verdes. ¿Es cierto también?

Anden pasó la mirada por la larga línea de espenios que lo observaban. No portaba jade, de modo que no podía Percibir cuáles simpatizaban con él y cuáles le eran contrarios; solo podía hacer una suposición basándose en sus expresiones y su lenguaje corporal. La mayoría, sin embargo, lo contemplaba con cara de póker.

—Me licencié en la academia Kaul Dushuron —declaró—, una de las mejores academias marciales del país. Muchos de los graduados, pero no todos, se unieron al clan Sin Cumbre. Otros, como yo, nos decantamos por otras profesiones, incluida la medicina.

—Pero sigue siendo miembro del clan Sin Cumbre. ¿Correcto?

—La mayoría de la gente que vive en Yanlún está afiliada de algún modo a los clanes de huesos verdes —explicó Anden—. Son instituciones esenciales en el país, como las sociedades de comercio aquí en Espenia.

—Para los presentes en esta sala que no están familiarizados con esos clanes de huesos verdes —dijo Gilspar, mirando con expresión de importancia a sus compañeros del comité—: controlan efectivamente la extracción, el procesamiento y la distribución de jade bioenergético kekonés, nacional e internacionalmente, legal e ilegalmente. Su poder en ese pequeño país es tal que se los podría describir de hecho como un gobierno en la sombra. Y no paran mientes en usar cualquier medio que consideren necesario, incluida la violencia, para alcanzar sus objetivos.

—Como las sociedades de comercio, pues —dijo un periodista, lo que suscitó algunas carcajadas.

—¿Cuál es el propósito de esta línea de interrogatorio, doctor Gilspar? —dijo el diputado Sonnen.

El doctor Gilspar alzó la voz a la defensiva; arrancó ecos del alto techo de la cámara.

—Señor presidente, estoy intentando determinar si el doctor Emery y sus colegas tienen motivos contrarios a los intereses de los pacientes espenios. —Se volvió hacia Anden—. Ya que usted se ha criado en la familia gobernante, no es un miembro ordinario de Sin Cumbre, ¿verdad, doctor Emery? ¿Sería exacto decir que usted es, de hecho, un líder dentro del clan?

Anden se inclinó hacia delante para hablar con más claridad al micrófono.

—Personalmente soy cercano a la familia Kaul, pero no poseo ningún título ni rango en el clan Sin Cumbre. Como médico, no estoy sujeto a ningún clan. Mi obligación es usar mis habilidades del jade para curar a aquellos que necesiten atención.

—Sin embargo, ¿reconoce que en el pasado hizo uso de sus habilidades para cometer actos violentos?

Anden se sintió como si estuviera caminando por una pasarela estrecha y aquel desagradable espenio estuviera intentando empujarlo y pincharlo desde todas las direcciones para hacerlo caer.

—Cuando era joven me entrenaron para usar el jade en combate, y

mi ciudad natal, Yanlún, ha sufrido épocas conflictivas en las que he tenido que defenderme. Además, los duelos son una práctica habitual en mi país, y prácticamente todos los hombres han peleado en algún momento.

—Eso no responde a mi pregunta —replicó Gilspar.

—¿Cuál es la pregunta alrededor de la que está mareando, doctor Gilspar? —intervino con impaciencia el diputado Sonnen—. Estamos aquí para decidir si se aprueba el uso legal del jade bioenergético con fines médicos, no para investigar todos los detalles de la crianza y el carácter personal del doctor Emery.

Murmullos de acuerdo recorrieron la sala, y por primera vez, Anden vio asentir a varios políticos. Sintió una oleada de agradecimiento hacia Sonnen. Había empezado a preguntarse si alguien iba a señalar el sesgo cada vez más acusado del representante de la AME y lo irrelevante de aquella línea de interrogatorio. Gilspar, sin embargo, no había acabado. Al notar que la marea se estaba volviendo en su contra, puso los puños en la mesa, se levantó a medias del asiento y habló con más vehemencia aún:

—Señor presidente, es evidente lo que está pasando aquí. Los kekoneses ganan millones de thalires vendiendo jade a la República de Espenia mediante los contratos militares. Los clanes que gobiernan las islas son organizaciones implacables y bárbaras, y ahora quieren hacerse también con nuestro mercado de la sanidad. ¿Vamos a permitírselo? ¿De verdad vamos a dar a un puñado de kikus licencia legal para practicar con los ciudadanos de nuestro país sus métodos contrarios a la Verdad?

La sala estalló en exclamaciones y discusiones acaloradas. Anden sintió que le ardía la nuca, y la camisa que llevaba bajo la chaqueta oscura se le estaba pegando a la espalda a causa del sudor, pero siguió sentado en silencio, sin mostrar ira mientras la voces se alzaban a su alrededor y los periodistas tomaban fotografías. Cuando era más joven, Anden creía que la gente de Espenia era como su padre biológico: superficial, arrogante, impía. Desde entonces había conocido a suficientes espenios para saber que era un simple estereotipo como cualquier otro, pero aquel hombre que había hablado tan agresiva y groseramente, aquel tal Gilspar, era de la clase de espenios que había hecho que el mundo los odiara. Soltaba con confianza verdades a medias sobre cosas de las que no sabía nada; tenía la arrogancia de juzgar a los demás según sus propios criterios y motivos hipócritas, y se atrevía a mostrar desprecio hacia la familia de un extranjero.

El diputado Sonnen golpeó con el mazo y ordenó un receso de

treinta minutos.

—Doctor Emery, tenga la amabilidad de esperar en la sala de visitantes hasta que decidamos si necesitamos hacerle más preguntas.

Anden estaba demasiado ansioso por escapar. La sala de visitantes era una simple habitación con unos cuantos sillones, un teléfono y retratos al óleo de gobernantes espenios. Martgen y Hollin se reunieron con él allí. Solo les habían permitido presenciar la sesión desde la balconada de la sala del comité. Martgen estaba pálido y se enjugaba la frente; parecía que lo hubieran estado interrogando a él. Hollin le dio a Anden una palmada en la espalda y dijo que lo había manejado todo perfectamente y que había sido la imagen del aplomo profesional fiable comparado con Gilspar.

Anden usó el teléfono de la sala para llamar a la recepción del hotel Vista Capita y preguntar si tenía algún mensaje. La noche anterior había explicado la situación a Shae tan pronto como supo lo que le esperaba, y quería saber si sus primos tenían más instrucciones. El recepcionista le dijo que había recibido un mensaje y lo conectó con el sistema de correo de voz. Para sorpresa de Anden, la voz de Hilo dijo:

—Andy, llámame a casa cuando oigas esto. Llama por la línea de la familia desde una cabina. No te preocupes por la hora que sea; llama.

En el edificio había cabinas telefónicas, pero Anden no confiaba en que fueran bastante seguras. Se inventó una excusa para salir, alegando que necesitaba fumar un cigarrillo para calmarse los nervios, lo que no era falso del todo. En la calle había una cabina una manzana más abajo. Anden llamó a cobro revertido al número que conectaba directamente con el despacho del pedestal. Miró el reloj; sería casi medianoche en Yanlún. Hilo descolgó al tercer timbrazo.

—¿Cómo va por ahí, primo? —preguntó. Anden le presentó un informe sucinto de lo que había pasado.

—Shae tiene gente investigando a ese Gilspar —replicó Hilo. Recibe un montón de dinero de las farmacéuticas. Además tiene por lo menos dos amantes. Si tenemos que hacerlo callar, podemos, pero has estado haciendo un buen trabajo, así que vamos a esperar a ver qué pasa.

Anden no pudo evitar desahogarse un poco.

—Hilo-jen, me da vergüenza tener sangre espenia.

—No digas eso, Andy —lo reprendió Hilo—. ¿Vas a dejar que las palabras de un burócrata sangrefloja espenio hagan que te sientas mal contigo mismo? ¿No te he dicho siempre que, en tu caso, un poco de sangre espenia te hace mejor? ¿No ha sido bueno para nosotros que pudieras ir por ese país y parecer uno de ellos? —Hilo hizo una pausa

y Anden oyó que el teléfono se cubría un momento, quizá mientras Hilo se lo apretaba contra el hombro y decía con seriedad fingida: «Eh, no eres demasiado mayor para darle un abrazo de buenas noches a papá, ¿no?», sin duda hablando con Ru, el único hijo de la familia que aún vivía en la mansión Kaul, ya que Jaya había empezado la academia aquel año. Segundos después, Hilo volvió al teléfono—. Sea como sea, has hecho ahí todo lo que podías. Necesito que vayas a Resville. Mañana, a ser posible.

—¿Resville? —Era una ciudad del sur de Espenia, a tres horas en avión desde la capital—. ¿Por qué?

—Porque es donde Montaña está intentando clavar una pica en Espenia —dijo Hilo—. Sabíamos que harían algún movimiento, y lo están haciendo en Resville. Son conscientes de que tenemos demasiada fuerza en Puerto Massy, así que han ido a otro sitio esperando que no nos diéramos cuenta. Tenemos que barrerlos de ahí. Necesito que veas a una persona, para organizar las cosas.

Anden volvió a mirar el reloj. Habían pasado treinta minutos y se suponía que debía estar dentro, esperando a saber si lo volverían a llamar ante el comité para hacerle más preguntas. Llevaba dieciséis días en Adamont Capita. Como ciudadano kekonés portador de jade, solo se le permitía pasar veinte días en la República de Espenia, y había esperado usar los pocos que le quedaban para visitar Puerto Massy y ver al señor Hian, que ya pasaba de los ochenta años. Con la señora Hian fallecida, que los dioses la reconocieran, ¿quién sabía cuánto viviría el señor Hian? Resville no estaba en absoluto cerca de Puerto Massy.

—Tengo que irme, Hilo-jen; me he ausentado demasiado —dijo—. Quizá siga un rato atascado aquí, no lo sé aún. Por supuesto, si tenemos una oportunidad de destruir a Montaña en Resville antes de que se asiente en este país, debemos aprovecharla, pero no me puedo marchar sin avisar; sería sospechoso. Esta noche, para ti primera hora de la mañana, te vuelvo a llamar.

Colgó y se apresuró a volver al edificio. Llegó en diez minutos, sin aliento, y pidió disculpas a un nervioso doctor Martgen y explicó que había entrado por la puerta incorrecta y se había perdido por los pasillos. Resultó que no habría necesitado darse tanta prisa: transcurrieron otros cuarenta y cinco minutos antes de que lo llamaran para que volviera a la sala del comité.

Gilspar parecía abochornado y muy decaído. No volvió a hablar ni tuvo oportunidad de hacer más preguntas. El diputado Sonnen carraspeó y anunció a la sala:

—Este comité ha decidido por mayoría que el proyecto de ley para

legalizar el uso del jade bioenergético con fines médicos se someta a votación en la Asamblea Nacional mañana por la mañana. Hemos oído suficientes argumentos de ambas partes de este debate, y, a pesar de algunas opiniones contrarias muy enérgicas, las pruebas reunidas son indisputables.

Varios observadores se pusieron a aplaudir, pero Sonnen levantó una mano.

—Doctor Emery, antes de que declare que puede marcharse, quiero darle las gracias por su duro trabajo, su paciencia y su alegato. Es inspirador ver como un mestizo de tanto éxito como usted muestra lo mejor de su herencia. La cantidad de pacientes a los que ha ayudado en las dos últimas semanas es testimonio de su dedicación como médico, y espero que el extremo al que ha tenido que soportar comentarios insensibles y prejuiciosos palidezca en comparación con las numerosas personas que están impacientes por conocer lo que pueden ofrecernos otras culturas.

Anden dio las gracias al diputado Sonnen y salió de la sala entre aplausos de agradecimiento. Se quedó lo justo para aceptar aliviados apretones de manos del doctor Martgen y de varios miembros de su equipo de investigación y complacidas palmadas en la espalda de Rigly Hollin y su equipo. Después regresó a la habitación del hotel y preparó el equipaje. A la mañana siguiente, tras dos horas de debate, la Asamblea Nacional aprobó con una ligera mayoría la legalización del uso médico del jade bioenergético. Para entonces, Anden volaba hacia Resville por orden del pedestal, para buscar la destrucción de los enemigos del clan.

Capítulo 16

Eres todo negocios

La dirección que le habían dado sus primos llevó a Anden a una zona industrial de Resville, hasta un almacén reconvertido sin ningún cartel sobre la puerta. Hacía mucho más calor que en Adamont Capita. Las paredes de estuco estaban descoloridas por el sol, y el hormigón de los alrededores resplandecía casi blanco bajo el calor seco. El interior del edificio era sombrío en comparación con el implacable sol del mediodía, y tenía un intenso olor a sudor rancio. Anden había esperado encontrar algo semejante al reñidero de Puerto Massy (un salón de entrenamiento secreto para los huesos verdes, convertido en espacio de reunión social por las noches), pero el lugar en que entró se parecía muy poco al sótano del centro comunitario kekonés de Trampasur. La mayor parte del suelo del almacén estaba ocupada por lo que parecía una zona de combate, con maltrechas esteras azules que cubrían el suelo de hormigón y acordonada con alambradas del suelo al techo. La zona de combate no estaba vacía; por todo el espacio había cajas de madera amontonadas, bidones metálicos y bloques de hormigón. De las vigas colgaban cuerdas, y había barras de acero suspendidas en horizontal de gruesas cadenas.

Dentro del espacio cerrado, dos huesos verdes estaban haciendo esparrin de forma bastante espectacular: saltaban con Ligereza sobre los obstáculos, lanzaban Desviaciones que hacían oscilar las cuerdas y salir rodando los bidones metálicos, entrechocaban Fuerza contra Fuerza y se Aceraban contra golpes que los enviaban volando contra las cajas de madera. Los hombres no intentaban herirse, pero impresionaba contemplar la emocionante exhibición de habilidades del jade. Y en Espenia, nada menos, donde los huesos verdes tenían

que entrenar en secreto. La academia Kaul Dushuron tenía campos de entrenamiento grandes y complejos y, en ocasiones especiales como el Día de los Héroes, la escuela abría sus puertas al público y los estudiantes veteranos ejecutaban vistosas demostraciones. Aquel lugar le pareció a Anden una versión de bajo presupuesto de aquellas exhibiciones en un entorno ilícito y en cierto modo sórdido.

Había un hombre de pie al otro lado de la verja, observando a los luchadores y gritándoles. La mayoría de las exclamaciones eran improperios de ánimo o decepción, como los de un espectador que viera una competición deportiva por televisión. «¡Eso es, joder!», gritaba, o: «Por los cojones del Vidente, ¿vas a dejar que te haga eso? ¡Muévete, maldita sea!». Anden se acercó hasta quedar a su lado. El hombre reparó en su presencia y le dirigió una mirada poco acogedora, pero no apartó la vista de la acción. Anden se fijó en que era joven, mediada la veintena, y atractivo de una forma tosca, con hombros y codos angulosos, labios oscuros y ceño marcado. Llevaba unos vaqueros descoloridos y una camiseta negra por fuera. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes complicados. Anden no veía ningún jade (los kekoneses no lo mostraban abiertamente en Espenia), pero sabía que era un huesos verdes, no solo porque se lo habían dicho, sino porque incluso sin portar su propio jade, al estar cerca del desconocido podía sentir el borde de su aura, brillante y afilada.

Sonó una campana, probablemente para marcar el fin del combate. Los dos luchadores se detuvieron y, respirando con fuerza y secándose la frente, se reunieron en el centro, entrechocaron las manos y se pusieron a charlar. Anden se dirigió al hombre que estaba a su lado.

—¿Eres Jon Remi?

—¿Quién pregunta? —contestó, mirándolo con atención.

Anden se giró hacia él y se tocó la frente en la forma abreviada del saludo.

—Emery Anden, del clan Sin Cumbre —dijo en kekonés—. Mis primos de Yanlún te mandan sus saludos, y también Dauk Losunyin, de Puerto Massy.

Remi Jonjunin, más conocido como Jon Remi, no perdió del todo su actitud huraña, pero dirigió toda su atención a Anden y habló con voz más amigable.

—Así que eres el enviado de los Kaul. He oído hablar de ti. Eras amigo de Rohn Toro.

—Que los dioses lo reconozcan —añadió Anden.

—Yo no lo conocía —dijo Remi, encogiéndose de hombros, y pasó de nuevo al espenio—. Era solo un niño, y Puerto Massy está un huevo de lejos de Resville. Solo oí hablar de él, como si fuera una especie de

leyenda. El hombre más verde del país, decían. Pero acabó mal. Putas bandas.

—Es verdad que era el hombre más verde del país —dijo Anden.

—¿Cómo le va al viejo Dauk estos días? —preguntó Remi—. Sigue esquivando la tumba, ¿no?

Aunque Dauk Losun no era propiamente un pedestal de clan, Anden no estaba acostumbrado a oír hablar con tanto desparpajo del anciano líder huesos verdes, el más influyente de Puerto Massy y, de hecho, de toda Espenia. Le habían dicho que Jon Remi era un aliado de los Dauk y la persona con la que había que tratar en Resville de cualquier asunto relacionado con los huesos verdes. Los espenios tenían un trato más informal, y Remi había nacido en ese país, así que probablemente no tenía ninguna intención de faltar al respeto. De todas formas, Anden respondió con más circunspección, también en espenio, como parecía preferir aquel hombre.

—No he tenido oportunidad de ver a Dauk-jen en persona en este viaje, pero me han dicho que está bien y que ha tenido un quinto nieto, un chico.

—Bien por él, bien por él —dijo Remi, un poco distraído. Los dos huesos verdes de la zona de combate con accesorios estaban saliendo por un faldón levantado de la malla de alambre—. ¿Ves a ese, el del pelo más largo? —dijo cambiando de tema, a la vez que señalaba hacia los luchadores—. ¡Danny —gritó—, eres un puto animal de jade, vas a arrasar a todos en las audiciones, colega! —El otro huesos verdes saludó con la mano—. Es Danny Sinjo; lleva dos años peleando en los espectáculos de Marcucuo y tiene un registro de ocho a uno, y ahora, un estudio shotariano le ha ofrecido una audición para un papel en una peli de gánsteres. Acuérdate de él cuando lo veas en la gran pantalla dentro de unos años: podrás decir que lo conociste en Resville antes de que fuera famoso, aquí mismo, en el club de Jon Remi.

A Anden no le sonaba la mitad de las cosas que había dicho Remi tan orgulloso, pero observó con atención a Sinjo e incluso a aquella distancia estuvo de acuerdo en que podía ser material de películas de acción, al menos en cuando al atractivo físico. Aunque, reconoció con tristeza para sus adentros, su listón para el atractivo podría estar bajando últimamente. Se encogió mentalmente, pensando en Lott Jin. ¿Qué había esperado que pasara al refrescar un encaprichamiento adolescente superficial?

El rechazo no escocería tanto si tuviera otras opciones, pero había pasado mucho tiempo sin tener nada que se pudiera describir como perspectivas románticas. Parte de la dificultad era que había pasado su veintena en la escuela de medicina y arrancando en la profesión

médica, pero el problema más importante era que no tenía ni idea de cómo conocer posibles parejas en Yanlún. No tenía ningún interés por frecuentar los lugares adonde iban típicamente los hombres en busca de ligues casuales: era un miembro demasiado conocido de la familia Kaul y no quería que lo encontraran en sitios y situaciones que le dieran mala reputación.

—Creía que un estudio shotariano no contrataría a un huesos verdes kekonés —le dijo a Remi.

—Claro que sí. Danny va a por el papel de villano principal, el jefe de banda barukano que mata a la mujer y los hijos del poli. Los dramones criminales shotarianos son muy populares en todo el mundo. Hay mucha pasta en el cine. —Remi echó a andar por el almacén, rodeando la zona de combate, hasta un área donde había una mesa de billar y varios sillones de cuero agrietado. Se dejó caer en uno y señaló a su alrededor con un gesto grandilocuente—. Bueno, ¿qué te parece? ¿Es tan bueno como los gimnasios de Yanlún?

Anden no quería decir que no, pero sospechó que Remi solo preguntaba para incitarlo a mentir por cortesía, lo que sería vergonzosamente aparente para alguien que pudiera Percibirlo.

—No esperaba encontrar un sitio como este en Espenia —dijo en cambio—. ¿No te preocupa la policía?

Remi mostró los dientes en una sonrisa, como si hubiera estado esperando a que Anden hiciera esa pregunta.

—Resville es una ciudad de bandas, colega. Solo hay un tercio de la población de Puerto Massy, pero tenemos seis bandas por lo menos peleándose por sacar su tajada. Y añade a eso los cárteles de la droga de Tomascio. La policía no presta atención a un puñado de kikus con jade. —Había desprecio y resentimiento en la voz de Remi—. Resville es diferente del resto del país. Digamos que aquí las normas son más… relajadas.

No era de extrañar, entonces, que Montaña hubiera elegido esa ciudad para hacer su entrada en el país. Situada a solo cincuenta kilómetros de la frontera con Tomascio, Resville poseía un clima agradable durante todo el año, playas cálidas y gran cantidad de atractivos que la convertían en uno de los principales destinos turísticos del país. Anden se sentó en el sofá frente a Remi.

—¿Este sitio es tuyo? —preguntó.

—De mi tío. Yo lo dirijo en su nombre. Va bastante bien. Celebramos combates todos los meses y lo llenamos la mitad de las veces. No tenemos tanta importancia como los deportes de jade de Marcucuo, pero esto es más hogareño. Una parte de lo que hacen ellos es falso, coreografiado. Lo único que no se permite aquí son las

Canalizaciones letales; aparte de eso, vale todo. Así que es uno de los pocos lugares del continente donde los chicos vienen a entrenar y conseguir experiencia amateur antes de intentar dar el golpe en Marcucuo.

Anden pensó que sabía menos de lo que debería sobre el sórdido mundillo de los combates de jade por deporte y por dinero. En Kekon, el jade estaba vetado en cualquier tipo de deporte profesional. Se esperaba que los huesos verdes siguieran el aisho y sirvieran a sus clanes, o si no, que usaran sus habilidades en profesiones nobles como la medicina, la enseñanza y la religión. Anden estaba seguro de que Hilo torcería el gesto ante la idea de que un guerrero de jade subiera a un ring delante de un público aullante para ganar atención y dinero. Evidentemente, había algunos que lo hacían de todas formas, en los sitios donde esas cosas eran legales o se hacía la vista gorda. Anden no pudo evitar considerar a Jon Remi como una clase inferior de huesos verdes, nada respetable en absoluto.

A pesar de todo, Sin Cumbre había hecho tratos y se había asociado cuando era necesario con gente de mala reputación, desde las bandas de moteros de Yanlún hasta las bandas de Puerto Massy, e incluso con el propio gobierno de Espenia. Anden había aprendido hacía mucho a no aplicar el mismo rasero a los kekoespenios y sus costumbres que a los kekoneses. Según las fuentes de Sin Cumbre, Jon Remi era el principal huesos verdes de la ciudad de Resville. Poseía un grupo de seguidores leales y mantenía a las bandas y a la policía alejadas de los barrios y los negocios kekoneses. Tenía a su cargo actividades indeseables como los garitos de peleas, los burdeles e incluso parte del tráfico de shine, pero un hombre que no seguía las reglas era el tipo de aliado que necesitaban en Resville en aquel momento.

—Está claro que tengo mucho que aprender sobre esta parte del país —dijo Anden con suavidad.

—Nunca hemos mantenido lazos estrechos con los chicos de Puerto Massy. Por supuesto, respetamos a Dauk, y cumplimos la regla de no exhibir el jade. Hemos alojado a puños visitantes de Yanlún, y algunos de los nuestros han ido a entrenar a la vieja patria y han vuelto con habilidades útiles. Estoy completamente a favor de mantener el contacto. —Jon Remi cruzó los brazos. El tatuaje de una calavera negra con serpientes saliendo de las cuencas de los ojos sonrió a Anden a través de la distancia que los separaba—. Pero siempre hemos llevado las cosas al margen de Puerto Massy… y de Yanlún. Así que, dime: ¿Por qué de repente el clan Sin Cumbre está interesado en Resville?

—Vamos adonde están nuestros enemigos —respondió Anden.

—Te refieres al clan Montaña.

—Ha puesto aquí el talonario para nuevas construcciones. Tiene una participación mayoritaria en el casino Arenas de Ilusión, en el lado este, y está estableciéndose una posición en comercio, restaurantes y apuestas deportivas. —Todas las áreas en que Montaña era tradicionalmente fuerte en Yanlún—. Cualquier beneficio que consigan lo enviarán a Yanlún para usarlo contra Sin Cumbre. Entenderás por qué nos preocupa.

—Y tus primos te han mandado aquí para que me lo cuentes. —Remi sonrió.

—No tenemos mucha gente en esta ciudad —dijo Anden—. Necesitamos un socio local. Me dijeron que tú eras la persona con la que tenía que hablar. Te compensará; te dará más dinero que este club.

—No eres el único que está buscando un socio, ¿sabes? —Remi se inclinó hacia delante con la mirada fija en Anden—. Montaña tiene aquí menos que vosotros. ¿Cómo imaginas que planean proteger su inversión desde tan lejos, especialmente contra las bandas y contra sus enemigos mortales, los Kaul?

Ante las palabras de Remi y el repentino tono grave y ladino de su voz, Anden comprendió que Montaña había vuelto a prever las intenciones de sus primos y ya se había puesto en contacto con Jon Remi para establecer una alianza. Casi esperó que lo atacaran y lo mataran en ese momento. Tuvo que resistir el impulso de mirar frenético a su alrededor buscando enemigos. Pero nadie surgió de entre las sombras para degollarlo, y Remi siguió sentado exactamente donde estaba, sonriendo, sabiendo perfectamente que los pensamientos de Anden galopaban a rienda suelta con cálculos e inquietudes.

Anden siguió sentado inmóvil y mantuvo las mirada fija en la cara del otro hombre. Si Jon Remi ya estuviera trabajando para Ayt Mada, no le habría dado ninguna oportunidad. Las apuestas aún estaban abiertas.

—¿Qué te ha ofrecido Montaña? —preguntó tranquilamente Anden.

—Exactamente lo que te puedes figurar: dinero, hombres y jade a cambio de proteger de las bandas y del clan Sin Cumbre las propiedades y los intereses comerciales de Montaña en Resville.

Anden asintió.

—¿Y qué les has contestado?

—Que me lo pensaré. —Los gruesos labios de Remi se curvaron—.

Quería oír la oferta de la competencia.

—Tienes razones mucho mejores para alinearte con Sin Cumbre que con Montaña.

—Me encantará escucharlas, colega, pero no ahora. Eres un invitado de Yanlún, así que voy a llevarte a pasar un buen rato. No me gustaría que nadie dijera que un representante del clan Sin Cumbre se marchó de Resville sin disfrutar lo que puede ofrecer esta ciudad. —Se levantó—. Ven a verme esta noche al Oliva Azul. Di que te estoy esperando y te dejarán subir a la planta alta. Así te podré invitar a una copa antes de que intentes comprar mi lealtad.

—Este Remi… —le dijo Anden a Hilo por teléfono—. Por fuera parece lo bastante verde, pero nació en Espenia y no me da buen rollo. Por lo que he visto, no respeta nada y no responde ante nadie. No me gustaría que trabajara para Montaña y fuera nuestro enemigo, pero me parece que no podríamos fiarnos de él ni como aliado.

—¿Puede hacer lo que queremos que haga? —preguntó Hilo—. Es lo único para lo que necesitamos confiar en él.

—¿Cuánto estás dispuesto a darle, Hilo-jen? —Anden miró el reloj de la habitación del hotel—. Tiene que ser una oferta mejor que lo que sea que haya ofrecido Montaña. ¿Le concederías el mismo estatus de tributario que al clan Jo Sun? —Anden hizo una mueca que el pedestal no podía ver. Parecía ridículo otorgar a un joven jefe de banda kekoespenio como Jon Remi la misma consideración que al pedestal de un clan menor de huesos verdes, pero, por otro lado, Resville era más grande que ninguna localidad que controlara el clan Jo Sun.

También existía la posibilidad de que si Remi decidía ponerse de parte de Montaña, o si ya lo había hecho y pretendía despistarlo con la reunión de la noche, Anden no saliera jamás del club Oliva Azul.

—Andy —dijo Hilo—, no lo puedo saber con exactitud sin ver a ese hombre en persona. Iría yo mismo si pudiera, pero entonces Montaña sabría qué estamos tramando. Averigua lo que quiere y dale eso y nada más. No le dejes que se suba a la parra ni que te falte al respeto, pero consíguenos esto. Es importante. Has hablado con Shae, así que ya conoces las cifras. Confío en ti.

Anden no tenía nada adecuado que ponerse para ir al Oliva Azul; había preparado el equipaje para un viaje de trabajo y no para ir de copas en Resville. Se compró una camiseta exageradamente cara en la tienda del hotel y se la puso con unos vaqueros negros, la chaqueta del traje y unos zapatos de vestir. No le permitirían llevar armas dentro del club, pero durante un largo momento estuvo sentado en la cama del hotel acariciando la banda de piedras de jade que solo se

ponía para atender a los pacientes. Si algo marchaba mal, si Remi lo estaba atrayendo a una trampa en nombre de Montaña, disponer de sus habilidades del jade podía representar la diferencia entre la vida y la muerte.

Guardó el jade en la caja fuerte de la habitación: el instinto le decía que si Jon Remi quería hacerle daño, ya se lo habría hecho. Y si empezaba a portar jade cada vez que pensara que podía haber peligro, bien podía renunciar a su regla personal irrenunciable y empezar a portarlo constantemente. Antes de que se diera cuenta habría vuelto a ser un guerrero huesos verdes del clan, obligado a matar o morir.

Llegó a la Oliva Azul y descubrió que iba demasiado bien vestido para el local, o más bien, vestido de forma incorrecta. Una piña de cuerpos semidesnudos llenaba la pista de baile, que palpitaba con una mezcla de música disco espenia y tomasciana y luces estroboscópicas rojas. Dos bailarines de género indeterminado se contoneaban en jaulas elevadas sobre la multitud. Unos taburetes con el asiento forrado de vinilo negro rodeaban la barra espejada. Mientras Anden pasaba camino de la escalera, un hombre mayor con una camiseta de malla le agarró el culo. Al principio, Anden quedó demasiado sorprendido para reaccionar, pero luego actuó por reflejo: lo agarró por la muñeca, le retorció el brazo con una dolorosa llave y lo estrelló contra la barra. El hombre gritó una maldición por encima del volumen de la música, pero Anden ya estaba arrepintiéndose de haber montado una escena. Soltó al hombre y se apresuró a abrirse paso por la gente y perderse en los confines en penumbra del club antes de que el lesionado o cualquier otro pudieran ir tras él. El acceso a la escalera estaba bloqueado por un grueso cordón de terciopelo rojo y dos gorilas, que lo dejaron pasar cuando dijo que había ido a ver a Jon Remi.

Lo encontró en compañía de dos mujeres trans con minifaldas rojas idénticas, que le estaban riendo algún chiste que acababa de hacer. Dos kekoneses hoscos, que Anden supuso que serían subordinados o guardaespaldas de Remi, holgazaneaban cerca, aparentemente aburridos. Observaron a Anden mientras se acercaba, pero a una palabra de su jefe lo dejaron pasar. Remi dio una palmada en el culo a las mujeres y les dijo que se marcharan, que tenía que hablar de negocios. Obedecieron haciendo pucheros y dirigieron miradas tímidas a Anden al marcharse. Anden se sentó frente a Remi, que se había erguido con actitud seria y obsequiosa.

—¿Qué bebes? —preguntó. Tenía las pupilas dilatadas y la cara un poco enrojecida.

—Supongo que aquí no tienen hoji —dijo Anden, pensando que de

verdad le vendría bien uno.

—No, pero deberían. Se está volviendo cada vez más popular.

—Una cerveza entonces —dijo Anden—. La que recomiendes.

Remi llamó a un camarero, que le llevó a Anden una rubia y a Remi un vaso de un licor transparente. El anfitrión corrió la cortina morada que cerraba el cubículo.

—Bueno, ¿qué te parece el sitio? ¿Has visto la pista de baile? Resville es un patio de juegos maravilloso; tiene todo lo que puedas desear, colega. Estás de vacaciones, así que dime qué te apetece y te lo consigo. ¿Te gustan los hombres mayores? ¿O más jóvenes?

Anden se quedó estupefacto durante un momento. Entonces se sintió intrigado y tentado a su pesar. Estaba muy lejos de Yanlún; no era posible que nadie lo reconociera como un miembro de la familia Kaul. Podía tener líos con todos los desconocidos que quisiera y no volver a verlos jamás. Pero, por teléfono, le había dicho a Hilo que no confiaría del todo en Remi ni siquiera como aliado; dejar que le consiguiera sexo le pareció poco inteligente. Sospechó que Remi lo había llevado allí para descentrarlo, para conseguir algún tipo de ventaja personal.

—No estoy de vacaciones —corrigió.

Un breve destello de irritación, posiblemente ira, cruzó la expresión de Remi.

—Eres todo negocios, ¿eh? ¿Puro clan al cien por cien, de la vieja patria, demasiado bueno para este sitio? —Como Anden no respondió a la pregunta retórica, Remi soltó un bufido como si hubiera estado bromeando y se inclinó hacia delante, acercando tanto la cara a Anden que este volvió a sentir el roce de la quebradiza aura de jade contra su Percepción—. Vale, vale; ya veo que quieres ir directo al grano. Montaña me ofrece ciento cincuenta mil thalires al mes, más un kilo de jade tallado. Son aliados de los barukanos, así que obtendré algo de músculo de las bandas shotoespenias de mi territorio de Resville. Además podré comprar shine a precio de coste directamente de las islas Uwiwa, y los barukanos dicen que pueden llevar turistas de Shotar a los garitos de peleas y a los clubes de alterne. —Se recostó en el asiento—. No se me ocurren muchos motivos para decir que no.

Anden bebió un trago de cerveza mientras ordenaba sus pensamientos.

—Estarías rompiendo tu alianza con Dauk Losun, que es amigo del clan Sin Cumbre. No tendrías más jade ni apoyo de Puerto Massy. La oferta de Montaña es lucrativa, pero solo te convierte en un matón a sueldo, no en un auténtico tributario. No obtendrías un porcentaje de los beneficios ni podrás contar con ellos si tropiezas con problemas.

Sin Cumbre tiene más influencia, y más intereses de negocios legítimos y abogados en este país.

Remi se encogió de hombros.

—Siempre preferiré el dinero en efectivo antes que ser tributario. ¿De qué me serviría, de todas formas? ¿Qué me importa el prestigio del clan en Kekon? O los abogados de Puerto Massy, ya que estamos.

Anden se dio cuenta de que no estaba llevando bien el asunto e intentó redirigirlo.

—Podemos igualar el jade y el dinero. No podemos venderte shine ni traerte turistas shotarianos, pero podemos hacer algo mejor. Sin Cumbre tiene en Puerto Massy un edificio de oficinas entero con mucho personal. Si tuviéramos el apoyo local para abrir una sucursal en Resville, representaría trabajos, inversiones y una afluencia de población kekonesa. Eso supondría más gente y más dinero dirigidos directamente a tus negocios, pero además obtendrías un porcentaje de lo que ganemos aquí. Cuanto mejor nos vaya, mejor te irá a ti. —Mientras hablaba se le ocurrieron unas cuantas cosas más—. Ya tenemos organizado un sistema para enviar huesos verdes de Kekon a Espenia para enseñar y entrenar. Los luchadores de tu club, los más prometedores que podrían ser el próximo Danny Sinjo, podrían aprovecharlo. Y ahora el jade es legal para usos médicos gracias al clan Sin Cumbre. Tendrías un pie en la puerta en esa área.

Remi escuchaba con expresión pensativa y calculadora.

—Me pones en un brete, colega. —Se mordisqueó el labio inferior y meneó adelante y atrás la mandíbula con un aire maliciosamente indeciso—. ¿Qué clan debería dejar que me chulee? Sé que vosotros, los isleños de la vieja patria, normalmente no gastaríais saliva ni en escupir a una chusma kespi como yo, pero, de repente, los dos clanes más importantes estáis ansiosos por cortejar a los locales para joderos mutuamente, como si no tuvierais bastantes oportunidades para hacerlo en casa. —Se encogió de hombros con exagerada indiferencia—. Sin Cumbre tiene algo a su favor, eso sí. Iwe Kalundo, el de Montaña, es un cabrón calvo y feo, y tú no.

Remi se desabrochó la bragueta y se sacó la polla. Yacía flácida en la cuña de los pantalones abiertos. Una fina cadena de piedras de jade desnuda cruzaba las pálidas caderas.

—A ver qué te parece esto: me la chupas en nombre del clan Sin Cumbre y cerramos el trato. —Miró a Anden a los ojos—. Ya quieres hacerlo, de todas formas. Y después haré lo que me piden tus primos. Me pondré de vuestra parte en Resville.

Una picazón calurosa se extendió por el cuello de Anden. Al otro lado de la cortina de la cabina retumbaba el sonido amortiguado de la

pista de la planta baja. Anden podía sentirlo en la suela de los zapatos, reverberándole por toda la columna hasta llegarle a la cabeza. Poco a poco se acercó hasta colocarse al lado de Remi, que se lamió los labios y observó con expectación todos sus movimientos.

Anden habló con una voz que no reconoció enteramente como suya:

—Mi primo, el pedestal, me dijo que averiguara qué querías y te lo diera. —Apartó las manos de Remi y le cogió las pelotas haciendo copa. La polla de Remi se empezó a endurecer—. He tardado un poco en entender qué era. Quieres tu propio poder. Quieres vivir según tus reglas, no como una herramienta de otros, no de acuerdo a las condiciones que fijen personas que te miran por encima del hombro en Kekon y en Espenia. Solo eres un matón kespi de Resville, así que no tienes más alternativa que elegir entre los dos grandes clanes kekoneses que llaman a tu puerta…, pero quieres hacerlo mientras te la chupa un miembro de la familia Kaul.

Anden le estrujó los huevos. Remi abrió mucho los ojos y su aura de jade se encogió; los bordes afilados arañaron la Percepción de Anden como limaduras de acero.

—Olvida lo que he dicho hasta ahora. —Anden nunca había formado parte del lado militar del clan, pero lo habían criado como un Kaul y había estado con puños toda la vida, así que sabía instintivamente cómo hablar de la forma tranquila y decidida que exigía atención, que insinuaba violencia. En aquel momento pensó en su primo Lan e intentó hablar exactamente como habría hablado él—. Aquí está la oferta auténtica. No obtendrás nada, salvo esto: la promesa de que Sin Cumbre se quedará fuera de Resville mientras Montaña tampoco entre en la ciudad. Cualquier cosa que tomes de nuestros enemigos, te la puedes quedar. Si necesitas dinero, gente, jade o cualquier otra cosa para conseguirlo, podemos ayudarte. Si no, limitaremos nuestras actividades a Puerto Massy y otras regiones del país. Mientras respetes la autoridad de Dauk y de los demás huesos verdes, Resville será tuya. Tienes mi palabra en nombre de la familia Kaul del clan Sin cumbre.

»Si en vez de eso eliges aliarte con Montaña, mandaremos a nuestra gente de Yanlún y de Puerto Massy, y habrá guerra en esta ciudad. Hemos luchado en Kekon y podemos luchar en el extranjero, aunque nos salga caro. Uno de los clanes prevalecerá, o quizá las bandas se aprovechen de la situación y nos expulsen a ambos, pero gane quien gane, no serás tú. Estarás en medio, simple músculo callejero, aún más rastrero que los barukanos.

Anden le guardó la polla en los pantalones y abrochó la cremallera

de un tirón. Se levantó y miró a Remi, despatarrado en el sofá.

—Mi vuelo a Yanlún despega mañana por la noche. Mis primos esperan tener noticias mías antes. Si quieres ser un mercenario de Montaña, no hace falta que hagas nada. Si quieres otra cosa, llámame antes del mediodía.

Anden salió del cubículo. Casi esperaba que los guardaespaldas de Remi lo detuvieran, pero no se movieron. Bajó la escalera y salió del Oliva Azul. Cuando estuvo en un taxi, fuera del alcance de la Percepción de Remi, su corazón empezó a acelerarse y la adrenalina se le volcó en las venas; era como su si cuerpo hubiera contenido cualquier reacción física hasta asegurarse de que estaba a salvo, de modo que, en el momento más importante, ni siquiera un huesos verdes podría haber sentido su miedo y su rabia.

Capítulo 17

Enemigos

El septimodía convocaron a Juen Nu a una comida de trabajo en el Dos Fortunas. No era uno de sus restaurantes favoritos; personalmente, opinaba que estaba sobrevalorado y se sostenía en su larga reputación y en un puñado de platos de la casa que, había que reconocerlo, eran excelentes. En la ciudad había otras alternativas más nuevas e interesantes. Pero el Dos Fortunas era un favorito de la familia Kaul, y era imposible ser el cuerno de Sin Cumbre sin convertirse básicamente en un miembro asociado de la familia Kaul. Así que Juen no tenía más remedio que comer allí más a menudo de lo que habría preferido.

Al menos, gracias a los dioses, ahora había aire acondicionado en todo el edificio, de modo que el comedor era un agradable refugio del calor opresivo del verano. Cuando llegó, el pedestal y su esposa, así como el hombre del tiempo, el marido de esta y su primo Anden ocupaban su mesa habitual cerca de la parte trasera y ya habían empezado a comer. Siempre que la familia Kaul comía en el Dos Fortunas, el propietario, el señor Une, se aseguraba de que las mesas cercanas se quedasen vacías, y un biombo pintado los ocultaba de la mirada del resto de la sala, para que pudieran hablar con tranquilidad.

—Kaul-jens… —dijo Juen, y los saludó informalmente antes de unirse a ellos.

—Juen-jen, todavía quedan huevos al vapor y pasteles de nueces, pero solo hay un par de bolas de calamar crujientes —dijo Wen mientras le llenaba una taza de té—. Si tienes hambre, podemos pedir más comida.

—Es más que suficiente —aseguró Juen.

Con el permiso del pedestal, había preferido desayunar temprano con su esposa y sus hijos y pasar la mañana con ellos, y llegar más tarde al Dos Fortunas y comer solo un poco antes de que comenzara la conversación del clan. A pesar de que era el cuerno y su familia vivía en la hacienda Kaul, decisión que su esposa había apoyado por conveniencia y seguridad, Juen hacía lo posible por mantener algunos límites personales. No tenía la menor intención de compartir el trágico destino de los Maik y ver a su familia fagocitada por los Kaul. A pesar de toda su fuerza, los Kaul habían sido desafortunados: no tenían uno, sino dos ojos de piedra, además de un primo adoptivo que era mestizo e invertido. A Juen le caían bien todos, incluso los desafortunados, y seguiría a Hilo-jen en cualquier circunstancia, pero tenía la esperanza de conservar la suerte de su propia familia, triunfar sobre las probabilidades que conllevaba ocupar su peligrosa posición y vivir para jubilarse y conocer a sus nietos.

Tomándose la llegada de Juen como la señal de que los líderes estaban a punto de empezar a debatir asuntos del clan, Anden dejó la servilleta y echó atrás la silla para marcharse.

—¿Tienes que ir a algún sitio, Andy? Si no, quédate —dijo Hilo. Aunque había hablado con tono despreocupado, a modo de sugerencia informal, Anden y todos los demás ocupantes de la mesa entendieron que era una orden. Anden vaciló, miró con indecisión a los otros y volvió a sentarse.

Juen suspiró para sus adentros. El pedestal había nombrado asistente a su desafortunada esposa, y ahora introducía a su desafortunado primo, que no tenía ningún rango en el clan, en el círculo interno de liderazgo, sin duda porque había conseguido en Espenia cosas muy importantes para Sin Cumbre. Juen no estaba dispuesto a cuestionar las decisiones del pedestal en áreas que no quedaban bajo la jurisdicción del cuerno, pero no pudo evitar preguntarse si tanta mala fortuna concentrada cerca de la cúpula no sería un obstáculo para el clan entero y haría su trabajo como cuerno más complicado de alguna manera invisible.

—¿Qué tal te ha ido el viaje? —le dijo Hilo a Juen.

—Como era de esperar. —Juen acababa de regresar a Yanlún después de pasar tres días en Lukang. La situación de tablas en aquella ciudad había persistido durante años y era poco probable que cambiara mientras Jio Somu siguiera siendo el pedestal de Seis Manos. Sin Cumbre seguía apoyando a los que se oponían a Jio, que no renunciaban a su objetivo de vengar al pedestal y al hombre del tiempo anteriores y recuperar el legítimo control del clan—. Quieren mandar al parricida a dar de comer a los gusanos, y no les ha hecho

gracia que no me comprometiera a ayudar más para hacerlo realidad.

Juen era pragmático y sabía que las posibilidades de susurrar el nombre de Jio eran bajas. El traidor iba acompañado de una escolta todo el tiempo, y era tan paranoico sobre los intentos de asesinato que rara vez abandonaba su residencia fortificada. Por lo que a Juen concernía, matar a Jio no estaba entre las prioridades de Sin Cumbre. Era más importante consolidar y defender los activos existentes y aplastar el preocupante ascenso de la actividad de las bandas barukanas y los anarquistas anticlanes de Yanlún.

—Ya hemos apoyado bastante tiempo a nuestros aliados de Lukang —convino Hilo—. Dales tres meses para que decidan si quieren formar su propio clan menor tributario o prestar juramento a Sin Cumbre.

Juen asintió y cogió un pastelillo.

—En cuanto a los anarquistas, todavía no está claro si deberían encargarse de ellos los huesos verdes o la policía.

El extremismo anticlanes era un problema de bajo nivel pero persistente y en expansión, como una infección de hongos testaruda. Algunos actos de los desclanados eran meros incordios, como el reparto de panfletos con su manifiesto o las pintadas en propiedades públicas, pero otros eran más serios. Hacía poco habían prendido fuego al taller de un engarzador de jade, y aunque la tienda se salvó y atraparon y castigaron a los incendiarios, Juen señaló el problema más amplio:

—Estos extremistas no son nada que se parezca a un clan, ni siquiera a una banda callejera. Son oportunistas y no están muy organizados, y su objetivo no es controlar territorios o negocios, ni robar jade o dinero. Simplemente buscan crear descontento y llamar la atención, de modo que puedan esparcir sus ideas tóxicas.

—Siempre ha habido fanáticos en los márgenes de la sociedad —dijo Anden frunciendo el ceño, confuso—. ¿Por qué parece que ahora son más y son más atrevidos?

—Porque ahora pueden mirar hacia los extranjeros en busca de simpatizantes y dinero —dijo Woon—. La Guerra Lenta ha puesto Kekon en el mapa, y el jade en la mente de todo el mundo. Hay organizaciones y gobiernos extranjeros que fomentan las posturas anticlanes.

—Te acompañaré a tu próxima reunión con el comisario jefe —le dijo Hilo a Juen—. Tienes razón en que debemos coordinarnos mejor con la policía para encontrar a esos lunáticos y pararlos en seco. —Se comió la última bola de calamar y se limpió con la servilleta—. Pero primero tenemos que ocuparnos de un problema más importante.

El pedestal miró al hombre del tiempo, que le tendió a Juen una

carpeta por encima de la mesa. Contenía un fajo de fotografías ampliadas. Parecían imágenes aéreas, tomadas desde un helicóptero, de varias secciones de costa rocosa y el mar que las rodeaba. Algo que parecía ser un barco estaba rodeado con un círculo de rotulador negro. Otras fotografías, sacadas con teleobjetivo, mostraban el barco con mayor detalle: un buque industrial con el casco naranja y la cubierta atestada de equipo pesado.

—¿Qué es? —preguntó Juen.

—Un prototipo de barco minero —dijo Hilo—. Construido por una compañía espenia para dragar el suelo oceánico alrededor de Kekon en busca de jade.

—¿Pueden hacer eso? ¿En aguas kekonesas? —preguntó Juen, incrédulo e indignado.

—Ahora mismo está a veinticinco kilómetros de la costa de la isla de Euman —dijo Shae—. Nos avisaron los jefes de las tribus abukei que pescan en esa zona. La Marina espenia controla esas aguas; de hecho, dada la cantidad de barcos de guerra que tiene patrullando el Amárico, controla la mayor parte de las aguas que rodean Kekon.

—Si los militares espenios lo permiten, ¿no debería el Consejo Real plantear el asunto al gobierno de la República de Espenia? —dijo Anden.

—Ya lo ha planteado —contestó Woon—. Es una ampolla diplomática. Hace años que las relaciones son tensas debido a la ampliación de la base naval de Euman. Como la República de Espenia no cede en eso, la AJK ha reducido las exportaciones de jade a ese país. Parece que la respuesta ha sido típicamente espenia: buscar a otro al que comprárselo.

—Una empresa espenia dispuesta a escarbar en el suelo marino alrededor de Kekon —terminó Juen por él—. ¿Funcionará? ¿De verdad hay jade ahí?

—He hablado con varios geólogos de la Universidad Real Jan —respondió Wen, despacio pero con claridad— que opinan que es posible. Los ríos han estado erosionando las montañas de Kekon y arrastrando jade al mar circundante durante millones de años. Y también están los escombros de las minas que van a parar al mar. La única pregunta es si es posible obtener beneficios rastrillando toda esa agua y esa gravilla en busca de minúsculos guijarros de jade.

—Es evidente que Art Wyles, el consejero delegado de Recursos Globales Anorco, cree que sí —dijo Shae—. El magnate espenio ha invertido cientos de millones de thalires en el desarrollo de tecnología minera submarina. Ese barco es la primera prueba de campo. Wyles también ocupa un puesto alto en la Sociedad Armamentista, al

parecer, y tiene un montón de contactos políticos.

Woon Papi, que parecía ser más expresivo desde que llegó por matrimonio al liderazgo de la familia Kaul, soltó un gruñido.

—Si hay algún momento en que el coste de una empresa tan estúpida y arrogante puede salir a cuenta, es este, con el precio del jade por las nubes. Tenemos informes de que Ygutan tiene soldados de jade propios, y los espenios están desesperados por mantenerse por delante de su enemigo. Nada les gustaría más que pasar por alto del todo a la AJK y tener una empresa espenia fiable que mine jade para ellos.

Juen guardó las fotografías en la carpeta. Se había dado cuenta de que el pedestal no había abierto la boca y había dejado las explicaciones para el resto de la familia. Hasta aquel momento, la cuestión era política. Ahora que el cuerno estaba implicado, había pasado a ser militar.

—Hilo-jen —dijo Juen, sonriendo con emoción y agitación ante el inusitado desafío que le habían presentado—, esto no va a ser fácil.

—Si lo fuera, no te lo habría planteado —dijo Hilo—. Quiero ese puto barco pulverizado.

Un concepto erróneo habitual, incluso dentro del clan, era que las habilidades del jade y la destreza marcial eran los rasgos más importantes de un buen cuerno. Juen era indudablemente un luchador consumado, pero ni de lejos lo consideraba la cualificación más importante para su trabajo. Mucho menos, desde luego, en aquella época, cuando como cuerno tenía que dirigir a miles de guerreros de jade desplegados por distintas ciudades e incluso distintos países. Los clanes se habían vuelto demasiado grandes para atacarse directamente entre ellos sin provocar una catástrofe mutua, de modo que mantenían guerras subsidiarias a través de tributarios y aliados, bandas delictivas, espías, políticos y periodistas, lo que complicaba todavía más las responsabilidades de Juen.

Después de que Vuay se retirase del clan para ocupar un puesto de instructor en la academia, Juen había dividido el papel de primer puño en tres cargos de igual rango, los tres subordinados directos suyos: uno para supervisar Yanlún, otro para el resto de Kekon y otro dedicado a la gestión de las ratas blancas. Había transferido a las antiguas uñas de Maik Tar a esa última rama y se había concentrado en modernizar sus operaciones e infiltrar informantes entre los barukanos de Kekon, Shotar y las islas Uwiwa, con el objetivo de reunir más información de espionaje sobre las actividades de Montaña. Juen tenía que gestionar constantemente personas difíciles y recursos limitados, y mantener mil detalles organizados en la cabeza.

Y ahora, además, tenía que ocuparse de este barco minero extranjero.

Telefoneó a su enemigo Aben Sorogun, el cuerno de Montaña. Aben se había convertido en cuerno cuando Nau Suenzen se retiró, cuatro años antes. Juen solo lo había visto en persona unas pocas veces en acontecimientos públicos, aunque tenía gran cantidad de información sobre él, reunida por los espías de Sin Cumbre.

—Aben-jen —dijo Juen cuando le respondió el otro cuerno—, doy por supuesto que estás informado sobre ese barco espenio de la isla de Euman, que es una afrenta para todos los huesos verdes. Mi pedestal desea que desaparezca, y sospecho que también es el caso del tuyo. No me apellido Kaul, ni tú Ayt, de modo que, personalmente, no veo por qué no podríamos trabajar juntos en este problema, incluso si no cambia nada entre nuestros clanes.

Aben se mostró de acuerdo, lo que era una buena noticia porque el plan de Juen era bastante caro y habría llamado la atención de Montaña a menos que también estuviera implicado. Seis semanas después de la reunión con los Kaul en el Dos Fortunas, Juen estaba en una playa en plena noche con dos lanchas hinchables, obtenidas de los excedentes de la Marina gracias a los contactos de Sin Cumbre con las fuerzas armadas nacionales. Ocho huesos verdes, cuatro de Sin Cumbre y cuatro de Montaña, iban equipados con trajes de submarinismo. Había numerosos nadadores excelentes entre los puños y los dedos, pero no muchos tenían verdadera experiencia de buceo.

—No sé en la academia Kaul Dushuron —comentó secamente Aben Soro en una de las lanchas—, pero en la escuela del templo Wie Lon no se imparten clases de sabotaje marítimo. Quizá debería comentárselo al director.

En persona Aben era sorprendentemente amigable, nada parecido al curtido veterano Nau Suen ni al fríamente brutal Gont Asch. Quizá Ayt Mada hubiera decidido que Montaña necesitaba una cara más joven y simpática en la cúpula. Aben portaba su jade en una gruesa cadena colgada del cuello y parecía el tipo de persona que veía los deportes y poseía perros grandes, que podía ser amistoso con cualquiera, pero exudaba la dureza inconfundible de alguien a quien no había que tocar los cojones. Estaban actuando de forma agradable y cooperadora en aquel asunto, pero Juen no olvidaba que en cualquier otra parte (en Lukang o al otro lado del océano, en Resville), sus respectivas fuerzas estaba intentando destruirse mutuamente, y era más que posible que, en diferentes circunstancias, uno llegara a matar al otro.

Aquella noche, sin embargo, tenían un objetivo común. En vez de hacerse a la mar desde la isla de Euman, donde los militares espenios

podrían detectarlos, habían elegido la zona superior de la principal ensenada de Kekon, en un tramo de costa desierto situado al norte de Yanlún, a dos horas por carretera. A aquella distancia de la ciudad no había contaminación lumínica, y el cielo despejado era tinta negra salpicada de estrellas. Los huesos verdes de las dos lanchas aceleraron en dirección al barco minero extranjero, rebotando rítmicamente sobre las olas suaves durante noventa minutos antes de situarse a los lados del barco, que se desplazaba despacio, protegidos por la oscuridad.

Juen había averiguado con antelación todo lo posible sobre el barco. Aún estaba en prueba y no era operativo por completo, de modo que disponía de una tripulación reducida. La maquinaria controlada a distancia descendía a recoger muestras del fondo marino; las muestras se analizaban en busca de concentraciones potenciales de jade y después se desplegaba una dragadora especializada carísima que barrería la zona. La dragadora estaba conectada al barco por una inmensa manguera que aspiraba el sedimento y lo transportaba hasta el equipo que extraería las gemas. Era una tecnología impresionante y avanzadísima. Juen tuvo que admirar a regañadientes a los espenios: cuando los motivaba la codicia eran ingeniosos de verdad.

Pararon los motores. A cada lado, los buzos saltaron por la borda con un chapoteo apagado. A la velocidad que solo podían alcanzar los huesos verdes adosaron minas lapa a la parte sumergida del casco. En la lancha que se balanceaba en silencio, Juen mantuvo su Percepción orientada al barco, pero no captó indicios de alarma ni actitud de alerta en los miembros de la tripulación. Cada pocos minutos dirigía la Percepción hacia Aben, más por precaución instintiva al estar cerca de un huesos verdes enemigo que porque temiera realmente una traición. Estaban ahí, trabajando unidos, precisamente para que ningún bando pudiera sacar ventaja.

Al cabo de treinta minutos, todos los buzos habían regresado a las lanchas, y se alejaron de vuelta por donde habían llegado. Estarían muy lejos cuando detonasen las cargas temporizadas. Las explosiones no serían tan fuertes como para matar a las personas de a bordo (era mejor evitar muertos extranjeros), pero destruirían el timón, el propulsor y la manguera de la dragadora, y abrirían vías de agua en el casco, lo que, si había suerte, también dañaría el equipo transportado.

En circunstancias idóneas, aquello marcaría el final de la costosa incursión de la corporación Anorco en la minería de jade, pero Juen pensaba que era probable que repararan el barco y tuvieran que destruirlo otra vez, quizá varias, antes de que abandonaran la aventura por ser demasiado ruinosa. Los espenios se quejarían

airadamente al Consejo Real por los daños causados a la propiedad privada, no había duda, y el gobierno kekonés negaría indignado (y con razón) cualquier conocimiento del sabotaje y cualquier participación en este. Sin otra fuente de jade, y con Kekon aún en el eje de la estrategia de defensa regional de la República de Espenia contra Ygutan, lo único que podrían hacer los extranjeros sería quejarse.

Cuando llegaron a la orilla, a Juen le picaba la cara y le dolían las orejas tras pasar horas soportando las espuma salada y el viento. Saltó de la lancha y ayudó a arrastrarla a tierra, trabajando rápidamente con sus hombres para cargar las lanchas y el equipo en un camión que los llevaría al almacén. Aún estaba oscuro, pero el sol saldría en un par de horas y tenían que volver a Yanlún. Aben y sus hombres trabajaron con eficiencia a su lado. Cuando el equipo estuvo cargado y se marchó el camión, los huesos verdes de Sin Cumbre y Montaña subieron a sus respectivos vehículos, no sin antes comprobar que el otro lado no hubiera puesto alguna bomba.

—Juen-jen —dijo Aben Soro, tocándose la frente.

—Aben-jen —respondió Juen, devolviendo el gesto. Montó en el Roewolfe G8 y, acompañado de sus puños, aceleró de vuelta a la ciudad. Cuando saliera el sol, Aben Soro y él volverían a ser enemigos, como siempre, y tenía trabajo que hacer.

Capítulo 18

Siluro

BERO se reunía con sus controladores cada seis u ocho semanas, en diferentes lugares públicos que no frecuentaba normalmente y donde no los escucharían. Dos días antes le colaban por debajo de la puerta una nota en la que aparecían el día, el lugar y la hora de la reunión. Se sentía como un agente secreto en una película de espías, salvo porque no era algo tan glamuroso como había esperado. Por ejemplo, no tenía pistola, ni un teléfono secreto, ni una cápsula de cianuro con la que suicidarse si lo capturaban los ygutanos. Sí tenía un nombre clave: Siluro. No le gustaba: los siluros eran peces feos y rastreros. De todas formas, no le habían dejado elegir. Siempre hablaba con Galo, el kekoespenio, mientras que Berglund, el socio de este, vigilaba paseando por las inmediaciones disfrazado de turista extranjero.

—¿Tienes algún detalle concreto sobre lo que están planeando? —presionó Galo otra vez aquel día, mientras caminaban por el casi vacío museo de arte. Bero nunca había estado en un museo. Fingió estudiar una exposición de alfarería indígena abukei mientras contestaba.

—Siguen hablando de algo grande, de dar un golpe, de hacer una declaración; mierdas imprecisas de ese estilo —dijo Bero, más frustrado por el aguijoneo incesante de Galo que por su fracaso en conseguir información detallada sobre la implicación de Vastik eya Molovni en el Movimiento por un Futuro Sin Clanes.

Los desclanados habían aumentado. Eso era algo que Bero podía afirmar con seguridad. Había más gente en las reuniones, más personas que se atrevían a plantarse contra los clanes. Los discursos de Guriho se estaban volviendo tan vehementes que Bero pensaba a veces que iba a empezar a soltar espuma por la boca o a provocarse un

aneurisma. Habían acumulado impulso, decía Guriho. El pueblo estaba preparado para desafiar las fuerzas corruptas y opresoras del gobierno, la religión y el capitalismo que los habían encadenado con los grilletes de los clanes. O algo por el estilo. Bero no podía recordar con detalle tanta verborrea florida.

—Guriho no deja de repetir que pronto llegará el momento de que salgamos a las calles y luchemos —gruñó Bero—, pero no es que nos diga exactamente qué determinará ese momento ni cuándo va a ser.

—¿Has tenido alguna suerte en lo de acercarte a los líderes? —preguntó Galo.

—Lo he intentado, keke —replicó Bero, aunque Galo no era un keke en absoluto—. Son esos cuatro: Molovini, Guriho, Otonyo y esa chica, Ema. No dejan entrar a nadie más.

Galo se apartó del expositor de alfarería abukei y se dirigió hacia una pared que exhibía iconografía religiosa deísta, esperando que Bero lo acompañara. En una esquina de la sala, Berglund se guardó el folleto del museo que había estado fingiendo leer y los siguió a cierta distancia.

—Conocemos los antecedentes de los tres hombres, pero esa mujer, Ema, ¿de dónde sale? —preguntó Galo—. No es ygutana ni barukana, ni nadie que tenga un motivo político, por lo que nos has dicho. ¿Cómo es que se ha convertido en líder del grupo?

Bero frunció el ceño; él tampoco lo entendía. Por algún motivo, la habían admitido en el círculo interno de Molovni, mientras que a él no. Estaría dejando que se la follaran; era la única explicación.

—Ya te he dicho lo que sé —respondió malhumorado—. Trabaja de secretaria en algún sitio del centro de la ciudad. Vivió un tiempo en Tun. Su familia tiene un negocio, o lo tenía; creo que se hundió. Por eso está resentida con los clanes: porque arruinaron a su familia, dice.

Poco después de empezar a trabajar para los espenios, Bero había conseguido convencer a Ema para que fueran a un bar a tomar algo. Estuvieron allí un par de horas. La joven era agradable a la vista, e incluso le rio un par de chistes. Parecía una persona solitaria, sin amigos. Bero le contó la historia de cómo había acabado con la cara deformada, de la vez que los hermanos Maik lo pillaron y le dieron una paliza cuando tenía dieciséis años. Por supuesto, tenía mejores historias que contar, pero decidió guardarlas para más adelante, ya que quizá no las creyera. Para decepción de Bero, Ema no quedó tan asombrada como había esperado. Lo peor de todo fue que, cuando le propuso que fueran a su casa, ella contestó que tenía que trabajar al día siguiente y se despidió tan solo con un beso en la mejilla.

Desde aquel día había conseguido convencerla para ir a tomar algo

unas cuantas veces más, y en una ocasión fueron a ver una película de terror a la sesión golfa. En ningún caso consiguió llegar más lejos ni descubrir sobre ella nada útil que pudiera contentar a los espenios.

Una noche, Bero se quedó en un callejón cerca del Kaki, con la esperanza de pillarla a solas mientras se dirigía al metro o de seguirla hasta donde vivía. Cuando hubieron pasado veinte minutos sin que ella saliera, Bero volvió a entrar y subió la escalera del local. Estaba vacío, pero se oían voces. Pasó detrás de la barra y descubrió una habitación pequeña, quizá un almacén o un espacio donde los músicos y los artistas descansaban entre números, o simplemente una extraña zona secreta. En vez de puerta, la entrada estaba cubierta con una cortina morada, pero no estaba cerrada del todo y, por un hueco, Bero vio a Molovni, Guriho, Otonyo y Ema hablando en voz baja, de pie alrededor de una mesa en la que había esparcidos varios papeles grandes.

Quizá las historias sobre las habilidades del jade de los nekolva fueran ciertas, porque Molovni se giró y abrió la cortina de golpe. Bero saltó hacia atrás ante la mirada furiosa del hombre.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó el ygutano—. La reunión ha terminado.

—Creo que se me han caído las llaves cerca de la barra —mintió Bero deprisa—. ¿Las habéis visto? —Fingió buscarlas alrededor de la barra y el banco donde se había sentado antes. Ema enrolló los papeles de la mesa, pero no antes de que Bero entreviera un plano de Yanlún y esquemas dibujados a mano de varios edificios. Guriho salió a ayudarlo a buscar las llaves. Los ojos de Molovni seguían a Bero con desconfianza.

—No hemos visto tus llaves —dijo Ema—. Si las encontramos, te avisaremos.

Bero fingió sentirse decepcionado, y luego dijo:

—Bueno, ¿en qué andáis? Sea lo que sea, puedo ayudar, ya sabéis. ¿Cuál es el plan?

Molovni le puso una manaza en el hombro y lo condujo hacia la escalera.

—Aún estamos trabajando en ello, compañero. —El agarre del extranjero era fuerte; tanto como el de un huesos verdes—. Si necesitamos una mano, ten por seguro que te llamaremos.

Después de aquello, Bero llegaba temprano a las reuniones o se quedaba hasta más tarde, con la esperanza de oír por casualidad algo más de lo que hablaran los líderes, pero no volvió a tener suerte en captar sus conversaciones. Al parecer, Molovni y los otros habían trasladado sus reuniones privadas a algún otro momento y lugar.

Bero no entendía por qué no confiaban en él. Quizá pensaran que lo vigilaban los clanes, aunque había dejado su trabajo en el Doble Doble hacía mucho tiempo. ¿Lo habrían asociado con aquel idiota de Tadino? Quizá lo consideraran un riesgo porque la policía lo había detenido por vandalismo en el pasado. Pero últimamente había hecho un buen trabajo manteniendo la cabeza baja, ¿no? Era posible que simplemente no les cayera bien.

Durante una temporada, Bero no pudo hacer más que dar a los espenios cualquier información que sacara de las reuniones generales, como cuánta gente acudía cada semana, con quiénes hablaba Molovni y cómo se reclutaban y se financiaban los desclanados. Al final, a base de su asistencia constante y su interés persistente, consiguió que lo nombraran secretario del Movimiento por un Futuro Sin Clanes, lo que significó que durante el último año había sido el responsable de registrar la asistencia a las reuniones, tomar notas de lo que pasaba en ellas y mantener las listas de miembros secretos. Era fácil hacer copias de toda esa documentación y dárselas a Galo y Berglund. Aquel flujo constante de información, trivial pero detallada, había sido suficiente para tener contentos a los gorilas de la inteligencia militar espenia y que no dejaran de pagarle, que era lo más importante.

Pero Galo y Berglund querían más. Sospechaban que los ygutanos estaban apoyando a los aspirantes a revolucionarios kekoneses con dinero, armas y otros recursos, y querían pruebas concretas. Querían un avance significativo.

Desde el otro extremo de la sala de exposiciones, Berglund captó la mirada de su compañero y le hizo un gesto para que pusiera fin a la conversación. Galo se volvió hacia Bero.

—Si esa tal Ema tiene influencia con Molovni, puede que te meta en el grupo. Vuelve a intentar acercarte a ella.

Bero soltó un bufido; Galo lo decía como si fuera fácil.

—Me encantaría, créeme.

Galo lo miró con irritación indisimulada.

—Deberías hacerte amigo suyo, conocerla, no solo intentar meterte bajo su falda. ¿Dónde trabaja exactamente? ¿Tiene lazos con intereses ygutanos? Detalles. Esto es de importancia nacional.

Los espenios habían enfatizado varias veces que Ygutan quería animar, manipular y aprovechar el naciente pero cada vez mayor movimiento social anticlanes, con el fin de provocar inestabilidad política en Kekon. Si los clanes se veían expulsados del poder, el jade inundaría el mercado. Ygutan y sus aliados podrían adquirirlo con más facilidad, en vez de depender de contratos ilegales y míseros intermediarios del mercado negro. La agitación civil en Kekon podría

llevar a un régimen más proygutano y a una renegociación de los contratos de exportación de jade a la República de Espenia.

Aquello era inaceptable para Galo, Berglund y todos sus superiores de Adamont Capita. No querían que nada amenazara la ventaja de su país en Kekon.

—Vale, vale —murmuró Bero—. Estoy en ello.

Galo le tendió el habitual sobre de efectivo. Bero fue a cogerlo, pero su controlador no lo soltó de inmediato y fijó en él una larga mirada que fue casi de preocupación paternal.

—Llevamos años invirtiendo en ti, Siluro. Te hemos pagado más de lo que podrías ganar en toda tu lamentable vida. Acuérdate de que este dinero se acabará al mismo tiempo que nuestra paciencia. Los militares espenios protegemos a nuestros activos, pero solo a los que consideramos valiosos.

Galo soltó el sobre y salió de la galería. Dos minutos después, Berglund se levantó del banco de la esquina y lo siguió, dejando a solas a Bero. Este maldijo a todo el mundo, incluido él mismo.

Capítulo 19

Sonrisas y palabras

Año decimotercero, undécimo mes

WEN se colocó frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio y se examinó. Había elegido un vestido de diseño de color verde bosque, con un sutil estampado tradicional pero con un favorecedor corte moderno. Lo completó con unos pendientes de oro en forma de hoja y unos zapatos de vestir de suela plana; cualquier tipo de tacón la ponía nerviosa por miedo a caerse. Dudó entre llevar la melena en un peinado alto o suelta, y al final se decidió por apartársela de la cara con un broche en forma de abanico, pero manteniéndola baja para que le diera un aspecto más informal, adecuado para un acto diurno. Volvió a ensayar su discurso, tomándose su tiempo para hacer pausas y pronunciar con claridad cualquier palabra con la que temiera tropezar y que la hiciera tartamudear cuando estuviera frente al micrófono. Como ojos de piedra y esposa del pedestal, hacía mucho tiempo que había desarrollado resiliencia contra las opiniones negativas. Estaba acostumbrada a que la juzgaran por su físico y por sus defectos hereditarios, de modo que no le preocupaba nada que pudiera decir nadie sobre eso. Pero le aterrorizaba que la consideraran un débil asistente del pedestal.

No era un papel tradicionalmente visible y en general no atraía mucho interés ni dentro ni fuera del clan. Sin embargo, que Kaul Hilo asignara a su esposa ojos de piedra un cargo que anteriormente habían ocupado sus guerreros más cercanos y terribles era lo bastante inusual para que hubiera provocado un montón de comentarios. Había quien lo veía como un cambio en Sin Cumbre, una señal de que el pedestal dejaba a un lado su implicación personal en el lado militar del clan

para que este se consolidara bajo el cuerno, y nombraba a alguien que no era huesos verdes como su consejero más cercano. Otros comentarios más mordaces insinuaban que Kaul Hilo simplemente necesitaba a un Maik a su lado en todo momento, y ya solo le quedaba esa.

Habían pasado seis años desde que exiliaron a Tar. Wen llevó luto por su hermano como si hubiera muerto, como bien podría haber sido, pues nunca podría regresar ni ponerse en contacto con ningún miembro del clan. Cada vez que visitaba la tumba de Kehn, en el Parque de la Viuda, llevaba dos cestas de flores y fruta y pedía a los dioses que reconocieran a sus dos hermanos. Sabía que Tar estaba en Puerto Massy, vigilado de cerca por los aliados del clan. Estos habían recibido instrucciones de no interferir con él ni causarle daño, pero matarlo si infringía alguna de las reglas que se le habían impuesto.

Cada pocos meses escribía a Tar, dándole noticias sobre la familia y contándole cómo les iba a sus sobrinos. No se lo ocultaba a Hilo, y él no la detuvo porque Tar sabía muy bien que no debía responder. Así fue como Wen supo que sus extensos mensajes eran importantes para él, un hombre que era un fantasma: jamás se arriesgó a quedarse sin ellos.

Wen metió en un bolso de lentejuelas las tarjetas de notas que contenían el discurso y bajó a la cocina. Ru bajó la escalera con el uniforme de la escuela. Le tiró una pelota a Koko y luego dio de comer al perro canelo antes de sentarse a la mesa y engullir el desayuno de huevos y cereales que Wen le puso delante.

—¿Puedo ir a casa de mi amigo Tian después del colegio? —preguntó.

—No podré ir a recogerte luego —dijo Wen.

—Puedo ir andando a casa del tío Anden, y él me puede traer más tarde.

—¿Cuánto tienes que andar? ¿Dónde vive Tian?

—En los Comunes. —Cuando Wen le dirigió una mirada seria, el doceañero gimió teatralmente—. Mamá, su casa solo está a dos manzanas del Casco Antiguo.

—Sigue siendo territorio de Montaña.

—Pero no estamos en guerra con ellos —protestó Ru.

—Siempre estamos en guerra con ellos, aunque no lo veas.

—¡Mamá! —Cuando Ru se enfadaba se le ponía la cara roja y se parecía aún más a Hilo—. Nadie más de mi clase tiene padres que armen tanto jaleo por andar dos manzanas por un barrio «enemigo».

—Nadie más de tu clase es un Kaul. —Wen empezaba a exasperarse—. No es solo por Montaña. Hay mucha más gente mala

ahí fuera.

—¿En los Comunes? —exclamó Ru—. ¡No es como si paseara a solas de noche por Cabeza de Perro!

—En cualquier caso, nuestros puños y nuestros dedos no estarán cerca, y tampoco puedes meterte en una tienda esperando que haya un linterna de Sin Cumbre que te ayude si lo necesitas.

Hilo entró por la puerta del patio. Ru se giró hacia él.

—Papá, ¿puedo ir a casa de Tian después del colegio? Está dos manzanas dentro de los Comunes, y mamá se está poniendo paranoica. ¡Por favor!

Hilo pasó la mirada de su hijo a Wen. Ella suspiró y se encogió de hombros, derrotada.

—Lleva el cuchillo garra —dijo Hilo—. Y llama a tu tío Anden antes de salir a la calle, para que te esté esperando.

—Lo llamaré, te lo prometo —exclamó Ru, de inmediato alegre. Cogió la mochila, se inclinó a frotarle la cabeza a Koko y salió corriendo por la puerta hacia el camino, donde Shae o Woon lo recogerían para dejarlo en la escuela antes de ir a la oficina. Koko salió corriendo detrás de su amo, sacudiendo la cola y gimiendo al ver que lo dejaba atrás. Wen no tenía demasiado cariño al animal, que de vez en cuando le masticaba los muebles o el calzado, pero Hilo se lo había regalado a Ru cuando cumplió diez años, el día en que habría comenzado su entrenamiento en la academia Kaul Dushuron de no haber sido un ojos de piedra.

—Tiene que tener algo de libertad para que no se sienta incapaz —dijo Hilo, y se sentó a la mesa.

—Lo sé. Pero no conozco tan bien a sus amigos ni a sus parientes. —Los compañeros de clase de Niko y Jaya eran de familias huesos verdes del clan Sin Cumbre; a Wen no le costaba nada descolgar el teléfono y hablar con los padres. Ru iba a una de las mejores escuelas de la ciudad, pero no era la academia. El padre de Tian era ingeniero civil, y la madre, ama de casa; no estaban afiliados a ningún clan. Parecían buena gente, y las pocas interacciones que había tenido Wen con ellos habían sido amistosas, pero no era lo mismo.

A veces, cuando echaba de menos a Niko y a Jaya, Wen se alegraba de que uno de sus hijos todavía vivera en casa, pero otras, la presencia de Ru era un recordatorio diario de su propia experiencia cuando era niña: una extraña incluso en su propia familia.

—Las cosas serán diferentes para Ru de como fueron para ti —le recodó Hilo, como si hubiera sentido su preocupación—. La gente no es tan supersticiosa como antes, y, además, te tiene a ti para darle ejemplo. —No dejó de mirarla mientras revolvía unas cebolletas en un

cuenco de cereales calientes—. ¿Por qué vas tan arreglada?

—Tengo una comida benéfica —dijo Wen—. Para recaudar fondos para la Fundación para los Parques Naturales de Kekon.

En la frente de Hilo se formó una arruga de escepticismo.

—¿Para qué tienes que ir? ¿No fuiste a una movida parecida hace un par de semanas?

—Aquello fue para la Junta de Pequeños Empresarios de Yanlún. —Wen abrió una agenda negra—. Acudir a esos actos no sería un buen uso del tiempo del pedestal, pero siempre debería estar presente alguien de Sin Cumbre. Alguien que pueda hablar en nombre del clan.

—Podemos mandar a Woon.

Wen arqueó una ceja.

—Puede que Woon sea el más indicado del clan para dar ruedas de prensa, pero ¿te lo imaginas dedicándose a la charla intrascendente en una gala de patrocinio de las artes? —Sonrió y negó con la cabeza—. No debemos dejar pasar estas oportunidades para mostrar que Sin Cumbre se interesa por la gente de a pie, no solo por los guerreros de jade. Y menos ahora, con los extremistas idealizando las costumbres extranjeras y comiéndole el coco a la gente para que piense que Kekon se las puede arreglar perfectamente sin los clanes.

Hilo le dirigió su característica sonrisa ladeada.

—Le diré a Juen que nuestra nueva arma contra los desclanados serán las recepciones en jardines.

—Tómatelo en serio —dijo Wen—. Esto es importante.

Hilo terminó de desayunar, recogió los cuencos vacíos de la mesa, los puso en el fregadero y los enjuagó. Kyanla disfrutaba de una jubilación parcial, pero se pasaría por allí más tarde para limpiar y preparar la cena. Wen vio que Hilo estaba pensando en lo que le había dicho y fruncía el ceño mientras se secaba las manos.

—Probablemente tienes razón en que vale la pena ir a esos actos y ponerle buena cara a la gente, pero sigo sin entender por qué tienes que hacerlo tú. No es el trabajo del asistente del pedestal.

Wen se le acercó y le abrazó la cintura por la espalda.

—El trabajo del asistente del pedestal es lo que diga el pedestal —argumentó con dulce determinación—. Y, además, no soy solo el asistente del pedestal; soy tu mujer. Deja que me ponga elegante, conozca a gente y disfrute un poco mi posición. Puede que nos resulte útil. ¿No decías que una persona tiene que tener algo de libertad para no sentirse incapaz?

Hilo suspiró y se giró hacia ella, la rodeó con los brazos y le besó la frente. Wen sabía que desde que la nombró asistente del pedestal luchaba contra su instinto de mantenerla a cubierto. Hilo quería

confiar en ella como en el pasado, pero a veces le hacía preguntas punzantes y desconfiadas. Wen hacía todo lo posible por no sentirse enojada en esos casos, y por quitarse a conciencia la costumbre arraigada de ocultar información sobre sus actividades cuando era posible que él no las aprobara. No podía recuperar de golpe la confianza de Hilo; esa copa se había derramado tan espectacularmente que solo podría volver a llenarse gota a gota.

Wen empujó la agenda abierta contra el pecho de Hilo. Había pasado de una implicación clandestina en los asuntos del clan a dedicarse a ellos a diario abiertamente, de acuerdo a un sistema complejo y cambiante de citas y tareas codificadas con colores.

—No te olvides de que la reunión con el general Ronu la hemos pasado a esta tarde. Es para revisar el informe que presentará la semana que viene ante el Consejo Real. Tu hermana ha llamado esta mañana y ha dicho que no se encuentra bien, así que no podrá asistir; Woon la sustituirá.

—¿Otra vez? —Hilo arqueó las cejas—. Es la tercera reunión que se pierde este mes. No es propio de Shae dejarme solo en las reuniones en las que cree que puede surgir algún detalle sobre el que sepa más que yo.

Wen se esforzó por reprimir una sonrisa.

—Quizá deberías preguntarle por qué se siente mal tan a menudo últimamente cuando nadie más de la familia se ha puesto enfermo.

—Supongo que debería —dijo Hilo, tan despistado que Wen tuvo que dar media vuelta y taparse la boca para contener la risa. De repente, Hilo abrió mucho los ojos—. No jodas. —Cuando Wen sonrió y se encogió de hombros con aire de inocencia, Hilo estalló en carcajadas—. Bien por ellos. No creía que Shae estuviera interesada, pero… Desde luego, es muy propio de ella esperar demasiado y salir con esas en el último momento.

—No te he dicho nada —declaró Wen—. Sé amable con tu hermana y espera a te lo anuncie cuando esté lista. —Llevó el dedo a la siguiente nota—. El embajador de Espenia ha vuelto a llamar por la destrucción del barco minero de Anorco. Le he dicho que hable con Woon Papi.

Hilo soltó un bufido y le quitó la agenda de la mano.

—Bien. Woon pude no hacerle ni caso en nombre del clan; es su trabajo como confirmador. —Dejó la agenda en la encimera—. ¿Te acuerdas de cuando acostumbrabas a tumbarte desnuda en la cama, tentándome para que me olvidara de los asuntos del clan? Ahora parece que no sabes hablar de otra cosa.

—¿Preferirías que descuidara mis obligaciones como asistente del

pedestal? —Ladeó la cabeza y lanzó una mirada traviesa a su marido

Hilo la cogió por los hombros y le hizo dar la vuelta. Habló con los labios cerca de su oreja, desde atrás, calentándole la piel del cuello.

—Tienes otras formas de ayudar a tu pedestal a prepararse para la jornada. —Pasó una mano por el frontal del vestido y le apretó el seno izquierdo—. Tengo una hora libre ahora mismo, lo pone en tu agenda. Y hoy estás muy guapa, aunque te hayas vestido para otros y no para mí.

Wen se agarró a la mesa de la cocina cuando él la dobló hacia delante. Hilo le levantó el vestido por encima de las caderas y le bajó los pantis. Con las rodillas le hizo separar las piernas antes de desaparecer de su vista, a su espalda. Wen sintió que le agarraba la cara interior de los muslos, abriéndolos del todo. Entonces, el calor húmedo de sus boca. Se estremeció y se puso de puntillas, levantando una pierna para acomodarlo mejor cuando él se levantó, se desabrochó los pantalones y la penetró profundamente con un movimiento suave. Sonrió al encajar rítmicamente los empujones. Ya no eran jóvenes, pero Hilo seguía siendo impulsivo por naturaleza y había ventajas indudables en tener la casa para ellos solos con más frecuencia.

Una hora más tarde, con el vestido bien colocado y el interior de los muslos limpiado, Wen se comprobó el maquillaje en un espejo de mano. El conductor abrió la puerta del del Lumezza 6C descapotable, y ella se apeó y cruzó la entrada de la escuela del templo Wie Lon.

No se le escapó la hipocresía de preocuparse por que su hijo visitara a un amigo dos manzanas dentro de un barrio controlado por Montaña mientras ella se metía directamente en el corazón del territorio enemigo. Wie Lon era la escuela de artes marciales más antigua del país, la cantera de Montaña y el alma mater de Ayt Madashi y prácticamente todos los huesos verdes de alto rango de ese clan. Su amplia e imponente sala de entrenamiento principal se alquilaba a veces para actos privados como aquel al que atendía ese día. Wen observó con curiosidad lo que la rodeaba. A diferencia de la academia Kaul Dushuron, situada dentro de Yanlún, Wie Lon estaba a cuarenta y cinco minutos por carretera al oeste de la ciudad y tenía la atmósfera de un campamento forestal recóndito. Un lugar apropiado para inspirar pensamientos de conservación de la naturaleza a los patrocinadores importantes.

Los guardaespaldas personales de Wen la flanqueaban estrechamente mientras se acercaba a la entrada del salón. Hilo no le permitía abandonar la hacienda Kaul sin escolta. Wen no protestaba. Dudo y Tako eran antiguos puños, buenos hombres, corteses; discretos

a menos que fuera necesario dejar de serlo. Se habían convertido en una presencia tranquilizadora para Wen, un recordatorio de que nunca estaba indefensa, de que la respaldaba el peso de su marido y del clan que gobernaba. No estaba segura de haber tenido confianza para volver a la vida pública de otro modo. Y le eran de ayuda en otros aspectos. Cuando llegó a la escalera principal del salón, Dudo le entregó el bastón, que ella usó para afirmarse mientras subía la media docena de escalones que llevaban a la puerta. Siempre hacía lo posible por que no la vieran cojear, pero caerse habría sido aún más doloroso y humillante. Cuando llegó al escalón superior le devolvió el bastón a Dudo, alzó la cabeza para hacer acopio de confianza otra vez y cruzó la puerta.

Una suave luz natural que entraba por los altos ventanales bañaba el salón. El suelo de madera donde entrenaban los estudiantes huesos verdes estaba lleno de mesas redondas cubiertas con manteles verdes y decoradas con jardines de rocas en miniatura a modo de centros de mesa. Wen se abrió paso hasta la mesa principal, que presidía el salón, deteniéndose aquí y allá para saludar a gente: linternas destacados de Sin Cumbre; Toh Kita, el veterano presentador de noticias de la RNK; un par de miembros del Consejo Real. Ya no tenía la memoria casi perfecta en la que podía confiar en el pasado; tenía que hacer listas de nombres y usar trucos mnemotécnicos para ayudarse a recordarlos en previsión de situaciones como aquella.

Cuando llegó a la mesa circular de la cabecera de la sala, la saludó el presidente de la Fundación para los Parques Nacionales de Kekon.

—Señora Kaul —dijo—, nos honra con su disposición a asistir y decir una palabras en nombre del clan. Sé que representará una gran diferencia para nuestros donantes saber que el pedestal de Sin Cumbre apoya la conservación de los espacios naturales de nuestro país.

Wen dudaba que Hilo hubiera pensado mucho en aquel asunto, si es que había pensado en absoluto, pero aseguró al presidente que el placer era suyo por estar allí para transmitir los sentimientos de su marido. Se sentó mientras los dos últimos invitados llegaban a la mesa. Reconoció de inmediato al hombre de mediana edad: Koben Yiro, uno de los más destacados y lenguaraces huesos verdes del clan Montaña, jefe de la extensa familia Koben y tío de Ayt Ato. La mujer rolliza con la permanente debía de ser su esposa.

—Señora Kaul —saludó Koben Tin Bett, con una amplia sonrisa y disponiéndose a sentarse al lado de Wen. Colgó del respaldo de la silla el enorme bolso que llevaba—. Qué alegría verla aquí. Y tiene un aspecto mucho más sano de lo que pensaba. —Tiró de la mano de su marido—. Siéntate, Yiro-se, van a servir la comida.

Koben Yiro se desabrochó la chaqueta, se sentó junto a su esposa e inclinó la cabeza hacia Wen con una sonrisa amistosa pero vagamente paternalista.

—Señora Kaul… —saludó.

Wen nunca había visto a los Koben en persona, pero había oído la inconfundible voz de Yiro por la radio mucho más de lo que habría querido; el hombre se extendía a gusto sobre asuntos políticos y de los clanes, habitualmente con un sesgo descarado a favor de Montaña y críticas mordaces a Sin Cumbre. Ayt Mada parecía perfectamente dispuesta a dejar que Koben brillara bajo su propio foco. Ayt era una oradora consumada y una temible líder de huesos verdes, pero Koben Yiro era descarado y los kekoneses corrientes se veían reflejados en él, sobre todo cuando se presentaba como el pariente dogmático pero bienintencionado que había en todas las familias.

—Koben-jen… —saludó Wen con una sonrisa cortés—. Señora Koben…

—Llámame Bett —dijo la mujer, y dio unas palmaditas en la mano de Wen—. Las esposas no tenemos que mostrarnos estiradas entre nosotras.

Un fotógrafo del *Diario de Yanlún* pidió permiso para sacar una fotografía de la mesa principal, con Wen y los Koben en primer plano. Wen sonrió a la cámara. Ya se podía imaginar el titular en la sección de Personas Importantes: «Los clanes Montaña y Sin Cumbre, cara a cara durante la comida en apoyo de la conservación de la naturaleza».

—¿Ha venido sola? —le preguntó la señora Koben, arqueando las cejas con admiración y leve preocupación—. Qué atrevido por su parte. Aunque no es como si alguien fuera a caer tan bajo como para tirarse de los lóbulos de las orejas en un acto como este. —Sacó del bolso una toallita desinfectante y se limpió los dedos antes de comer, y luego se puso las gafas para estudiar el menú mientras seguía hablando con Wen—. Por supuesto, puedo entender las ganas de salir y distraerse un rato, ahora que ha hecho su parte por el clan y sus hijos ya han crecido un poco. He oído que a su sobrino, Niko, ¿verdad?, le va muy bien en la academia. Y tiene una hija que es normal y también ha entrado, ¿no?

—Señora Koben, me avergüenza admitir que sabe usted más sobre mi familia que yo sobre la suya. —Wen le dirigió la más dulce de sus sonrisas—. Salvo por su sobrino, por supuesto, aunque ya no lleve el apellido Koben. Cambiar el nombre del muchacho a Ayt Ato ha sido una forma muy inteligente de elevarlo.

—Mi sobrino tiene veintiún años y es puño, así que ya no es precisamente un muchacho —le recordó la señora Koben.

—¿Veintiún años ya? Creía que era más joven. Quizá sea porque oí que había tenido su primer duelo este año. Mi marido y sus hermanos eran adolescentes cuando empezaron a ganar verde en duelos, así que mi referencia es diferente. —Se encogió de hombros y desplegó la servilleta. Cuando estaba especialmente nerviosa o bajo estrés era más posible que se pusiera a tartamudear o perdiera la capacidad de encontrar palabras, pero había superado demasiados percances en su vida para dejar que la intimidara alguien como la señora Koben.

—La verditud tiene muchos aspectos, por supuesto —dijo la señora Koben con un tono de reproche maternal—. Una mujer sin jade no podría ser capaz de hablar de ello.

—No sea tan humilde —insistió Wen—. Los hombres necesitan la ayuda de sus mujeres. Es evidente que usted es una esposa y tía muy implicada, y se merece tanto crédito como su marido por la reputación de la familia Koben.

Los ojos de la mujer se movieron con la mirada de un animal que acaba de descubrir que la presa que ha mordido tiene púas. Por suerte, en aquel momento llegó la comida y Koben Bett aprovechó la oportunidad para volverse hacia su marido.

«Las mujeres sin jade tenemos pocas armas —pensó Wen con salvaje autocomplacencia—. Nos batimos en duelo con sonrisas y palabras, tal como nuestros hombres se baten con cuchillos».

Intentó disfrutar el menú, pero no pudo obligarse a comer mucho. Estaba pensando en el discurso que pronto tendría que pronunciar y se imaginó fracasando y humillándose delante de todos, incluidos los engreídos Koben. Se volvió hacia el invitado sentado a su otro lado y se sorprendió al ver que era un hombre abukei. Este se presentó con un apellido kekonés y un nombre de pila abukei: Ren Jirhuya. Era joven y atractivo; poco entrado en la treintena, supuso Wen.

—¿Qué relación tiene con la Fundación para los Parques Naturales, señor Ren? —le preguntó.

—Me nombraron embajador cultural de la tribu Yinao. —El hombre titubeó, y luego añadió—: Y soy artista. Hice todas las ilustraciones de la campaña de captación de fondos, y también el cortometraje de animación que emitirán después de la comida. Y, por favor, llámeme Jirhuya; me resulta más cómodo.

Wen admiró el arte de los pósteres y los programas; su faceta de diseñadora apreció el equilibrio del color y el expresivo estilo moderno aplicado a los motivos y temas indígenas.

—¿Hace muchos trabajos de este estilo?

—Cualquier cosa que me encarguen. Trabajo principalmente en la industria del cine.

Wen se fijó con fascinación en que Jirhuya llevaba un anillo con una piedra verde en el índice derecho. Lucir jade de los tontos se consideraba hortera y soez en Kekon; era un estilo asociado a los gánsteres kekoshotarianos. Jirhuya no podía ser barukano, y ningún otro detalle de su aspecto parecía vulgar ni descuidado. Su traje de lino azul claro estaba perfectamente planchado y cortado a medida de su complexión delgada, un toque de color entre los indiferenciables trajes oscuros de los demás hombres. Llevaba el pelo rizado corto y bien peinado, y su forma de hablar no tenía nada de la cadencia arrastrada de los acentos indígenas.

—No he podido evitar fijarme en el anillo que lleva —dijo Wen—. ¿Tiene algún significado?

Ren se ruborizó ligeramente.

—Es una tradición abukei. Los adultos llevan un anillo en el pulgar si están casados o comprometidos, en el índice si están solteros y abiertos a una relación y en el meñique si no buscan pareja. —Fue el turno de Wen de avergonzarse. Era un dato que había conocido en algún momento, quizá a través de Kyanla, que llevaba un anillo de plata en el meñique derecho, pero lo había olvidado. Había sentido curiosidad a causa del material del anillo, no de su posición—. Hace siglos, estos anillos se hacían con jade a causa de su conexión sagrada con la Primera Madre, la diosa Nimuma. Esa costumbre se abandonó hace mucho por razones evidentes. —Cualquiera que portara jade sin ser capaz de utilizar las habilidades del jade sería un blanco fácil para los ladrones. Desde luego, ningún abukei y ningún ojos de piedra lo portaría a menos que quisiera cortejar el desastre o que lo acusaran de contrabando. Jirhuya hizo girar el anillo en el dedo—. Llevar un anillo verde es un guiño a la antigua costumbre, y el jade de los tontos es más fácil de obtener ahora que hay demanda en el extranjero.

Los camareros retiraron los platos, se emitió el cortometraje, y el presidente de la fundación se levantó y dio las gracias a los invitados y los animó a dar apoyo político y económico a los trabajos de conservación. Expresó su agradecimiento especial a los clanes de huesos verdes del país a invitó a Wen a hablar.

Wen se levantó y caminó hacia el estrado, intentando que su lenta aproximación pareciera intencionada en vez de físicamente cauta. Le sudaban las manos. Cuando llegó al micrófono se tomó un momento para pasar la mirada por las caras que la observaban con atención. Entonces empezó a hablar, tan despacio como había practicado, fingiendo para sí que estaba contando una historia familiar a unos amigos en vez de pronunciando un discurso ante desconocidos, de modo que sus palabras salieran con claridad y naturalidad, sin

tartamudeos ni pausas.

Empezó contando una anécdota graciosa sobre Hilo y una excursión que hicieron a la montaña muchos años antes, en la que se perdieron sin remedio. En aquella época, él era el cuerno de Sin Cumbre y conocía la ciudad de Yanlún como un perro guardián conoce cada piedra y cada brizna de hierba de su jardín, pero no tenía mucho sentido de la orientación en plena naturaleza. El público rio al imaginarse al temible Kaul Hiloshudon avanzando testarudo por el bosque en la dirección equivocada. Wen saboreó un cálido subidón de triunfo. Se imaginó que a Hilo no le haría mucha gracia que recordara aquel incidente vergonzoso ante un público de miembros destacados de la sociedad de Yanlún, pero no estaba allí para sentirse molesto. Wen estaba en una posición única para compartir el lado humano y cercano de su familia, para mostrar que los Kaul eran personas poderosas, pero seguían siendo personas.

—Mientras crece la economía de nuestro país, mientras nuestras ciudades se expanden y nuestras fábricas se multiplican, debemos equilibrar con prudencia nuestro impulso hacia la prosperidad. Muchos dirán que el jade es el recurso natural más valioso de Kekon; pero el jade solo pueden usarlo unas pocas personas, mientras que la belleza natural de nuestra isla nos pertenece a todos, independientemente de la riqueza, el clan, la sangre y las habilidades. Y por eso nos corresponde a todos protegerla tan fieramente como protegemos nuestra familia y nuestros valores.

Wen regresó a su asiento rodeada de aplausos, complacida y aliviada de haber pasado aquel trago. Jirhuya se inclinó hacia ella.

—Un discurso maravilloso, señora Kaul. ¿Estaría dispuesta a hablar alguna vez ante la Asociación Benéfica de No Reactivos al Jade? Soy voluntario de la organización y conozco a los miembros de la junta directiva. Que alguien tan importante del clan Sin Cumbre hablara abiertamente sobre ser un ojos de piedra sería un paso de gigante hacia la desestigmatización de la no reactividad. ¿Se lo pensaría?

—Me encantaría, si mi agenda me lo permite —dijo Wen.

Antes de que pudieran continuar la conversación, el presidente de la fundación volvió a subir al estrado e invitó a Koben Yiro a pronunciar unas palabras en nombre del clan Montaña. Koben se levantó, se abotonó la chaqueta sobre el amplio pecho y fue hasta el micrófono. El público quedó en silencio y se inclinó hacia delante.

—Durante gran parte de su historia, Kekon fue una civilización en armonía con su entorno natural —empezó Koben, con voz dramática y resonante—. No hay mejor ejemplo que la gran escuela del templo Wie Lon, donde nos hemos reunido hoy. Por desgracia, al igual que

muchos otros elementos esenciales de la cultura kekonesa, estos valores están sufriendo un ataque.

Koben habló sobre la prolongada degradación de los espacios naturales de Kekon causada por la minería de jade destinada a cumplir contratos de exportación con la República de Espenia, la contaminación de las empresas extranjeras y la pérdida de cinco kilómetros cuadrados de hábitat natural en la isla de Euman a consecuencia de la ampliación de la base naval.

—En estos momentos —bramó Koben, clavando un dedo en el aire mientras su voz resonante vibraba con pasión—, una empresa espenia está dragando nuestras costas en busca de jade. Unos valientes patriotas destruyeron el primer barco minero, pero la codicia espenia no conoce límites, y han mandado otro para que robe el jade del mar… y, en el proceso, arruine las regiones pesqueras tradicionales indígenas y destruya hábitats naturales insustituibles.

»No podemos reparar los daños ambientales hasta que hablemos de la causa principal: los extranjeros —proclamó—. Es hora de que demos la espalda al camino destructor que hemos seguido durante décadas; hora de que dejemos de inclinarnos antes las corporaciones extranjeras, gastando preciosos recursos en refugiados y permitiendo que el jade abandone nuestras costas. —Algunos de los presentes dieron golpecitos en la mesa a modo de aplauso cortés; otros patearon el suelo y gritaron su acuerdo con vehemencia. Koben, impulsado por la respuesta, sacudió el puño en el aire y concluyó con convicción—: ¡Entre todos debemos erradicar la explotación extranjera en todas sus formas! Solo entonces podremos proteger la hermosa isla que es nuestro hogar.

Wen sintió que el rubor le subía por el cuello. Para su horror, empezaron a temblarle las manos. Dejó la taza de té que sostenía antes de que alguien se diera cuenta. Había dedicado cuidadosamente tiempo y energía a prepararse para aquella velada. Había buscado causar buena impresión, representar a su familia de una forma inspiradora y cercana.

Había sido una idiota. Koben Yiro había lanzado una diatriba política enardecedora que reforzaba el mensaje de Montaña de que era el clan más dedicado a conservar los recursos y las tradiciones del país. Y lo había hecho de una manera que le habría sido imposible incluso a Ayt Mada, cimentando todavía más la popularidad de la familia Koben.

Koben Yiro se bajó del estrado entre aplausos atronadores. Varios miembros del clan Montaña se pusieron en pie para saludarlo. Los fotógrafos de prensa dispararon sus cámaras.

—Mi marido es tan tonto… —comentó Koben Bett, inclinándose hacia Wen con aire confidencial—. Estaba preocupado por que el tono de su discurso fuera demasiado fuerte para este público. Por suerte insistí en que hablara así. Bueno, ahora tendrá que reconocer que hizo bien en escucharme. —Se volvió a erguir en la silla y bebió su té con una sonrisa plácidamente salvaje—. Tienes bastante razón, señora Kaul. Los hombres necesitan a menudo nuestra ayuda. Es una pena que nuestros pedestales no estén aquí para ver lo que hacemos por nuestros clanes.

Capítulo 20

Progreso

DESDE la época en que era el cuerno del clan, Hilo celebraba todos los segundodías y quintodías en la hacienda Kaul sesiones de entrenamiento a primera hora de la mañana con sus principales puños. Lo hacía para asegurar que sus guerreros de mayor rango conservaran su destreza marcial, y también porque necesitaba compañeros de entrenamiento dignos. Cuando alguna de sus responsabilidades como pedestal lo obligaba a perderse la sesión, Juen o Lott se encargaban de dirigirla. Recibir una invitación a entrenar en casa del pedestal se había convertido en una marca de estatus considerable en el lado más verde del clan Sin Cumbre.

Durante los tres últimos años, Hilo había invitado a Jim Sunto a entrenar con ellos. Eso había provocado algún alzamiento de cejas entre los puños, pero Hilo había estado interesado en Sunto desde su primer encuentro en el gimnasio de la Séptima Disciplina. Le intrigaba la idea de enfrentarse a un luchador de élite potenciado con jade adiestrado en el sistema espenio y ver qué podía aprender.

Aquella mañana se pusieron uno frente al otro como habían hecho por primera vez siete años antes, pero en esta ocasión, Hilo empuñaba una pistola y Sunto tenía un cuchillo. Estaban entrenando deliberadamente sus puntos menos hábiles. La reputación de Kaul Hilo como luchador con el cuchillo garra no tenía igual, y Jim Sunto era extremadamente experto con las armas de fuego.

Apenas acababa de salir el sol y los huesos verdes reunidos se echaban el aliento en las manos para calentarse. El pedestal estaba de pie en el centro del césped con los brazos a los lados y una pequeña sonrisa de expectación curvándole un lado de la boca. Sunto caminaba

trazando un círculo a su alrededor, con aire relajado. De repente se movió en el intervalo entre un latido y el siguiente.

Un huesos verdes hábil podía recorrer diez metros en menos tiempo del que necesitaba un tirador normal para sacar una pistola y apuntar. Hilo había aprovechado aquello como una ventaja letal numerosas veces en su vida. Cualquiera que intentara oponerse con una pistola a un huesos verdes armado con un cuchillo garra, sobre todo a corta distancia en una calle de Yanlún, probablemente caería bajo el cuchillo antes de poder disparar una sola vez.

Hilo necesitaba hacer lo contrario de lo que haría normalmente en un combate: crear distancia en vez de reducirla. Sunto se había lanzado hacia él en ángulo, así que en vez de intentar escapar retrocediendo o echándose a un lado, lo que no podría lograr a tiempo, Hilo desenfundó el arma mientras se tiraba al suelo de espaldas y disparó hacia arriba.

El disparo alcanzó a Sunto en el abdomen. Usaban una pistola de perdigones, insuficiente para romper el Acero, pero que escocería. Hilo rodó por la hierba y volvió a disparar agachado. Ahora se había alejado demasiado y su adversario había Desviado los perdigones con facilidad. Sin embargo, para cerrar la distancia que los separaba, Sunto tenía que cargar atravesando la zona de peligro, en la que quedaría demasiado cerca para Desviar con eficacia pero aún demasiado lejos para alcanzar a su blanco con el cuchillo. Hilo volvió a dispararle, esta vez en el pecho. Apenas lo frenó. El cuchillo garra centelleó hacia la cara de Hilo, que atrapó la muñeca de Sunto y detuvo el filo romo del arma de entrenamiento a un dedo de su cuello y sonrió.

—Podrías haber acabado conmigo si no me hubieras dejado ver venir el cuchillo tan fácilmente —dijo—. Lo que tienes que hacer es atraer mi atención con la otra mano y entonces invertir el agarre y cortar así. —Cogió el cuchillo de Sunto y mostró el movimiento. El grupito de huesos verdes asintió.

Sunto soltó un gruñido de reconocimiento.

—De todas formas, no recibí tres disparos —dijo, frotándose el moratón del pecho. El objetivo era colocar tres disparos o una cuchillada letal. Sin desarmes. Tratándose de luchadores expertos, era una competición por ver quién lo lograba primero—. Incluso si te ves atascado así… —Sunto se acercó la pistola al torso, como si estuvieran enganchados cuerpo a cuerpo, y giró para que los otros huesos verdes pudieran ver—. Todavía puedes disparar si te ladeas de esta forma, de modo que la corredera no te tropiece con el cuerpo. Ese habría sido el tercer disparo.

Hilo le dio una palmada en el hombro. Sunto portaba demasiado poco jade para igualarlo a él, o a cualquier huesos verdes de primera categoría, en una competición directa de habilidades del jade. Su capacidad de Ligereza y Desviación, las dos disciplinas que exigían la máxima expulsión de energía de jade, estaba por debajo de la media. En el ejército espenio no se enfatizaban, ya que rompían la formación de las unidades y no servían de gran cosa a larga distancia contra armas automáticas. Pero Sunto era rápido, eficaz y práctico, y conocía algunas técnicas que no estaban en los planes de estudios de la academia ni de los instructores privados, que Hilo supiera. Algunas no tenían mucha utilidad para los huesos verdes. Hilo dudaba que sus puños necesitaran saber usar una Desviación a ras de suelo para activar desde lejos bombas sensibles a la presión o con cables disparadores. Otras eran más valiosas. A petición del pedestal, Sunto había dado unas cuantas clases a los puños de mayor rango, así como a todos los huesos verdes de la familia Kaul, sobre cómo Acerar para protegerse contra un dispositivo explosivo improvisado. Aunque habían pasado años desde la tragedia, a Hilo aún lo acosaba la muerte de Kehn, su brusquedad impersonal y deshonrosa. Si los métodos de Sunto ofrecían algo que pudiera proteger a su familia y a otros miembros del clan de una bomba en un coche, los estudiaría.

Hilo le pasó la pistola a Lott y Sunto le dio el cuchillo a Vin; les tocaba a ellos. Miró luchar a sus puños hasta que todos tuvieron la oportunidad de practicar. Observar a los que estaban en la veintena, como Suyo y Toyi, le dejó claro que ya no era joven. Sus habilidades del jade eran tan formidables como siempre; su fuerza y su resistencia igualaban a las de los luchadores jóvenes, y su experiencia era una poderosa ventaja que se alegraba de poseer. Pero una vida dedicada a luchar había cobrado su factura. Desde que cumplió los cuarenta, Hilo notaba pequeños detalles: no era tan rápido como antes; tardaba más en recuperarse de las lesiones leves, y las lesiones antiguas más graves, que no le habían molestado en años, habían empezado a recordarle los errores pasados.

El sol se alzaba sobre la ciudad, disipando el frío otoñal. Hilo dio por terminada la sesión de entrenamiento.

—¿Podemos hablar un minuto? —dijo Sunto, que se le había acercado.

Un par de puños cercanos lo miraron con recelo por tomarse esas libertades con el pedestal y hablarle en aquel tono, pero Hilo no se ofendió. Aquella era la forma normal de hablar de Sunto. No obstante, delante de sus propios hombres, Hilo lo obligó a ser paciente.

—Tengo que tratar unos detalles con el cuerno. No tardaremos

mucho; hablamos después.

Tras hablar con Juen y después de que los demás huesos verdes se hubieran dispersado para atender sus responsabilidades, Hilo se sentó con Sunto a la mesa del patio y apoyó los pies en una silla vacía.

—¿Cómo fue el informe del general Ronu al Consejo Real?

—Lo bastante bien para que hayan aumentado el presupuesto del programa de entrenamiento —dijo Sunto—. El canciller nos felicitó por lo mucho que habíamos progresado estos siete años.

Bajo la guía de Sunto y otros expertos internacionales, las fuerzas armadas kekonesas habían establecido el Mando Especial de Combate para supervisar todas las fuerzas de operaciones especiales, la más destacada de las cuales era la Compañía Araña Dorada, el creciente cuerpo del ejército formado por soldados equipados con jade, que recibía su propio entrenamiento especializado y participaba en maniobras con los Ángeles de la Marina de la República de Espenia. Las fuerzas armadas kekonesas seguían siendo minúsculas en comparación con las de la mayoría de los demás países, pero ahora que se la veía como una salvaguardia contra posibles ataques ygutanos, los espenios apoyaban en gran medida su crecimiento pese a otros desacuerdos entre los dos países.

—He oído que el alistamiento ha aumentado después de que se cambiaran los requisitos —dijo Hilo—. El maestro Aido comentó que había recibido montones de solicitudes de nuevos estudiantes. Incluso el gran maestro Le está pensando en usar uno de los campos de entrenamiento de la academia para poner en marcha un programa nocturno o de fines de semana si encuentra bastantes instructores dispuestos a participar. —Encendió un cigarrillo—. Estoy impresionado, Sunto. Has conseguido que haya gente que quiera alistarse en el ejército.

En el pasado, solo los reclutas que se licenciaban en una escuela marcial y tenían como mínimo un año de experiencia como dedo de un clan podían alistarse con su jade, pero Sunto había argumentado que eso no era necesario, e incluso era contraproducente. «Si nos limitáramos a los dedos que abandonan su clan, apenas llenaríamos un barracón cada año», había señalado. En la actualidad, lo único que se necesitaba era un certificado médico de poseer suficiente tolerancia al jade y una competencia básica en las seis disciplinas del jade; aproximadamente el equivalente a lo que se alcanzaba en el cuarto curso de la academia. Aquel cambio abrió la puerta a los que habían entrenado en programas extraescolares o con instructores privados.

Se abrió la puerta del patio y Sulima, la nueva ama de llaves, llevó té, pastelillos y fruta cortada. Sunto aceptó una taza de té, pero no

comió.

—El general Ronu podría conseguir aún más reclutas si empezáramos a aceptar a adultos sin entrenamiento previo con jade.

—No vuelvas a empezar con eso —replicó Hilo con impaciencia.

—Los Ángeles de la República de Espenia no empiezan a aclimatarse al jade cuando tienen diez años. Eso no hace falta con los métodos modernos —insistió Sunto, ignorando la advertencia del pedestal—. El SN2 es más seguro que el SN1 de hace diez o quince años. Tiene menos efectos secundarios a largo plazo y menos riesgo de sobredosis. Sigue sin ser bueno para la salud, pero tampoco lo es ir a la guerra.

—Ya te he dicho que no conseguirás apoyo para la propuesta de dopar a los soldados kekoneses. El shine solo es legal cuando es necesario para usos médicos. —E incluso cuando era necesario, pensó Hilo con tristeza, la vergüenza era demasiado grande. Lo había sido para Lan.

—Eso mismo me ha dicho Ronu. —Sunto soltó un bufido, derrotado—. El estigma del SN1 es tan grande en este país que los militares kekoneses no están dispuestos ni a considerar su uso voluntario.

—Intentas aumentar el prestigio de las fuerzas armadas, ¿no? Ninguna familia permitiría que su hijo se uniera a un ejército de sangreflojas adictos al shine.

El aura de jade de Sunto era normalmente pálida en la mente de Hilo. No débil ni apagada, sino pálida, como si su color no resaltara lo suficiente para captar la mirada. En aquel momento, sin embargo, la vio inflamarse y oscurecerse.

—Sangreflojas adictos al shine —repitió—. Supongo que es lo que pensáis los huesos verdes de los soldados espenios. Por si no te has dado cuenta, estamos ahí fuera protegiendo esta isla, toda esta zona del mundo, y estamos usando jade para ello, jugándonos la vida y la salud. No todo el mundo tiene el don genético de la tolerancia al jade, pero para eso está la ciencia. Para eso está el progreso.

Aquella indignación no tenía sentido para Hilo. Sunto no era de sangre espenia, no usaba shine y había abandonado voluntariamente los Ángeles de la Marina hacía muchos años. Pero habló como si aún fuera soldado de la República de Espenia, así que Hilo le respondió como a tal:

—El progreso para nosotros no significa volvernos como vosotros. Deberías saberlo a estas alturas.

Sunto se sentó.

—Lo sé —dijo, ya sin discutir, pero claramente insatisfecho—. No

es como quería llegar a esto, pero me ayudará a explicarte mi decisión. He hecho todo lo que he podido con el programa de entrenamiento. El general Ronu ha sido un buen colaborador y hemos hecho un montón de mejoras, pero ha llegado la hora de que siga mi camino. Me marcho a fin de mes. El ejército kekonés tiene cimientos sólidos con los que trabajar, y Ronu seguirá construyendo sobre lo que hemos logrado hasta ahora, con otra persona al cargo.

Hilo estaba acostumbrado a los modales bruscos del antiguo ángel de la Marina, pero no le hizo gracia enterarse de que iba a dejar un trabajo que Sin Cumbre le había puesto en bandeja, y le disgustó la manera en que le daba la noticia, como si fuera ya un hecho consumado. Sunto no era un huesos verdes del clan y no tenía ninguna obligación de acudir al pedestal para pedirle permiso antes de tomar su decisión, pero tampoco eran desconocidos. El papel de Sunto en las fuerzas armadas había aumentado su reputación y su fortuna; había entrenado con Hilo y con sus hombres: lo habían invitado muchas veces a la hacienda Kaul.

Hilo dejó que el reproche flotara entre los dos antes de responder.

—Me decepciona oír eso, teniente. Pero me doy cuenta de que has tomado tu decisión, así que no intentaré convencerte de que la cambies. Has hecho todo lo que tenía la esperanza de que hicieras cuando nos vimos por primera vez, y me complace que hayas entrenado con mis puños. Así que separémonos como amigos. —Se puso en pie y tendió la mano a Sunto, que se levantó a su vez y se la estrechó.

Caminaron juntos hacia la entrada de la hacienda Kaul. Cuando llegaron al coche de Sunto, este se detuvo antes de subir. Tocó distraídamente el icono de oro del monte Icana que llevaba colgado del cuello junto a las chapas de identificación de jade; luego bajó la mano y se giró hacia el pedestal.

—Hay otra cosa —dijo—. Trabajar con los militares kekoneses ha sido una valiosa experiencia, y he aprendido muchísimo entrenando con los huesos verdes de tu clan. Te agradezco que me dieras esas oportunidades. Te respeto como líder, y por eso quiero que oigas esto directamente de mí y no te enteres por otro más tarde. —El aura de jade de Sunto se agitó a la par que sus pies—. Voy a crear mi propia empresa. Proporcionaré entrenamiento, servicios de seguridad y apoyo de combate a gobiernos y organizaciones. Llevo un tiempo hablando de ello con un par de amigos, también exángeles, que van a ser mis socios. —La respuesta del pedestal a aquel anuncio fue un silencio inmóvil—. Es la forma ideal de combinar todas mis experiencias como ángel de la Marina e instructor de SICBEJ, y el entrenamiento

adicional que he realizado en Yanlún y el trabajo que he hecho en la reforma de las fuerzas armadas kekonesas. Con todos los conflictos en los que están envueltas las fuerzas de la República de Espenia en todo el mundo, hay una necesidad clara y urgente de contratistas. Mi empresa será la primera con profunda experiencia militar y operativos expertos con la capacidad de usar jade bioenergético.

—Un ejército privado de soldados de jade —dijo Hilo—. Mercenarios.

Sunto frunció el ceño, pero se mantuvo firme ante la expresión cada vez más peligrosa de los ojos de Hilo.

—No estoy de acuerdo con ese término. No será una banda de matones de alquiler. Quiero crear una organización profesional, que se adhiera a criterios elevados y a los ideales de los testigos de la Verdad.

—Los ideales de los testigos de la Verdad. Ideales extranjeros. —La postura de Hilo estaba cambiando sutilmente; los hombros se adelantaron, los dedos se engarfiaron, la barbilla se inclinó hacia abajo.

—No esperaba que el pedestal de un clan de huesos verdes lo entendiera ni lo aprobara.

—Aciertas en lo segundo, al menos —gruñó Hilo. La llamarada de su aura de jade hizo que los vigilantes de la hacienda lo mirasen alarmados—. El jade pertenece a los guerreros que prestan juramento a su clan, no a soldados corporativos.

Sunto se erizó a la defensiva; encogió ligeramente la postura.

—No todos comparten tus actitudes anticuadas. Tengo contactos que me apoyan en el Ministerio de la Guerra de la República de Espenia. Y el emprendedor multimillonario Art Wyles ha firmado como nuestro primer inversor importante.

Los guardias se acercaron y dirigieron una mirada interrogante a Hilo para pedir instrucciones. El pedestal los hizo detenerse con una mirada, pero dio un paso hacia Sunto.

—Te he dado una profesión. He entrenado contigo. Te he tratado como a un amigo. —Hablaba como si estuviera sacando un arma lentamente—. Piensa con mucho cuidado lo que estás haciendo, teniente Sunto.

Sunto retrocedió un paso y abrió la puerta del coche sin apartar los ojos de Hilo.

—Me temía que fueras a reaccionar así, pero no es nada personal, Kaul. Cuando nos vimos por primera vez te dije que había venido a ocuparme de mis asuntos y ganar dinero. Eso no ha cambiado. —Sunto miró con intención a los guardias y las puertas cerradas, sabiendo que estaba a merced del pedestal, pero sin miedo—. Puede

que te cueste aceptarlo, pero el mundo tiene espacio para más de un tipo de guerreros de jade. No estoy fundando un clan de huesos verdes rival que vaya a atacarte. Mi empresa tendrá su sede en Espenia, con una sucursal en la isla de Euman, bajo jurisdicción militar espenia, y el jade lo proporcionará el gobierno espenio. Tú liderarás tu clan según tus principios, y yo dirigiré mi empresa basándome en los míos. No hay motivo para que nos enfrentemos.

—O estás ciego o eres un ingenuo si crees que eso es verdad. —Con un gesto seco ordenó que abrieran las puertas. Cuando Sunto entró en el coche, Hilo se acercó y apoyó las manos en el marco de la puerta del conductor, se inclinó y habló por la ventanilla abierta—. Esto debería ser evidente, pero lo voy a decir para que no haya ninguna duda entre nosotros: que tu empresa paramilitar y tus mercenarios extranjeros no actúen en Kekon. Jamás.

Sunto arrancó el coche.

—La empresa se llama Soluciones Internacionales Ganlu —dijo con calma, pero con una ira poco común arremolinándose en su aura de jade como tinta negra que se extendiera en el agua—. El nombre viene de un príncipe de Kekon que abandonó la isla y al que olvidó su pueblo, pero que cambió el mundo.

—Fuera de mi casa —dijo Hilo—. Antes de que te mate.

Se giró y echó a andar hacia la mansión sin molestarse en mirar como el coche de Sunto cruzaba las puertas de la hacienda Kaul.

Capítulo 21

El significado del verde

Año decimocuarto, segundo mes

EL médico le había dado permiso para volar y Shae viajaba sentada cómodamente en preferente, pero a pesar de todo, el vuelo de once horas y media hasta Puerto Massy no era agradable ni en el mejor de los casos, menos aún para una embarazada. Sin embargo, no había forma de evitarlo. Dentro de pocos meses no estaría en condiciones de realizar el vuelo transamárico en absoluto, y antes de que llegara ese momento tenía asuntos que atender. Se mantuvo hidratada y se levantó cada hora para ir al baño y estirar las piernas paseando por el avión. Gracias a los dioses ya habían pasado las náuseas y el agotamiento del primer trimestre. Envidiaba a Hami Tumashon, sentado a su lado. El hacedor de lluvia del clan estaba acostumbrado a aquel vuelo y no parecía incomodarlo en absoluto. Pasó las dos primeras horas trabajando productivamente, leyendo correo y escribiendo memorandos, y luego hojeó el *Correo de Puerto Massy* antes de quedarse dormido y pasar así el resto del viaje.

Cuando llegaron a Puerto Massy, Shae se quedó asombrada ante el frío y la visión de los montones de nieve sucia que bordeaban todas las calles. La blanca luz invernal se le clavó en los ojos cuando Hami y ella salieron del aeropuerto envueltos en bufandas y abrigos. Terun Bin, el jefe de los hacedores de fortuna de Espenia, los recogió en persona con un coche con chófer.

—¡Kaul-jen! —exclamó tras saludarlos—, ¿por qué no te has traído un poco de clima de Yanlún?

Ya en el coche, Terun puso la calefacción a tope, y cuando el conductor se metió agresivamente en la vía de salida cortando el paso

a los airados taxistas y provocando un concierto de cláxones, gritó por la ventanilla en espenio con la vociferante naturalidad de un nativo de Puerto Massy. La personalidad animadísima pero exigente de Terun le había resultado muy útil en Espenia. Durante ocho años había hecho crecer, pese a la enorme competencia, los negocios del clan en ese país, pero había decidido que, con treinta y cinco años había llegado la hora de que empezara a buscar esposa y quizá formara una familia. Así que había solicitado regresar a Kekon en primavera, y el clan estaba a la caza de un sustituto. Shae estaba impaciente por tenerlo de vuelta en Yanlún, pues Terun era una de las mentes más agudas e inteligentes para los negocios con las que había trabajado jamás; era el tipo de persona que podía absorber una cantidad notable de información y ver soluciones antes de que los demás hubieran acabado de plantear un problema.

Terun se giró en el asiento.

—Kaul-jen, he organizado todo lo que hablamos. La reunión será mañana por la tarde. Tenemos reserva esta noche para una cena en grupo, en un restaurante cercano al hotel. Si te apetece, sé que será un honor para el personal de Puerto Massy pasar un rato con el hombre del tiempo.

Shae habría preferido pedir la cena al servicio de habitaciones y acostarse temprano, pero aceptó la invitación de Terun. Como hacedor de lluvia, Hami realizaba frecuentes viajes entre las oficinas del clan y coordinaba de forma admirable los negocios internacionales de Sin Cumbre entre Yanlún, Puerto Massy, la sede secundaria de Adamont Capita y, ahora, la de Khitak, en Tun, pero seguía siendo importante que el propio hombre del tiempo asomara alguna vez, para que los hacedores de fortuna (o los asociados, como se los llamaba allí) vieran que la familia Kaul apreciaba personalmente su trabajo.

Shae fue al hotel y, aunque en Yanlún ya pasaba de la medianoche, llamó a Woon para decirle que había llegado a salvo, sabiendo que él no dormiría hasta que hablaran. Woon se había mostrado contrario a que hiciera el viaje, a pesar de que la acompañaba Hami y Anden le había asegurado personalmente que no había peligro para la salud. Kiya, la primera mujer de Woon, había sufrido varios abortos, así que él tenía miedo de que algo fuera mal. Shae había dependido durante muchos años del optimismo estoico y razonable de su antigua sombra, así que su conversión en un marido temeroso había sido una extraña inversión de papeles. Solo gracias a que Woon no podía quitarse de encima la larga costumbre de ser su asistente, Shae fue capaz de convencerlo para que se quedara en Yanlún y dirigiera los asuntos del clan durante su ausencia. Aunque otros habían ocupado el puesto de

sombra del hombre del tiempo desde la muerte de Luto, Woon seguía siendo la persona en la que más confiaba para tomar decisiones importantes en su nombre sobre los asuntos del clan, si era necesario.

A veces, Shae aún se despertaba junto a su marido con un sentimiento de asombro. Habían sido compañeros durante muchos años antes de casarse, y aunque ya no trabajaban codo con codo todos los días, la historia compartida seguía provocando de tarde en tarde momentos de tensión extraños. En una ocasión, Shae había avergonzado a Woon al decir: «Sabes que puedes besarme sin permiso cuando no estamos en la oficina, ¿verdad?». Más de una vez, él le había recordado con enojo: «No puedes acabar así una discusión. Dentro de casa no respondo ante ti como hombre del tiempo». Woon afirmaba que no le sorprendía ni le molestaba que la gente no usara el apellido de casada de Shae y se siguiera dirigiendo a ella como «Kaul-jen», como había hecho siempre, pero entrar en la familia Kaul con un matrimonio celebrado en circunstancias escandalosas no podía haber sido fácil ni siquiera para alguien tan paciente como Woon Papidonwa.

—Hay una clínica de medicina kekonesa a solo cuatro manzanas de las oficinas de la isla de Jons —le recordó por teléfono—. Los dos médicos han estudiado en Yanlún. Llamé para asegurarme. ¿Tienes la dirección y el teléfono?

—Sí, Papi —lo tranquilizó—. Ya me lo dijo Anden. No te preocupes.

El embarazo había sido agotador pero libre de complicaciones hasta el momento; aun así, era tranquilizador saber que podía atenderla legalmente un médico huesos verdes cualificado si era necesario. No había esperado quedarse embarazada a los cuarenta años y, si era sincera, seguía sorprendida. Por mucho que quisiera a sus sobrinos, jamás se había imaginado como alguien maternal. No estaba segura de haberse planteado la idea de tener un hijo si no hubiera sido por Woon, que estaba más feliz de lo que ella lo había visto nunca ante la perspectiva de ser padre por fin.

—Cuando Terun vuelva a Yanlún, podrías tomarte un tiempo libre —dijo Woon.

—Ya hablaremos de eso. ¿Qué tal la reunión con el embajador espenio?

Se las arregló para distraer a su marido hablando de trabajo, y luego puso fin a la llamada para que se pudiera ir a dormir. Sentada junto a la ventana y mirando el paisaje invernal, se acarició con suavidad el vientre hinchado con la esperanza de notar una de las pequeñas sensaciones aleteantes que creía que eran movimientos del

bebé. A veces pensaba en su primer y abortado embarazo y en Tau Maro, en lo mucho que él quería a sus sobrinas y en que nunca tendría hijos propios, ni con Shae ni con nadie, porque ella lo había ejecutado. En esos momentos, Shae sentía un miedo frío y creciente, el temor de que no merecía aquel hijo, de que algo terrible ocurriría a modo de justo castigo del destino.

Una vez compartió aquellos temores con su cuñada. Wen, que no era en absoluto supersticiosa, se burló.

—Shae, hermana, ¿cuándo ha sido la vida una historia en la que los personajes se llevan exactamente lo que se merecen, bueno o malo? No estás acostumbrada a tener miedo, pero todas las madres primerizas lo tienen. Lo que sientes es natural.

Shae pensó que aquello era un poco injusto. El miedo no le era desconocido. ¿Quién más en la familia rezaba con regularidad a los dioses? Las oraciones más sinceras estaban inspiradas por el terror.

La cena de aquella noche se celebró en un restaurante kekonés que tenía fama de ser el más auténtico de Puerto Massy, al margen de un puñado de platos espenios que incluía en la carta, como el cerdo ahumado sobre tostadas y el salpicón de marisco frito. La comida era sorprendentemente buena, a kilómetros de cualquier cosa que hubiera comido quince años antes, cuando era estudiante en Windton, y estuvo encantada de charlar con tantos expatriados del clan y con el personal local. De todas formas, se fue a dormir temprano para asegurarse de que descansaba lo necesario.

Ya avanzada la mañana siguiente, Hami y ella entraron en el cuartel general del clan en Puerto Massy. La Oficina de Enlace de Sociedades Comerciales de Kekon, como ponía en la placa de bronce grabada de la puerta y en el directorio de cristal negro del vestíbulo del edificio, se había ampliado hacía poco y ocupaba la totalidad del decimosegundo piso del rascacielos de la avenida Packer. No era muy grande, pero resultaba casi tan acogedor como el edificio de oficinas de la calle del Barco, en Yanlún, y desde luego estaba lejos del edificio de servicios profesionales chaparro y humilde que había alojado al principio las operaciones del clan en Espenia, cuando llegó Hami. Mientras entraban en la ajetreada planta de oficinas llena del ruido de los teléfonos, los teclados y las conversaciones en kekonés y en espenio, Shae vio la ruda satisfacción en la cara de Hami. El éxito de Sin Cumbre en el extranjero era su legado personal para el clan.

Aquel éxito era todavía profunda e inquietantemente inestable. Cuando llegaron Rigly Hollin y los otros dos socios de la agencia de publicidad WBH Focus, Shae los recibió en la sala de reuniones principal de las oficinas. Les estrechó la mano, presentó a Hami y a

Terun y dijo en espenio:

—Me alegro de conocerte por fin en persona, señor Hallin. Mi primo, el doctor Emery, me ha contado lo eficaces que fuisteis tu empresa y tú en la campaña por la legalización del jade bioenergético en el campo de la medicina. Vuestros resultados hablan por sí mismos.

—Yo también estaba impaciente por conocerte, Kaul-jen —dijo Hollin, impresionándola por el uso apropiado del sufijo huesos verdes y llevándose las manos unidas a la frente en el saludo kekonés. Shae se sorprendió, hasta que recordó que la esposa de Hollin era kekonesa —. WBH Focus es una agencia internacional, y estamos encantados de ser útiles a nuestros clientes de otros países.

Shae señaló a los publicistas las sillas que rodeaban la mesa. Hami y Terun, habituados a las costumbres de negocios espenias, se sentaron a los lados de ella.

—Confío en que os hayan informado de por qué estamos interesados en contratar a vuestra empresa —dijo Shae.

Asintiendo ávidamente, Hollin abrió su maletín y empezó a sacar documentos.

—Conseguir que se legalizara el jade bioenergético para el uso médico lo impulsó hacia la aceptación general. Pero es evidente que no podemos ganar al rucket a menos que nos movamos tras el lanzamiento. —A pesar de las victorias conseguidas por Anden, la Asociación de Médicos de Espenia seguía oponiéndose a la medicina con jade, y no se había producido ningún avance en dirección a una retirada más amplia de la prohibición para los civiles. Hollin les entregó gráficos y tablas de resultados de encuestas—. Nuestra investigación de mercado preliminar muestra que entre el público general, el jade bioenergético se sigue considerando peligroso e incluso antinatural o contrario a la Verdad, una visión que no solo refuerza los prejuicios contra los kekoneses, sino que mancilla a los militares veteranos, quienes encuentran dificultades para reintegrarse a la vida civil sin cargar con el estigma.

Hollin dejó en la mesa varias páginas con fotografías. Mostraban una mina a cielo abierto en la que hombres escuálidos escarbaban entre pilas de rocas; edificios bombardeados en la asolada Urtoko, y fotografías policiales de jefes de organizaciones delictivas barukanas.

—Estas son las cosas que la gente asocia con el jade ahora mismo. —Sacó una segunda serie de fotografías—. ¿Y si pudiéramos sustituirlas por estas otras ideas?

Shae vio a los Ángeles de la Marina de Espenia alzando la bandera de la República, a un médico kekonés con una pulsera de jade hablando con una madre y su hijo y a un grupo de niños entrenando

en la academia. Se preguntó cómo habría conseguido Hollin esa última; entonces se dio cuenta de que era una foto publicitaria que usaba la propia academia para promocionar el programa de alumnos visitantes entre los kekoneses de ultramar.

—No estamos vendiendo bebidas ni coches —dijo Hami con escepticismo—. El jade no es nada que necesiten las personas corrientes, y tampoco pueden comprarlo. Será difícil hacer que cambien de opinión si no se les ofrece ningún beneficio tangible.

—Por eso es un desafío tan emocionante —dijo en tono entusiasta uno de los colaboradores de Hollin, un hombre robusto y pecoso al que presentaron como Bernett—. ¿Una campaña de marketing compleja y prolongada para cambiar la percepción generalizada del público sobre un producto que no puede adquirir? No estoy seguro de que ninguna agencia haya hecho antes nada parecido.

—Creemos que la clave —intervino el tercer socio, un hombre de piel cetrina llamado Walford— es asociar el jade bioenergético con valores sociales positivos, sobre todo valores de la cultura kekonesa que ya admiran los espenios, como la disciplina, el deber, el honor, la fuerza y la ética guerrera de la protección a los débiles. La gente será receptiva a aceptar el jade si siente que es tan relevante para nuestro país como para el vuestro.

Shae se sorprendió ante la punzada que sintió al oír las palabras del extranjero. Cogió la fotografía de los alumnos adolescentes de la academia; los mostraba en formación con el uniforme de entrenamiento, observando con atención a un instructor y un ayudante que demostraban un ejercicio de Desviación.

—En la cultura kekonesa, el jade forma parte de todo: nuestros mitos, nuestra historia, nuestro estilo de vida —reflexionó en voz alta. Se llevó la mano a la pulsera—. Ser verde tiene un significado mucho mayor que las habilidades que adquiere una persona. —Se preguntó si sería posible que lo entendiera alguien que no fuera kekonés.

Hollin cogió un rotulador negro, escribió varias palabras en la fotografía de los Ángeles de la Marina que alzaban la bandera y rodeó con un círculo: «guerrero», «honorable», «verde», «patriota».

—El jade bioenergético tiene miles de años de historia en Kekon. No es el caso de Espenia. Lo que significa que estamos en posición de definir qué significa el jade —dijo.

—No somos la agencia más grande que podéis contratar —dijo Walford—, pero con la experiencia de Rigly y su pasión por la causa, podéis contar con nuestro compromiso absoluto.

Una cosa que Shae apreciaba de los espenios era su entusiasmo en el trabajo mercenario. Atraídos por la perspectiva de un desafío

profesional único y un lucrativo contrato de varios años con un adinerado cliente internacional, cualquiera diría que aquellos tres extranjeros estaban dispuestos a arrodillarse y prestar juramento de lealtad al clan Sin Cumbre. Por otra parte, pensó con ironía, ¿en que se distinuía aquello del comportamiento de los linternas?

Shae dio las gracias por acudir a los socios de WBH Focus, y les dijo que revisaría el material adicional que le habían llevado y se pondría pronto en contacto con ellos. Cuando los espenios se marcharon, miró al hacedor de lluvia y al jefe de los hacedores de fortuna.

—Esto puede acabar siendo un inmenso desperdicio del dinero del clan —reconoció Terun con un suspiro—, pero a lo largo de los años, nuestros intentos de conseguir más influencia en la política de la República de Espenia no nos han llevado a ninguna parte. Hami-jen mencionaba su preocupación por los costes crecientes y el enorme riesgo para nuestros negocios en Espenia hace ya ocho años, cuando vine por primera vez, y con las fricciones que provoca la Guerra Lenta, nuestros motivos de preocupación no han hecho más que crecer.

Hami asintió.

—La ley de la legalización médica no salió adelante hasta después de una campaña orientada directamente al público. Puede que lleve mucho tiempo, pero quizá seguir con ese enfoque vaya reduciendo los efectos de los prejuicios raciales y acabe creando apoyos para una completa retirada de la prohibición.

—Entonces, debemos seguir —dijo Shae—. Terun, quienquiera que te sustituya tendrá que gestionar esta prioridad adicional. Hami-jen, como hacedor de lluvia, será importante que tú participes también. —Los dos hombres asintieron.

Shae se llevó una mano al abdomen. ¿Su hijo iba a nacer en un mundo en el que unos publicistas espenios podían definir el significado del jade? ¿Era un mundo en el que criar a un huesos verdes?

«Es el mundo que tenemos». Al menos podría asegurarse de que Sin Cumbre tuviera una mano dentro.

—Kaul-jen —dijo Terun—, deberíamos hablar también sobre las noticias de Resville.

El jefe de los hacedores de fortuna dejó en la mesa un ejemplar reciente de la *Gaceta de Resville* abierto por la noticia de que la inauguración del casino Arenas de Ilusión se había aplazado por segunda vez, a resultas de los costosos retrasos debidos a dificultades sin aclarar en la contratación y la conservación de contratistas. Hami leyó el artículo y soltó un bufido.

—En Montaña deben de estar furiosos. Es bueno que ese tipo, Jon Remi, esté de nuestro lado.

El casino Arenas de Ilusión no era la única propiedad de Montaña en Resville que estaba sufriendo últimamente una plaga de problemas. Varias operaciones mercantiles y lúdicas respaldadas por Montaña habían tropezado con problemas comerciales misteriosos, o habían sido víctimas de robos o incendios. A Montaña le estaba costando defender sus propiedades y contraatacar, ya que poseía efectivos muy limitados en territorio espenio. A los ejecutores kekoneses y shotarianos que habían llevado les costaba trabajo realizar sus operaciones en una ciudad como Resville, donde los innumerables gánsteres locales se conocían y se odiaban entre ellos, pero todos odiaban a los extranjeros todavía más.

—Juen Nu ya ha enviado a Remi un cargamento secreto de jade, pero el tipo está pidiendo a Sin Cumbre medio millón de thalires para comprar armas y sobornar a los agentes locales —dijo Terun—. El dinero se lo entregará en efectivo el lado del cuerno, pero primero hay que introducirlo en el país a través de empresas pantalla de Sin Cumbre.

—Nada de lo que ocurra en Resville debe estar relacionado con el lado de negocios del clan —dijo Hami con firmeza—. Remi es un delincuente, aunque sus delitos nos beneficien.

—Existe un pequeño riesgo, pero tendremos cuidado de cubrir nuestro rastro. —Terun garabateó unas notas para sí en una libreta—. Va a ser un año costoso para el clan.

Hami y Terun miraron al hombre del tiempo, esperando su decisión. Esa misma tarde, Shae autorizaría una campaña para promocionar los aspectos positivos del jade y facilitaría la transferencia secreta de fondos a un gánster de Resville. Intentar dirigir un clan de huesos verdes en Espenia era un rompecabezas constante, cargado de contradicciones. Ese era el precio de trabajar en territorios y culturas extranjeros a través de intermediarios y aliados. O el de luchar en guerras subsidiarias.

—Traed el dinero —dijo—. Deprisa y discretamente.

Capítulo 22

Hijos del clan

KAUL Rulinshin ya había estado en el Martillo, de compras y en partidos de balón relevo con el equipo del colegio, acompañado por un familiar adulto y al menos dos guardaespaldas huesos verdes. Habitualmente la tía Lina, madre de su primo Maik Cam, o la tía Imrie, esposa del cuerno, y a veces su tío Anden, llevaban a los niños si la salida requería abandonar los distritos neutrales y los controlados por Sin Cumbre. Los padres de Ru y su tía Shae ocupaban puestos demasiado elevados en el clan para entrar en el territorio de Montaña sin un propósito importante y el permiso o la invitación de sus adversarios. Era una cuestión de etiqueta entre clanes. Ru comprendía las reglas; ya tenía doce años, al fin y al cabo, y era hijo del pedestal. Así que sabía que lo que estaban haciendo su hermano y él en aquel momento (colarse sin acompañamiento en un distrito enemigo para ver a Ayt Atosho batirse en duelo con alguien que lo había desafiado) no estaba técnicamente prohibido por la ley del clan, pero tampoco era nada que sus padres les hubieran permitido jamás.

Había tenido que recurrir a las amenazas para convencer a Niko de que lo acompañara. Ru consideraba necesario que su hermano participara en la excursión, de modo que si sus padres los descubrían, tendrían un problema juntos. Además, Niko, más que ninguna otra persona, debería ver luchar a Ayt Ato, para aprender sobre el hombre al que algún día tendría que enfrentarse como pedestal rival. Era por su bien.

—Los exámenes están al caer; tengo que estudiar. —Niko tenía quince años y estaba en el quinto curso de la academia—. Estoy seguro de que nuestros puños tienen espías con cámaras para grabarlo

todo. Y aunque no fuera así, habrá informantes de sobra dispuestos a vender después la grabación.

—¡Venga ya! Estás muy bien tallado para venirme con esas. —Ru habló en voz baja para que no los oyera Jaya. Toda la familia estaba en casa por la cena del septimodía, pero después de cenar habían mandado afuera a los jóvenes para que los adultos pudieran mantener sus conversaciones habituales en el comedor. Si la hermana de Ru se enteraba de lo que estaban tramando, querría ir con ellos. Solo tenía once años, catorce meses enteros menos que él, demasiado joven para participar, pero eso no le impediría delatarlos a sus padres si no se salía con la suya—. Que te cuenten algo no es lo mismo que verlo en persona —insistió.

—¿Eso es lo que vas a decir de la azotaina que te va a dar papá? —preguntó Niko con malicia. El pedestal hacía que Niko se dirigiera a él como «tío» por respeto a su verdadero padre, pero los chicos hablaban de sus padres como harían unos hermanos.

Hacía tiempo que Ru había descubierto que su hermano era curiosamente inmune a las provocaciones. No como Jaya. A Niko lo podía llamar cobarde, idiota o asqueroso cara de perro, y solo respondía con una mirada de desdén, sin inmutarse.

—Vale, entonces iré yo solo —dijo Ru, desplegando su arma definitiva, que sabía que tendría éxito siempre y cuando hablara en serio, porque a pesar de su fachada de indiferencia, Niko no dejaría que su hermanito ojos de piedra se metiera en un lío demasiado grande.

Al día siguiente, un primerdía, se escaparon de la escuela al mismo tiempo y se reunieron en la estación del metro de la calle Lo Low, donde candaron las bicicletas y cogieron un tren hasta su destino. No esperaban que los reconociera nadie, pero Ru no se bajó en ningún momento la capucha de la sudadera. Niko llevaba una gorra con visera y una chaqueta de chándal que cubría la camisa del uniforme de la academia Kaul Dushuron. Tuvieron cuidado de no hablar de nada que pudiera identificarlos como miembros de la familia Kaul.

Ru razonó que no era como si estuvieran en peligro a causa de otros huesos verdes. Los dos eran menores, y Ru era un ojos de piedra, de modo que estaba doblemente protegido por el aisho. Sin embargo, tal como la madre de Ru le recordaba a menudo, siempre era posible que la mala fortuna aprovechara la oportunidad. Los accidentes y los malentendidos podían ser mortales. Una palabra o una decisión incorrectas podían tener consecuencias terribles en el territorio de otro clan. Todos los jóvenes Kaul habían oído la historia de cuando Gont Asch secuestró a su tío Anden cuando este tenía dieciocho años,

para usarlo para intimidar a Sin Cumbre, a consecuencia de haberse metido sin darse cuenta en Parque Verano.

Cuando Ru y Niko salieron a la desconocida estación de metro del Martillo, tuvieron que consultar un mapa para encontrar la plaza en la que se suponía que tendría lugar el duelo. Cuando se fueron acercando fue fácil: solo tuvieron que seguir a la multitud. Varios puños y dedos de Montaña rodeaban el terreno, dejando un espacio despejado para los luchadores. Los hermanos Kaul se colocaron en un lugar donde no llamaban la atención, entre los espectadores, pero desde el que podían ver toda la acción con claridad.

—Es ese —susurró Ru. Ayt Atosho, de veintidós años, puño primerizo de Montaña, llevaba unos pantalones negros amplios y un chaleco tradicional de cuero; del hombro le colgaba una espada luna de ochenta y cinco centímetros. Estaba hablando con una pareja de más edad, probablemente sus tíos, de la familia Koben, pero se interrumpió para sonreír y posar para los leales a Montaña que se acercaban con cámaras. Ru, que nunca había visto a Ayt Ato en persona, tuvo que reconcer a regañadientes que las fotografías no mentían: el joven heredero de Montaña era alto y guapo, con la piel suave, el pelo erizado teñido de rojo y desordenado a la moda, y tres piércings de jade en cada ceja. Si el duelo inminente le causaba nerviosismo, no lo aparentaba.

A poca distancia, el desafiante paseaba de un lado a otro. Nadie de Sin Cumbre sabía gran cosa sobre Niru Von, aparte de que era un puño primerizo de familia humilde. Tendría más o menos la misma edad que su adversario, pero las marcas de viruela de la cara lo hacían parecer mayor. Se decía que Ayt Ato y él habían discutido por la asignación de dedos. Ato había hecho comentarios burlones sobre su forma de dirigirlos y su acento sureño, y Niru le había ofrecido una hoja limpia.

En vez de pelear en aquel mismo momento, como era lo habitual en la mayoría de los duelos poco importantes, la pugna se había aplazado una semana entera, aparentemente por el único motivo de permitir que la familia Koben corriera la voz por toda la ciudad. Ayt Ato era famosillo, al fin y al cabo, y sus parientes no estaban dispuestos a desperdiciar la ocasión de obtener publicidad. Entre los espectadores que atestaban la plaza había fotógrafos de varios periódicos.

Ru estiró el cuello, esperando ver a los líderes del clan Montaña. Le causaba una emoción nerviosa estar tan cerca de huesos verdes de los que solo sabía que eran enemigos de su familia, hombres que matarían a su padre si tuvieran la oportunidad. Se sintió como estuviera

agazapado dentro de un pozo de serpientes. El hombre musculoso con la gruesa cadena de eslabones de jade colgada del cuello debía de ser Aben Soro, el cuerno de Montaña. Estaba a poca distancia, con los brazos cruzados y hablando con dos puños. No se veía a Ayt Madashi por ningún lado.

—Vaya circo —gruñó Niko.

Por fin comenzó el duelo. Con quince minutos de retraso por culpa de las largas charlas de Ayt Ato. La muchedumbre enmudeció cuando los dos hombres se tocaron la frente con la espada luna a modo de saludo. Niru atacó primero, una acometida repentina combinada con una secuencia clásica de tajos rápidos. Ato atajó el bombardeo limpiamente saltando hacia atrás con Ligereza y haciendo destellar su espada luna con movimientos defensivos mientras su adversario lo empujaba contra el límite del espacio disponible. En un momento hábilmente calculado, Ato pivotó y salió de la línea del ataque, y arrojó una Desviación concentrada que golpeó a Niru por detrás, entre los omoplatos, y lo hizo tambalearse y casi caer de rodillas.

Ato avanzó para aprovechar la ventaja, y entonces vaciló. Ru se preguntó si le habrían aconsejado no terminar el combate demasiado deprisa. En vez de atacar, el joven puño dejó que su contrincante recuperara el equilibrio y esperó a que lo atacara de nuevo, cosa que hizo, esta vez con tajos rápidos pero predecibles. Las hojas blancas se encontraron y se separaron atacando, bloqueando y contraatacando. Los dos puños de Montaña combatieron por todo lo largo de la plaza, esta vez con Ato claramente a la ofensiva. Ambos sangraban por cortes en las extremidades allí donde el metal había superado el Acero y alcanzado la piel, pero las heridas parecían superficiales, nada que fuera a terminar la pelea.

La espada luna de Niru empezó a apuntar hacia los adoquines. Niru hizo un valeroso esfuerzo por recuperarse y arrojó un triple estallido de Desviaciones que a Ato le costó disipar, y a continuación se lanzó hacia delante con Ligereza y cargó toda su Fuerza en un golpe de arriba abajo. Ato lo interceptó y redirigió el impulso más allá del hombro y hacia el suelo, con el ángulo de su propia espada. Niru tropezó hacia delante y extendió los brazos para recuperar el equilibrio. Ato aplicó un barrido a la pierna adelantada y lo hizo caer de bruces.

La espada luna tintineó al chocar con el suelo cuando Niru la soltó para frenar la caída. El hombre se puso de rodillas cansadamente y contempló la espada extendida de Ato.

—Me rindo, Ayt-jen —declaró. Sonó resignado y nada sorprendido, más derrotado de espíritu que de cuerpo. Con la cabeza gacha y la

mirada fija en el suelo, se quitó los anillos de jade y el colgante de tres piedras que llevaba al cuello, y lo dejó todo en el suelo ante Ato—. El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor.

Invocar el juramento de los huesos verdes fue un gesto honorable de sumisión y lealtad al clan, pero desde hacía casi treinta años, Ayt Madashi había sido la única persona viva a la que habían llamado Ayt-jen. Entre los espectadores corrió un murmullo profético.

Ato se limpió la espada luna en la cara interior de la manga y la enfundó.

—Mi hoja está limpia —declaró—. Has luchado bien, Niru-jen. Si he ganado, ha sido porque mi familia y mis amigos estaban aquí para darme confianza. —Era un detalle cortés en su declaración de victoria, y la tensión se disipó. La muchedumbre murmuró apreciativamente.

El hermano de Ru le dio un empujón por la espalda.

—Ya está, ya lo hemos visto —dijo—. Vamos a largarnos.

A regañadientes, Ru siguió a Niko mientras se abría paso entre los mirones que se empezaban a dispersar poco a poco. Algunos siguieron por allí, conversando.

—No ha sido tan emocionante como el duelo de Kaul Shaelinsan contra Ayt Madashi, hace doce años —decía un hombre a sus amigos, con tono decepcionado—. Aquel sí que fue un duelo de verdad. No he visto nada mejor desde entonces.

Ru sonrió lleno de orgullo por su tía, y cuando Niko y él salieron de la plaza, le dijo lo que había oído.

—Es una comparación estúpida —dijo Niko—. Ayt Ato y Niru Von no estaban luchando a muerte. Esto ha sido una exhibición para el clan Montaña, y también para todo el mundo. Por eso Niru se ha esforzado decentemente, pero no ha luchado a tope. Seguro que se quitó algo de jade antes del duelo. Si hubiera ganado, habría convertido a la familia Koben en su enemiga. Como ha perdido honorablemente y ha hecho quedar bien a Ayt Ato, no me extrañaría que pronto le llegara un sobre lleno de dinero.

Amañado o no, Ru seguía pensado que el duelo había sido emocionante. Le había dado una excusa para escaparse del colegio y colarse en el Martillo, y aún se sentía un poco mareado por su atrevimiento. Le dio a su hermano un puñetazo en el brazo.

—Ayt Ato es bastante bueno, pero tú eres mejor. Seguro que podrías ganarle.

Niko miró con sorpresa a su hermano pequeño. Luego frunció el ceño y lo miró de reojo.

—Nunca voy a luchar contra Ayt Ato. A menos que nuestros dos clanes se hayan convertido en cenizas y seamos los dos últimos que

queden en pie, así que será mejor que desees que eso no ocurra.

—Lo importante es que podrías ganarle —dijo Ru—. Fue…, ¿qué?, ¿el decimoquinto de su clase en Wie Lon? No está mal, pero de momento tú estás entre los cinco mejores, ¿verdad?

Niko se detuvo en mitad de la acera y miró de frente a su hermano.

—¿Cómo sabes mi rango en la escuela?

Ru abrió las manos.

—¿A ti qué te parece, keke? Vivo en casa y oigo hablar a papá y a mamá. Y somos prácticamente primos de los gemelos Juen. —Ritto y Din iban un curso por delante de Niko en la academia.

Niko frunció el ceño y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de chándal. Echó a andar otra vez. Ru corrió, lo adelantó, se plantó delante de él y siguió andando de espaldas.

—Cuando te licencies, todos sabrán que eres mejor huesos verdes que ese guapito de cara, y también más inteligente. Cuando tengas tu primer duelo, haré que vayan todos los de mi colegio… —Miró por encima de su hombro para ver por dónde iba y se detuvo de golpe—. ¿Qué es eso?

Tres personas con máscaras negras, dos hombres y una mujer, estaban cubriendo con carteles la pared de ladrillo de la estación de metro. En el más grande se leía: «¡Liberad Kekon del jade y de los tiranos!». La frase iba seguida de una lista de apellidos. Ayt. Kaul. Maik. Koben. Juen. Iwe. Y más; en total, treinta de las familias huesos verdes más destacadas del país. El resto de la pared estaba cubierto con fotografías en blanco y negro, sacadas de periódicos, de los tiranos acusados. Las imágenes aparecían granuladas a base de ampliarse y fotocopiarse, pero Ru solo tardó un segundo en encontrar las caras de su padre, su madre, la tía Shae, el tío Papi y otros líderes de Sin Cumbre, padres de sus primos y amigos.

Lo cubrió una ola de indignación incrédula.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó.

Los tres vándalos se detuvieron y miraron hacia el origen de la interrupción con los hombros y las piernas tensos, preparados para huir de la policía o de los huesos verdes. Al ver que solo eran dos muchachos, se relajaron y continuaron su tarea. Ru miró furioso alrededor en busca de alguna señal de que estuviera patrullando un dedo del clan, alguien a quien pudiera denunciar aquel delito, antes de recordar que estaban en territorio de Montaña. La mayoría de los dedos y puños del clan de los alrededores, si no todos, habría ido a la plaza a ver el duelo.

—¡Parad ya! No conocéis a esas personas; ¿cómo podéis decir esas cosas de ellas? —Ru nunca había gritado a un adulto, pero esos no

merecían respeto. Eran infraseres que ocultaban su identidad como ladrones. Ru había crecido con el conocimiento de que su familia tenía enemigos, pero siempre había pensado en el clan Montaña. Jamás había imaginado que pudiera encontrar odio aleatorio procedente de desconocidos.

Ru era un ojos de piedra, pero pertenecía a una familia huesos verdes y le habían enseñado que las ofensas debían recibir respuesta. Desenvainó el cuchillo garra.

Niko le sujetó el brazo.

—No seas estúpido —dijo en voz baja.

Ru intentó librarse del agarre, pero su hermano mayor era más grande y fuerte. Señaló con la punta del cuchillo a los rufianes, que se habían detenido al ver el arma y observaban a los muchachos con incredulidad no exenta de amenaza.

—No podemos dejar que hagan eso —insistió Ru.

Niko empezó a alejarse, tirando de él.

Ru clavó los talones y se negó a que lo arrastraran. Era alto para su edad y bueno con el cuchillo, y Niko, un futuro huesos verdes entrenado en la academia. ¿Por qué tenían que huir?

—¿No vamos a hacer nada? —gritó a su hermano—. ¿Qué pensaría papá?

—Papá no querría que estuviéramos aquí, para empezar —espetó Niko.

La gente que pasaba por la calle empezaba a detenerse. La mayoría miraba los carteles con incredulidad y se alejaba, pero la imagen de Ru con el cuchillo garra empuñado estaba causando agitación, y empezaron a correr susurros de reconocimiento.

Uno de los hombres enmascarados apuntó con un dedo acusador a los hermanos Kaul, y luego señaló la pared de las fotografías. «Deberíais estar aquí con vuestra familia».

Un Roewolfe G8 negro se acercó a la acera y se detuvo con un frenazo. Se abrieron las puertas delanteras, por las que saltaron Juen Nu y Lott Jin. El cuerno de Sin Cumbre se metió en la escena como si fuera a matar a todos los presentes. Ru jamás lo había visto tan enfadado. Los tres rufianes enmascarados soltaron todo lo que llevaban y echaron a correr, apartando a la gente a empujones mientras huían de los huesos verdes en direcciones diferentes. Juen no les prestó atención; agarró a Ru y a Niko y los empujó hacia el Roewolfe.

—Entrad en el puto coche —ordenó.

Un Victor GS plateado se detuvo frente al Roewolfe. Se apearon tres huesos verdes de Montaña: un puño y dos dedos. El puño captó la

escena: Juen y Lott, Niko y Ru, los transeúntes que retrocedían a toda prisa.

—Juen-jen —dijo el puño con cautela—. Has encontrado lo que buscabas.

—Dile a tu cuerno que nos marchamos y que no hay problemas —dijo Juen tranquilamente, aunque agarró con más fuerza la espalda de la camisa de Ru—. Todos somos del lado más verde. Estamos acostumbrados a gestionar problemillas tontos con los que no hace falta molestar a los pedestales, ¿verdad?

Transcurrió un tenso momento que pareció una eternidad. Después, el puño de Montaña apuntó con la barbilla hacia los carteles recién pegados.

—¿Habéis visto hacia dónde huían esos perros desclanados?

—Eran tres, y se han separado. —Lott Jin describió su aspecto y su vestimenta, y señaló las direcciones en que habían escapado.

El puño de Montaña asintió cautelosamente y se tocó la frente en saludo. Lott abrió la puerta trasera del Roewolfe, y Juen metió dentro a Ru y Niko. El cuerno y el primer puño subieron al coche, y Lott se unió al tráfico. Ru miró por la luneta trasera y vio que los huesos verdes de Montaña los observaban alejarse.

Juen giró en el asiento.

—¿En qué cojones estabais pensando? —preguntó, tan furioso que Ru se encogió en el asiento. El cargo de cuerno era el más temible de cualquier clan, pero Ru siempre había visto a Juen como el padre de Ritto y Din, que vivía en la casa del otro lado del jardín de la hacienda Kaul. Era severo y de mirada aguda, pero no atemorizador. Ru había oído decir a otros adultos que Juen Nu era un cuerno moderno, un gestor. Decían que no dirigía el lado militar de Sin Cumbre con el carisma callejero de Kaul Hilo ni la seriedad estoica de Maik Kehn, sino con la destreza para la organización de un hombre que jugaba tres partidas simultáneas de ajedrez circular. Sin embargo, en aquel momento, a Ru no le costó trabajo creer que Juen Nu, igual que cualquiera que ascendiera hasta un nivel elevado en el lado más verde del clan, era capaz de ejercer una violencia considerable. —¿Estáis intentando causar el pánico? ¿O provocar una guerra?

—Solo queríamos ver el duelo —explicó Ru—. Íbamos a volver directamente.

—¿El duelo de Ayt Ato? ¿Creíais que valía la pena saltarse las clases y colarse en el territorio de Montaña para eso?

El coche pasó del Martillo al Casco Antiguo, de vuelta al territorio de Sin Cumbre. Juen señaló la cabina más cercana y Lott dio un volantazo, detuvo el coche, se apeó y corrió a hacer una llamada. Juen

se inclinó por encima del cambio de marchas y apagó el motor.

—¿Qué hace Lott-jen? —preguntó Ru.

—¿Qué creíste que iba a pasar cuando llamaran del colegio para decir que no aparecías? —dijo Juen—. Hay una cadena telefónica de emergencia para situaciones como esta. El aviso llega a cientos de nuestros puños y dedos, por toda la ciudad. Como en la academia tampoco podían encontrar a Niko, sacaron a Jaya de clase y la pusieron bajo guardia. Estaba furiosa. También supuso adónde habríais ido. Tuve que mandar mensajes a Aben Soro y rogar permiso a nuestros enemigos para que nos permitieran buscar en sus distritos. Habría sido suficiente un rumor equivocado, un falso testimonio, la insinuación de que alguno de vosotros estaba secuestrado o herido, para que se pusiera en marcha algo terrible. Lott está cancelando la búsqueda antes de que pueda ocurrir algo así. —El cuerno alzó la voz con incredulidad—. Y cuando os encontramos, estás ahí apuntando con un cuchillo garra como si quisieras empezar una pelea callejera en pleno Martillo.

—¿Has visto lo que estaban haciendo esos? —protestó Ru.

—Los anarquistas desclanados han montado ese número por toda la ciudad —escupió Juen—. Intentan epatar a la gente, llamar la atención de los medios y atraer simpatías extranjeras. Que unos miembros de la familia Kaul los amenacen con cuchillos garra es justo lo que quieren esos lunáticos. Tenemos que atraparlos y castigarlos, pero es cosa mía como cuerno en nuestros distritos, y de Aben Soro en los de Montaña. No es cosa tuya; tú eres un crío de doce años.

—Todo en orden —dijo Lott con alivio cuando regresó al coche—. Tenemos que llevarlos a casa.

Una mezcla a partes iguales de culpa y temor hizo que Ru se hundiera en el asiento.

—Por favor, tío Juen, no les digas a mamá y papá que estábamos en el Martillo. Diles que nos has encontrado en el Sobaco o en algún otro sitio —rogó Ru—. Al menos a mamá. —Aunque su padre estuviera furioso, era más indulgente con sus travesuras. No podía contar con la misma benevolencia por parte de su madre.

—No podemos negar que estábamos en el Martillo; la gente de Montaña nos ha visto allí —dijo Niko, hablando por primera vez desde que subieron al coche—. Tío Juen, estábamos en el duelo por mi culpa. Nos arriesgamos a ir al Martillo porque quería ver luchar a Ayt Ato y aprender más sobre él y su familia.

Al cabo de un instante de silencio asombrado, Ru soltó:

—¡Eh, fue idea mía!

Niko acalló a su hermano menor con una mirada fría y peligrosa

que o bien nacía del entrenamiento en la academia como huesos verdes, o bien era un talento natural de los hombres de la familia Kaul que se manifestaba cuando se acercaban a la edad adulta, porque Ru no tenía ni idea de cómo imitarla.

Juen los observó por el retrovisor con los ojos entrecerrados, quizá intentando Percibir si Niko era sincero. Niko le devolvió la mirada con tranquilidad. Los hijos de los huesos verdes eran expertos en mentir solo por omisión y nunca directamente.

—Tío Juen, deberíamos llevar a Ru al colegio —dijo Niko—. Tiene clase esta tarde y no debería faltar. Soy el hermano mayor y hemos ido al duelo por mi causa, así que yo responderé ante nuestros padres.

Ru apretó los puños y abrió la boca para volver a discutir, pero no se le ocurrió nada que decir. Siempre había respetado a su hermano mayor. Niko no se burlaba de él ni actuaba como si fuera superior. No le pegaba ni cuando estaba enfadado o exasperado. Y era inteligente: siempre parecía saber más que los otros chicos de la familia. Pero, a veces, Ru no podía evitar pensar que era injusto que Niko hubiera ocupado su lugar como hijo mayor.

Aquello no se debía a que Ru se autocompadeciera por ser un ojos de piedra. Comprendía que no podría portar jade ni liderar el clan, pero eso no lo hacía sentirse inferior ni menos querido. Por supuesto, se sentía excluido de las experiencias de sus hermanos y primos, pero su padre siempre le recordaba que tenía otras cosas que sus hermanos no: su perro Koko; su propia habitación en casa, con una videoconsola; más tiempo para jugar al balón relevo.

A pesar de todo, Ru tenía la sensación de que, entre Niko y él, debería ser él quien estuviera al cargo. Era el que hablaba más y a quien se le ocurrían ideas sobre lo que deberían hacer. Niko era callado y se dejaba llevar… hasta que no se dejaba. Solo cuando le convenía por algún motivo inexplicable adoptaba de repente la postura de primogénito y heredero del clan.

Juen Nu solo aceptaba órdenes del pedestal. Pero Ru se dio cuenta, por la mirada divertida que cruzó con Lott, de que los hombres estaban impresionados por la manera en que Niko había expresado sus deseos. Hablando razonablemente, aceptando la responsabilidad y, sobre todo, corriendo un riesgo para obtener conocimiento y una ventaja potencial sobre un enemigo. Todas esas cosas daban fe de su verditud.

—Vale, Niko-se —dijo Juen, que volvía a sonar como el amable tío que Ru conocía. Diez minutos más tarde, Ru estaba en la escalera del colegio, aliviado y resentido, viendo como el Roewolfe salía del aparcamiento en dirección a casa.

Capítulo 23

Amiga de amigos

Año decimocuarto, sexto mes

WEN asistió al Festival de Cine de Yanlún como invitada de Ren Jirhuya, el artista al que había conocido siete meses antes en una cena benéfica. A instancias suyas, había pronunciado un discurso en el congreso anual de la Asociación Benéfica de No Reactivos al Jade y grabado una breve entrevista que estaban usando en anuncios de televisión para concienciar y combatir las supersticiones. A Wen le había caído bien el artista abukei; le parecía auténtico, simpático y motivado. Se alegró cuando consiguió el puesto de asistente del director artístico en una película producida por Cinema Shore, uno de los principales estudios de Kekon.

Cuando Wen le pidió que le presentara a gente de la industria, Jirhuya aceptó, pero no sin reservas.

—Me gustaría ayudarte, señora Kaul, pero no tengo influencia en el estudio —explicó.

—No estoy buscando influencias —le aseguró Wen—. Solo quiero saber cosas sobre el negocio, y prefiero presentarme a la gente como amiga de amigos.

En el festival, Jirhuya le presentó a actores, directores y guionistas, y a Sian Kugo, productor y copropietario de Cinema Shore.

—¡Señora Kaul! —exclamó Sian, observando con nerviosismo a los guardaespaldas de Wen—. No tenía ni idea de que fuera a venir. —El Festival de Cine de Yanlún había crecido sin pausa durante sus seis años de existencia, pero aún no era ampliamente conocido. La industria cinematográfica del país era pequeña en comparación con la del cercano Shotar.

—Me gusta salir y acudir a acontecimientos culturales siempre que puedo. —A Wen le resultaba más fácil ahora que tenía más confianza en su cuerpo y necesitaba recurrir mucho menos al bastón. Jamás estaría curada del todo, claro, pero se había convertido en experta en ocultar los instantes de debilidad o desequilibro. Para la mayoría de la gente parecía por completo normal cuando hablaba o caminaba—. Señor Sian, ¿se sentaría un rato conmigo en el bar? Me gustaría hacerle unas preguntas sobre el negocio, si es tan amable.

El cineasta estuvo encantado de conversar.

—Kekon es un mercado cinematográfico pequeño. Es difícil competir contra las películas de alto presupuesto de Espenia y Shotar. Y luego está la televisión, por supuesto; todo le mundo tiene una pantalla en casa y espera a que las películas aparezcan en los videoclubes. Aspiro a que el Festival de Cine de Yanlún crezca y atraiga más interés.

Wen bebió un trago de su cóctel. Era su primera copa; el efusivo cineasta iba por la tercera.

—¿Por qué cree que son tan populares las películas shotarianas?

—¡Porque la gente no tiene gusto! —dijo el señor Sian frunciendo la nariz. Después se echó a reír y añadió—: Debo reconocer que poseen una estética única; estilizada y accesible. Y los dramas policiacos son adictivos. Siempre tratan de agentes shotarianos gruñones pero heroicos que resuelven asesinatos y conspiraciones. Los estudios shotarianos emplean probablemente a más actores kekoneses que nosotros, solo para interpretar a gánsteres barukanos.

—Así que la mayor parte del tiempo, cuando los extranjeros ven a los actores kekoneses en la pantalla, los ven interpretar a delincuentes en las películas shotarianas —dijo Wen—. ¿No te molesta, siendo un cineasta kekonés?

Sian se encogió de hombros.

—Sí, claro, pero así es el capitalismo. Shotar es un mercado enorme, y si los actores se pueden ganar la vida con esos papeles típicos, ¿qué les vas a decir?

—Recuerdo que, cuando era pequeña, mis hermanos siempre estaban leyendo tebeos sobre Baijen, y había películas ambientadas en la ocupación, con heroicos huesos verdes luchando contra los shotarianos.

—Yo también crecí viendo esas cosas, pero las películas de guerra no son populares en este momento, y no hay una audiencia internacional para la mitología kekonesa —opinó el productor—. Estoy concentrando Cinema Shore en proyectos de mediano presupuesto que tienen más oportunidades de conseguir distribución

internacional. Películas de acción, de espías, dramáticas, de terror.

—Señor Sian —dijo Wen, sonriente—, no soy una mujer de negocios y todavía no sé mucho sobre la industria cinematográfica, pero lo que sí tengo es la atención del pedestal y del hombre del tiempo. —Hizo una pausa. Vio que aunque Sian ya llevaba bien avanzada su cuarta bebida, le dirigía su completa atención—. ¿Qué le parecería hacer crecer la industria cinematográfica kekonesa?

Wen convenció a su marido de que se tomaran unas vacaciones los dos solos. Niko y Jaya estaban en la academia y podían llamar a sus tíos si necesitaban algo. Ru podía quedarse con si tía Lina y su primo Cam unos cuantos días, y, además tenía prohibido ir con sus amigos el resto del mes, como castigo por los problemas que habían causado su hermano y él. Hilo y Wen no tenían la menor duda de a quién se le había ocurrido la idea.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Hilo—. ¿A Marenia? ¿A Toshon?

—Estaba pensando en ir algo más lejos. A Marcucuo.

—¿A Marcucuo? —Hilo alzó una ceja y preguntó lentamente—: ¿Por qué a Marcucuo?

—Oímos hablar de ese sitio todo el tiempo —dijo Wen—. ¿Por qué no vamos y vemos por nosotros mismos cómo es?

La pequeña ciudad-estado de Marcucuo, una isla minúscula situada al este del continente de Alusius, tenía una población oficial de solo ochocientos mil habitantes, pero cinco veces esa cifra de visitantes, residentes estacionales y trabajadores extranjeros.

Marcucuo era un paraíso fiscal para los ricos y famosos, una meca turística tropical en la que se podía encontrar cualquier tipo de entretenimiento y de juegos de azar. Los huesos verdes hablaban de Marcucuo con un tono de fascinación desdeñosa, porque era el único lugar donde el jade se usaba abiertamente en los deportes y espectáculos, en combates singulares, números ensayados y carreras de obstáculos televisadas. Muchos competidores eran de ascendencia kekonesa; sobre todo kekoshotarianos y kekoespenios. Otros eran extranjeros que usaban shine, autodidactas o exmilitares. Y algunos, para vergüenza de los huesos verdes como es debido, eran kekoneses: personas que habían recibido el jade de su familia o al acabar los estudios, pero que habían decidido no prestar juramento de lealtad ni dedicarse a una de las profesiones nobles.

—Es un desperdicio ponerles jade a los monos de circo —dijo Hilo; Wen ya conocía su opinión sobre todo aquello—. ¿Por qué vamos a dejar nuestro dinero en ese lugar?

—Pensemos lo que pensemos, las gente de otras partes del mundo va a usar el jade de forma distinta a la nuestra, y algunos kekoneses se

verán atraídos por las costumbres extranjeras. Hemos luchado contra Montaña, Ti Pasuiga, los barukanos de Matyos y las bandas espenias; todos han hecho cosas que corrompen el significado del jade. Pero quizá no hayamos pensado bastante sobre la forma en que nosotros podemos modelar ese significado y aprovechar la cultura moderna.

Hilo la observó con atención.

—No son unas vacaciones, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Wen le dirigió una mirada dolida—. Hay montones de cosas que podemos ver y hacer en Marcucuo, y el clima es estupendo. Podemos ir a la playa, y quiero hacer también compras. Si de paso aprendemos un par de cosas o hablamos con algunas personas que puedan ser de utilidad al clan, mejor todavía.

Se sorprendió agradablemente cuando su marido aceptó sin pedirle más detalles. Hilo tenía una personalidad directa; Wen lo había oído dirigirse con dureza a sus hombres y exigirles detalles concretos si cometían el error de hablarle en términos genéricos o de posibilidades. Pero Wen se guardaba sus ideas para sí hasta que estaban cerca de convertirse en realidad. A veces envidiaba la naturalidad aparente de la relación laboral de Shae y Woon; ella aún no tenía algo así con su marido. A pesar del alivio que representaba poder hablar abiertamente sobre los asuntos del clan, se daba cuenta de que a Hilo lo irritaba la manera en que su papel como asistente del pedestal se colaba a veces en el tiempo que pasaban como pareja. Era más fácil hablar de esas cosas cuando estaban satisfechos como marido y mujer.

Así que Wen esperó a que se despertaran e hicieran el amor y estuvieran acostados, cansados y sudorosos en la cama, en su segunda mañana en el hotel casino Capitel Dorado, en la habitación con vistas a la plaza Grace de Marcucuo, para decir:

—Esta noche vamos a una fiesta en la mansión de Sel Lucanito. Es tomasciano, un magnate de los medios de comunicación y el juego, y dueño de Spectacle One, la principal empresa de promoción de los deportes de jade.

Hilo dio media vuelta en la cama y se sentó.

—Vale —dijo con firmeza—. Llevas bastante tiempo soltando indirectas sobre lo que podíamos ganar viniendo aquí. Cuéntale a tu pedestal por qué debería interesarle ir a esa fiesta.

Wen levantó la mirada hacia él y contempló la forma en que la luz del sol tropical que entraba por las ventanas hacía brillar el jade de su cuerpo.

—¿Recuerdas que os hablé a Shae y a ti de la posibilidad de que Sin Cumbre invirtiera en Cinema Shore y la industria cinematográfica kekonesa?

—¿Y?

—La campaña de relaciones públicas que Shae ha puesto en marcha en Espenia me ha hecho pensar en que en estos tiempos se está desarrollando una guerra de un tipo diferente. Una guerra por los pensamientos y los sentimientos de la gente. Los Koben ya lo saben. —Aún le subía la bilis al recordar la manera en que Koben Yiro la había barrido de escena con su retórica desbocada—. También lo sabe el Movimiento por un Futuro Sin Clanes, cuando pinta a los clanes y al jade como anticuados y malvados. Eso es lo que algunos se ven empujados a creer cuando ven las noticias sobre el jade empleado en guerras o ven películas con villanos barukanos. —Wen se levantó, caminó desnuda hasta el tocador y se recogió el pelo—. Podemos cambiar eso.

Hilo encendió un cigarrillo. Shae giró y le dirigió una mirada de reproche (estaba intentando animarlo a dejar de fumar), pero, después de todo, estaban de vacaciones.

—No nos vamos a meter en el negocio de los deportes de jade —dijo Hilo, terminante.

—No —aceptó Wen—. Pero podemos aprender cosas de él.

Sonó el teléfono de la mesa. Wen descolgó.

—Siento interrumpir tus vacaciones —dijo la voz de Juen—. ¿Está Hilo-jen?

Wen le pasó el teléfono a Hilo. Se aseó y se vistió mientras su marido hablaba con el cuerno, fumando y paseando por la habitación del hotel hasta donde le permitía el cable. Cuando colgó, ella le dirigió una mirada nerviosa e interrogante.

—Anoche, cinco huesos verdes cayeron en una emboscada en Lukang —dijo Hilo—. Los mataron. Nadie que conocieras —añadió con rapidez al ver su expresión alarmada—. Eran antiguos miembros de Seis Manos que decidieron jurar lealtad a Sin Cumbre. Montaña se enteró y susurró sus nombres. —Apagó el cigarro con rabia, aplastándolo en el cenicero.

—¿Tenemos que interrumpir el viaje? —preguntó Wen, preocupada. Hilo negó con la cabeza.

—Juen lo tiene bajo control.

Wen se sentó en el extremo de la cama y miró vestirse a su marido. El clima de Marcucuo era suave y despejado. Los cantos de los pájaros y el aroma de las flores del exhuberante jardín del hotel Capitel Dorado saturaban el aire matinal de la terraza. Sin embargo, daba igual en qué lugar del mundo estuvieran: jamás estarían muy lejos de la contienda y los designios de sus enemigos.

Hilo acabó de abrocharse la camisa. Se acercó a Wen, le cogió la

barbilla y la besó en lo alto de la cabeza.

—Ayt Mada no nos va a estropear las vacaciones. Tendré que ocuparme de unas cuantas cosas cuando volvamos a casa, pero vamos a disfrutar mientras estemos aquí.

Ocho horas más tarde les daban la bienvenida en el vestíbulo de la mansión de tres alas de estilo alusiano de Sel Lucanito. Como esposa y asistente del pedestal, Wen había conocido a mucha gente rica y poderosa, pero habitualmente se trataba de afiliados a Sin Cumbre que solicitaban una audiencia con el pedestal. Entrar en casa de un extranjero desconocido, sin puños ni dedos a la vista, era diferente. No estaba nerviosa (estaba con Hilo, al fin y al cabo), pero se sentía fuera de su elemento en una situación que le recordaba que, por poderoso que se hubiera vuelto el clan Sin Cumbre, Kekon seguía siendo un país pequeño y en el mundo había otras personas con más dinero e influencia de las que ellos podían tener desde su isla. Unas cuantas personas así acudían a Marcucuo para divertirse a lo grande y codearse con otros millonarios.

Sel Lucanito era un hombre que llenaba el espacio no solo con su tamaño (sacaba una cabeza a la mayoría de los hombres de la sala), sino con su presencia enérgica y expansiva. El multimillonario poseía residencias en Tomascio, Espenia y Marcucuo, hablaba tres idiomas y era el dueño de varios casinos, una red de televisión y Spectacle One. Aunque nunca se había cruzado con los Kaul en persona, sabía quiénes eran. Era imposible estar metido en un negocio que tuviera alguna relación con el jade y no estar informado sobre los clanes de huesos verdes. Se había tomado la molestia de aprender a decir «Que el resplandor de los dioses os ilumine» en kekonés con el propósito expreso de saludar a los Kaul cuando llegaran. Les dedicó una reverencia impresionantemente elegante con su estilo caballeresco tomasciano, y luego les estrechó la mano con efusividad y siguió hablando en espenio:

—Estoy encantado de que hayáis venido. Tengo un cariño y un respeto enormes por las artes del jade y las tradiciones de vuestro país. Por eso me dedico apasionadamente a promover su versión moderna para un público mundial. Me encantaría ver a más competidores kekoneses en los deportes de jade. No hay nada como la mística de los guerreros huesos verdes tradicionales para atraer espectadores.

Hilo dedicó al magnate del espectáculo la clase de sonrisa que Wen sabía que reservaba para aquellos a los que trataba con cortesía a pesar de su opinión personal sobre ellos. Lo había visto usarla con gran cantidad de políticos, burócratas y linternas demasiado exigentes.

En la superficie se parecía a su típica sonrisa ladeada. Solo alguien que lo conociera bien se daría cuenta de que sus ojos no mostraban nada de la calidez de su sonrisa verdadera. Wen le apretó la mano con suavidad, recordándole que fuera educado, incluso con aquel extranjero cuya verdadera pasión era ganar dinero con las habilidades del jade ajenas.

—Una fiesta estupenda —dijo Hilo en su tosco espenio, indicando con la cabeza la lujosa mansión, el enjambre de invitados de etiqueta y el despliegue abundante de comida y alcohol—. Mi mujer insistió en que no podíamos venir a Marcucuo y perdérnosla.

Sel Lucanito se hinchó de contento y extendió el brazo hacia el jolgorio.

—¡Por favor, disfrutad! Podemos hablar de muchas cosas, y espero que lo hagamos, pero no quiero monopolizaros. Sois los primeros líderes de un clan de huesos verdes que tengo el placer de agasajar, y todos querrán conoceros.

Wen habló de repente, como si se le acabara de ocurrir una idea emocionante en aquel momento.

—Tengo entendido que Danny Sinjo viene a la fiesta. ¿Es verdad, señor Lucanito? Me encantaría conocerlo.

Lucanito se alegró de confirmar que, en efecto, Sinjo estaba allí, y llevó a Hilo y a Wen al exterior, a la piscina, donde les presentó a la estrella kekoespenia de los deportes de jade, a su novia y a su representante. Ciertamente, Danny Sinjo tenía el atractivo de una estrella de cine, con unos ojos deslumbrantes y mandíbula impecable, pero además tenía la estructura física y la postura de un auténtico luchador. Como todos los kekoespenios, no portaba el jade abiertamente, pero Wen podía imaginárselo dando el pego como puño en las calles de Yanlún, salvo por el detalle del pelo excesivamente largo y una cara un poco demasiado agraciada para resultar creíble.

Las presentaciones pillaron a Sinjo con la guardia baja. Tras dejar su bebida en una mesa y estrechar manos, dijo:

—Guau. Esto es lo más, desde luego.

—Enhorabuena por su gran victoria —dijo Wen. Sinjo había derrotado hacía poco a un luchador shotariano y retenía su título de supercampeón en el torneo de Guerreros Mundiales, televisado por Spectacle One. Wen había oído hablar por primera vez de Danny Sinjo a Anden, que les había descrito la cultura clandestina de entrenamiento de deportistas de jade que descubrió en la ciudad espenia de Resville en su primer viaje. Desde aquel día había seguido con interés el ascenso de Sinjo. Quizá no fuera un huesos verdes como era debido a ojos de Hilo, pero no se podía negar que poseía

habilidades del jade. Provenía de una familia de huesos verdes expatriada. Había estado entrenando y había viajado a Kekon para aprender de los mejores instructores privados. Ahora era actor; había aparecido en una película shotariana reciente y estaba negociando futuros papeles.

—¿Hablas kekonés, Sinjo-jen? —preguntó Hilo.

El hombre parpadeó. Wen sospechó que, pese a toda su fama, jamás se había dirigido nadie a Sinjo con el sufijo respetuoso de los huesos verdes. Le sorprendió que Hilo lo usara, y más aún ver que su marido sonreía, esta vez con sinceridad.

—Mi kekonés es aceptable, pero no excelente —respondió en kekonés.

—No hay problema —dijo Hilo—. Lo hablas lo bastante bien, y yo sé suficiente espenio para que nos entendamos. Me alegro de ver otra cara kekonesa en esta multitud. Mi primo te vio hace años, en Resville. Y ahora mi esposa es seguidora tuya y ha insistido en que teníamos que conocerte.

Sinjo no parecía en absoluto modesto. Wen lo había visto posar y pavonearse ante el público en la televisión. Pero en aquel momento miraba a los Kaul y parecía no tener palabras.

—Por las pelotas del Vidente, me halagáis.

—¿Has pensado alguna vez en volver a Kekon? —dijo Hilo.

—La verdad es que no. Sin ánimo de ofender, creo que allí no hay nada para mí.

—Quizá haya más de lo que crees. Por muchos combates deportivos que ganes para Lucanito, o por muchos tipos malos a los que interpretes en las películas shotarianas, tu cara siempre será kekonesa. Nadie te apreciará tanto como tu gente. —Hilo le dio una palmada amistosa en el hombro y le entregó una bebida que cogió de la bandeja de un camarero, a la vez que cogía otra para sí—. Hay mucha gente aquí, junto a la piscina. ¿Por qué no nos vamos más allá para hablar con tranquilidad? Que venga tu representante, si quieres.

Wen le dedicó una sonrisa de ánimo y entabló conversación con la novia de Sinjo, una espenia delgada de pelo claro, para que los hombres pudieran dar un paseo y hablar de asuntos serios. La fiesta estaba cada vez más llena de gente y ruido (un grupo había empezado a tocar y varios invitados borrachos habían caído a la enorme piscina), pero Wen se sentía relajada. Había visto la expresión asombrada de Sinjo. En su mayor parte, cualquiera que portara jade, independientemente de su crianza, su nacionalidad o su ascendencia, miraba a los huesos verdes de Kekon con cierta reverencia temerosa. Danny Sinjo, aunque fuera una estrella de cine en ascenso, no estaba

tan apartado de su herencia como para no apreciar la importancia de recibir la atención personal del pedestal de Sin Cumbre.

Wen tenía confianza absoluta en la capacidad de su marido para persuadir a cualquier persona con la que entablara amistad. A la mañana siguiente llamaría a su cuñada a la oficina del hombre del tiempo. Al final de la semana, Sian Kugo sería un linterna de Sin Cumbre, Cinema Shore pertenecería al clan y Danny Sinjo sería el protagonista de sus películas.

Capítulo 24

Va a suceder por fin

UNA noche, Bero se sorprendió al recibir una llamada telefónica y oír la voz de Ema al otro extremo de la línea. Nunca había hablado con ella por teléfono, a pesar de que le había pedido el número muchas veces. Azuzado por Galo, había intentado hacerse amigo suyo e incluso la había llevado a comer tallarines y había pagado la factura, pero todavía no había conseguido metérsele entre las piernas. Tampoco estaba cerca de descubrir detalles sobre los planes de Vastik eya Molovni, para gran disgusto de sus controladores espenios. Seguía considerando la idea de imponerse a Ema por la fuerza, pero si ella se estaba follando a Molovni, el cabrón ygutano podría matarlo, o como mínimo expulsarlo del grupo, lo que significaría el final de su lucrativo acuerdo con los espenios.

Así que cuando Ema le dijo: «No doy mi número», él le dio el suyo. Pero ella nunca lo había marcado. Hasta ahora.

—Soy Ema —dijo—. De las reuniones de los desclanados.

—Ah, hola —dijo Bero, frunciendo el ceño, pero repentinamente excitado—. Has llamado.

—Escucha, sé que no me he portado demasiado bien contigo. Me… me cuesta mucho dejar acercarse a los demás. Sé que a veces eso me hace parecer borde. —Hizo una pausa—. Bueno, el caso es que me preguntaba si te apetecería que nos viéramos esta noche.

Bero pensó en contestar que no, solo para fastidiar a esa zorra estirada, pero el impulso no le duró ni medio segundo.

—Claro —dijo, intentando sonar despreocupado—. Ahora mismo no estoy haciendo nada. ¿Adónde quieres ir?

—La verdad es que no me apetece salir esta noche —dijo Ema tras

un momento de silencio—. Tengo una botella de hoji en mi casa. ¿Quieres venir?

Bero fue. Por el camino se detuvo a comprar una bolsa de pan frito en un puesto callejero y un paquete de condones en la farmacia. Ema vivía en un antiguo edificio de tres plantas que había detrás de una tienda de alquiler de vídeos porno, en el distrito de Lavamoneda. Bero subió a la última planta y llamó a la puerta. Ema abrió, sonrió sin decir nada y lo invitó a entrar. Solo llevaba un albornoz blanco, sin nada debajo. El aire del piso estaba húmedo y olía a azahar; parecía que acababa de darse un baño. No había esperado a que llegara él para abrir la botella de hoji.

—Pan frito, gracias a los dioses —dijo, y cogió una barrita de la bolsa.

A pesar de su ansia por empezar, Bero se tomó un momento para echar un vistazo curioso a la única estancia del apartamento. Era muy pequeño, más aún que el suyo, pero estaba lleno de cosas caras. Ema tenía un televisor LCD y un equipo de música con pletina. El armario, abierto, estaba lleno de ropa, bolsos y zapatos de marca, y las joyas que había encima del tocador eran de oro auténtico. Bero era incapaz de pensar un motivo por el que viviría en aquel barrio si tenía dinero para comprar esas cosas.

Entonces se le escapó una sonrisa burlona. Debían de ser regalos de hombres ricos.

Recordó con resentimiento que sus controladores espenios querrían que aprovechara aquella oportunidad para conseguir información. No parecía haber muchas pistas obvias sobre la vida personal de Ema, aparte de una fotografía enmarcada en lo alto del tocador. Un hombre y una mujer con tres niños y dos niñas en la cubierta de un barco, con el mar de fondo. Ema era una adolescente en la foto, la segunda más alta de los niños. Estaba junto a su hermano mayor, un huesos verdes.

—Ven aquí —dijo Ema dando una palmada en el sofá, a su lado. Le llenó un vaso de hoji. Bero se quitó la cazadora, se sentó junto a la joven y aceptó la bebida.

—¿Por qué odias tanto a los clanes si tu hermano es un huesos verdes? —preguntó Bero.

Ema vació su vaso de un trago; la nuez osciló al bajar el líquido. La suave piel del cuello y el pecho enrojeció por el acaloramiento causado por el licor.

—Mi hermano está muerto —dijo, y volvió a llenarse el vaso—. Lo ejecutaron. —Se volvió a hacia Bero con mirada brillante y vidriosa—. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes familia?

—No.

—¿No tienes a nadie cercano?

El hoji hizo arder la garganta de Bero y lo calentó. Pensó en las personas con las que se había asociado a lo largo de los años, especialmente las que podría decir que fueron algo parecido a amigos. Sampa. Pícaro. Mudt. Todos habían muerto o se habían marchado. Las relaciones de Bero no duraban mucho.

—Siempre se interponía algo —dijo—. El jade. El jade siempre se metía por medio.

—Lo siento por ti. —No parecía estar burlándose; solo era sincera. Se le acercó más. Se le abrió el albornoz, y Bero pudo verle los pechos y los oscuros pezones—. ¿Crees que existen los dioses? —preguntó de repente—. ¿Crees que nos ven y nos juzgan, como dicen los penitentes?

La polla de Bero estaba empujando incómodamente contra los pantalones. Frunció el ceño ante la pregunta. Era algo en lo que nunca había pensado demasiado. En su vida se había salvado por los pelos o había sufrido giros extraños del destino las veces suficientes para creer que, sin duda, había alguna fuerza mayor acechándolo, observándolo, jugando con él como un gato con un ratón.

En otras ocasiones creía que no había nada, que las personas desesperadas se engañaban y se esforzaban en vano, que veían pautas y señales donde no había nada que ver. En su propia vida, nada de lo que había hecho componía algo mayor. No había ninguna imagen de conjunto; sus rachas de éxitos y fracasos se cancelaban mutuamente. A veces iba por la superficie del agua y a veces se hundía, pero en cualquier caso seguía siendo un pez en un océano incognoscible e implacable.

—No creo que importe si existen o no. Si me han concedido esta mierda de vida, me importa un carajo lo que piensen.

Ema lo miró a los ojos con tranquilo acuerdo.

—A mí tampoco.

Le sacó la polla de los pantalones y hundió la cabeza en su regazo. El pelo húmedo se extendió sobre su tripa. Cuando estaba a punto de correrse, la apartó y follaron en el sofá. Después fueron a la cama individual y echaron otro polvo. Ema follaba con los ojos cerrados, con una desesperación implacable, mecánica y furiosa. Ni siquiera le hizo ponerse un condón. Cuando Bero acabó, ella siguió cabalgándolo y se frotó frenética hasta que se corrió también. Bero estaba sinceramente asombrado. Después de que lo rechazara durante años, habría preferido que hiciera un poco de gala de su altanería habitual, quizá que se resistiera un poco e hiciera que fuese más laborioso. Tal como sucedió, el sexo estuvo bien, muy bien; era sexo al fin y al cabo.

Pero fue un poco anticlimático teniendo en cuenta todo lo que había tenido que esperar.

Más tarde, él quiso echarse a dormir, pero ella lo zarandeó por un hombro.

—Tienes que irte —dijo. Bero dio la vuelta y gruñó, pero ella volvió a zarandearlo y él levantó la cabeza, irritado. Un par de horas antes, Ema estaba borracha y necesitada, pero ahora estaba de pie, envolviéndose en el albornoz, extrañamente sobria y determinada, con una expresión vagamente ausente—. Será mañana —añadió—. Sucederá mañana.

Al principio, Bero no pudo entender de qué hablaba. Entonces se sentó.

—¿Que sucederá mañana? —Estaba bien despierto ahora—. Es lo que has estado planeando con Molovni y los otros, ¿verdad? El gran golpe de los desclanados.

Ema escribió algo en un trozo de papel y se lo dio.

—Vete a esta dirección, en las Dársenas, a las cuatro en punto de la tarde. Es donde nos reuniremos cuando hayamos acabado. Vastik estará cerca con un barco, preparado para sacarnos del país.

—¿Sacarnos del país? —repitió Bero confundido, mirando el papel que tenía en la mano—. ¿Por qué me das esto? Molovni no quiere nada conmigo. Jamás me explicó el plan.

Ema se inclinó sobre él y le dio un casto beso en la mejilla, la que estaba deformada después de que se la destrozaran hacía tantos años.

—Ahora estás dentro —dijo—. Porque eres mi amigo. Vastik se tendrá que aguantar.

—¿Así que puedes conseguir que Vastik haga lo que quieras? —dijo Bero con una mezcla de burla y envidia. Ema soltó una carcajada sin humor.

—Molovni tiene que hacer lo que le manden sus amos de Dramsk. Que yo odie los clanes no quiere decir que me gusten los ygutanos. —Cogió la camisa y los pantalones de Bero y se los dio. Mientras él se vestía a regañadientes, ella rebuscó en el bolso y sacó un puñado de billetes—. Toma —dijo ofreciéndoselos—. Es tarde. Coge un taxi.

—Eso es más de lo que necesito para un taxi —dijo, pero aceptó el dinero de todas formas y se lo guardó en el bolsillo—. ¿Por qué no me dices qué vais a hacer? Quizá pueda ayudar. —Sabía que sonaba quejica. Enfadado.

Ema le dirigió una sonrisa desganada y se cerró más el albornoz.

—Has ayudado. Necesitaba un buen polvo esta noche, y has cumplido. —Fue hasta la puerta y la abrió—. Mañana no asomes por ahí. Limítate a estar en esa dirección a esa hora.

Cuando Bero llegó a casa llamó al número especial que le habían dado los espenios, el que le habían dicho que usara solo en caso de emergencia: si su posición como informante se había visto comprometida, si corría un peligro mortal o si tenía alguna información vital o urgente. Pasaba de la medianoche. Descolgaron el teléfono al tercer timbrazo.

—¿Quién es? —dijo la voz soñolienta de Galo.

—Siluro. —Bero parpadeó; seguía odiando su nombre en clave—. Será mañana. Lo que sea que Molovni está planeando con los líderes de los desclanados va a ocurrir mañana.

Galo se puso alerta al instante.

—¿Cómo lo sabes?

—La chica. Ema. Por fin me he liado con ella. He estado en su casa y todo eso.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—No me ha querido dar ningún detalle —refunfuñó Bero—. Todo lo que sé es que sucederá mañana, y que Molovni tiene un plan para sacarlos del país a continuación.

—¿Cuál es la dirección de la chica? —preguntó Galo.

Bero vaciló. Apareció repentinamente ante él la imagen de soldados espenios rodeando el edificio de Ema en Lavamoneda y echando la puerta abajo. Se imaginó que la sacaban a rastras del apartamento y la arrojaban a la parte trasera de un vehículo sin marcas, se la llevaban a una instalación militar espenia y no se la volvía a ver jamás.

No estaba seguro de por qué le molestaba. Apenas la conocía. Que llevara mucho tiempo queriendo acostarse con ella y que por fin lo hubiera conseguido no significaba que le debiera nada. Había actuado con él como una zorra engreída durante años, y si lo pensaba bien, aquella noche había sido una borde al echarlo en plena noche. Los espenios, arrogantes y exigentes como eran, le pagaban bien. Así que su propia reticencia lo desconcertaba.

—¿Qué le vais a hacer? —dijo. A Galo le sorprendió la pregunta.

—¿Qué más te da?

—Solo quiero saberlo —espetó Bero—. Solo es una chica, ¿vale? Una chica a la que el barukano y su panda ygutana han metido en alguna mierda. Si te doy su dirección, ¿qué le vais a hacer?

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Siluro, me sorprendes —murmuró Galo al fin—. De todas las veces en que has podido criar una brizna de conciencia, ¿tiene que ser ahora? —El espenio cambió a un tono más pausado, más conciliador —. No le vamos a hacer daño. No vamos a mostrar nuestras cartas

hasta que tengamos que mostrarlas. Tu chica es un enlace con Molovni, y Molovni es un enlace con los militares ygutanos y el programa de entrenamiento nekolva. Mañana por la mañana tendremos vigilada su casa, y la seguiremos cuando salga hasta que nos lleve a Molovni. Te prometo que no la pondremos en peligro. —Al ver que Bero no respondía de inmediato, la voz de Galo se endureció —. Danos la dirección, Siluro.

Bero se la dio. Sintió un extraño y desconocido remolino de preocupación en el vientre, y no le gustó.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa si Molovni y los desclanados llegan a la conclusión de que los he delatado?

—No hagas nada —dijo Galo—. Simplemente quítate de en medio. Si parece que estás en peligro, te podemos sacar. Ten este número a mano y no le digas nada de esto a nadie. —Hizo una pausa, y Bero lo oyó hablar rápidamente en espenio antes de volver al teléfono—. ¿Hay algo más que nos puedas decir?

—Bero se sacó el papel del bolsillo y lo frotó entre los dedos. Si seguir a Ema no llevaba a los espenios hasta Molovni y sus cómplices, aquella sería una forma segura de encontrarlos a todos el día siguiente, a las cuatro en punto de la tarde.

Pero una casa segura con un barco para escapar… Eso podría serle muy útil. En caso de que algo se torciera. En caso de que los espenios lo dejaran con el culo al aire después de todo.

—No –dijo—. Nada más.

—Buen trabajo, Siluro —dijo Galo, y colgó.

Capítulo 25

El gran golpe

Año decimocuarto, séptimo mes

A Hilo nunca le había entusiasmado asistir a las reuniones de la AJK, pero normalmente podía evitarlas. Cuando se creó, cuarenta años antes, el único propósito de la Alianza del Jade de Kekon era gestionar la producción y distribución del suministro de jade del país. Las reuniones trimestrales estaban habitualmente llenas de discusiones sobre presupuestos, política económica, cuotas de exportación y asignación doméstica de jade. No era raro que los pedestales las dejaran a cargo del hombre del tiempo, y a veces solo aparecían al final de la sesión para emitir su voto si era necesario.

En los últimos años, sin embargo, la AJK se había expandido más allá de su propósito original como cártel del estado, y se había convertido en un grupo regulador de largo alcance de todas las facetas relacionadas con el jade. Se habían convocado sesiones extraordinarias para debatir la postura oficial de la AJK sobre la reforma militar, la asistencia de los ciudadanos no kekoneses a las escuelas de artes marciales kekonesas y las exportaciones de jade a Marcucuo, entre otros asuntos. Los clanes de huesos verdes la habían usado para adoptar posturas públicas unificadas oponiéndose a la despenalización del shine, las leyes antiduelos y el extremismo político. Por un lado, la evolución de la función de la AJK producía sesiones menos aburridas. Por otro, Hilo se veía obligado a pasar más tiempo del que deseaba metido en una sala con sus enemigos.

Cuando llegó con Woon, los recibieron tanto a él como al confirmador del clan con felicitaciones cordiales y respetuosas por el nacimiento de un bebé sano en la familia Kaul. Woon, falto de sueño y

sonriendo constantemente, estaba más feliz de lo que Hilo lo había visto nunca. No cabía duda de que en aquel momento preferiría estar con Shae y su hija recién nacida, pero debía actuar como hombre del tiempo en funciones durante los meses siguientes, dirigiendo la oficina de la calle del Barco en ausencia de Shae, como había hecho otras veces.

Ayt Madashi llegó con Koben Yiro. En los últimos años, Montaña también había hecho cambios en su organización. Que Hilo supiera, Ayt nunca había tenido un asistente del pedestal, pero el insufriblemente grandilocuente Koben Yiro parecía haberse convertido en su ayudante extraoficial además de ser a menudo su vocero. Hilo no sabía si Ayt mantenía cerca a Yiro para mostrar unidad con la popular familia Koben o para asegurarse de que no la traicionaba.

Aquel día, el tema de debate entre los líderes de los clanes era qué hacer con la minería costera de jade que llevaba a cabo la corporación Anorco. Tras los repetidos sabotajes de los barcos, Art Wyles había contratado guardias de seguridad de la empresa militar privada de Jin Sunto, Soluciones Internacionales Ganlu. En la actualidad, los barcos de la costa de la isla de Euman estaban protegidos día y noche por personal paramilitar espenio equipado con jade, que podía Percibir que se aproximaban atacantes y lanzarles granadas aturdidoras, además de personal técnico que podía retirar las minas que instalaran.

—¡Es una invasión y un robo! —declaró Koben Yiro, dando un puñetazo en la mesa—. Esos extranjeros arrogantes no respetan en absoluto nuestro país ni el significado del jade.

—Nadie te lleva la contraria en eso, Koben-jen —dijo el hombre del tiempo de Seis Manos, con un punto de exasperación ante tanto teatro. Hilo no recordaba su nombre, pero la silla que tenía al lado estaba vacía. El parricida Jio Somu jamás abandonaba la seguridad de su territorio de Lukang, ni siquiera con la garantía de los penitentes presentes. Su hombre del tiempo siguió hablando—: Pero Wyles, el director de Anorco, tiene dinero y contactos políticos de sobra, y está claro que no se va a echar atrás. La empresa alega que sus barcos faenan en aguas internacionales.

—Mentiras —dijo Koben—. Se meten constantemente en territorio kekonés.

—El aspecto jurídico es ambiguo, pero ¿qué se supone que tenemos que hacer cuando el Consejo Real quiere que lleguemos a un compromiso? —preguntó el pedestal del clan Jo Sun.

En aquella sala no era ningún secreto que los huesos verdes de Montaña y Sin Cumbre habían colaborado para dañar los barcos. Los políticos del Salón de la Sabiduría estaban extremadamente nerviosos

ante la escalada de la situación. Hasta aquel momento no había habido víctimas, pero si morían ciudadanos espenios o huesos verdes de cualquiera de los dos clanes, se dispararía una crisis diplomática desastrosa. El gobierno quería negociar un acuerdo en el que los clanes aceptaran dejar de atacar la propiedad de la empresa extranjera, y los espenios, limitar la minería marina de jade a ciertas zonas y cantidades.

—¡Solo unos sangreflojas cobardes negociarían con ladrones, rogándoles que roben solo un poco de lo que nos pertenece en vez de llevárselo todo! —declaró Koben.

Ayt Mada no refrenó la verborrea de Koben. A Hilo le recordaba los espectáculos y conciertos en los que un artista menor salía primero al escenario para calentar al público antes del número principal. Ayt dejaba que su subordinado soliviantara a la gente, para luego intervenir y dar la impresión de ser la líder más equilibrada.

Y eso hizo en aquel momento. Acalló a Koben con una mirada antes de hablar.

—No estaríamos en esta situación de no ser por el largo coqueteo con los intereses espenios por parte de ciertos clanes de esta sala. —Clavó en Hilo una mirada de desprecio que, a aquellas alturas, él ya conocía bien—. Quizá Kaul Hilo pueda ejercer alguna influencia en ese deshonroso ejército privado que protege a los barcos ofensores, ya que es amigo personal del fundador.

—Jim Sunto no es amigo mío —dijo Hilo—. Si estás buscando a alguien a quien echarle las culpas, recuerda que no tendríamos a los espenios soplándonos el cogote si ciertos otros clanes no hubieran convertido nuestro país en un refugio para delincuentes extranjeros.

—¡Kaul-jen, Ayt-jen, por favor! —intervino Canto Pan, el presidente, con un valor admirable. O quizá simplemente estaba harto de que no pasara una reunión de la AJK sin algún recordatorio de que Kaul y Ayt todavía querían verse muertos mutuamente después de tantos años—. No importan las circunstancias que nos han llevado a esto; concentrémonos en la propuesta del Consejo Real. ¿Qué límites estrictos podríamos aceptar para la minería marina?

Hilo pensó que era extraordinario hasta qué punto podía uno acostumbrarse a cualquier cosa. Jamás habría creído que podría aprender a soportar estar asiduamente en la misma sala que la persona responsable de la muerte de su hermano, de su cuñado y de muchos otros de sus guerreros de jade… y sentirse aburrido incluso de su persistente odio mutuo. Mientras estaban allí sentados, Sin Cumbre estaba persiguiendo y matando a los jefes de las bandas callejeras barukanas que hacían el trabajo sucio de Montaña y que habían

ejecutado los asesinatos de los cinco huesos verdes de Lukang.

«¿Qué va a hacer falta para ganar esta puta cosa?», pensó Hilo, ardiendo en su interior, mientras la reunión proseguía. ¿Aquella guerra entre clanes pausada, esporádica, a fuego lento, seguiría en marcha para siempre, más allá de su propia vida? El pedestal de Montaña ya superaba los cincuenta años, y no tenía esposo ni hijos. ¿Cuánto tiempo podría mantener el poder en un clan lleno de huesos verdes ambiciosos y más jóvenes? ¿Por qué, por amor de los dioses, no podía esa puta cansarse y renunciar?

Un auxiliar de oficina que Hilo no conocía se le acercó y dijo en voz baja, con tono de disculpa:

—Kaul-jen, ha llegado a recepción este sobre para usted. El hombre que lo ha traído insiste en que es urgente y debemos entregárselo de inmediato.

Hilo examinó el sobre sellado, pero no había ninguna marca identificativa en el grueso papel. Lo abrió. Dentro había una única hoja, sin saludo ni firma, con una línea de texto: «Tu vida está en peligro. Márchate inmediatamente».

Dio la vuelta a la hoja y miró dentro del sobre, pero no había nada más aparte de la funesta advertencia. Sin decir nada, le dio el papel a Woon, que estaba a su lado. Woon tenía una habilidad natural para conservar una actitud tranquila y cautelosa, pero abrió mucho los ojos, e Hilo vio que miraba subrepticiamente de un lado a otro, con su aura de jade aguzada por la sospecha y la alarma. Buscó al auxiliar que había llevado el sobre, pero se había marchado ya.

Hilo recorrió con la mirada y la Percepción la amplia sala de reuniones. Solo captó a la gente que se suponía que debía estar allí: ejecutivos de la Alianza del Jade de Kekon; los líderes de los clanes de huesos verdes y sus respectivos hombres del tiempo; cuatro penitentes deístas en las esquinas, y dos secretarias que rellenaban las tazas de té y transportaban notas entre los asistentes a la reunión. Hilo extendió su Percepción más allá de las puertas cerradas. Los pasillos del otro lado de las paredes de la sala estaban vacíos. Un guardia de seguridad aburrido ocupaba el mostrador del vestíbulo de los ascensores. Más allá, las energías individuales eran difíciles de distinguir: la gente que se movía por las dos plantas inferiores del edificio formaba un borrón ajetreado.

Retrajo su Percepción de nuevo a la sala y examinó las auras de jade que lo rodeaban. No Percibió ninguna amenaza inmediata; de los otros huesos verdes no emanaba ninguna intención asesina, ni siquiera de Ayt Madashi. El pedestal de Montaña lo miraba desde el otro extremo de la mesa. Se daba cuenta de que había pasado algo que lo

había puesto en alerta extrema. Los años de enemistad mutua habían hecho que los dos pedestales fueran sensibles a cualquier cambio en el aura del otro, e incluso sin recurrir a la Percepción, Ayt no podía dejar de notar que la concentración de Hilo había abandonado el debate y que, durante varios segundos, había estado inmóvil, con la mirada perdida.

Hilo volvió ligeramente la cabeza hacia Woon.

—Coge la nota y márchate. Deprisa.

Woon palideció.

—No puedo abandonar al pedestal —insistió, con tal apremio y vehemencia que Hilo recordó que Woon había sido el mejor amigo de Lan y su asistente, y ya había visto morir a un pedestal bajo su guardia—. No pienso irme, Kaul-jen.

—Obedéceme —ordenó Hilo—. Espera en el pasillo. Te seguiré enseguida. Detén a cualquiera que salga antes que yo. Quiero que te vayas primero para ver cómo reaccionan los demás. O si nos están tomando el pelo. —Como Woon no se movió, Hilo gruñó entre dientes —: ¡Ahora, Woon-jen! Piensa en tu hija.

Woon tragó saliva, recogió el papel misterioso, se levantó y se dirigió a la puerta. Hilo apoyó las manos en la mesa circular y se levantó más despacio, lo que hizo que la conversación fuera enmudeciendo hasta detenerse por completo.

—Me temo que se ha producido una emergencia familiar —dijo. Murmullos de curiosidad y preocupación recorrieron la sala—. Woon-jen y yo tenemos que irnos. Proseguid la reunión sin nosotros.

Hilo caminó con decisión, pero no demasiado deprisa, hacia la puerta que Woon había cruzado. Los políticos y legisladores sin jade estaban meramente desconcertados, pero un creciente hormigueo de sospecha fue extendiéndose por las auras de los huesos verdes. Podían Percibir que Hilo no era sincero del todo, que, por alguna razón inexplicada, su aura de jade estaba zumbando con un tono agudo y violento. Ayt Mada volvió la cabeza y, con los ojos entrecerrados, siguió cada paso de Hilo a través de la sala. La Percepción de este estaba tan tensa que tenía la vista borrosa y los oídos taponados. La sala parecía un espacio oscuro y silencioso lleno de energías individuales, y él mantenía su atención concentrada en todas, esperando que al menos una de ellas reaccionara repentinamente con intención maliciosa. «Muéstrate».

Y una se mostró. En una sala llena de auras de huesos verdes, pasó desapercibida hasta el último segundo. Hilo giró de golpe al llegar a la puerta; Ayt Mada había empezado a levantarse.

—Mientes. ¿Qué es en realidad lo que…?

Detrás de Ayt, la secretaria que había empezado a llenarle la taza de té soltó la tetera, esparciendo líquido por toda la mesa y los papeles de Koben Yiro, y en el mismo movimiento hundió el cuchillo que llevaba oculto en la manga en el cuello de Ayt Madashi.

Ayt sintió llegar el ataque, aunque demasiado tarde. En circunstancias normales, nadie habría imaginado que un asesino pudiera acercarse lo suficiente para degollar a un huesos verdes como Ayt Mada. Fue solo debido a que la atención del pedestal de Montaña estaba concentrada por completo en el comportamiento sospechoso de Kaul Hilo que la joven tuvo éxito. En el momento de silencio y asombro colectivos que golpeó la sala, todos oyeron la palabras de la secretaria; un grito agudo de miedo y triunfo.

—¡Mírame, Ayt Madashi, puta carnicera! ¿Sabes quién soy? Ven Emasan, hija de Ven Sando, hermana de Ven Haku, la chica cuya familia…

La mano de Ayt Mada se cerró en torno al cuello de la joven y apretó con Fuerza aplastante. Con un grito inhumano, giró y le estampó la nuca contra el borde de la pesada mesa, con tanta fuerza que la densa madera barnizada de negro se agrietó igual que el cráneo de la joven. Llameando con la energía explosiva del jade, Ayt arrojó hacia la ventana más cercana el cadáver desmadejado. Golpeó el cristal con un ruido sordo enfermizo, creando una telaraña de grietas antes de caer como un saco al suelo enmoquetado.

En las esquinas de la sala, los penitentes alzaron la cara y entonaron al unísono: «¡El Cielo lo ha visto! ¡El Cielo lo ha visto! ¡El Cielo lo ha visto!» en un coro escalofriante que hizo que todos los presentes se encogieran amedrentados, tirándose de los lóbulos de las orejas, con el terrible conocimiento de que Van Ema había condenado por toda la eternidad su alma y las almas de toda su familia por derramar sangre bajo la mirada de los dioses.

Ayt cayó de rodillas con las manos cerradas en torno a la herida del cuello; arroyos rojos nacían de la hoja clavada y le manaban entre los dedos. Koben Yiro se puso en pie, aterrorizado.

—¡Ayt-jen! —Corrió hacia ella; entonces se detuvo y miró alrededor, a las expresiones estupefactas de todos los que estaban en la sala—. ¡El pedestal está herido! ¡Buscad ayuda!

El hombre del tiempo de Seis Manos dio media docena de pasos hacia el pasillo antes de detenerse, titubeando. Hilo estaba delante de la puerta cerrada. No se había movido; estaba tan asombrado como todos los demás al ver a Ayt Mada de rodillas, mortalmente herida, con los ojos muy abiertos a causa de la incredulidad y el dolor. La boca de Ayt intentaba capturar el aire. La sangre seguía brotando bajo

la mano engarfiada y una mancha de color vivo se iba extendiendo por la rebeca beis. Hilo la miró fijamente, y después alzó poco a poco los ojos hacia los demás y pasó una mirada fría y calculadora por los asistentes a la reunión. Sin decir palabra, dio dos pasos decididos y bloqueó la salida.

Una gélida comprensión cayó sobre los reunidos. Si no hacían nada, Ayt Mada iba a morir. Hilo no necesitaba mover un dedo para que ocurriera; le bastaba con evitar que nadie se marchara. Varios de los asistentes no portaban jade. Entre los huesos verdes presentes, ninguno estaba tan cargado de verde como Kaul Hilo ni era rival para él en un enfrentamiento marcial individual. Si se unían varios, podrían superarlo, pero era muy poco probable que el desenlace fuera rápido. Woon esperaba en el pasillo y podría estar al lado de Hilo en un instante.

El pedestal de Cuenco de Piedra se recostó en la silla y se cruzó de brazos, dejando claro que no iba a actuar contra Sin Cumbre. Los pedestales de Jo Sun y Cola negra lo imitaron. Los líderes de los clanes tributarios de Montaña cruzaron miradas de indecisión. Habían jurado lealtad a Ayt Mada, pero ahora que estaba desangrándose en el suelo y Kaul Hilo les cortaba el paso, ¿valía la pena que arriesgaran la vida para salvarla?

Koben Yiro dio un paso amenazador hacia Hilo.

—¡Que alguien haga algo, antes de que sea tarde! —gritó.

Hilo le clavó la mirada de un depredador.

—Ya es tarde, Koben-jen —dijo con un susurro venenoso—. Adiós a lo viejo, entra lo nuevo.

Koben Yiro tragó saliva. Si Ayt Mada moría, él cargaría personalmente con la culpa de haber fallado a su pedestal. Por otro lado, su sobrino era el heredero. Su familia lideraría el clan Montaña.

Durante tres latidos, unas tablas mórbidas cubrieron la sala. Ayt intentó hablar, pero aunque abrió la boca, de ella no surgió palabra alguna. Hilo vio que en la expresión de la cara pálida empezaba a asomar la comprensión. Estaba muriendo rodeada de gente y nadie la ayudaría, ni siquiera los aliados que le habían jurado lealtad. Kaul Hiloshudon se quedaría ante la puerta, triunfante, sin hacer nada, viéndola morir, y todos los demás se apartarían en silencio y harían lo mismo. Había sido la más fuerte de todos, la más astuta, la más temida, pero no tenía amigos verdaderos en aquella habitación. Hilo vio en sus ojos aquel conocimiento horrible, y por mucho que ansiara la muerte de Ayt, en aquel instante sintió lástima hacia ella.

La rabia y el desafío encendieron el aura de jade de Ayt Mada, arremolinándose como magma. Con un estallido de esfuerzo

sobrehumano, se puso en pie y echó a correr, no hacia la puerta, donde Hilo le cortaba el paso, sino hacia la ventana. Saltó con Ligereza sobre el cadáver de Ven Ema y se arrojó contra el cristal agrietado, golpeándolo con el hombro y haciéndolo añicos con toda su Fuerza.

Hilo soltó un gruñido de incredulidad y corrió hasta la ventana, por la que vio como Ayt caía tres pisos hasta la acera. Herida como estaba, se las arregló para combinar Ligereza y Acero. Se estrelló contra el techo metálico de una furgoneta aparcada, abollándolo, rodó y aterrizó en el asfalto junto a una lluvia de fragmentos de cristal, arrancando gritos de los transeúntes. Ayt se levantó, se tambaleó y cayó, volvió a levantarse y echó a correr trastabillando calle abajo.

—Putos dioses —dijo Hilo entre dientes, asombrado. Se dispuso a saltar usando Ligereza para ir tras ella, sin pensar más que en atraparla y asegurarse de que moría. Entonces sus ojos se posaron en la furgoneta aplastada. Estaba aparcada en una zona de carga y descarga, pero no había nadie dentro. El cuerpo Acerado de Ayt había hundido el techo y doblado las puertas, de modo que el vehículo estaba parcialmente abierto.

Hilo recordó la nota, la advertencia que había estado intentando comprender antes de que el ataque a Ayt le hiciera olvidar que había otro peligro inminente. Retrocedió unos pasos y, en ese momento, la furgoneta de debajo de la ventana estalló en una explosión que demolió la planta baja del edificio y envolvió la fachada con una bola de fuego que se extendió más deprisa que los gritos de la gente que devoró. Hilo solo tuvo tiempo de registrar su incredulidad, y de pensar en su mujer y sus hijos, antes de que la fuerza de la explosión lo alcanzara y colapsara la sala de reuniones de la tercera planta, arrojando sobre él cientos de kilos de escombros de hormigón.

Capítulo 26

Nekolva

La dirección que Ema le había dado a Bero pertenecía a la última casa adosada de una vieja hilera, situada en la parte norte de las Dársenas, aún sin gentrificar, con edificios de pisos a pie de mar, tiendas y atracciones turísticas. Bero había crecido no muy lejos de allí. Cuando era niño, las filas de viviendas marrones idénticas estaban habitadas por estibadores y trabajadores de las conserveras. En la actualidad parecían llenas de inmigrantes uwiwanos y urtokanos que se ganaban la vida con trabajos mal pagados en las fábricas de la ciudad y en el sector de servicios. Bero comprobó una vez más la dirección del papel y se acercó con cautela a la puerta sin dejar de vigilar a ambos lados de la calle. La vivienda parecía desocupada; las ventanas aún tenían las cubiertas protectoras de la anterior estación de tifones, y la hoja amarilla del aviso de desahucio estaba tan desvaída que resultaba ilegible. Una lancha motora de ocho metros, cubierta con una lona, estaba amarrada justo enfrente.

Bero intentó abrir. Estaba cerrada con llave. Sacudió el pomo, intentando adivinar si costaría mucho trabajo forzarlo, cuando la puerta se abrió de golpe. La figura de Vastik eya Molovni, con sus robustos brazos y su pelo rizado naranja, se alzó en la entrada poco iluminada como si fuera un demonio. Bero retrocedió de un salto ante la mirada terrorífica del extranjero.

—¿Qué cojones haces aquí? —exclamó Molovni.

—Ema me dijo que viniera —balbuceó Bero. No esperaba encontrarse allí con Molovni; solo eran las dos y media. ¿No se suponía que el ygutano estaría ejecutando su gran plan? ¿No se suponía que los espenios se lo estarían impidiendo?—. Me lo dijo —

repitió—. Ema. Dijo que nos sacarías de la ciudad. Me dio esta dirección.

La mirada incrédula de Molovni y el tic de su mandíbula hicieron sospechar a Bero que estaba intentando decidir si darle con la puerta en las narices o matarlo. Aparentemente llegó a la conclusión de que ninguna de las alternativas (Bero libre o Bero cadáver) era un riesgo aceptable, maldijo entre dientes en ygutano, agarró a Bero por la pechera de la camisa, lo arrastró al estrecho vestíbulo y cerró la puerta.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó Molovni, empujándolo contra la pared con tanta fuerza que a Bero no le quedó duda de que, aunque no portaba jade, poseía suficiente Fuerza para hacerlo atravesar el lateral del edificio si se le antojaba—. ¿A quien sea? ¿A alguno de los otros idiotas desclanados? —Hablaba con un gruñido rápido, y su espeso acento distorsionaba las palabras de tal modo que Bero no entendió de inmediato qué estaba diciendo. Molovni desenfundó una pistola Ankev—. ¿Lo has contado?

—¡No! —farfulló Bero—. No se lo he dicho a nadie.

El rostro brutal de Molovni se acercó amenazador al suyo. Bero no estaba seguro de que Molovni poseyera alguna capacidad de Percepción, pero aparentemente convencido de que Bero decía la verdad, lo soltó y se metió la Ankev en el cinturón.

—No puedes venir —dijo, mirando a Bero como si fuera un perro callejero que hurgaba en la basura—. Me da igual lo que te haya dicho la chica: no hay sitio para nadie más.

—¡Chorradas! —exclamó Bero—. Tienes una lancha, ¿no? ¿No puedes meter a otra persona?

—Eres idiota —dijo Molovni—. No hablo de la lancha. ¿Adónde crees que vamos? Hay un barco esperando al otro lado de la isla de Gosha para llevarnos a Ygutan bajo asilo. Los hombres del barco solo van a recoger a las personas que les he dicho que esperen. A ti te coserán a balazos. —A lo lejos se oyó la sirena de una ambulancia. La siguió otra. El ygutano cerró la puerta con llave y corrió el pestillo—. Busca otra forma de salir de la ciudad si estás intentando escapar de los clanes. O escóndete en la casa de aquí al lado, me da igual. Pero ahora que estás aquí, no puedes marcharte. Al menos hasta que yo esté lejos de esta puta isla. —Dio la espalda a Bero y empezó a subir por la estrecha escalera.

Bero se quedó atónito un momento. Luego fue tras Molovni. Las cortinas del segundo piso estaban corridas del todo; solo unos pocos hilillos de luz se filtraban entre las grietas. La habitación era tan espartana como la celda de una cárcel. Bero distinguió las formas de

una cama sencilla, un tocador, una mesa y una silla. No había nada en las paredes, ni pertenencias personales aparte de unos papeles en la mesa y una radio.

Molovni estaba ajustando la antena y trasteando con el dial de la radio. La música clásica se convirtió en una jiga y luego en estática, y por fin se oyó la emisora de noticias KNB.

—¿Dónde está Ema? —preguntó Bero. El ygutano no levantó la mirada.

—No viene.

—¿No viene? —repitió Bero—. ¿Dónde está? ¿No se iba a reunir aquí contigo? —Si los espenios habían estado vigilándola, ¿adónde los había guiado, si no era hasta el agente nekolva y su plan?

Molovni levantó un dedo, ordenándole silencio, y subió el volumen de la radio. Toh Kita, el presentador de noticias de la Radiotelevisión Nacional de Kekon, estaba comunicando un informe especial: en el Barrio Financiero de Yanlún se había producido una gran explosión que había derrumbado la sede de la Alianza del Jade de Kekon durante una reunión de la junta. Se sospechaba que entre los muertos y los heridos había docenas de representantes de los clanes y miembros del gobierno. Se habían desplegado en el lugar la policía, los servicios de emergencias y los huesos verdes de los dos clanes principales. Toh Kita, con voz lúgubre, prometió a los oyentes que ofrecería más información en cuanto dispusiera de ella.

—Está hecho. —Molovni miró el reloj—. Si Guriho y Otonyo han podido escapar, pronto estarán aquí.

—¿Tú ni siquiera has ido? —Bero sintió que se desmoronaba su comprensión de la situación—. ¿Los otros lo han hecho todo y tú has estado escondido aquí, cruzado de brazos? ¿Qué clase de espía ygutano eres?

El extranjero le dio la espalda con desdén.

—¿Que no he hecho nada nada? He pasado ocho años en esta puta ciudad infestada de jade para que esto ocurriera. ¿Quién lo organizó todo para los desclanados? Dinero, armas, información, explosivos, asilo político… ¿Crees que todo eso es fácil de conseguir? —bufó Molovni. Empezó a guardar cosas de la mesa en una mochila negra—. La revolución tiene que surgir desde dentro, pero no habría llegado a ninguna parte si no hubiera sido por mí. Si no hubiera sido por los nekolva.

Bero pensó en sus controladores espenios y murmuró: «Pero ¿por qué no lo han impedido?». Se dio cuenta de inmediato de su desliz, pero ya era tarde. Molovni se giró lentamente hacia él, dejó la mochila en la mesa y entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿De quiénes hablas? —Bero intentó pensar alguna mentira convincente, pero Molovni se le acercaba; su expresión áspera se estaba nublando por la sospecha. Si tenía algún sentido de Percepción, se estaría dando cuenta de que a Bero se le había acelerado el pulso—. ¿Qué has hecho, alimaña inútil? —gruñó—. ¿Para quién trabajas?

Bero no tuvo oportunidad de responder. Las ventanas estallaron hacia dentro al mismo tiempo que la puerta saltaba de los goznes. En los estrechos confines de la habitación se desató una tormenta de astillas de madera, esquirlas de vidrio y movimientos violentos. La sorpresa de Bero duró todo un segundo; después se arrojó al suelo, en una esquina de la habitación, mientras media docena de enmascarados con equipo militar táctico irrumpían en la casa de Molovni.

El ygutano giró con la pistola empuñada y disparó al intruso de negro más cercano. La bala impactó en la armadura corporal del hombre y lo lanzó contra la pared. Molovni consiguió disparar una segunda vez antes de que otro enmascarado le acertara en la espalda con dos agujas rematadas con cables, que atravesaron la ropa y se hundieron en la piel. Molovni se quedó rígido como un tablón y cayó al suelo, donde empezó a contorsionarse y emitir gemidos ahogados mientras la electricidad le recorría el cuerpo. Los ojos tenían una mirada furiosa y asustada; la boca estaba retorcida en un rictus. Tres hombres se lanzaron como lobos sobre el ygutano caído.

A pesar de los espasmos incontrolables que le convulsionaban los músculos, Molovni se las arregló para usar sus habilidades del jade y liberó un poderoso disparo de Desviación que se extendió por la vivienda en ondas concéntricas. Los intrusos se tambalearon, y astillas y cristales acribillaron los brazos de Bero cuando este los levantó para cubrirse la cabeza. Los cables de la espalda del ygutano se desprendieron; este se puso en pie de un salto y cogió la Ankev caída. Bero atisbó el miedo demencial en la cara de Molovni cuando se apuntó con la pistola a la cabeza.

Un pie calzado con una bota conectó con el brazo de Molovni e hizo salir volando el arma, que desapareció bajo el sofá.

Bero sabía que Molovni era un nekolva, y había oído hablar de agentes espenios que portaban jade, pero jamás había visto a hombres que no fueran huesos verdes moverse de una forma tan rápida y brutal. En un intento final de escapar por la ventana destrozada del segundo piso, Molovni voló con Ligereza cruzando la habitación. Estuvo a punto de conseguirlo, pero la Fuerza combinada de tres soldados lo interceptó en el aire y lo clavó contra el suelo. Molovni quedó sujeto como un toro pataleando en el matadero. Maldijo en ygutano, soltando espumarajos por la boca mientras le retorcían los

brazos a la espalda y lo ataban con bridas de plástico. También le ataron los tobillos, y luego le cubrieron la cabeza con una bolsa de lona negra. Uno de los enmascarados se sacó una jeringuilla de un bolsillo del chaleco táctico, la clavó en el muslo de Molovni e inyectó el contenido. A los pocos segundos, los movimientos del hombre se volvieron descoordinados y débiles, y muy poco después cesaron. Dos soldados robustos cargaron con el inconsciente ygutano como si fuera una alfombra y se lo llevaron al exterior.

Bero no se había movido de la esquina. Los hombres enmascarados no le dedicaron ni una mirada mientras registraban la casa de Molovni. Abrieron los cajones y vaciaron el contenido en bolsas amarillas. Golpearon las paredes y el suelo en busca de compartimentos ocultos, miraron detrás y debajo de los muebles e incluso se llevaron el cubo de la basura. Prestaron especial atención a la mesa; Bero vio como metían la mochila con documentos, un contestador automático y una pequeña pila de cartas sin abrir en un contenedor especial. Examinaron, fotografiaron, recogieron y se llevaron los botes del armario de medicinas del baño. Las pocas palabras que cruzaron los soldados entre ellos fueron en espenio.

Galo y Berklund entraron en la habitación, con ropa de civil oscura, pero armados. Berglund recorrió con una mirada satisfecha la vivienda desmantelada y se puso a hablar con un soldado. El hombre que había recibido el disparo en el pecho, que habría muerto de no ser por el chaleco antibalas, consiguió ponerse en pie con la ayuda de dos compañeros, que lo sujetaron de camino a la salida. Bero no se dio cuenta de que la radio de la mesa seguía emitiendo hasta que uno de los agentes espenios la apagó, la desenchufó y se la llevó con el resto de las pertenencias de Vastik eya Molovni.

Galo se acercó a Bero y sacudió la cabeza con decepción, pero sin parecer sorprendido.

—Deberías habérnoslo contado todo, Siluro. No tendrías que haber estado aquí. —Le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse. Bero miró la mano, pero no la aceptó.

—¿Me habéis seguido? —gritó.

—¿Creías que no te íbamos a tener vigilado? —dijo Galo—. Y menos mal. Por poco fiable que seas como activo, gracias a ti hemos capturado a un nekolva y recogido pruebas de que estaba implicado en incitar una revolución en nombre del gobierno ygutano. —Galo contempló la habitación casi vacía con la expresión satisfecha de un leopardo que lamiera unos huesos—. Quizá podamos desvelar por fin los secretos del programa militar ygutano.

Bero se levantó.

—¿Y Ema? Ibais a seguirla a ella. ¿Dónde está?

Galo negó con la cabeza.

—Es una pena. Estaba en el edificio de la AJK cuando se ha derrumbado.

—Putos espenios. No habéis intentado detener el gran golpe de los desclanados. Solo queríais a Molovni. Sabíais que ella iba a morir. —Bero tenía las manos crispadas y estaba gritando de nuevo.

El kekoespenio lo miró con severidad.

—Ahora mismo, la marina de la República de Espenia está rodeando la isla de Gosha. Con suerte podremos capturar el barco ygutano que está esperando para ayudar a escapar a Molovni. Las vidas perdidas en el ataque terrorista al edificio de la AJK son una tragedia, pero si hubiéramos intervenido para evitar la explosión, habríamos alertado instantáneamente a Molovni y a sus superiores. Había mucho en juego. Puede que los activos y la información que hemos conseguido hoy de nuestros enemigos salven miles o millones de vidas.

—Vidas espenias —escupió Bero.

—Intentamos avisar a nuestros aliados kekoneses antes de la explosión, pero me temo que no tuvimos éxito. —Galo miró a Bero con incredulidad—. Te uniste al Movimiento por un Futuro Sin Clanes para derrocarlos. Trabajaste con nosotros para ganar dinero al margen. Has conseguido las dos cosas y sigues vivo. ¿Qué te molesta? ¿Que la chica se sacrificara por la causa cuando por fin habías pillado cacho? ¿O descubrir que no eres tan listo como creías? Te han manipulado, claro. Pero ¿qué esperabas?

Ema no le había dado aquella dirección para que escapara con ella, sino para traicionar a Molovni. «Que yo odie los clanes no quiere decir que me gusten los ygutanos». Esas habían sido sus palabras. Quería acabar con los clanes, pero no entregarles la victoria al agente extranjero y a sus amos. Ema debió de sospechar que Bero era un espía, o simplemente calculó que vendería la información.

Y ahora estaba muerta. Muerta por nada, igual que los putos idiotas de Pícaro, Mudt, Soradiyo y tantos otros, y Bero seguía vivo. Hubo un tiempo en que habría estado muy ufano. Lo habría visto como una señal de que la suerte estaba de su lado, por mucho que jugueteara con él. Ahora no sentía nada.

—Hemos acabado. —Galo dio la espalda a Bero y empezó a alejarse—. Vámonos, Siluro.

Bero se quedó inmóvil. Cuando Galo se dio cuenta de que no lo seguía, se volvió hacia él.

—No te coviene quedarte. Te podemos sacar de Kekon, por tu

seguridad.

—No quiero nada más de los espenios —dijo Bero.

La expresión de Galo se suavizó un poco y mostró algo parecido a la simpatía.

—Mira, no somos amigos. Tu eres un activo, y yo, tu controlador. Pero esta vez te voy a dar un consejo por tu propio bien. —Señaló la ventana—. Los líderes de los clanes principales han muerto. Yanlún va a ser un puto caos. La República de Espenia tiene una oportunidad de desempeñar un papel en el remodelado del paisaje político, pero también es posible que este país se hunda en el caos. Los huesos verdes van a ir a por cualquiera que haya tenido algo que ver con el Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Los ygutanos o los desclanados pueden descubrir que nos guiaste hasta Molovni. ¿Qué motivos tienes para quedarte?

Bero odiaba no tener respuesta. Quizá no tuviera nada en Yanlún, pero Yanlún lo tenía a él. Incluso las ratas tenían una alcantarilla a la que llamar hogar, y Yanlún era su alcantarilla.

—Has realizado un trabajo valioso para la República de Espenia y te has ganado la oportunidad de empezar una vida nueva en otro sitio —dijo Galo—. Quizá de ser una persona diferente.

La casa había quedado vacía salvo por los muebles. Berglund y un soldado estaban en la puerta, esperando a Galo. Las sirenas seguían sonando a lo lejos. Bero creyó oler humo. Vio que el soldado espenio enmascarado bajaba la mano hasta la pistola y dirigía una mirada interrogante a Berglund. Galo negó levemente con la cabeza y cruzó una mirada con su impasible socio. Pareció como si los dos agentes espenios mantuvieran una charla silenciosa.

—Te estoy ayudando, Siluro —le dijo a Bero en voz baja.

Con una claridad que no había poseído hasta aquel momento, Bero se preguntó si los espenios lo doblegarían y se lo llevarían como habían hecho con Molovni, o si simplemente se limitarían a pegarle un tiro. Era un cabo suelto, tan prescindible como las personas que estaban en el edificio de la AJK.

—¿Adónde iré? —dijo con odio sordo y resignado.

—¿Importa? —respondió Galo, volviéndose hacia la puerta.

—Supongo que no.

Bero siguió afuera a su controlador. El soldado enmascarado fue tras ellos.

Capítulo 27

El cielo lo ha visto

SHAE acababa de dar de mamar a la niña y la estaba arrullando cuando le llegó el grito de su madre desde la sala de estar, donde estaba viendo la televisión.

—¿Qué ha pasado, mamá? —dijo Shae. Al no recibir respuesta, dejó a Tia en la cuna, fue corriendo con su madre y se la encontró tapándose la boca con las manos, con la mirada clavada en la pantalla. El noticiario de la RNK mostraba una escena que al principio no comprendió. Fue al leer el titular, «Explosión en el centro de Yanlún», cuando se dio cuenta de que estaba viendo los escombros humeantes de la sede de la Alianza del Jade de Kekon.

Tardó otros dos segundos en recordar que aquella tarde se celebraba una reunión de la AJK, y que el pedestal y el hombre del tiempo en funciones estaban allí. Su madre no era consciente de ese detalle.

—Horrible, horrible —dijo Ria, negando con la cabeza, sentada en el borde del sofá frente al televisor—. ¿Qué clase de personas harían algo así? Espero que no hubiera allí nadie que conozcamos.

A Shae le temblaron las piernas. Alargó una mano y se apoyó en el respaldo de la silla más cercana. Quizá estuviera teniendo una febril pesadilla postparto. Quizá se equivocara sobre la fecha de la reunión de la AJK. ¿Era el tercerdía o el segundodía?

Sonó el teléfono de la cocina. Shae fue tambaleándose y descolgó. Era Juen Nu.

—No consigo localizar al pedestal. —Las palabras del cuerno y la terrible pausa que las siguió destrozaron el momento de negación—. ¿Sabes si estaba en el edificio?

Shae oyó su propia respiración jadeante y su voz, alarmantemente débil.

—Creo que sí.

Hubo un silencio al otro extremo de la línea.

—Quédate donde estás, Shae-jen —dijo el cuerno al fin—. Mandaré más huesos verdes a la mansión, y todos los que pueda apartar de otras cosas les diré que vayan a ayudar a los servicios de emergencia. Te llamo en cuanto sepa algo más. —Otra pausa sombría y terrible—. ¿Quieres que le diga algo al clan?

—Aún no —dijo Shae—. Espera a que sepamos quién ha hecho esto. —No le cabía duda de que quienquiera que fuera el responsable de la explosión pretendía matar de golpe a todos los líderes de los clanes de huesos verdes, pero no estaba preparada para pensar que tanto su hermano como su marido habían muerto, y que ahora era la pedestal del clan y una madre viuda—. Alguien tiene que decírselo a Wen. Y a los niños. Alguien tiene que… —Se quedó sin palabras, incapaz de terminar la frase porque le costaba respirar. Se apretó el pecho con la mano. El corazón le latía con fuerza, sin control.

—Mandaré a alguien con Wen de inmediato —dijo Juen—. Y a unos dedos a recoger a Niko y Jaya de la academia y a Ru del colegio, para que los lleven a todos a casa.

Cuando Juen colgó, Shae empezó a decirle a su madre: «Mamá…», pero no consiguió añadir nada más. Tia se despertó y empezó a alborotar. Shae fue a la habitación, cogió al bebé en brazos y empezó a pasear de un lado a otro, acunándolo. La imagen de la cara dulce e inconsciente de su hija de dos semanas se volvió borrosa tras una capa de lágrimas.

—¿Por qué naciste en esta familia? —susurró—. Eres tan perfecta, y hay tanto sufrimiento aquí…

Su madre entró en la habitación.

—Shae-se, deja que la coja yo —dijo extendiendo las manos—. Deberías acostarte y descansar; el médico dijo que no debías agotarte. —Shae no había sufrido complicaciones al dar a luz, pero después se quedaba sin respiración a menudo, y le diagnosticaron una leve cardiomiopatía posparto. Portaba una cantidad reducida de jade y se suponía que debía evitar cansarse hasta que se recuperara del todo, lo que le llevaría entre tres y seis semanas.

Le entregó el bebé a su madre. Woon estaba convencido de que Tia se parecía a Shae, pero ella no veía la semejanza. Solo veía el tono de piel y las orejas de Woon.

—Tengo que salir un rato, mamá —dijo Shae. Empezó a vestirse; se puso unos pantalones de maternidad y una sudadera—. ¿Puedes

cuidar de Tia? Si no he vuelto en un par de horas, hay un biberón con leche en la nevera, y preparado para lactantes en el armario de la cocina.

Su madre apretó los labios y sostuvo a su nieta más cerca.

—Es por lo que ha pasado en el centro, la explosión —dijo—. Tienes que ir a trabajar para el clan incluso ahora. —Shae asintió sin dar detalles, y la expresión Ria tembló—. ¿Ha sido muy malo para nosotros?

—Todavía no lo sé. —Shae intentó hablar con calma y no revelar nada—. Solo… espera aquí y no te creas nada de lo que oigas, hasta que yo lo descubra con seguridad.

Una comprensión entumecida apareció en los ojos de su madre; una expresión de impotencia que le habría roto el corazón a Shae de no haber estado ya demasiado llena de aprensión. Kaul Wan Ria ya había pasado por aquello. Había esperado a solas la noticia de la muerte de su esposo. Después, la de su hijo mayor. Y ahora quizá la del segundo.

Shae sabía que debería hacer caso a Juen, que debería quedarse en la casa, donde estaba a salvo, y esperar noticias, como su madre se había resignado a hacer. Pero no podía. Necesitaba ir, presenciarlo por sí misma, saberlo con certeza. Si realmente era el pedestal ahora, el clan tenía que verla. No podía ser una mujer acostada en la cama con un bebé.

Ordenó a un guardia de la hacienda que la llevara al Barrio Financiero. El tráfico era extremadamente lento en toda la Vía del General. Cuando estaban a varias manzanas de la escena del desastre, no pudieron ir más lejos. Las calles estaban acordonadas y bloqueadas por vehículos de la policía y los bomberos. En las aceras se amontonaba la gente, señalando y murmurando, tapándose la nariz con pañuelos o con el cuello de la camisa para filtrar el olor penetrante del fuego y la nube de cenizas que flotaba en el aire. Por todas partes había huesos verdes de los dos clanes principales y de otros menores, hablando entre ellos, intentando tranquilizar a los preocupados linternas y alejando a la gente de la zona del desastre, olvidadas las rivalidades por el momento.

Shae le dijo al conductor que parara y la dejara bajar.

—Kaul-jen —protestó este—, ¿cree que es buena idea? —Tenía el suficiente sentido común para saber que no debía dejarla sola en aquel escenario caótico, pero Shae abrió la puerta y se apeó antes de que pudiera pensar en cómo detenerla.

Shae se abrió paso por la marea de gente, en dirección a los restos del edificio de la Alianza del Jade de Kekon. El caos fluía a su

alrededor: movimiento, ruido, humo y energías de jade asaltaban los sentidos. Avanzó demasiado deprisa para que pudieran reconocerla. Nadie le prestaba atención, de todas formas. Le llevó veinte minutos llegar al centro de la actividad. Para entonces estaba sudando y jadeando, y tenía el pelo y la ropa cubiertos por una capa de ceniza. La mitad del edificio seguía en pie, obscenamente intacta, con los pasillos y salas abiertos al cielo como la maqueta de un arquitecto abierta para mostrar la disposición del interior. El lado sur era una montaña de hormigón y metal retorcido alrededor de un cráter de destrucción. Una hilera de árboles y dos edificios del otro lado de la calle estaban ennegrecidos, chamuscados por el estallido. Un enjambre de bomberos se movía por el lugar, y las ambulancias llegaban una tras otra. Shae vio una fila de heridos (brechas sangrantes en la cabeza, quemaduras, extremidades rotas o dislocadas) sentados o tumbados en la acera; los médicos los examinaban para determinar la gravedad del daño y los atendían. Shae giró como una peonza, asombrada y abrumada.

Siguió su sentido de Percepción hacia un grupo familiar de auras de jade y encontró a Lott Jin, el primer puño del clan en Yanlún, organizando a un grupo de unos cincuenta huesos verdes de Sin Cumbre. Todos llevaban guantes de trabajo, pañuelos para taparse boca y nariz, y silbatos de plástico rojo colgados del cuello.

—Vin y Tato dirigen los dos equipos de búsqueda; empezad por extremos opuestos de la zona derrumbada y avanzad hacia el centro —gritaba Lott—. Si Percibís a un superviviente, no malgastéis vuestra propia Fuerza; necesitamos que concentréis toda la energía en la Percepción y os mantengáis en movimiento. Dad silbidos largos a intervalos de diez segundos y quedaos en el lugar hasta que lleguen los bomberos o un equipo de excavación. Batto, Yan y Toyi: vuestra Ligereza es la mejor. Tenéis que transportar agua, equipo médico y mensajes. ¿Habéis entendido todos? —Cuando los sombríos puños y dedos asintieron, Lott añadió—: Montaña está también aquí. Trabajad con ellos, pero recordad: tenemos que examinar cada metro cuadrado por nosotros mismos. Si Percibís a Kaul-jen o a Woon-jen, pegad tres silbidos cortos seguidos. Solo por ellos, no por nadie más.

Los hombres de Lott se llevaron las manos unidas a la frente y el grupo se separó con decisión. «Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre», murmuraron algunos en oración. Shae se acercó a Lott, que se volvió hacia ella sorprendido.

—Kaul-jen —exclamó con enfado, olvidando el respeto en el calor del momento—. ¿Qué haces aquí?

—No podía averiguar una mierda sentada en casa viendo las

noticias. —Se pasó una mano por la frente, manchándose de ceniza—. ¿Qué…? —Se llevó una mano al pecho e inspiró con dificultad—. ¿Qué sabes sobre lo que ha pasado? ¿Quién es el responsable? ¿Hay alguna…? —Miró hacia el edificio destruido y los equipos de rescate que pululaban alrededor—. ¿Hay alguna señal de supervivientes?

Lott negó con la cabeza.

—Ahora mismo es todo un lío —dijo—. Juen-jen está hablando con la policía. Sabemos que el estallido procedía de una camioneta llena de explosivos aparcada en el estacionamiento restringido de la zona sur del edificio, justo bajo la ventana donde se celebraba la reunión de la AJK. Los terroristas tenían información interna. Conocían el plano del edificio, las medidas de seguridad y el momento en que tenía lugar la reunión. Hay testigos que dicen que vieron a dos hombres en la camioneta esta mañana. Y algunos juran que vieron caer a Ayt Madashi de una ventana justo antes de la explosión. La gente de Montaña está buscando por la zona, pero no sabe más que nosotros.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Shae entre toses. Lott la miró con preocupación.

—Kaul-jen —dijo—, no tienes buen aspecto.

—Estoy bien —dijo Shae. Lott no pareció convencido. Shae se imaginó qué aspecto tendría a sus ojos (una mujer de cuarenta y un años, que no portaba la mayor parte de su jade, débil tras haber parido) y sintió una oleada de frustración y resentimiento, más hacia sí misma que hacia Lott. Se sentía estúpida e indefensa, en absoluto como una huesos verdes, una Kaul o un hombre del tiempo. ¿Qué se había creído que iba a conseguir allí?—. Tenía que venir. Tenía que saber. —Intentó parecer decidida, pero las palabras sonaron abatidas—. Mi hermano y mi marido están en esa pila de escombros.

—Los encontraremos, te lo juro por mi jade —dijo Lott con convicción. La cogió por el hombro y la llevó hasta un coche del clan que estaba aparcado junto a la fila de vehículos de emergencia—. El clan necesita que conserves las fuerzas. Solo los dioses saben qué nos espera después de esto. —Abrió la puerta del pasajero y le dio a Shae una botella de agua de un montón que había junto a una pila de mantas—. No soy quién para decirte que te marches, pero al menos siéntate y descansa.

Lott la dejó sentada en el coche con la puerta abierta. Shae vació de un trago la botella, echó atrás la cabeza y se presionó los ojos con la base de las palmas de las manos. Estaba mareada, y la tirantez del pecho había crecido hasta convertirse en auténtico dolor. En su estado no podía tomar decisiones en nombre de Sin Cumbre, pero pronto tendría que hacerlo. Observó los trabajos de rescate con una sensación

enfermiza en la boca del estómago. Puños y dedos la saludaban sobresaltados al verla cuando pasaban a su lado, pero en general pasó desapercibida. A algunos heridos los atendían allí; a otros se los llevaban en ambulancia. Cada vez que los buscadores usaban los silbatos, el corazón le daba un vuelco, pero en cada ocasión se trataba de un silbido largo, no los tres cortos que estaba esperando oír. A veces salía un superviviente, pero más a menudo aparecían cadáveres que transportaban fuera de los escombros y metían en bolsas negras que se iban acumulando en el suelo.

Shae salió del coche y caminó aturdida. No podía soportar sentirse tan inútil, a pesar de que Lott tenía razón y no estaba en condiciones de esforzarse físicamente entre las densas ruinas y el aire saturado de ceniza. Nadie se fijó en su marcha. Quizá debería haberse quedado en casa, después de todo. Wen ya se habría enterado. A Niko, Ru y Jaya los estarían sacando de la escuela, y ella debería estar para recibirlos cuando llegaran a casa. Empezaba a sentir los pechos incómodamente duros e hinchados, y se dio cuenta de que había olvidado decirle a su madre dónde estaban los pañales.

Sus pies la llevaron a través de las calles inquietantemente vacías del Barrio Financiero, y más por hábito reflejo que por decisión consciente se encontró tres manzanas más lejos, ante la puerta del Templo del Divino Retorno. El patio de los árboles de oraciones estaba vacío y en silencio. Incluso el viento parecía haber quedado inmóvil. Shae cruzó la entrada. La plataforma de delante del mural del Destierro y Retorno estaba vacía. Parecía que, como consecuencia inmediata de aquel ataque sin precedentes en el corazón de Yanlún, habían evacuado los edificios cercanos, incluido el templo. La imagen era inquietante. A lo largo de los años había acudido cientos de veces a aquel lugar, a veces temprano, antes de ir a trabajar, a veces ya por la noche, pero fuera cual fuera la hora del día, siempre había penitentes sentados en concienzuda meditación, con los ojos cerrados, las manos apoyadas en los sagrados orbes de jade, el aura canturreando pacíficamente pero emanando una energía atenta que llenaba el santuario. Ahora, aquella energía estaba ausente y Shae estaba sola.

No; no era cierto. Shae tenía el sentido de Percepción nublado, no era lo que acostumbraba a ser, pero mientras caminaba lentamente por el pasillo, entre los cojines de oración, sintió el parpadeo de un aura innegablemente familiar. Se volvió despacio, incrédula. Sus ojos se posaron en una figura desplomada contra la pared del fondo, inmóvil.

Shae se acercó al cuerpo agazapado. El sonido áspero de su propia

respiración y el roce de los zapatos contra el suelo parecían intrusivos, ensordecedores. Reconocería en cualquier parte aquella densa aura de jade de color rojo. Estaba enmudecida, disipándose, emanando el calor de un tizón que se evaporase en el frío. Ayt Mada yacía apretándose con las dos manos una herida en el cuello, con los brazos y los hombros empastados de sangre secándose; su pecho apenas se movía.

Cuando Shae se acercó, Ayt abrió los ojos y enfocó lentamente la mirada. Transcurrió un largo e irreal instante de mutuo reconocimiento. Entonces, una sonrisa lenta e irónica elevó las comisuras de los labios de Ayt Mada y alcanzó los ojos nublados pero brillantes.

—Los dioses tienen sentido del humor. —La voz de Ayt apenas era audible—. Kaul Shae-jen. Qué coincidencia.

Shae levantó la cara hacia el techo del templo vacío; allí se habían reunido Ayt y ella en el pasado, bajo los ojos de los dioses del cielo, para oponerse irrevocablemente una contra la otra. Shae bajó la mirada hacia la mujer tendida a sus pies.

—Quizá no sea coincidencia, Ayt-jen —susurró.

—Tu hermano ha muerto —dijo Ayt con voz chirriante. Yo ni siquiera estaba en el edificio, y la explosión me ha lanzado al otro lado de la calle. —El tono de certeza de las palabras de Ayt dejó helada a Shae hasta las suelas de los zapatos. Era increíble que la mujer hubiera sobrevivido a las heridas, que se las hubiera arreglado de algún modo para recorrer tambaleante la distancia hasta el templo, donde quizá esperaba encontrar ayuda y refugio. Shae se acercó unos pasos más. La cara de Ayt estaba blanca como la tiza y los labios se le estaban poniendo azules. Los dedos rígidamente curvados estaban blancos. Ayt había estado Canalizando hacia sí misma, una proeza difícil para cualquier huesos verdes. Había coagulado la terrible herida del cuello y ralentizado la hemorragia redirigiendo y gastando su energía vital, sacándosela del resto de su cuerpo. Era una táctica insostenible, no diferente a la de un hombre hambriento que se comiera su propia carne. Perdería la función en todas partes, se le embotarían las extremidades y se desmayaría cuando se le detuvieran los órganos.

—¿Quién ha sido? —Shae sentía verdadera curiosidad, casi una amarga admiración. Tras decenios de odio asesino entre Sin Cumbre y Montaña, alguien distinto había clavado un cuchillo en el cuello de Ayt.

—Yo —respondió Ayt. Sonrió ante el silencio y la incomprensión de Shae—. Hace diez años ejecuté por traición a Ven Sando y a sus

hijos, pero dejé con vida a su esposa y sus hijas. —Su voz era un susurro arrastrado, seco y ácido—. A la hija de Ven no le bastaba que muriera en la explosión. Quería que supiera que había sido ella. Cometí el error de subestimar a otra mujer. —El pedestal de Montaña se humedeció los labios y clavó los ojos en Shae—. Es algo que solo hice en otra ocasión.

Shae miró al enemigo mortal de su familia, la responsable en última instancia de gran parte del dolor que había definido su vida adulta. El asesinato de su hermano Lan, la guerra entre clanes, la pérdida de gran parte de su propio jade, el que hubiera estado a punto de morir en un duelo de hoja limpia, la bomba del coche que había matado a Maik Kehn, la traición y la ejecución de Tau Maro, la muerte del asistente Luto. La lista de todo lo que Ayt había hecho a Sin Cumbre era interminable, y cada línea era una fea cicatriz en el alma de Shae.

Miró la plataforma vacía de la parte delantera del santuario. Aquel día, de todos los posibles, no había penitentes que pudieran ser testigos de lo que ocurría en el templo e informar al Cielo de los sucesos. Su mano fue hacia la base de su espalda, hacia el cuchillo garra que llevaba envainado. Lo sacó con la certeza absoluta de que los dioses habían apartado la mirada a propósito, como parientes ladinos al darle a un niño un regalo que no deberían aprobar. El arma se asentó en su mano, caliente y sólida en su finalidad. Su clan, su familia y su vida podían estar en ruinas, pero tenía aquello. Ahora dependía de ella acabar lo que sus hermanos no habían podido, poner el punto final a la guerra entre los clanes. Quizá Lan estuviera mirando. Quizá Hilo también.

Se agachó con cautela. Ayt podía estar herida de muerte y pender de un hilo, pero un tigre en una trampa podía usar su último aliento para desgarrar una garganta. Ayt portaba mucho más jade que Shae, y podía invocar una última oleada de voluntad vengativa para llevarse a su enemigo con ella.

Ayt se agitó dolorosamente.

—Te felicito, Kaul-jen. Esta noche puede que seas el último pedestal que quede en Kekon. No te envidio. —La sonrisa burlona se le había borrado de la cara. Sonaba cansada y furiosa—. Un consejo: jamás cometas el error que cometí yo. No muestres piedad.

Shae se quedó inmóvil. Las palabras de Ayt, cargadas de presagios macabros, parecieron añadir peso al cuchillo que empuñaba. «Puede que seas el último pedestal que quede».

Los clanes habían luchado entre sí durante años. Pero aquel día los había atacado un enemigo diferente, decidido a destruir a todos los

clanes de huesos verdes de un solo golpe. A los extremistas no les importaba el aisho; les daba igual matar a cientos de personas inocentes. Querían dar la vuelta a toda la sociedad kekonesa, sembrar el caos y la destrucción, demostrar que incluso las instituciones más importantes del país eran vulnerables y que hasta los líderes huesos verdes más fuertes podían morir a manos de gente que no tenía sus poderes.

Shae había visto los escombros dejados por la bomba y, por mucho que quisiera negarlo, sabía que lo que había dicho Ayt Mada era probablemente cierto: los ocupantes del edificio estaban muertos. Vio con claridad lo que ocurriría. Los clanes menores entrarían en crisis por la pérdida de sus líderes. Ciudades e industrias enteras caerían en el desorden. El país miraría a los dos clanes más grandes en busca de orientación. El sobrino veinteañero de Ayt Mada se convertiría en pedestal, y el clan Montaña caería bajo el gobierno de la imprudente familia Koben, que culparía a los inmigrantes y a los extranjeros del ataque terrorista. Azuzarían a la gente hacia un frenesí reaccionario y usarían toda la influencia de Montaña en el Consejo Real para impulsar políticas aislacionistas que invertirían décadas de crecimiento del país, amenazarían las operaciones internacionales de Sin Cumbre y provocarían la agresión extranjera.

En cuanto a Sin Cumbre… Shae sintió una fría aprensión en la médula de los huesos. Era una madre primeriza, probablemente viuda, físicamente indispuesta y sin la mayor parte de su jade. No estaba en condiciones de ser el pedestal. No quería ser el pedestal. La idea la llenaba de espanto.

Se preguntó si Hilo se habría sentido así la noche de la muerte de Lan. Nunca habían hablado realmente sobre ello. Para ella quizá sería peor aún, intentando liderar Sin Cumbre, y quizá el país entero, en el desenlace de un desastre nacional, con los otros clanes de huesos verdes sumidos en el caos y el pueblo aullando, pidiendo venganza, mientras lo poderes exteriores se agazapaban y se preparaban para pescar en río revuelto.

Apretó con fuerza la empuñadura del cuchillo garra. Ayt tenía los ojos cerrados; su aura de jade latía con débil impaciencia, e incluso su respiración era cada vez más forzada y superficial.

Shae soltó un gemido y enfundó el arma. Sin poder creerse lo que estaba haciendo, se puso al lado de Ayt Mada, le pasó un brazo por la espalda y la ayudó a sentarse. Añadió presión a la herida sangrante del cuello y empezó a Canalizar su preciosa energía, aportando calor al cuerpo de Ayt.

«No muestres piedad».

—La piedad sería degollarte, Ayt-jen —siseó—, y librarte de ser el pedestal en este momento terrible en que más falta haces.

Capítulo 28

Elige

Anden había presenciado sucesos impactantes en su vida, pero ni en sus fantasías más descabelladas podría haber imaginado a su prima Kaul Shae saliendo del Templo del Divino Retorno con el brazo de Ayt Mada por los hombros, las dos tambaleándose y cubiertas de la sangre de Ayt.

Durante unos segundos, Anden las miró boquiabierto a causa del horror y el asombro, incapaz de encontrar sentido a aquella imagen imposible. Después se recobró, bajó del coche y fue a ayudar. Cuando llegó junto a ellas, vaciló y se apartó de Ayt, como si evitara instintivamente a una víbora. Después puso una mano bajo el otro brazo de la mujer herida, abrió la puerta trasera del coche y ayudó a Shae a tumbarla en el asiento. Shae subió delante. Anden volvió al asiento del conductor, y se volvió hacia Shae con los ojos muy abiertos y una pregunta muda. El hombre del tiempo tenía un aspecto horrible. La ceniza le cubría el pelo y le oscurecía la capa de sudor de la cara, de modo que parecía casi tan gris como un cadáver.

—Shae-jen —dijo Andy muy despacio—, ¿por qué exactamente estamos salvándole la vida a Ayt Madashi?

—La necesitamos —respondió sombría—. La ciudad la necesita. Este es el peor momento posible para que el clan más grande del país caiga en el caos. O en manos de la familia Koben, que sería casi igual de malo. —Leyó la otra pregunta en la mirada de Anden y añadió en voz baja—: No tengo noticias. ¿Y tú?

Anden negó con la cabeza.

—He comprobado todos los hospitales —dijo. Shae lo había llamado a la clínica de Pau-Pau donde había estado trabajando,

atendiendo la riada de heridos que sobrecargaba las instalaciones médicas de Yanlún. Entre el ajetreo de atender pacientes, Anden había estado telefoneando alternativamente a la residencia Kaul, a la casa de Shae, a la casa del cuerno y a la oficina del hombre del tiempo intentando averiguar si el resto de la familia estaba a salvo. Las líneas telefónicas estaban saturadas; fue pura suerte que Shae hubiera contactado con él desde una cabina, cerca del templo, en solo tres intentos. Anden llevaba aún el uniforme sanitario y portaba su jade, pues había salido a la carrera inmediatamente sin avisar a nadie.

Anden miró hacia atrás, al asiento trasero de su Ryuna 5T Wagon, un vehículo eminentemente práctico que había sido fuente de las burlas de Hilo, pero agradecía su aspecto anodino porque sería el último coche que pensaría en inspeccionar cualquiera que estuviera buscando al pedestal de Montaña. Ayt Mada respiraba, pero no se movía.

—El lugar de la bomba está a pocas manzanas, y allí hay ambulancias y huesos verdes del clan Montaña —dijo Anden—. ¿O será mejor que la llevemos al Hospital General?

—A ninguno de esos sitios —dijo Ayt con una vehemencia que hizo que Anden se encogiera ante la voz del enemigo mortal de su familia, que acababa de sonar a su espalda—. Nadie de Montaña debe verme en este estado, ¿entiendes? —Inspiró con un sonido chirriante e intentó enderezarse—. Ne… Necesito recuperar las fuerzas primero.

—Necesitas un médico, Ayt-jen —dijo Anden—. Has perdido demasiada sangre.

—He perdido tanta que aún podría morir de mis heridas una hora después de que me hayáis encontrado. Llevadme lejos de todo el mundo. —La exigencia de la voz de Ayt estaba mezclada con una emoción que Anden no reconoció al principio: miedo. Tardó un momento en comprender. Podía haber miembros del clan Montaña, ardientes partidarios de la familia Koben o resentidos que no perdonaban a Ayt por los rivales a los que había matado a lo largo de los años, a quienes no les molestaría mucho que el pedestal fuera simplemente una desafortunada víctima más del atroz atentado de aquel día. Ni siquiera en un hospital, vigilada por sus propios huesos verdes, podía tener la certeza de estar a salvo en su condición débil indefensa.

Maldiciendo para sus adentros, Anden se limpió las gafas, arrancó y empezó a conducir. Por suerte, las calles estaban vacías (había podido cruzar el cordón de seguridad de la zona de desastre porque era médico), así que tardaron menos de quince minutos en llegar al único lugar que se le ocurrió: su propio piso del Casco Antiguo. Metió

el coche en el aparcamiento subterráneo, lo detuvo al lado del ascensor y mandó por delante a Shae para que se asegurara de que no se cruzaban con nadie en el pasillo. Anden tenía un impermeable en el maletero; se lo echó a Ayt por los hombros y le colocó la capucha para ocultarle la cara. El pedestal de Montaña apenas estaba consciente; su aura era débil y no podía mantenerse en pie por sí misma. Anden la levantó en brazos con facilidad y la llevó al ascensor, y luego por el pasillo hasta su casa. Los brazos de Ayt colgaban y las numerosas piedras de jade brillaban contra la piel pálida; su energía creaba una presión creciente en la cabeza y el pecho de Anden. Era la situación más irreal que hubiera podido imaginar: la temible Ayt Madashi yacía indefensa en sus brazos.

Al llegar a su piso, Anden la dejó en el sofá y se apartó secándose la frente, cubierta de sudor a causa de los nervios más que del cansancio. Shae cerró con llave y pestillo y corrió las cortinas. Durante un instante, los dos se quedaron inmóviles y jadeantes en la sala en penumbra, observando a Ayt y cruzando miradas de incredulidad. Entonces Anden dejó escapar un tenso suspiro.

—Shae-jen, ¿me ayudas? Necesito el botiquín de primeros auxilios que tengo debajo del lavabo. También necesito que pongas agua a hervir.

Shae asintió e hizo lo que le pedía. Anden se arrodilló junto a la inconsciente Ayt y estudió su cuerpo usando la Percepción, tomando nota de las peores heridas. Le puso las manos en el torso y empezó a Canalizar lentamente, con firmeza, para no sobrecargar el debilitado organismo. El problema más acuciante era la pérdida de sangre; se puso a trabajar cortando la hemorragia de la horrible herida del cuello y las hemorragias internas invisibles resultantes del trauma físico, producido probablemente por la caída desde el edificio o por la onda expansiva de la explosión. Cuando Shae regresó con las vendas y el agua caliente, Anden tenía lo peor bajo control, pero eso no significaba que Ayt fuera a sobrevivir. Tenía la tensión alarmantemente baja; la circulación, extremadamente escasa; la deshidratación y la infección eran posibilidades claras. No podía hacer nada más hasta haber sacado equipo y suministros de la clínica sin despertar sospechas.

Les dio un merecido descanso a sus habilidades del jade mientras limpiaba y suturaba la herida de cuchillo. Ya se había estado forzando en la clínica y no le quedaba energía para seguir Canalizando sin agotarse. Shae se quedó cerca un rato, y después fue a la cocina. Anden la oyó hablar por teléfono. Al cabo de unos minutos volvió a la sala.

—Tengo que ir a casa —dijo—. Los niños ya han llegado y Wen va de camino. Y tengo que dar de mamar a Tia.

—Siéntate unos minutos primero, Shae-jen —insistió Anden—. Necesitas comer y beber algo, y tengo que examinarte el corazón y los pulmones antes de que te vayas. No puedes permitirte causarte daños.

Shae miró a Ayt, tendida en el sofá.

—Ya tienes bastante trabajo. Ahorra energía.

—¿Crees que me importa la vida de Ayt Mada? —preguntó Anden con más aspereza de la que había pretendido—. La estoy atendiendo porque me lo has ordenado, pero no voy a poner su vida por delante de la tuya.

Fue a la cocina y preparó dos cuencos de sopa instantánea, reforzada con toda la proteína que pudo encontrar en el armario y la nevera (fideos de trigo, huevos cocidos, algas y virutas de pescado seco), e hizo que su prima se sentara y comiera con él. Shae encendió el televisor. Todos los canales informaban de que los dos implicados en el bombardeo de la Alianza del Jade de Kekon habían muerto en un tiroteo con la policía. Un soplo de una fuente sin identificar había llevado inesperadamente a las Dársenas, donde Guriho y Otonyo, dos expresidiarios barukanos que lideraban el Movimiento por un Futuro Sin Clanes, intentaban huir de la ciudad en barco. Guriho había caído en un encarnizado cruce de disparos, y Otonyo se había suicidado antes de que pudieran atraparlo.

También había partidarios violentos de los terroristas, que los honraban como héroes y habían incitado a lanzar una oleada de ataques menores en la estela de la bomba de la AJK. Unos pistoleros que enarbolaban la bandera negra de los desclanados y gritaban «¡El futuro es ahora! ¡El futuro es desclanado!» habían atacado instituciones del gobierno y propiedades destacadas de los clanes en la ciudad. Los huesos verdes del clan Escudo Haedo protegían con firmeza la Tesorería de Kekon y el Salón de la Sabiduría, pero había informes sobre disparos, granadas lacrimógenas y bombas de tubo cerca de la Fábrica, en la calle del Pobre y en el Barrio Financiero. Shae dio un respingo al ver cubierta de humo la planta baja del edificio de oficinas de Sin Cumbre, en la calle del Barco.

El noticiario volvió a Toh Kita, en el estudio de la RNK; el presentador anunció que el recuento de bajas más reciente del bombardeo de la AJK registraba ochenta y siete muertos, ciento veintidós heridos y sesenta y cuatro desparecidos, incluidos los pedestales de los clanes Sin Cumbre y Montaña. Entre los muertos confirmados estaban el presidente de la AJK, los pedestales de los clanes Jo Sun y Cola Negra, y el famoso huesos verdes de Montaña

Koben Yiro.

Toh Kita leyó una declaración publicada por el joven Ayt Atosho en nombre del clan Montaña. Expresaba su asombro y su pesar, alababa el trabajo de los operarios de rescate y declaraba que cualquier ciudadano o extranjero que tuviera relación con aquel inconcebible atentado era un enemigo declarado del clan Montaña y de todo el país. El aisho no se aplicaba a aquellos que osaban atacar el tejido de la sociedad kekonesa; Montaña haría todo lo necesario para destruir al Movimiento por un Futuro Sin Clanes y a cualquiera que le prestara ayuda.

Aún no había ninguna declaración del clan Sin Cumbre, dijo Toh Kita a los espectadores. Anden miró a Shae con preocupación. El anuncio de Montaña era sorprendente, no por su contenido, sino por su rapidez. No se había encontrado el cuerpo de Ayt Mada, pero la familia Koben se estaba dando prisa en asegurarse de que el primer comunicado oficial del clan situara a Ayt Ato como nuevo pedestal, sin duda para disuadir a otras familias influyentes que podrían plantearse desafiarlo por el liderazgo. Ahora que Montaña había hablado, sin embargo, no podía pasar mucho tiempo antes de que Sin Cumbre hiciera lo mismo.

—Debo irme —dijo Shae. Anden propuso que telefoneara a la mansión para que fueran a recogerla unos guardaespaldas; no le hacía gracia la idea de que su prima se marchara sola, teniendo en cuenta que seguían corriendo peligro de sufrir actos violentos, ni que se cansara todavía más, pero Shae argumentó que no podían arriesgarse a que algún huesos verdes del clan Percibiera la presencia de Ayt. Anden siguió preocupado, pero la respiración y el corazón de Shae eran lo bastante normales para que se fuera en un taxi. Le dio un termo de té aliñado con una tintura para ayudar a su sistema respiratorio.

Cuando el hombre del tiempo se hubo marchado, Anden apagó el televisor. No podía soportar ver las fotografías de Kaul Hilo y Ayt Mada en la pantalla, con la palabra «DESAPARECIDOS» debajo, cuando la persona que estaba acostada en su sofá, la persona a la que quizá pudiera salvar la vida, no era la que debía. Observó el leve movimiento del pecho de Ayt, los ojos que se agitaban bajo los párpados cerrados. Sabía que debería echar una siesta y recuperar fuerzas, pero no creyó que pudiera conciliar el sueño. Estaba demasiado nervioso y preocupado, y le parecía grotesco echarse a dormir en la misma habitación en la que estaba el peor enemigo de su familia, por poco peligroso que pareciera en aquel momento. Anden suspiró, volvió a extender sus habilidades del jade y envió energía al

cuerpo de Ayt, animándolo a acelerar la producción de plasma y glóbulos rojos.

Ayt lo sintió. Abrió un poco los ojos y los fijó en Anden.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos, Emery Anden? —preguntó con voz áspera—. Gont Asch te llevó ante mí. Eras un adolescente asustado, pero te comportaste como un hombre. Sabía que te convertirías en alguien valioso para los Kaul. —Los labios sin sangre se curvaron en una sonrisa carente de humor—. Hubo momentos en que me planteé ordenar que te mataran. Ahora me alegro de que nunca me obligaras a hacerlo.

—Deberías conservar las fuerzas, Ayt-jen —dijo Anden—. No hace falta que hablemos.

Shae estuvo ausente toda la noche. En ese tiempo, Anden condujo apresuradamente a la clínica donde trabajaba y escamoteó dos bolsas de suero intravenoso, un gotero, vendas y antibióticos. Actuó tan deprisa como le fue posible y sin hablar con nadie. Aunque Ayt estaba dormida, lo último que quería era dejar al pedestal de Montaña a solas en su piso; sin embargo, no tenía alternativa. Por mucha energía propia que Canalizara en Ayt para aliviar el efecto de las lesiones, no serviría de nada si no le administraba fluidos y evitaba una infección.

Ayt seguía inconsciente cuando él volvió. No tenía la piel tan cenicienta como antes y parecía respirar con más facilidad. Anden pensó que debería limpiarle la sangre y ponerle una camiseta limpia, pero la idea de desvestir a Ayt hizo que se encogiera como una ostra al recibir un chorro de limón. Le colocó la vía intravenosa.

—Ayt-jen —dijo—, tengo que ponerte el gotero y cambiarte las vendas.

Ayt no abrió los ojos, pero su aura de jade se agitó lo suficiente para indicarle que lo había oído y había entendido. Anden no quería despertarla con un sobresalto ni que, cuando le clavara la aguja en el brazo, ella reaccionara por reflejo y le rompiera el cuello. Al mismo tiempo, se sintió estúpido por seguir temiéndola. Era una mujer de mediana edad gravemente herida, no un demonio.

Encendió el televisor y vio las noticias mientras descansaba y recuperaba las fuerzas entre sesiones de Canalización. Seguían emitiendo metraje sobre los operarios de emergencias y los huesos verdes que excavaban en los escombros del edificio de la AJK, iluminados con linternas y focos. Las cifras de bajas confirmadas se iban actualizando en la parte inferior de la pantalla cuando se recibían novedades. Un periodista consiguió ponerse delante de un mugriento y sudoroso Juen Nu y le preguntó si aún tenía esperanzas de encontrar vivo a su pedestal. El cuerno de Sin Cumbre era normalmente

pragmático, famoso por su objetividad y su falta de sentimentalismo, pero lanzó una mirada furiosa al periodista y espetó que los huesos verdes no se apoyaban en la esperanza mientras hubiera cosas que hacer, y que todo iría más rápido si la prensa se quitara de en medio y los dejara trabajar.

Anden descolgó el teléfono y marcó el número de la residencia principal, pero se detuvo al llegar a la última cifra, con el dedo encima del botón. Se imaginó al resto de la familia en la sala de estar, o quizá en la poco usada sala de oración, esperando recibir noticias. Wen, incluso presa de un temor insoportable, les estaría diciendo con calma a los niños que su padre no querría que se dejaran llevar por el pánico. Ru y Jaya estarían asustados y harían preguntas, pero Niko estaría callado y contendría el miedo en su interior. A Anden no se le ocurría nada que pudiera decir para tranquilizarlos. Llamar solo serviría para bloquear la línea telefónica cuando era necesario que estuviera libre. Y no podía soportar tener que mentir a su familia. ¿Cómo inventar una excusa para el hecho de no estar en la casa con todos ellos en aquel momento porque estaba cuidando en secreto de Ayt Mada?

Con pesar, dejó el auricular en el soporte.

Habría creído que, en aquellas circunstancias, no sería capaz de relajarse lo bastante para quedarse dormido, pero el puro agotamiento, mezcla de la preocupación y el gasto de energía del jade, acabó por vencerlo. Se quedó traspuesto en el sillón, aún portando el jade, y se despertó sobresaltado al Percibir a dos huesos verdes que se acercaban a la puerta. Una de las auras pertenecía a Shae. La otra no le resultaba conocida; poseía una energía fría y equilibrada semejante a la mirada de un halcón. Anden abrió la puerta antes de que Shae llamara. Al lado del hombre del tiempo había un anciano alto, delgado y canoso allí donde no se había quedado calvo, pero con unos penetrantes ojos claros y la muñeca izquierda rodeada de bandas de cuero cargadas de jade.

—Siento haber tardado tanto en volver —dijo Shae—. Te presento a Nau Suen.

Anden nunca había visto en persona al antiguo cuerno de Montaña. La mayor parte del tiempo en que Nau había sido el jefe militar del clan enemigo había transcurrido mientras Anden vivía en Espenia y, más tarde, mientras estaba ocupado en la escuela de medicina. Pero conocía la reputación de Nau: un peligroso asesino con un escalofriante nivel de Percepción, en el que Ayt Mada confiaba siempre que tenía que susurrar nombres. Aunque el anciano del pasillo se había retirado de su puesto hacía años y no tenía un físico

imponente, Anden tragó saliva y se tocó la frente mientras sujetaba la puerta abierta.

—Nau-jen… —saludó.

Nau entró en el apartamento sin decir palabra y sin apenas dirigir una mirada a Anden. Se agachó junto al sofá; Ayt Mada, ya despierta, intentó incorporarse. El antiguo cuerno le puso una mano en la frente con amabilidad, como si fuera una niña con fiebre.

—Hola, viejo amigo —dijo Ayt con una sonrisa triste—. Otra vez vienes a sacarme las castañas del fuego.

—Kaul Shae es quien ha venido a buscarme —reconoció Nau a regañadientes—. De otro modo habría creído que estabas debajo de esa pila de escombros. Eso es lo que dice la gente, incluidos los Koben.

Ayt echó una ojeada más allá del antiguo cuerno y miró a Shae con una expresión que, en opinión de Anden, no era exactamente de agradecimiento, sino de aceptación divertida.

—Qué decepcionados van a estar algunos —dijo Ayt, incluyendo implícitamente a los dos clanes en el comentario.

Nau tocó el grueso vendaje del cuello.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—La hija de Ven —explicó Ayt con amargura—. Disfrazada de secretaria y atacando en el momento justo.

Nau siseó entre dientes.

—Mada. —Suspiró—. ¿Te acuerdas de que te dije que no dejaras vivo a nadie de esa familia? Los dos nos hacemos viejos, y nuestros enemigos todavía son jóvenes.

—Al menos tú te has jubilado, Suen-jen —dijo Ayt, con un tono desenfadado que Anden jamás habría esperado oírle. Ayt se quitó el catéter, puso los pies en el suelo e intentó levantarse del sofá. Se tambaleó y estuvo a punto de caer. Nau la sujetó por los hombros y sostuvo el peso. Ayt se apoyó en él; tenía la cara empapada de sudor. El cuerno la cogió en brazos y su cara arrugada se tensó por un momento, pero su Fuerza seguía siendo más que suficiente para soportar la carga. Ayt rodeó el cuello de Nau con sus brazos adornados con jade y le apoyó la cabeza en el hombro, jadeando—. Llévame a casa —murmuró.

Anden y Shae se echaron a un lado cuando Nau fue hacia la puerta. Antes de que llegara, Anden salió de su estupor.

—Espera —dijo. Cogió una bolsa de plástico de la cocina, la llenó de vendas y añadió un frasco de antibióticos. Sonó el teléfono. Shae descolgó.

Anden le dio la bolsa a Nau, que se la colgó torpemente de la muñeca mientras cargaba con Ayt.

—Cámbiale las vendas cada cuatro horas, y dale dos pastillas al día. —Cruzó una mirada con Nau—. Tu pedestal necesita una transfusión, y eso hay que hacerlo en un hospital. Al menos, que un médico huesos verdes la atienda y vigile su estado.

Nau no apartó los ojos de la cara de Anden.

—Que el resplandor de los dioses te ilumine por lo que has hecho, doctor Emery Anden —dijo—. A pesar de que sé que nunca has estado menos dispuesto a salvar una vida.

En ese momento, el aura de jade de Shae palpitó con una emoción tan fuerte que los dos hombres se volvieron hacia ella. El teléfono se cayó de la mano de Shae y se quedó colgando del cable cuando ella se apoyó en el borde de la encimera de la cocina. Anden creyó que se le iba a parar el corazón. Aquel segundo pareció durar una eternidad.

Shae lo miró con los ojos húmedos y llenos de alivio.

—Los han encontrado —jadeó—. Están vivos.

Anden miró hacia el televisor. Lo tenían encendido, aunque sin sonido, pero la pantalla había dejado de reponer el mismo metraje. Ahora mostraba una ambulancia a la que transportaban dos camillas. La cámara estaba demasiado lejos para que pudieran distinguir caras y detalles, pero en la línea de texto de la parte de debajo se leía: «El pedestal y el confirmador del clan Sin Cumbre, encontrados con vida».

Anden sintió que se mareaba. Le temblaron las rodillas y apoyó una mano en el respaldo del sofá. Jamás se había considerado especialmente religioso, pero en aquel momento susurró con devoción.

—Yatto, Padre de Todos; Anciano Tío Jenshu y todos los dioses del Cielo: gracias.

Como aún portaba el jade, se dio cuenta de la tensión que cargó la sala un instante después. Nau Suen también miraba el televisor. Su aura de jade, normalmente ilegible, se oscureció y se ensanchó en la Percepción de Anden.

En el instante en que Shae dijo «Están vivos», todo cambió.

Para Kekon, la pérdida simultánea de los pedestales de los dos clanes principales sería una crisis nacional demasiado grande. Shae había salvado la vida de Ayt al temer que, sin ella, se podría desestabilizar todo el país. Sin embargo, si Kaul Hilo había sobrevivido, seguía siendo el pedestal de Sin Cumbre. No cabía duda de lo que esperaría que hicieran Anden y Shae si tenían a Ayt Mada indefensa a su merced. Si Ayt moría en aquel momento, Montaña se hundiría en el caos, mientras que Sin Cumbre permanecía intacto. Los Kaul ganarían.

Lentamente, Nau dirigió su mirada impasible a Anden, que estaba entre la puerta y él. El antiguo cuerno de Montaña había sido un

hombre temido, pero ni siquiera en su plenitud era un guerrero físicamente intimidante; vencía a base de inteligencia y habilidad. Nau era ahora un anciano, y Ayt, a causa de las heridas, estaba demasiado débil para caminar; que luchara era impensable. Shae y Anden eran más jóvenes y fuertes que los otros dos huesos verdes.

Y Anden portaba todo su jade.

Sintió como un cuchillo la Percepción de Nau recorriéndolo, calibrando sus intenciones sin bajar la guardia. El anciano estaba preparado para luchar, para morir defendiendo a su pedestal y llevarse por delante al menos a uno de los Kaul. En el edificio de la AJK no había habido nadie dispuesto a hacer lo mismo, ni siquiera el difunto Koben Yiro.

Anden se quedó inmóvil ante la mujer que había sido enemiga de su familia durante veinte años. Podía hacerlo. Estaba cansado, pero tenía Fuerza suficiente para descargar un golpe letal o Canalizar mortalmente.

—Anden —susurró Shae con apremio. Él no la miró.

Nau movió a Ayt en sus brazos, preparado para dejarla en el suelo. Pero el pedestal de Montaña bajó los pies y se sostuvo con sus propias fuerzas, apoyada en el hombro de su antiguo cuerno, pero completamente erguida. Echó un vistazo a las noticias y comentó con humor amargo:

—He perdido la cuenta de las veces que me he preguntado por qué Kaul Hilo no había muerto aún, y parece que mi destino es seguir preguntándomelo. —Tenía la frente sudorosa, pero su expresión mostraba una tranquilidad férrea cuando miró a Anden—. Toma tu decisión, doctor Emery.

Anden podía Percibir cada latido dentro de la sala, los propios por encima de todo. Le creció la presión en el pecho mientras la energía del jade se comprimía. Se había jurado que jamás volvería a usar el jade para quitar vidas. Pero nunca se habría podido imaginar aquel momento.

Estaba dispuesto a sacrificar voluntariamente su vida profesional en la medicina si ello significaba que Montaña no podría hacer daño nunca jamás a nadie que le importara. Si mataba a la mujer a la que había intentado salvar con tanto esfuerzo todo el día anterior, ¿conseguiría ese objetivo? Si podía terminar para siempre con la guerra entre clanes, ¿cuántas vidas salvaría en el futuro? ¿Valía la pena quebrantar su juramento? ¿Lan querría que lo hiciera?

Pasaron unos segundos antinaturalmente largos. Anden cerró los puños a sus costados. Sin apartar los ojos de Ayt y Nau, se apartó del paso y abrió la puerta. Nau Suen parpadeó y su cara se contrajo.

Cambió de postura para sostener a su pedestal, y los dos cruzaron el umbral, recorrieron el pasillo y desaparecieron. Anden los miró marcharse y siguió en la entrada hasta que dejó de Percibirlos.

—¿He elegido mal? —susurró para sí.

Shae se dejó caer contra la pared.

—No tengo ni idea.

Capítulo 29

Despertares bruscos

TRASLADARON a toda prisa a Kaul Hilo y Woon Papi al Hospital General de Yanlún, donde estuvieron ingresados más de dos semanas, vigilados ininterrumpidamente por los puños del clan. Hilo sufría conmoción cerebral; tenía un omóplato fracturado y se le había desgarrado el bazo, al margen de las quemaduras y contusiones. Woon tenía varias costillas y la pelvis fracturadas, y había perdido la audición en un oído. Cuando los encontraron y los sacaron de entre los escombros, los dos estaban gravemente deshidratados. Que hubieran sobrevivido cuando en el edificio habían muerto tantos otros, incluidos otros líderes huesos verdes bien cargados de jade, les pareció a muchos un milagro y una señal de la protección de los dioses.

Cuando estuvo bastante lúcido para mantener una conversación, Hilo explicó que no había milagro alguno. Años antes había pedido al exángel de la Marina Jim Sunto que les enseñara, a él y a todos los principales huesos verdes de Sin Cumbre, las técnicas del SICBEJ espenio para protegerse contra los artefactos explosivos improvisados. Las técnicas de Acero tradicionales se concentraban en los huesos y en la superficie del cuerpo, para protegerse contra golpes y armas con filo. Sin embargo, el efecto más letal de una explosión cercana era la sobrepresión en los órganos vitales, sobre todo los pulmones, los intestinos, los ojos y los oídos. En el instante en que se dio cuenta de lo que estaba pasando, se Aceró a la desesperada, concentrando toda la energía del jade hacia dentro, hacia la cabeza y el torso, protegiendo en primer lugar las partes del cuerpo sensibles a la presión, y después emitió esa energía hacia fuera para protegerse

contra el impacto cuando la onda expansiva lo hizo salir volando como, según sus propias palabras, «un gato arrojado a un puto tifón». Woon también había asistido a las sesiones de entrenamiento de Jim Sunto, y aunque tenía menos habilidad con el Acero que el pedestal, estaba en el pasillo y más lejos de la explosión; sus heridas habían sido consecuencia de que el edificio se le derrumbara encima.

Shae llevó a su hija a la habitación del hospital donde estaba su marido. Woon estaba aturdido a causa de los calmantes, pero se le enterneció la mirada por el alivio y la felicidad de verlas.

—Cuando estaba atrapado a oscuras, no dejaba de pensar en que quizá no volviera a veros a Tia ni a ti —le dijo a Shae—. Sabía que Hilo-jen estaba vivo porque podía Percibirlo en algún lugar cercano, así que no perdí la esperanza, pero fue una sensación terrible.

A Shae se le cortó la respiración cuando vio las heridas de su marido.

—Me siento como si todo lo malo que te ha pasado en tu vida fuera culpa mía. —Se preguntó, no por primera vez, si tendría la maldición de arrastrar al desastre a cualquiera que se le acercara mucho.

Woon negó con la cabeza y le cogió la mano.

—He sido asistente del pedestal, sombra del hombre del tiempo y confirmador, así que mi puesto siempre ha estado detrás de algún otro. La verdad es que es donde siempre me he sentido más útil. Agradezco a los dioses que siempre me hayan puesto exactamente donde necesitaba estar. Cualquier otro día habrías estado tú en esa sala.

Shae le colocó en los brazos a Tia, que se agitó, pero no se despertó. Hasta el momento estaba siendo un bebé tranquilo, tanto que quizá se hubieran preocupado un poco las familias de huesos verdes más supersticiosas.

—Come bien y gana peso —dijo Shae—, pero no llora mucho.

—Eso es bueno —dijo Woon, acunando a su hija—. La familia Kaul ya tiene suficientes guerreros de sangre espesa. Me encantará que tenga algo de mi personalidad, ya que por lo demás se te parece mucho.

Shae se sentó al lado de Woon, llena de un agradecimiento intenso y vagamente nervioso, hasta que él se quedó dormido. Después dio de mamar a Tia y le cambió los pañales, y recorrió por el pasillo la corta distancia hasta la habitación de su hermano.

Días después de que lo hubieran sacado de los escombros, Hilo seguía teniendo un aspecto espantoso, con casi todo el cuerpo cubierto de vendajes, pero estaba sentado en la cama comiendo puré de fruta y

charlando animadamente con Niko, Ru y Jaya.

—Al menos sigo teniendo buena cara. No os gustaría que papá pareciera un algul, ¿verdad? No os preocupéis; pronto volveré a casa. Acordaos de ayudar a mamá y no le deis problemas mientras yo esté aquí. —Los niños asintieron solemnemente, y Jaya abrazó con fuerza a su padre por el cuello. Hilo se encogió por el impacto y le aflojó el abrazo con suavidad—. Bueno, ya habéis faltado bastante a la escuela por esta semana. Lott-jen os llevará. —Sus hijos se marcharon rodeados de guardaespaldas, pero Wen se quedó en la silla, a su lado. Juen Nu entró y cerró la puerta.

Con los niños fuera de la habitación, Hilo abandonó su fachada y miró a Shae.

—Sigo sin creerme que hayas salvado a Ayt. —Había corrido la voz de que Ayt Mada había reaparecido en su residencia de la Meseta y se había encerrado mientras se recuperaba rodeada de sus leales, incluidos Nau Suen e Iwe Kalundo, el hombre del tiempo—. La vi con el cuchillo clavado en el cuello —exclamó Hilo, alzando la voz—. Y precisamente tú, Shae. Lo único que tenías que hacer era largarte y dejarla ahí, joder.

Aún acunando a Tia, Shae ocupó la otra silla de la habitación, al otro lado de la cama de Hilo y frente a Wen.

—Creía que habías muerto —dijo sin inmutarse ante la ira de Hilo—. Junto con docenas de líderes huesos verdes y funcionarios. Si Ayt moría también, el país se habría sumido en el caos.

—Ya está bastante cerca ahora mismo —gruñó Juen.

El cuerno tenía aspecto de llevar días sin ducharse ni afeitarse. En cuanto encontraron a Hilo y a Woon, volvió su atención a la violencia de los insurrectos. En los momentos inmediatamente posteriores al ataque, con los líderes de los clanes desaparecidos y tantos huesos verdes ocupados excavando entre los escombros en busca de supervivientes, varias células de extremistas armados vagamente coordinadas habían respondido a la llamada a la rebelión del Movimiento por un Futuro Sin Clanes, y habían tomado las calles.

El Consejo Real, temeroso de que todos los pedestales huesos verdes hubieran muerto y los clanes estuvieran en desbandada, había desplegado en Yanlún tres mil efectivos militares, incluida la Compañía Araña Dorada, equipada con jade.

—Odio tener que reconocerlo —dijo Juen—, pero tenemos suerte de que el gobierno haya desplegado a los soldados en la ciudad; eso nos ha dado tiempo para reorganizarnos. Nadie esperaba que el MFSC estuviera tan bien armado. Sospechábamos que recibían apoyo del extranjero, pero no hasta ese extremo.

—Al menos el dinero y los recursos que le dimos al general Ronu han servido para algo. —Hilo frunció el ceño y recostó la cabeza en la almohada un momento, claramente cansado simplemente por estar despierto y hacer cosas sencillas—. Esto es aún peor que cuando estuve aquí después de que Gont Asch me diera una paliza. Al menos aquella vez, cuando me desperté en el hospital, recibí buenas noticias.

—Todo el mundo sospecha que Ygutan está implicado —dijo Shae—. La base naval de Euman está en alerta máxima, lo que indica que la República de Espenia también lo cree.

Hilo hizo una mueca y cerró los ojos.

—Recibí una nota durante la reunión de la AJK, avisándome de que me marchara. No hay nada que indique quién la mandó, pero sospecho que fueron los espenios.

—¿Por qué no hiciste caso? —dijo Wen, apretándole la mano.

—En el momento en que me puse en pie, todos los presentes supieron que algo iba mal. Mandé por delante a Woon y me inventé una excusa sobre una emergencia familiar. Pensaba que la amenaza procedía del interior, que quizá tuviera algo que ver Ayt Mada. —Abrió los ojos de nuevo. Brillaban de furia—. Si los espenios mandaron esa nota, sabían lo de la bomba. Podrían haber salvado a todo el mundo, pero no lo hicieron.

Juen escupió una maldición.

—Esos perros de dos caras querían que los anarquistas empezaran una rebelión. Eso les daría la excusa perfecta para tomar el control de Kekon mandando a sus tropas para restaurar el orden.

—Estoy segura de que estaban preparados para eso —dijo Shae pensativa—, pero no creo que fuera su objetivo. Teniendo en cuenta los conflictos sobre la base naval, las exportaciones de jade y la minería marina, no es sorprendente que los espenios no tengan demasiado cariño a los clanes, y menos a Montaña. Pero si avisaron a Hilo, querían mantenerlo con vida; a él y al clan Sin Cumbre. —Se cambió a Tia al otro brazo y la apretó contra sí—. Recordad que los espenios prefieren resolver los problemas con dinero antes que con violencia. Si pueden elegir, preferirán controlar Kekon sin arriesgar la vida de sus soldados. Si el único clan superviviente estuviera en deuda con ellos y dependiera de su apoyo, podrían presionarnos para ceder en los asuntos que quieren que se resuelvan a su favor.

Hilo gruñó mostrando los dientes.

—Aparte de Woon, vosotros tres y yo mismo, nadie sabe que recibí esa maldita nota. No les debemos una mierda. —Se tiró de una venda del pecho; le habían retirado provisionalmente parte del jade y su aura aparecía extrañamente áspera e irregular. Siguió tocándose los

puntos desnudos donde faltaba jade, como quien busca compulsivamente una extremidad amputada.

—Todos desearíamos que Ayt hubiera muerto —Wen le cogió la mano e impidió que se quitara las vendas—. Pero el hombre del tiempo tiene razón: ahora mismo, con dos clanes grandes, es menos probable que puedan controlar, manipular o desestabilizar país.

—Que les den a esos extranjeros intrigantes y egoístas con un palo bien gordo —gruñó Hilo—, pero más adelante. Primero tenemos que arreglar nuestro desastre. Los fanáticos desclanados tenían tantas ganas de hacer la revolución que dejaron que se les colaran los extranjeros en el movimiento. Ahora están jodidos. El gobierno, la prensa y el público nos piden que corra la sangre.

Juen asintió mientras paseaba de un lado a otro al pie de la cama.

—Ayer solo hubo dos ataques. Lo que más necesitaban los anarquistas era mataros a Ayt y a ti, y descubrir que los dos estáis vivos ha sido un golpe terrible. Algunos ya han renunciado e intentan desaparecer. Cuando recuperemos el control de las calles, necesitaremos actuar deprisa para barrer todo lo que podamos de su organización antes de que vuelvan a pasar a la clandestinidad. —El cuerno detuvo su paseo y se volvió hacia el pedestal con una expresión de vergüenza y remordimiento—. Antes no tratamos a los desclanados como una amenaza seria. Nadie consideró que lo fueran. He estado hablando con Aben Soro para coordinar nuestras acciones contra ellos. No me parece que sea un hombre de Ayt de la misma forma en que lo fueron Nau y Gont. Podemos trabajar con él.

—Implicad también a los clanes menores, a cualquiera que aún sea capaz de funcionar. —Hilo se tomó un momento para recuperar el aliento y hacer acopio de energía. Señaló el vaso de agua y la caja de calmantes que había en la mesilla. Wen se los pasó—. No me puedo creer que vaya a decir esto, pero traed unos cuantos periodistas. Los Koben ya han hecho una declaración, y no dejo de ver a la viuda de Koben Yiro llorando en la tele y pintando a ese bocazas como un mártir. Cuanto antes vea la gente que no estoy muerto ni en coma, mejor.

—¿Qué vas a decir? —preguntó Shae con cierta aprensión.

—Solo lo que va a descubrir pronto el Movimiento por un Futuro Sin Clanes. —Hilo se tragó dos pastillas y las empujó con agua—. Cualquiera que crea que se puede librar de nosotros se merece lo que le pase. Los clanes son la columna vertebral del país. No nos vamos a ninguna puta parte.

Vastik eya Molovni despertó aplastado por el puño del síndrome de abstinencia del jade y el shine, no en una celda de hormigón como

esperaba, sino en una habitación estéril con luces tan intensas que le hacían daño en los ojos y en la magullada cabeza. Estaba atado a una camilla y había dos hombres a su lado.

—Bienvenido de vuelta, señor Molovni —dijo uno. Un intérprete, situado fuera de su ángulo de visión, repitió las palabras en ygutano —. Ahora que está despierto, tenemos que hacerle unas cuantas preguntas sobre el programa nekolva.

—Que os den, cerdos espenios —dijo Molovni, con la lengua seca y pesada en la boca. Estaba ahí por culpa de aquel gusano, el tío de la cara deformada. Ojalá hubiera roto el cuello de esa rata y se hubiera suicidado a continuación, siguiendo su entrenamiento. También lo habían entrenado para resistir un interrogatorio—. No vais a sacarme nada —gruñó—. Mis superiores nunca me revelarían secretos militares importantes que pudieran dañar a Ygutan en caso de que cediera bajo tortura. —A pesar de su valiente desafío, empezó a tener sudores fríos y se le aceleró el pulso.

—Tienes una idea incorrecta —dijo el otro captor—. Las fuerzas militares de la República de Espenia tienen normas contra la tortura. Es bárbara y poco fiable, comparada con las herramientas farmacéuticas de que disponemos. Al fin y al cabo, fueron nuestros laboratorios los que crearon el SN1 del que dependes. —Una aguja se clavó en el brazo del agente nekolva—. Tu cuerpo estará perfectamente, pero con el estímulo adecuado, tu mente se abrirá como un melón maduro. Tendrás muchas cosas que decir. El proceso lleva su tiempo, pero tiempo es lo que nos sobra.

INTERLUDIO SEGUNDO

Una montaña

SEGÚN afirma el despacho de admisiones, fundaron la escuela del templo Wie Lon hace seiscientos años tres maestros huesos verdes, uno de ellos descendiente del legendario héroe Baijen. En aquella época no había grandes clanes como los que tiene el país en la actualidad; solo numerosos clanes familiares pequeños esparcidos por toda la isla, que se guardaban su jade y sus métodos de combate y que protegían a su comunidad. Los visionarios maestros fundadores establecieron Wie Lon para producir los guerreros más hábiles y disciplinados de la isla y, a la vez, instruirlos en las artes, las ciencias y las tradiciones de la fe deísta. Erigieron su institución en la región interior montañosa de Kekon, donde los estudiantes podrían entrenar cerca de la naturaleza y de los dioses, apartados de las preocupaciones de la gente corriente. Los aspirantes a pupilos debían caminar durante tres días para llegar a las puertas, pero la escuela aceptaba como estudiante a cualquiera que superara las pruebas de acceso, independientemente de a qué reino, clan o familia perteneciera.

Wie Lon atrajo alumnos de las familias de huesos verdes de toda la isla, así como maestros de renombre que acudían para aprender de sus homólogos y refinar sus habilidades, con el fin de transmitírselas a la siguiente generación de adeptos. En los siglos siguientes, los guerreros huesos verdes se fueron convirtiendo en una clase social cada vez más destacada e influyente; sus miembros estaban unidos por los métodos de entrenamiento comunes y por contactos que podían rastrearse en su mayor parte hasta la escuela del templo Wie Lon original. En la actualidad, Kekon se jactaba de tener más de una docena de escuelas de artes marciales, pero aunque la academia Kaul Dushuron,

establecida más recientemente, rivalizaba en tamaño y prestigio con Wie Lon, la mística histórica del nombre «Wie Lon» no tenía igual.

El campus actual de la escuela, situado a sesenta y cinco kilómetros al oeste de Yanlún, se estableció después de la guerra de las Naciones al combinarse tres sedes de entrenamiento secretas que operaron durante la ocupación extranjera de Kekon, después de que los soldados shotarianos hicieran arder hasta los cimientos la escuela del templo Wie Lon original. Durante la destrucción, casi un centenar de maestros y novicios que intentaron defender la escuela resultaron capturados, despojados del jade, encarcelados, torturados y ejecutados.

Entre los que escaparon de la purga había un estudiante de dieciséis años llamado Ayt Yugontin, que guio a un grupo de estudiantes huyendo del asalto y los llevó al bosque, donde se ocultaron del enemigo mientras su escuela ardía toda la noche y arrojaba al cielo nubes de humo negro. A la mañana siguiente se introdujeron en la espesura para ocultarse de los shotarianos que los buscaban, hasta que se tropezaron con unos exploradores de la célula de resistencia local de la Sociedad de la Montaña. Ayt Yu, a quien más tarde se lo conocería como la Lanza de Kekon, se interpuso defensivamente ante el grupo de niños agotados y deshechos en llanto, y exigió conocer el nombre del clan y el del líder del grupo de exploradores.

—Me llamo Kaul Seningtun —respondió el explorador—, y el nombre de mi clan no importa ya. Todos los huesos verdes de estas montañas somos hermanos.

Capítulo 30

El Kiku Malo

Año decimonoveno, tercer mes

DAUK Losunyin falleció a los setenta y seis años a consecuencia de un fallo cardíaco. Dejó atrás a su esposa, cuatro hijos adultos, seis nietos y el cargo extraoficial de pedestal de Trampasur, que tanto tiempo ocupó. Anden e Hilo se desplazaron a Puerto Massy para asistir al entierro y presentar sus respetos como aliados de la familia Dauk y la comunidad kekoespenia de huesos verdes. En el largo vuelo, Hilo vio una película, bebió una copa de hoji y se quedó dormido. Anden intentó seguir el ejemplo de su primo, pero no conseguía concentrarse para leer ni calmar su mente lo bastante para dormir. Le costaba creer que Dauk ya no estuviera. No parecía haber pasado tanto tiempo desde que se sentaba a su mesa y comía los platos caseros de Sana con Cory y Rohn Toro.

La tristeza de Anden estaba mezclada con preocupación. No había clanes en Espenia; la gente llamaba pedestal a Dauk por simple respeto a su influencia personal. Al no existir una organización formal ni un plan de sucesión, su muerte no solo cambiaría quién dominaba entre los huesos verdes de Espenia, sino muy posiblemente, la propia naturaleza de la comunidad kekoespenia, de formas que afectarían al clan Sin Cumbre con toda seguridad.

El entierro tuvo lugar en una mañana de invierno excepcionalmente luminosa. La hierba quebradiza y cubierta de escarcha crujía bajo los zapatos de Anden, y su aliento se condensaba en nubes de vapor a la luz del sol. En el paisaje de fondo de la bahía de Witting, las severas líneas negras del puente del Ojo de Hierro cortaban el cielo blanquecino. Con arreglo a los deseos de Dauk, el funeral siguió la tradición kekonesa, con algunas modificaciones y añadidos acordes a las costumbres espenias. En Puerto Massy no había penitentes deístas de un rango bastante alto para ordenarse Eruditos, pero tres penitentes laicos del templo de la comunidad local, con sombreros y pañuelos verdes, dirigieron a los asistentes en la recitación de los salmos adecuados para guiar al espíritu de Dauk en el más allá, a la espera del Retorno. Después se entonaron endechas espenias y tomaron la palabra los asistentes; muchos contaron

anécdotas sobre el carácter del pedestal y las ocasiones en que los había ayudado en algún momento de necesidad. Anden pronunció un discurso bilingüe que comenzó de forma personal, recordando la calurosa y generosa bienvenida a la comunidad que le había dado Dauk cuando llegó por primera vez, cuando era estudiante, pero terminó en un tono más formal, transmitiendo los saludos y las condolencias de la familia Kaul.

—Buen discurso, Andy —le dijo Hilo cuando acabó.

Anden se quedó junto a su primo e hizo las presentaciones cuando los asistentes se acercaron a conocer al pedestal de Sin Cumbre, saludándolo o estrechándole la mano con admiración y curiosidad nerviosas para luego retirarse para observar desde lejos, como si fuera una celebridad mediática de incógnito. Hilo aceptó los respetos, pero mantuvo la seriedad apropiada a la situación y se quedó apartado para no distraer la atención de la familia doliente. Con su jade oculto bajo el traje y la corbata negros y el largo abrigo negro de lana, podría haber pasado por un pariente lejano. El sobre blanco que colocó en la bandeja de donativos, junto al ataúd, estaba estampillado con la insignia del clan Sin Cumbre, y su contenido cubriría todos los gastos de las exequias.

Tras dar sepultura a Dauk se celebró una recepción en el centro comunitario kekonés, donde el pedestal de Trampasur había presidido durante decenios el reñidero. Hacía años que Anden no pisaba aquel lugar, pero quedó impresionado por lo poco que había cambiado, a pesar de que lo hubieran decorado para aquel acontecimiento. Las paredes estaban cubiertas de telas blancas y las mesas que normalmente rodeaban la zona de combate se habían alineado, cubierto con manteles y adornado con jarrones de azaleas blancas. Las maltrechas estanterías y los apelmazados sillones que normalmente ocupaban la zona común se habían llevado a los rincones y ocultado de la vista con biombos pintados. Velas de incienso encendidas y bandejas de fruta abarrotaban el espacio frente al pequeño santuario deísta.

—Ah, echo de menos este viejo barrio —se lamentó el señor Hian, que se había trasladado a las afueras con su hijo más joven—. Donde vivo ahora no hay periódicos kekoneses en la biblioteca, y las tiendas de alimentación son demasiado grandes. —Se sentó con Anden y pasó más de una hora recordando, a veces de forma algo dispersa, pues la memoria había empezado a fallarle al llegar a la vejez. A Anden no le importó; sabía que quizá fuera su última oportunidad de pasar tiempo con el anciano.

Cory Dauk se acercó a dar las gracias a Anden por su discurso.

—Habría significado mucho para mi padre. Sabes lo orgulloso que estuvo siempre de ser un huesos verdes de la vieja patria.

—Lo único de lo que estaba más orgulloso era de sus nietos, creo.

Anden nunca había dejado de encontrar sus interacciones con su antiguo novio teñidas de cierta nostalgia y algo de incomodidad, pero había pasado tiempo suficiente para que ambos pudieran mantener conversaciones amigables. Cory estaba casado, y tenía un querubín de dos años y una hija en camino. Había engordado un poco, pero seguía estando en buena forma gracias a las salidas en bicicleta los fines de semana, y reconocía alegremente que se había dejado la barba para parecer más intimidante cuando argumentaba ante un juez. Su esposa era una kekoespenia de segunda generación que trabajaba como asistente social y era seis años menor que él. Se habían conocido en un tribunal durante uno de los casos de Cory. Parecían felices juntos.

Las hermanas de Cory también estaban allí, por supuesto. Aunque Anden no había olvidado la manera tan fría en que Kelly Dauk había rechazado la oferta de amistad de la familia, la saludó con cortesía y le presentó a Hilo, que actuó como si aquella falta de respeto no hubiera existido.

—Señora Dauk —dijo amistosamente—, su madre me ha dicho que ha empezado hace poco en un trabajo nuevo. —A la hermana mayor de Cory la habían sacado del Ministerio de Industria para que presidiera el comité anticorrupción, cuyo propósito era investigar y erradicar el tráfico de influencias y los lazos políticos con el crimen organizado.

—No se me permite hablar de mi trabajo, señor Kaul —respondió—. Ni siquiera con mi familia y mis amigos, mucho menos con un jefe de clan kekonés. —Hizo una rápida ronda de cortesía y abandonó la recepción poco después.

Hilo no pareció ofendido, pero Cory se disculpó por el comportamiento de su hermana.

—Kelly trabaja para el gobierno, al fin y al cabo —les recordó con un suspiro—. No quiere que la vean asociada con huesos verdes.

Y, de hecho, había muchos huesos verdes en la reunión. La sala empezaba a estar tan abarrotada que Anden casi no se podía mover. Parecía como si la mitad de la población kekonesa de la ciudad estuviera allí. Reconoció a Tod, a Sammy y a unos cuantos más, pero había muchos jóvenes de Trampasur que no conocía, y algunos que habían llegado de otras partes del país.

Cuando había transcurrido una hora desde el comienzo de la recepción, una limusina plateada se detuvo frente al edificio. Jon Remi se apeó con tres de sus hombres, todos vestidos con chaquetas

de colores claros, zapatos relucientes y grandes gafas de sol, como gánsteres sureños típicos. Su entrada hizo volverse las cabezas. Anden sintió que se le subía la bilis a la garganta. La ordinariez insolente de Remi, que Anden recordaba demasiado bien desde aquella noche en el club Oliva Azul, parecía haber crecido ahora que nadaba en la abundancia. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, apartado de la cara bronceada y acentuando el ceño marcado y los labios oscuros, torcidos en una mueca de desdén.

Los jefes de bandas y los capos de la droga tomascianos de Resville llamaban a Jon Remi «el Kiku Malo», un título que él aceptaba de buen grado. Tras usar el jade y el dinero de Sin Cumbre para echar a Montaña de la ciudad, Remi se había forjado su pequeño imperio. Se había hecho cargo hacía años del gimnasio de su tío y se había convertido en una figura clave de las apuestas que acompañaban a la industria clandestina de los deportes de jade de la ciudad. Además de traficar con shine y mujeres, se había expandido a otros negocios habitualmente controlados por las bandas, incluidas la usura y la extorsión. Sus hombres eran famosos por su salvajismo; Remi los recompensaba con jade por asesinar a sus rivales.

En Puerto Massy se opinaba que el Kiku Malo era un buscalíos imprevisible y no tenía nada de huesos verdes. Incluso sin su sentido de Percepción, Anden podía sentir la incomodidad palpable que se extendía por la sala mientras cesaban las conversaciones y la gente se apartaba del paso de los hombres de Resville.

Remi se dirigió hacia Hilo. Cuando estuvo cerca, frenó el paso y se quitó las gafas de sol.

—Así que al fin nos dejó el viejo Dauk para ir al Cielo —dijo en espenio—, pero a cambio, el famoso Kaul Hiloshudon ha bajado a la tierra a visitarnos. —Remi se detuvo y estudió a Hilo de la forma en que un perro vigila a un desconocido que se acerca a la puerta: tenso, preparado para ladrar. Hilo le devolvió la mirada sin moverse, con tranquila expectación. Al cabo de unos segundos, Remi se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó levemente en saludo—. ¿Cómo dicen en la vieja patria? —Y añadió en kekonés, con marcado acento —: Que el resplandor de los dioses te ilumine, Kaul-jen.

Anden se puso al lado de Hilo.

—Hilo-jen, te presento a Remi Jonjunin, nuestro amigo de Resville. Disculpa su pobre kekonés y sus modales extraños. Estoy seguro de que solo está nervioso y no pretende faltar al respeto.

El Kiku Malo empezó a volverse hacia Anden con la expresión ensombrecida a causa del insulto. Anden deseó salvajemente que hiciera alguna estupidez. Le encantaría ver a Hilo poniendo a ese

gánster en su sitio o, mejor todavía, rompiéndole la mandíbula. Pero Hilo le puso una mano en el hombro como si fueran viejos amigos.

—Remi-jen, siento como si ya te conociera, de tantas cosas que he oído sobre tu reputación. Ve a dar el pésame a la esposa y los hijos de Dauk Losun, que los dioses lo reconozcan, y mañana hablaremos de negocios, en un momento más apropiado.

Tod apareció al lado.

—Le diré a Sana que has venido, Jon —dijo con jovialidad forzada—. ¿Qué quieres beber?

Remi pareció desconcertado durante un momento. Quizá se hubiera hecho una imagen mental de Kaul Hilo, después de tantos años oyendo que era uno de los hombres más peligrosos de Kekon, y ahora no estaba seguro de cómo responder a un encuentro benigno. Remi bufó y se encogió de hombros.

—Hoji —le dijo a Tod—, aunque odio ese menjunje. Pero en honor del viejo, ¿eh?

Se alejó sin dirigir otra mirada a Hilo ni a Anden. Sus hombres lo siguieron. En cuanto estuvieron fuera del alcance del oído y las conversaciones se reanudaron, Hilo se volvió hacia Anden con aspecto serio.

—¿Qué pasa contigo, Andy?

—Es un patán y un gánster, Hilo-jen —replicó Anden, acalorado—. Es evidente que está intentando provocarte, aquí en el funeral de Dauk-jen y delante de todos. No respeta nada.

—No dejes que se note cuánto odias a un hombre hasta que estés listo para ser su enemigo —lo reprendió Hilo—. Remi está lejos de su ciudad, donde se ha vuelto poderoso, y es de los que actúan como no deben para demostrar su aplomo. Pero aunque no sea buena persona, no olvides que hizo todo lo que quisimos contra Montaña.

De hecho, Jon Remi y su banda, los Cabezas de Serpiente, habían sido valiosísimos para Sin Cumbre. Después de muchos reveses, Montaña tuvo que renunciar a plantar el pie en Espenia. Iwe Kalundo, el hombre del tiempo de Ayt Mada, había redirigido las prioridades de expansión del clan hacia Shotar. Casi veinte años después de que Anden llegara por primera vez a Puerto Massy, Sin Cumbre era el único clan kekonés con un poder sustancial en la República de Espenia.

Sin embargo, el clan aún no había conseguido la seguridad jurídica que necesitaba para conservar sus negocios, y ahora, sin la influyente amistad de Dauk Losun, sería mucho más difícil conseguir nada en aquel país. Hilo observó a los huesos verdes de Resville; las chaquetas claras se distinguían con facilidad en la barra. Anden sintió que el

suave borde del aura de jade de Hilo se inflamaba un instante.

—Jon Remi es nuestro aliado mientras yo no diga lo contrario —dijo el pedestal con un trasfondo en sus palabras—. Que la cosa siga así depende de él. Veremos cómo va todo mañana.

—Aquí hace un frío de cojones —dijo Hilo cuando regresó a su habitación del hotel Crestwood. Se quitó la chaqueta y la corbata, se puso un jersey y subió la calefacción. Anden ya había oído a su primo quejarse otras veces de que el frío hacía que le doliera el hombro, y a veces también la muñeca. Los años de combates le habían pasado factura, incluso sin contar las heridas que sufrió en el atentado de Yanlún. La operación para remendarle el bazo y arreglarle el omóplato había estado seguida de meses de fisioterapia antes de que pudiera volver a entrenar. Cinco años después, el pedestal parecía completamente recuperado, un huesos verdes tan fuerte como siempre, pero Anden sabía que incluso los mejores sanadores y entrenadores tenían un límite a lo que podían conseguir. Los más cercanos a Hilo veían los momentos en que se movía sin su gracia habitual o se encogía a causa de algún dolor crónico.

—Voy a la tienda de regalos, a comprar unas cosillas para los compañeros de la clínica —dijo Anden. Era mentira, pero si Hilo lo Percibió, no dijo nada.

Anden bajó en el ascensor hasta la planta baja y usó una tarjeta prepago para hacer una llamada de larga distancia desde una cabina del vestíbulo.

—Me alegro de haberte pillado antes de que te fueras a trabajar —dijo cuando descolgaron al otro lado. En Yanlún acabaría de amanecer, pero Jirhuya era madrugador.

—No tengo prisa —dijo Jirhu—. Estoy esperando a que me llame el director para hablar del presupuesto. Así que estoy disfrutando el desayuno y luego me iré al gimnasio. —La creciente industria cinematográfica de Kekon, financiada por el clan Sin Cumbre, había proporcionado trabajo estable al artista durante varios años. Anden oyó de fondo el sonido de un grifo al cerrarse, y tras una pausa, un tono insinuante—: Qué pena que no estés aquí conmigo.

—Ya me gustaría —dijo Anden—. Tenemos que quedarnos un poco más para atender unos asuntos del clan. Estaré de vuelta el cuartodía. —No pudo oír la respuesta de Jirhu porque, en ese momento, un grupo grande pasó por el vestíbulo del hotel. Anden tuvo que taparse la otra oreja para cortar el escándalo de las conversaciones—. Perdona, hay mucho ruido. ¿Qué decías?

—¿Estarás bien? —Era lo único que preguntaba Jirhuya sobre las actividades de Anden en nombre del Sin Cumbre. Jirhu no sentía el

menor deseo de tener nada que ver con los clanes, más allá de lo inevitable en la vida cotidiana de Yanlún. Sabía que el mundo de Anden involucraba jade y dinero, política y derramamiento de sangre, a un nivel que ni siquiera podían comprender los kekoneses de a pie, y mucho menos un artista abukei. Su única preocupación en lo que se refería a los asuntos de los clanes era la seguridad de Anden.

Wen los había presentado diez meses antes.

—Anden —había dicho una noche después de cenar en la mansión Kaul, mientras recogía su plato vacío y lo atraía a la cocina—, ¿tienes libre la hora de la comida el próximo segundodía? Me gustaría que conocieras a un amigo mío. Es un artista de talento que trabaja en la industria del cine. Y también es guapo y está soltero. —Levantó una mano antes incluso de que él pudiera pensar qué responder—. Solo para que lo sepas, es abukei, pero no lo juzgues hasta que lo conozcas. Creo que os llevaríais bien. Lo organizaré de forma que no haya presión.

Anden se había quedado sin habla, a causa de la vergüenza, ante la idea de que Wen le buscara pareja. Personalmente, había tirado la toalla en cuanto a conocer a alguien apropiado. Su relación más reciente había durado solo unos pocos días, y su abanico de perspectivas era reducido. Lott Jin se había casado con una mujer a la que Anden no conocía, y se había divorciado tres años después. No parecía interesado en otra relación, y no era que Anden tuviera muchas esperanzas por ese lado. Había ido a reuniones sociales con los pocos amigos de su índole que había conocido en la escuela de medicina y en el trabajo, pero no le hacía gracia la posibilidad de que surgieran complicaciones profesionales. No había más médicos huesos verdes mestizos en todo Yanlún; Anden no habría podido ocultar quién era ni dónde se lo veía, ni aunque hubiera querido. Y la mayoría de los hombres con el desafortunado deseo por otros hombres prefería no arriesgarse al potencial escrutinio público que conllevaría asociarse con la familia Kaul.

—¿Cómo sabes que podrá estar interesado? —había preguntado Anden.

—Tú ven a comer —fue la respuesta de Wen.

Anden se había mostrado escéptico. No sentía ninguna atracción particular hacia los hombres abukei y jamás se había planteado salir con uno. Así que se sorprendió en aquel primer encuentro, y sintió un leve resentimiento ante la petulancia de Wen. Tenía los pómulos marcados, la piel suave y bronceada, y una complexión esbelta que hacía que cualquier ropa le quedara bien. Le sacaba partido y siempre se vestía con elegancia, incluso cuando solo iba a salir un momento.

Aunque no poseyera el físico de luchador que Anden había asociado siempre a la belleza masculina, de joven había practicado la natación y la escalada, y ahora seguía realizando esas actividades en el gimnasio. Jirhu poseía una sonrisa fácil y era cómodo hablar con él, porque se abría rápidamente sobre sí mismo y mostraba una curiosidad auténtica por los demás. En ese sentido le recordaba a Cory, pero Jirhu tenía una abundante vida interior llena de colores, ideas y sentimientos, que Anden no comprendía del todo, y estaba entregado a su vocación artística con más intensidad de lo que Cory se había entregado a nada. Tras unas pocas citas iniciales, Anden se asombró al descubrirse como el perseguidor: llamaba a Jirhu para invitarlo, le preparaba la cena, alquilaba películas…

Un chasquido en la línea le dijo a Anden que se estaba quedando sin saldo en la tarjeta prepago.

—Mañana tenemos una reunión, nada más. No hay nada de lo que preocuparse —le aseguró a su novio. Eso no era cierto; las reuniones podían decidir la vida o la muerte, la guerra o la paz, pero no era lo que estaba preguntando Jirhu. Charlaron un poco más. Después de colgar, Anden fue a la tienda de regalos y compró varias bolsas de caramelos ácidos y llaveros con la figura del Mástil. Se podría haber ahorrado esa pequeña molestia usando el teléfono de la habitación, pero aún no había hablado al pedestal de su novio. Aunque Hilo seguramente ya sabía de su relación, Anden no estaba seguro de cómo sacar adecuadamente el tema. Una habitación de hotel en una ciudad extranjera, después de un día difícil, no parecían ni el momento ni el lugar apropiados.

Al día siguiente, Dauk Sana hospedó una reunión en su casa. Aunque siempre habían vivido modestamente, los Dauk habían invertido en unos cuantos negocios kekoneses que habían prosperado con el apoyo del clan Sin Cumbre. Cory y sus hermanas tenían seguridad económica, así que los Dauk se habían vuelto razonablemente ricos en sus últimos años. En vez de buscar algo más pequeño al quedarse solos, habían construido una casa mucho más grande y elegante en la que podían celebrar reuniones y recibir a sus hijos y nietos. Técnicamente ya no estaban en Trampasur, pero no les hacía falta, pues estaban conquistando el barrio cada vez más espacios comerciales de alquiler oneroso, y la comunidad kekonesa se había ido esparciendo con los años; el viejo barrio kekonés seguía siendo Trampasur, pero habían surgido otros enclaves culturales igual de populosos en la isla de Jons, en Quince y en otros lugares.

La reunión tuvo lugar en torno a la larga mesa de caoba del comedor. Era muy distinto del espacio acogedor de la vieja casa azul

de los Daul que Anden recordaba. Se sirvió té y circularon los platos de picoteo, lo que dio a la reunión la atmósfera incongruente de un encuentro familiar a pesar de que había asistentes que nunca se habían visto y otros que se detestaban directamente. Dauk Sana, con un jersey blanco y la cara empolvada, ocupaba la cabecera; Cory, el único huesos verdes entre sus hijos, estaba sentado junto a ella.

Al lado de Cory estaba Etto Samishun, a quien Anden conoció como Sammy cuando eran jóvenes. Ahora la gente lo llamaba Etto-jen y lo consideraba el huesos verdes más hábil que quedaba en Trampasur. Sammy y otros protegidos de Rohn Toro eran los líderes de una red informal de varias docenas de huesos verdes que seguía protegiendo el barrio y se había mantenido fiel a Dauk Losun como pedestal hasta su muerte.

Otra cara familiar era la de Shun Todorho. Tod se había licenciado con honores como cabo de los Ángeles de la Marina y era un veterano de la guerra de Urtoko que luchaba contra la adicción a las drogas y la depresión tras dejar las fuerzas armadas; había perdido tres empleos y un matrimonio antes de que Dauk Losun interviniera y le diera trabajo en el reñidero con la condición de que fuera a rehabilitación y terapia. Desde entonces, Tod se había convertido en un deísta devoto, se había vuelto a casar y había empezado a portar de nuevo su propio jade y a enseñar a los huesos verdes jóvenes. Amigo cercano de los Dauk, dirigía el nuevo reñidero del barrio de Orslow, al sur de Puerto Massy, que se estaba convirtiendo en una ciudad importante por derecho propio y tenía una población creciente de nuevos y acomodados inmigrantes kekoneses.

Los demás asientos los ocupaban hombres a los que Anden no conocía bien, aunque Sana le había hablado de algunos: Migu Sun, un viejo amigo de Rohn Toro que era el portavoz de los huesos verdes kekoneses de Adamont Capita; Hasho Baku, un representante de Evenfield, ciudad situada a cinco horas de Puerto Massy, y, por supuesto, Remi Jon. Cada uno iba acompañado de dos o tres de sus hombres, que estaban de pie o sentados junto a la pared. En total había casi veinte personas en el comedor; todos habían viajado para acudir al funeral de Dauk Losun y para ver cómo se gestionarían los asuntos de los huesos verdes tras su fallecimiento.

Anden sentía curiosidad y aprensión. Sana siempre había sido la socia y consejera de su marido, en verdad su hombre del tiempo, pero ahora era una anciana. Anden no podía imaginarse a los hombres de la sala aceptando su autoridad. Cory era el hijo de Dauk, pero no era como su padre. Nacido en Espenia y de carácter apacible, su mayor utilidad para la comunidad era como abogado y como alguien en

apariencia legítimo y parte de la sociedad espenia en casi todos los sentidos. Los otros hombres que portaban jade sentados en torno a la mesa eran líderes reconocidos en sus propios territorios, pero ninguno tenía la reputación nacional de Dauk Losun. No era culpa de ellos; la población de huesos verdes kekoneses de Espenia no era la comunidad pequeña y concentrada en Trampasur que había sido cuando Dauk llegó al país sesenta años antes.

Todos los presentes tenían claro también que el clan Sin Cumbre tendría voz en el asunto. Kaul Hilo no llevaba traje y corbata negros ni mostraba la expresión sombría de la víspera. Estaba sentado relajadamente en la silla, con un brazo apoyado en la mesa, ocupando el espacio a su manera desenfadada habitual. Se veía brillar el jade por el cuello abierto de la camisa; más jade que ningún otro hombre de la sala, quizá más que todos los demás juntos. No dirigía la reunión ni ocupaba un lugar especial de la mesa, pero tampoco ocultaba que era el más rico y poderoso de los presentes. Anden estaba sentado a la derecha de su pedestal.

Sana empezó dando las gracias a todos por sus condolencias durante la semana anterior.

—Sé que mi marido observa complacido desde el más allá a todos los amigos que tiene. —Cory puso la mano en el brazo de su madre para reconfortarla, y su voz temblorosa se templó—. Os doy las gracias a todos los que habéis venido desde Evenfield, Adamont Capita y Resville, y especialmente desde Kekon. —Se volvió hacia Hilo y Anden—. Nuestra comunidad se siente honrada por que el mismísimo pedestal del clan Sin Cumbre haya acudido a lamentarse con nosotros, junto a nuestro querido amigo Anden.

—Jamás habría dejado de presentar mis últimos respetos a un amigo y compañero pedestal —dijo Hilo. Sana se secó los ojos y asintió en mudo agradecimiento; después se rehízo y continuó.

—Nuestra comunidad kekonesa y nuestras tradiciones huesos verdes eran lo más importante para Losun. Toda su vida hizo cuanto estuvo en su mano para protegerlas. Ahora que no está, tenemos que tomar algunas decisiones sobre nuestro futuro.

Sana miró a su hijo, que se irguió cuando todas las miradas se volvieron hacia él.

—Nadie puede estar a la altura de mi padre como pedestal —dijo Cory con naturalidad, sin intención de avergonzar ni ánimo de crítica—. Pero mi madre y yo, junto con Sammy y Tod, hemos estado hablando con tantos huesos verdes de la zona de Puerto Massy como hemos podido. Queremos que todos participéis en la decisión sobre qué dirección debe tomar nuestra comunidad en el futuro.

—Losun y yo —dijo Sana— comentábamos muchas veces nuestra esperanza de que los kekoneses pudiéramos conseguir las mismas cosas que cualquier otro nativo de este país; de que nuestros hijos y nietos pudieran dirigir negocios, o ser estrellas de cine, o diputados. Pero ¿cómo puede ocurrir eso mientras nos asocien con el jade, que sigue siendo incomprendido y tiene mala reputación en Espenia? —La viuda suspiró profundamente—. ¿Deberíamos renunciar a nuestra cultura, a nuestro derecho de nacimiento durante miles de años, y convertirnos en otros inmigrantes débiles como los tunis o los shotarianos? O, por el contrario, ¿deberíamos renunciar a la oportunidad de que nos acepten y tener influencia legítima? Ninguna de esas alternativas es buena. Tenemos que encontrar otra forma. Es lo que han estado intentando nuestros amigos de Sin Cumbre.

Miró a Hilo. Aquello no era Kekon, y aquellos huesos verdes no habían prestado juramento de lealtad, de modo que cuando Hilo pasó la mirada por la mesa no habló con la autoridad natural a la que Anden estaba acostumbrado, sino suavemente y con tono persuasivo.

—Muchos sabéis que Sin Cumbre ha estado intentando cambiar las leyes contra el jade de este país. Mi primo Anden nos consiguió la primera victoria cuando convenció a los médicos y los políticos espenios para que legalizaran su uso en medicina. En la actualidad hay médicos kekoneses que dirigen clínicas aquí mismo, en Puerto Massy. Andy, dinos cuántos.

—Hay sesenta clínicas con licencia para usar jade, y alrededor de doscientos médicos especializados en Espenia —dijo Anden—. Formé parte del comité de la Escuela de Medicina Bioenergética de Yanlún que redactó el borrador de los criterios internacionales de práctica que tienen que cumplir estas clínicas para recibir la certificación. La Asamblea Nacional ha aprobado un visado especial que permite a los médicos kekoneses ejercer su profesión en Espenia, y el año pasado se admitió a doce kekoespenios en la escuela de Yanlún, la cifra más grande de estudiantes internacionales que hemos tenido nunca.

—Lo que ha conseguido Andy es un gran paso —dijo Hilo—, pero aún no hemos llegado adonde queremos llegar. El clan ha estado trabajando con una empresa de relaciones públicas para cambiar la actitud de los espenios hacia el jade. Quizá hayáis visto algún anuncio. Parece que la manera más segura de hacer que ocurra algo en este país es echarlo por televisión. —Aquello arrancó risas alrededor de la mesa.

Rigly Hollin y sus socios de WBH Focus, armados con investigaciones de grupos de sondeo y estudios de actitudes, habían sacado anuncios a toda página en revistas, vallas publicitarias y

televisión que presentaban el jade bajo una luz positiva. Anden había visto uno en el vuelo de Air Espenia, en la revista de a bordo, cuando viajaban a Puerto Massy: una fotografía de un grupo de ángeles de la Marina que alzaban sus chapas de identificación de jade, con la frase «Apoya a nuestros guerreros de jade». Hilo hizo una mueca desdeñosa, pero nadie podía discutir la estrategia de Shae. Los espenios jamás aceptarían el jade a menos que creyeran que les era tan propio como a cualquiera en el mundo, incluidos los kekoneses.

—Si la sociedad acepta el jade, podremos vivir abiertamente como huesos verdes sin temer a la ley —dijo Sana—. En nuestras comunidades no habrá solo clínicas de medicina del jade, sino templos deístas como es debido y escuelas que enseñen las disciplinas del jade. Por supuesto, nunca será igual que en Kekon, pero sí mucho mejor que lo que es ahora. —Sana seguía teniendo una voz firme, pero no estaba acostumbrada a ser el centro de atención. Miró a los huesos verdes, unió las manos y apretó los labios—. Lo más importante es que no tendremos que elegir entre ser kekoneses o espenios. Podremos ser las dos cosas. Es un sueño que sé que Losun querría ver convertido en realidad.

Cory asintió y se enderezó en la silla.

—Por eso proponemos crear una organización nacional: la Asociación Kekonesa de Espenia. El objetivo es promover el entendimiento cultural y atender los asuntos que afectan a toda la comunidad kekoespenia. Ayudaremos a los nuevos inmigrantes, promocionaremos la cultura kekonesa y los lazos comerciales transamáricos, y presionaremos al gobierno para que derogue la prohibición del jade. —Se volvió hacia Hilo y Anden—. No será un clan. No habrá un pedestal. Pero serán huesos verdes que trabajan unidos para proteger nuestra comunidad, de modo que será similar en el aspecto más importante.

Dauk Losun debió de sentirse orgulloso de su hijo al final, pensó Anden. Cory no tenía el alma verde en el sentido kekonés tradicional, pero había encontrado su propia forma de tener éxito en el mundo de su padre. Cuando hablaba, irradiaba una confianza irresistible.

El abogado se puso más serio al volver a dirigirse a todos los reunidos.

—Sin embargo, si queremos tener la esperanza de alcanzar nuestras metas, necesitamos trabajar juntos para cambiar ciertas actitudes culturales y la forma en que el público ve a los kekoespenios. Si queremos que se anule la prohibición del jade, tendremos que demostrar que los huesos verdes son ciudadanos respetuosos de la ley en todos los demás aspectos. Lo que significa tomar medidas para

reducir las actividades ilegales. —Un silencio expectante cubrió la mesa—. Tomemos por ejemplo los reñideros. Antes de que falleciera mi padre hablamos de implantar nuevas reglas: no más peleas de gallos ni apuestas ilegales, y no más duelos de hoja limpia. Nada que pueda dar una excusa a la policía para hacer redadas en nuestras propiedades.

Un murmullo de incredulidad corrió entre los huesos verdes de fuera de la ciudad.

—¿De qué sirve tener reñideros sin esas cosas? —exclamó Hasho Baku, el líder huesos verdes de Evenfield—. La gente va a batirse en duelo, digas lo que digas. Simplemente pelearán en otros sitios y será más fácil que los atrapen.

—Los duelos mortales son el problema principal —dijo Cory—. La ley no reconoce las hojas limpias, así que si hay muertes o lesiones graves, nos exponemos al escrutinio público y a cargos penales. Podemos encontrar una manera de permitir a la gente que zanje cuestiones de honor de una forma más aceptable legalmente. Los reñideros pueden seguir siendo centros de vida social sin violencia.

—En conjunto hemos tenido éxito en mantener a las bandas a raya —intervino Sammy—. Tanto éxito, de hecho, que hay zonas del país donde las hemos expulsado. Pero en vez de conseguir que los barrios sean seguros para todos, los gánsteres kekoneses se han hecho cargo del tráfico de drogas, la prostitución, la extorsión y el crimen organizado. —Nadie miró directamente a Jon Remi, pero era evidente de quién hablaba Sammy—. Cada vez que se detiene o se encarcela a un kekonés por cometer un delito grave mientras porta jade, se refuerzan los estereotipos negativos. Como huesos verdes, tenemos que imponer criterios más estrictos sobre a quién entrenamos y permitimos que sea verde, y qué actividades no deberíamos tolerar.

Jon Remi soltó un bufido. El sonido fue lo bastante fuerte para que lo oyeran al otro extremo de la mesa.

—¿Y quién va a decir qué se permite y qué no? ¿Tú? —Volvió la mirada hacia Hilo y Anden, y cruzó los brazos cubiertos de tatuajes—. ¿O decidirá por nosotros el gran clan Sin Cumbre?

—Como abogado que ha llevado montones de casos así —respondió Cory—, te puedo decir que a una persona acusada de posesión de jade que no ha cometido ninguna otra falta y no tiene antecedentes penales pueden condenarla por un delito menor que conlleva una pena de dos años de cárcel. Casi siempre conseguimos que se suspenda el encarcelamiento a cambio de una multa y servicios comunitarios. Por otro lado, si alguien porta jade cuando lo detienen por vender drogas, dirigir una red de extorsión o cometer agresiones u

homicidios, el jade es un agravante, y nos las vemos con delitos graves y cadena perpetua.

Migu Sun, el anciano huesos verdes que había acudido desde Adamont Capita, carraspeó y empezó a hablar en voz baja y pensativa:

—Me crié en una familia deísta y siempre me enseñaron que los dioses pusieron el jade en la tierra para ponernos a prueba a los mortales. Si nos entregaron parte del poder del Cielo, ¿qué empleo deberíamos darle? ¿Ejercer ese poder sobre otros y usarlo para el mal? ¿O trabajar por el bien común y proteger a los débiles? Crecí oyendo hablar de los legendarios héroes guerreros de jade y vitoreé a los luchadores de la resistencia de la Sociedad de la Montaña. Pero cuando el jade vino a estas costas desde la vieja patria, la cultura espenia lo corrompió. Ahora los jóvenes lo ven simplemente como una forma de conseguir lo que quieran. Muchos usan shine y otras drogas, y no entrenan las disciplinas del jade como antes. Dauk Losun era un hombre sabio e influyente, y siempre vivió con modestia y confió en el consejo de su esposa y sus amigos de confianza. Lo único que quería era que tuviéramos una vida mejor en este país. —Se volvió hacia Sana y Cory—. Si tenemos que cambiar los reñideros, que así sea. Que las bandas se queden con los negocios ilegales. Si no impedimos que nuestra gente se meta en las drogas y el crimen, los huesos verdes acabarán en la cárcel, y nuestro jade, en manos del gobierno, y al final seremos como los barukanos de Shotar y no tendremos perspectivas de futuro. —Migu se puso en pie, se volvió hacia Hilo y lo saludó con una profunda inclinación—. Kaul-jen, tu clan ya ha conseguido grandes cosas aquí. Si nos apoyas, no cabe duda de que todo es posible. Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre. Por el bien de todos los kekoneses.

Remi ladró una carcajada tan seca como un disparo.

—Viejo idiota. ¿Crees que Sin Cumbre está pagando anuncios y presionando a los políticos por nuestro bien? —Negó con la cabeza, dirigiendo una sonrisa torcida a Migu Sun—. A los clanes de Kekon no les importamos una mierda. Los Kaul solo quieren hacer crecer su imperio comercial, y quieren que nosotros, los kespis a los que ni siquiera consideran huesos verdes auténticos, obedezcamos y nos comportemos para que nada ensucie la imagen reluciente que muestran al gobierno espenio y a las empresas con las que trabajan. Esperan que sigamos sus órdenes como si fuéramos sus dedos. Lo próximo será que sugieran que entreguemos nuestro jade.

—Nadie puede pedirle eso a nadie. —Las palabras de Hilo cortaron el aire tan secamente como la risa de Remi. La atención de todos se volvió hacia él—. Es verdad que Sin Cumbre tiene muchos intereses

comerciales en Espenia, y que queremos crecer y protegerlos. Eso no es novedad para nadie. Traemos dinero, trabajos y jade, así que os beneficiáis tanto como nosotros. —Su mirada firme se clavó en Remi y el recordatorio flotó entre ambos—. Hace muchos años le dije a Dauk Losun que, si trabajábamos juntos, los kekoneses seríamos más poderosos que las bandas en este país. Ahora os digo lo mismo a todos. Los Dauk tienen razón. Vuestra principal amenaza ya no son las bandas; lo que os hace sufrir es la baja consideración en que os tienen. Si queréis dejar de esconder vuestro jade, tendréis que dejar de hacer con él cosas que necesiten que lo ocultéis.

—¿Esperas que me trague esa mierda hipócrita? —dijo Remi—. Los clanes de Yanlún reciben tributos. ¿Por qué no tendríamos que hacer lo mismo en Resville?

—¡Tributos! —exclamó Sana con indignación—. ¿Te crees que eres un puño? ¿Has jurado lealtad a un clan? ¿Ayudarías al propietario de un negocio tributario aceptando a su hijo en una escuela marcial, o haciéndole un préstamo para que amplíe su tienda, o pagándole los daños si un tifón golpea su casa? No; tú piensas igual que las bandas: solo tomas y nunca das. Así no es como vamos a tener éxito en este país.

Remi se recostó en la silla y extendió los brazos con arrogancia, señalando su ropa cara y al trío de jóvenes guardaespaldas de aspecto duro que estaban tras él.

—Supongo que tenemos definiciones diferentes de lo que es tener éxito.

Los hombres de Remi se echaron a reír. Dieron palmadas en la espalda a su jefe y uno sacó la lengua como una hiena, mostrando los piércings de jade. Anden estaba asombrado. Ni siquiera en Espenia había visto a huesos verdes comportarse tan indecorosamente delante de guerreros veteranos, y mucho menos ante un pedestal. Sammy y Tod se tensaron y un murmullo de advertencia empezó a correr entre los otros hombres que estaban junto a la pared. Hilo se mantuvo inmóvil.

Cory se levantó y alzó las manos en un gesto conciliador dirigido a la sala.

—Calma, todo el mundo. Nada va a cambiar de la noche a la mañana. Todos sabemos que la situación de Resville es diferente de la de Puerto Massy. —Habló con voz sensata, un pacificador que buscaba un término medio. Anden reprimió una mueca ante aquella debilidad, aquella retirada tan indigna de un huesos verdes—. Mira, Jon, si no te interesa implicarte en la asociación, vale. Pero te estamos pidiendo, por tu bien tanto como por el nuestro, que pienses a largo plazo.

Empieza a dar pasos para abandonar las actividades y los negocios más peligrosos. Si necesitas asesoramiento jurídico sobre cómo legitimarte…

Remi se levantó de la silla y apoyó las manos en la mesa.

—No necesito tu ayuda, colega. No respondo ante ninguna asociación comunitaria, y desde luego que no acepto órdenes del puto Sin Cumbre. —Miró al pedestal. No había muchos hombres que pudieran aguantar la mirada de Kaul Hilo, pero Jon Remi era uno de ellos—. ¿A cuanta gente has matado o has mandado matar? Pero me dices a mí que me comporte. Tu clan tiene rascacielos de oficinas, cámaras acorazadas llenas de dinero y una puta isla entera llena de jade, pero tienes el cuajo de decirnos a mis chicos y a mí que no comamos. Subvencionas a gente para que venga desde Yanlún, marionetas del clan que ocupan las plazas universitarias y los trabajos y que mandan dinero de vuelta a Kekon, pero quieres que los que hemos luchado con uñas y dientes por la tajada que nos corresponde de este país abandonemos nuestro medio de vida y dejemos que vuelvan las bandas y se lo queden todo. —Agitó las narinas, y un resentimiento peligroso ensombreció sus rasgos toscamente atractivos—. Aceptaste que me quedara con Resville. Mientras mantuviera fuera a tus enemigos, me dejarías llevar las cosas a mi manera. Bueno, he hecho lo que me has pedido, ¿y ahora me pisoteas? ¿Los kikus de la vieja patria os creéis mejores que los demás? No. Estás en deuda conmigo, Kaul.

Anden estaba sentado lo bastante cerca de Hilo para sentir que su aura de jade se ondulaba y se afilaba como el extremo de un látigo.

—No te debo nada —dijo Hilo con voz suave—. No eres un clan tributario ni un linterna; ni siquiera eres un amigo, pues un amigo no hablaría así ni siquiera estando en desacuerdo. Teníamos un trato. Te hice rico y poderoso. Por respeto a nuestra pasada alianza no me voy a dar por ofendido por las cosas que has dicho. He venido a presentar mis respetos a Dauk Losun, que los dioses lo reconozcan, y a apoyar a su familia y a sus sucesores. No he traído a ninguno de mis puños y dedos. Mira esta sala. Son tus compañeros huesos verdes los que te están pidiendo que cambies, de una forma que puede ser dura al principio, pero que todos están de acuerdo en que será lo mejor a la larga.

Remi se irguió por completo. El tatuaje de la calavera negra con las serpientes saliendo de las cuencas oculares pareció hacer más amplia su mortal sonrisa cuando descolgó la chaqueta del respaldo de la silla y se la echó al hombro.

—Me importa una mierda la minúscula posibilidad de que

legalicen el jade y las inversiones de Sin Cumbre. Respetaba a Dauk mientras estaba vivo, pero ahora cada uno tenemos nuestro territorio y nuestra forma de manejar las cosas. No tengo ningún problema con nadie de esta sala mientras se ocupe de sus asuntos y nos deje comer bien a los demás. Haced lo que queráis en Puerto Massy, pero yo gobernaré Resville a mi manera.

El Kiku Malo hizo un gesto seco a sus hombres y los Cabezas de Serpiente abandonaron la reunión. Nadie habló ni intentó detenerlos mientras pasaban entre los otros huesos verdes, sonriendo burlonamente tras sus gafas de sol al salir de la casa. Dejaron flotando tras ellos un incómodo silencio.

Con reticencia, Hasho Baku se levantó también.

—Jon ha hablado de una forma demasiado directa y grosera —dijo—, pero estoy de acuerdo con él. Creo que la posibilidad de hacer que cambien las leyes contra el jade es demasiado pequeña para que merezca la pena crear esta asociación, y los cambios que proponéis solo crearán división entre los huesos verdes. —Saludó a Dauk Sana y Kaul Hilo—. Respeto vuestras intenciones y no me interpondré en vuestro camino, pero creo que será mejor que volvamos a nuestras ciudades y no intentemos dictar lo que deben hacer otros huesos verdes. Así podremos seguir siendo amigos. —Saludó a los reunidos con una inclinación de cabeza y se marchó con sus hombres.

Cory soltó una sonora exhalación. Se pasó una mano por el pelo y se recostó en la silla con expresión afligida.

—Bueno, podría haber ido mejor.

—Sabíamos que iba a haber disidencias —dijo Tod—. Los demás estamos contigo, Cory.

—Hablaré en privado con Hasho más tarde —dijo Migu Sun—. Creo que cambiará de opinión si empieza a ver que lo que esperamos conseguir es posible. Al menos sabemos que no se nos opondrá ni causará problemas, y podemos contar con que su gente de Evenfield será discreta al usar el jade. En cuanto a Remi… —El viejo huesos verdes suspiró—. Conozco a algunos en Resville. Hablaré con ellos, y quizá pueda traerlo de nuevo a la mesa.

Anden había guardado silencio durante el cruce de improperios, tal como Hilo esperaba de él, pero se sentía acalorado y enfermo, como se había sentido tras marcharse del club Oliva Azul.

—Es imposible convencer a Jon Remi de que renuncie a la más mínima parte de su poder.

—Andy tiene razón —dijo Hilo—. Es una lástima que Remi naciera a esta lado del océano. Un hombre como él, que no se deja doblegar y tiene dotes de mando… Quizá, si se hubiera criado y entrenado como

un huesos verdes correcto, habría sido un buen puño. Pero el destino nos hace lo que somos y no se puede cambiar.

Dauk Sana dio un respingo ante el tono inapelable de la voz de Hilo. Dejó su silla y se sentó junto a él.

—Kaul-jen —dijo nerviosa—, ¡no hay excusa para la grosería de Remi hacia un visitante, y mucho menos un pedestal! Nadie podría culparte si te ofendieses y considerases necesario responder. Pero en aras de la paz, y por la amistad que has mostrado con nuestra familia, te pido por favor que dejes que nos ocupemos los de Espenia, pues es nuestro problema. —Apretó la mano de Hilo—. Y si no podemos, repudiaremos a los huesos verdes de Resville y trabajaremos con la policía para ponerles freno.

Migu Sun asintió solemnemente, pero los huesos verdes más jóvenes parecieron aturdidos. No se les había ocurrido, como sí había pensado rápidamente Dauk Sana, que Hilo pudiera responder a los insultos de Remi con una represalia inmediata. La viuda estaba rogando al pedestal que contuviera su mano. Si Sin Cumbre mandaba puños a Resville para matar a Remi y entrar en guerra con su banda, atraería sin duda más atención negativa de la policía y el público. Que un poderoso clan de Yanlún asesinara a ciudadanos espenios, aunque fueran delincuentes como los Cabezas de Serpiente, socavaría la influencia de la Asociación Kekonesa de Espenia en su crucial etapa de formación. Anden pensó que Remi podría incluso estar esperando ya un ataque. Estaría ansioso por tener la oportunidad de enfrentarse a los huesos verdes de la vieja patria y hacer crecer su reputación.

Hilo guardó silencio un momento. Después cogió las manos de Dauk Sana y se puso en pie, sonriendo mientras la levantaba con él.

—Sin Cumbre tiene gente y negocios en Espenia, pero no es nuestro país. Como invitado, no querría hacer nada que causara problemas a mis amigos o perjudicara las metas que compartimos. —Se dirigió a todos los reunidos—: Sin Cumbre se mantendrá fuera de Resville, como ha hecho hasta ahora. Tenéis mi palabra de pedestal.

Sana relajó los hombros, aliviada.

—Gracias, Kaul-jen. —Se llevó las manos unidas a la frente—. Ojalá Losun-se hubiera estado aquí para dártelas también.

La reunión finalizó con aquella nota sombría. Los demás huesos verdes se dispersaron para conversar en pequeños grupos en el vestíbulo y en la cocina. Hilo y Anden ofrecieron sus últimas condolencias a Sana y Cory, aceptaron los saludos respetuosos y los deseos de buen viaje, y se marcharon.

En el taxi de regreso al hotel Crestwood, Hilo se recostó en el asiento y sacó un cigarrillo, el último del paquete. Lo hizo rodar entre

los dedos, pero no lo encendió.

—Has estado muy callado, Andy. Y estás muy callado ahora.

—Ayer me dijiste que no mostrara tan obviamente lo que pensaba —dijo Anden.

—Remi te ha molestado —dedujo Hilo—. ¿Lo que ha pasado hoy ha sido una sorpresa?

—No. Pero no por que un problema no sea una sorpresa deja de ser un problema.

Hilo sonrió y le dio un empujón afectuoso en el hombro.

—Habrías sido un gran puño, Andy. Sé que eso quedó en el pasado, así que no te lo tomes mal, solo te estoy haciendo un cumplido. —Se puso serio de nuevo—. Remi Jonjunin es como un jefe de bandas con cara kekonesa. Creí que había una posibilidad de que contemporizara para mantener buenas relaciones con los que estaban en esa sala, pero es evidente que no cree que nos necesite ya, ni a nadie de Puerto Massy. ¿Por qué te estás tomando sus insultos tan a pecho?

—Nosotros creamos a Remi —adujo Anden—. Le dimos el dinero y el jade que ha usado para convertirse en el Kiku Malo de Resville. Yo fui quien habló en nombre del clan y le dio rienda suelta en esa ciudad. Así que es culpa mía que ahora sea un problema para nosotros.

Hilo se llevó a los labios el cigarrillo sin encender.

—Confié en que tomaras la decisión correcta en aquel momento, y lo hiciste. Lo que fue bueno para nosotros entonces es malo ahora, pero así son las cosas a veces. Tus amigos de Puerto Massy nos han pedido que confiemos en ellos para ocuparse del Kiku Malo. Eso está bien. Ahora mismo debemos concentrar nuestra atención en casa, en la lucha contra los desclanados.

Anden lo miró con escepticismo.

—Hilo-jen… Cory, Tod, Sammy… Todos me caen bien. Son buenas personas que se preocupan por su comunidad y por lo que significa portar jade. Quiero que su asociación tenga éxito. Pero no son un clan. Son verdes a su manera, pero no tal como hace falta para enfrentarse a alguien sin moral como Jon Remi.

El taxi se detuvo frente al hotel Crestwood y se apearon. Hilo se subió el cuello del abrigo y se detuvo antes de llegar a la puerta giratoria.

—Dales tiempo, Andy. Ayer te dije que Remi era nuestro aliado hasta que yo dijera lo contrario. —Jugueteó con el mechero, y al final guardó el cigarrillo solitario en el paquete—. Desde ahora digo lo contrario.

Capítulo 31

Decepción

KAUL Nikoyan estaba tumbado de espaldas en el piso de la chica, mirando la luz del televisor que parpadeaba reflejada en el techo. La chica, Mera, seguía chupándosela con entusiasmo, pero ya habían follado y Niko tenía la mente en otro sitio. Se había puesto el sol. Miró el reloj de la mesilla; en una hora tenía que presentarse ante Lott Jin, que le asignaría sus tareas para la noche.

Niko sabía que su tío no aprobaría la forma en que había pasado la tarde. «Nada de echar un polvo antes del trabajo; no en el lado más verde del clan», diría Hilo, recitando una conseja de los guerreros de jade aceptada desde antiguo. Los buenos puños y dedos no salían a la calle relajados y desatentos. Salían alerta como lobos en ayunas.

Niko no creía en viejos adagios y su tío ya estaba decepcionado con él por muchas cosas, así que poco importaba una más. Además, aunque podía existir una posibilidad de que tuviera que recurrir a la fuerza aquella noche, quizá incluso confiscar un poco de jade ilegal, no esperaba tener que enfrentarse a nada demasiado peligroso. Nunca se había puesto en duda que Niko se convertiría en dedo del clan, pero el pedestal había ordenado a Juen Nu que no le diera trato de favor. Tenía que recibir la misma dosis de trabajo, peligro y expectativas de disciplina que cualquier huesos verdes novato. Juen Nu, sin embargo, se retiraría aquel año. El pedestal ya le había concedido el permiso. Lott Jin era el principal candidato a convertirse en el siguiente cuerno, pero hasta que el ascenso fuera oficial, Niko dudaba que el primer puño arriesgara su posición ante la familia Kaul permitiendo que el heredero del clan sufriera algún daño grave bajo su supervisión.

—¿Pedimos algo de comer? —preguntó Niko, para que Mera

dejara de intentar excitarlo de nuevo. Ella se echó el pelo atrás y se tumbó a su lado con el pintalabios corrido. Era guapa, pero otras chicas guapas ya habían intentado antes captar su atención. Niko tenía dieciséis años cuando una chica se le ofreció por primera vez, en un rincón oscuro del jardín de la residencia familiar durante una fiesta de año nuevo. En aquella ocasión no le pareció bien aprovechar la oportunidad, y tampoco en la siguiente, pero al final lo venció la curiosidad y desde entonces había estado con unas cuantas mujeres, con diversos grados de satisfacción.

—Podemos, si te apetece —dijo Mera—, pero preferiría salir, ¿tú no?

—No tengo tanta hambre, y puedo comer más tarde. Solo pensé que igual te apetecía algo.

—Lo único que me apetece eres tú. —Mera suspiró, le pasó un brazo por encima del pecho y le apoyó la cabeza en el hombro.

Parecía tan ensoñada que Niko reprimió una mueca. A sus veinte años ya era bastante negativo respecto a las relaciones. Mera no era más que la última joven esperanzada que luchaba por ganarse el corazón del primogénito de la familia Kaul y entrar por matrimonio entre los líderes del clan.

Niko culpaba a sus padres. Todo el mundo conocía la romántica historia del joven Kaul Hiloshudon, que se enamoró de una joven ojos de piedra y elevó a la deshonrada familia Maik a lo más alto del clan. Pocos años antes, una red de televisión por cable había intentado hacer un telefilme sacarinoso basándose en esa historia, pero el hombre del tiempo intervino y lo cortó en seco. Ni siquiera el trágico destino de Kehn y Tar, los tíos de Niko, había empañado en exceso el relato, quizá porque Kaul Maik Wen representaba su papel como esposa del pedestal de una manera mucho más visible que sus predecesoras.

—Me gusta pasar tiempo contigo. Eres una chica muy dulce —dijo Niko.

Mera se envaró ante su amabilidad paternalista.

—No soy dulce. Soy la menor de cuatro hermanos y mis padres no pudieron permitirse mandarme a la academia, pero eso no quiere decir que sea una florecilla delicada. Mis hermanos han participado en duelos. Mi hermana mayor es linterna. Mi familia es de clase media, pero somos verdes.

—Nunca he dicho nada contra tu familia. —Niko dio media vuelta y quedó tumbado boca abajo; la presión del colchón contra la espalda se estaba volviendo incómoda contra su piel irritada y aún curándose. Mera se sentó y apagó el televisor. Recogió las piernas y lo miró en

silencio con una intensa frustración, como si hubiera descubierto que al rompecabezas que estaba montando le faltaba una pieza. Las chicas estaban convencidas de que bajo la actitud reservada de Niko había un cuerno apasionado y de sangre caliente en ciernes, y se desconcertaban cuando no conseguían encontrarlo.

Mera le tocó con la punta de los dedos los verdugones de la espalda y los hombros.

—¿Qué pasó?

—Me dieron una azotaina, ¿qué creías? —murmuró contra la almohada.

—¿Tu padre te pegó? —Sonó sorprendida, casi complacida, al descubrir que al hijo mayor del pedestal podían azotarlo por mal comportamiento, como a cualquier joven corriente.

—Es mi tío, no mi padre —corrigió Niko—. Y me pegó por no comportarme como un buen huesos verdes.

Mera lo acarició hasta llegar con los dedos a la base del cuello.

—A mí me pareces un buen huesos verdes —arrulló, tocando con suavidad el collar que reposaba contra la piel. Era un gesto íntimo y atrevido; había huesos verdes que no dejaban que sus esposas les tocaran el jade. El collar del Niko había pertenecido a su padre; a su auténtico padre, Kaul Lan, un hombre del que había oído hablar mucho, pero al que nunca había conocido. En la cadena había seis cuentas de jade. Las demás las habían quitado y guardado a buen recaudo. Las engarzarían más adelante, le dijeron sus padres; cuando se las hubiera ganado.

Niko se apoyó la barbilla en los brazos cruzados.

—¿Qué es un buen huesos verdes, de todas formas? Todo el mundo parece tener claro lo que no es, pero es algo que no nos molestamos en explicar. Damos por supuesto que podemos reconocer la verditud cuando la vemos, pero ¿podemos, de verdad? La gente ve mi cara, mi nombre y mi jade, y cree que me conoce. —Soltó una risilla carente de humor, y luego quedó en silencio un rato—. ¿Sabes lo que creo? —dijo al fin en voz alta—. Creo que lo que ven es una cáscara. Una cáscara vacía verde y reluciente.

Niko había estado hablando para sí mismo y no esperaba que la chica respondiera, pero al cabo de un par de minutos se dio cuenta de que se había quedado muy callada. Mera no se había apartado de él en la cama, pero su ardor se había evaporado. Parecía haberse cerrado.

Niko sintió una punzada de irritación, y luego, alivio. Se separó de ella y se levantó. Empezó a vestirse: se puso los pantalones, se abotonó la camisa, enganchó el cuchillo garra al cinturón y guardó la pistola

en la funda sobaquera. Antes de salir de la habitación, se sentó en el borde de la cama y le dio a Mera un beso suave en la mejilla. Ella no se apartó, pero tampoco volvió hacia él la cara con la expectativa de recibir más.

—Hablaba en serio; me gusta pasar tiempo contigo —dijo Niko—. Siento haber acabado siendo una decepción. —Se levantó y se marchó. El incidente que había hecho que su tío lo castigara con tanta severidad había empezado de forma inocua la semana anterior, en el bar Cerdo y Cerdo, como una apuesta entre dedos sobre algo poco importante, quizá un partido de balón relevo. El perdedor, un joven llamado Kitu, se ofendió por algo que dijo Niko y propuso zanjar la cuestión con un enfrentamiento físico. Niko, que llevaba toda la semana resfriado, lo rechazó con más descortesía de la que pretendía, diciendo que no estaba dispuesto a perder el tiempo con él. Kitu le ofreció una hoja limpia.

Para lo que eran los duelos, aquel era bastante típico, sin auténticos rencores personales por medio. Nadie esperaba que los duelistas intentaran matarse, aunque, por supuesto, dado que el vencedor reclamaría el jade del perdedor, lo que estaba en juego era bastante serio. El resto de los presentes en el bar empezaron a despejar el espacio entre las mesas para que el enfrentamiento se pudiera llevar a cabo.

Niko siguió sentado.

—Kitu, no quieres batirte en duelo conmigo. Perderás.

Sin embargo, aquella no era una conclusión inevitable. La familia de Kitu no era rica, pero él era un luchador respetable y el jade que portaba como dedo de segunda categoría lo había ganado, no heredado. Kaul Niko, en comparación, tenía un talento natural y su familia empleaba una manada de entrenadores personales, pero dentro del clan, la gente comentaba con discreción que no se esforzaba para alcanzar el nivel que cabía esperar en un Kaul.

Incluso si Kitu perdía el duelo, ganaría respeto tan solo por haber tenido la sangre lo bastante espesa para desafiar al primogénito de la familia Kaul, y si peleaba especialmente bien, se lo tomarían más en serio y otros lo considerarían digno de combatir en el futuro.

—¿Te levantas o no? —dijo Kitu con impaciencia.

—Luché en un duelo hace un mes, keke —dijo Niko. Aquel duelo había ido más ajustado de lo que le gustaría reconocer, y había estado a punto de acabar con la mandíbula rota—. Hoy no me apetece.

La negativa sorprendió y defraudó a todos, especialmente a Kitu. Los huesos verdes jóvenes que tenían la intención de progresar en el lado militar del clan buscaban cualquier oportunidad para batirse, y

era de mala educación rechazar una hoja limpia si se había ofrecido con sinceridad y no había alguna circunstancia eximente.

—Si ahora mismo estás demasiado borracho o eres demasiado vago, nos enfrentaremos mañana a mediodía —dijo Kitu, y esperó a que su adversario dijera un lugar y el arma elegida.

—¿Tantas ganas tienes de que te pateen el culo y perder tu jade? —dijo Niko con indiferencia, pero estaba lleno de un rencor repentino y feroz. No era que menospreciara la habilidad de Kitu ni tuviera miedo a enfrentarse a él. Había ido al Cerdo y Cerdo a relajarse y no veía por qué tenía que estropear su velada solo porque alguien quería una oportunidad de hacerse un nombre. Y le había irritado la rapidez con que sus propios amigos se habían lanzado a mover mesas y sillas, esperando que se batiera en duelo a la más mínima.

Niko se sacó las llaves del coche del bolsillo y las levantó. Era verdad que estaba un poco borracho, pero no tanto como para no ser capaz de pensar con claridad ni para que fuera una buena excusa para no aceptar el desafío.

—Kitu, ¿sabes qué te hace más falta que la cara partida? Un coche nuevo. Esa basura que conduces tiene veinte años. ¿No es el viejo Tezzo dos puertas de tu madre? —Agitó las llaves—. Mira, te voy a decir una cosa: puedes tener un duelo a hoja limpia o puedes tener mi coche. Es un Roewolfe SX Coupé y solo tiene dos años. Me lo regalaron mis padres cuando me licencié en la academia. Está ahí fuera, en el aparcamiento. —Tiró las llaves encima de la mesa. Resbalaron por la superficie y se detuvieron entre los dos jóvenes.

El local entero había enmudecido. Kitu miró de las llaves a Niko y de Niko a las llaves.

—Estás de coña.

Niko se encogió de hombros y las señaló con un gesto.

—Cógelas. Acordaremos que he pagado por haberte insultado, y tú consigues parte de las propiedades de los Kaul sin pérdidas de sangre ni huesos rotos.

—Uh, Niko-jen —dijo un amigo de Niko, incómodo—, ¿seguro que quieres hacer eso? Quiero decir… No parece correcto. ¿Por qué no esperas a mañana y veis si los dos estáis listos para batiros?

Otros murmuraron su acuerdo. Nadie estaba seguro de si lo que acababa de hacer Niko iba contra el aisho, pero desde luego que no se ajustaba a ninguna tradición duelista.

—¿Qué decides, Kitu? —dijo Niko.

La expresión de Kitu pasó por varias contorsiones. Juntó las cejas, arrugó la nariz, torció los labios temblorosos. Cogió las llaves del coche y se quedó inmóvil varios segundos, esperando que Niko se

riera de él por tomarse en serio una broma y le pidiera que se las devolviese. Como eso no ocurrió, pareció incapaz de volver a dejarlas en la mesa. Lo que Niko había dicho era verdad: el coche de la madre de Kitu estaba en las últimas y él no tenía dinero para comprarse otro. Y también era verdad que el desenlace de cualquier duelo era incierto; podía salir herido, perder su jade o incluso morir. Antes había estado dispuesto a correr el riesgo, pero ya no estaba tan seguro. Tenía la sensación de que estaban jugando con él, pero no sabía qué hacer al respecto.

Kitu retrocedió lentamente, con los ojos fijos en Niko y el aura de jade tensa por la incredulidad. Llegó hasta la puerta del bar y salió. Un minuto después, todos oyeron el rugido antinaturalmente apagado del motor del Roewolfe de Niko al ponerse en marcha, y luego alejándose.

Se alzaron las risas, menos de alegría y diversión que de incredulidad e incomodidad. Todos tenían la impresión de que Niko había vencido y humillado a Kitu, incluso a pesar de que le había regalado un coche caro. Pero también tuvo un efecto negativo en la imagen de Niko, pues se había mostrado como alguien cruel de una forma muy extraña. Era como si un hombre se detuviera delante de un sintecho, le ofreciera mil dien por ladrar como un perro y el pobre cabrón se pusiera a ladrar.

Aquella noche, cuando Niko llegó a casa, su tío ya se había enterado de lo ocurrido. Se lo habían contado a un puño del clan, que a su vez se lo había contado al cuerno, y este había telefoneado al pedestal.

—¿Qué diablos pasa contigo? —preguntó Hilo—. Ese chico te ha desafiado en buena ley. Ya ha sido bastante malo que rechazaras el duelo, pero además has hecho que los dos quedéis como idiotas. —Quizá esperaba que Niko dijera algo, que se defendiera, que se mostrara contrito o desafiante, pero no hizo más que esperar callado. Hilo perdió los estribos del todo—. Eres un Kaul. ¡Eres el hijo del pedestal! Tu padre y tu abuelo se estarán retorciendo de vergüenza en sus putas tumbas ahora mismo. Tu madre y yo no te educamos para que actuaras de una forma tan deshonrosa.

—No quería luchar esta noche —gruñó Niko—. Estoy resfriado.

—Si estás demasiado enfermo para defender tu jade, quizá no habrías debido salir, para empezar —gritó Hilo. Estaban a puerta cerrada en el despacho del pedestal, pero todos los que estaban en la casa podían oírlo. Y posiblemente en la finca entera—. Nadie te culparía por aplazar un duelo unos días mientras te curas. Pero ahora todo el mundo está hablando de cómo has regalado tu coche para

evitar un desafío. ¿Cómo puedes decir que eres un huesos verdes?

Niko vio a tu tío esforzarse por encontrar el castigo adecuado para semejante falta de sentido común. Al final le ordenó que se quitara la camisa y se arrodillara, y le dio una docena de estacazos con una vara de madera. A partir de ese día, Niko tendría que participar en dos sesiones de práctica extra a la semana con entrenadores privados, e Hilo asistiría una vez al mes para valorar por sí mismo el progreso marcial de su sobrino. Además, se quedaría sin paga hasta que ganara más jade de una forma respetable, y, por supuesto, no tendría un coche nuevo.

Niko salió del despacho encogido a causa de las magulladuras de la espalda, echando humo bajo una nube oscura y amarga. Ru había estado esperando a la puerta del despacho para pedirle algo a su padre, pero después de oír la bronca que le estaba cayendo a su hermano, decidió que era mejor no asomar y fue a la nevera a por hielo para las contusiones de Niko. Jaya, que estaba en casa (la academia daba vacaciones en el largo fin de semana de la llegada de la primavera), levantó un momento la cabeza del videojuego y se limitó a decir: «Esta vez la has jodido bien, ¿eh?».

En opinión de Niko, lo jodido era que nadie pensara que lo que había hecho fuera preferible, o siquiera aceptable. Kitu necesitaba un coche nuevo. Niko le había dado el suyo para compensarlo por no concederle el duelo que deseaba en aquel momento. ¿Cuál era el problema?, pensaba enfadadísimo. ¿De qué servían todo el poder y la riqueza de la familia si no le dejaban libertad para hacer lo que quisiera con su tiempo y sus cosas? De todos los que portaban jade en el mundo, solo de los huesos verdes se esperaba que siguieran unas reglas estrictas que ni siquiera tenían sentido.

A la mañana siguiente, el padre de Kitu llevó en persona el Roewolfe SX Coupé a la hacienda Kaul, y tras él iba su avergonzado hijo. El pedestal les aseguró que sus profusas disculpas eran innecesarias. Niko, explicó, estaba borracho y llevó demasiado lejos una broma. Desde luego, no había tenido la intención de avergonzar a Kitu ni a su familia.

—Los jóvenes cometen estupideces a veces —dijo Hilo en conmiseración con el padre de Kitu, suspirando.

Después de marcharse del piso de Mera, Niko se presentó ante Lott Jin en El Bollito de Ciruela, una tahona del distrito de la Forja propiedad de un linterna del clan. Desde que cerraba al público por la tarde hasta que llegaban los panaderos, a la mañana siguiente, la tahona era un lugar de encuentro; uno entre las docenas repartidas por la ciudad donde los puños se reunían con sus dedos. Niko deseó haber comido

algo en casa de Mara; el penetrante aroma del pan y los pastelillos le hizo la boca agua. Otros dos huesos verdes de Lott ya habían llegado. Kenjo era moreno y compacto, y experto en coches y armas de fuego. Al igual que Niko, era un dedo de primera categoría y pronto se lo tendría en consideración para el ascenso a puño. Sim era un novato que había salido de la academia hacía dos meses y medio, con las tres piedras de jade de la graduación y la energía hinchada y nerviosa de un gallo de pelea en su primer combate.

Niko esperaba que les asignaran la tarea de patrullar la Forja, donde se había producido recientemente un estallido de violencia entre bandas callejeras juveniles uwiwanas y barukanas.

—Espero que tengáis ganas de mojar los cuchillos esta noche —dijo Lott Jin para su sorpresa—. Hemos recibido un soplo sobre un par de contrabandistas de armas que vendieron cien fusiles militares Ankev al Movimiento por un Futuro Sin Clanes, antes del atentado de Yanlún. La información nos la ha dado una de nuestras ratas blancas, pero lleva al Muñón, y hay varias órdenes de detención activas. Así que será un circo de tres pistas.

Todos gimieron. «Un circo de tres pistas» se había convertido en el término coloquial usado en el lado militar del clan para denominar una situación que requería la participación conjunta de los clanes Sin Cumbre y Montaña, así como la policía de Yanlún. En la campaña implacable para extirpar y destruir los elementos anticlanes, las operaciones de tres pistas se habían vuelto habituales. Los huesos verdes las odiaban. Tradicionalmente, los clanes ejercían el control sobre sus propios distritos y se mantenían fuera de los territorios ajenos. Escapar cruzando una frontera era una táctica tradicional de los delincuentes para librarse de los huesos verdes, y para los huesos verdes también era una antigua tradición intercambiar favores e información con sus homólogos de los clanes rivales, incluso en tiempo de guerra e incluso si sus líderes eran enemigos mortales. Si un pirómano prendía fuego a una propiedad de Montaña, Sin Cumbre podría capturarlo y entregarlo a cambio de un traficante de shine que trabajara en Lavamoneda pero hubiera escapado a Villapesca. La policía de Yanlún se ocupaba de todo lo que no guardara relación con los clanes (delitos menores, homicidios y robos a mano armada corrientes, infracciones de tráfico…), y se había acostumbrado a regañadientes a trabajar bajo la influencia de los dos clanes principales y limpiar tras ellos. A todos les gustaba el sistema, incluso a los delincuentes.

Pero después del atentado de Yanlún, la erradicación del extremismo anticlanes se había convertido en la máxima prioridad

nacional. El alzamiento armado del Movimiento por un Futuro Sin Clanes había sido espectacular y terrorífico, pero lo habían aplastado con rapidez. El Consejo Real proscribió de inmediato al grupo terrorista e instó a los clanes y a la policía a que coordinaran sus esfuerzos hasta un extremo sin precedentes. La familia de Niko jamás vería a Ayt Mada como otra cosa que su enemigo más mortal, y a niveles nacional e internacional, la lucha por el jade, los negocios y el poder político entre Montaña y Sin Cumbre proseguía con la misma intensidad. Pero las calles de Yanlún eran el dominio de los cuernos. Juen Nu y Aben Soro eran pragmáticos, leales a sus clanes, pero no miembros de las familias Kaul y Ayt. Aunque las décadas de rivalidad no se habían dejado de lado, se habían relegado por la necesidad de la cooperación cotidiana contra la amenaza de los agitadores anticlanes.

El esfuerzo estaba dando resultado. En los últimos años habían detenido o ejecutado a miles de miembros y partidarios del MFSC. A nadie le gustaban los circos de tres pistas, pero parecía que habían llegado para quedarse. Lott Jin les pasó varias fotografías en blanco y negro de los dos traficantes de armas: paseando por la calle, entrando o saliendo de edificios, hablando con gente.

—Quedaos con su cara. Esta noche van a hacer una venta en un escondrijo de la calle Banya. Iremos con tres hombres de Montaña.

Niko fue el último en examinar las fotografías. Uno de los traficantes era kekonés; el otro, uwiwano. La calle Banya estaba en el Muñón, en el centro de un populoso barrio de inmigrantes uwiwanos. Como si leyera los pensamientos de Niko, o quizá al Percibir su incomodidad, Lott les advirtió a todos:

—Es un terreno que no conocemos y habrá mucha gente. Si la cagamos, crearemos problemas entre Juen-jen y Aben-jen. Eso me causará problemas a mí, lo que significará problemas para vosotros. Si las cosas se enredan, dejad que se ocupe Montaña; es su territorio.

Lott encendió el mechero y quemó las fotografías. Necesitaban identificar a los objetivos de memoria y asegurarse de que los atrapaban o morían. Limitarse a entregar las fotos a Montaña y confiar en que ellos se encargaran era algo que ni se planteaba: la información que se podía sacar de las imágenes (dónde y cuándo se habían tomado, desde qué ángulo, a qué distancia) podría comprometer la identidad de una rata blanca valiosa, a la que Montaña estaría encantado de encontrar y matar si podía, ya que sin duda estaría proporcionando información a Sin Cumbre sobre las actividades del clan rival.

Fueron en el salvajemente hermoso Lumezza FT Scorpion rojo de Lott y aparcaron cerca de la cabeza de pescado: el cruce de forma

extraña de la calle Confín y la avenida Magnolia, que marcaba la frontera entre los humildes distritos de Lavamoneda y Villapesca. Salieron del coche y esperaron. La ciudad estaba saturada de humedad por culpa del Sudor del Norte que había caído durante toda la semana, pero al principio de la tarde, las nubes se habían disipado y no parecía que fuera a volver a llover. Niko se rascó el picor de la espalda. Sim se le acercó.

—Niko-jen, me preguntaba… —Se frotó con nerviosismo un lado de la cara, marcada de cicatrices de acné—. Mi sobrinita, la que estuvo en el hospital… Pronto será su cumpleaños. Le encanta el balón relevo y es una gran seguidora de los Espíritus de Yanlún, y sé que el clan tiene palcos en el estadio. Me dijeron que había que ser puño de segunda categoría o superior para entrar en la lista de espera, pero si crees que podría haber una posibilidad, si no es problema…

Niko se encogió de hombros.

—Le preguntaré a mi tío. Quizá en el próximo partido podamos meter a un par de personas más en un palco.

Sim sonrió de oreja a oreja.

—Significaría el Cielo y la tierra para ella. Estaré eternamente agradecido si el pedestal puede hacer una excepción. Por supuesto, si no es posible, lo entenderé. —Se tocó la frente—. Gracias, Niko-jen.

Unos minutos después, Niko cayó en la cuenta de que debería haberle preguntado a Sim cómo se llamaba su sobrina, qué edad tenía y cuánto tiempo hacía que era aficionada al balón relevo. Tenía que conocer a sus compañeros dedos, los hombres junto a los que luchaba, que un día podrían salvarle la vida o ascender hasta convertirse en sus puños más fiables cuando se convirtiera en pedestal.

Su tío ni habría tenido que pensar en ello. Era el mayor talento de Kaul Hilo. Podía mantener una simple conversación con otro hombre y convertirlo en alguien leal de por vida. La madre de Niko no solo habría preguntado el nombre de la sobrina de Sim; recordaría la fecha del cumpleaños y, cuando llegara, le enviaría una camiseta de los Espíritus de Yanlún. Tanto a Ru como a Jaya se les habría ocurrido algo más que decir, cualquier cosa.

Ese comportamiento no era natural para Niko. El establecimiento de relaciones e influencia, el liderazgo sobre otros. La mayor parte del tiempo prefería estar solo, y le disgustaba especialmente verse obligado a ponerse bajo los focos sociales. No concedía ni aceptaba confianzas con facilidad. Tenía amigos cercanos, como los gemelos Juen y su primo Maik Cam, y no se consideraba huraño, pero la mayoría de sus compañeros de la academia y los dedos que estaban con él y habían intentado estrechar su relación a lo largo de los años

se las habían visto ante una tarea difícil. Mera era tan solo el ejemplo más reciente.

Pocos días después de castigarlo por no batirse con Kitu, Hilo lo había llevado a desayunar, los dos solos. Ya estaba calmado para entonces y quería que hablaran.

—Niko-se —suspiró—, soy duro contigo solo porque te quiero. Cuando te llegue el momento de liderar el clan, quiero que estés bien preparado, mucho más de lo que estaba yo. Todo lo que haces ahora, incluso como dedo, es un fragmento de la imagen que vas creando de ti mismo y de la familia.

Niko había señalado que parecía que la imagen ya tenía mucho espacio rellenado y que su trabajo era encajar en ella. A veces, para su vergüenza, envidiaba a Ru por ser un ojos de piedra y a Jaya por ser una chica; al menos ellos tenían otras opciones. No se atrevió a reconocer esos sentimientos ante su tío.

Lott Jin miró el reloj y frunció el ceño. Cualquiera que trabajara bajo las órdenes de Juen Nu estaba acostumbrado a la puntualidad. Niko observó al primer puño e intentó adivinar, por egoísmo, qué era lo que lo hacía excepcional, qué le había permitido ascender por encima de cientos de guerreros del clan. La habilidad con el jade era solo una parte de la ecuación. Lott era sin duda un huesos verdes fuerte, y su habilidad para lanzar cuchillos era legendaria, pero había otros que tenían una destreza marcial igual o mayor. Tampoco era el más apreciado de los puños veteranos; a veces podía ser pesimista y contencioso, mordaz en sus críticas y avaro con sus elogios. Y sin embargo poseía algo que había captado la atención del pedestal años atrás. Niko intentó encontrar la palabra correcta. *Decidido*. Lott Jin parecía haberse modelado a sí mismo en torno a la idea de ser un huesos verdes del clan. Algunas personas vivían siguiendo sus inclinaciones naturales; otras decidían qué querían ser y se construían a sí mismas para ser de esa manera.

Tres motocicletas Torroyo RP800 de color verde metalizado atravesaron la cabeza de pescado y se detuvieron alrededor del Lumezza. El puño de Montaña que estaba al mando se bajó de la moto y se acercó a Lott Jin. Una desagradable descarga de reconocimiento recorrió el espinazo de Niko mientras se erguía y se apartaba del coche. Habían pasado varios años desde que puso los ojos en Ayt Atosho en persona, aunque lo había visto varias veces por televisión. En los últimos años, el aspecto atractivo del hombre se había asentado, como una escultura de arcilla tras pasar por el horno. Las líneas de pequeños piércings de jade a lo largo de las cejas llamaban la atención hacia sus ojos de párpados gruesos. Llevaba un chaleco de

cuero tradicional sobre una camisa rojo vivo con gemelos de jade. Ayt Ato era la viva imagen del estilo huesos verdes urbano.

Niko había oído decir en broma que todas las mujeres del clan Montaña estaban enamoradas de Ayt Ato. Por desgracia para ellas, Ayt Mada había prohibido a su sobrino de veintisiete años que tuviera relaciones hasta que terminara los estudios en la universidad, a los que se había estado dedicando a tiempo parcial durante los últimos seis años.

—Lott-jen —saludó Ayt Ato mientras caminaba hacia ellos—, me han dicho que pronto serás el cuerno de Sin Cumbre.

—Eso es decisión del pedestal —replicó secamente el primer puño. Montaña había asesinado y decapitado al padre de Lott hacía muchos años. La necesidad obligaba a Lott a trabajar con huesos verdes del otro bando, pero jamás se mostraba amistoso con ellos.

La mirada de Ayt Ato pasó más allá de Lott y cayó en Niko.

—Kaul-jen… —saludó. El aura de Ayt Ato contrastaba con su aplomo físico: comprimido y desconfiado, parecía una capa colgada de los hombros.

—Ayt-jen… —dijo Niko.

Era la primera vez que estaban uno frente al otro y cruzaban palabra. Una extraña vacilación se extendió sobre la escena. De repente, Niko fue consciente de las auras de jade que lo rodeaban, de la presión de estas contra su Percepción. Pensó que debía hacer o decir algo sutil pero poderoso en aquel instante, para mostrarse como un igual ante aquel rival que nunca había conocido ni solicitado. Quizá le sería más fácil si pudiera hacer acopio de algún odio personal hacia aquel hombre en vez de tener un vago resentimiento hacia su existencia. Pero solo podía pensar en lo patente que se hacía que él era el huesos verdes más joven, el menos cargado de jade, no tan bien vestido y solo un dedo subordinado, no un líder a cargo de sus propios guerreros.

Ayt Ato rompió la incomodidad presentando a los otros huesos verdes de Montaña que iban con él.

—Koben Ashi —dijo señalando al más alto, que era el hijo del difunto Koben Yiro—. Y Sando Kin. —Otro primo suyo, por matrimonio con la hermana de su madre.

Lott hizo las presentaciones de rutina por el lado de Sin Cumbre, y después confirmó los detalles de la misión y pidió permiso oficialmente para entrar en territorio de Montaña. Ayt Ato lo concedió.

—¿Vamos, pues? —dijo, mirando a Niko.

Los huesos verdes de Montaña montaron en las motos y escoltaron

al Lumezza adentro del Muñón. Lott, al volante, miró de reojo a Niko, quizá al notar la agitación de su aura.

—No sabía que fueran a ser Ayt Ato y los Koben —dijo el primer puño.

—Da igual —respondió Niko, un poco demasiado rápido.

Lott frunció el ceño, aunque no sin simpatía.

—Tienes razón, da igual. Así que no dejes que te afecte. Esta noche estamos todos del mismo lado.

Niko decidió que todo era culpa de su tío. No el encuentro con Ayt Ato en concreto, sino el hecho de verse en esa situación. El pedestal había ordenado a Juen y Lott que le dieran oportunidades de ganar verde y demostrar su valía. Niko tocó la pistola y el cuchillo garra, y luego las cuentas de jade que llevaba alrededor del cuello. Odiaba las sorpresas que lo obligaban a reaccionar deprisa. Le gustaba pensarse las cosas, a veces durante bastante tiempo, antes de tomar decisiones.

La dirección de la calle Banya pertenecía a un salón de billar encajado entre una peluquería y una tienda de vídeos para adultos. Sobre las ventanas oscurecidas parpadeaba en neón rojo el nombre «Noches de Tialuhiya».

—Preparados —dijo Lott.

Hizo rugir el coche deportivo en dirección a la entrada principal mientras Ayt Ato y sus primos metían las motos por un callejón que llevaba a la puerta trasera. De inmediato, los dos centinelas apostados en la acera entraron en el salón de billar como conejos en una madriguera. En el instante en que los hombres de Sin Cumbre salieron del coche, del frontal de edificio brotó una andanada de armas de fuego que destrozó las ventanas que daban a la calle e hizo salir corriendo en busca de refugio a los transeúntes.

Niko se agachó y lanzó por reflejo una Desviación ascendente que se solapó con la onda de Kenjo, y la interferencia envió un estallido de fuerza vertical que mandó las balas a lo alto y destrozó la ropa tendida en las cuerdas extendidas entre los balcones, en los estrechos confines de la calle. Una bala perdida destrozó un faro trasero del Lumezza.

—¡Hijosdeputasperras! —Lott Jin descargó una enorme Desviación que barrió las ventanas delanteras rotas y envió un torbellino de esquirlas a la sala de billar. Los dos tiradores visibles en el interior se tambalearon con el impacto. El primer puño cruzó la acera lanzando un puñal arrojadizo tras otro, media docena, hasta que la funda sujeta a la base de su espalda quedó vacía.

Niko y los otros dedos entraron a la carrera por la puerta destrozada, pisándole los talones a Lott. Uno de los tiradores estaba muerto, con un cuchillo clavado en la garganta y otro en el ojo

izquierdo. El otro yacía en el suelo gorgoteando, con las manos aferradas a la estilizada hoja que tenía clavada en el pecho. Kenjo le ladeó la cabeza con un pie para verle mejor la cara, y a continuación le metió una bala entre las cejas. Entre los muertos no estaban los traficantes de las fotografías.

Había una docena de personas acurrucadas contra las paredes o bajo las mesas de billar, incluidos el camarero y dos empleados. Su miedo denso y acre saturó el sentido de Percepción de Niko e hizo que aumentara su flujo de adrenalina, pero en el grueso velo no sobresalieron púas de intención asesina.

—¡Quietos todos donde estáis! —gritó Sim—. No os metáis por medio y no sufriréis daños.

Kenjo ladeó la cabeza.

—Ahí atrás.

—Niko, ve tú primero —ordenó Lott.

Niko tragó saliva, desenvainó el cuchillo garra y se movió con rapidez, pero con cautela, hacia la parte trasera del edificio. Sus zapatos hicieron crujir los cristales rotos. Lott iba justo detrás de él, y Kenjo y Sim lo flanqueaban, pero se sentía otra vez como un estudiante sentado al fondo del aula al que de repente mandaban salir a la pizarra para que resolviera él solo un problema. Las gemas incrustadas en el puño del cuchillo garra le transmitían al cuerpo la tensa y caliente energía del jade. Podía sentir las brillantes corrientes arremolinándose en su abdomen, corriendo arriba y abajo por sus brazos y piernas y nadando por su cabeza. Mantuvo la energía concentrada, preparado para Acerarse o Desviar, para saltar en movimiento con Fuerza y Ligereza. La Percepción era la disciplina más débil de Niko, pero la extendió hacia delante y detectó a cuatro hombres que esperaban tras la puerta cerrada, con sus energías ardiendo con un alarmante tono carmesí homicida.

Se tensó. Era el momento. «Muévete».

Un enorme estruendo estalló delante de él. Niko se lanzó hacia delante y abrió la puerta de una patada; la hizo astillas con su Fuerza. Al principio, lo único que pudo ver fue un borrón de combates: disparos, gritos, auras de jade llameantes. Un hombre con una pistola corrió hacia él con ojos desorbitados. Antes de que Niko pudiera reaccionar, el agujero de salida de una bala se abrió en la frente del hombre, que cayó al suelo.

Lott empujó a Niko a un lado con un brazo, quizá para protegerlo, quizá para apartarlo. El primer puño barrió la habitación con el otro brazo extendido, la pistola Ankev alzada y el aura de jade ardiendo como un fuego de gasolina.

Entonces bajó el arma y entró.

Niko se apartó de la pared. Los disparos se habían silenciado. El único sonido que quedaba era un gemido animal que brotaba de un hombre tendido con las manos aferradas al vientre. Había otros tres hombres en el suelo, dos de ellos muertos. Ayt Ato y sus primos cruzaban la habitación. Sando Kin, con un rictus de dolor, se sujetaba un brazo ensangrentado, pero la herida no parecía grave. Por la puerta trasera, que los Koben habían arrancado de los goznes, entraba desde el callejón una brisa que empezaba a disipar el olor a pólvora.

Koben Ashi recorrió la sangrienta escena, se encogió de hombros y sonrió a los huesos verdes de Sin Cumbre.

—La próxima vez intentaremos dejaros unos pocos.

—Nosotros nos hemos encargado de la basura de delante, cabrón engreído —replicó Sim, pero lo dijo sin veneno y los dos hombres se echaron a reír. Niko seguía clavado en el suelo, empuñando aún el cuchillo garra.

En la habitación había varios contenedores de plástico, un dispensador de agua, un fax y una mesa con un maletín abierto y varios fajos de billetes. La violencia había esparcido por el suelo un montón de dinero más. También había tres cajas metálicas. Lott subió una a la mesa y le arrancó el candado. Kenjo miró por encima de Lott y soltó un silbido de apreciación. Dentro de la caja, encajados en un molde almohadillado, había dos fusiles Fullerton P1 con cargadores de recambio y munición.

Ayt Ato captó la mirada de Niko.

—Kaul-jen —dijo, señalando a los hombres tirados por el suelo—, ¿serías tan amable de decirnos si están aquí los que buscábamos?

Lott entrecerró los ojos al oír el tono paternalista de la voz de Ayt Ato, pero Niko lo ignoró. Miró más de cerca y comparó las caras con las imágenes que había visto en las fotografías.

—Esos dos.

Uno de los objetivos ya estaba muerto. Al principio había sido difícil reconocerlo porque se había rapado y parte de su mandíbula había desaparecido. El otro traficante, el uwiwano, era el que había recibido el tiro en el vientre y se retorcía con el rostro contorsionado de dolor.

—Morid gritando, perros miserables hijos de puta —jadeó; intentó sentarse—. Que os den a todos de aquí al infierno. —Los maldecía en uwiwano y en kekonés, escupiendo todos los insultos que sabía en los dos idiomas mientras la sangre le empapaba la camisa y los pantalones.

Ayt Ato retrocedió para alejar sus relucientes zapatos negros del

charco de sangre que se extendía por el suelo de hormigón e hizo una seña a su primo, Koben Ashi; este se inclinó y degolló desde atrás al hombre con un tajo del cuchillo garra.

Ayt Ato se volvió hacia Niko.

—No ha sido tan difícil trabajar juntos, después de todo. ¿Quién dice que tengamos que seguir el ejemplo de nuestros mayores? —Sus ojos radiaban inocencia, aunque un deje de curiosidad cautelosa curvó las comisuras de los bien formados labios.

Niko lo miró mientras salía del edificio para hablar con la policía, que había llegado como se le indicó, en el momento justo para no estorbar durante la pelea pero lo bastante rápido para asegurar la zona, limpiar la escena y detener a cualquier cómplice superviviente. Las furgonetas de los noticiarios llegaron pocos segundos después. Los periodistas rodearon a los huesos verdes de Montaña, tomaron fotografías y grabaron imágenes de vídeo de la entrega a la policía del dinero y las armas confiscadas.

Algunos periodistas vieron a los hombres de Sin Cumbre cuando salían del salón de billar y corrieron hacia ellos, ansiosos por ser los primeros en sacar fotografías de Kaul Niko y Ayt Ato en la misma imagen. Lott Jin les lanzó una mirada de advertencia.

—Ni se os ocurra —gruñó—, a menos que os las queráis ver con el pedestal de Sin Cumbre.

Eso los hizo retroceder. Era bien sabido que Kaul Hilo no tenía ninguna tolerancia a que la prensa siguiera a los miembros de su familia, especialmente a Wen y a Ru; en buena parte por motivos de seguridad, pero en mayor medida porque pensaba que los periodistas eran unas sanguijuelas. Despreciaba a los Koben por su afición a complacerlos.

—Vámonos —ordenó Lott a sus dedos—. Aquí hemos acabado.

—Nosotros encontramos a esos criminales. ¿Vamos a dejar que Montaña se lleve todo el mérito? —se quejó Kenjo—. Creo que Ayt Ato ni siquiera ha desenvainado el cuchillo. ¿Qué sacamos de esto?

Lott se volvió hacia el dedo con una mirada sombría.

—Hemos impedido que esos traficantes de armas extranjeros pongan subfusiles Fullerton en manos de la escoria desclanada, eso es lo que sacamos. ¿Has olvidado que los extremistas estuvieron a punto de matar al pedestal y todavía quieren destruir el país? Hoy hemos ayudado a Montaña en el Muñón, y Aben Soro hará lo mismo por nosotros en alguno de nuestros territorios otro día. ¿Recuerdas lo que significa ser un huesos verdes, o crees que estamos aquí para salir por televisión?

Kenjo bajó la mirada avergonzado.

—Perdóname por haber pensado de forma tan egoísta, Lott-jen.

—No te preocupes por lo que ha pasado ahí —Lott se dirigió de repente a Niko para darle ánimos—. Tendrás muchas más oportunidades.

Niko deseó que Lott no hubiera dicho nada; ahora sabía que era cierto, que no eran imaginaciones suyas. Todo el mundo estaba esperando que hiciera algo que lo distinguiera, que causara tanta impresión como Ayt Ato. Podría haber sido aquella noche; podría haber sido el momento de enmendar su reputación después del incidente con Kitu, pero al final no habían salido así las cosas.

Otros tres huesos verdes de Montaña llegaron para ayudar a los Koben, que estaban junto a media docena de civiles. Cuatro hombres y dos mujeres se habían arrodillado en la acera cubierta de cristales rotos frente al destrozado Noches de Tialuhiya, entre ellos el camarero y los dos empleados del salón de billar. Algunos lloraban o suplicaban a los huesos verdes; otros estaban callados y resignados, con la cabeza gacha. Sando Kin, con un tosco vendaje en el brazo herido, salió de la peluquería de al lado y arrojó al suelo al peluquero al lado de los otros, pese a sus protestas.

Ayt Ato dejó de hablar con los periodistas pero comprobó con una mirada hacia atrás que estaban pendientes de él mientras se acercaba a la fila de uwiwanos arrodillados. Ato estudió todas las caras con preocupación y decepción. Al final se detuvo.

—Todos trabajabais en el salón de billar y en las tiendas cercanas —declaró con voz nítida y resonante—. Sabíais que los hombres que venían esta noche eran criminales y enemigos del clan. Si lo negáis, todos los huesos verdes que hay aquí Percibirán vuestras mentiras. —Un intérprete de la policía tradujo las palabras del puño al uwiwano con un megáfono, para que todos los residentes y mirones las pudieran oír—. Podríais haber acudido a cualquier dedo con esta información, pero elegisteis dar refugio en vuestro barrio a esos perros desclanados. Ya no estáis en las islas Uwiwa, un lugar sin ley donde vuestros actos no tienen consecuencias.

—Allá vamos con el drama… —murmuró Lott entre dientes. Se acercó al Lumezza, examinó el faro trasero roto y escupió al suelo, disgustado. Subió al coche. Sim y Kenjo lo imitaron.

—Los elementos extremistas son como células cancerosas en un cuerpo. Hay que identificarlos y extirparlos, y aquellos que alimenten el cáncer tendrán que responder.

Ato debía de haber recibido un entrenamiento intensivo, porque ya era casi tan buen orador como su tía Mada. Su rostro suave mostraba una expresión seria y decidida. Todos los ojos y todas las cámaras lo

siguieron con avidez. Poco antes, aquella misma noche, Niko había deseado poder hacer acopio de más antipatía personal hacia aquel hombre. De repente le resultó fácil.

—Si cometo una ofensa contra mi clan, me cortaré la oreja y llevaré la cicatriz de la deshonra el resto de mi vida —siguió Ato—. Cualquiera que apoye las actividades anticlanes, por acción o por omisión, debería dar la cara ante sus vecinos todos los días con la vergüenza de su mala conducta, para que recuerde siempre la necesidad de ser mejor.

Koben Ashi empuñó una tubería de acero. Mientras el intérprete de la policía repetía las palabras de Ayt Ato en uwiwano, Koben encendió un soplete de butano y aplicó la llama al extremo de la tubería hasta que estuvo al rojo. Sando Kin sujetó al pataleante dueño de la peluquería mientras Koben presionaba el metal contra su mejilla. El peluquero soltó un grito capaz de despertar a los muertos. El olor nauseabundo de la carne quemada llegó hasta la nariz de Niko. Cuando Sando soltó al hombre, este cayó en la acera retorciéndose de dolor, con un círculo perfecto marcado a un lado de la cara. Koben Ashi recalentó la tubería con el soplete y pasó al siguiente de la fila.

Niko abrió la puerta del acompañante y entró en el Lumezza. Lott Jin tenía los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba el volante, y su rostro era una máscara rígida. El primer puño era un luchador feroz, pero la imagen de la crueldad contra criaturas indefensas podía desquiciarlo. Niko había oído el rumor de que, una vez, Lott había dado una paliza a otro puño por patear a un perro. Lott arrancó el coche, metió la primera y maldijo al verse obligado a serpentear lentamente entre los otros vehículos parados en la calle.

Unos periodistas de las furgonetas de noticias corrieron tras el Lumezza.

—Kaul-jen —le dijo uno a Niko—, ¿su familia seguirá el ejemplo de Montaña y marcará a los simpatizantes de los desclanados que capture en los territorios de su clan?

—No contestes —ordenó Lott a Niko. Salió por fin del atasco y siguió por la calle Banya en dirección al territorio de Sin Cumbre—. Esto va para todos. Hay cuatro personas que pueden hacer declaraciones en nombre del clan: el pedestal, el hombre del tiempo, el cuerno y el confirmador. Vosotros no sois ninguna de ellas.

—Tampoco lo es Ayt Ato —señaló Niko. Estaba furioso, pero la sensación era indeterminada, sin forma; estaba asentada en la boca del estómago, dentro de la cáscara verde de sí mismo, ahora llena de dudas negras. Lott Jin bufó.

—Ayt Ato lleva el apellido Ayt como una corona, pero es el

príncipe de la familia Koben. Príncipe de una tropa de monos.

Niko no dijo nada más, pero pensó, en una revelación discordante: «Sí, eso es. Ayt Ato sabe que es un príncipe». Lott Jin y Ayt Ato tenían una cosa importante en común: comprendían quiénes se suponía que eran.

Niko no tenía esa sensación. Albergaba demasiadas dudas; había visto demasiadas cosas que lo hacían sentirse inseguro. No se veía cualificado para ser el futuro pedestal de Sin Cumbre por ningún otro motivo que el de su linaje, ni se sentía obligado a aceptar ese destino cuando cualquiera con una pizca de lógica sabía que la herencia no era suficiente. A menudo se preguntaba qué le faltaba, qué pasaba por alto, qué otras posibilidades había tras puertas que se le habían cerrado sumariamente cuando era demasiado joven para saber que existían.

Apoyó la cabeza en la ventanilla y vio pasar las calles de Yanlún, lleno de una curiosidad indefinida pero intensa y de una hosca desesperación.

Capítulo 32

Transiciones

Año decimonoveno, octavo mes

EL Templo del Divino Retorno estaba lleno de gente; casi todos eran huesos verdes del clan Montaña. Todos los cojines estaban ocupados; Shae se colocó en la última fila y se arrodilló en el suelo. Llevaba pamela y gafas de sol, de modo que los miembros de bajo nivel del clan que estaban arrodillados cerca de ella, al final del santuario, no la reconocieron, y había tantas auras de jade en el edificio que confiaba en pasar desapercibida. Aun así, al otro lado de las líneas de cabezas distinguió a Ayt Madashi, arrodillada justo en primera fila. Cuando la mirada de Shae se le posó en la espalda, el pedestal giró lentamente para echar un vistazo a la multitud de caras que había tras ella. Quizá Shae solo había imaginado que Ayt Percibía su entrada, que los ojos entrecerrados intentaban localizarla entre las sombras de la esquina de aquella sala, donde se habían enfrentando fatídicamente en el pasado. Ayt tenía la cara empolvada de blanco y llevaba un pañuelo blanco atado al cuello, ocultando la horrible cicatriz que Shae sabía que había debajo.

Ayt Mada volvió a mirar al frente y reanudó la letanía de los penitentes.

Shae susurró junto a todos los demás, recitando la promesa contenida en los textos del Retorno de que, un día, las almas virtuosas ascenderían a la divinidad y se reunirían con su familia en el Cielo.

Quizá no debería estar allí. No era miembro de Montaña, ni siquiera una persona respetuosa ajena al clan. No había conocido ni querido a Nau Suenzen. Había sido su enemiga y lo habría mandado al más allá si hubiera tenido la oportunidad cuando él era el cuerno. Nau

Suen no ejemplificaba las cuatro Virtudes Divinas de la humildad, la compasión, el valor y la bondad. Durante cincuenta años había sido el asesino más leal y astuto de la familia Ayt; había degollado a generales shotarianos; a Eodo, el hermano de Ayt Mada, y a todos los varones de la familia Ven. Y Shae estaba segura de que también había asesinado al canciller Son Tomarho. Después de todo aquello se había retirado, y había sucumbido no a un filo enemigo, sino a una enfermedad respiratoria a la edad de setenta años; había muerto pacíficamente mientras dormía a pesar de todas las vidas que había segado con violencia.

Shae no estaba segura de que mereciera oraciones, pero, por otra parte, ¿quién las merecía? Ella había rezado por las almas de hombres como su abuelo, Yun Dorupon y Maik Kehn; sin duda, si su hermano Hilo o ella estuvieran en el ataúd, habría gente que no los consideraría más merecedores que Nau Suen del reconocimiento de los dioses. Aunque Nau había sido su enemigo, no podía olvidar la mirada de esos ojos ancianos aquella tarde en el piso de Anden, cuando sostenía a Ayt Mada en sus escuálidos brazos. Shae nunca había visto a Ayt Mada inclinarse en el templo, pero ahora, el pedestal de Montaña tocó el suelo con la frente y siguió así mientras los penitentes alzaban sus voces.

«Espero que estés sufriendo». A Shae le causaba cierto placer salvaje pensar que Ayt podía sentir la pérdida, que podía llorar la muerte de un amigo. Otra cosa no sería justa; la balanza jamás se podría equilibrar entre ellas.

—Que los dioses lo reconozcan —coreó en un murmullo.

Y ¿por qué no lo iban a reconocer? Cuando llegara el día del Retorno, los dioses no podrían separar a los dignos de los indignos sin romper familias. Deberían reconocerlos a todos, defectuosos como eran, imperfectos en las Virtudes Divinas…, o no reconocer a ninguno.

Shae se levantó y abandonó el funeral junto a los primeros que se marchaban. Docenas de coches llenaban el aparcamiento y todos los espacios disponibles que había en las calles. Chóferes privados y taxistas se detenían junto a la salida. Shae se alejó caminando y se detuvo en la esquina, observando. La muerte de Nau Suen, aunque no había tenido nada de dramático, era digna de aparecer en las noticias. Periodistas y cámaras de televisión esperaban fuera, abanicándose para aliviar el calor pegajoso e intentando captar a los miembros importantes del clan Montaña cuando abandonaban el templo.

Se despertó un frenesí de actividad y conversaciones cuando Ayt Ato salió del templo, rodeado de un tropel de parientes. Los miembros del clan lo saludaron y se acercaron para darle el pésame, a pesar de

que no guardaba el menor parentesco con Nau Suenzen y estaba estudiando en Wie Lon, ni siquiera era dedo todavía, cuando Nau se retiró. «Es tan joven…», pensó Shae. Entonces, con un sobresalto, recordó que ella tenía la misma edad cuando se convirtió en el hombre del tiempo de Sin Cumbre.

Un periodista hizo una pregunta a Ato, y el cámara que lo acompañaba enfocó el atractivo rostro del puño.

—Nau Suenzen fue un ejemplo para mí, casi como un segundo abuelo —declaró—. Estuvo lleno de energía y determinación hasta el final; era tan verde en cuerpo y alma como el mismísimo Baijen.

Ayt Mada salió del templo. El pedestal de Montaña se veía tan erguida y dominante como siempre, pero caminaba más despacio que antes. Shae se preguntó si se debería a la pena o si el cuchillo que la hija de Ven le había hundido en el cuello había causado algún daño físico irreparable que nunca se hubiera hecho público. Shae se bajó el ala del sombrero, aunque eso no habría hecho mella en la capacidad de Ayt de Percibirla. Pero la mujer ni siquiera echó una ojeada en dirección a Shae. Del mismo modo, hizo caso omiso de los leales al clan que pretendían presentar sus respetos y darle el pésame. Pero sí echó una rápida mirada de desprecio a la escena que rodeaba a Ayt Ato, y dijo secamente algo en voz demasiado baja para que Shae lo pudiera oír.

El joven se envaró. Shae no pudo ver la expresión de su cara cuando se apartó de los periodistas y siguió obedientemente a su tía hacia los coches que esperaban. Aben Soro sacudió la cabeza hacia dos huesos verdes, que empezaron a dispersar a los periodistas cortés pero firmemente e impidieron que los siguieran. Ayt Mada entró en el asiento delantero de su Stravaconi Primus S6 plateado, y Ayt Ato se sentó detrás. Unos minutos después, la muchedumbre reunida frente al templo había desaparecido, y solo quedaba el bullicio habitual de una tarde de verano en las calles aún llenas de los restos del desfile y los fuegos artificiales de la semana anterior. El Día de los Héroes. Una época del año verdaderamente adecuada para que un viejo veterano de guerra como Nau Suen abandonara el mundo.

Shae paró un taxi y le dijo al taxista que la llevara a la hacienda Kaul. Se preguntó si Ayt Mada habría puesto a su sobrino en su sitio porque consideró que sus actos estaban siendo superficiales e indignos de un futuro pedestal. Ayt sabía cómo usar los medios de comunicación y cómo alimentarlos con información que exaltara a Montaña y perjudicara a sus enemigos, pero no se rebajaba ante la prensa ni le daba titulares frívolos.

Los Koben, por el contrario, no tenían ningún escrúpulo a la hora

de aparecer en programas de entrevistas u organizar espectáculos fotografiables. Quienes creían que la estrella de la familia caería tras la muerte del vocinglero Koben Yiro no contaban con que su viuda aprovecharía su condición de mártir para conseguir más prominencia y un asiento en el Consejo Real.

—Es un consuelo pensar que, probablemente, Ayt Mada encuentra a Koben Tin Bett tan insoportable como yo —había comentado Wen con una acritud sorprendente cuando oyó la noticia de la victoria en las elecciones. A Shae le parecía poco probable que Ayt Mada pudiera tener envidia o sentirse amenazada por la popularidad de la familia Koben, ninguno de cuyos miembros poseía una fracción de su habilidad ni de su fama como líder huesos verdes. Por otro lado, seguro que no había olvidado que, cuando la ciudad la daba por muerta, los Koben se habían apresurado a hacer una declaración antes siquiera de que hubiera aparecido su cadáver.

El taxi llegó a las puertas de la hacienda Kaul. Cuando Shae entró en la casa del hombre del tiempo, Tia corrió a sus brazos y le esparció pintura de dedos por toda la blusa y la falda.

—¡Mamá, estás en casa! ¡Estoy dibujando con papá!

Shae dejó que su hija la llevara a la cocina, en cuya mesa habían desenrollado y fijado un gran trozo de papel. Impresiones coloridas de manos pequeñas de niño y mucho más grandes de adulto se habían convertido en mariposas, pájaros y otros animales.

—Las pequeñas son mías, y las grandes, de papá —declaró Tia.

—Ya me parecía raro que tus manos se hubieran vuelto tan grandes —azuzó Shae.

—Qué tonta, mamá. —Tia se echó a reír—. Jaya dice que no eres divertida, pero yo creo que sí.

Woon apareció y meneó la cabeza a modo de disculpa al ver el estado de la ropa de Shae.

—Es pintura lavable —dijo—. Me figuré que este cochinillo necesitaría de todas formas un baño antes de cenar.

Cuando Woon, el año anterior, había dejado el puesto de confirmador del clan y se lo había transmitido a Terun Bin, Shae pensó, preocupada que quizá estuviera cometiendo un error. No estaba muy convencida de que un hombre que había sido uno de los huesos verdes de mayor categoría de la calle del Barco pudiera ser feliz pintando con los dedos con una chiquilla de cinco años y preparando bocadillos. Pero Woon había parecido muy seguro de su decisión.

—Me he pasado muchos años a las órdenes de una mujer dura y pequeñaja y ocupándome de los detalles ingratos —le recordó—.

Estoy bien preparado para este trabajo.

—Eso no es justo —protestó Shae—. No soy pequeñaja.

La verdad era que tenía envidia del tiempo que su marido y su hija pasaban juntos. Woon había esperado tanto tiempo a tener hijos que ahora disfrutaba siendo padre, y la realidad era que no se había recuperado tan bien como Hilo del atentado de Yanlún. Había quedado sordo de un oído y caminaba con una leve cojera, y Shae sabía que, por estoico y humilde que pareciera, eran cosas que le herían el orgullo y habían contribuido a su decisión de retirarse de las exigencias de la vida del clan.

Pero Woon no había dejado de prestar atención a los asuntos relacionados con Sin Cumbre, y los analizaba con ella asiduamente.

—¿Has visto las noticias sobre el Acuerdo de Lybon? —Sin esperar respuesta, cogió el mando a distancia y encendió el televisor de la sala de estar. Los comentaristas de la RNK estaban debatiendo la aprobación de un acuerdo internacional sin precedentes que establecía directrices éticas para el uso militar del jade bioenergético. Ochenta y cinco países, liderados por la República de Espenia e incluido Kekon, habían celebrado una cumbre en Stepenland para condenar e ilegalizar los programas de reproducción, los campos militares de niños, la adicción forzada y la ingestión de jade pulverizado.

Shae mojó un trapo de cocina y limpió la pintura de las manos de Tia mientras miraba las noticias. El Acuerdo de Lybon era consecuencia de un informe detallado sobre el programa nekolva de Ygutan, publicado el año anterior por las fuerzas armadas espenias. Era en su mayor parte una recopilación de testimonios de primera mano de desertores ygutanos, en especial de un antiguo agente nekolva al que se referían solo como «Agente M».

—Así que la República de Espenia ha convencido a la mayor parte del mundo para que sancione a sus enemigos —dijo Shae.

Woon retiró con cuidado la obra de arte de su hija de la mesa de la cocina y la dejó aparte para que se secara la pintura.

—Acabar con el programa nekolva es algo bueno. —En Kekon habían circulado historias durante años sobre mujeres de tribus abukei y de zonas empobrecidas a las que habían atraído con engaños o secuestrado, y a las que habían obligado a ser madres surrogadas en el continente de Orius—. Pero los espenios están negándole justicia a Kekon.

—Es algo que nunca reconocerán —dijo Shae con amargura—. Y no tenemos pruebas fehacientes para demostrar sus malas acciones.

Aunque estaba ampliamente extendida la creencia de que el atentado de Yanlún había contado con apoyo extranjero, ni los clanes

ni las fuerzas de la ley habían podido encontrar pruebas de que Ygutan estuviera implicado, ni dieron con los responsables. Varios miembros del Movimiento por un Futuro Sin Clanes habían revelado en interrogatorios que un extranjero llamado Molovni era una figura clave del MFSC, pero ese tal Molovni, si existía, era un fantasma.

Shae estaba segura de que no se había esfumado. O bien la República de Espenia lo había capturado, o bien le había ofrecido asilo a cambio de su deserción. Molovni, o el «Agente M», como ahora lo conocía el mundo, estaba bajo custodia espenia y jamás se presentaría ante la justicia para responder por el asesinato de cientos de ciudadanos kekoneses.

Las noticias de la RNK informaban de que el Comisariado de Ygutan había emitido una declaración desafiante en la que describía el Acuerdo de Lybon como falso alarmismo espenio. La exigencia de que Ygutan sometiera su programa nekolva a inspección internacional era un intento descarado de inmiscuirse en su soberanía, declararon los portavoces de Dramsk. Pasaron a publicidad y Woon apagó el televisor.

Shae escurrió el trapo en el fregadero y contempló el agua sucia que salía haciendo un remolino por el desagüe.

—Papi, ¿me equivoqué al hacer tratos con los espenios? —Su marido era la única persona ante la que había planteado sus peores dudas—. Me han atacado mucho tiempo por ello, pero siempre pensé que estaba haciendo lo correcto para el clan a largo plazo. Ahora ya no estoy tan segura.

Durante muchos años había intentado caminar con Sin Cumbre por la cuerda floja, beneficiándose de los extranjeros pero sin caer presa de ellos. Pero desde el atentado le parecía que el país giraba arrastrado por una tormenta, sufriendo manipulaciones y abusos de fuerzas internas y externas.

Woon le cogió el trapo de las manos y le limpió la mancha más grande de la camisa.

—Los extranjeros llevan toda la vida viniendo para intentar quedarse con Kekon y con nuestro jade —le recordó con seriedad—. Estarían aquí, fueras el hombre del tiempo o no. A nadie se le habría dado mejor gestionar ese asunto sin perder de vista los intereses de Sin Cumbre.

—¡Mamá! ¡Mira, mamá! —interrumpió Tia, cogiendo la mano de Shae e intentando llevarla a la merienda que había organizado para sus muñecas.

—Perdona, Tia, no puedo jugar ahora mismo.

—¿Tienes que volver a trabajar? —se quejó la niña, poniendo

morritos.

—Solo una hora o así —dijo Shae. A pesar de que que le gustaría pasar más tiempo con su familia, a veces se preguntaba si estaba cualificada para ser la madre de Tia. Confiaba en ser capaz de afrontar casi cualquier situación que surgiera en la calle del Barco, pero no de cumplir las peticiones de la chiquilla cuando se trataba de inventar cuentos para las muñecas—. Papá y tú vendréis luego a la casa grande, y cenaremos todos juntos con unos invitados.

—¿Con quiénes vamos a cenar? ¿Habrá más niños?

—Estarán Ru y Jaya —dijo Shae, aunque apenas cumplían los requisitos. Jaya ya tenía dieciséis años y estaba a punto de pasar al séptimo curso de la academia. Ru era un año mayor, y Shae se preguntaba a veces si Niko había sido niño alguna vez. Tia no tenía hermanos ni primos de una edad cercana a la suya.

—¡Son niños grandes! —objetó Tia.

—Tú también serás grande.

Tia negó con la cabeza, los ojos muy abiertos.

—No quiero ser nunca una niña grande.

—¿No? —preguntó Shae con curiosidad—. ¿Por qué?

—Los niños grandes tienen que aprender a pelear —Se le abrazó a las piernas, nerviosa—. Cuando me caí y me sangró la nariz y lloré, Jaya dijo que tenía que acostumbrarme a la sangre. Dice que los niños grandes no lloran cuando se hacen daño.

Shae pensó que quizá no hubiera sido buena idea pedir a su sobrina que hiciera de canguro. Jaya carecía por completo de tacto. Shae se agachó y la abrazó.

—No todos los niños grandes son iguales. Pero si eso te preocupa, puedes seguir siendo una niña pequeña todo el tiempo que quieras. No me importa.

Shae se puso ropa limpia y fue a la mansión principal. Ru estaba haciendo los deberes en la mesa del comedor, masticando el extremo del lápiz. Koko estaba tumbado bajo la mesa, a sus pies, masticando un juguete de goma.

—Hola, tía Shae —dijo Ru, levantando la vista un momento antes de devolver su atención a los libros. Estaba en el último curso del instituto y faltaban pocos meses para los exámenes finales.

Wen salió de la cocina y le sacó el lápiz de entre los dientes.

—No hagas eso —reprendió—. Es una mala costumbre y te hace parecer débil y nervioso. —Shae se asomó a la cocina, donde su madre y las criadas estaban trabajando, y vio algunos de los platos que preparaban: pescado en caldo de leche, lonchas de cerdo frío en salsa de pimienta, verduras con ajo, tallarines fritos—. No quieran los

dioses que nuestros invitados piensen que somos malos anfitriones y no les damos de comer bien —dijo Wen. Shae, que no había tenido la casa limpia desde que nació Tia, se fijó con envidia en que la mansión principal estaba inmaculada. Azucenas estrelladas recién cortadas, símbolo de amistad, perfumaban el vestíbulo desde elegantes jarrones. Wen afirmaba que nunca había deseado ni esperado el papel público de esposa del pedestal, pero se había convertido de todas formas en una anfitriona consumada—. El pedestal y el cuerno están en el despacho —le dijo a Shae.

Al entrar, Shae se encontró a Hilo y a Juen muy serios, enfrascados en una conversación.

—Lott Jin ha cambiado mucho desde que era un dedo —estaba diciendo el cuerno—. Es diligente y justo con todos, quizá un poco temperamental unas veces y un poco blando otras, pero no cabe duda de su verditud. Cuida de su madre y sus hermanos. Mi única preocupación es que no tiene esposa ni hijos, lo que parece un poco desafortunado a su edad. —Juen soltó una exhalación pensativa—. Como primer puño, sin embargo, ha sido excelente, y es la persona más apta para el trabajo de cuerno. Es tu decisión, Hilo-jen, pero es en quien yo confiaría.

Ascender a alguien al círculo más alto del liderazgo del clan era equivalente a convertirlo en miembro honorario de la familia Kaul. Viviría en la hacienda, cenaría en la mansión y gozaría de la máxima confianza. Era una decisión que había que tomar con mucho cuidado, y el carácter de la persona era tan importante como su capacidad.

—Si después de todo decides que no estás preparado para retirarte, simplemente dilo —le dijo Hilo a Juen—. Solo tienes cuarenta y cinco años.

—Cuarenta y cinco años son demasiados para un cuerno —dijo Juen con pesar—. Estar en el lado más verde del clan es como cumplir años de perro; lo sabes, Hilo-jen. Mi mujer y yo apenas teníamos tiempo para nosotros de jóvenes, cuando aún no teníamos cuatro hijos y la vida de un puño, así que siempre le dije que se lo compensaría más adelante.

—Entonces tienes que cumplir tu promesa, por supuesto —dijo Hilo con una sonrisa comprensiva—. He observado a Lott Jin durante años y estoy de acuerdo con todo lo que has dicho. Lo nombraré nuevo cuerno en tu fiesta de despedida. —El pedestal miró a Shae cuando entró—. ¿Por qué has tardado tanto?

Shae dudó si decir que había ido al funeral de Nau. Cuando Hilo se enteró de su muerte, había bufado: «Que le vaya bien a esa vieja víbora. Jamás conocí a un cuerno que me cayera peor. Ni siquiera

Gont Asch, y ese cabrón mató a un montón de mis puños y dedos y casi me mandó a la tumba. Pero al menos venía de frente. Nau Suen era retorcido de cojones».

En vez de responder, abrió el bolso, sacó un sobre acolchado y se lo tendió a Juen Nu.

—El último regalo de nuestros amigos espenios.

Juen abrió el sobre cuadrado y sacó un disquete.

—La amistad espenia —dijo Hilo con una mueca— dura lo mismo que una mamada barata. Cada vez que intentamos sacar el tema de la minería marina nos mandan a la mierda. Y luego dan media vuelta con una sonrisa y dicen que quieren ayudarnos.

Dos agentes de inteligencia militar de la República de Espenia habían acudido al despacho del hombre del tiempo seis meses después del atentado de Yanlún. Tras presentarse como los agentes Berglund y Galo, se sentaron frente a la mesa de Shae.

—Señora Kaul-jen —había dicho Berglund, el de pelo claro—, la República de Espenia apoya con firmeza a Kekon en la lucha contra el terrorismo político radical.

Galo, su compañero kekoespenio, sacó un sobre del maletín y lo dejó en la mesa de Shae.

—Los clanes de huesos verdes han estado combatiendo esta amenaza con una rapidez y una eficacia impresionantes, y queremos contribuir a vuestra tarea compartiendo nuestra información sobre el Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Nuestros superiores confían en que esto os ayude a desmantelar el MFSC.

—¿Por qué no lo han compartido con el Consejo Real o los militares kekoneses? —preguntó Shae a los extranjeros. Galo se inclinó hacia delante.

—Tenemos establecida una relación con tu clan. Con Cormorán. —Shae se envaró al oír el nombre clave que le habían asignado los militares espenios hacía más de veinte años—. Estamos razonablemente convencidos de que tu clan no tiene lazos con los intereses ygutanos. —No se podía decir lo mismo de Montaña, que tenía allí negocios legítimos e ilegítimos.

Cuando los dos hombres se levantaron para marcharse. Shae apoyó las manos en la mesa y se puso en pie.

—Es una lástima —había dicho con voz tan fría como una placa de hielo— que no recibiéramos esta información antes de que cientos de personas perdieran la vida.

Los dos hombres se habían detenido junto a la puerta. Berglund se había girado a medias y había contestado con mirada inexpresiva:

—El atentado de Yanlún fue una tragedia horrible. Todos

desearíamos que se hubiera podido prevenir, pero no hay motivos para culpar a nadie. Lo importante ahora es impedir que vuelva a ocurrir algo así, ¿no estás de acuerdo?

Después de aquella visita, a la oficina del hombre del tiempo había llegado información periódicamente. Los disquetes contenían nombres de miembros y afiliados del Movimiento por un Futuro Sin Clanes, direcciones de pisos francos y lugares de reunión, así como identidades de personas y de integrantes de grupos delictivos sospechosos de haber ayudado o suministrado al MFSC. Sin embargo, los espenios no eran completamente transparentes. Los documentos tenían partes tachadas, sin duda porque nombraban a agentes de su gobierno. Tampoco aparecía en ningún momento la menor mención de los nekolva ygutanos ni de un hombre llamado Molovni.

Shae pasaba la información que recibía a Juen Nu, quien la combinaba con los datos recabados por su impresionante red de espionaje. Cuando Juen se convirtió en el cuerno, a Shae no le pareció un líder con mucha presencia personal, comparado con Hilo o con Kehn. Pero resultó que una mente maestra operativa era el cuerno perfecto para aquel momento. A lo largo de sus dieciséis años en el puesto, mucho más tiempo que ningún otro cuerno de la historia de Sin Cumbre, Juen Nu había convertido al lado militar del clan en una herramienta más ágil y con mayor capacidad de reacción. Había distribuido las responsabilidades, ampliado las capacidades técnicas del clan y mejorado inmensamente la red de informantes. Juen era la causa principal de que los esfuerzos por aplastar a los desclanados tuvieran tanto éxito. Prudente y nada sentimental, coordinaba las operaciones con Montaña, pero nunca confiaba en ellos; comprobaba personalmente y por triplicado cualquier cosa. Aben Soro, en el clan Montaña, comandaba a más efectivos y era un cuerno más visible, pero Sin Cumbre estaba dirigido con más firmeza. A Lott Jin le habían dejado el listón muy alto.

Juen guardó el disquete en el sobre.

—Últimamente, los espenios no nos están dando gran cosa que no sepamos ya. El material del principio era útil y detallado; debía de proceder de espías infiltrados en el MFSC. Ahora casi todo son conjeturas y conexiones poco fiables.

—Sigo recibiendo llamadas —dijo Shae—. De dentro del clan, de la prensa, de nuestra gente en el Consejo Real… Nos preguntan por nuestra postura sobre el marcaje.

Juen soltó un bufido.

—No sirve para nada. Es un número publicitario más que otra cosa.

Shae pensaba que aquella práctica, aunque popular, era cruel y sin sentido, y habitualmente se dirigía a inmigrantes, pero su trabajo como hombre del tiempo era señalar las ramificaciones de cualquier decisión.

—Hay quienes dicen que no hacemos lo mismo que Montaña por orgullo o por debilidad.

—Los que dicen eso son unos idiotas estrechos de miras —dijo Juen—. Marcar a los simpatizantes de los desclanados solo hace que les sea más fácil reconocerse entre ellos y les da un motivo más para sentirse unidos en su enemistad hacia la sociedad. Y los marcados por error se verán empujados hacia el Movimiento por un Futuro Sin Clanes aunque al principio no estuvieran en él.

Hilo entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se recostó en el sillón mientras meditaba el asunto.

—Juen es el cuerno. Confío en su juicio. Las personas que ayuden a los desclanados deben recibir su castigo, pero no hay razón para que nuestros puños hagan lo mismo que los Koben en el territorio de Montaña.

Juen asintió, satisfecho con el veredicto. Shae se sentó en el sillón libre y pensó en lo que había visto aquella tarde cerca del Templo del Divino Retorno.

—Dudo que Ayt Mada crea del todo en los métodos de los Koben —reflexionó—. En el pasado se ha asociado con barukanos, uwiwanos e ygutanos. Ha introducido extranjeros en el clan Montaña. Trabajará con los extranjeros mientras resulten útiles para sus fines, pero la familia Koben los pone en el punto de mira y se opone a ellos por principio.

—Ato es un tradicionalista joven y popular —señaló Juen—. Ayt Mada cumplirá los sesenta en un par de años y la gente empezará a preguntarse cuándo se retirará. Si planea nombrar sucesor a Ato, tiene que dejarle mostrar algo de fuerza. —El cuerno frunció los labios—. Quizá esté dispuesta a dejar que los Koben se salgan con la suya en algunas cosas, incluso si antagonizan a parte del clan, mientras sigan apoyándola y esperen su turno.

—Hasta los tigres más grandes se hacen viejos. —Hilo cogió su encendedor de plata y lo hizo girar distraídamente entre los dedos—. Pero si los Koben creen que Ayt Mada va a ceder pronto el liderazgo a ese guapito de cara, están alucinando. La vieja zorra va a ser peor que el abuelo, que los dioses lo reconozcan, que se aferró al poder hasta que se lo arrancaron de las garras marchitas. —Hizo caso omiso de la mirada de reproche de Shae por la falta de respeto a su antepasado—. Ayt está usando a los Koben como usa a todo el mundo. Ahora mismo,

todos estamos de acuerdo en eliminar a los desclanados. Pero no va a dejar que el celo de los Koben perjudique a los negocios de Montaña en el extranjero, ni las alianzas barukanas. Mientras tenga a su sobrino esperando, los tiene sujetos con una correa.

«Y gracias sean dadas por ello». Shae temía que llegase un día en que se arrepentiera profundamente de haber salvado la vida a Ayt Mada, pero por ahora debía reconocer, aun a regañadientes, que se alegraba de que su vieja enemiga viviera y siguiera al mando de Montaña. Exterminar al MFSC era una cosa, pero los Koben eran el epítome de un retroceso reaccionario mayor que, si no se controlaba, llevaría a políticas igual de extremas: cancelación del comercio, expulsión de los extranjeros, medidas más draconianas contra cualquier cosa que se percibiera como pensamiento anticlanes…

Llamaron a la puerta del despacho. Entró Wen, con el pelo sujeto en una elegante espiral y un vestido de cuello alto de color verde bosque que hizo que Shae se sintiera cohibida de repente por no haberse puesto algo más elegante ni haberse retocado el maquillaje.

—Han llegado los invitados —dijo Wen.

Hilo, Juen y Shae se levantaron para recibir a Icho Dan, el pedestal del clan Jo Sun, que iba acompañado por su hombre del tiempo y su cuerno. El antiguo pedestal y el anterior hombre del tiempo de Jo Sun habían muerto en el atentado de Yanlún. Desde entonces, Icho se había esforzado valerosamente por estar a la altura de su difunto hermano lo mejor que podía. Pero aunque era un líder competente, tenía problemas de salud que le dificultaban portar jade, y nadie podía llevar el lado de negocios del clan tan bien como el anterior hombre del tiempo. Aquel era el punto débil de los clanes menores: muchos no tenían una buena cantera de huesos verdes con talento, y perder a sus líderes clave era una sentencia de muerte. En los años que siguieron al atentado de Yanlún, varios clanes menores se habían combinado entre ellos o se habían visto absorbidos por uno de los clanes mayores. El año anterior, Montaña se había anexionado pacíficamente al clan Cola Negra, de Gohei. Icho Dan había entablado conversaciones con Sin Cumbre seis meses antes. Aquel día, el clan Jo Sun dejaría de existir.

Los grandes clanes se estaban haciendo más grandes. «Seguimos siendo dos tigres —pensó Shae sombría—, comiéndonos todo lo que podemos antes de que tengamos que enfrentarnos uno al otro».

Icho llevaba su mejor traje y corbata, y habló con voz decidida pero triste:

—Kaul-jen, he temido este día desde que murió mi hermano, pero también me llena de alivio y gratitud que haya llegado por fin. —Se puso de rodillas y se llevó las manos unidas a la frente. Su hombre del

tiempo y su cuerno se arrodillaron tras él, a los lados, reflejando las posiciones de Shae y Juen junto a Hilo—. El clan Jo Sun te pertenece, Kaul Hiloshudon. Su jade es tu jade. Sus negocios quedarán subordinados a tu hombre del tiempo. Sus guerreros morirán por tu cuerno. Tus enemigos son mis enemigos; tus amigos, mis amigos. Entrego el título de pedestal y juro lealtad exclusiva a Sin Cumbre. El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. Por mi honor, mi vida y mi jade.

Había lágrimas en los ojos de Icho cuando tocó con la frente la moqueta del despacho de los Kaul. Los otros líderes de Jo Sun lo imitaron, con dignidad y resignación. Cuando Icho se irguió, Hilo lo ayudó a levantarse y lo abrazó cordialmente.

—Lo que has hecho es algo muy duro, quizá lo más duro que puede hacer un hombre: sacrificar su orgullo, aunque sea por los motivos correctos, aunque no tenga alternativa. Los huesos verdes del clan Jo Sun son ahora huesos verdes de Sin Cumbre. Los trataré igual que a mis propios guerreros. Y la ciudad de Toshon es ahora territorio de Sin Cumbre: la haremos prosperar y la defenderemos tan fieramente como a cualquier distrito de Yanlún.

Shae se daba cuenta de que el pobre hombre no se creía del todo las palabras de Hilo, pero asintió agradecido.

—Gracias, Kaul-jen.

—Ahora que hemos pasado la peor parte, disfrutemos de una buena cena juntos —dijo Hilo, poniendo una mano en el hombro de Icho—. Mañana, cuando despiertes, quizá sientas tristeza, pero espero que te consuele el saber que por fin estás libre de un trabajo difícil que nunca pediste, y orgulloso de haber hecho lo que habría esperado tu hermano.

Capítulo 33

Testigos de la Verdad

ART Wyles, director general de Recursos Globales Anorco, pasaba dos semanas en meses alternos en su casa de Kekon. Wyles tenía seis residencias por todo el mundo. En Puerto Massy poseía la mansión de la isla de Jons, donde vivían su mujer y sus dos hijos, y el ático del centro de Quince, donde residía a su amante. Tenía una casa de campo familiar en la costa sur de Espenia, en las afueras de Resville; un piso de vacaciones pequeño pero lujoso en Marcucuo, y una casa de campo y viñedos en las verdes colinas de Karandi. Su residencia en la isla de Euman era relativamente modesta en comparación: un edificio colonial shotariano de dos plantas que se alzaba en un acantilado rocoso con vistas al océano Amárico, pero era donde prefería pasar el tiempo en aquella época.

Había dos motivos para ello. El primero era su negocio, que podía vigilar con prismáticos desde el solario. Aquella mañana, el mar tenía un color gris ceniza y estaba liso como una sábana, sin una nube ni una ola a la vista. Unas condiciones perfectas.

La minería marina tenía la capacidad de conseguirle un montón de dinero, pero era una empresa arriesgada. La inversión inicial había sido enorme, y los kekoneses, sobre todo los clanes de Yanlún que ejercían el auténtico poder en el país, eran bastante susceptibles ante el hecho de que los extranjeros sacaran y usaran el jade bioenergético. «Susceptibles» era una palabra suave, reconoció Wyles. «Homicidas» era más adecuada.

Los clanes habían saboteado sus barcos repetidas veces, causando retrasos graves y millones de thalires en daños materiales. Los kekoneses eran un pueblo brutal; Wyles no descartaba la posibilidad

de que intentaran asesinarlo. Eso no lo disuadió. Nadie se alzaba desde un barrio duro de clase trabajadora de Puerto Massy hasta los niveles más altos de la plutocracia espenia sin poseer una firme determinación y un insano apetito por el peligro. Poseía vastas riquezas, amigos poderosos y, lo más importante, una fe inquebrantable en Dios y en la Verdad. Combinadas, esas armas no solo lo protegerían, sino que le garantizarían el éxito al final.

El jade bioenergético de calidad era tan escaso y valioso que incluso una cantidad modesta cubriría los elevados gastos de la operación. Tras años de investigación y desarrollo, de fracasos y refinamientos, sus barcos estaban filtrando y removiendo suficiente agua, arena y gravilla para sacar un rendimiento considerable. Anorco era el único procesador no kekonés de jade bioenergético en todo el mundo. Ese pensamiento hizo que se le acelerara el pulso.

Había otro motivo por el que Wyles pasaba tanto tiempo en Kekon, y hacía que el pulso se le acelerara de otra manera. Se llamaba Lula. Cuando dejó los prismáticos y se apartó de la ventana, una escena aún más hermosa apareció ante sus ojos, entrando en la habitación con un batín de seda color lavanda anudado ligeramente a la cintura, dejando a la vista la piel blanca como la leche de los pechos y el abdomen. Dejó una bandeja con comida en la mesa. En una cesta, unos panecillos amarillos recién horneados, blandos como almohadas, humeaban tentadoramente. Las fruta que coronaba los cuencos de flan estaba dispuesta dibujando flores.

—Ven —llamó Lula—. Vamos a comer.

—Me mimas —dijo Wyle con una sonrisa. Le abrió la bata y le acarició los pechos, haciendo girar los pulgares sobre los pezones. Lula era el ejemplar más exquisito de mujer kekonesa que hubiera visto nunca, y se consideraba un experto en la belleza internacional. El centro de la ciudad de la isla de Euman estaba lleno de burdeles que atendían a los militares espenios, pero aunque Wyles paraba muchas semanas lejos de casa, jamás se planteó pescar en la charca común de los chicos de la Marina. Era un hombre rico de gustos refinados, de cincuenta y dos años; un viajero que había probado todo cuanto el mundo podía ofrecer en cuanto a comida, arte y mujeres. Su esposa era una elegante dama de sociedad que tenía el mejor gusto en todo. Su amante era una antigua modelo de pasarela que agraciaba las portadas de las revistas de moda. Así que hacía falta una clase especial de mujer para captar y mantener la atención de Art Wyles.

Había visto por primera vez a Lula en una cena privada ofrecida al embajador espenio, a la que asistieron otras cuatro cortesanas, pero Lula destacaba sobre el resto de las mujeres como un cisne entre

gansos. El recatado vestido negro que llevaba mostraba todas las curvas de su cuerpo esbelto y joven. Su cara tenía el brillo radiante de un lago a la luz de la luna, y estaba enmarcada por lustrosas cascadas del color de la tinta más negra. Cantaba y bailaba con gracia y belleza ultraterrenas. En cuanto la vio, Wyles supo que tenía que ser suya, pero temía no estar a la altura de sus expectativas. No debería haberse preocupado. El sexo con aquel ángel isleño era trascendente, un placer de otra dimensión.

Wyles organizó con rapidez un acuerdo de exclusividad con Lula. Siempre que iba a Kekon, la telefoneaba con tres días de antelación para que se preparara para su llegada. Vivía con él en la isla de Euman, le hacía la comida y compartía su cama todas las noches. Cuando regresaba a Puerto Massy, ella podía volver a Yanlún a visitar a su familia o ir de tiendas con la paga que le daba. Hablaba un poco de espenio y estaba aprendiendo más con rapidez. Era perfectamente agradable y considerada; se adelantaba a sus necesidades, pero nunca le exigía nada. Wyles suspiró. En Espenia no había mujeres así.

Se sentaron a disfrutar de la comida; después, Wyles le dijo:

—Querida, esta tarde espero a un visitante, y me temo que pasaremos horas hablando de negocios. ¿Por qué no te vas de compras o al gimnasio?

Lula se levantó, se inclinó hacia él y le dio un beso.

—Te esperaré, Arto-se. —Le encantaba la forma en que decía su nombre, al estilo kekonés; en aquella boca delicada sonaba fascinante. Cogió la bandeja vacía y salió de la habitación sin hacer el menor ruido, con los pies calzados con chinelas.

Wyles fue a la biblioteca con una taza de café recién hecho y un periódico mientras esperaba a que llegara su invitado. Sonó el teléfono de la mesa de despacho. Cuando descolgó, oyó la voz aflautada de Joren Gasson.

—Creo que toca felicitarte, Artie.

Wyles se agitó con incomodidad, alegrándose de que el hombre al otro extremo de la línea no pudiera ver su expresión.

—Parece que las noticias vuelan.

Por supuesto; Gasson, con todos sus contactos y siempre con una oreja pegada al suelo, sería de los primeros en enterarse de cualquier cosa que lo afectara, incluso si aún no era de dominio público. Wyles había esperado poder decírselo a su mujer y a sus hijos antes de recibir aquella llamada inevitable. «Pequeño Jo» Gasson era un amigo, pero la clase de amigo con quien Wyles prefería no hablar demasiado a menudo.

—Presidente electo de la Sociedad Armamentista —dijo Gasson

con orgullo—. No es mala manera de entrar en política por la puerta grande. Nada mala en absoluto. —La Sociedad Armamentista era una de las asociaciones de comercio más importantes de Espenia. Como su presidente, Wyles tenía garantizado el acceso al primer ministro e influencia sobre los políticos de la Asamblea Nacional—. Hemos llegado lejos, ¿eh?

—Vaya que sí. —Wyles miró el reloj; quería que Gasson soltara el teléfono.

—Somos amigos desde… ¿cuánto, ya? ¿Veinticinco años? A veces me maravillo al pensar que estuve ahí al principio, que fui la primera persona que dijo: «Ese Art Wyles llegará lejos». Siempre tuve un don para apostar sobre seguro.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí todos estos años; lo sabes. Escucha: dentro de un par de minutos tengo una reunión importante. Es sobre el negocio del jade. ¿Te parece que sigamos hablando más tarde?

—Claro, Artie —dijo Gasson—. Solo llamaba para decirte lo orgulloso que estoy.

—Gracias, Pequeño Jo. Eso es muy importante para mí. —Después de colgar dejó escapar un suspiro de alivio. Sabía que era tan solo uno entre muchos que cobraban de la banda de la calle Baker, igual que Joren Gasson, y se movía sin esfuerzo entre las esferas legales e ilegales de los negocios y la política; era uno de sus numerosos accionistas, y a la vez un activo y una carga. Wyles intentaba mantener a Gasson entre bambalinas lo máximo posible. En aquel momento tenía cosas más importantes en que pensar.

Con su característica precisión militar, Jim Sunto llegó a la hora exacta. Los guardias armados que protegían la casa de Wyles lo dejaron pasar; al fin y al cabo, eran empleados de la empresa de Sunto. Wyles había realizado una inversión considerable en Soluciones Internacionales Ganlu en sus primeros tiempos, y se había convertido en su primer cliente de importancia. SIG se encargaba de la seguridad de todas las operaciones de minería marítima de Anorco, además de disponer un destacamento de seguridad para el propio Wyles.

—Me alegro de verte, Jim —dijo, levantándose para recibir a su invitado—. Gracias por venir a mi casa. Creí que sería mejor tener esta conversación en un lugar privado, donde no pueda oírnos nadie. —Indicó al exángel que tomara asiento—. ¿Qué quieres beber?

—Whisky, si tienes alguna marca norteña —dijo Sunto.

—Por supuesto —dijo Wyles. Sacó una botella de una de sus destilerías favoritas de Cabo Glosset, en la costa de la bahía de Whitting—. ¿Aún no te has pasado al hoji, con todo el tiempo que

llevas aquí?

Sunto cogió el vaso que le ofrecía Wyles y dio un trago apreciativo.

—Supongo que soy un fracaso como repatriado. ¿Qué andas pensando, Art? —Sunto era así: siempre directo al grano—. Últimamente no ha habido muchos problemas. Los intentos de sabotaje se han reducido espectacularmente.

Desde el atentado de Yanlún, los clanes de huesos verdes habían estado demasiado ocupados eliminando a los elementos anticlanes para seguir con sus ataques a los activos y las instalaciones de Anorco. Wyles desestimó el asunto con un gesto y se sirvió una copa.

—Los matones con espadas de los clanes son un problema local. —Se sentó en un sillón de cuero, frente a su visitante—. El crecimiento de la influencia ygutana y esos blasfemos del Liberacionismo, por otro lado… Eso es una amenaza mundial.

—Que el Vidente nos guarde de las falacias de los contrarios a la Verdad —dijo Sunto con firmeza.

—Que todos veamos y compartamos la Verdad —añadió Wyles. Los dos levantaron los colgantes del Amanecer de Icana que llevaban al cuello y se los llevaron a los labios. Los testigos de la Verdad devotos comprendían que la Guerra Lenta contra Ygutan no era solo un conflicto económico y militar, sino también espiritual. Los liberacionistas, liderados por la orden religiosa ygutana de los protectos, enviaban misioneros por todo el mundo para predicar su religión de austeridad, afirmando que la Verdad conocida era incompleta y que sería revelada por los visionarios ygutanos, entre otras creencias heréticas.

Los misioneros no viajaban solos. Según la información obtenida por la inteligencia militar de la República de Espenia, los agentes nekolva llevaron la agenda contraria a la Verdad de aquel país más allá de sus fronteras. Los agentes especialmente entrenados y potenciados con el jade bioenergético espiaban para sus amos de Dramsk, ejecutaban asesinatos, y proporcionaban apoyo y material a los alzamientos proygutanos.

—He tenido conversaciones muy interesantes con funcionarios del Ministerio de la Guerra —dijo Wyles a Sunto—. ¿Qué sabes de la Operación Cortafuegos?

Sunto enarcó las cejas. Se recostó en el sillón y cruzó los brazos.

—Solo rumores que oí cuando me fui de los Ángeles —dijo lentamente—. Se supone que es un programa secreto aprobado por el primer ministro Galtz durante la guerra de Urtoko para combatir la expansión ygutana en cualquier lugar del mundo.

Wyles soltó una risilla.

—A estas alturas, parece que es el secreto más conocido de las fuerzas armadas. La Operación Cortafuegos inició operaciones secretas en lugares tan separados como el norte de Tun, Krenia y Sutaq, asociándose con aliados locales para rechazar el Liberacionismo y la influencia ygutana.

Sunto asintió, con los brazos aún cruzados.

—¿Eso qué tiene que ver con nosotros?

Wyles sonrió. Jim Sunto le caía bien. Conocía a varios altos mandos de la Marina de la República de Espenia y en los salones de la Asamblea Nacional que nunca lo aceptarían ni confiarían plenamente en él a causa de su ascendencia kekonesa, pero eran unos racistas. Wyles creía que la devoción a la Verdad estaba por encima de todo, incluido el color de la piel de una persona y la sangre que corría por sus venas.

—El primer ministro Roburg va a recortar la financiación y los recursos de la Operación Cortafuegos.

Para los militares de la República de Espenia y para la Iglesia de la Verdad Única había sido una decisión inmensamente decepcionante, pero no sorprendente. La publicidad negativa sobre las tasas de enfermedades mentales y adicción a las drogas entre los veteranos de la guerra de Urtoko habían hecho que el gobierno redujera su énfasis en equipar a los soldados con jade y entrenarlos en SICBEJ. Debido a la crisis económica, los votantes se oponían a la idea de comprometerse en más guerras en el extranjero, y la Asamblea Nacional estaba presionando a la administración de Roburg para que devolviera a las tropas a casa.

—Como puedes imaginarte —prosiguió Wyles, haciendo girar el vaso de whisky ante la nariz y con aire despreocupado—, esto pone en un brete al Ministerio de la Guerra.

—Dicho de otra forma: no le comprarán a Anorco tanto jade bioenergético como esperabas. —Sunto le dirigió una mirada ladina a Wyles—. Pero si te conozco, Art, ya has pensado una forma de hacer que el cambio de viento político empuje unos cuantos cientos de millones de thalires hacia tus bolsillos.

—Y también hacia los tuyos —dijo Wyles—. La Operación Cortafuegos se va a reducir, al menos oficialmente. Pero por mucho que la Asamblea Nacional y el público espenio carezcan de la voluntad política para combatir el proselitismo de los protectos ygutanos, en el Ministerio de la Guerra y en la Sociedad Armamentista hay testigos de la Verdad devotos, y, en confidencia, también en la oficina del primer ministro. Hombres razonables que no dejarán que la estrechez de miras ponga al mundo en peligro de verse invadido por ideas

contrarias a la Verdad.

Wyles entregó un sobre a Sunto. Con curiosidad, el antiguo soldado sacó las páginas que contenía y empezó a leer. Estuvo inexpresivo mientras asimilaba el contenido, pero el rápido paso de las páginas traicionó su emoción.

—Esto es…

—Un informe confidencial del ministro de la Guerra, autorizando el recurso a contratistas militares privados para la Operación Cortafuegos. —Wyles bebió un trago de whisky con una sonrisa.

Sunto levantó la mirada de los documentos, asombrado.

—Es un paso enorme, Art. Quizá demasiado grande.

—Es nuestra gran oportunidad, Jim. Solo existe un contratista militar privado con personal equipado con jade y entrenado en SICBEJ capaz de cumplir este mandato del gobierno, y es Soluciones Internacionales Genlu.

Sunto dobló con cuidado el documento, lo metió en el sobre y se quedó contemplándolo en sus manos con asombro, como si fueran los textos originales del Vidente.

—Siempre supe que cuando despegáramos, habría demanda de los servicios de SIG. —Se levantó y paseó de un lado a otro por delante de las estanterías de Wyles, con el ceño fruncido mientras asimilaba las implicaciones—. Esto es lo que deseé tanto tiempo, pero está ocurriendo antes de lo que esperaba. He estado consolidando SIG y aceptando clientes poco a poco. No tengo suficiente personal cualificado, ni equipo ni jade bioenergético, para una operación de este tamaño.

Wyles unió las yemas de los dedos.

—Estoy dispuesto a invertir en SIG otros trescientos millones de thalires.

Sunto se atragantó y se echó a toser.

—Eso… —empezó a decir cuando se recuperó.

—Eso convertirá a SIG en una filial de Recursos Globales Anorco. Estoy ofreciéndome a comprarte, Jim. Seguirías siendo el director general, por supuesto. —Señaló con un gesto el océano Amárico, al otro lado de la ventana, donde sus barcos rastrillaban el fondo marino —. Anorco tiene el capital y el jade. SIG tiene la experiencia y el personal. Entre los dos dispondremos de un ejército privado, integrado verticalmente, que nos hará ricos, pero, lo más importante, que barrerá en todo el mundo a los contrarios a la Verdad.

Pequeño Jo Gasson no era el único con un don para apostar sobre seguro. Al adquirir SIG, el conglomerado empresarial de Wyles dispondría de los medios para conseguir jade y de soldados con la

capacidad de usarlo. Y, como presidente de la Sociedad Armamentista, poseía los contactos políticos y la influencia en Adamont Capita para poner guerras en marcha.

—Me doy cuenta de que es un bocado muy grande para digerirlo de golpe —dijo—, pero mi consejo es que empieces a acelerar las tareas de reclutamiento.

—Por Dios, el Vidente y la Verdad —musitó Sunto. Levantó el vaso —. Échame otro trago.

Capítulo 34

Irrazonable

Año vigésimo, segundo mes

—**NUESTROS** estudiantes universitarios eligen primero —anunció Hilo apartando la mano de Jaya, que se lanzaba hacia el plato de pastelillos de frutas que Wen había dejado en el centro de la mesa —. Esta noche es una celebración por Ru. Venga, hijo, coge el que quieras. —Ru apartó de un codazo a su hermana y cogió el pastel de melocotón—. Buena elección —dijo Hilo, pasándole un brazo por sobre los hombros—. Ve siempre a por lo mejor.

El adolescente sonrió adormilado. La ceremonia de graduación del instituto había tenido lugar la víspera, y se había levantado cerca del mediodía después de pasar la noche de fiesta con sus compañeros. En la mesa estaban todos sus platos favoritos (costillas con salsa de pimienta, empanada de marisco, judías verdes fritas en tempura), y ahora el recién graduado estaba demasiado lleno para terminarse siquiera el pastelillo. Koko sacudía la cola, ansioso, y devoraba los bocados que le pasaba Ru de tapadillo por debajo de la mesa.

Tras las vacaciones de Año Nuevo, Ru entraría en la Universidad Real Jan. Estaba a menos de treinta minutos en metro, pero había decidido vivir en la residencia de estudiantes para saborear la experiencia universitaria íntegra. Hilo lo entendía. A sus dieciocho años, el joven necesitaba separarse un poco de sus padres. Era el único de los hermanos que no había vivido en la academia Kaul Dushuron. A pesar de todo, la idea de que se marchara entristecía a Hilo. Ru era el más amable de sus hijos. No tenía el humor sombrío de Niko ni el mal genio de Jaya. Se llevaba bien con todo el mundo y solo se metía en líos a resultas de lanzarse a una idea sin pensar a fondo en las

consecuencias, lo que era natural en un adolescente. A veces discutía con su madre, pero, en opinión de Hilo, solo porque Wen era muy estricta con él. En conjunto daba gusto tenerlo cerca; la casa sería demasiado silenciosa sin él.

—¿Quieres postre, mamá? —preguntó Wen a su suegra.

—No; dales más a los niños. Voy a ver la televisión un rato y luego me acostaré. —Kaul Wan Ria se levantó laboriosamente de la silla y Sulima la ayudó a salir del comedor. La madre de Hilo aún gozaba de buena salud a sus setenta y ocho años, pero tenía el pelo completamente blanco y parecía estar encogiéndose y ablandándose, fundiéndose aún más con el segundo plano que siempre había ocupado. El abuelo de Hilo había envejecido convirtiéndose en una cobra correosa que escupía veneno, pero su madre no le causaba ningún problema.

—¿Has pensado qué vas a estudiar? —preguntó Wen a Ru.

—La tía Shae me ha sugerido empresariales —dijo Ru—. Dice que me dará acceso a muchas posibilidades en la oficina del hombre del tiempo y en nuestras empresas tributarias.

—Tu tía es inteligente y práctica —señaló Wen.

—Pero muchos de los cursos requeridos en empresariales parecen aburridos —dijo Ru—. Las ciencias sociales me parecen más interesantes. Sociología, o quizá políticas. No es que no quiera trabajar en el clan —añadió con rapidez—, pero quiero hacer algo que ayude también a la gente de fuera, como a otros ojos de piedra.

Ru podía ser más optimista y altruista de lo que le convenía, pero Hilo lo animó.

—Estoy seguro de que te irá bien en políticas, en derecho o en cualquier cosa que elijas. Tienes tiempo para decidirte; para eso es la universidad. Y tu plan alternativo puede ser convertirte en estrella de cine, como Danny Sinjo, ya que tienes el atractivo de tu madre.

Jaya se echó a reír, llevándose la mano en la boca para evitar una lluvia de migas.

Wen negó con la cabeza, sonriendo.

—Todos saben a quién se parece.

—Venga ya, papá —dijo Ru.

—No me mires así —dijo Hilo, pinchándolo, pero con un fondo de seriedad—. Y no dejes que ningún cretino supersticioso te ponga obstáculos. Eres mi hijo. Eres un Kaul. Si no eres huesos verdes, eso significa que tu destino será otra cosa, algo grande.

—Sí, vale, papá —dijo Ru, quitándole importancia con un gesto; pero todos podían ver lo mucho que le enorgullecían las palabras de Hilo. Dio un empujón a Niko—. Eh, quizá el año que viene podamos

estar juntos en el campus.

Niko miró a su hermano, y luego volvió a bajar la vista a la servilleta que estaba anudando.

—Creo que tú eres el universitario de la familia, Ru.

—¿Qué quieres decir? Irás a la Real Jan después de pasar un año como puño, ¿no?

Jaya intentó captar la mirada de Ru e interrumpirlo con un gesto de advertencia, pero ya era tarde. La conversación se interrumpió bruscamente. Ru miró alrededor, confuso. No estaba muy conectado con el lado militar del clan, y había estado tan ocupado con los exámenes finales y la graduación que no se había enterado de que el cuerno había repartido ascensos y jade la semana anterior.

—No voy a ser puño —dijo Niko—. Y tampoco voy a ir a la universidad.

—Pues claro que sí —cortó Hilo—. Lott Jin dice que lo estás haciendo bien, que portas tu jade mejor que nadie de tu nivel. Solo necesitas esforzarte más. Por ahora, deberías tomar más la iniciativa y dar ejemplo a los dedos jóvenes. No puedes esperar convertirte en puño limitándote a cumplir la media.

—Una educación universitaria es importante en estos tiempos, por supuesto —añadió Wen—, pero puede esperar un año o dos más, hasta que hayas ganado más jade. Incluso si tu nivel está un poco por detrás de lo que esperabas, puedes ponerte al día si te concentras en ello.

Niko siguió callado, como acostumbraba a hacer cuando estaba molesto. Cuando lo criticaban o lo castigaban, Ru recurría a lisonjear y discutir, y Jaya era propensa a largarse llorando. Niko se recogía en sí mismo, como estaba haciendo, y miraba taciturno la mesa mientras su aura de jade se concentraba como una nube negra. Hilo sintió que empezaba a enfadarse.

—¿Crees que todo debería resultarte fácil por ser hijo del pedestal? ¿Que no tendrías que trabajar duro para demostrar tu valía, y podrías librarte con ardides deshonrosos, como aquel del coche? —Hilo se contuvo; ya había castigado a su sobrino por aquel incidente y se había prometido que no volvería a mencionarlo. Siguió hablando con un tono más calmado—: ¿Sabes que cuando conocí a Lott Jin no me dejó muy convencido? Ahora cuesta creerlo, pero de joven se comportaba muy mal; era hosco y respondón. Su padre había sido un huesos verdes de alto nivel y Lott odiaba seguir sus pasos. Por suerte encontró su propio ritmo. Cambió de actitud y trabajó más duro que nadie. Y ahora es el cuerno del clan. Lo que quiero decir es que aunque no empieces bien, aunque cometas algunos errores, no es tarde para enderezar las cosas. Solo tienes que aplicarte.

Niko levantó la cara. Había estado esquivando la mirada de su tío, pero entonces habló:

—Lo digo en serio. No voy a ser puño, y tampoco voy a ir a la universidad. Me han hecho una oferta de trabajo fuera del clan, y voy a aceptarla.

Un silencio absoluto cubrió la mesa. Incluso Jaya estaba demasiado asombrada para hablar. Hilo parpadeó como si Niko hubiera hablado en un idioma extranjero.

—¿Has tomado esa decisión sin decírselo a nadie? —dijo con incredulidad—. ¿Sin consultarlo con tu propia familia? ¿Y nos lo sueltas así, de improviso?

—¿Qué tengo que consultar? Sé que no estarías de acuerdo.

Hilo tuvo ganas de soltarle un guantazo, pero Wen le puso una mano en el brazo, y se obligó a respirar profundamente.

—A pesar de lo que pareces creer, Niko, no soy irrazonable. Si realmente quieres trabajar fuera de Sin Cumbre, deberías haber hablado con tu madre y conmigo.

Niko no respondió, pero su aura de jade bulló como una tormenta en una botella. De niño no era nada problemático, siempre tranquilo y atento, curioso y rápido para aprender, cariñoso con sus hermanos pequeños; no era de los que llamaban la atención. Hilo se preguntó con tristeza en qué se había equivocado como padre; cómo era posible que su capacitado sobrino se hubiera convertido en aquel hombre sin objetivos e inseguro. Reunió todos los fragmentos que le quedaban de paciencia paterna.

—Al haberte criado como un Kaul, quizá sea natural que estés desasosegado y quieras explorar, y no he sido bastante sensible a ello. Trabajar un par de años fuera del clan podría ser bueno para ti, darte perspectiva. Tu tío Andy es médico, después de todo. Pero no es una decisión que debas tomar sin hablar con tus padres. ¿De qué es el trabajo, de todas formas?

Niko soltó la servilleta en el plato vacío y se apartó de la mesa.

—Voy a entrar en Soluciones Internacionales Ganlu.

Wen dio un pequeño respingo; fue el único sonido que hizo nadie antes de que el brazo de Hilo cruzara por encima de la mesa, agarrara a su hijo mayor por el pelo y lo levantara de la silla. Un plato se hizo trizas contra el suelo; todos saltaron en los asientos. Hilo estaba de pie. Apartó a Niko de un empujón que lo hizo chocar contra la pared del comedor, tirando al suelo un retrato enmarcado.

—¿Vas a trabajar de mercenario? —Hilo soltó un sonido gutural—. ¿Vas a andar por sitios en los que no se te ha perdido nada, junto a extranjeros de sangre floja adictos al jade, vendiendo tus habilidades

como una puta al mejor postor? —Lo agarró por un lado de la cabeza y volvió a empujarlo, imponiéndose sobre él a pesar de que el joven tenía la misma estatura. Sus ojos se desorbitaron y su aura de jade se inflamó mientras gritaba—. ¿Qué clase de huesos verdes eres? ¿Qué clase de hijo?

Ru se puso en pie de un salto. Koko saltó con él, ladrando.

—Vamos, papá —rogó Ru, intentando defender a su hermano—. Ha cometido un error, ha sido un impulso.

—No ha sido un impulso —gruñó Niko, frotándose el cuero cabelludo e irguiéndose; se puso frente a Hilo con la espalda derecha, los hombros hacia atrás y las manos cerradas en puños a los lados del cuerpo. En sus ojos brillaba un desafío helado—. ¿Por qué tenemos que fingir que somos diferentes o mejores que cualquiera que porte jade, aunque sea extranjero? ¿Solo por la sangre o la genética? Hablé con unos reclutadores de SIG y el trabajo parece interesante. Están haciendo cosas que no se habían hecho nunca. Lo único que he conocido es el clan, y lo único para lo que estoy cualificado es para ser guerrero de jade. ¿Por qué no debería explorar qué otras cosas son posibles? Puedo viajar por el mundo mientras me pagan por mis habilidades del jade.

—¿Haces esto a tu familia tras la graduación de tu hermano? —dijo Wen con voz temblorosa.

Niko hizo una mueca, pero no apartó la mirada.

—Lo siento, mamá —dijo—. Lo siento, Ru. No pensaba decir nada hoy.

Wen se puso en pie; su boca era una línea apretada.

—No tengo nada que decirte hasta que entres en razón. —Le dio la espalda y salió del comedor.

Jaya era la única que seguía sentada. Soltó un silbido bajo.

—Mierda, esta vez sí que la has liado, keke. —Nadie quería hacer frente a su padre cuando estaba furioso, pero que su madre abandonara la habitación era algo sin precedentes.

El tono de Hilo habría acobardado a cualquiera de sus hombres.

—Mañana por la mañana llamarás a Jim Sunto o a quien sea con quien hayas hablado, y le dirás que obraste sin pensar. No vas a convertirte en un soldado de fortuna, para deshonrarte y deshonrarnos a todos. Trabajarás bajo las órdenes directas del cuerno. Completarás todo el entrenamiento programado y te convertirás en puño el año que viene. Si haces eso, entonces hablaremos de buscarte otras oportunidades, dentro o fuera del clan, porque está claro que no vas a ser el pedestal.

Niko torció el gesto y se quedó rígido.

—He tomado mi decisión.

—Niko —siseó Ru alterado, mirándolo con los ojos como platos—. ¿No crees que estás llevando esto muy lejos? Has dejado claro que no estás contento. Papá te está ofreciendo una salida. ¿No te importa lo que piensen nuestros padres?

Niko miró a su hermano menor con expresión dolorida.

—Tienes dieciocho años, Ru. Tienes tu propia vida y vas a ir a la universidad. No me necesitas. —Cuando se volvió hacia Hilo, su voz bajó y tembló de resentimiento, pero mantuvo la cabeza alta y su aura de jade llameó con determinación—. En cuanto a lo que piensan mis padres, no puedo saberlo. A mi padre lo asesinaron en una guerra entre clanes y no llegó a saber de mi existencia. A mi madre la ejecutaste por traidora y no tengo nada suyo, ni siquiera fotos. ¿Qué debo creer realmente de ninguno de los dos? —Se apartó un segundo; luego le soltó, airado, a la cara—: ¿Qué crees tú, tío? ¿Crees que mis padres querrían esto para mí, o me dirían que me marchara mientras todavía pudiera?

Un espasmo sacudió el corazón de Hilo. Alargó una mano y la cerró con fuerza alrededor del respaldo de una silla. Durante un instante desgarrador, quizá por algún detalle minúsculo en la postura o la voz de Niko, o algún aspecto sutil de su aura de jade, Hilo tuvo la impresión de que el joven al que había considerado su hijo mayor había desaparecido, y su hermano, Lan, estaba en la habitación en su lugar. Lan en su aspecto más resuelto, el del hombre que fue el único al que Hilo habría obedecido. Entonces pasó el momento y tan solo dejó atrás un dolor, una confusión y un remordimiento lacerantes.

—Tu padre sabía lo que significaba ser un huesos verdes. —La voz de Hilo estaba tan tensa que resultaba irreconocible—. Jamás se habría marchado. Lo dio todo por gobernar el clan, incluso la vida.

—Y gracias a eso, no llegué a conocerlo. ¿Por qué tendría que seguir su ejemplo? —El rostro de Niko estaba enrojecido por la emoción. Salió del comedor y se dirigió hacia la puerta.

—Si te vas —gritó Hilo a su espalda—, si sales por esa puerta y le rompes el corazón a tu madre, no te molestes en volver.

Jaya y Ru cruzaron la mirada boquiabiertos, cada vez más alarmados.

—Papá… —empezó Jaya. Luego se quedó en silencio.

Durante un instante, Niko vaciló, como si lo frenara un cordón invisible. Dio otro paso con firmeza, como si se despegara de unas arenas movedizas. Después dio otro, y el siguiente. La puerta se cerró tras él, ocultándolo de la vista, pero durante unos minutos que parecieron eternizarse, Hilo pudo Percibir el dolor silencioso en el

aura turbulenta de su sobrino mientras se alejaba de la casa.
Una mañana, Jim Sunto estaba en su despacho hablando por teléfono con dos gestores de recursos humanos del Ministerio de la Guerra cuando se armó un violento alboroto en la entrada del complejo de Soluciones Internacionales Ganlu. Al principio pensó que el ruido procedía de algún ejercicio de entrenamiento. Entonces oyó a los guardias gritar: «¡Alto! ¡Alto o disparamos!», y no necesitó las habilidades del jade para sentir su alarma.

Soltó el teléfono y salió corriendo del despacho a la vez que desenfundaba la pistola. Al salir por la entrada principal del edificio, captó la escena en un instante. La valla de alambre del otro lado de la garita de los guardias estaba abierta; la puerta corredera, arrancada del mecanismo, había caído de lado. Dos hombres con el uniforme de SIG estaban tirados en el suelo (aún se movían, gracias a Dios), y otros cuatro estaban en posición de ataque, gritando; dos iban armados con fusiles R5 y los otros dos apuntaban con sus pistolas Corta de nueve milímetros.

Kaul Hiloshudon, flanqueado por cuatro guerreros huesos verdes, cruzó la valla destrozada y avanzó hacia el edificio con la implacabilidad despreocupada de un demonio. El guardia de SIG más cercano le disparó dos veces al pecho. Sunto podría haberle dicho que no podía alcanzar a un huesos verdes experto con un arma de pequeño calibre disparada a cien metros. Con un gruñido de irritación, Kaul Desvió las balas, y con un susurro letal, los puños que lo acompañaban desenfundaron sus propias armas: pistolas Ankev 600 y espadas luna de acero al carbono.

—¡Alto el fuego! —rugió Sunto a sus hombres. Corrió ante ellos agitando los brazos—. ¡Alto el puto fuego, por el Vidente! —Cambió al kekonés y gritó hacia los intrusos—: ¡Joder, Kaul! ¿Quieres un baño de sangre? ¡Diles a tus hombres que paren!

Kaul se detuvo y clavó una mirada terrorífica en Sunto. El jade resplandecía en su clavícula; suficiente para equipar a un pelotón.

—¡Saco de mierda bebedor de meados, has reclutado a mi propio hijo!

—Nada de eso. Él se me acercó en una de nuestras sesiones informativas. —Con movimientos lentos, Sunto enfundó su Corta y dejó la mano abierta—. Apartad las armas —dijo en espenio a los guardias de SIG.

—Pero… —empezó uno.

—¡He dicho que las apartéis! —Sunto había entrenado con los hombres más destacados de Sin Cumbre y sabía de qué eran capaces. Si empezaban los disparos, los huesos verdes lanzarían un auténtico

huracán de Desviaciones combinadas, cerrarían la distancia que los separaba y, con las espadas, harían picadillo a los otros en cuestión de segundos—. Piénsalo —dijo a Kaul—, ¿quieres ser el responsable de un ataque mortal injustificado a una empresa espenia y a sus empleados? Detén a tus hombres. Vamos a mi despacho y hablamos de esto como seres humanos civilizados.

En los años que Sunto había conocido al líder del clan, nunca había estado seguro de si las anécdotas que oía sobre él eran ciertas. En aquel momento pensó que probablemente lo fueran. Reconoció a los puños que lo acompañaban: Lott, Vin, Suyo y Toyi. Había pasado tiempo con todos, les había enseñado cosas y había aprendido de ellos, pero lo matarían junto a sus soldados a una orden de Kaul. No era de extrañar, pensó con aversión resentida, que los kekoneses cargaran con el estereotipo de ser unos salvajes.

Kaul entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas. Se volvió hacia sus hombres.

—Quedaos aquí —ordenó a Lott.

Sunto dejó escapar una exhalación silenciosa cuando la tensión se relajó un poco y los dos bandos bajaron las armas con reticencia. Desde que los dos hombres habían cortado su relación, Kaul no se había puesto en contacto con el exángel ni una vez, ni había estado en las instalaciones de entrenamiento de SIG en la isla de Euman, pero ahora pasó a zancadas por delante de Sunto y entró en el edificio como si fuera el dueño del terreno donde lo habían construido.

Sunto lo siguió. Una vez dentro, abrió la puerta del despacho. Kaul entró, pero no se sentó. Dirigió una breve mirada despectiva al mobiliario funcional y al entorno institucional, claramente tan poco impresionado como esperaba estarlo.

—Te advertí que mantuvieras tus negocios fuera de Kekon —dijo, con la fría decepción de quien estaba a punto de cumplir sus amenazas—. No escuchaste.

Sunto se colocó tras la mesa, ampliando la distancia entre los dos.

—Lo único que he hecho ha sido dar charlas informativas para los aspirantes al trabajo. Eso es normal en cualquier empresa. —Debía de haber imaginado que incluso aquello desataría la ira de los clanes, pero no se podía permitir timideces en el reclutamiento. El contrato de la Operación Cortafuegos dependía de que SIG reclutara soldados suficientes—. Estamos interesados en contratar exmilitares y personas con suficiente entrenamiento privado. No hemos hecho ningún intento de atraer a los huesos verdes de los clanes, pero hablamos con cualquier solicitante interesado.

—Cualquier acuerdo que hayas cerrado con Niko, rómpelo —

exigió Kaul—. No va a desperdiciar su jade trabajando para tu ejército privado de sangreflojas.

—Sangreflojas —canturreó Sunto—. Eso es lo que has llamado siempre a cualquiera que no responda ante ti o ante el provinciano sistema de clanes, ¿verdad? Bueno, sangrefloja o no, no soy uno de tus subordinados, Kaul. Y SIG no es una de tus empresas tributarias. Tu hijo es adulto. Le pregunté varias veces si estaba seguro de su decisión, y me garantizó que sí. Ya ha firmado el contrato y ha cobrado la prima de enganche.

Kaul apoyó las manos en la mesa de Sunto y se inclinó hacia él.

—Tras esa cara kekonesa tienes una sucia alma espenia —dijo bajando la voz—. Solo te importa el dinero, ¿no? Te pagaré diez veces lo que le hayas pagado si retiras la oferta.

Sunto frunció el ceño.

—Es ilegal sobornar a un directivo de una empresa para que despida a un empleado.

—Hace años me dijiste que no habías venido a causar problemas, pero ahora tus soldados protegen los barcos mineros que roban el jade kekonés, así que no me vengas con chorradas de superioridades morales. —La mirada de Kaul era tan firme y gélida como su voz—. Sabías que al contratar a Niko estarías metiéndote en Sin Cumbre y rompiendo mi familia, y lo hiciste de todas formas. Si cualquier otro hiciera algo así, lo mataría. Pero por respeto a nuestra antigua amistad te voy a ofrecer una elección: coge el dinero o no, como quieras, pero te pido que resuelvas esto como un favor personal. Si eso no te conmueve, al menos piensa de forma egoísta si de verdad quieres que sea tu enemigo.

Sunto no quería. Había nacido en Kekon y había pasado allí la mayor parte de los quince últimos años. Entendía lo poderosos que eran los clanes y lo implacables que podían ser sus líderes. Ciertamente, él no se consideraba un hombre orgulloso o temerario que tentara el peligro a ciegas.

La cruda realidad, sin embargo, era que solo tres países poseían personal militar equipado con jade y entrenado para usarlo: la República de Espenia, Ygutan y Kekon. La mayoría de los empleados de SIG eran antiguos miembros de las fuerzas especiales espenias, pero seguía necesitando más gente. Por desgracia, no había resultado tan fácil como esperaba contratar a soldados en activo o retirados de la compañía Araña Dorada, a algunos de los cuales había entrenado personalmente en los años que había trabajado con el general Ronu para reformar las fuerzas armadas kekonesas. Los huesos verdes, incluso los que no estaban ligados a los clanes, se mostraban recelosos

a la hora de aceptar un trabajo en una empresa extranjera, y las actitudes estrictas sobre las que eran profesiones del jade aceptables persistían en Kekon.

Que Kaul Nikoyan fuera a trabajar con SIG podía ser el punto de inflexión que motivara a otros huesos verdes. Los candidatos como él carecían de experiencia militar institucional, pero lo compensaban más que de sobra con pura habilidad del jade, y una oleada de reclutas así impulsaría las capacidades de SIG en muy poco tiempo. El clan Sin Cumbre no podía condenar o castigar a SIG, ni a aquellos que eligieran aceptar ahí un empleo, si el mismísimo hijo del pedestal había decidido unirse.

—Dirijo una empresa espenia. —Sunto sostuvo la mirada de Kaul sin pestañear—. Por lo que a mí respecta, tu hijo es un empleado hasta que decida marcharse por su propia voluntad.

—No estoy seguro de que entiendas lo que estás haciendo —dijo Kaul sin inflexión.

Pero Sunto lo entendía. La fortuna de SIG, su reputación personal y quizá el destino del mundo de los testigos de la Verdad dependía de la Operación Cortafuegos. Art Wyles era un oligarca engreído e insufrible que caía mal a muchos, pero le había dado a Sunto la mayor oportunidad de su vida y estaba dando fe de él ante el Ministerio de la Guerra, la Sociedad Armamentista y todos los accionistas de Anorco, lo que incluía, si los rumores eran ciertos, a ciertas personas de Puerto Massy a las que Sunto no tenía el menor interés en defraudar.

Sabía también que el hecho de ser ciudadano espenio y veterano de los Ángeles de la Marina le granjeaba una protección especial por parte del gobierno de la República de Espenia. Kaul podía ser lo bastante imprudente para asesinarlo, pero no podría hacerlo sin arriesgarse a verse sometido a un intenso escrutinio y a sanciones, y la muerte de Sunto no sería el final de SIG. Wyles podía contratar a algún otro para que dirigiera la empresa. Teniéndolo todo en cuenta, decidió que prefería arriesgarse a desatar la ira de Kaul antes que decepcionar a los accionistas espenios, contra los que no tenía las mismas ventajas.

—Preferiría no ser tu enemigo, Kaul —respondió sin moverse del sitio—. Pero tampoco te temo.

El pedestal se irguió. Sunto recordó la primera vez que se reunió con él, en el gimnasio de la Séptima Disciplina. Esperaba acabar en el hospital y quedó desconcertado al descubrir que Kaul era amistoso, emitía una arrogancia despreocupada y sonreía mucho más de lo que cabía esperar de un hombre con su reputación. En aquel momento, no mostraba nada de eso. Sunto pensó en la pistola que tenía cerca de la

mano.

—Quizá tengas razón al sentir que no tienes nada que temer —dijo Kaul—. No puedo obligar a una empresa extranjera a que haga lo que ordeno, y sé que no eres alguien a quien se pueda acobardar o matar fácilmente. Así que puede que, a corto plazo, esta decisión sea buena para ti. Pero no olvidaré que despreciaste mi amistad y te llevaste a mi hijo pensando en tu lucro. —La energía del jade que emanaba del huesos verdes parecía demasiado brillante para ser humana, aunque se había quedado muy quieto—. Te prometo que antes o después responderé a esa ofensa.

—Deberías considerar por qué quiere tu hijo trabajar en SIG en vez de quedarse en tu clan, para empezar. Los clanes de huesos verdes se están quedando obsoletos. Hasta tu propia familia se da cuenta. —Sunto sacudió la cabeza—. Ahora, coge a tus hombres y sal de mi propiedad.

Durante un terrorífico momento, la expresión de Kaul indicó que iba a recurrir a la violencia descarnada con la que había llegado. Sunto hizo acopio de su propia energía del jade. Pasaron los segundos, más largos e infinitamente más tensos que los que se habían extendido entre ellos cuando se enfrentaban para luchar en el césped de la hacienda Kaul.

El fuego en los ojos del pedestal se encogió detrás de carbones negros.

—Es evidente que no eres padre, teniente. —Kaul se dirigió hacia la puerta—. O no te sentirías tan invulnerable.

Sunto lo siguió a una distancia prudencial y lo observó mientras reunía a sus huesos verdes con un gesto y salía por la destrozada puerta de seguridad.

Capítulo 35

Los que pueden elegir

CUANDO las ruedas del tren de aterrizaje tocaron el asfalto del Aeropuerto Internacional de Yanlún, Anden se frotó los ojos y miró soñoliento por la ventanilla el cielo ventoso de media tarde. Su mente estaba todavía al otro lado del océano Amárico. Como miembro de la directiva de la Junta Internacional de Certificación de Medicina Bioenergética, viajaba a Espenia al menos dos veces al año para inspeccionar clínicas y verificar que cumplían los criterios de la práctica, lo que significaba que acumulaba más kilómetros de vuelo que el hombre del tiempo. Al menos ya no estaba permitido fumar en los aviones, y la clase Plata de Air Kekon garantizaba que sus vuelos eran mucho más cómodos que antes.

La buena noticia era que el uso médico del jade estaba ganando aceptación en el país, ayudado por el trabajo de WBH Focus y la Asociación Kekonesa de Espenia. La mala noticia era que por cada mención positiva del jade kekonés había varias espectacularmente negativas. Jon Remi, el Kiku Malo de Resville, seguía aumentando su poder en esa ciudad, eludiendo la muerte a manos de los rivales y la detención por parte de la policía.

—Hemos intentado muchas veces razonar con Remi, hacer que intente llamar menos la atención —había explicado Migu Sun en la reunión más reciente de la junta directiva de la AKE, a la que Anden había asistido—. Pero no deja que le pongamos riendas.

Cory estaba mucho más que frustrado.

—Los huesos verdes de todas las demás ciudades han cortado sus lazos con Remi y la banda Cabezas de Serpiente. Estamos colaborando con las agencias federales, dándoles información que pueda ayudar a

la policía a detenerlo. Quizá sea muy fuerte decir esto —gruñó Cory, sombrío—, pero si no lo meten pronto entre rejas, espero que alguna de las bandas se lo cargue de una vez.

El problema de Espenia, caviló Anden mientras recogía el equipaje, era que no había más lealtad que el dinero. En Kekon siempre había habido dos fuentes de poder: el oro y el jade. Ninguna suma de dinero podía convertir a un hombre en un guerrero de jade si no tenía la sangre y el entrenamiento adecuados. Incluso al hombre más rico podían asesinarlo. Si no portaba jade él mismo, necesitaba la amistad de los que sí lo portaban. Así que siempre había una fuerza equilibradora.

En el resto del mundo, aquello no se aplicaba. La Asociación Kekonesa de Espenia no era un clan con el poder de imponer sus deseos en el país. Anden tenía la deprimente sensación de que Jon Remi era la nueva plantilla sobre cómo tener éxito siendo un huesos verdes en Espenia. Según aumentaban su riqueza y su poder, reunía más seguidores: otros que querían ser como él.

El taxi que cogió Anden en el aeropuerto luchó contra el tráfico de la estación festiva todo el camino hasta su casa. Durante el largo trayecto, Anden intentó apartar de su mente los pensamientos pesimistas y devolver su atención al presente. Ya había hecho todo lo que podía para ayudar a sus amigos de Puerto Massy y hacer que avanzaran los planes de Sin Cumbre en su país. El resto estaba fuera de su control.

Cuando cruzó la puerta del piso encontró a Jirhuya en el sofá de la sala de estar, revisando diseños.

—Has tardado —dijo Jirhu; suspiró, dejó el trabajo y despegó su cuerpo esbelto de los cojines. Fue hasta la puerta y le dio un beso a Anden. Jirhu olía a jabón y loción de afeitar; estaba recién duchado, todavía tenía húmedo el pelo rizado.

—El avión venía con retraso y el tráfico era horrible —explicó Anden.

—Siento no haber sido un buen novio y no haberte preparado la cena, miyan. —Era su nombre cariñoso para Anden, una palabra abukei que significaba «mío»—. No había gran cosa en la nevera y no he tenido tiempo de ir a comprar.

—No pasa nada. Podemos salir a cenar. —Aún no tenía mucha hambre; en el horario de Puerto Massy era temprano, por la mañana —. O podemos pedir a domicilio en el restaurante tuni.

—Quedémonos en casa. —Jirhu le rodeó la cintura con un brazo. Con el otro cogió la mano de Anden y se la llevó a una nalga—. Han pasado diez días muy largos contigo en la otra punta del mundo. —

Volvió a besarlo, con más intensidad esta vez.

Anden sintió que se le relajaban los hombros y la tensión que notaba entre las piernas disipaba el aturdimiento del viaje. Dejó la bolsa que aún sostenía y echó hacia atrás la cabeza de Jirhu para besarle la mandíbula y el cuello, inhalando profundamente, apretando los labios contra el hueco reconfortante de la garganta de Jirhu. Este tiró de él hacia el dormitorio, y Anden lo siguió, aunque no podía evitar sentir un pequeño aleteo de reticencia. Siempre estaba más que dispuesto a darle a Jirhu lo que quería, pero también estaba cansado del viaje y aquella noche habría preferido recibir en vez de tener que cumplir, o simplemente disfrutar del cuerpo del otro de forma más relajada, con la boca y las manos.

Como si sintiera aquella resistencia, Jirhu sentó a Anden en el borde de la cama, le desabotonó la camisa, le acarició el pecho y el abdomen y luego se agachó entre sus rodillas y le desbrochó los pantalones.

—Relájate, yo haré todo el trabajo.

Anden se echó hacia atrás, apoyando su peso en los brazos, y cerró los ojos con satisfacción, sintiendo que el resto de estrés de su cuerpo se fundía convirtiéndose en deseo mientras Jirhu le sacaba una erección completa con habilidad. Cuando el calor de la boca de su compañero se retiró y oyó el sonido del tapón del bote de lubricante, abrió los ojos y se subió a la cama. Jirhu ya estaba sobre las manos y las rodillas, preparado y jadeando con ansia. Era una hermosa estampa: el largo cuerpo bronceado y la espalda suave, la curva de los hombros hasta los elegantes brazos, las esferas firmes del culo. Hacía mucho, Cory le había enseñado a tomarse su tiempo, a usar primero los dedos y la boca, a entrar lenta y suavemente, pensando en la manera en que le gustaría que lo trataran… Pero Jirhu, a veces, era sorprendentemente impaciente. Se empujó hacia atrás contra Anden, engulléndolo; agarró la cabecera de la cama y levantó las caderas, presionando y apartándose de forma rítmica. Jirhu hablaba mucho; casi demasiado, en opinión de Anden, aunque lo encontraba intensamente erótico. Ordenó a Anden que le mordiera el hombro, que le agarrara las caderas, que le diera un azote en el culo, que le meneara la polla. Cuando se corrió soltó una retahíla de vulgaridades gimientes y extáticas. Para entonces, Anden se sentía atado sin remedio al asiento de una montaña rusa. Jirhu se apretó contra él feroz y expertamente, estrujándolo, y Anden superó la cumbre y cayó sobre su novio con un estremecimiento.

Se quedaron tumbados juntos un rato, disfrutando el arrebol de su reunión.

—He sido un poco egoísta —reconoció Jirhu en tono manso, pero sin disculparse.

—Me gusta cuando eres insistente —dijo Anden. Quizá era porque Jirhu había tenido más parejas, o quizá porque al ser abukei no tenía las mismas inhibiciones culturales; el caso es que siempre parecía saber lo que quería. Era decidido y se sentía cómodo en su propia piel, y no solo en la cama; en su trabajo y su visión artística, en sus opiniones.

Anden se levantó y se duchó con parsimonia, disfrutando el agua caliente en la espalda. Cuando salió y se vistió, Jirhu había hecho un pedido al Sabor de Tun; pocos minutos después llegaron los envases con estofado de cordero y lentejas, patatas fritas con especias y bolas de verduras. Comieron en la mesa de la cocina de Anden, con las rodillas tocándose, cada uno sirviendo cucharadas de los envases de cartón en el plato del otro.

—Estará bien tener pronto más espacio —dijo Anden. Había encontrado un piso más grande a tres manzanas, en el mismo Casco Antiguo, y se iban a mudar al mes siguiente.

Jirhu y él llevaban un año y medio viéndose. Jirhu tenía una llave del piso de Anden, y como estaba más cerca de su trabajo, pasaba tanto tiempo allí como en el suyo. Aun así, habían tenido algunos desacuerdos. Anden tenía un buen sueldo como médico y era muy frugal, de modo que incluso con los precios en aumento de Yanlún podría haberse permitido una casa, pero Jirhu no quería ni oír hablar de comprar una vivienda hasta que pudiera aportar la mitad del anticipo. Sus ahorros como artista eran insignificantes, pero con todo el trabajo que estaba haciendo en el catálogo creciente de Cinema Shore, no pasaría mucho tiempo hasta que se mudaran de nuevo.

—Personalmente, voy a echar de menos este sitio —dijo Jirhu con una sonrisa provocadora—. Se parece mucho a ti. —Abarcó con un gesto el espacio pulcro, con decoración sencilla; las estanterías para libros que Anden había montado con tablas de madera y pintado él mismo, el pesado saco de boxeo que colgaba en la sala, los pequeños objetos y los trabajos manuales infantiles que habían hecho sus sobrinos de pequeños. En el nuevo piso, Anden esperaba que Jirhu y Wen metieran baza y lo mejoraran todo, con muebles más atractivos y cortinas y cojines a juego.

—La fiesta de Año Nuevo del clan está al caer —dijo Anden—. Se celebrará en el hotel General Estrella, y todos los miembros importantes de Sin Cumbre estarán allí. ¿Te gustaría venir? Le pregunté al pedestal si podía llevarte y dijo que le parecía bien.

Lo dijo con desenfado, sin querer que pareciera algo importante.

La verdad era que había preguntado a Hilo hacía tiempo y había estado esperando hasta después del viaje a Espenia a que surgiera el momento adecuado para decírselo a Jirhu. Una cosa era que Anden se acostara con alguien, o incluso que vivieran juntos, y otra bastante diferente era llevarlo a la reunión de Sin Cumbre más importante del año, hospedada por el pedestal en persona.

Con unas semanas de retraso, Anden había reunido valor para ir al despacho del pedestal.

—Hilo-jen —dijo, intentando no sonar tan incómodo como se sentía—, he estado viendo a alguien desde hace más de un año. No es huesos verdes ni miembro del clan, pero estamos bien y planeamos irnos a vivir juntos. Me gustaría llevarlo a la fiesta de Año Nuevo.

—El abukei —dijo Hilo—. Llévalo si quieres.

Anden parpadeó. Había esperado más preguntas.

—Entonces… Entonces te parece bien.

Hilo levantó la vista de la torre de tarjetas que Wen le había dejado en la mesita para que las firmara. Cogió el mando a distancia y quitó el sonido del televisor, que había estado sonando de fondo.

—¿No te habría dicho algo ya si no me lo pareciera? Wen me habló de él hace siglos y me pidió permiso en tu nombre. Sabía que te costaría una eternidad pedírmelo tú. —Garabateó su nombre, estampilló la tarjeta con la insignia del clan en tinta roja y pasó a la siguiente—. Tu vida personal es asunto tuyo, Andy, a menos que afecte al clan.

En retrospectiva, Anden no sabía por qué se había sorprendido ante la despreocupación de su primo. Los prejuicios sociales contra los abukei le habían hecho temer la desaprobación del pedestal. Pero de aquella relación no nacería ningún niño en la familia Kaul, y un abukei jamás podría tener un rango ni una posición en un clan de huesos verdes. Todo el mundo desconfiaba de ellos, lo que los hacía prácticamente inútiles como ratas blancas, o estaban indefensos y protegidos por el aisho. A ningún enemigo le parecería que valdría la pena intentar captarlo o hacerle daño. Jirhuya era una pareja segura para Anden. El pensamiento fue un alivio, pero también lo hizo sentirse un poco resentido.

Una lluvia suave empezó a golpear las ventanas del piso de Anden; una rara lluvia de invierno que volvería resbaladizas las calles pero duraría poco. Jirhuya jugueteó con los restos de comida que tenía en el plato.

—Por favor, no te ofendas, pero… preferiría no ir a la fiesta. —Sus ojos se encontraron con los de Anden; después los bajó con expresión de disculpa—. He trabajado muy duro para hacerme un nombre; no

quiero que empiecen a verme como el caso de caridad de la familia Kaul.

Anden se quedó asombrado.

—¿Qué significa eso?

—Los únicos abukeis que habrá allí, aparte de mí, serán los conserjes y los camareros. ¿Cómo me vas a presentar? ¿Cómo tu «amigo»? Parecerá que me han llevado para mostrarme la generosidad de Sin Cumbre.

—Eso no es verdad. Le he preguntado al pedestal si te podía llevar de acompañante. Fue idea mía, no suya. —No había esperado encontrar resistencia sobre algo que creía que iba a ser bien recibido, y le ofendió que Jirhu atribuyera motivos tan superficiales a su familia —. No eres el único que destaca —replicó—. Yo soy un huérfano mestizo adoptado por la familia Kaul cuando era pequeño. ¿Eso me convierte en un caso de caridad?

Jirhu negó con la cabeza.

—Tu madre y tus tíos eran guerreros de jade famosos. Fuiste a la academia. Te criaron los Kaul. Aunque ahora seas médico, sigues siendo un huesos verdes del clan. Eso te hace más kekonés que yo, porque da igual tu color de piel: lo que ve la gente es verde. —Jirhu se levantó de la mesa, recogió su plato y lo dejó ruidosamente en el fregadero—. Si eres abukei, no puedes ser verde. Nunca podrás ser otra cosa salvo abukei.

Anden no se había dado cuenta hasta aquel momento de lo mucho que había esperado presentarse con Jirhuya ante todo el clan, sabiendo que nadie tendría la audacia de tirarse de los lóbulos de las orejas en presencia del pedestal y la familia Kaul entera. Siempre había dado por supuesto que una pareja que lo quisiera de verdad estaría feliz de recibir la bienvenida de sus primos.

—Creía que íbamos en serio —balbuceó dolorido—. Es un gran acontecimiento de Sin Cumbre, y tenía la esperanza de que estuvieras allí.

Jirhu giró y apretó con las manos el borde de la encimera, a su espalda.

—Lo siento. Es solo que no quiero deberle nada a tu familia. Ni que alguien piense que se lo debo.

—¿Hay alguien que no deba nada a los clanes? —protestó Anden —. ¿Crees que la industria cinematográfica sería lo que es, que tendrías todo el trabajo que tienes, si mi cuñada no hubiera invertido en Cinema Shore?

—A eso me refiero. Los clanes están metidos en todo. Crean y destruyen industrias, empresas y personas. Ya soy más afortunado que

la mayoría de los abukei. —El padre de Jirhuya había muerto mientras excavaba en los escombros de las minas, pero a él lo habían criado su madre mestiza y su abuelo kekonés, de modo que había recibido una educación y ventajas que muchos abukei no disfrutaban. Jirhu bajó el tono de voz y sonó extrañamente vulnerable—. No quiero que la gente diga que estoy donde estoy por Sin Cumbre, porque me acuesto contigo. Por favor, miyan, intenta entenderlo.

Anden sintió que, decididamente, no lo entendía, y abrió la boca para decirlo. Pero en ese momento llamaron a la puerta. Anden y Jirhu interrumpieron la discusión y cruzaron las miradas, sorprendidos. No esperaban a nadie. Volvieron a llamar; esta vez los golpes fueron más fuertes; sonaban desesperados.

Anden abrió la puerta y se sorprendió al ver a su sobrino. Tenía una expresión desamparada y afligida, y el pelo empapado por la lluvia le goteaba por los ojos.

—¡Niko! —exclamó Anden, haciéndolo pasar—. ¿Hay algún problema? ¿Qué ha pasado?

El chaval se intentó secar la cara con la manga.

—Tío Anden, ¿puedo quedarme un tiempo contigo?

Anden fue a la mansión Kaul a la tarde siguiente. La primera persona que vio fue Jaya, que ganduleaba cerca de la puerta con dos compañeros de la academia, con monopatines encajados bajo los brazos.

—No te aconsejo que vayas a hablar con él ahora —dijo. Normalmente, Jaya le hacía alguna broma cada vez que lo veía, así que Anden supo que la situación era muy mala cuando su sobrina ni siquiera sonrió—. Está de un humor terrible.

Anden entró en la casa. La gruesa puerta de madera del despacho estaba cerrada, y al otro lado se oía la voz airada del pedestal, y a Lott Jin que respondía, pero no pudo entender qué decían. Fue a la cocina, sacó un vaso y una botella de hoji y se sirvió un trago para reforzar su determinación. Desde la puerta del patio miró el jardín y vio que en el césped había una pila de bloques de hormigón destrozados, los escombros esparcidos, algunos trozos a varios metros. Estaba claro que alguien había descargado allí su ira.

Se abrió la puerta del despacho y salió Lott Jin. Daba la impresión de que al nuevo cuerno le había caído una buena. Tenía una expresión mortificada y resentida, mezclada con alivio por que el suplicio hubiera terminado y hubiera podido salir sin peores consecuencias. Anden lo interceptó.

—¿Qué está pasando?

—Niko está fuera —dijo Lott—. Sin rango, con las cuentas

bancarias congeladas y sin ninguna ayuda del clan. El pedestal estuvo a punto de ordenar que lo trajeran a rastras y le arrancaran el jade. —Ante la expresión estupefacta de Anden, añadió—: Quizá tú tengas más suerte que yo. Por lo que a él respecta, la jodí con el chico, no le di la orientación y las oportunidades correctas, no lo empujé bastante.

—Esto no tiene nada que ver contigo —dijo Anden al cuerno.

—Ya sabes cómo es —dijo Lott, y salió de la casa.

Anden entró en el despacho. Hilo estaba tras la mesa, con el teléfono en la mano y la agenda abierta, buscando un número. Tenía los nudillos vendados de cualquier forma. Cuando Anden entró, lo miró con impaciencia.

—¿Qué quieres, Andy? —Encontró el número que buscaba y empezó a marcar.

—No hagas esto.

—Que no haga, ¿qué? —espetó su primo.

Anden se acercó a la mesa y obligó Hilo a prestarle atención.

—Esto. Descargar tu ira y tu culpa sobre Niko porque no sigue el plan que tenías para él. Expulsarlo porque te sientes rechazado y ofendido por las elecciones que ha tomado sobre su propia vida. Lo has hecho otras veces. Conmigo. Con Shae. Incluso con Wen. Dioses del Cielo, no lo hagas con tu propio hijo.

Hilo estampó el auricular con tanta fuerza que el aparato saltó en la mesa.

—No es mi hijo —gruñó—. Nunca ha sido como yo, ni lo más mínimo. Tiene la melancolía de Lan y es tan superficial y desleal como Eyni.

—Que los dioses los reconozcan —murmuró Anden.

—Le he aguantado un montón de tonterías. —Por debajo de la mirada furiosa, Anden podía distinguir el asombro y el dolor de su primo—. Sé que es joven, necesita algo de libertad para rebelarse. Le di toda la que creí razonable. Pero esto es el puto colmo. Desperdiciar el jade y el entrenamiento que debe a la familia y al clan… para luchar por unos extranjeros, por desconocidos, por nada más que dinero. Incluso los barukanos son mejores. Tú eres médico, Andy. No me digas que te parece bien lo que está haciendo.

Anden miró el suelo; luego volvió a levantar los ojos hacia el pedestal.

—No me parece bien lo que ha elegido, pero me parece aún peor lo que haces tú al expulsarlo.

—No intentes hacerme cambiar de idea, Andy. —Había una advertencia en la voz del pedestal, una capa de amenaza que en otro tiempo habría silenciado a Anden, de la misma forma que silenciaba a

la mayoría de los hombres.

—No voy a intentar razonar contigo cuando estás tan furioso.

—Por fin, alguien sensato —dijo Hilo, volviéndose para abrir un cajón de la mesa—. Déjame solo, entonces. No estoy de humor para charlar. —Sacó un paquete de cigarrillos y maldijo a voces cuando vio que estaba vacío; había olvidado que Wen los había tirado para ayudarlo a dejar de fumar.

Anden no se movió de delante de la mesa.

—Deja que Niko coja el trabajo —dijo—. Deja que conserve su rango, su dinero y su jade. Dile que aunque no estás de acuerdo con su elección, sigue siendo tu hijo; que puede volver a casa cuando esté listo.

Hilo soltó una carcajada como un ladrido, como si se atragantara con su propia saliva.

—¿No decías que no ibas a intentar razonar? Si me dices cómo tengo que ser padre, te estarás pasando, primo.

—No sé nada sobre eso. Lo único que sé es lo que necesité de ti una vez, cuando tenía la edad de Niko. No intento discutir contigo. Te estoy diciendo lo que debes hacer como padre y como pedestal. Si expulsas a Niko, perderás a tu hijo y Sin Cumbre perderá a su heredero.

—No es apto para ser pedestal —dijo Hilo.

—Eso dijo la gente de ti en otro tiempo —le recordó Anden—. Niko no es como tú, igual que tú no eras como Lan. Es inteligente, Hilo-jen. Observador. Siempre está intentando entender profundamente las cosas, pero tiene que hacerlo a su manera, incluso si eso significa pasarse al lado opuesto. Dices que es frío y egoísta, pero solo lo parece porque se guarda para sí lo que siente. Le importan las cosas. Le importa lo que piensas de él. Y creo que necesita liberarse también de eso.

Hilo torció el gesto, pero respondió sin simpatía.

—¿Qué mensaje le estaré mandando al clan si dejo que Niko se salga con la suya sin consecuencias? Un Kaul que se une a una empresa paramilitar privada extranjera. En Montaña harán una fiesta. Se lanzarán a captar a nuestros linternas, a nuestros políticos y nuestro apoyo del público. Nos destriparán ante la prensa. Incluso Shae está de acuerdo conmigo. Y otros dedos pensarán que si el hijo del pedestal puede dar la espalda al clan y usar su jade para llenarse los bolsillos, ¿qué les impide hacer lo mismo?

—Entonces haz lo que debas hacer públicamente. Condena su decisión. Dile a todo le mundo que no representa a Sin Cumbre con sus actos, y que no tendrá estatus ni privilegios en el clan mientras

trabaje para Sunto. Di lo que tengas que decir como pedestal. Pero al menos habla con Niko. No le des la espalda.

—¿Por qué te importa tanto? —replicó Hilo. La paciencia se le estaba agotando visiblemente.

—¡Porque es lo que habría hecho Lan! —Anden no había pretendido gritar. Su intención era exponer su caso con calma y certeza irrefutables. Le temblaban las manos. Las cerró en puños y las apoyó en la mesa de Hilo, apretando los nudillos contra la madera—. Lan jamás nos habría dado la espalda a ninguno. Tú ejecutaste a la madre de Niko cuando él era un bebé; todos en el clan lo sabemos, aunque no hablemos de ello. Se merece la oportunidad de odiarte y abandonar Sin Cumbre, si es lo que necesita. Se lo debes. —Anden inspiró profundamente y volvió a soltar el aire. Se irguió—. Si expulsas a Niko, me expulsas a mí. Me iré, Hilo.

Hilo lo miró como si sujetara una cerilla sobre un bidón de queroseno.

—No lo harías.

—¿Te estoy mintiendo? —Hilo podía Percibir la determinación de Anden; sabría si iba de farol. No dijo nada—. Desde el momento en que Lan me trajo a esta casa, lo único que quise fue ser un Kaul —dijo Anden con voz ronca—. Odiaba mi sangre espenia y tenía miedo de ser el hijo de la Bruja Loca. Pero con los años he aprendido una cosa: no tengo que ser un Kaul si no quiero. Shae y tú siempre seréis Kaul. Niko, Ru y Jaya tampoco tienen elección. Pero yo sí. —Su voz desprendía certidumbre, aunque le pareció como si un agujero se le abriera en las tripas—. He sido el hombre de Sin Cumbre en Espenia durante años, lo has dicho tú mismo. He creado las alianzas que necesitábamos en Puerto Massy y en Resville. Soy el que supervisa los intereses del clan en la sanidad, instruye a médicos huesos verdes y certifica clínicas. Si me marcho, perderás todo eso. Quizá puedas sustituirme, pero no será lo mismo y lo sabes.

—¿Me estás amenazando, primo? —Las palabras de Hilo sonaron más a asombro que a enfado.

—Te estoy pidiendo, Hilo-jen, que me demuestres que esta es la familia de la que aún quiero formar parte. —Anden giró y fue hacia la puerta—. Si decides que al final sí quieres hablar con tu hijo, está en el piso de invitados de mi edificio. Dentro de dos semanas lo llevaré al aeropuerto.

Capítulo 36

Empezar de nuevo

Jon Remi siempre comía en uno de los tres restaurantes kekoneses del centro de Resville. Su favorito era el Festín de Yanlún, no porque tuviera la mejor comida (el Delicias de Kekon, a dos manzanas, era mejor), sino porque era el más seguro. Ocupaba dos plantas de un edificio estrecho. Remi siempre comía en una mesa reservada cerca del fondo de la segunda planta. Antes de llegar, mandaba por delante a dos de sus hombres para que comprobaran que no había ninguna amenaza esperando. Los guardaespaldas vigilaban mientras él comía de cara a la escalera, que era la única forma de acceder a la segunda planta. Las cortinas de la única ventana siempre estaban corridas; la ventana era bastante grande y daba a una escalera de incendios que se podía usar para salir del edificio en caso de emergencia.

Aunque el Kiku Malo portaba bastante jade para confiar en que podía enfrentarse a las amenazas de andar por casa, tenía una cantidad de enemigos excepcionalmente grande, y no era tan estúpido como para creer que poseer habilidades del jade era suficiente para que no lo pudieran matar en una emboscada bien planeada.

A todos los jefes de bandas del país les indignaba que un kekonés hubiera ascendido tan meteóricamente en el submundo de Resville y ahora controlara gran parte de la lucrativa ciudad. Varios habían intentado eliminar a Remi y recuperar las partes de los negocios de juego y prostitución que consideraban que les correspondían por derecho. Un coche de Remi había quedado para el desguace después de que lo ametrallaran desde otro vehículo en marcha, y no hacía mucho, dos hombres habían conseguido acercarse lo suficiente para intentar asesinarlo en su club nocturno favorito, el Oliva Azul. Si

seguía vivo, era porque unos años antes había entrenado con huesos verdes llegados de Yanlún. Los dos pandilleros que habían intentado acabar con él volvieron con sus jefes en bolsas para cadáveres.

Además de las bandas, tenía que pensar en los señores de la droga de Tomascio, unos cabrones espos completamente salvajes. Remi tenía que tener en cuenta también que había hecho enfadar a muchos huesos verdes de Puerto Massy. Era posible que fueran a por él ellos mismos, aunque esos hipócritas mojigatos estarían ocupados cubriéndose el culo y delatándolo a la policía a la menor oportunidad.

De modo que cuando le llegó el rumor de que un tipo desconocido en la ciudad había estado visitando los garitos de peleas locales y preguntando sin ningún disimulo por el Kiku Malo, lo primero que sospechó fue que ese forastero entrometido era un informante de la policía. Cuando hizo que su gente investigara, sus sospechas cambiaron y se intensificaron. Entonces le entró una intensa curiosidad.

—Echad mano a ese tipo —ordenó—. Quiero hablar con él.

Aquella noche, las únicas personas que había en la segunda planta del Festín de Yanlún eran tres hombres de confianza de Remi: cabezas de serpiente a los que había premiado con jade por matar pandilleros. Uno miró entre las láminas de la persiana cuando oyeron acercarse un vehículo y, luego, el sonido de las puertas de este.

—Ya están aquí, jefe.

Remi echó una buena mirada al desconocido cuando subió por la escalera y cruzó el restaurante hasta la mesa, quitándose la gorra al acercarse. Llevaba unos sencillos pantalones marrones y una camiseta negra bajo la gastada chaqueta de pana. Remi le echó unos cuarenta y tantos, pero la cara adusta y marcada de arrugas y el pelo negro salpicado de canas, con entradas en la frente, lo hacían parecer mayor. Se acercó sin prisa, con cierta cautela, pero sus ademanes alertas y la arrogancia depredadora con que se comportaba indicaban que aquel hombre era lo que los kekoneses llamarían «verde en el alma».

—Remi-jen —dijo Maik Tar con circunspección. Se tocó la frente y se inclinó en un ligero saludo.

Jon Remi le indicó con un gesto que se sentara a la mesa. Maik así lo hizo, se llenó un vaso de agua y se recostó en la silla. No estaba relajado (no parecía la clase de persona que se relajara por completo en ninguna circunstancia), pero no mostraba nerviosismo al estar sentado delante de uno de los jefes de la delincuencia más famosos de la ciudad. Remi lo estudió con interés e hizo una señal al camarero.

—¿Qué bebes?

—Solo agua —dijo Maik en kekonés.

—¿Ni siquiera hoji? —dijo Remi—. Aquí traen el bueno, desde Kekon; nada de mierdas baratas.

—No bebo —dijo Maik—. Lo dejé.

Remi se encogió de hombros y se pidió otra cerveza. Los tres cabezas de serpiente sentados a la mesa observaron a Maik con decepción fascinada, como si fuera un personaje de ficción que hubiera cobrado vida.

—Cuéntame… —dijo Remi—. ¿Qué trae a Resville a un hombre que fue uno de los principales huesos verdes del clan Sin Cumbre?

Maik frunció el ceño y cambió de postura en la silla.

—Si me has traído para hablar de Sin Cumbre, te has equivocado de persona —dijo con amargura—. No soy huesos verdes desde hace doce años. No he tocado el jade, no he vuelto a Yanlún y no he visto a mi familia, ni siquiera una vez. No soy nadie en Kekon.

Las palabras estaban tan impregnadas de resignación que Remi no dudó de que fueran ciertas. Además, ya había escarbado en el pasado de Maik. Sus contactos de Puerto Massy habían corroborado las historias: Maik Tar había sido uno de los huesos verdes más temidos a los dos lados del océano Amárico. Había sido la mano derecha de Kaul Hiloshudon. Había mandado a Willum Reams el Flaco, en pedazos, al fondo de la bahía de Whitting. Y de pronto, hacía doce años, había matado a su prometida en un episodio de rabia ciega y lo habían exiliado del clan Sin Cumbre. Todas las investigaciones de Remi confirmaban que Maik no tenía contacto con Yanlún. No visitaba la isla, no llamaba por teléfono, nadie le mandaba dinero. Maik Tar, le dijeron, no tenía jade y estaba acabado, pero no era buena idea tocarle los cojones.

—Y sin embargo, después de tantos años, la gente todavía sabe quién eres —dijo Remi dándose golpecitos en los dientes con un palillo, pensativo—. Eso es tener reputación, viejo. Así que no creo que te sorprenda que quiera saber por qué has venido a mi ciudad.

Maik hundió los hombros y soltó un ruidoso bufido.

—Port Massy es grande, incluso lo bastante para que alguien como yo desaparezca. Pero se está poniendo demasiado caro vivir allí. Y hay demasiadas personas con lazos con Sin Cumbre que saben quién fui. No puedo escapar de eso. Así que es hora de hacer un cambio. Empezar de nuevo. Resville tiene un clima más cálido y hay kekoneses. —Inclinó la cabeza con curiosidad y miró directamente a Remi, algo que pocos se atrevían a hacer—. Además, he oído hablar de un tipo de Resville al que llaman Remi, el Kiku Malo. Y no he podido evitar preguntarme si tendría algún trabajo para alguien como yo.

Remi enarcó las cejas, complacido de que su fama hubiera llegado a oídos de un hombre como Maik Tar.

—Siempre hay trabajos que hace falta hacer —dijo con despreocupación—. Pero ¿por qué iba a confiar en alguien que trabajaba para los Kaul?

—Tú mismo trabajaste para los Kaul —señaló Maik—. Hace menos tiempo que yo. Y ahora eres independiente. —El antiguo huesos verdes volvió la cabeza y miró a los cabezas de serpiente, pero Remi se dio cuenta de que su mirada no se detenía en los trajes y zapatos caros, ni siquiera en las armas. Estaba buscando el destello del verde en los dedos y las muñecas. Se volvió hacia Remi—. He oído que premias con jade a los que hacen un buen trabajo para ti —dijo lentamente—. Es algo que los Kaul no me devolverán nunca.

Remi no estaba muy entrenado en Percepción, pero podía darse cuenta de que Maik no estaba mintiendo.

—¿Cómo sé que no te ha mandado la gente de Puerto Massy?

Maik parpadeó; luego sonrió con suficiencia.

—¿Esos gallinas? Tienes que estar de broma. —Dos hombres de Remi no pudieron evitar echarse a reír. Maik negó con la cabeza—. Antes había sangre espesa aquí. En vida de Rohn Toro y el viejo Dauk. Pero eso fue hace mucho.

En cuanto Remi se enteró de que Maik Tar estaba en la ciudad y preguntaba por él, supo que tendría que matarlo o ponerlo de su lado. Reconoció para sí que tener en nómina a un hombre del calibre de Maik Tar, y con su aptitud para la violencia, podía ser útil. Remi necesitaba líderes capaces a pie de calle. En los tres últimos meses habían detenido a dos de sus mejores tenientes, y en secreto le preocupaba que las bandas se aprovecharan de su debilidad.

El Kiku Malo portaba jade, pero había nacido en Espenia. Daba igual la reputación que hubiera cosechado en Resville: no se podía comparar con la fama y la mística asociada a los clanes de huesos verdes kekoneses. Los kekoespenios, al margen de lo que sintieran hacia la vieja patria, tenían claro que los mejores guerreros de jade procedían de la isla; que se habían criado con el jade desde niños, se entrenaban en academias marciales rigurosas y lo portaban abiertamente en una cultura que reverenciaba la verditud. Sencillamente, no había forma de competir con aquellas ventajas. Maik Tar podía ser un activo sin igual.

De todas formas, Remi aún tenía dudas.

—Hace mucho que no eres puño.

Una sombra de fiereza cruzó la expresión de Maik.

—Fui el asistente del pedestal Kaul Hiloshudon —dijo con un deje

de orgullo incólume—. Me encargaba los trabajos más duros del clan, en los que había que derramar sangre cuidadosamente, en el momento oportuno y de la forma correcta. Era bueno en mi trabajo, y no solo porque fuera joven y verde; tenía la mentalidad adecuada para ello. —El remordimiento le cubrió la cara como una máscara—. Cometí un error, un terrible error, y no podré regresar nunca a casa. Quiero volver a hacer el trabajo que se me daba bien, eso es todo. Pero si tienes demasiadas dudas sobre mí, no pasa nada, lo entiendo. —Se puso la gorra y empezó a levantarse.

—Quieto ahí —dijo Remi. Mordisqueó un palillo y, con un gesto, ordenó a un cabeza de serpiente que le llevara su maletín—. Muchos hombres intentan aparentar ser más grandes de lo que son. Ahora que te he visto en persona, tengo que decir que no pareces uno de esos. —Abrió el maletín y sacó una pistola, un rollo de billetes y unas llaves de un coche. Lo dejó todo en la mesa, delante de él—. Si quieres trabajo, lo tienes. La pistola, el dinero y el coche que hay detrás del restaurante son tuyos. Considéralo una prima de enganche. A partir de ahora trabajas para mí. Habla con Teto; te dirá por dónde empezar.

Maik asintió con una breve inclinación de cabeza, impasible, como si Remi lo hubiera invitado a comer en vez de darle una vida nueva como el miembro más reciente de la banda Cabezas de Serpiente de Resville.

—¿Alguna pregunta?

Maik se guardó el dinero en el bolsillo sin contarlo; quizá atentara contra su sensibilidad kekonesa. Cogió la pistola y las llaves, se las metió en la chaqueta y se levantó.

—Dime qué quieres que haga.

Capítulo 37

Dejar el hogar

Año vigésimo, tercer mes

CUANDO el aviso de embarque para su vuelo sonó por los altavoces de la terminal, Niko pensó: «No es demasiado tarde». Aún podía salir del aeropuerto, volver a casa, reconocer que había cometido un error y pedirle a su tío que lo perdonara y le devolviera su lugar en el clan. Había hecho acopio de toda su determinación enfurecida y su justificada rebeldía para enfrentarse a sus padres y exponerles su decisión. En aquel momento, sin embargo, le oprimía el estómago una sentimiento de incertidumbre y estaba más asustado que emocionado.

Sacó el pasaporte y la tarjeta de embarque.

—Supongo que ya está —dijo.

Su tío Anden lo acompañó a la puerta de embarque. No hablaron. Anden era el único miembro de la familia con quien Niko podía guardar un silencio cómodo. A menudo, durante su infancia, mientras su madre batallaba con la larga recuperación de los daños cerebrales, Niko y sus hermanos quedaban a cargo de sus tíos. Anden era el preferido de Niko. Le dejaba pasar las horas leyendo, lo llevaba al parque a echar comida a los patos y alquilaba películas que veían juntos. Le hacía muy pocas preguntas y escuchaba las respuestas sin echarle sermones. A diferencia de otros adultos, no lo obligaba a seguir un horario ni empezaba las conversaciones con un «Cuando crezcas y obtengas tu jade…». En el clan no había nadie como el tío Anden, así que Niko no esperaba que nadie más fuera como él.

Al llegar a la puerta se dieron un abrazo.

—Prométeme que tendrás cuidado —dijo Anden—. No te vas de Kekon para estudiar, como hice yo; vas a portar jade en situaciones

peligrosas lejos de casa.

La expresión preocupada de Anden hizo que Niko se sintiera más culpable que ninguna dosis de gritos y reproches cáusticos de sus padres.

—Te lo prometo, tío —dijo Niko—. Gracias por dejarme estar en tu casa. Espero no haberos causado muchas molestias a Jirhuya y a ti.

—Claro que no —dijo Anden, pero estaba mirando alrededor, observando con esperanza a los viajeros que los rodeaban. Se frotó la muñeca desnuda, como echando de menos su jade y su sentido de Percepción. Niko sabía que Anden había ido a la mansión y discutido con el pedestal. Anden no había comentado nada, pero Ru sí. Ru había ido al apartamento la noche anterior y le había dicho un montón de cosas, derramando sus sentimientos como canicas por el suelo y rogándole que cambiara de idea.

—Pero ¿por qué, Niko? ¿Por qué rechazas tu posición de esa manera? —Ru estaba desconsolado y perplejo—. Sé que ahora mismo la presión tiene que ser terrible, pero todo el mundo en el clan quiere que te conviertas en el pedestal. —Como siempre, exageraba, convencido de que lo que era indiscutible para él tenía que ser la verdad.

Niko apartó la mirada de la expresión suplicante de su hermano.

—Jamás he estado a cargo de mi propia vida, Ru. Papá te ha dicho que estudies lo que te dé la gana en la universidad y que te conviertas en cualquier cosa que quieras ser. Jamás me ha dicho eso a mí. ¿Que le hace pensar a nadie que yo desee ser pedestal?

Ru lo cogió por los hombros y le dio la vuelta. Cuando lo impulsaba una creencia intensa, era el que más se llenaba de justa ira.

—Si yo no hubiera nacido ojos de piedra, haría todo lo que estuviera en mi mano para llegar a pedestal, por muy duro que fuera y aunque pensara que me gustaría hacer otra cosa. —Clavó los ojos en los de Niko—. Piensa en la diferencia que podrías marcar, en el bien que podrías hacer para tanta gente. El clan afecta a millones de vidas. Necesita un pedestal fuerte e inteligente. ¿Cómo puedes… escapar de esa responsabilidad?

Niko retrocedió un paso, liberándose del agarre de su hermano.

—No estoy escapando.

—Entonces vuelve a casa conmigo ahora mismo —exclamó Ru—. Hablaremos los dos con papá. Te respaldaré. Jaya también, y sabes lo bien que se le da salirse con la suya. Convenceremos a papá para que te deje ir a la universidad a tiempo parcial mientras trabajas para convertirte en puño. Como hace Ayt Ato. Si él puede, desde luego que tú también; eres mucho más inteligente. Solo necesitas un cambio y te

sentirás mejor respecto a todo, lo sé. Podemos ir juntos a la Real Jan, como planeamos. —Cuando Niko lo miró sin conmoverse, Ru pasó de las lisonjas a las acusaciones—. ¿Qué ha pasado con lo de los hermanos que se mantendrían unidos?

Niko negó con la cabeza con tristeza.

—Ya no somos niños, Ru.

La decepción y el dolor desnudo que habían cubierto la expresión de su hermano hicieron que Niko se encogiera de vergüenza, pero no lo mostró. Ru era el único que podría haber hecho que cambiara de idea, que podría haber quebrado su determinación. Así que tuvo que endurecerse.

Cogió la maleta. No había hecho mucho equipaje. En el lugar al que iba no esperaba tener mucho sitio para pertenencias personales, de todas formas. Dos semanas de orientación en la central de SIG en una ciudad llamada Fuerte Jonsrock, en el nordeste de Espenia, irían seguidas de tres meses en uno de los complejos de la empresa. Después estaría sujeto a un contrato de dos años y podrían mandarlo a cualquier lugar del mundo.

Anden abandonó su infructuosa búsqueda y se volvió hacia Niko con una mirada de disculpa.

—Lo he intentado, Niko. —Hundió los hombros bajo el peso de la resignación—. Y…

La calidez suave e inconfundible del aura de jade del pedestal se materializó en la Percepción de Niko dos segundos antes de que Hilo apareciera tras ellos, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Su expresión era inescrutable, aunque tenía los ojos cansados.

—Andy —dijo—, déjame hablar a solas con mi hijo.

Anden pasó la mirada de uno a otro. Sin palabras, puso una mano en el hombro de su sobrino y le dio un apretón de ánimo. Después se tocó la frente con expresión neutra, reconociendo la presencia del pedestal, y se alejó cruzando la terminal del aeropuerto.

—Camina conmigo —dijo Hilo.

—Estoy a punto de subir al avión.

—Solo será un minuto —dijo Hilo, con tal autoridad familiar que Niko obedeció, aunque quería actuar con enfado y grosería. El pedestal sabía que había estado en casa de Anden. Si quería hablar, podría haber asomado en cualquier momento en vez de esperar al último minuto, con el avión a punto de despegar.

Pero al final había acudido.

—¿Mamá sabe que estás aquí? —preguntó Niko.

—Sí.

Así que su madre seguía furiosa con él. De otro modo, también

habría ido. Todos conocían la reputación vengativa de Kaul Hilo, pero Niko sabía que su madre era la más inflexible, la que podía guardar rencores durante más tiempo.

—No me harás cambiar de idea —declaró Niko—. Es demasiado tarde.

—Es demasiado tarde para muchas cosas. —Hilo se detuvo, se volvió hacia su sobrino y le dio un sobre—. Te he devuelto el acceso a tus cuentas bancarias. Aquí tienes una tarjeta telefónica prepago y una lista de números: las sucursales de la oficina del hombre del tiempo en todos los países donde tenemos sede, y los números de contacto de huesos verdes en el extranjero que pertenecen al clan o son aliados nuestros, que te ayudarán si lo necesitas. Solo si realmente lo necesitas. En cualquier otro caso, dependes de ti mismo.

En la mente de Niko entraron en conflicto varios impulsos, pero no pudo concretarlos en palabras. Quería rechazar el gesto desdeñosamente y aferrarse a la ventaja emocional, pero le parecía un acto infantil. Quería ceder, decir algo que arreglara las cosas entre ellos antes de marcharse, pero eso sería aceptar la derrota. Nunca se le había dado bien reaccionar a sus sentimientos en el acto, así que no dijo nada.

Sonó la última llamada a embarque. Se guardó el sobre en el bolsillo de la chaqueta.

—Será mejor que me vaya —musitó.

Hilo le paso la mano por la nuca, lo atrajo hacia sí y habló en voz baja, pero con firmeza: —Habría degollado a Jim Sunto y prendido fuego a su empresa hasta los cimientos si hubiera creído que eso te detendría. —Su mano apretó con fuerza el cuello de Niko—. Pero sé que no se trata de eso. Te quiero lo suficiente para ver que tienes derecho a odiarme. Pero recuerda: solo tomé las decisiones que creí que eran mejores para ti.

Hilo lo soltó. Su aura de jade se fue apagando mientras se perdía en la multitud.

Hilo salió del aeropuerto y subió al asiento del pasajero del Lumezza FT Scorpion de Lott cuando este lo detuvo junto a la acera. Fueron hasta un hotel del aeropuerto y subieron a una suite de la quinta planta. Vin Solu, el nuevo primer puño de Yanlún, estaba en la habitación con Hejo, que era el puño a cargo de las ratas blancas, y uno de los expertos en tecnología que trabajaban para Hejo. Había tres jóvenes sentados alrededor de una mesa cubierta de cachivaches, escuchando mientras Hejo y su técnico explicaban su funcionamiento. Cuando entraron Hilo y Lott, todos se pusieron en pie apresuradamente y saludaron al pedestal.

—Kaul-jen… —murmuraron al unísono.

Hilo los observó. Dos jóvenes eran arañas doradas del ejército kekonés: un hombre llamado Dasho, a quien Hilo no conocía, y Teije Inno, un pariente lejano de la familia Kaul. El tercero era un dedo subalterno llamado Sim. El cuerno los había elegido a todos, rápida pero cuidadosamente. No portaban mucho jade, cinco piezas como máximo, y daban el perfil de huesos verdes de bajo nivel que buscaban una forma de mejorar su fortuna. Todos habían presentado solicitudes por separado y SIG les había ofrecido empleo. En el suelo, cerca de ellos, había maletas y mochilas.

—Niko ha despegado —dijo Hilo—. Vosotros partiréis en diferentes vuelos a lo largo de mañana.

Lott se sacó un sobre del bolsillo y repartió billetes de avión, tarjetas de crédito y dinero en efectivo. Hilo observó los objetos de la mesa; habían desmontado algunos para mostrar su funcionamiento: cámaras ocultas en relojes y bolígrafos, grabadoras de audio dentro de encendedores, dispositivos de escucha que se podían colocar en habitaciones y, lo más ingenioso, grabadoras ocultas en relojes, pendientes y colgantes de jade. Estas habían sido las más caras y difíciles de fabricar, pero también serían más difíciles de detectar. Los reclutas de SIG podían alistarse con su jade personal y portarlo como quisieran, y nadie se atrevería a tocar ni examinar de cerca el jade de otro hombre.

—¿Habéis aprendido a usar estas cosas? —preguntó Hilo.

—Todas son bastante sencillas —dijo el experto en tecnología de Hejo, uno de los tres especialistas en equipar a las ratas blancas del clan—. Todas se pueden abandonar fácilmente si es necesario y, salvo el jade, ninguna se puede rastrear hasta Sin Cumbre. —Se dirigió a los hombres—: Cuando lleguéis a un sitio nuevo, usad las tarjetas de crédito que os hemos dado en cualquier banco o en un cajero, o llamad a uno de los números de contacto. Sabremos inmediatamente dónde estáis. Si os atrapan, hemos preparado tapaderas sólidas que demuestran que unos periodistas de investigación del *Diario de Yanlún* os pagan para reunir información.

—No os preocupéis —dijo Hilo a los tres hombres—. Os estáis infiltrando en una empresa espenia, no en el clan Montaña. Si os atrapan, no os matarán. Probablemente ni siquiera os lisiarán ni os darán una paliza grave. Solo os despedirán y posiblemente os demandarán, pero eso no es problema, podemos gestionarlo. Os irá bien mientras no actuéis de forma sospechosa ni soltéis alguna mentira descarada. La Percepción de Sunto no es nada comparada con la de Vin.

—¿No están preocupados por las ratas blancas? —preguntó Sim, inquieto.

El pedestal hizo una mueca.

—Sunto está convencido de que los huesos verdes están ansiosos por abandonar los clanes y unirse a su ejército. Después de la conversación que tuvimos en su despacho de la isla de Euman, espera que yo susurre su nombre y que cualquier ataque de Sin Cumbre sea directo. Cuando os hayáis ido, el clan os condenará oficialmente como traidores indignos. Recordad que vuestras familias conocerán la verdad. Enviadnos toda la información que podáis, pero vuestra misión principal es cuidar de Niko. —Era un maldito idiota, pero por nada bajo el Cielo iba Hilo a perderlo en alguna estúpida guerra extranjera—. Mientras mi hijo esté vivo y bien, y vosotros nos enviéis cualquier información que podáis, vuestras familias recibirán dinero. —Más dinero del que pagaba SIG, y, lo más importante, cosas que SIG no podía proporcionar: la condonación de las deudas de los padres de Dasho, la universidad para la hermana de Teije, un trasplante de corazón urgente para la sobrina de Sim.

—¿Entendéis lo que se os pide? —dijo Lott—. Bien. Arrodillaos y prestad juramento al pedestal.

Los tres hombres se arrodillaron en la moqueta de la habitación del hotel y se llevaron las manos unidas a la frente.

Capítulo 38

Tenemos que hacer algo

BERO entró a hurtadillas en Yanlún como un gato en un contenedor de basura: sin hacer ruido y hambriento. Habían pasado casi seis años desde que los espenios lo habían arrancado de golpe de la ciudad. ¡Seis años! Aquel tiempo parecía haber desaparecido por arte de magia. Galo y Berglund habían organizado su reubicación, no en la República de Espenia, sino en Iwansa, un territorio espenio situado en el extremo sur del archipiélago de las Uwiwa. Bero ni siquiera sabía que los espenios poseían una isla minúscula en las Uwiwa, un lugar desagradablemente seco y mentalmente embrutecedor dedicado a entretener a los turistas espenios.

Los espenios le habían proporcionado una identidad nueva y un apartamento. Bero no había cometido la estupidez de fundirse los thalires que había ganado en sus años de informante gastando en lujos y llamando la atención en Yanlún, así que tenía bastante dinero para vivir mucho tiempo en las Uwiwa, donde todo era barato.

El principal problema era que odiaba Iwansa. Nadie hablaba kekonés. Bero no sabía uwiwano, así que tenía que arreglárselas con el poco espenio que había aprendido. La comida local constaba de papillas sosas envueltas en hojas de palma y mierdas por el estilo. Ganó un poco de dinero rondando por la zona en la que amarraban los cruceros turísticos, a la caza de turistas kekoneses y espenios dispuestos a pagar por que les mostrara el lugar.

No había nada que hacer. Lo único que quería era regresar a Kekon, pero lo último que le habían advertido sus controladores militares espenios era que no se le ocurriera. No se podía quitar de la cabeza el inquietante recuerdo de los operativos de la República de

Espenia vestidos de negro derribando a Molovni y llevándoselo de la casa con una capucha en la cabeza. Un año después del atentado de Yanlún, Bero había oído hablar de un desertor ygutano conocido como Agente M que había entregado a los militares espenios todos los secretos del programa nekolva. Tenía que ser Molovni, pero el Vastik eya Molovni que Bero conocía había intentado meterse una bala en la cabeza para impedir que lo capturaran. No se podía imaginar qué le habrían hecho los espenios para convertirlo en su mansa herramienta. ¿Qué le harían a él si creían que pensaba en escapar?

Pero con el tiempo dejaron de prestarle atención. Dejó de recibir las perturbadoras llamadas telefónicas que le hacían de vez en cuando los representantes del gobierno espenio para tenerlo controlado. Quizá los giros de la Guerra Lenta los hubieran llevado en otra dirección, y lo que Bero supiera o dejara de saber ya no interesaba ni preocupaba a nadie. O, sencillamente, Galo y Berglund se habían olvidado de él. Seguía odiando Iwansa, pero tenía que reconocer que se había acostumbrado. ¿En qué peligros se metería si volvía a Kekon?

«Te has vuelto una puta nenaza».

En el instante en que pisó Yanlún, sin embargo, se sintió mejor, como si hubiera estado dando vueltas lentamente en un espetón al fuego durante años y de repente lo hubieran metido en una bañera de bálsamo fresco. El primer día se sentó en un banco de un parque de Pau-Pau y se empapó de la ciudad, absorbiéndola por los poros: la grasa de los puestos de comida callejera, el sonido de los gritos en kekonés de los buhoneros y los taxistas, la humedad de la primavera en su piel reseca. Incluso la basura de Yanlún olía mejor que la de otros sitios, y las ratas estaban más lustrosas.

La mayoría de la gente que había conocido ya no estaba. Por curiosidad volvió al salón Kaki, y para su gran sorpresa descubrió que Tadino estaba trabajando tras la barra. Había cambiado: tenía el pelo más largo y había perdido su jactancia burlona y su lengua afilada. En el fondo de los ojos había un brillo atormentado, y una roja cicatriz circular, en la mejilla izquierda, le afeaba la piel de la cara.

—Mierda, keke, ¿eres tú? —dijo Tadino—. ¿Dónde te habías metido?

—En ninguna parte. Manteniéndome bien lejos de todos.

—¿Te fuiste de la ciudad? Chico listo. Creía que igual te habían pillado en las redadas, como a todos los demás. —Tadino se secó las manos con un trapo y miró alrededor con nerviosismo antes de inclinarse hacia Bero y hablar en voz más baja—: Tenían nuestros nombres en una puta lista, keke. ¿Sabes que Molovni desapareció? Debió de delatarnos a todos. Menos mal que te escapaste.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Tadino se encogió y se tocó por reflejo la mejilla marcada.

—Te fuiste de verdad, ¿eh? Montaña vino y dijo que aquí se reunían los desclanados. Yo me libré con poco porque pensaron que solo era el camarero.

—No tiene tan mal aspecto —dijo Bero.

—Dolió tanto que me meé encima. —Se estremeció al recordarlo y se pasó una mano por el pelo, nervioso. Miró a Bero con una extraña expresión desesperada—. De verdad que me alegro de verte, keke. No quedamos muchos, ¿sabes? De todas formas…, ¿por qué has vuelto?

—Necesito trabajo.

Era verdad. Se había gastado casi todo el dinero espenio y necesitaba ganar algo. La posibilidad más obvia era volver a robar o a traficar con drogas, pero después de hablar con Tadino tuvo que reconocer que era demasiado peligroso. Los clanes siempre habían tolerado un nivel bajo de delincuencia callejera, pero en aquellos días, cualquiera al que atraparan metido en actividades anticlanes (robar o dañar negocios de los clanes, distribuir shine, traficar con jade, asociarse con el Movimiento por un Futuro Sin Clanes o con causas políticas radicales, o simplemente tener demasiados contactos extranjeros sospechosos) sufriría consecuencias que iban desde la cara marcada hasta la tumba, en función de la gravedad de la ofensa. Bero había sido culpable de todas y cada una de esas cosas en distintos momentos de su vida, y ahora que estaba de vuelta en Yanlún, lo último que quería era que los huesos verdes se fijaran en él.

No tenía muchas habilidades contratables que estuvieran dentro de la ley, pero sabía conducir y conocía bien las calles, así que encontró trabajo de repartidor. Sin embargo, el sueldo era una mierda, y al cabo de seis meses organizó un plan con dos amigos de Tadino y empezó a usar la empresa de reparto para llevar vídeos y música pirata a las casetas que se los vendían a los turistas de las Dársenas, el Barrio de los Templos y el Barrio Monumental. Se figuró que estaría a salvo mientras se dedicaran a esquilmar a los extranjeros, aunque el dinero no era gran cosa. Nada que se acercara a lo que había ganado como pescador de rocas, como vendedor de shine o como informante. Decidió que se las podía arreglar con eso. Menos dinero, pero menos peligro. Que así fuera. Ya tenía treinta y seis años, era un puto viejo.

—Tenemos que hacer algo —decía Tadino cada vez que Bero se pasaba por el Kaki a tomar una copa. La cara marcada no parecía espantar a la clientela; más bien al contrario: el tipo de gente que frecuentaba el Kaki parecía considerarla una medalla de honor o una marca de credibilidad, como un tatuaje carcelario—. Tenemos que

salvar el Movimiento por un Futuro Sin Clanes antes de que sea tarde. De lo contrario, los clanes ganarán.

—Los clanes siempre ganan —dijo Bero, desdeñoso—. Guriho y Otonyo volaron por los aires un edificio con todos los líderes huesos verdes dentro, y ¿dónde están ahora? Dando de comer a los gusanos.

—Porque lo hicieron mal —insistió Tadino—. He estado pensando un montón en esto, te digo. Intentar acabar así con los clanes fue una estupidez. Lo único que consiguieron fue que se unieran para aplastarnos. Ahora nos persiguen como a perros. —Limpió la barra del bar con sacudidas violentas del trapo, descargando todo su odio en la madera barnizada—. ¿Y qué pasó con todos esos «amigos» extranjeros que el cabrón de Molovni prometió que apoyarían nuestra causa? ¿Dónde están ahora esos hijos de puta? Dejando que nos masacren, ahí están. Tenemos que salvarnos nosotros mismos, porque nadie más lo hará.

Bero no podía discutirle eso, así que no dijo nada; hablar solo servía para que Tadino se animara más. El hombre apoyó un codo en la barra y acercó su rostro anguloso al de Bero.

—No me digas que estás acabado, keke. No te vas a quedar cruzado de brazos como un fardo sin hacer nada más que beber, ¿verdad? Seguimos teniendo cuentas que ajustar. Quieres devolvérselas a los clanes tanto como yo.

Bero miró el vaso de hoji con el ceño fruncido. Que todavía odiara a los huesos verdes no significaba que se fuera a jugar el cuello por los míseros restos del Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Si Molovni ya no llevaba dinero y armas de Ygutan, ¿qué podían hacer? Era mejor pasar página y olvidarse de toda esa mierda.

«¿Ves? De verdad te has vuelto una puta nenaza».

Bero vació el vaso con una oleada de autodesprecio. Se había vuelto blando e inútil mientras estaba en Iwansa. Antes estaba lleno de sangre espesa y atrevimiento. Había hecho cosas que nadie podría haber hecho. Puede que Tadino estuviera diciendo tonterías, pero al menos seguía pensando, seguía intentando hacer lo que él había hecho en otros tiempos: discurrir un plan que pudiera cambiarlo todo. Quizá el cabrón con cara de rata tuviera razón. Quizá aún le quedara algo por hacer.

Entrecerró los ojos con interés cauteloso por primera vez.

—¿Qué tienes en mente?

—Verás. —Tadino se humedeció los labios—. Solo se puede destruir un clan de huesos verdes con otro clan de huesos verdes.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Cuál es la mejor época para la gente como nosotros? —Tadino

respondió a su propia pregunta con un brillo en la mirada—: Cuando hay guerra, keke. La manera de hundir los clanes es hacer que vuelvan a matarse entre ellos.

Capítulo 39

El club de los ojos de piedra

En su primer día de clases en la Universidad Real Jan, Kaul Rulinshin se detuvo en la explanada central del campus lleno de nervios y emoción mientras veía a los estudiantes caminar entre las extensas zonas de césped y los edificios de ladrillo. Ru no se consideraba especialmente académico, pero al haberse criado en la familia gobernante de un clan, en la que casi todos eran guerreros de jade u hombres de negocios, la enorme gama de posibilidades de la universidad hacía que se sintiera mareado.

Una densa nube de tristeza enturbió el despejado cielo azul de su ánimo. «Niko debería estar aquí». Niko siempre había sido el inteligente, el que disfrutaba leyendo y era bueno en la escuela, el que sorprendía a los adultos con las cosas que había aprendido y recordaba. Ahora, Ru no tenía ni idea de dónde estaba su hermano. Había recibido una carta suya en la que le contaba que había terminado las dos semanas de orientación en la central de SIG de Fuerte Jonsrock, en Espenia. Ru lo había buscado en la enciclopedia para saber dónde estaba exactamente. Niko no decía adónde iría a continuación, ni mencionaba la dolorosa conversación que habían mantenido antes de que se marchara. En la carta no decía siquiera si el trabajo le estaba gustando hasta el momento, si estaba contento. No había remitente en el sobre; Ru no tenía forma de contestar.

Se echó la mochila al hombro y fue a su primera clase, Gobierno y Sociedad 120. Era un curso introductorio que se dictaba en una gran sala de conferencias con asientos duros y mala iluminación. Nadie lo reconoció en aquella clase, ni en las otras dos a las que asistió aquel día, lo que no fue sorprendente. Su padre se había ocupado de

mantener alejados a los medios de comunicación, y a diferencia con sus hermanos, siempre había pasado desapercibido en el clan.

Sin embargo, cuando al día siguiente fue a sacar unos libros de la biblioteca, la bibliotecaria que recogió su tarjeta de identificación de estudiante lo miró con curiosidad, y después se fijó en el nombre.

—¡Oh! ¿Kaul Rulinshin? Eres el hijo del pedestal, el… —No terminó la frase con «ojos de piedra». Roja de vergüenza, se tocó la frente en el saludo abreviado—. Mi marido y sus padres son linternas de Sin Cumbre. Son los propietarios de El Carro de Wan, la cadena de talleres mecánicos. Todos los huesos verdes importantes del clan llevan sus coches allí. Mi marido trabajó en el Lumezza del cuerno, el Cabriola del hombre del tiempo y, por supuesto, el Duchesse de tu padre. —Marcó los libros en el registro con vivacidad—. Estuvimos el mes pasado en la fiesta de Año Nuevo del clan, la grande, en el hotel General Estrella. ¿Estabas allí? ¡Fue enorme! Estoy seguro de que tu padre no nos recuerda, ya que habló con mucha gente aquella noche, pero si tienes la oportunidad, ¿podrías decirle que los Wan, de El Carro de Wan, le presentan sus leales respetos?

—Se lo diré cuando vaya a cenar con la familia el quintodía que viene —prometió Ru. La bibliotecaria resplandeció.

—Ha sido un honor conocerte. Vuelve a menudo. Si alguna vez quieres reservar cubículo de estudio privado o un terminal de ordenador, dímelo. Te conseguiré el mejor. Hay un límite de dos horas, pero puedo encargarme de eso.

Ru le dio las gracias. Las siguiente vez que fue a la biblioteca para sacar libros, le dijo a la señora Wan que su padre había dicho que no confiaría su Duchesse a ningún otro taller, lo que la dejó tan encantada que le dio un código del personal que podía usar en cualquier fotocopiadora de la biblioteca sin pagar. Ru tuvo unos cuantos encuentros más con miembros y asociados del clan en el campus. El profesor asistente de la clase de Economía era el hermano menor de un puño de alto nivel. Una de sus compañeras de la clase de Literatura Kekonesa 300 era la hija de un leal de Sin Cumbre en el Consejo Real. De vez en cuando lo reconocían otras personas, que lo paraban para pedirle que transmitiera saludos a su familia.

Aquel tipo de atención habría molestado a Niko. Habría empezado a caminar con paso rápido de un sitio a otro para evitar que la gente se acercara a él. A Ru no le importaba. Siempre sonreía y respondía amistosamente. Con Niko ausente, había empezado a pensar en sí mismo como el primogénito de la familia. Que no pudiera ser un líder del clan no quería decir que no pudiera marcar una diferencia. Al fin y al cabo, su madre también era ojos de piedra, pero ayudaba a su padre

a ser el pedestal. Ru pensaba que podría haberle sido de ayuda a Niko, si este hubiera empezado a creer en sí mismo.

«Volverá —se dijo—. Tiene que volver». Le había roto el corazón ver a su hermano no solo condenado por su padre, sino despellejado por la prensa y usado como demostración de la moral decadente de una generación más joven que era menos verde y había dejado de respetar el aisho. Aquellos presuntos entendidos no sabían nada de Niko, y su caracterización despectiva no se podía aplicar a Jaya, desde luego, ni a Cam ni a los gemelos Juen. A Ru le enfurecía oír a la gente hablar por ignorancia y la negatividad, basándose en impresiones superficiales y habladurías. De modo que se sentía responsable de representar a su familia y a Sin Cumbre de la mejor manera posible. Además, le gustaba conocer gente y descubrir las numerosas formas en que el clan influía en la vida de los kekoneses de a pie.

A pesar de todo, Ru se sentía solo en el gran campus de la Universidad Real Jan. El estatus de su familia siempre lo había mantenido apartado de los otros alumnos del colegio y añadía una capa de dificultad a la hora de hacer amigos y conservarlos. Los compañeros de clase daban por supuesto que no querría hacer cola con ellos durante horas para ver la nueva película de Danny Sinjo, cuando sus padres podían llevarlo al preestreno. Dudaban en invitarlo a una fiesta de piscina en el parque Verano, en territorio controlado por Montaña, sabiendo que tendría que ir con sus guardaespaldas. Se alegraba de tener a su equipo de balón relevo del instituto y a sus mejores amigos, Tian y Shin, que lo trataban igual que a cualquier otro. Pero Tian se había ido al Instituto Tecnológico de Lukang para cursar sus estudios universitarios, y Shin se había alistado en las fuerzas armadas kekonesas. Ru ni siquiera tenía a Koko para hacerle compañía, pues en la residencia universitaria no admitían animales.

Echó un vistazo al tablón de anuncios del comedor del centro de estudiantes; había carteles que anunciaban varios clubes universitarios, y decidió darles una oportunidad. Un cuartodía por la tarde, seis semanas después de empezar el primer semestre, entró en un aula del sótano del edificio de Ciencias Sociales para asistir a una reunión de la Asociación Benéfica de No Reactivos al Jade. Sabía de la existencia de la ABNRJ porque su madre había sido oradora en alguno de los actos que organizaba, y le habían hecho una entrevista para la revista de la asociación. Ru tenía la boca seca a causa del nerviosismo cuando entró en la sala. ¿Cómo reaccionarían los miembros del club si el hijo del pedestal se entrometía en su reunión? Al fin y al cabo, la familia de Ru estaba en lo más alto de la estructura de poder cultural que reverenciaba las habilidades del jade y estigmatizaba a los ojos de

piedra y a toda la raza abukei.

Habían alineado varias mesas contra la pared y dispuesto botellas de refresco y picoteo variado: los esperables cuencos con frutos secos y galletas, pastelillos de dátiles, caramelos de sésamo y frutas, la porquería habitual. Había catorce personas en la sala: nueve kekoneses ojos de piedra y cinco estudiantes abukei. Una joven abukei le dio alegremente la bienvenida a Ru y le dijo que escribiera su nombre en una etiqueta de identificación. Ro obedeció con nerviosismo, cogió un refresco y se sentó en una de las sillas que habían colocado en círculo en el centro de la sala.

Uno de los estudiantes kekoneses se puso en pie y se presentó como Dano, alumno de tercer curso de Ciencias Políticas y líder del capítulo estudiantil de la ABNRJ. Aunque ya estaban a media tarde, Dano tenía el aspecto de alguien que se acabara de despertar. Tenía el pelo alborotado en varias direcciones, no se había afeitado, y llevaba una camiseta arrugada y unos vaqueros que parecían pescados del fondo de la cesta de la ropa sucia. A pesar de todo, irradiaba entusiasmo.

—El objeto de nuestro club es apoyarnos entre nosotros —declaró ante el pequeño grupo—. Seguro que todos los presentes hemos estado en una situación donde nos hemos sentido completamente solos. El único desafortunado, alguien que no importaba a los dioses. Bueno, eso no es cierto. No estáis solos. Y cuanto más trabajemos unidos para educar a la gente sobre la no reactividad, y más abiertos seamos sobre lo que somos, menos solos estaremos.

Dano siguió explicando el calendario de reuniones, los actos del club, la afiliación a la ABNRJ nacional y la asociación en el campus con la Alianza de Estudiantes Abukei, y enumeró los puestos vacantes.

—Veo que tenemos unos cuantos miembros nuevos —dijo al fin—, así que vamos a presentarnos. —Se sentó.

Ru no recordó el nombre de ninguno de los otros estudiantes. Cuando le llegó el turno de palabra, tenía húmedas las palmas de las manos. Se las secó en los vaqueros.

—Me llamo Kaul Rulinshin. Es mi primer año en la Real Jan. —Carraspeó—. Mi familia es… Bueno, está llena de huesos verdes. Me he pasado la vida entera rodeado de la cultura de los clanes y el jade, así que… esto es bastante nuevo para mí. Me alegro de haber encontrado este club, y estoy impaciente por conoceros a todos.

No pudo interpretar las expresiones que lo rodeaban. Si hubiera tenido sentido de la Percepción, habría sabido si debía recoger y marcharse. Pero, por supuesto, si tuviera sentido de la Percepción, no estaría allí.

Dano empezó a aplaudir pateando el suelo. Los otros miembros del club lo imitaron, dándole la bienvenida con sonrisas, y Ru relajó los hombros aliviado.

—Bienvenido al club de los ojos de piedra, keke —dijo Dano—. Por cierto, me opongo a todo lo que defiende tu clan. —Sonrió tan ampliamente que se le tensaron las mejillas, y luego se estiró y le dio a Ru una palmada en el hombro—. ¡Vamos a ser muy amigos!

Se hicieron amigos. Dano era un conector social por naturaleza; parecía conocer a gente de todo tipo y condición y siempre estaba yendo o viniendo de alguna fiesta. Pasar una cantidad considerable de sus horas de vigilia borracho o con resaca no parecía hacer mella en su energía. Además de ser el líder del capítulo de la ABNRJ en el campus, estaba metido en la Liga de la Independencia, una organización popular que abogaba por la elección de candidatos políticos no afiliados a los clanes; en la Plataforma por los Derechos de los Inmigrantes, que proporcionaba asistencia jurídica y económica a los refugiados, y en el *Credo Real*, el periódico de la universidad. Ru se preguntaba a veces si iba a clase siquiera.

Mantenían debates animados después de cada reunión del club de ojos de piedra. A Dano le encantaba discutir casi tanto como beber. Una vez que Ru mencionó que probablemente trabajaría en el clan Sin Cumbre cuando terminara los estudios, Dano dijo:

—Dedicarás tu vida profesional a sostener el sistema que estigmatiza la no reactividad. ¿No te parece que es como si un cerdo construyera su propio asador?

Ru se quedó boquiabierto. Jamás había conocido a nadie que se hubiera atrevido a decirle algo así.

—No puedes culpar a mi clan de siglos de superstición. Mi padre siempre me ha apoyado y jamás me ha hecho de menos. Nombró a mi madre asistente del pedestal. Quizá el que mi madre y yo seamos ojos de piedra en el clan es una de las causas de que el prejuicio contra la no reactividad esté disminuyendo.

Salieron del sótano del edificio de Ciencias Sociales y apretaron el paso para cruzar el campus; llegaban tarde a clase, pero no dejaron de discutir.

—Que tus parientes se porten bien contigo a título personal —dijo Dano— no cambia el hecho de que los clanes existen para proteger los intereses de los huesos verdes y mantenerlos en el poder, en detrimento de todos los demás.

—¡La sociedad no es una competición de huesos verdes contra no huesos verdes! —replicó Ru—. Todos los huesos verdes tienen familiares y amigos que no portan jade, y el clan protege a todo

Kekon. Si estudiaras historia… —Un golpe bajo descarado, pues Dano llegaba con retraso a su clase de historia—. Entonces sabrías que, si no fuera por los huesos verdes, nuestro país sería una leonera poscolonial saqueada como las islas Uwiwa, en vez de una próspera economía moderna.

Dano se encogió de hombros, disfrutando claramente de haber picado a su compañero de esparrin verbal.

—Reconozco que la Sociedad de la Montaña desempeñó un papel importante en la expulsión de la ocupación shotariana, pero eso fue hace casi cincuenta años. Otros países no necesitan clanes. Son instituciones pueblerinas y obsoletas.

—No tienes ni puta idea —casi gritó Ru—. Por supuesto, el clanismo no es perfecto; ningún sistema lo es. Por eso todos deberían trabajar juntos para mejorarlo, no para eliminarlo como quieren hacer los extranjeros y los anarquistas. Piensa en el comercio internacional, en la reforma militar, incluso en el crecimiento de la industria del entretenimiento; los clanes huesos verdes lideraron esos cambios. Mis propios parientes hicieron que ocurrieran. ¡No tienes ni idea! —Llegaron al edificio de Estudios Extranjeros, donde estaba el aula de la siguiente clase de Ru—. Bueno, ¿nos vemos el quintodía?

—Claro —dijo Dano—. Trae dinero suelto; creo que va a haber strippers.

Ru no estaba seguro de si Dano le caía bien o no. Podía ser un moralista pomposo, ignorante e irritante, pero nunca se había encontrado a nadie que pusiera continuamente en tela de juicio su visión del mundo. Era refrescante.

Cometió el error de hablar a Jaya de su nuevo amigo.

—Parece un mierdecilla bocazas —declaró su hermana—. ¿De verdad dijo eso? Me sorprende que los Koben aún no le hayan marcado la cara. —Miró a su hermano con expresión preocupada.

Jaya tenía la insufrible costumbre de actuar como si tuvieran la misma edad, como si su destino como huesos verdes alterara de algún modo el orden natural de los hermanos. Cuando estaban en la escuela primaria, Jaya había tumbado a otra chica a patadas en el recreo y le había tirado los libros a un charco por señalar a Ru y tirarse del lóbulo de la oreja. «Si vuelves a hacer eso, iré a tu casa y mataré a tus perros», había prometido Jaya, como si ella fuera la hermana mayor y tuviera que proteger a Ru de los abusones del patio de recreo. La otra chica se había echado a llorar, lo que mortificó y avergonzó a Ru sin medida. Él habría hecho caso omiso de la provocación, y, desde luego, no necesitaba que Jaya lo defendiera.

En aquel momento, era evidente por su expresión que sospechaba

que Ru no andaba con buenas compañías.

—Me pregunto si alguna de esas personas que ves en la universidad estará en las listas de observación de Lott-jen. ¿Cómo decías que se llama?

—Olvídalo —dijo Ru rápidamente—. Simplemente le gusta provocar; no hay que preocuparse por él. —Algunas cosas que decía Dano se podrían interpretar como un sentimiento radical anticlanes, lo que levantaría sospechas de lazos con el Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Ru tenía doce años en la época del atentado de Yanlún. Jamás olvidaría cómo lo sacaron del colegio, ni que se pasaron más de un día esperando para saber si su padre seguía con vida. Odiaba a los anarquistas violentos y entendía mejor que nadie por qué había tan poca tolerancia con las actitudes anticlanes.

Sin embargo, Dano era un estudiante universitario como él, no un terrorista del MFSC. Ru empezaba a pensar que, por desgracia, la amenaza de los extremistas anticlanes ahogaba valiosos debates sobre cómo podían o debían cambiar los clanes de forma que beneficiaran a más kekoneses, incluidos los que nunca podrían portar jade o no habían nacido en familias de clanes. Dano no tenía el punto de vista interno que tenía Ru. Para él, Montaña y Sin Cumbre eran entidades monolíticas vagamente malévolas. No podía entender que los padres de Ru, su tía Shae y su tío Anden eran personas reales. Buenas personas. Personas que formaban el clan.

Ru estaba en desacuerdo con su amigo en muchas cosas, pero no quería que le pasara nada malo. Decidió mantener la boca cerrada delante de Jaya a partir de entonces. Su hermana estaba en el octavo curso en la academia, y estaba claro que cuando se graduara prestaría juramento como dedo del clan. Si Jaya pensaba que Dano era una amenaza para la sociedad, o como mínimo una mala influencia para su hermano, quién sabía qué podría hacer.

Capítulo 40

Hijas problemáticas

Año vigesimoprimero, primer mes

La academia Kaul Dushuron había cambiado considerablemente desde que Shae había estudiado allí. Había nuevos edificios e instalaciones dedicados a clases sobre armas de fuego, vigilancia e informática, entre otras cosas. Había una nueva residencia para estudiantes extranjeros adultos, y campos de entrenamiento adicionales para acomodar a los aprendices del programa de residencia parcial, que se había instaurado a pesar de algunas preocupaciones manifestadas por exalumnos respecto a que podría diluir la marca de la escuela y desviar la atención del plan de estudios central. Pero algo que no había cambiado en más de veinticinco años era la tradición de las pruebas preliminares.

Las pruebas preliminares de octavo curso de Jaya tuvieron lugar un día de finales de otoño frío pero soleado, y toda la familia Kaul asistió al acto para apoyarla. Incluso Anden y Jirhuya fueron, tras decidir de mutuo acuerdo que soportarían sus respectivas incomodidades sobre la cuestión. Para Anden, cualquier visita a la academia le evocaba el recuerdo de su humillante ceremonia de graduación. Jirhuya sería uno de los pocos abukei que hubiera puesto jamás el pie en los terrenos de la academia.

En una rara muestra de apoyo fraterno, Ru vitoreó ruidosamente a su hermana, e Hilo resplandeció de orgullo cuando el nombre de Jaya ascendió al primer puesto de la lista clasificatoria tras la prueba de Desviación. Por la tarde, su puntuación en Ligereza la hizo bajar al sexto puesto, pero Hilo dijo que le daba igual que Jaya acabara o no siendo la primera de su promoción; solo quería que estuviera contenta

de su actuación en las pruebas.

—Aquí es donde han estudiado todos los huesos verdes de nuestra familia —dijo Hilo a Tia, a la que sostenía en el regazo mientras Woon iba a comprar refrescos para todos—. Cuando seas mayor, tú también vendrás.

En la masacre de los ratones, Jaya se colocó en posición, dobló el cuello adelante y atrás y chocó las manos con la chica que iba tras ella. Sacó la lengua a uno de los muchachos del final de la fila y sopló un beso a los observadores del séptimo curso, lo que hizo que Hilo estrechara los ojos con desconfianza. Los ratones de las jaulas corrían en círculos y arañaban con las minúsculas zarpas la rejilla de alambre. Sonó la campana. Jaya acabó a la vez con dos ratones de una esquina con su primer lanzamiento de Canalización. Maldijo en voz alta cuando falló el siguiente, aturdiéndolo nada más, pero lo remató en el siguiente intento y mató a los dos últimos con sendos golpes de energía, superando el segundo mejor tiempo (el del chico del fondo de la fila) por ochenta y cinco centésimas de segundo. La multitud vitoreó, Hilo más fuerte que nadie, y Jaya alzó los puños y bailó victoriosa.

La hija de Shae estalló en sollozos. Shae y Woon intentaron consolarla.

—Solo son ratones —dijo Woon—. Tienen que morir para que la gente practique la Canalización.

—¿Por qué grita la gente cuando los matan? —dijo Tia llorando.

—No vitoreamos porque mueran, vitoreamos porque Jaya ha ganado —explicó Shae.

—¡Ha ganado matándolos! ¿Todos los que vienen a la escuela tienen que matar ratones? ¿Vosotros los matasteis? —Cuando los dos reconocieron que sí, Tia lloró aún más fuerte.

Shae y Woon se marcharon antes de la ceremonia de entrega de premios y detuvieron el llanto de Tia comprándole pan frito en un local de La Choza Caliente de camino a casa. Por la noche, mientras Woon acostaba a la niña, Shae fue a la mansión principal.

—Ya tiene seis años y medio —le dijo con preocupación a Hilo—. ¿Hemos hecho algo mal? No creo que la hayamos sobreprotegido ni mimado en exceso. —Aquella no había sido la primera vez que Tia se alteraba con facilidad. Se negaba a ver peleas de gallos, y hasta los combates de entrenamiento en el césped la ponían nerviosa. Por supuesto, la compasión era una de la Virtudes Divinas, pero la violencia también formaba parte de la vida de una familia de huesos verdes. ¿De dónde habría sacado esa blandura?—. Quizá no le haya dedicado tiempo y atención suficientes.

Shae e Hilo estaban solos en la sala de estar, y el resto de la casa estaba en silencio. Ru había vuelto a la universidad, Jaya estaba con sus compañeros de clase en la fiesta posterior a las pruebas, y Wen, cansada tras el largo día, se había ido ya a la cama. Jaya había quedado tercera en la clasificación final, un puesto excelente.

Hilo sacó del mueble bar una botella de hoji y dos vasos. Tras llenarlos, cogió uno y le ofreció el otro a ella, sonriendo.

—Por dentro me estoy partiendo de risa al ver a mi dura hermanita ahí sentada, gimoteando y pidiéndome consejos parentales.

—No estoy gimoteando ni pidiéndote consejo —replicó Shae por reflejo antes de reconocer para sus adentros que quizá sí que lo pedía. Cogió el vaso de hoji.

—Shae —dijo Hilo, poniéndose serio—, si he aprendido algo en la vida es que, por mucho que lo intentes, no puedes hacer que nadie salga de cierta forma, ni siquiera tus hijos. Especialmente tus hijos.

Shae sabía que estaba pensando en Niko, dondequiera que estuviera. No podía condenar a su sobrino por dar la espalda a la familia y al clan, teniendo en cuenta que ella había hecho lo mismo en el pasado, pero ahora entendía, de una forma que no había entendido antes, cómo era aquello para los que quedaban atrás y sentían el peso del asiento vacío en la mesa. Esperaba que Niko estuviera haciendo lo que quería hacer, que encontrara lo que fuera que quería encontrar. Todo lo que podía hacer ella era rezar a los dioses para que mantuvieran a salvo al hijo de Lan.

Hilo contempló malhumorado el vaso de hoji durante un momento; luego lo hizo girar y bebió.

—No todo el mundo es apto para este tipo de vida. Y no me refiero a portar jade. Me refiero a todo en conjunto.

Shae subió los pies al sofá y encogió las piernas bajo el cuerpo. Bebió un trago de hoji y recostó la cabeza en los cojines.

—No es que quiera que mi hija siga mis pasos. —Había cometido muchos errores en su vida, pero cuando examinaba sus decisiones, no podía decir cuáles habían sido correctas y cuáles no—. Pero hoy me ha dolido un poco cuando Tia me ha mirado con lágrimas en los ojos. He visto cómo se daba cuenta de que quizá su madre no sea tan buena persona.

El aura de jade de Hilo se expandió y se contrajo en la Percepción de Shae: un profundo suspiro mental.

—Solo los niños y los dioses tienen la arrogancia de juzgar lo que no pueden comprender. No tiene sentido temer sus opiniones. No te preocupes por Tia; solo tiene seis años y medio, como has dicho. Todavía es demasiado pequeña para que te preocupes.

Se quedaron sentados unos minutos en silencio. Shae podía oír a los trabajadores que pintaban la casa del cuerno y ampliaban el garaje para adecuarlo a su nuevo ocupante. Los Juen se habían ido de la hacienda y estaban dedicando un año a viajar por el mundo. Se alegraba por ellos. No todos los que estaban en el nivel más alto del clan tenían que ser como Hilo y ella. No todos tenían que ser un Kaul.

Consideró todas las motivaciones que habían alimentado sus esfuerzos como hombre del tiempo a lo largo de los años: deber, venganza, rivalidad, orgullo personal por los logros, la esperanza y la creencia de que podía convertir a Sin Cumbre en un clan más fuerte, mejor, más moderno que aquel en el que se había criado y que, cuando era joven, había querido dejar atrás. Ahora, por encima de todos esos deseos, estaba la necesidad abrumadora e interiorizada hasta la médula de que Tia estuviera a salvo, de garantizar a su amable hija un futuro en el que no tuviera que luchar como había tenido que luchar su madre.

—Quiero abrir una delegación de Sin Cumbre en Shotar —dijo.

Hilo guardó silencio al principio, esperando a que su hombre del tiempo continuara.

—Nuestro crecimiento en Espenia se ha ralentizado —explicó Shae—. El mercado inmobiliario está bajando, y la economía va a debilitarse durante una temporada. Los años de campañas y presiones políticas han rendido de formas importantes; hemos evitado que el gobierno espenio criminalizara las operaciones del clan y hemos conseguido que redujeran las penas por posesión de jade a los ciudadanos. Pero todavía no hay indicios de que vayan a acabar legalizándolo del todo.

Hilo se pasó una mano por la frente y suspiró con resignación. Shae sospechó que no tanto por lo que le había dicho como por haberse dado cuenta de que no iba a disfrutar del resto de la velada sin tratar asuntos del clan. Siguió hablando:

—En Kekon hemos absorbido el clan Jo Sun y ahora tenemos Toshon, pero Montaña se ha hecho con Cola Negra y tiene Gohei, además de seguir dominando en Lukang. Ninguno tenemos espacio para adelantarnos. Necesitamos otros mercados.

—Hami ha abierto una oficina en Tun —señaló Hilo—. Puedes acelerar el crecimiento allí.

—Lo hemos intentado durante años, es difícil hacer negocios en Tun. Es políticamente inestable y está al borde de un colapso financiero. Las infraestructuras son malas, el idioma es difícil de aprender, y las leyes y los mercados financieros están subdesarrollados. —Shae había pasado horas interminables

considerando todas las posibles actuaciones—. Ygutan no es una opción para nosotros, obviamente. Todavía hay un embargo activo en las islas Uwiwa. Eso nos deja Shotar.

Hilo tamborileó con los dedos en el brazo del sofá.

—Hami cree que es mala idea.

Con los años, Shae había dejado de sorprenderse cuando Hilo demostraba saber sobre el lado de negocios del clan algo que ella no esperaba que supiera. Aún seguía sin aclararse con un informe financiero sin su ayuda, pero sabía lo que tenía que saber. Hilo poseía un mapa mental completo de los linternas del clan, ordenados por riqueza, influencia y lealtad. Sabía qué subordinados de Shae en la oficina del hombre del tiempo poseían una especialización o una habilidad determinadas, y hablaba directamente con ellos cuando le apetecía. Por supuesto, era su prerrogativa como pedestal, pero a veces la irritaba. Le hacía sospechar que ni siquiera después de todos esos años confiaba en que ella no actuaría a sus espaldas.

—Hami está convencido de que Montaña tiene una ventaja insuperable gracias a alianza de Ayt Mada con Matyos —reconoció frunciendo el ceño—. Iyilo perteneció a Matyos antes de hacerse con el Ti Pasuiga de Zapunyo, y la mayoría de los refugiados barukanos que Ayt llevó de Urtoko a Kekon eran miembros de Matyos. Era la mayor de las bandas barukanas. Controlaba sindicatos poderosos y tenía influencia en varios sectores.

—Así que ir a Shotar nos resultaría tan difícil como a Montaña ir a Resville. Los argumentos de tu hacedor de lluvia me parecen sólidos —dijo Hilo, pero Shae podía darse cuenta, por la textura de su aura de jade, de que seguía indeciso.

—La gran diferencia es que nosotros tenemos en Shotar un arma que Montaña no tiene en Espenia, gracias al maestro de ajedrez que es tu antiguo cuerno. Juen construyó una red de ratas blancas en ese país, y podemos usarla para encontrar una forma de meternos.

Después de que Shae expusiera su plan, Hilo vació el vaso de hoji.

—Te daré permiso si Lott acepta que usemos a las ratas blancas tal como propones, y si consigues que Hami acepte lo que has pensado. Esto solo funcionará si podemos proteger nuestros activos sin enviar demasiados puños y dedos. Entre Yanlún, Lukang y, ahora, Toshon, ya estamos estirando mucho el lado más verde del clan, y Montaña todavía tiene ventaja numérica. —El resentimiento de la voz de Hilo era evidente. «Todavía». Después de todos los años pasados seguían atascados en las mismas tablas exasperantes. Por cada paso que daba Sin Cumbre, Montaña daba otro.

—No han intentado venir a por nosotros últimamente —señaló

Shae. Los seis últimos años habían pasado en un estado de colaboración necesaria con sus rivales, concentrados en aplastar el Movimiento por un Futuro Sin Clanes y en consolidar su poder entre los debilitados clanes menores de las ciudades secundarias. Los dos clanes se enfrentaban a problemas internos. Shae sospechaba que Ayt Mada estaba ocupada en mantener unidos los extremos del clan, con los tradicionalistas Koben a un lado y los elementos barukanos al otro. En Sin Cumbre, la marcha de Niko había provocado un escándalo público y dejado abierta la cuestión de la sucesión.

El único aspecto positivo de aquel lío era que Montaña no había intentado recientemente mandar a la tumba a nadie de la familia Kaul.

Hilo se tanteó los bolsillos, echando claramente de menos el tabaco.

—Ayt ha estado quieta —reconoció, mirando pensativo a Shae—. Quizá tenga algún sentimiento humano, después de todo. —Shae sabía que estaba pensando que, quizá, incluso Ayt Mada era capaz de sentirse en deuda; de verse sujeta a la obligación de refrenar su mano contra la familia de la mujer que le había salvado la vida cuando nadie más se habría molestado.

Cuando Shae enfundó su cuchillo garra en el santuario del Templo del Divino Retorno, algo cambió; quizá había puesto una barrera a la deuda de sangre y frenado el río rojo de la venganza personal, al menos durante un tiempo. A veces era tentador olvidar que la meta definitiva de Ayt Mada, que en Kekon gobernara un único clan, significaba que Shae e Hilo no podrían descansar jamás. Seguía presente el hecho inamovible de que aunque Ayt no susurrara sus nombres, nunca podrían dejar de pensar en Montaña como un enemigo contra el que competían. En el momento en que Sin Cumbre se quedara atrás, se ralentizara o se debilitara, caería y Montaña lo aplastaría.

Shae miró por la ventana a la oscuridad del exterior y se mordió la mejilla por dentro.

—Montaña no está de brazos cruzados. Iwe Kalundo ha estado retirando activos y negocios de Ygutan.

Hilo se encogió de hombros, sin sorprenderse.

—Ese país ya no es bueno para ellos. —La economía ygutana se había visto golpeada con fuerza por la crisis mundial; el programa nekolva estaba bajo un intenso escrutinio internacional y se le habían impuesto sanciones, y el Comisariado de Dramsk sufría luchas internas. La creencia extendida de que Ygutan había apoyado al MFSC antes del atentado de Yanlún había convertido a los ygutanos en los extranjeros más odiados, así que las inversiones previas de Ayt Mada

en ese país estaban disgustando a muchos dentro del clan.

—Sí —musitó Shae—, pero Montaña no se retiraría sin un plan. Por lo que sé, todavía no han reinvertido los beneficios en otro sitio. Están moviendo piezas del ajedrez, pero no puedo ver la forma del despliegue. Si Ayt no ha armado jaleo, es porque está planeando algo.

Sonó el teléfono de la cocina. Hilo se levantó a contestar. Segundos después, Shae Percibió la llamarada explosiva de su aura de jade desde el otro lado de la sala. Se puso en pie de un salto, alarmada. Hilo apretaba el auricular con tanta fuerza que Shae temió que lo aplastara sin darse cuenta con su Fuerza.

—¿Qué ha pasado? —siseó.

Hilo habló al teléfono con los dientes apretados.

—Estaré ahí en unos minutos. —Colgó, y cogió la chaqueta y las llaves del coche—. Han detenido a Jaya.

El comisario jefe explicó a Hilo que Jaya había estado involucrada en un altercado violento en una fiesta y un joven estaba en el hospital en condiciones graves, pero por suerte sobreviviría. A la fiesta habían asistido principalmente estudiantes de la academia Kaul Dushuron y todas las familias afectadas eran de Sin Cumbre, así que era claramente un asunto del clan. Entregaron a Jaya a su padre, que la llevó a casa, le ordenó ir al despacho y cerró la puerta. Jaya se dejó caer en un asiento. Hilo se puso delante de ella.

—Explícate.

Jaya se hundió en el sillón. Llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta de cuero sobre un top rojo vivo que dejaba el ombligo a la vista. Puso los pies en la mesita, miró a su padre y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga? Se merece lo que se llevó.

—¿Estabas teniendo sexo con él?

—¡Papá! —Jaya pareció mortificada por la pregunta—. ¿De verdad quieres saber eso sobre tu hija? —Como la mirada de Hilo no cambió, reconoció—: Estuvimos viéndonos una temporada, pero corté el mes pasado. Es majo, pero se estaba poniendo pegajoso y a veces puede ser un capullo arrogante. En cualquier caso, no quería que ni él ni su familia se hicieran ilusiones.

Hilo frunció el ceño ante aquella actitud pragmática. Con Niko ausente, Jaya se había convertido en el centro de las conjeturas del clan. La idea era que, ya que el hijo del pedestal era un ojos de piedra, un cuñado competente podría convertirse en el heredero de Sin Cumbre. Al menos una docena de familias destacadas del clan habían mencionado la posibilidad de presentar a sus hijos en edad de merecer (de los catorce a los cuarenta) a la hija de Hilo, quien los había

ignorado o había respondido: «Cuando Jaya sea bastante mayor, voy a celebrar un torneo a muerte entre los aspirantes». Esas palabras, en boca de cualquier padre protector, habrían arrancado risas, pero como se trataba de Kaul Hiloshudon, las risas habían sido lo bastante nerviosas para cortar el tema.

—Si todo había terminado entre vosotros dos, ¿por qué este lío?

—Nos estuvo siguiendo a Hana y a mí toda la noche —se quejó Jaya—. Siempre intentando captar la atención de Hana. Igual le interesaba realmente, o igual intentaba ponerme celosa. No lo sé ni me importa. El caso es que, en un momento dado, los dos se fueron al piso de arriba. Yo estaba abajo jugando al billar con otros cuando Hana empezó a asustarse. En serio, papá. Pude Percibirlo como… —Hizo con las manos el gesto de que le estallaba la cabeza.

—¿Qué hacías portando jade fuera del terreno de la academia? —preguntó Hilo. A Jaya le faltaban tres meses para graduarse y no se le permitía portar jade sin la supervisión de un huesos verdes adulto—. Y oculto, además, como una especie de ladrón —añadió, cada vez más enfadado—. Dámelo.

Jaya gimió, se levantó el dobladillo de los vaqueros y se quitó la pulsera de entrenamiento de la academia, que llevaba alrededor del tobillo. Hizo una mueca de incomodidad al desprenderse del jade, y luego dejó con un golpe la tira de cuero con las tres piedras en la mano extendida de su padre.

—Hana ha tenido suerte de que lo portara —señaló—. ¿Y si hubiera intentado esa mierda conmigo?

—No se habría atrevido —replicó Hilo—. Mal Ging es el hijo único del concejal Mal Joon. Tienes suerte de que no muriese desangrado. Habríamos tenido un montón de problemas, por no hablar de que te habrían expulsado.

Jaya puso los ojos en blanco.

—Nadie me va a expulsar de la academia, papá. ¿Por qué te enfadas tanto? ¿Crees que es el primer chico al que me he follado? ¿O el primero al que he acuchillado? —Se echó a reír al ver la mirada de su padre.

Hilo pensó que su hija se merecía una paliza, pero nunca había sido capaz de tratarla con mucha dureza. Era una chica, y la menor de sus hijos. «Se muere por tu atención y sabe cómo conseguirla», le había dicho Wen, enfadada, más de una vez.

—¿Qué voy a hacer contigo, Jaya-se? —gruñó Hilo, más para sí mismo que para ella—. Tendremos que compensar a los Mal.

—No voy a darles una oreja —insistió Jaya, cruzando los brazos y sacando el labio inferior—. No se la merecen. Y tampoco me siento

mal por lo que le he hecho a ese gilipollas. No sé por qué tenemos que hacer una mierda por los Mal. Ellos deberían compensar a Noyu Hana y a su familia. ¿Tú pedirías disculpas por defender a un amigo? Vamos, papá, he oído todas las historias sobre ti.

—¡Al menos nunca le clavé un cuchillo garra en la entrepierna a un compañero de clase! —Hilo entrecerró los ojos—. Y además, ¿de qué historias estás hablando?

Jaya miró a su padre con esa expresión exasperada que dominaban las adolescentes.

—Historias de cuando eras puño, ya sabes. Como lo que le hiciste a Tanku Din. O de cuando eras cuerno. O de la guerra contra Montaña.

—No empieces a soltar ejemplos de los que no sabes nada.

Jaya se puso en pie y paseó abatida por el despacho.

—Nadie está dispuesto a batirse en duelo conmigo, ¿sabes? Incluso si ofrezco una hoja limpia, tienen miedo de que, si me hacen un rasguño, les arranques los brazos y las piernas. Por eso Ging no intentó violarme y fue a por Hana, el muy cobarde. ¿Cómo se supone que voy a ganar jade después de graduarme, y mucho menos convertirme en puño? Es difícil para una mujer ser verde, incluso si está en el lado aburrido del clan, como la tía Shae.

Hilo estaba tan atónito que se olvidó de su enfado por la mutilación del joven Mal. De sus tres hijos, Jaya siempre había sido aquella a la que le costaba menos comprender y querer. Recordó que cuando era pequeña podía ser agotadora; rara vez dormitaba o dejaba de moverse, siempre quería que la persiguiera o la empujara en le columpio mucho más tiempo que ninguno de los chicos, hasta que estaba a punto de vomitar. Siempre era abierta con sus sentimiento y parecía vivir el momento. Hilo no había sabido lo mucho que le preocupaba ser una mujer huesos verdes, a pesar de que ahora se daba cuenta de que no debería haberse sorprendido. Se dejó caer en un sillón.

—Jaya-se —dijo—, en lo que queda del curso deberías concentrarte en las pruebas finales y en ganar el jade de la graduación, sin meterte en más líos. Y queda terminantemente prohibido ir a más fiestas, portar jade fuera de la academia y enredarte con otros chicos, o, que los dioses me asistan, les arrancaré los brazos y las piernas, como decías. Yo me ocuparé de las cosas con la familia Mal, pero la próxima vez que vayas a parar a un calabozo, y más te vale que no haya próxima vez, no voy a ir a sacarte: te quedarás cociéndote en la celda una semana, como cualquier delincuente común.

Jaya se sentó frente a su padre, haciendo pucheros.

—Y después de que te gradúes —prosiguió Hilo—, ya hablaremos con tu madre y con la tía Shae. No deberíamos haberlo aplazado tanto; es culpa mía, pero he tenido mucho ajetreo, y aún nos queda tiempo de todas formas, así que no te preocupes. Puedes hacer un montón de cosas. Puedes ir a la universidad. Puedes estudiar en Espenia, si quieres. Puedes pasar un año o dos como dedo del clan. Y hay un montón de empresas tributarias donde podrías trabajar como becaria.

Jaya se irguió en el asiento.

—Voy a prestar juramento en el lado más verde del clan, papá. Voy a convertirme en un puño de primera categoría. Algún día seré el cuerno de Sin Cumbre.

Hilo odiaba desanimar a sus hijos, pero tuvo que decir:

—El cuerno es la posición más verde y más peligrosa. Nunca ha habido ninguna mujer cuerno.

—Tampoco hubo ninguna mujer pedestal antes de Ayt Mada —replicó Jaya—. ¿Quieres decir que nuestros enemigos pueden hacer más que nosotros? ¡Soy tu hija! ¿No crees en mí? —De repente pareció casi desconsolada.

—¡Claro que creo en ti! —espetó Hilo—. Pero ser el cuerno… No es solo cuestión de ser buen luchador, o un Kaul, ni de portar más jade que nadie. Es… —Frunció el ceño; le estaba costando trabajo articular por qué lo perturbaba tanto la idea de que su hija aspirara a la posición que él había ocupado. El cuerno tenía que ser un guerrero excepcional, inteligente y calculador, un líder de hombres. Incluso entre los huesos verdes más capaces y más cargados de jade, pocos estaban dotados para cumplir las exigencias del cometido. Por encima de todo, tenía miedo de que Jaya sintiera una ambición tan grande y peligrosa que pudiera hacer que la matasen a temprana edad, y su instinto como padre era dirigirla hacia el lado menos violento del clan —. Aún no tienes dieciocho años —le recordó con tono razonable—. Deberías pensar en todas tus opciones y no fijarte una tan pronto.

Jaya se levantó de un salto, con los ojos brillantes por el dolor y la indignación.

—¡No digas eso! No me hagas quedar como una chica tonta con ideas tontas. ¡Creía que, entre todo el mundo, mi propio padre lo entendería! —Empezó a ir hacia la puerta.

—Siéntate. —El tono autoritario de Hilo hizo que incluso la más obstinada de sus hijos se encogiera y se diera la vuelta. Hilo señaló el sillón, y Jaya obedeció a regañadientes y volvió a sentarse con el ceño fruncido, mirando al suelo.

Hilo se frotó la cara con la mano. Podía haber supuesto que Jaya

crecería hasta hacerse irremediablemente verde, y como le había dicho antes a Shae, era un error empujar a las personas en direcciones a las que no estaban destinadas a ir, o apartarlas de lo que más deseaban.

—De acuerdo —dijo—. Si estás convencida de que quieres ser puño, hablaré con Lott Jin. Pensaremos quiénes podrían ser buenos mentores y cómo puedes tener las máximas oportunidades para ganar jade. De aquí a final de año deberías hablar con los puños veteranos, hacerte una idea de a quienes respetas más y a cuyas órdenes querrías trabajar. Habla con las dedos mujeres, sobre todo, para conocer su opinión. —Cortó la sonrisa creciente de su hija con un gruñido—. Todo esto solo pasará si te comportas perfectamente el resto del año, te gradúas de la academia con cuatro piedras de jade y no causas más problemas; de lo contrario, yo mismo te arrancaré el jade y te mandaré con el hacedor de fortuna de nivel más bajo para hacer el trabajo más aburrido que pueda encontrar en algún negocio tributario minúsculo. Te lo juro por el Cielo.

Jaya se levantó, abrazó a su padre y lo besó en la mejilla, desaparecidos por completo el resentimiento y la bravuconería adolescente.

—Te prometo que no te decepcionaré, papá. —«No seré como Niko». No pronunció las palabras, pero Hilo sabía qué quería decir. A pesar de su aprensión, Hilo le devolvió el abrazo—. Es tarde; deberías irte a la cama. Mañana te llevaré a la academia.

Uno de los dedos que montaban guardia en la hacienda llamó a la puerta del despacho.

—Kaul-jen —dijo cuando abrió Hilo—, la familia Noyu ha venido a verte.

Hilo salió del despacho y encontró a cuatro personas esperando nerviosas en el vestíbulo. Una adolescente temblorosa de la edad de Jaya, sus padres y un joven huesos verdes que sin duda sería su hermano. Al ver a Hilo se inclinaron en un saludo profundo y respetuoso. La madre tenía los ojos llorosos, y el padre estaba pálido cuando se adelantó con la mirada baja.

—Kaul-jen —dijo—, hemos venido a mostrar nuestro agradecimiento por lo que hizo tu hija al proteger a Hana de cualquier daño, por no hablar del honor y la reputación de la familia. Hemos oído que Jaya ha pasado varias horas en el calabozo, y sin duda te ha echado a perder la velada. —Tragó saliva ruidosamente—. Nuestra familia es pequeña, pero mi hijo es dedo del clan y tenemos la esperanza de que nuestra hija se convierta en hacedora de fortuna. Si hay alguna otra forma de que podamos ser útiles al clan Sin Cumbre y

a tu familia, haremos encantados lo que sea.

Noyu se arrodilló en el suelo de madera y se inclinó hasta tocarlo con la frente. El resto de la familia lo imitó.

—¡Fue culpa mía! —dijo la chica, Hana, con un sollozo ahogado—. Yo animé a Ging porque sabía que Jaya y él habían roto, y creí que podría hacer que me quisiera. Los dos habíamos bebido, y yo no…

—Silencio, muchacha —siseó la madre—. ¿No has causado ya bastantes problemas?

Jaya fue hasta su amiga y la hizo levantarse.

—¿Cómo puedes pensar que tienes algo de culpa? —exclamó furiosa—. Ging es una mierdecilla inútil. ¿Por qué crees que rompí con él? Y aunque tu familia es muy amable por venir a dar las gracias, no son necesarias, porque ¿para qué están las amigas, si no es para defenderse entre ellas? —Abrazó con fuerza a su compañera—. Me da igual haber pasado un rato en el calabozo; me alegro de que estés a salvo.

Hana se echó a llorar, y habría seguido allí, abrazada a Jaya, si sus padres y su hermano no la hubieran apartado diciendo que la familia del pedestal ya les había dedicado tiempo de sobra. Hilo estaba un poco aturdido por la sensación de que no tenía absolutamente nada que añadir en esa situación, aparte de ponerle una mano en el hombro a Noyu y darle las gracias por ir.

Los labios del hombre temblaban de emoción.

—Kaul-jen, no solo eres el pedestal, sino que has conseguido criar hijos que son tan verdes y tienen tan buen corazón como tú. Al mirarte, me siento indigno como padre.

Capítulo 41

Segunda oportunidad

TRES hombres se alzaban emocionados y expectantes delante del Kiku Malo Remi y sus dos guardaespaldas. Pasaba de la medianoche y el restaurante Festín de Yanlún había cerrado hacía una hora; aquellos seis eran los únicos que quedaban en la segunda planta. La ventana estaba abierta para disipar el calor de aquella primavera poco habitual en Resville, pero las persianas bajadas y las luces amortiguadas creaban una atmósfera solemne.

—Durante siglos, nuestros ancestros reclamaban el jade de los cadáveres de sus enemigos —dijo Jon Remi con aire ceremonial mientras desdoblaba un paño negro colocado encima de la mesa. Había pronunciado aquel discurso muchas veces y tenía bien practicado el ritual—. Solo los más fuertes pueden portar jade. Cuando lo consiguen, tienen que luchar para defenderlo. Matar o que nos maten. Es parte de nuestra cultura. Está en nuestra sangre. Esta noche continuamos una tradición que nos ha llegado a través de generaciones de guerreros de jade. —Remi expuso tres cadenas de oro idénticas, cada una con un medallón de jade. Un silencio reverencial cayó sobre los Cabezas de Serpiente.

El jade era difícil de conseguir (gracias a esos cabrones avaros de los clanes kekoneses), así que Remi era extremadamente exigente al elegir a quién ascendía a víbora. Los tres hombres que estaban delante de él llevaban un año en la banda y habían demostrado su valía ejecutando como mínimo dos asesinatos designados.

—Os habéis ganado esto —dijo Remi—. A partir del momento en que os lo pongáis, no habrá vuelta atrás. —Levantó los brazos tatuados—. ¿Quiénes somos?

—¡Los Cabezas de Serpiente! —Los hombres separaron los dedos formando el saludo de la banda.

Remi ordenó que se adelantara al primer joven de la línea, que había demostrado su sangre espesa al ejecutar a dos miembros del cártel Copa. Los Cabezas de Serpiente estaban enzarzados en aquel momento en la guerra entre los copas y las bandas aliadas de Resville Este y Cranston. Remi odiaba a los dos bandos y no era la primera vez que tenían un enfrentamiento violento, pero las enemistades y las alianzas en Resville siempre estaban mutando.

Remi pasó la cadena con el medallón de jade por la cabeza del víbora recién nombrado. Una expresión maravillada cubrió la cara del hombre y su energía cambió, aumentando de tono como si empezara a vibrar con el poder del jade. A partir de ese momento tendría que entrenar a diario con los demás víboras para controlar y usar sus nuevas habilidades, y necesitaría inyecciones diarias de SN2. Remi tenía entendido que los huesos verdes de Kekon no usaban shine en absoluto porque se exponían al jade desde niños; otro privilegio de la vieja patria. Por suerte, Remi tenía shine de sobra, y era más seguro que en el pasado. El año anterior solo se habían producido tres muertes por sobredosis entre los Cabezas de Serpiente, y eso era preferible a un solo caso de comezón. El único hombre al que Remi había visto morir de comezón había acabado de muy mala manera: mató a su esposa y a sus hijos con un cuchillo de carnicero antes de clavárselo él mismo.

Con expresión aturdida, el primer hombre retrocedió y Remi hizo un gesto al segundo Cabeza de Serpiente de la línea, un mestizo medio kekonés; un expresidiario que había abandonado el grupo de Migu Sun de Adamont Capita, y había demostrado su valía interceptando un envío de droga de Copa y matando a tres traficantes. A lo largo de los años, Copa se había hecho con la mayor parte del tráfico de drogas de la región transportando narcóticos, principalmente anfetaminas como la harina dulce y el zumbido, a través de la frontera de Tomascio. Tenían una reputación de salvajismo indiscriminado; en su propio país era habitual que los señores de la droga dejaran cadáveres descuartizados clavados a las vallas como advertencia para sus enemigos.

Los jefes de las bandas de Resville no estaban dispuestos a dejar que los espos los expulsaran por la fuerza, pero también tenían miedo de incitar una violencia prolongada en una importante ciudad turística espenia, así que a regañadientes habían decidido contratar al Kiku Malo para que hiciera el trabajo duro por ellos. Los Cabezas de Serpiente no eran la banda más numerosa de Resville, pero todo el

submundo espenio estaba de acuerdo en que hombre por hombre, no se podían encontrar asesinos más eficaces que aquellos kekoneses portadores de jade. A cambio de sus servicios, las bandas de Resville Este y Cranston habían aceptado ceder todo el negocio del juego y la prostitución de la glamurosa calle Lahoya a los Cabezas de Serpiente. Para Remi, había sido un acuerdo beneficioso.

El segundo hombre aceptó su nuevo jade y dio un paso atrás, apretándolo en su puño.

Ir contra Copa no era moco de pavo, e incluso aunque eso le quitara de encima a las bandas, Remi habría dudado en aceptar aquel desafío de no haber sido por ciertos activos que no poseía nadie más en la ciudad. Uno eran sus víboras cargadas de jade; el otro, era el tercer hombre que estaba ante él.

Maik Tar era al menos veinticinco años mayor que los otros dos hombres ascendidos aquella noche, y lo aparentaba. Pero era el más fiable de los Cabezas de Serpiente. Al principio, como hacía con todos los miembros nuevos, Remi le había encargado tareas sencillas: hacer una entrega, asustar un poco a alguien, repartir sobornos o palizas según hiciera falta… Maik las cumplía todas a la perfección y sin pestañear. Remi lo mandó a matar a un hombre, un antiguo cabeza de serpiente que había acudido a las autoridades. El informador desapareció al día siguiente; la policía jamás encontró el menor rastro.

Remi estaba encantado y algo impresionado. Encargó a Maik otros trabajos, y Maik nunca falló. Era un frío asesino. Un genio salvaje. El mes anterior, tres miembros de Copa habían robado a un corredor de apuestas de Remi, lo habían matado de una paliza y habían huido de la ciudad. Encargó a Maik y a otros dos hombres que fueran tras los ladrones. Maik dejó un trío de cadáveres ardiendo en un coche, en una gasolinera situada a ocho kilómetros de la frontera de Tomascio.

A diferencia de otros miembros de la banda Cabezas de Serpiente, Maik Tar no bebía ni consumía drogas, no empezaba peleas absurdas, no tenía esposa ni amante y nunca se ponía respondón ni cuestionaba el trabajo que le asignaba Remi. Jugaba en una liga distinta, por encima de los otros, y tenía un instinto excepcional para las operaciones callejeras y la violencia. Se fijaba en detalles cruciales y lo recordaba todo, emitía una autoridad peligrosa y siempre era bueno en las peleas. Remi no se podía imaginar cómo habría sido de joven. De modo que así eran la ética del trabajo y la disciplina que se podían encontrar en los clanes de la vieja patria, pensó Remi con envidia. Ese era el tipo de gente que tenían los Kaul. Nada que ver con los metepatas chapuceros con los que tenía que tratar.

Y Maik había hecho todo aquello sin jade. ¿Qué podría conseguir a

partir de aquella noche? Los otros dos nunca habían portado jade, y pasarían meses hasta que pudieran hacer algo útil con él. Maik había llevado un montón durante decenios antes de que lo desterraran. Remi levantó la última cadena y, a la vista de todos, desenganchó el cierre y añadió otros dos preciosos medallones de jade junto al primero. Era la mayor cantidad de jade que había entregado de una vez, pero Maik podía soportarlo. De hecho, se convertiría en una fuerza irresistible. Con Maik al frente de los víboras, Remi podría sembrar la destrucción en el cártel Copa y en cualquiera que se atreviera a ser enemigo suyo.

Maik abrió mucho los ojos. Remi podía sentir la expectación casi insoportable del hombre.

—Una vez más, y de ahora en adelante, un guerrero huesos verdes —dijo Remi con una sonrisa bestial—. Maik-jen.

Maik inclinó la cabeza y Remi le colgó la cadena al cuello. El kekonés levantó una mano, se apretó los medallones verdes contra la piel desnuda y se estremeció cuando la oleada de energía del jade le golpeó el cerebro por primera vez en casi catorce años. Su cara endurecida se iluminó de pura alegría triunfante mientras alzaba el jade hacia el techo como si estuviera comulgando con los dioses.

—Gracias —susurró con voz ronca—. Gracias por esta segunda oportunidad.

Con la increíble velocidad y la Fuerza de un puño de primera categoría entrenado en la academia, Maik Tar hundió los dedos Acerados en la garganta de Remi y le aplastó la tráquea.

Los guardaespaldas de Remi y los otros Cabezas de Serpiente se quedaron paralizados por el asombro dos segundos enteros antes de desenfundar sus armas. En ese tiempo, Tar agarró al hombre más cercano y Canalizó en su cerebro, haciendo estallar los vasos sanguíneos y matándolo al instante. Arrojó el cadáver contra el segundo guardia, al que derribó como un bolo en una bolera, y echó a correr mientras los Cabezas de Serpiente restantes abrían fuego.

Las Desviaciones que lanzó Tar a su espalda apartaron la mayoría de las balas, pero no todas. Estaba usando sus habilidades del jade por primera vez después de mucho tiempo y tenía que esforzarse como si intentara mover una extremidad entumecida. Además era mucho mayor que cuando era huesos verdes en Yanlún.

Una bala lo acertó en el hombro y otra en el muslo, haciéndolo tropezar y caer. Los enfurecidos pandilleros se lanzaron hacia él con cuchillos. No tenían ni idea de cómo usar su nuevo jade, pero aun así los hacía más rápidos y fuertes de lo que habrían sido de otra manera. Tar cortó la cara del expresidiario y lo hizo caer al suelo gritando, pero fue demasiado lento con su Acero y recibió un mal tajo en las

costillas. Sin embargo, era tan fiero y terrorífico con el cuchillo garra, gruñendo como un animal rabioso, que ninguno de los dos hombres que quedaban quiso ser el primero en atacar. Eso le dio los pocos segundos que necesitaba para saltar por la única ventana de la segunda planta del restaurante, destrozándola con su cuerpo Acerado.

Chocó contra la barandilla de la escalera de incendios y saltó sobre ella hacia el asfalto. Controlando la caída con Ligereza, aterrizó de pie rodeado de una lluvia de cristal y gritos de los transeúntes, pero se torció un tobillo al golpear el suelo. Echó a correr cojeando y recorrió una manzana y media, dejando atrás un reguero de sangre, antes de que aparecieran dos coches de policía de Resville. Se rindió sin ofrecer resistencia.

En el hospital, bajo una guardia policial estricta, le permitieron hacer una llamada telefónica para ponerse en contacto con su familia. La usó para llamar a Hilo, a un número que no aparecía en la guía y que solo conocían los miembros más cercanos de la familia Kaul cuando Tar era el asistente del pedestal. Sintió alivio al ver que todavía funcionaba.

—Hilo-jen —dijo Tar, aún dolorido por las heridas—. Estoy en el hospital, pero no te preocupes; me pondré bien. —Se detuvo, abrumado por la emoción, y no continuó. Era la primera vez que los dos hombres hablaban desde aquella noche terrible, tantos años antes.

—No digas nada a la policía —dijo Hilo—. Mandaremos un abogado. Te sacaremos de ahí, Tar. —Cuando supo que Jon Remi había muerto y que el asesino había sido nada menos que su antiguo asistente, Hilo se vio asaltado por la sensación irreal de estar sorprendido y no estarlo al mismo tiempo. Ahora se sentía como si lo hubieran arrojado al pasado, a aquel fatídico momento en que estaba bajo los árboles de la parte trasera de la hacienda Kaul con un cuchillo garra en la mano y Tar arrodillado delante. Le temblaban las manos mientras sujetaba el auricular, igual que le habían temblado con el cuchillo—. Presionaremos por el lado jurídico, y si eso no funciona, pensaremos otra cosa. Recuerda: no digas nada y no te preocupes. Mejórate y ten paciencia. —Hizo una pausa para recomponerse—. Lo hiciste bien, Tar.

—Me alegro de oír tu voz, Hilo-jen —respondió Tar al cabo de un largo momento.

—Sabes que siempre conté contigo más que con nadie —dijo Hilo —. Llámame dentro de unos días, después de hablar con el abogado. Todo saldrá bien.

Tar no volvió a llamar a la residencia de los Kaul. Mientras se recuperaba en el hospital, lo interrogaron unos detectives de la

policía, y a través del intérprete que acudió para ayudarlo a responder a las preguntas, explicó que era un miembro de la banda Cabezas de Serpiente. Dijo que lo habían hecho ir al restaurante para matarlo porque Jon Remi creía que era un espía de los clanes kekoneses, que se oponían a que los grupos delictivos usaran jade. Tar declaró haber matado a Remi en defensa propia. Cooperó completamente con las autoridades: dio los nombres de todos los miembros de la banda que conocía, facilitó las direcciones de sus escondrijos y proporcionó una crónica detallada de los delitos en los que estaban implicados.

Cory Dauk llegó no mucho después para visitar a Maik Tar en la cárcel y prestarle asistencia jurídica. El abogado recordaba a Maik de la primera visita de Kaul Hilo a Espenia. Por aquel entonces, solo era un joven estudiante de Derecho, y Maik Tar era el asistente del pedestal, un hombre tan intimidante como había sido Rohn Toro. Ahora, Maik estaba canoso, y cansado y pálido tras el tiempo pasado en el hospital antes de que lo trasladaran a la cárcel. Había vuelto a portar jade durante unos minutos, había gastado una enorme cantidad de energía y luego lo había vuelto a perder cuando lo detuvo la policía. El efecto de toda esa tensión en la mente y en el cuerpo se mostraba en sus profundas ojeras. Las heridas no habían sido mortales, pero la bala de la pierna le había astillado el fémur y era probable que caminara cojeando el resto de su vida.

Maik pidió un cigarrillo, y aunque Cory no fumaba, preguntó a los guardias si alguno le podía dar uno para el prisionero. Tar lo aceptó con agradecimiento, lo encendió, y se hundió en la silla de metal con los ojos cerrados y expresión satisfecha.

—No deberías haberles dicho a los policías todo lo que sabes antes de que yo llegara —dijo Cory—. Ya no lo podemos usar para hacer un trato a cambio de la información.

Maik no respondió. Se limitó a dar otra calada al cigarrillo sin abrir los ojos.

—Es posible que te caigan de quince a veinte años en una cárcel de máxima seguridad —explicó Cory, irritado pero manteniendo la profesionalidad—. Gracias a tu cooperación es posible que podamos reducirlo, quizá a diez años. Cuando salgas te darán una nueva identidad y te meterán en el programa de protección de testigos; irás a otra ciudad donde nadie te podrá encontrar y podrás rehacer tu vida.

—Eso ya lo he hecho antes. —Tar entreabrió los ojos, nada impresionado con la idea—. Cuando salga tendré casi sesenta años. Demasiado viejo.

Cory lo observó largo rato.

—Están intentando sacarte, ¿sabes? Sin Cumbre. —Hablaban en

kekonés y ningún guardia cercano podía entenderlos—. Tu antiguo jefe, Kaul Hilo, está preguntando por las formas de amañar el proceso judicial, de sobornar a policías y jueces. Quiere detalles sobre la seguridad de la cárcel. Si terminas entre rejas, harán lo que puedan para liberarte.

Tar sonrió con una mezcla de satisfacción y tristeza.

—No deberían hacer eso.

—No —aceptó Cory—. Conllevaría quebrantar un montón de leyes y pondría en evidencia tus antiguos lazos con el clan. He estado intentando decírselo, pero no estoy seguro de que el pedestal me escuche. Si pudieras convencer a tu familia para que no interfiera en el proceso jurídico, sería mejor para todos a la larga, tú incluido.

—Gracias por el consejo. Intentaré convencerlos.

Cory lo observó con inquietud.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Me lo preguntas como mi abogado? —Tar sonrió con ironía.

Cory negó con la cabeza lentamente.

—Anden vino a verte, ¿verdad? Te pidió que te encargaras de Jon Remi.

A Tar le divirtió el tono plano de la voz del abogado, que indicaba que estaba reprimiendo un sentimiento de horror. Terminó el cigarrillo y aplastó la colilla en la superficie metálica de la mesa que los separaba.

—Remi eligió mal a su enemigo —dijo simplemente—. Nadie se interpone en el camino del clan Sin Cumbre.

—Tú ya no eres huesos verdes del clan. Ni siquiera puedes volver a Kekon. Así que, ¿por qué? ¿Qué ganas con ello?

Tar se encogió de hombros.

—Una muerte trascendente. —Se dio cuenta de que Cory Dauk no estaba familiarizado con el término—. No importa. Cosas de huesos verdes de la vieja patria; aquí no tenéis de eso.

Capítulo 42

Muerte trascendente

DIECIOCHO meses antes, Anden había ido a Orslow, un barrio situado al sur de Puerto Massy con una población kekonesa en aumento. Cuando llegó al bungaló marrón de la esquina, vio a un hombre que segaba el césped de delante, pero no lo reconoció al principio. La idea de que Maik Tar estuviera sudando al sol un septimodía por la tarde mientras empujaba una segadora frente a su modesta vivienda, como un vecino cualquiera, superaba cualquier cosa que Anden hubiera podido imaginar. Cuando se apeó del coche y cruzó la calle, Tar lo miró de reojo. Apagó la segadora y lo observó. Abrió los ojos asombrado al ver que era Anden. Entonces sonrió ampliamente y se acercó a recibirlo.

—Hola, Tar —dijo Anden.

—Maldita sea. Me alegro de verte, chico. —Se abrazaron, y Tar echó a andar hacia la casa seguido por Anden. Dentro, Tar se volvió, le puso las manos en los hombros y apretó como si quisiera asegurarse de que era realmente él, de que de verdad estaba allí—. Maldita sea —repitió—. Ojalá hubiera sabido que venías. —Giró repentinamente y abrió la nevera—. ¿Quieres tomar algo? Solo tengo refrescos, pero puedo ir a buscar otra cosa. —Pasó la mirada por la cocina y en su cara apareció una expresión avergonzada, como si se diera cuenta de lo pequeño y pobre que debía de parecer el lugar donde vivía un hombre que había sido uno de los huesos verdes más poderosos y temidos de Yanlún, la mano derecha del pedestal.

—Un refresco está bien —dijo Anden. Tar sacó un par de botellas y las dejó en la mesa. —¿Qué tal estás? —preguntó con cautela. La última vez que vio a Tar fue aquella noche trágica en que le trató las

heridas y ayudó a limpiarle la sangre de la cara y las manos. Al mirarlo ahora, Anden no sabía cómo sentirse. Había considerado a Tar su cuñado, pero nunca habían tenido una relación muy estrecha y nunca se había sentido completamente cómodo a su lado. Tar siempre había parecido muy astuto y peligroso, un lobo al que solo Hilo y Kehn podían controlar. Aun así, Anden lo conocía desde hacía tanto tiempo, había comido con él tantas veces en la mansión de los Kaul, que le costaba pensar en él como el hombre que había asesinado a Iyn Ro. No se paró a pensar en las otras vidas que había segado. Aquellas muertes se habían ejecutado por orden del pedestal y por el bien del clan.

—No me quejo —dijo Tar, encogiéndose de hombros—. Estoy bien, ¿sabes? Mejor que antes. Tardé años en dejar de odiarlo todo, incluso a mí mismo. Sin jade, sin clan, sin familia, sin nada. El único motivo por el que no me suicidé fue porque Hilo-jen me había perdonado la vida y pensé que quizá, solo quizá, había una minúscula oportunidad de que un día me perdonada y pudiera volver. —Tenía la mirada un poco perdida. Negó con la cabeza—. Sé que no es posible —dijo, pero en su voz había una pequeñísima sombra de duda, y la rápida mirada de reojo que dirigió a su visitante mostró que, al verlo cruzar la calle en dirección a su casa, había sentido una punzada de esperanza.

—Me alegro de que hayas podido sentirte cómodo aquí al final —dijo Anden. Tuvo que ocultar la compasión que sintió al ver que el pequeño destello de posibilidad se apagaba en los ojos de Tar, aflojando los músculos que le tensaban los labios. Tar tenía la misma edad que Hilo, pero en su exilio había envejecido mucho. Los dedos, las muñecas y el cuello parecían indecentemente desnudos, desprovistos del jade que había portado toda su vida adulta en Yanlún.

—Sí. —Tar aflojó un poco la postura—. Perdí mi jade, pero tenía bastante dinero para vivir cuando llegué. Había un par de tipos, huesos verdes a las órdenes del viejo Dauk, que venían a echar un vistazo para comprobar que estaba bien, pero también me dijeron que me matarían como a un perro rabioso si tenían que hacerlo. —Sonrió un poco.

—¿Cuándo viniste a Orslow? —preguntó Anden. Nunca habría creído que Tar pudiera meterse en un sitio como aquel, tranquilo y residencial. Siempre había parecido una criatura de la ciudad, al menos en Yanlún.

—Hace un par de años. —Tar miró por la ventana como si se diera cuenta con asombro de que llevaba allí todo ese tiempo—. Esto es… diferente. Más barato, desde luego, y eso está bien, pero también… —

Se frotó la mandíbula, buscando una forma de explicarlo—. Trampasur tiene ahora clínicas de medicina del jade. Y escuelas del jade que funcionan en secreto. Hace quince años empezamos a mandar puños para entrenar a la gente de Dauk, y ahora, algunos van a Yanlún y luego vuelven. Aquí en Orslow no hay ningún huesos verdes.

Anden comprendió. A Tar le resultaría muy duro estar cerca del jade y de otros huesos verdes; que le recordaran constantemente cómo era antes. Y aun así, incluso en aquel momento, cuando hablaba de los puños que enviaba Sin Cumbre a Puerto Massy, decía «empezamos» en primera persona, como si aún fuera un líder del clan.

—¿Qué hay del trabajo? ¿Tienes alguno? —preguntó Anden.

—Empecé como gorila en la puerta de una discoteca del centro. Un trabajo estúpido y aburrido, pero fácil —dijo Tar—. Al cabo de un tiempo pensé que lo que estaba haciendo no era distinto de lo que hacían los dedos de baja categoría: plantarme ahí, parecer duro, ocuparme de los problemas cuando surgían. Ya no tenía jade, pero sabía hacer más cosas que un dedo novato. Fui puño segundo del clan. Fui el asistente del pedestal. —Un destello de fiereza apareció brevemente en los ojos de Tar—. Así que empecé a hacer algún trabajo por mi cuenta. Había estado evitando los reñideros; por los dioses, son una horterada, nunca verás algo así en Yanlún. Pero empecé a pasarme por ellos y a dejar caer mi nombre. Tras hacer unos cuantos trabajos, apareció más gente que quería contratarme. Normalmente querían que siguiera la pista a tipos que debían dinero o a adúlteros que huían de sus esposas, o que encontrara los trapos sucios de alguien, cosas por el estilo. A veces sale algo más interesante. El trabajo va y viene, pero paga las facturas. —Tar guardó un silencio tímido durante unos segundos—. ¿Y tú, chico? —dijo luego con un tono mucho más animado, como si Anden aún fuera el primo adolescente de Hilo-jen y no un médico veterano de treinta y ocho años—. Se te ve bien. ¿Cómo andan las cosas en casa? ¿Has venido a Espenia por negocios del clan?

Anden lo puso al corriente a grandes rasgos de los asuntos de Sin cumbre y de la familia. Tar escuchó ávida y vorazmente, y preguntó por los niños, especialmente por Cam, que estaba en el sexto curso de la academia, un año por detrás de Jaya. En esos días, Niko era un dedo veterano y Ru estaba en el último curso del instituto. Anden había llevado fotos, consciente de que le encantaría tenerlas. El antiguo asistente del pedestal las contempló con atención, en silencio salvo cuando soltaba una risilla con alguna imagen divertida o alguna expresión tonta de la cara de alguno de sus sobrinos.

Se detuvo un largo momento en una fotografía de Hilo y Wen sentados en la grada, viendo un partido de balón relevo del instituto de Ru. La había sacado alguien que estaba sentado junto a ellos, quizá Shae. Sonreían a la cámara y parecían felices.

Tar acabó de ver las fotografías; luego volvió la cabeza y se frotó rápida y subrepticiamente los ojos.

—Gracias por traérmelas.

—Quédatelas. —Anden apartó la mirada; no quería herir el orgullo del hombre sonando muy preocupado—. ¿Has conocido a gente aquí? ¿Tienes amigos? —La casa era, evidentemente, de un soltero, con muebles utilitarios, poca decoración y una pila de platos usados en el fregadero.

—Unos pocos —dijo Tar—. He empezado a jugar a las cartas con unos que he conocido en el gimnasio. Me metí en un grupo de lectura de un club de conversación para gente que tenía el espenio como segundo idioma. Alguna aventurilla aquí y allá, nada serio. Nunca me he casado. No podría, después de… Ya sabes. —Recogió la pila de fotografías.

A Anden lo sacudió una mezcla extraña de lástima y admiración. Recordaba lo duro que le había sido su primer año en Puerto Massy cuando era estudiante, y había tenido el apoyo del clan, una familia de acogida que cuidaba de él y el conocimiento de que su exilio era temporal y antes o después podría volver a casa. Tar no tenía nada de aquello. Era mayor y le costaba trabajo aprender otro idioma. Había tenido que superar el síndrome de abstinencia del jade, encontrar trabajo y rehacer su vida por completo. Que no solo estuviera vivo, sino que tuviera una casa modesta en las afueras, un trabajo que se le daba bien y unos pocos contactos sociales, era poco menos que milagroso. Diez años y un océano más lejos de la vida de huesos verdes que lo había definido, Maik Tar estaba a la vez roto y más completo.

—Me alegro mucho de verte, Tar —dijo Anden, y lo decía de veras.

Tar carraspeó, le dio otro golpecito al paquete de fotografías y miró a Anden con comprensión expectante.

—¿Cómo van los negocios del clan?

A pesar de su alegría por ver a un miembro de la familia y tener la oportunidad de enterarse de lo que andaban haciendo todos, Tar sabía sin lugar a dudas que la visita de Anden no podía ser una simple cortesía sentimental. Aunque Hilo no había prohibido expresamente que nadie se comunicara con Tar, se sobreentendía que estaba muerto para el clan. Ni el mismísimo pedestal había hablado con su cuñado desde que lo exilió. Anden sabía que no era por crueldad, sino por

amabilidad. Habría sido injusto darle cualquier brizna de esperanza. Necesitaba quedar separado del todo para aceptar su situación y crearse alguna vida nueva. Además, Hilo no confiaba en sí mismo y temía la posibilidad de ablandarse con el tiempo, algo que no se podía permitir. Pero Maik Tar conocía a suficientes huesos verdes en Espenia para saber que, cuando Emery Anden estaba allí, hablaba en nombre del pedestal de Sin Cumbre.

—Hacer negocios aquí es más difícil ahora que no está Dauk Losun, que los dioses lo reconozcan —dijo Anden.

Habló a Tar de los esfuerzos de Sin Cumbre por cambiar la percepción del jade en Espenia y eliminar los obstáculos jurídicos que bloqueaban la expansión del clan. Algunos huesos verdes, explicó, estaban desafiando las admoniciones de sus pares y se habían convertido en delincuentes notorios.

—Hay un hombre en concreto —dijo Anden torciendo el gesto—, Remi Jonjunin, o Jon Remi, que se hace llamar Kiku Malo Remi, justo como cualquier jefe de banda. Y lo peor es que ha forjado su éxito apoyándose en Sin Cumbre. —Le contó a Tar la historia de la alianza de Remi con Sin Cumbre, su ascenso en Resville y su negativa a cambiar de comportamiento ahora que era rico y poderoso—. Nadie puede meterle un poco de sensatez en la cabeza. El mes pasado detuvieron a dos hombres suyos, uno de ellos con jade, por dirigir un laboratorio de fabricación de shine. Los Cabezas de Serpiente de Remi se interponen en el camino de todo lo que Sin Cumbre está intentando conseguir en este país.

—¿Alguien ha intentado matarlo ya? —preguntó Tar con pragmatismo.

—Las bandas lo intentaron —dijo Anden—. Pero Remi es demasiado cuidadoso. Tiene al menos tres viviendas diferentes y va de una a otra. Solo come en restaurantes kekoneses, y allí donde va, envía gente por delante para explorar. En todo momento va acompañado de guardaespaldas que portan jade. Ningún asesino de las bandas puede acercarse.

Tar asintió.

—¿Y otros huesos verdes?

—Los de Puerto Massy y Adamont Capita han intentado negociar con él para que se refrene, pero no están dispuestos a susurrar su nombre. No quieren crear más problemas jurídicos y empeorar las cosas para la comunidad, ni convertirse en blancos de la venganza de los seguidores de Remi. Han estado trabajando con la policía para cerrarle los negocios y hacer que lo detengan, con la esperanza de que eso resuelva el problema o de que las bandas tengan éxito mientras

tanto.

Tar negó con la cabeza.

—En Yanlún nunca ocurriría algo así.

—No lo pueden evitar —dijo Anden, sintiéndose obligado a defender a Cory Dauk y a sus amigos kekoespenios—. Sin un clan y un pedestal, sin personas como Dauk Losun y Rohn Toro, no saben actuar como auténticos huesos verdes. Aun así, son nuestros aliados y socios de nuestros negocios. Por mucho que Remi nos haya insultado directamente, Hilo-jen dio su palabra a la viuda de Dauk de que mantendría a Sin Cumbre fuera de Resville y no haría nada que llamara negativamente la atención. —Anden hizo una pausa y miró a Tar con intención—. El Kiku Malo es un enemigo del clan, y el pedestal quiere que desaparezca. Ya que soy el que está más familiarizado con la situación de Espenia, me corresponde pensar la forma correcta de gestionar este problema de un modo que no se pueda rastrear hasta Sin Cumbre.

—Créeme cuando te digo, como alguien que ha estado en tu lugar y a quien el pedestal ha encargado tareas difíciles, que un trabajo como este no se le puede encargar a cualquiera —dijo Tar.

—Hilo no sabe que estoy aquí —dijo Anden.

Tar arqueó las cejas y se recostó en la silla. Anden se daba cuenta de que el antiguo asistente del pedestal estaba decepcionado. Sin duda había albergado la esperanza de que Anden lo visitara a instancias del pedestal, o que al menos hubiera recibido su aprobación. Pero en cualquier caso, se sentía halagado por que Anden hubiera acudido a él después de todos los años pasados, y de que estuviera arriesgando su posición ante el pedestal recurriendo a un paria del clan sin el conocimiento ni la bendición de este.

Tar se levantó y sacó otras dos botellas de refresco. Cuando volvió a sentarse, las arrugas de su frente dejaban claro que estaba pensando en todo lo que le había dicho Anden.

—¿Me prometes que matar a ese hombre será bueno para el clan? ¿Que ayudará a Hilo-jen?

—Te lo prometo —dijo Anden—. No estaría aquí de lo contrario.

—Ese Jon Remi, ¿merece morir?

La pregunta pilló a Anden con la guardia baja. No le pareció el tipo de pregunta que Maik Tar se hubiera planteado nunca, ni que se le hubiera ocurrido hacer en el pasado. Pero Tar lo miraba seriamente, esperando a que contestara, con una expresión que no parecía natural en él; la cara de un hombre que se había estado haciendo muchas preguntas en los diez últimos años de su vida y al que aún le gustaría tener respuestas.

Anden pensó un rato antes de contestar.

—Remi es lo que es. En ciertos sentidos es admirable porque quiere vivir siendo su propio dueño, y exige respeto incluso cuando parece que todo está contra él. Pero solo usa el jade para dañar a otros. Extorsiona incluso a los negocios kekoneses. Ha matado a mucha gente, pero siempre por dinero o por drogas, nunca con una hoja limpia. Sus Cabezas de Serpiente no son mejores que los pandilleros. —Hizo una pausa—. No es la clase de huesos verdes que se debería permitir que exista. Merece morir tanto como cualquiera en nuestro mundo.

Tar guardó silencio durante un rato. La respuesta había sido más meditada y sincera de lo que esperaba, y agradeció que Anden le mostrara (a él, un asesino caído en desgracia y exiliado del clan) suficiente respeto para no mentirle ni darle una respuesta de compromiso. Se levantaron y fueron juntos hasta la puerta.

—Siempre haré lo que Hilo-jen necesite que se haga —dijo—. No te preocupes por nada, chico. —Mientras Anden salía de la casa, preguntó—: ¿Les dirás a los niños, sobre todo a Cam, que su tío Tar los echa de menos y los quiere? Sé que algunos errores nunca se podrán corregir, pero tenemos que seguir adelante, ¿verdad?, e intentar sacar el máximo partido de lo que nos queda. Díselo de mi parte, ¿de acuerdo?

La caída de los Cabezas de Serpiente fue sorprendentemente rápida incluso para el submundo de Resville. La policía de la ciudad y las autoridades federales no habían recibido nunca tanta información interna sobre la banda kekoespenia más famosa del país. Una semana después de la muerte de Remi, habían detenido a casi todos sus subordinados y los habían acusado de una plétora de delitos.

Los Cabezas de Serpiente que quedaban fueron incapaces de reorganizarse lo bastante rápido para sobrevivir al asalto de las fuerzas de la ley y los ataques oportunistas del cártel Copa y las bandas locales. Los seguidores de Remi que consiguieron evitar la detención tuvieron que esconderse, escapar de la ciudad o abandonar sus actividades y asociaciones. Algunos llegaron al extremo de dejar de portar jade. Surgieron unas cuantas bandas menores, pero se mantuvieron estrictamente como grupos de poca monta y se los consideraba simples delincuentes. Tenían poco jade, o nada, y ninguno de los líderes huesos verdes que se alinearon con la familia Dauk de Puerto Massy daría jade a nadie con ficha policial.

Las bandas se apresuraron a llenar el vacío dejado por la desaparición de los Cabezas de Serpiente. Al cabo de poco tiempo llegaron a un endeble acuerdo con Copa, sus rivales, y les dejaron la

mayor parte del negocio de las drogas, aunque se afirmaron en el control del juego, la prostitución y la extorsión en casi toda Resville, salvo en las zonas de predominio kekonés, donde descubrieron que se los despachaba discreta pero enérgicamente.

En la comunidad de huesos verdes kekoespenia se había trazado la raya. El mensaje se extendió: entrenar en secreto, portar jade, proteger a los vecinos. Si alguien se volvía demasiado ambicioso y se convertía en un jefe de banda, acababa como Jon Remi, que había pagado por desafiar y faltar al respeto a la familia Kaul de Sin Cumbre.

Dos meses después de su detención, a la espera de juicio, encontraron a Maik Tar muerto en su celda; se había ahorcado con una cuerda hecha con una sábana desgarrada. Aquel día, más temprano, había paseado por el patio de la cárcel con aparente buen humor, recuperado casi del todo de sus heridas. Había cenado y bromeado con los guardias y no se lo consideraba en riesgo de suicidio. No dejó ninguna nota, aunque aquella tarde estuvo hablando mucho de su hermano mayor, muerto hacía dieciocho años, y había dicho que esperaba que realmente hubiera vida después de la muerte, como decían algunos.

El cadáver de Maik Tar se envió de vuelta a Yanlún, y lo enterraron al lado de Kehn en la parcela de la familia Kaul, en el cementerio El Cielo Espera. El funeral no se hizo demasiado público, ni siquiera dentro del clan Sin Cumbre; muchos amigos y parientes de Iyn Ro se habrían enfurecido al saber que el pedestal había cancelado el exilio de Tar, aunque fuera después de su muerte. Solo asistieron los miembros más cercanos de la familia Kaul. Después del entierro, Hilo pasó un largo rato contemplando el lugar donde estaban enterrados sus tres hermanos: Lan, Kehn y Tar. Wen estuvo a su lado, sin emitir ni un gemido, pero con las lágrimas cayéndole silenciosamente por la cara, llorando todo lo que Hilo no había sido capaz de llorar. El sentimiento de dolor que le oprimía el pecho con fuerza no era la rabia ardiente que lo había animado tras los asesinatos de Lan y Kehn. La muerte de Tar se sintió como el final largamente aplazado de una tragedia que había tenido lugar hacía mucho tiempo.

Anden se acercó a Hilo por el otro lado y miró el ataúd. Tenía una expresión compungida, llena de remordimiento.

—Si me culpas, lo entenderé, Hilo-jen —dijo con voz apagada e insegura. Hilo no respondió al principio. Luego dijo en voz baja:

—Tar fue el mejor, el único que podría haberlo conseguido. No te culpo más que a mí mismo. —Puso una mano en el hombro de Anden y se apoyó pesadamente, casi cayendo contra él—. Estuve furioso contigo mucho tiempo porque rechazaste portar jade. Lo recuerdas,

por supuesto. Ahora, sin embargo… Me alegro de que no seas puño, Andy. Necesito… —Le tembló la voz—. Necesito que uno de mis hermanos viva.

Capítulo 43

Libertad

NIKO estaba tumbado boca abajo en la nieve, apuntando con el fusil R5 la carretera que llevaba a la ciudad. Llevaba más de tres horas oculto, con el equipo de camuflaje blanco y marrón. El frío de Udain era agresivamente seco; sentía la garganta y la lengua tan ásperas como el papel de lija por mucho hielo que chupara mientras esperaba, y a medida que iba poniéndose el sol, la temperatura descendía aún más. El viento empezó a soplar con más fuerza, haciendo que le escocieran los ojos y se le helara la cara. Ya no sentía las extremidades, lo que era un problema teniendo en cuenta que necesitaba los dedos, ya rígidos, para apretar el gatillo cuando llegara el momento. Cuando era un alumno de la academia Kaul Dushuron, había hecho excursiones de entrenamiento en los densos bosques de las montañas de Kekon, donde podía hacer frío por la noche, pero nunca un frío como aquel.

Para distraer su mente de la incomodidad, imaginó cómo sería Yanlún en aquel momento. Un agradable día de otoño, con el sol caldeando las bulliciosas calles, el olor ligeramente dulce y especiado de la ciudad flotando en la brisa fresca que llegaba del puerto. Con ese tiempo agradable, su abuela estaría en el jardín, limpiando los parterres. Su madre estaría redecorando. El pedestal estaría en una reunión en el patio o supervisando el entrenamiento de los puños en el césped. Ru estaría cruzando el campus de la Real Jan, de camino a su siguiente clase. Jaya ya se habría graduado en la academia; ¿sería dedo del clan?

«Tú has elegido esto», se recordó. La mayor parte del tiempo, cuando no estaba helándose y dominado por la nostalgia, se alegraba

de aquella decisión que le había cambiado la vida. Todavía tenía que ir adonde le dijeran y hacer lo que le mandaran, igual que cuando era dedo, pero nadie lo trataba de forma diferente debido a su nombre. Nadie le pedía favores de la familia ni esperaba un rendimiento mayor que el habitual. Tenía la misma ropa, las mismas armas y la misma comida asquerosa que el compañero de al lado. El anonimato era algo que nunca había disfrutado hasta entonces, y le concedía una libertad gloriosa que le sentaba bien. Por fin era él mismo.

También había visto de primera mano lo mucho que había en el mundo fuera de Kekon y los clanes. Durante toda su vida, la enemistad mortal entre Montaña y Sin Cumbre había impregnado la sociedad kekonesa y todos los aspectos de su existencia. Más allá de la isla, sin embargo, poca gente la conocía y a menos aún le importaba. La mayoría de los extranjeros que portaban jade no habían cuestionado nunca su procedencia, igual que no se preguntaban dónde se cultivaba lo que comían ni dónde fabricaban la ropa que llevaban. Los clanes de huesos verdes parecían tan irrelevantes como Jim Sunto afirmaba que eran: una anomalía cultural aislada. Aquello fue una revelación para Niko, justo lo que esperaba encontrar cuando marchó de Yanlún. Confirmaba lo que sospechaba desde hacía algún tiempo: que el clan le había dado una visión muy estrecha de la realidad.

A su lado, Teije Inno se removió intentando encontrar una postura menos incómoda. Niko había conocido a Teije y a otra docena de reclutas kekoneses en la semana de orientación de SIG, al principio del año anterior. Reconoció el nombre, pero no la cara. Aunque los Teije eran parientes de los Kaul y parte del clan Sin Cumbre, las dos familias raramente socializaban. En Kekon, la diferencia de estatus entre Niko y Teije Inno habría impedido que desarrollaran una amistad, pero allí eran dos kekoneses lejos de casa y rodeados de extranjeros, y Niko agradecía su presencia.

Teije le dio un codazo y se dio un par de toques en la cabeza. «¿Percibes eso?». Apuntó con la barbilla hacia la izquierda. Niko no veía que llegara nada por la carretera. El cielo aún brillaba con un resplandor añil, pero bajo la cobertura de los pinos ya reinaba la oscuridad. Niko desenfocó la vista y extendió su Percepción, deseando que fuera más fuerte. Todo lo que pudo captar al principio fueron energías cercanas: el aura de jade de Teije a su lado, minúsculos destellos de roedores bajo la nieve y aves en las ramas, los otros dos soldados de SIG al otro lado de la carretera. Tras otro par de segundos de concentración, sin embargo, captó la impresión débil de varias personas, demasiado apelotonadas para distinguir energías individuales, que se acercaban rápidamente a su posición. Un único

vehículo.

Niko se incorporó sobre los codos lo justo para hacer una seña con la mano hacia el lugar donde estaban escondidos Falston y Hicks. Esperaba que los espenios pudieran ver algo en la penumbra, o que al menos sintieran la alerta en las auras de jade de sus compañeros kekoneses. Niko no podía decir que fuera amigo de los otros dos hombres, pero después de pasar tres meses juntos en el territorio desolado de Udain, se había acostumbrado a ellos. Falston era gruñón y negativo, y Hicks tenía mal genio, pero eran decentes en general y menos paternalistas que otros extranjeros con los que Niko había interaccionado. Los exmilitares espenios eran con mucho el grupo más numeroso de SIG. Aunque llevaban menos jade, eran irritantemente dogmáticos sobre su forma de hacer las cosas. A menudo juntaban a los kekoneses, los kekoespenios y los kekoshotarianos, a pesar de que los tres grupos no hablaban el mismo idioma y se evitaban entre sí.

El vehículo apareció a la vista: una camioneta de cuatro puertas marrón embarrada, con una lona negra cubriendo la parte trasera, avanzaba lentamente por la estrecha carretera, con los neumáticos para nieve haciendo crujir el hielo compacto mientras se abría camino hacia la ciudad de Hansill: un asentamiento anodino de doscientas mil personas que la inteligencia espenia había marcado como refugio de rebeldes liberacionistas, apoyados por Ygutan, contra el gobierno autocrático de Udain.

Niko siguió con la mirada la dirección del cañón de su R5. Recordaba que Vin Solunu, uno de los puños más veteranos de Sin Cumbre, tenía un sentido de Percepción tan preciso a larga distancia y una puntería tan extraordinaria que podía pegarle un tiro con los ojos cerrados a una criatura viva a doscientos metros. Una vez lo había visto acertar a una ardilla en un árbol, disparando con los ojos vendados. Niko no tenía tanta confianza en su propia puntería, ni siquiera con un catalejo nocturno. Cambió de idea; se echó el R5 al hombro, se agazapó y le indicó sus intenciones a Teije con un gesto.

Teije abrió mucho los ojos, pero asintió, recogió su fusil y se preparó al lado de Niko. Respiraban al unísono, haciendo acopio de la energía del jade. Falston e Hicks no lo harían así, pero Niko y Teije eran huesos verdes de Kekon y hacían las cosas al modo kekonés: cercano y personal.

Niko saltó de su escondrijo. Los músculos rígidos gritaron en protesta ante el repentino cambio de la inmovilidad al movimiento explosivo mientras la Fuerza se volcaba hacia las extremidades, convirtiéndolo en un borrón de velocidad mientras se lanzaba hacia la carretera y superaba la nieve y los arbustos con dos saltos de Ligereza.

Su cálculo del tiempo fue perfecto. Cuando pasó la camioneta, Niko estampó el hombro, como un ariete, contra la puerta del pasajero con toda su Fuerza, como un toro en estampida que barriera un obstáculo. Nadie salvo un huesos verdes con el máximo nivel de Acero intentaría algo tan peligroso. El impacto arrojó a Niko fuera de la carretera; voló varios metros y cayó entre los árboles. Mientras el mundo daba vueltas en su visión, captó una imagen de la camioneta serpenteando desbocada mientras el conductor pisaba el freno, pensando quizá que había chocado con un ciervo.

Teije aterrizó en la carretera, delante de la camioneta, y arrojó una poderosa Desviación que chocó contra las ruedas delanteras del vehículo, haciéndole dar un trompo completo de trescientos sesenta grados antes de empotrarse en un montículo de nieve y pararse como una vaca atascada.

Niko se puso en pie, sintiendo un timbrazo en la cabeza. Se le aflojaron las piernas cuando dejó que la oleada de Acero abandonara su cuerpo, pero no tenía nada roto. El fusil estaba tirado en la nieve, a poca distancia del punto donde había aterrizado. Lo cogió y corrió hacia la camioneta, usando la Ligereza para no hundirse en la nieve, pero avanzando agachado. La alarma de los ocupantes del vehículo salpicó su Percepción: una erupción repentina de asperezas rojas en su mente. Vio que el hombre del asiento del conductor blandía una escopeta.

Las balas atravesaron el parabrisas y arrojaron hacia atrás el cuerpo del conductor. Falston e Hicks habían llegado junto a la camioneta y disparaban ráfagas concentradas de fuego automático que destellaron en la visión de Niko como petardos de Año Nuevo. Se abrió la puerta trasera y salió un hombre dando tumbos, empuñando una pistola. Dio un paso y cayó en mitad de la carretera, inmóvil como un bloque de hielo.

Cuando Niko llegó al lado, pocos segundos después, el estallido seco del fuego de fusil empezaba a desvanecerse en el bosque. Los casquillos alfombraban el suelo.

—¡Por las pelotas del Vidente! —gritó Hicks, dándole una palmada en la espalda a Niko—. ¡Puto kiku chalado, has embestido un camión!

Niko cogió una bocanada de aire, con el corazón aún golpeándole el pecho a causa de la adrenalina y la euforia de su atrevimiento. Una voz en el fondo de su cerebro exclamó: «¡Si lo hubiera visto el cuerno…!». Cuando iba a constestar surgió un ruido del interior de la camioneta: un grito agudo de dolor.

Los hombres se quedaron rígidos al oír el escalofriante sonido. Niko se movió primero, pasó junto a Hicks y se acercó a la cabina

abierta. Vio al conductor y a otro hombre más joven, los dos muertos, desmadejados con su equipo de invierno en el asiento delantero. En la parte de atrás había un chico, de quizá unos doce años, caído sobre el regazo de otra figura de menor tamaño, una chica, quizá su hermana. Nieve o diez años, cubierta de sangre, pero viva y aullando débilmente.

—Putos dioses —dijo Teije, detrás de Niko.

Las fuentes de inteligencia de SIG en el gobierno udaino habían dicho que su objetivo era un grupo de exploradores insurgentes, que los hombres de la camioneta eran los líderes de una célula liberacionista radical. Los muertos no parecían soldados entrenados y endurecidos. Parecían gente corriente de la ciudad.

Teije levantó la lona que cubría la parte trasera de la camioneta.

—No hay nada—. No había armas. No había explosivos. Solo hatos de leña, un rollo de cuerda y un trineo de plástico rojo.

Niko no podía dejar de mirar a la niña. El pelo claro asomaba bajo un gorro de lana rosa, y tenía pecas oscuras. Abría y cerraba la boca mientras le devolvía la mirada llena de confusión y terror. Niko alargó el brazo para soltar el cinturón de seguridad y sacarla.

Falston le sujetó el brazo. Durante un segundo, Niko no registró las palabras en espenio.

—Tenemos que largarnos —había dicho—. Antes de que lleguen refuerzos.

Niko se liberó de un tirón del agarre.

—No hay refuerzos. La hemos jodido. —Entonces se dio cuenta de que, en su sorpresa y su ira, había hablado en kekonés. Cambió a su tosco espenio—: La niña. Tenemos que ayudarla.

—No puedes —dijo Falston con voz sombría y llena de certeza—. No va a salir de esta.

Tenía razón. Niko podía Percibir que la vida se escapaba de la pequeña como humo blanco que se dispersaba en la oscuridad. Apartó a un lado el cadáver del hermano y empezó a Canalizar, pero era como intentar mantener el agua dentro de un colador. La energía se derramaba en múltiples direcciones, y Niko no poseía el nivel de Percepción ni el entrenamiento médico necesarios para saber dónde concentrarse.

«Si el tío Anden estuviera aquí, sabría qué hacer. Podría salvarla. Incluso trajo a mi madre de entre los muertos».

El pecho de la niña dejó de moverse. Niko supo al instante que estaba Canalizando en un cadáver; la sensación era como intentar empujar la propia energía dentro de una esponja seca. Aún tenía los ojos abiertos, mirando a la nada sin parpadear.

Niko se volvió. Teije estaba a su lado, ligeramente girado para mirar atrás. Movía los dedos, nervioso, alrededor del jade que llevaba colgado del cuello. Retrocedió al verle la expresión.

—No podríamos haber hecho nada —dijo débilmente.

Niko se lanzó contra Falston.

—¿Por qué has disparado? —gritó, agarrándolo por el chaleco táctico—. Había detenido la camioneta. Deberías haber mirado dentro. Deberías… —No podía enhebrar las palabras espenias correctas para expresarse con coherencia, para gritar que cualquier imbécil podía disparar un fusil de asalto, pero los huesos verdes entrenaban sus habilidades del jade por un motivo. Si un dedo fuera tan descuidado como para disparar ráfagas contra inocentes, su propio clan le arrancaría el jade antes de exiliarlo o ejecutarlo por quebrantar el aisho.

Falston era un hombre grande y fuerte. Se quitó de encima con un empujón a Niko, que se tambaleó hacia atrás. Hicks se metió entre los dos, y Teije sujetó a Niko. Las auras de jade llamearon, afiladas y blancas por la agresividad y el pánico.

—¡Contrólate, joder! —gritó Hicks a Niko—. No es culpa de nadie; hacíamos nuestro trabajo. Tiene que haber sido una confusión, es evidente que nos han pasado una mierda de intel, ¿vale?

Teije echó una mirada a la camioneta y palideció.

—¿Deberíamos informar de esto? —Según las normas de SIG, cualquier caso de bajas de no combatientes tenía que someterse a revisión ante un comité de ética.

—¡Joder, no! —exclamó Hicks, escandalizado por la pregunta de Teije—. ¡No somos soldados de la República de Espenia! Somos contratistas; no tenemos protección del gobierno. Si deciden que hemos empleado una fuerza inapropiada, seremos responsables.

—Hay… reglas —jadeó Niko—. Nosotros tenemos jade, y esa gente, no.

—También tenemos tanques y lanzamisiles, e imágenes por satélite —replicó Hicks—. ¿Y?

—Escuchad —dijo Falston con brusca racionalidad—. Si los malos no se escondieran entre los ciudadanos, no pasaría esto, pero a veces pasa. También pasó cuando estaba en Urtoko, más veces de las que quiero recordar. No puedes dejar que esto te devore, colega. Esto es la guerra. La compañía tiene normas escritas y mierdas de esas, por motivos jurídicos, pero confía en mi: nadie de la cadena de mando quiere que informemos de esto.

—Hemos eliminado el objetivo, de eso es de lo que informaremos —dijo Hicks—. Los tres hombres de la camioneta probablemente eran

rebeldes liberacionistas. —Cuando Niko fue a decir algo, Hicks se puso frente a él, acercando tanto la cara que Niko pudo olerle el aliento y verle los pelillos de las narinas cuando las agitaba—. Ya vale, kiku tarado. Ha pasado una mierda muy jodida y todos estamos afectados, pero soy el jefe del grupo y vamos a hacer lo que yo diga. ¿Algún problema?

Nadie había hablado nunca a Niko con tal insolencia agresiva, y, durante unos segundos, se le quedó el cerebro tan en blanco como debía de estar su expresión. Luego se le ocurrieron varias respuestas, pero no poseía suficiente vocabulario de obscenidades en espenio para expresarlas. La vergüenza inarticulada quemaba como una fiebre repentina. Si fuera posible ofrecer una hoja limpia, lo habría hecho allí mismo.

Podía desafiar a sus compañeros espenios y subir por la cadena de mando, hasta llegar a Jim Sunto o a la empresa matriz de SIG, Recursos Globales Anorco. Y entonces, ¿qué? Su mente dio tumbos con impotencia. ¿Sus superiores creerían su palabra contra la de Falston e Hicks? ¿Castigarían a esos hombres, o la culpa caería sobre Teije y sobre él? ¿Tenía razón Falston al decir que cualquier informe sería mal recibido y se lo recriminarían, y al final el incidente se anotaría como daños colaterales inevitables?

Fuera como fuera, la chica de la camioneta no resucitaría.

Los ojos de Hicks perforaban los suyos. Las auras de jade de los otros hombres rechinaban en su mente. Vio que Falston sujetaba con más fuerza el R5 y Teije movía la cabeza entre Hicks y Niko con un nerviosismo cada vez mayor.

—Niko-jen…

Niko retrocedió un paso y bajó la mirada. Se odiaba por hacer eso, por acatar la orden de un hombre al que acababa de ver descargar un fusil de asalto contra un vehículo en el que viajaban niños; un hombre que estaría muerto si le hubiera hablado de aquella manera en Kekon.

Pero no estaban en Kekon. Niko no tenía tras él a ningún dedo del clan, nada del poder de su familia, nadie allí salvo Teije, que observaba.

—Ningún problema —murmuró.

Hicks soltó un gruñido de aceptación.

—Bien —espetó. Luego añadió, con menos fuerza—: No pretendía llamarte kiku. Todos estamos nerviosos, eso es todo.

—Deberíamos largarnos —apremió Falston. Se volvió y empezó a andar con decisión por el bosque, hacia el punto de encuentro situado a dos kilómetros, donde los recogería un vehículo acorazado de SIG. Hicks fue tras él. Al cabo de un momento, Teije los imitó. Niko

cerraba la marcha. No volvió la mirada hacia la carretera.

Una vez, cuando era niño, Niko le había preguntado a su tía Shae por qué creía en los dioses. Ella le había dirigido una mirada extraña pero directa.

—Porque siento que me observan.

Niko se había sentido decepcionado. Esperaba una explicación más racional del hombre del tiempo. Ahora, por fin, comprendía la respuesta. Con cada paso que daba en la nieve, se hundía bajo la sensación de que algo se volvía hacia él concentrando una atención terrorífica que lo alcanzaba desde el otro lado del mundo como una maldición.

Capítulo 44

Esto no es Kekon

Año vigesimosegundo, cuarto mes

DIEZ meses después de que el clan estableciera su sucursal en Shotar, Wen acompañó a su cuñada en un viaje de negocios a Ciudad de Leyolo. Nunca había estado y tenía ganas de hacer un poco de turismo, pero, lo más importante, tenía negocios propios que deseaba atender en persona.

El marido y la hija de Shae las despidieron en el aeropuerto la mañana de su partida.

—¿Me traerás algo? —preguntó Tia a su madre.

—¿Qué quieres? —preguntó Shae. La pequeña de siete años meditó sobre sus opciones.

—¡Un vestido bonito!

—Te lo compraré —prometió Shae—. La tía Wen me ayudará a escogerlo.

—Claro —dijo Wen con una sonrisa. Le encantaba comprarle ropa bonita a su sobrina. Sus intentos por vestir a Jaya con elegancia siempre se habían visto rechazados, con el resultado de dinero desperdiciado o conjuntos echados a perder. Tia, en cambio, era una niña considerada y artística que adoraba los animales, las cosas brillantes, el baile e inventar historias. A Wen le resultaba divertido ver que, aunque Shae quería a su hija, también parecía desconcertada con ella, no muy segura de cómo había podido nacer en la familia Kaul una niña tan soñadora y amable.

Shae abrazó a Tia y le dio un beso de despedida a Woon al tiempo que le enumeraba media docena de recordatorios, que él aceptó con la misma paciencia con la que en el pasado gestionaba los asuntos del hombre del tiempo en la calle del Barco y en el Salón de la Sabiduría. Al mirarlos, la golpearon la nostalgia y la tristeza. Sus propios hijos ya eran mayores; incluso Jaya había dejado la casa familiar. Hilo había aceptado a regañadientes enviar a su hija a Toshon, en el extremo sur del país, donde podría librarse de ser el foco de atención como hija del pedestal y tendría espacio para demostrar su capacidad como huesos verdes. Hacía mucho tiempo, Wen había albergado la secreta esperanza de que un día tuvieran el tipo de relación idílica madre-hija

que incluía pasatiempos femeninos como ir a comer y al spa, salir de compras y hablar por teléfono todos los días. Jaya solo llamaba cuando necesitaba algo, por lo general el consejo de su padre para gestionar algún asunto. Wen estaba orgullosa de su hija en cualquier caso, pero lamentaba que entre ellas no hubiera más entendimiento que entre Shae y Tia.

Aunque no lo decía tanto como debería, Wen también estaba orgullosa de Ru, a quien le iba bien en la universidad en todos los aspectos. Se había preocupado mucho por él cuando era pequeño, temiendo que lo despreciaran y lo dejaran de lado, cargado con el estigma y sin perspectivas de futuro significativas; el destino al que sin duda se habría enfrentado ella de no haberse casado con Hilo. Pero Ru se había criado de una manera muy distinta. Estaba lleno de grandes ideas y de confianza, quizá demasiado de ambas cosas. «Habla lo suficiente para convertirse en canciller del país. Entonces tendremos el oro y el jade mezclados en la familia», había dicho Hilo bromeando, aunque a veces Wen se preguntaba si lo creería de verdad.

En cuanto a Niko… A Wen le dolía el corazón cada vez que pensaba en él. Con el mayor no podía evitar pensar que había fracasado como madre. Había convencido a Hilo de que lo llevara a Yanlún cuando era un bebé. Lo había criado y querido como si fuera su propio hijo, absolutamente convencida de que era un regalo del destino, la compensación de los dioses por hacer que Ru heredara su defecto. Pero Niko odiaba el peso de aquella expectativa; había huido de ella y se había llevado las esperanzas de la familia. Ahora, Wen ni siquiera sabía dónde estaba. Quizá Hilo lo supiera. Sabía que su marido tenía a gente vigilando a Niko, informando sobre su situación; pero por consideración, no se lo diría a menos que ella preguntara. No preguntó.

Durante el vuelo de tres horas y media, Wen y Shae estudiaron una revista de viajes e hicieron planes de ir a una casa de baños shotariana y a ver un musical en el famoso teatro de la ópera de Ciudad de Leyolo. Había pasado algún tiempo desde la última vez que tuvieron la oportunidad de pasar tiempo juntas sin tener que atender las exigencias inmediatas de la familia. Wen se daba cuenta de que su cuñada se estaba emocionando, y cuando les sirvieron el desayuno en la cabina de clase preferente, Shae preguntó, con una atípica sonrisa traviesa:

—No es muy temprano para tomar un cóctel, ¿verdad?

—Shae-jen —dijo Wen—, jamás se me ocurriría contradecir el juicio del hombre del tiempo. —La auxiliar de vuelo les preparó sendos vasos de zumo de lichi con vino espumoso.

—Tendremos que hacer una reserva para cenar esta noche, como la gente normal —añadió Shae con alegre expectativa. Incluso el detalle de que no podían esperar presentarse sin más y que les dieran trato de favor era una novedad interesante que hacía que aquel viaje pareciera una aventura.

No iban solas, por supuesto; los dos antiguos guardaespaldas de Wen, Dudo y Tako, estaban sentados cerca y acompañarían a Wen a cualquier sitio al que fuera. Los dos antiguos puños eran como de la familia. A lo largo de los años los había ido conociendo bien, y había conocido a sus esposas e hijos. Los dos hombres se habían convertido en expertos en fundirse con el entorno en cualquier acto al que Wen asistiera, desde reuniones del clan hasta apariciones públicas y ceremonias benéficas.

Había veces en que los días de Wen eran tan ajetreados como los de su marido, aunque ella intentaba no cargar demasiado su agenda. Tenía que recordar sus limitaciones físicas, y su primera responsabilidad era siempre apoyar al pedestal. Ningún otro líder huesos verdes había tomado la discutible decisión de nombrar asistente del pedestal a su propia esposa. Wen sabía que la tibia aceptación del clan a su posición inusitadamente elevada dependía de alcanzar el delicado equilibrio entre ser activa y no sobrepasarse. Asumió el papel visible de esposa y anfitriona, respaldó causas relacionadas con el arte y el medio ambiente, y se dedicó a concienciar sobre la no reactividad y las minusvalías. Tenía cuidado de no hablar nunca en público sobre los asuntos del clan y de no llamar la atención hacia sí de ningún modo que pudiera menoscabar la autoridad de Hilo.

Solo en privado, con la familia, debatía los asuntos importantes de Sin Cumbre.

—¿La oficina de Ciudad de Leyolo ha tenido algún problema a causa de Montaña o de sus aliados barukanos? —preguntó Wen a Shae.

Volaban hacia el este y el sol entraba de lleno. Su cuñada bajó la pantalla de la ventanilla.

—Muy pocos, por suerte, gracias a nuestra relación con la policía.

Los cuerpos de seguridad shotarianos nunca habían tenido mucho éxito en infiltrarse en los grupos criminales de etnia kekonesa. Sin Cumbre, en cambio, poseía una red eficaz de ratas blancas en el submundo shotariano. Cuando era cuerno, Juen Nu llegó a la conclusión de que las bandas barukanas eran un eslabón débil de la estructura de poder de Ayt Mada. Los kekoshotarianos eran una clase marginada en Shotar: generalmente empobrecidos, acosados por la

jurisprudencia y acostumbrados a vivir envueltos en miedo y traiciones. No costó mucho trabajo convencerlos, mediante sobornos o amenazas, para que dieran información.

Aunque los espías de Sin Cumbre en el extranjero no proporcionaban mucha información útil sobre el clan Montaña en sí, ya que Ayt Mada no era tan descuidada como para compartir sus planes con desconocidos, a menudo revelaban el movimiento de dinero y de gente, lo que Sin Cumbre usaba para compensar la superioridad numérica de Ayt. En un ejemplo impresionante de colaboración entre los lados militar y de negocios del clan, aquella capacidad se había convertido en el arma del hombre del tiempo en Shotar.

Shae transmitía la información conseguida por el lado del cuerno del clan sobre las actividades barukanas (acuerdos importantes del tráfico de drogas, venta de armas, redes de prostitución, etcétera) a los agentes de policía shotarianos, que estaban más que dispuestos a aceptar en secreto los chivatazos de los espías de Sin Cumbre y llevarse todo el mérito ante la prensa, el gobierno y el público por las redadas efectuadas. Por supuesto, Shae no les daba aquello a cambio de nada. Se gestionaban permisos comerciales, visados de trabajo y reuniones importantes, y las oficinas de Sin Cumbre recibían atención y seguridad especiales del departamento de policía de Ciudad de Leyolo. Aquel intercambio había permitido la expansión del clan en Shotar, e incluso el escéptico Hami Tumashon había acabado aceptando el plan.

Wen alzó el vaso en dirección a Shae.

—¿Quién iba a imaginar la ironía de que un clan de huesos verdes trabajara con el gobierno shotariano?

Aterrizaron en Ciudad de Leyolo poco después del mediodía y cada una se fue por su lado. Un coche con chófer, encargado con antelación, estaba esperando para llevar a Shae directamente a la sucursal de la oficina del hombre del tiempo. Wen esperó su equipaje, que Tako llevó al aparcamiento caminando detrás de ella mientras Dudo inspeccionaba hasta el último centímetro del monovolumen negro de alquiler. Una vez convencidos de su seguridad, los guardaespaldas de Wen la llevaron al Oasis Sulliya, que no era el típico hotel del centro, sino un complejo turístico situado un poco al sur de la ciudad y cercano a la zona de Redwater, el corazón de la industria cinematográfica shotariana. Wen fue a su habitación, se cambió, pidió una comida ligera al servicio de habitaciones y llamó a su marido para decirle que había llegado. Lo encontró en su despacho, entre dos reuniones.

—Ciudad de Leyolo parece tan glamurosa como en las películas —le dijo. Cruzando la capital, Wen había admirado los rascacielos de acero, que estaban entre los más altos del mundo; las superautopistas elevadas y los tramos de alta velocidad; los enormes carteles giratorios de neón iluminados incluso en pleno día. En la guerra de las Naciones, hacía cincuenta años, había quedado destruida una parte tan grande de Ciudad de Leyolo que, cuando la reconstruyeron, surgió de las cenizas como un fénix—. Aunque hace más frío del que esperaba, para estar en primavera.

—No gastes mucho dinero, a menos que vayas a comprar una empresa —bromeó Hilo.

—¿Y qué pasa si la compro? —preguntó Wen, incapaz de resistirse a pincharlo.

—Supondré que Shae te ha obligado. Vosotras dos sois una mala influencia mutua —dijo con un tono desenfadado que trataba el pasado con ligereza pero que seguía siendo un recordatorio serio: «Basta de secretos»—. Tengo que colgar. Pásalo bien. Te quiero.

Por la tarde, los guardaespaldas de Wen la llevaron a la sede de Diamond Light Motion Pictures. Una intérprete, aprobada y contratada por la oficina del hombre del tiempo, los esperaba; acompañó a Wen cuando le dieron la bienvenida en el mostrador de recepción y la llevaron a una enorme oficina situada en una esquina del edificio. De pie tras la mesa había un hombre con gafas de alambre tintadas, barbita bajo el labio inferior y una camisa azul carísima con las mangas arremangadas hasta la mitad de los gruesos antebrazos. Rondaría los cuarenta años, pero estaba calvo como un huevo. Wen no pudo entender el shotariano rápido con que gritaba al micrófono de los auriculares, pero o estaba muy emocionado o estaba despellejando verbalmente a la persona del otro extremo de la línea. Cuando colgó, arrojó los auriculares a la mesa y miró a Wen.

—Pas Guttano, —dijo Wen, usando el honorífico y pronunciando las pocas palabras formales en shotariano que había estado ensayando cuidadosamente—, es mi privilegio conocerte. —Juntó las manos y se tocó el corazón.

Guttano le devolvió el gesto de saludo, aunque mantuvo una expresión cauta. Sonrió a Wen con los labios apretados y le ofreció asiento.

—Tú debes de ser la señora Kaul.

Wen se sentó en el cómodo sillón, frente a la amplia mesa del ejecutivo del estudio. La intérprete, una joven recatada de manos largas y esbeltas, se sentó alerta al lado de Wen. Dudo y Tako se quedaron junto a la pared, a los lados de la puerta del despacho. Los

dos huesos verdes llevaban el jade oculto, pero Guttano los observó con una leve incomodidad antes de volverse hacia Wen.

—Sé quién eres —dijo—, pero no se me ocurre ningún motivo por el que deba recibir la visita de representantes de un clan de huesos verdes. Diamond Light no tiene actualmente ningún proyecto en Kekon.

La intérprete repitió las palabras de Guttano en kekonés.

—He venido en nombre del clan Sin Cumbre para pedirte un favor —contestó Wen—. No es una petición nimia, y, como no nos conocemos, me ha parecido que era importante acudir a Ciudad de Leyolo para tratarla contigo en persona. —Esperó a que la intérprete terminara—. El clan Sin Cumbre es un importante inversor de Cinema Shore, un estudio cinematográfico kekonés que no es muy importante en términos de la industria mundial, pero es la mayor productora de nuestra isla. Últimamente ha tenido algunos éxitos comerciales; lo más destacado ha sido una serie de películas de acción protagonizadas por Danny Sinjo.

—*Puños rápidos* —dijo con entusiasmo Guttano, inclinándose hacia delante y abandonando parte de su desconfianza inicial—. ¡He visto las tres! Entretenidísimas. La segunda sigue siendo la mejor, pero me gusta lo que han hecho con el personaje de Danny en la tercera.

—Mi favorita es la primera —dijo Wen con una sonrisa—. La serie *Puños rápidos* tuvo éxito en todo el país, y las ventas de vídeos se mantienen en Kekon y en el extranjero. Pero se filmaron para la audiencia kekonesa y con un presupuesto muy ajustado. El siguiente proyecto de Cinema Shore es más ambicioso. Es una colaboración con un estudio espenio importante, una película de acción de alto presupuesto, la primera película kekonesa que se espera que triunfe a los dos lados del Amárico. Pero para poder sacar adelante el proyecto necesitan a Danny Sinjo.

Guttano estaba negando con la cabeza antes incluso de que la intérprete terminara de traducir la frase de Wen.

—Lo siento. Ya he hablado de esto tres o cuatro veces con el agente de Danny. Tiene un contrato de varios años con Diamond Light, y es sencillamente imposible que lo liberemos de esa obligación. Conozco a Sian Kugo, de Cinema Shore, y me cae bien, pero tendrá que buscarse a otro para su proyecto.

—Danny Sinjo es la única estrella de cine kekonesa con la fama internacional necesaria para protagonizar esta película, y el único actor importante con el entrenamiento de huesos verdes que se necesita para ejecutar las escenas de acción. El guion entero está escrito con él en la cabeza para el papel principal.

Guttano abrió las manos con gesto pesaroso.

—Entonces tendrán que reescribir el guion. Diamond Light tiene un calendario de filmación que también depende de Sinjo.

Wen entrelazó las manos sobre una rodilla y dirigió al ejecutivo shotariano su sonrisa más persuasiva.

—Entiendo perfectamente que no te interese liberar a Sinjo de su contrato. He venido a hacer que se vuelva interesante. Deja a un lado cualquier cosa que hayas negociado con el agente de Sinjo. Sin Cumbre pagará veinte millones de sepas a Diamond Light para que libere a Danny Sinjo de sus obligaciones legales con tu estudio. Tengo entendido que es una cantidad tres veces mayor que la que planeabais pagarle por interpretar al subjefe criminal en la próxima película de la serie *Calles de sangre*, que aún no ha empezado a filmarse. Incluso teniendo en cuenta los retrasos potenciales y el problema de encontrar otro actor para que interprete al villano, tienes que reconocer que es un reembolso generoso.

Guttano había empezado a sentirse incomodísimo. Se balanceó atrás y adelante en la silla y cruzó los brazos, aún negando con la cabeza.

—Me temo que simplemente no es posible —insistió.

Wen sintió que empezaba a irritarse, pero siguió hablando con el mismo tono convincente. Pensó en la persuasividad desenfadada pero intimidante que mostraría a Hilo en una situación así e intentó proyectar parte de esa energía.

—Antes de que lo rechaces tan deprisa, considera que mi familia recordaría el favor. Mi marido es muy poderoso en Kekon, y nuestro clan también es fuerte en muchas otras partes del mundo. No sé lo familiarizado que estás con la cultura kekonesa, pero nos tomamos muy en serio la amistad. Imagina que necesitaras el apoyo de un aliado influyente en algún momento del futuro… ¿Y quién no, especialmente un hombre de tu posición? Piensa en lo valioso que sería para ti, mucho más que un actor secundario en esta película.

—Señora Kaul, me temo que no lo comprende. —Guttano empezó a cambiar de sitio objetos de la mesa, nervioso, sin mirarla directamente pero echando ojeadas a la intérprete y a los dos guardaespaldas de Wen; a cualquier sitio menos a ella—. No estoy intentando ponerme en contra suya ni de su esposo. Si de mí dependiera, estaría inclinado a negociar. Pero no es cuestión de dinero. Danny Sinjo firmó un acuerdo con Diamond Light antes de que esta otra película tuviera luz verde. No puede dejar *Calles de sangre* para ir a trabajar con los kekoneses, en un proyecto financiado por un clan de huesos verdes. Eso tendría… muy mal aspecto. Sería

inaceptable; avergonzaría a ciertos accionistas del estudio.

Wen empezaba a hartarse de las evasivas de aquel hombre. Dejó que un poco de la cordialidad se ausentara de su voz y un fuerte indicio de decepción se introdujera.

—Tenía la impresión de que eras tú quien tenía la última palabra en estos asuntos, Pas Guttano. Si estaba mal informada, si hay otra persona de Diamond Light con la que debería estar hablando, dímelo, por favor, y tendré esta conversación con ella.

Guttano echó la silla hacia atrás, como si quisiera poner más espacio entre ellos.

—Como he dicho, el dinero no es la cuestión principal. Puede que la amistad del clan Sin Cumbre sea muy valiosa en tu país natal, pero aquí en Shotar crearía enemigos. —En vez de mirar a Wen, miró a la intérprete y dijo algo en shotariano.

La joven titubeó. Wen se sorprendió. Hasta aquel momento, la traducción había sido rápida e impecable.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Wen.

—Mis disculpas, señora Kaul —dijo la intérprete con nerviosismo—, no estoy segura de cómo traducir el significado al kekonés. En shotariano, las palabras son: «Si te casas con el diablo, tienes de suegra a la madre del diablo». Significa… Es un refrán que se usa para describir un acuerdo o una relación de los que no es posible librarse.

Wen evaluó aquella información.

—Está diciendo que ya está casado con el diablo.

—Creo que es lo que intenta decir, sí.

Wen entendió por fin la obstinación de Guttano. Había oído que la enormemente lucrativa industria cinematográfica shotariana estaba infiltrada en gran medida por el crimen organizado. Las bandas barukanas controlaban varios sindicatos, financiaban películas y exigían que las consultaran sobre el retrato glorificado de los gánsteres kekoshotarianos en la cultura popular; incluso llegaban al extremo de dictar elecciones de castin. Guttano y Diamond Light Motion Pictures debían de tener lazos con personas a las que no estaban dispuestos a molestar.

Era un obstáculo que no podría sortear con dinero ni con encanto, si una banda barukana tenía en sus garras a la productora Diamond Light. Tendría que volver con Shae y pensar en lo que se podía hacer.

Wen se alisó la falda y se levantó, manteniendo una expresión neutral a pesar de lo alicaída que estaba.

—Siento que no podamos llegar a un acuerdo —dijo a Guttano—. Ahora tendré que regresar a Yanlún y decepcionar también a mi marido. No es algo que me apetezca hacer. No está acostumbrado a

que le digan que no, así que no sé cómo reaccionará.

Wen sabía exactamente cómo reaccionaría Hilo: se encogería de hombros y diría que mala suerte, pero que en el fondo no importaba; Cinema Shore ya había devuelto con creces la inversión que Wen había convencido a Shae y a él para que hicieran, y el negocio de las películas era solo una pequeña pieza de la amplia cartera de empresas tributarias de Sin Cumbre. La consolaría abrazándola y diciendo que eran solo negocios, que las cosas no siempre salían como uno quería, pero ¿se lo había pasado bien en Ciudad de Leyolo, al menos?

El pedestal no enviaría puños a Shotar para que obligaran a Guttano a ceder, para matarlo ni para destruir Diamond Light, y menos si una reacción tan drástica ponía en peligro los planes de expansión del hombre del tiempo. Cualquier buen líder de huesos verdes conocía el poder de la violencia y la usaba sin vacilación cuando era necesaria, pero era una herramienta potente a la que no se debía recurrir a la ligera por algo como el contrato de una estrella de cine.

Guttano, sin embargo, ignoraba eso. Los shotarianos tenían estereotipados a los kekoneses como salvajes sin ley, y el jade, creían algunos, era una sustancia corruptora que drenaba una parte del alma cada vez que se usaba. Wen vio un destello de miedo reflejado en las gafas tintadas del ejecutivo. Lo único que este conocía sobre Kaul Hiloshudon era su reputación como un hombre que llevaba un montón de jade y tenía una capacidad aún mayor para las masacres. Era algo que Wen podía usar en su ventaja.

—Piénsatelo un poco más —dijo en tono afable—. Estaré en Ciudad de Leyolo un par de días. Puedes localizarme en el Oasis Sulliya si decides que me respondiste demasiado apresuradamente.

Wen dio media vuelta. Dudo y Tako se movieron en silencio y abrieron la puerta. Salió descontenta del edificio de Diamond Light, pero esperaba que sus palabras calaran en Guttano y el miedo que le había inculcado lo motivara a reconsiderar la decisión.

Shae suspiró y se quitó los zapatos en el asiento trasero del monovolumen mientras los guardaespaldas de Wen las llevaban de vuelta al hotel aquella noche.

—Tendrías que acompañarme más a menudo en los viajes de negocios —dijo a Wen—. Podríamos acostumbrarnos a esto.

Tras una excelente cena de oshoys, unos platos pequeños que se servían acompañados de poesía, y una representación de *El pañuelo de la dama*, un musical romántico que Shae había visto en Espenia cuando estudiaba en la universidad y del que aún se podía disfrutar décadas después, incluso en shotariano, se sentía excepcionalmente

relajada, con las preocupaciones del clan agradablemente alejadas de sus pensamientos. Dudó que hubiera sido tan autoindulgente si hubiera viajado sola.

—Es agradable pasar un poco de tiempo sin los hombres ni los niños alrededor, ¿verdad? —dijo Wen. Pero parecía preocupada, y la sonrisa desapareció de su cara mientras se quitaba un trocito de laca de uñas agrietado—. Shae-jen —dijo al cabo de otro momento—, ¿podemos hacer algo sobre la situación de Diamond Light? ¿Podríamos descubrir quién se interpone en nuestro camino, a quién tiene miedo Guttano?

Shae se frotó la planta de los pies.

—Puedo intentarlo —respondió con ambivalencia. Sería fácil encontrar la información que buscaba Wen; ese no era el problema—. Sé que este acuerdo cinematográfico es importante para ti, pero no queremos mostrar con demasiada fuerza la mano de Sin Cumbre en Shotar. —La sucursal de la oficina del hombre del tiempo en Shotar era pequeña y Shae tenía mucho cuidado de que siguiera siendo discreta, pero no cabía duda de que Montaña sabía que Sin Cumbre estaba en Ciudad de Leyolo, y estarían atentos a cualquier paso en falso. Intentar presionar a los barukanos por la industria cinematográfica parecía arriesgado, incluso a pesar de que Shae estaba de acuerdo con su cuñada en que no debían subestimar el poder de la cultura popular y el entretenimiento cuando se trataba de extender la influencia del clan. Las solicitudes de inscripción en las academias marciales y las peticiones de patrocinio crecían cada vez que salía una película de la serie *Puños rápidos*.

Wen se cubrió los hombros con el chal de seda.

—Tienes razón —dijo resignada—. Creo que me he implicado tanto en este proyecto para demostrarle algo a Hilo. —El pedestal apoyaba las actividades de su esposa y reconocía su valor para el clan, pero eran proyectos secundarios, al margen de los centrales: territorio, jade, dinero y guerreros. Una película kekonesa que saltara a lo grande en la escena internacional podría haber cambiado las tornas, y habría sido una victoria exclusiva de Wen.

A veces, cuando Shae estaba abrumada por las exigencias de su cargo de hombre del tiempo a la vez que gestionaba su vida como esposa y madre, consideraba los obstáculos que su cuñada había superado a base de determinación tranquila pero inconmensurable. Siempre se veía obligada a concluir que, en comparación, no tenía motivos para quejarse ni excusas para fracasar.

—Wen, ya no tienes que demostrarle nada a nadie.

Wen le dirigió una sonrisa triste.

—Recuerda, Shae-jen, que la mayoría del clan diría que solo tengo un trabajo importante. —Dar a la familia un heredero. No era extraño que Wen se hubiera tomado la marcha de Niko peor incluso que Hilo.

Unas luces rojas intermitentes aparecieron detrás del vehículo, haciendo que las dos girasen en el asiento. Dudo, que acababa de tomar la salida de la autopista que llevaba al hotel, miró por el retrovisor al coche de policía de Ciudad de Leyolo que los seguía. Maldijo con incredulidad.

—Párate —dijo Shae—. Es solo un policía shotariano.

Shae vio que el pie de Dudo oscilaba indeciso entre el acelerador y el freno. Entonces la obedeció, se detuvo a un lado de la carretera y apagó el motor. El coche de policía se paró detrás de ellos. Un agente uniformado salió y caminó hacia el monovolumen. La Percepción de Shae no era tan aguda como en el pasado, cuando portaba más jade, pero aún podía sentir con facilidad la cautela nerviosa del policía solitario mientras se acercaba al lado del conductor del vehículo. Wen le dirigió una mirada interrogante.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Shae. Los agentes de policía de Ciudad de Leyolo llevaban solo un revólver de doble acción y una porra. Un policía solitario no representaba ninguna amenaza para un huesos verdes entrenado, mucho menos para tres. De todas formas, las auras de jade de Dudo y Tako zumbaban alerta, y Tako, en el lado del pasajero, se sacó la pistola de la chaqueta con discreción y la colocó fuera de la vista, bajo la pierna, de forma que fuera fácil de alcanzar.

—Tranquilos y comportaos con respeto —ordenó Shae. No quisieran los dioses que el agente fuera lo bastante estúpido para intentar detenerlos, ni que uno de los puños le diera motivos para sacar el arma. Ninguno hablaba mucho shotariano, y lo último que necesitaba Sin Cumbre era que un agente de policía acabara muerto accidentalmente a manos de unos visitantes del clan por culpa de un malentendido.

Dudo bajó el cristal de la ventana. El policía iluminó con la linterna el asiento delantero e hizo una pregunta en shotariano, que Shae supuso que era una petición de identificación.

—Dale tu permiso de conducir y los papeles del alquiler del coche —le dijo a Dudo. El policía movió la linterna hacia la voz de Shae, que procedía del asiento trasero, y pasó el haz de luz por las dos mujeres vestidas para el teatro, Shae con una chaqueta blanca y una falda negra, y Wen con un vestido granate y un chal de seda.

—Somos visitantes. No hablamos shotariano —dijo Shae, aprovechando las pocas palabras que conocía en el idioma. El agente

estudió el permiso de conducir kekonés de Dudo y los papeles de la empresa de alquiler. Se los devolvió, retrocedió un paso y dio una orden en shotariano, haciendo a la vez un gesto a Dudo para que bajara del coche.

—Qué cojones —murmuró Dudo.

—Quizá quiera registrar el coche por si hay drogas —dijo Wen con preocupación.

—O armas. O jade. Y tenemos las dos cosas —dijo Tako.

En Yanlún, un agente de policía que detuviera un coche lleno de huesos verdes pediría disculpas y les diría que siguieran su camino. Si había algún problema de comportamiento, informaría al cuerno. Los policías no controlaban a los clanes; eran los clanes los que controlaban a los clanes. Dudo no había obedecido a un policía en su vida, y no se movió.

Cualquier huesos verdes de Sin Cumbre que viajara por asuntos oficiales del clan debía acudir a la oficina del hombre del tiempo para asistir a una sesión informativa en la que le explicaban qué hacer en caso de un encuentro con la policía local. No herir ni matar a nadie si era posible evitarlo, cooperar por completo, ir a la cárcel si había que ir. Los abogados del clan se encargarían de todo, y el clan repondría cualquier jade confiscado por la policía extranjera y añadiría una recompensa por los problemas… si se seguían las reglas. Pero los guardaespaldas de Wen no estaban dispuestos a seguirlas si eso significaba que los esposaran o los separaran de la persona que habían jurado proteger con su vida. Aquel desafortunado policía acabaría muerto antes de que pasara algo así.

Shae Percibió la aprensión creciente del policía mientras se apoyaba la mano en el cinturón, cerca de la pistola.

—Haz lo que dice —ordenó a Dudo—. Sal del coche.

—Kaul-jen…

El policía repitió la orden en shotariano, con más insistencia. Su mano agarró la culata del arma y sus ojos se movieron de un ocupante del vehículo a otro. Dudo maldijo entre dientes, abrió la puerta y salió. El agente le ordenó con un gesto que diera media vuelta. Dudo obedeció y apoyó las manos en el vehículo. Los coches que pasaban por la carretera arrojaban ráfagas de luz sobre la escena. El policía cacheó a Dudo, encontró la pistola del cinturón y el cuchillo garra de la sobaquera, y retiró las dos armas diciendo unas cuantas palabras en shotariano que ninguno entendió. Dudo no se movió, pero Shae podía Percibir que el aura de jade del puño se inflamaba. ¿Qué ocurriría si el policía intentaba coger también el jade? La mente de Shae corrió a toda velocidad, intentando pensar una forma de evitar que la situación

empeorase.

Tako sacudió los hombros, alarmado.

—Algo no…

Tres coches negros aparecieron rugiendo y rodearon el monovolumen. Antes de que se hubieran acabado de detener, unos hombres enmascarados saltaban por las puertas. El policía se tiró al suelo boca abajo, cubriéndose la cabeza con los brazos, y, con un destello de terrible comprensión, Shae se dio cuenta de que había sido una trampa. El policía sudoroso, si es que era un policía, los había mantenido allí para distraer su sentido de Percepción.

Incluso cogidos por sorpresa, Dudo y Tako reaccionaron con notable velocidad. Dudo arrojó una poderosa Desviación a los hombres que bajaban del coche más cercano y tiró a varios al asfalto. Se agachó y buscó sus armas (el cuchillo y la pistola que le había quitado el policía), pero antes de que se pudiera levantar, tres atacantes cayeron sobre él con una velocidad y una fuerza sorprendentes que solo podían nacer de la Fuerza del jade. Tako saltó del asiento del pasajero y disparó por encima del capó.

«Barukanos». Shae abrió de golpe la puerta trasera y desenfundó el cuchillo garra. Wen soltó un grito cuando la silueta de un hombre llenó el marco de la puerta abierta e intentó cogerlas. Shae lanzó un tajo a la cara enmascarada. Cuando el hombre se sacudió hacia atrás, le dio una patada en el pecho con el pie descalzo y acto seguido lanzó una Desviación que lo mandó de espaldas dando tumbos.

Tako abrió de un tirón la puerta trasera del otro lado, sacó a Wen del coche y la escudó con su cuerpo sin dejar de disparar a los atacantes. Uno de los disparos hizo caer a un hombre. Otros dos chocaron contra los lados de los coches negros a resultas de una amplia Desviación.

—Kaul-jen —gritó Tako.

Dudo había matado a uno de sus atacantes, que yacía en el asfalto con el cuello claramente roto. Otro rodaba por el suelo, agarrándose la pierna y gritando de dolor. Un hombre armado con una tubería de acero golpeó a Dudo entre los anchos hombros, y luego de lleno en la parte de atrás de la cabeza. El Acero del huesos verdes evitó que le reventara el cráneo, pero se desplomó en el suelo y quedó inmóvil.

La adrenalina y la rabia inundaron el cerebro de Shae. No podía creer lo que estaba pasando. Una parte de su mente esperaba que en cualquier momento aparecieran más puños de Sin Cumbre y corrieran a protegerlas y matar a esos hombres. Pero no estaban en Yanlún. Los matones barukanos eran toscos, y sus ataques, torpes. Sus auras de jade, ardiendo con excitación violenta, eran tan salvajes e irregulares

como las de los adolescentes sin entrenar. Pero eran más de una docena.

Shae salió del coche de un salto, lanzando un grito, y sintió un subidón de satisfacción febril cuando su Fuerza la llevó en un segundo al barukano más cercano y su cuchillo garra se hundió en el cuello. Los ojos eran la única parte visible de la cara del hombre; se abrieron como platos por la sorpresa. Durante un instante, Shae solo sintió asombro. Habían pasado años, más de un decenio, desde la última vez que desenvainó el cuchillo para matar a un enemigo, y quedó desorientada brevemente por la sangre y la Percepción del dolor del otro. Entonces el instinto entró en juego; rasgó con el cuchillo garra con un aluvión de Fuerza y sesgó la carótida.

—¡Saca a Wen de aquí! —gritó a Tako.

Otro hombre agarró a Shae por detrás. Ella se retorció y le envió una lanza de Canalización al pecho. Se dio cuenta de inmediato que el golpe no había sido lo bastante fuerte y preciso. El primer muerto había sido cuestión de suerte. Shae era una huesos verdes que sobrepasaba en veinte años su cénit como luchadora. No tenía bastante jade, era demasiado mayor y demasiado lenta. El golpe de Canalización que pretendía hacer estallar el corazón del hombre solo lo hizo jadear y toser con violencia.

Pero al menos había aflojado su presa, y Shae se desprendió de él. Guijarros afilados se le clavaron en la planta de los pies mientras retrocedía con el cuchillo garra extendido. Otros hombres se acercaron, envalentonados por su fracaso.

Tako seguía disparando y lanzando Desviaciones, cubierto por el monovolumen y protegiendo a Wen con su vida. A Shae le pareció oír que su cuñada gritaba su nombre, pero si así había sido, los disparos y el rugido de la sangre en sus oídos lo apagaron. Vio la cara de Tako, los rasgos retorcidos por una incertidumbre frenética: Dudo estaba inconsciente, y tenía a Shae demasiado lejos para ayudarla sin exponer a Wen. Abandonar al hombre del tiempo era impensable, pero su primera obligación era proteger a la esposa del pedestal. Con un gruñido, el guardaespaldas descargó una última andanada de disparos que hizo que los barukanos se arrojaran bajo sus coches para ponerse a cubierto. Levantó a Wen, que lloraba y protestaba en sus brazos, y echó a correr.

El monovolumen estaba rodeado, pero una pendiente empinada bajaba desde el lateral de la carretera. Incluso con el peso de Wen, aferrada a él, Taco salvó la hondonada con un único salto de Ligereza. Media docena de enmascarados lo persiguieron, saltando tras él y disparando a la figura en estampida, ganando terreno rápidamente

mientras él se esforzaba por seguir esprintando con Wen en brazos. La bajó al suelo y los dos corrieron, el puño empujándola por delante de él.

Shae intentó seguirlos. Como si aspirara una bocanada de aire con todo el cuerpo, reunió la energía del jade y saltó con Ligereza por encima de los que le cortaban el paso. Con tres pasos más llegó al borde de la hondonada; se detuvo horrorizada cuando sonó otro disparo y vio que Tako caía. Se levantó otra vez, pero Wen había dado media vuelta y corría hacia él. Shae dejó escapar un sonido gutural de negación cuando uno de los enmascarados alcanzó a Wen y la sujetó por los brazos, y desde una distancia demasiado corta para Desviar, otro barukano descargó dos balas en el torso de Tako. Incluso desde lejos, Shae Percibió el rojo dolor cegador del guardaespaldas mientras se doblaba por la cintura y se derrumbaba sobre la hierba reseca.

Shae se volvió. Cuatro enmascarados con armas estaban detrás de ella; otros cuatro, en la hondonada, rodeaban a Wen y a Tako. El hombre que sujetaba a Wen le sujetó el cuello con un brazo y echó a andar hacia Shae, obligando a Wen a avanzar tambaleándose. Shae pudo ver el blanco de los ojos de su cuñada, brillantes por las lágrimas de miedo y rabia.

—¡Kaul Shaelinsan! —gritó el hombre en kekonés, con fuerte acento—. Te consideras una zorra dura de Yanlún. Veremos lo dura que eres. ¿Crees que te puedes mover más rápido que una bala de esta pistola? —Presionó con el cañón la sien de Wen.

—Si aprietas ese gatillo, todos los que estáis aquí moriréis —dijo Shae. Agradeció que no le temblara la voz, pero sentía como si el mundo se inclinara bajo sus pies. Aquellos hombres sabían quién era. Seguro que también sabían quién era Wen. Se habían tomado todo el trabajo de montar la trampa con el policía y habían atacado con fuerza abrumadora, claramente preparados para sufrir bajas. Ya esperaban la muerte, así que las amenazas no iban a representar ninguna diferencia.

—Suelta el cuchillo —dijo el hombre—. Y quítate el jade.

Si se hubiera tratado solo de su propia seguridad, Shae no habría permitido bajo ninguna circunstancias que la desarmaran y la dejaran sin jade. Incluso ampliamente superada en número, se habría revuelto y habría luchado hasta que la mataran o la dominaran; lo que ocurriría sin duda, teniendo en cuenta que Dudo y Tako, puños entrenados mucho más jóvenes que ella, se habían visto superados. Pero eso significaría dejar a Wen a merced de sus enemigos, y no podía hacer eso. Los barukanos no habían disparado contra las mujeres. Las querían con vida.

Lo que significaba que querían algo de Sin Cumbre.

Shae dejó que el cuchillo garra resbalara entre sus dedos y cayera al suelo. Se obligó a que no le temblaran las manos cuando se quitó los pendientes y las pulseras. Un sentimiento enfermizo de degradación le subió por la garganta e hizo que la cara le ardiera de vergüenza y disgusto. Se sentía tan violada como si la hubieran obligado a desnudarse ante sus atacantes.

—Déjalo en el suelo y retrocede —dijo el hombre cuando se acabó de quitar el jade.

Shae, con el jade en las manos, lo apretó con fuerza. «No te sacará de esto —se dijo—. Tampoco ayudará a Wen». Dobló las rodillas y dejó las gemas en el suelo, delante de ella. La primera sacudida desorientadora de la resaca del jade la golpeó un par de segundos después. Cerró los puños sobre los pliegues de la falda. Se tambaleó, mareada. Una capa de gasa pareció cubrirle los ojos y los oídos, y volvió la noche aún más irreal.

Se irguió lentamente y dio dos pasos atrás. Unas manos ásperas la empujaron por los hombros y la obligaron a ponerse de rodillas, arañándose la piel con el asfalto. Captó un atisbo de la expresión aterrada de Wen, intentó decir algo… Una capucha negra le cubrió la cabeza; le ataron las muñecas a la espalda y, medio empujada, medio arrastrada, entró en un coche que se puso en marcha.

Hilo estaba en la sala de entrenamiento con Maik Cam, su sobrino de dieciocho años, cuando Sulima, el ama de llaves, llegó corriendo desde la mansión principal y abrió sin llamar.

—Perdóname, Kaul-jen —jadeó, pálida por la alarma—, pero alguien… Al teléfono…

El pedestal cruzó a zancadas el patio oscuro, entró en la mansión, descolgó el teléfono del despacho y pulsó el botón de la línea principal.

—Kaul Hiloshudon —dijo una voz con fuerte acento—, si querías invadir Shotar, deberías haber venido tú mismo en vez de mandar a tus zorras. Estás acostumbrado a ser el que manda, pero a partir de ahora ya no mandas en absoluto. Si quieres que tu mujer y tu hermana vuelvan vivas e intactas, harás exactamente lo que te digamos. —Silencio—. ¿Me estás escuchando con atención, Kaul Hilo?

—Sí —dijo Hilo—. Demuestra que están sanas y salvas.

Se oyó un rumor de movimiento al fondo mientras pasaban el teléfono. Había un montón de interferencias, como si la conexión fuera mala. A Hilo le dio un vuelco el corazón cuando oyó la voz de Wen, ronca y asustada.

—¿Hilo?

—¿Te han hecho daño? —Consiguió mantener el tono inmutable.

—No —dijo con voz débil.

—¿Y a Shae?

—Le han quitado el jade, pero no está herida. Dudo y Tako están graves.

—Mantén la calma —dijo Hilo—. Arreglaré esto.

—Hilo, yo…

Le quitaron el teléfono y volvió a sonar la voz del secuestrador.

—Ya tienes la prueba que querías. Ahora, esto es lo que harás. A medianoche llevarás cuarenta kilos de jade tallado y dos millones de thalires espenios en efectivo a un lugar que te diré, a cambio de tu mujer. Si la transacción sale bien, tendrás siete días para cerrar tus operaciones en Ciudad de Leyolo, sacar del país a todos los miembros de tu clan y anunciar públicamente que Sin Cumbre no volverá a hacer ningún intento de entrar en Shotar, ni ahora ni en el futuro. Entonces, y solo entonces, te devolveremos a tu hermana, junto con tus dos hombres si siguen vivos.

—Haré lo que dices —respondió Hilo—. Tendrás el dinero y el jade que quieres. Sacaré a Sin Cumbre de Shotar. Puedo olvidar la pérdida de cosas materiales. Pero si haces daño a la gente que me importa, será muy diferente. —Una fiebre le estaba engullendo el cerebro. Sentía como si se cerraran los límites de su visión. Todas las posibilidades más horribles que podía imaginar estaban estrellándose contra un rompeolas de rabia incandescente.

Lo que dijera a continuación tenía que ser perfecto. No podía sonar desafiante ni manso. Si era demasiado agresivo, abandonarían su plan y matarían a los cautivos. Si sonaba desesperado, no lo temerían lo suficiente para cumplir su parte del trato. Realizó aquel cálculo maldito de manera inconsciente.

—Es evidente que tienes la sangre espesa, seas quien seas —dijo con voz suave—, porque estás dispuesto a hacer cosas a las que ni siquiera se atreverían mis peores enemigos. He dirigido otras operaciones peligrosas, así que te diré una cosa: no es de mí de quien te tienes que preocupar. Seré tan dócil como un cabritillo. Tus propios hombres, sin embargo… Sé lo oscuros que pueden ser los hombres, lo difícil que puede ser mantenerlos a raya. Unos prisioneros a salvo, bien cuidados, son la única forma de presión que tienes ahora mismo. Si los maltratan de la forma que sea, ninguno de vosotros viviréis para disfrutar del jade y el dinero por los que habéis corrido tantos riesgos, porque todos moriréis horriblemente.

—Eres exactamente como dice la gente, Kaul Hilo —dijo con diversión el hombre al que iba a matar—. Podrías estar ardiendo en el

infierno y le dirías algo arrogante al diablo. Solo para dejarlo claro: si vemos algún policía, tu mujer y tu hermana morirán. Si vemos algún periodista, morirán. Si vemos a alguno de tus puños o tus dedos, morirán. Tú puedes gobernar en Kekon, pero esto no es Kekon. —Y colgó.

Capítulo 45

Personas muy malas

Los captores de Wen la dejaron a solas en una habitación vacía y le hicieron sentarse contra la pared, con las manos atadas con cinta adhesiva. Estaban en una casa, pero Wen no tenía idea de dónde. Cuando le cubrieron la cabeza con la capucha y la metieron en el coche, se vio arrojada atrás en el tiempo hasta el garaje de Puerto Massy y la agonía de morir asfixiada. Pasó el trayecto interminable temblando y sudando de pánico, convencida de que se ahogaría o vomitaría, hasta que al final uno de los secuestradores se dio cuenta de que estaba hiperventilando y le levantó un poco la capucha, de modo que solo tuviera cubiertos los ojos y al menos pudiera sentir el aire en la cara y no se desmayara.

Horas después, aún sentía temblores intermitentes y se le aceleraba el corazón como si estuviera intentando matarla antes de que otro pudiera. Se apretó las rodillas contra el cuerpo e intentó respirar lentamente, con inspiraciones profundas, imaginándose de vuelta en casa, en el jardín, sentada junto al estanque entre magnolias y rosales florecidos. Se dijo que aquella no era la situación por la que había pasado con las bandas. Si fuera así, ya la habrían violado o matado. Aquellos hombres querían algo de su marido, de lo contrario no la habrían puesto al teléfono ese par de segundos. Hilo removería hasta el mismísimo Cielo. Caería con toda la fuerza del clan para encontrarla y ponerla a salvo. Entretanto, tenía que conservar la calma como le había pedido, pensar con claridad y no sucumbir al terror ciego.

Era una tarea difícil cuando podía oír los gemidos de dolor de Tako en algún lugar, al fondo del pasillo. El puño había recibido múltiples

disparos mientras intentaba defenderla. El Acero no podía detener las balas, pero sí ralentizar su paso por el cuerpo, lo que solo habría aumentado su sufrimiento. Wen odiaba oír esos sonidos, pero al menos sabía que estaba vivo. No había visto ni oído señal de Shae desde que el barukano le había quitado el jade y la había metido en otro coche.

Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. No durmió, pero flotó dentro y fuera de una semiinconsciencia agotada hasta que unas líneas de luz empezaron a filtrarse por el plástico negro que cubría la ventana. Se abrió la puerta y entró un hombre, con una bandeja de plástico con comida y un vaso de papel con agua. Cortó con una navaja la cinta que le envolvía las muñecas y se quedó con ella mientras comía. Era una comida floja: arroz instantáneo y verduras congeladas recalentadas. Wen no tenía apetito, pero comió; necesitaba conservar las fuerzas. La ironía de que la noche anterior hubiera estado cenando con Shae en un restaurante de cinco estrellas casi le hizo echarse a reír.

Cuando acabó, el guardia le indicó con un gesto que juntara las muñecas para volver a atarla.

—Necesito ir al baño —dijo Wen. El hombre vaciló. Era joven, no mayor que los hijos de Wen; tenía un tatuaje indescifrable a un lado del cuello y la expresión débilmente hostil de un perro nervioso inseguro de su lugar en la manada. La noche anterior, el jefe lo había llevado al pasillo, había señalado a Wen y le había dado órdenes en un tono que indicaba que el joven era responsable de ella y que si fallaba lo lamentaría profundamente—. Por favor. El baño.

El joven, al que decidió llamar Junior, la acompañó al servicio del extremo del pasillo. Por el camino pasaron por delante de una puerta y vio a Tako, tumbado sobre una lámina de plástico en el charco pastoso de su propia sangre, encogido alrededor de la herida del vientre. Tenía los ojos cerrados y su cara se contorsionaba de dolor con cada respiración. Con el paso de las horas, los gemidos se fueron haciendo más débiles, pero más continuos. Tenía los dedos y el cuello desnudos; incluso en su estado de indefensión, los barukanos le habían quitado el jade.

Wen intentó ir con él, pero Junior no se lo permitió; la empujó hacia el baño y solo le dejó entrecerrar la puerta mientras se aliviaba. El vestido granate, comprado la víspera en una tienda de moda de la zona de Redwater, tenía un hombro y el dobladillo rasgados. En el lavabo se refrescó la cara con agua fría, intentado volver a ponerse alerta.

En el camino de vuelta por el pasillo, se detuvo frente a la puerta

de Tako y se encaró con Junior.

—No puedes dejarlo así —insistió.

Junior le cogió el brazo y empezó a tirar de ella hacia su habitación. Wen se agarró al marco, resistiéndose y gritando que no iría hasta que atendieran las heridas de Tako. Junior se puso nervioso.

—Zorra —siseó mientras intentaba soltarle los dedos. Le rompió dos uñas. Aparecieron otros dos barukanos para ver qué pasaba. Uno era el jefe, el que había telefoneado a Hilo y le había pasado el teléfono la noche anterior: un hombre nervudo, sorprendentemente bajo, con pantalones de camuflaje, camiseta negra y un medallón con una calavera tallada en jade de los tontos colgado del cuello. A primera vista no parecía tan temible, pero los anillos de jade eran reales, y tenía un rostro fiero y picado de viruelas, con ojos saltones y mirada de depredador. Wen pensó en él como Perro Grande.

—¿Qué cojones pasa aquí? —espetó Perro Grande a Junior, que empezó a defenderse en shotariano. Los barukanos mezclaban los idiomas al hablar.

Wen lo interrumpió y habló directamente al líder.

—Ese herido es un puño de Sin Cumbre —le recordó—. No te servirá para pedir rescate si muere. Tienes que ayudarlo. Llama a un médico. Mi marido será más clemente si lo atiendes.

Perro Grande soltó una risa burlona.

—¿Crees que todavía puedes ir dando órdenes como una reina?

—Tiene razón —dijo el mestizo del aro de jade en la nariz; parecía ser el segundo al mando—. Tenemos que hacer algo con esos malditos gemidos.

Perro Grande desenfundó la pistola y, antes de que Wen pudiera gritar siquiera, silenció a Tako de un tiro en la cabeza.

—Ya lo he atendido —dijo—. Segundo Perro soltó una carcajada, pero Junior palideció. A Wen se le nubló la vista. Tako había sido su guardaespaldas durante años. Tenía esposa y dos hijas. El miedo al barukano se desvaneció tras la rabia y el asco. Jamás habían pretendido atrapar con vida a Tako. Solo habían estado dejándolo sufrir.

—Sois unos… ¡perros! —susurró Wen—. Tako era… un amigo… de m-mi familia. —Había necesitado años de trabajo para recuperar la capacidad de hablar normalmente, pero en aquel momento, el estrés y la emoción hicieron que las palabras se le volvieran a atascar en la garganta. Odiaba el sonido de la renovada debilidad cuando más necesitaba ser fuerte contra esos animales—. Sois… hombres… muertos.

Perro Grande la empujó contra la pared y acercó su cara brutal a la

de ella. Wen se encogió ante la amenaza de su mirada.

—¿Crees que le tenemos miedo a tu marido? Como estás acostumbrada a que todos se inclinen y se arrodillen ante él, te crees que te estamos tratando tan bien a causa de sus amenazas. Pero no tiene poder aquí. No puede encontrarnos y no puede tocarnos. Piensa en eso antes de volver a abrir la boca.

Segundo Perro y Junior la arrastraron de vuelta a la habitación y cerraron la puerta.

La mansión Kaul era una sala de guerra. En el despacho del pedestal habían instalado varios teléfonos y ordenadores. Lott y Hejo habían puesto a los técnicos expertos del clan a intentar rastrear la llamada de los secuestradores, pero estos no habían sido descuidados: los analistas de Hejo sospechaban que habían conectado un teléfono móvil a una radio bidireccional, de modo que no había forma de situar la procedencia de la llamada. Lo único que podían decir con seguridad era que se había originado en Ciudad de Leyolo, así que no se habían llevado muy lejos a Wen y Shae.

Puede que la policía federal tuviera una tecnología superior y pudiera afinar más la búsqueda, pero Hilo decidió rápidamente no involucrar a las autoridades, ni las kekonesas ni las shotarianas. No podía correr el riesgo de que la policía de Ciudad de Leyolo interviniera y pusiera a Wen y Shae en mayor peligro, y deseaba evitar, o al menos retrasar todo lo posible, que corriera la voz de que el asistente del pedestal y el hombre del tiempo de Sin Cumbre eran rehenes de delincuentes extranjeros de baja estofa. Ya habían empezado a circular rumores de preocupación por el clan debido a que el pedestal había cancelado todas sus reuniones.

Hilo quería subirse a un avión con un ejército de los mejores puños del clan e ir a Ciudad de Leyolo en persona. Haría saber que se había lanzado a la caza. Ofrecería un recompensa impresionante para cualquiera que lo llevara hasta los secuestradores, y correría la voz de que si Shae y Wen no aparecían sanas y salvas antes de veinticuatro horas, arrasaría la ciudad, mataría a todos los barukanos a los que pusiera las manos encima hasta que encontrara a los hombres que habían hecho aquello, y ellos y sus familias morirían.

Le dijo todo eso a Lott, que contestó con preocupación:

—Kaul-jen, por supuesto que todos los puños y todos los dedos están dispuestos a seguirte y dar la vida si eso nos devuelve a Shae-jen y a Wen, pero no estoy seguro de que sea la mejor forma de…

—Lo sé —cortó Hilo. Ciudad de Leyolo no era Yanlún. No podía aterrizar allí con un avión lleno de huesos verdes. No controlaba las calles, ni la policía, ni el gobierno, ni la gente. Wen y Shae estarían

muertas en cuanto los barukanos se enteraran de que estaba en el país, y los responsables huirían con la tranquilidad de saber que no los podría encontrar con facilidad.

Aunque estaba demasiado alterado y preocupado para dormir, también estaba aburrido. Después de dar las órdenes, no podía hacer gran cosa mientras esperaba a recibir más información. Ya había dado instrucciones a Jaya de que no fuera directamente a Yanlún; que conservara la calma y se quedara en su casa, en Toshon, hasta que supieran más. A él le estaba costando hacer lo mismo. Lott le dijo cortés pero firmemente que sus constantes paseos y el estrés de su aura de jade estaban distrayendo a los demás, así que Hilo fue al patio y se puso a fumar. Que le dieran a dejar el tabaco.

Por la mañana llegaron noticias de uno de los contactos secretos del clan en la policía de Ciudad de Leyolo; el monovolumen negro que habían alquilado Tako y Dudo había aparecido abandonado a un lado de la carretera, a cinco kilómetros del hotel. No había marcas de frenazos, señales de persecución o de choques ni indicios de fallos mecánicos. De haber sabido que los seguían, los guardaespaldas de Wen habrían ido a algún sitio más seguro y defendible. La única explicación posible para que se hubieran detenido tranquilamente en un punto aleatorio era que los hubiera hecho parar la policía. Si los secuestradores habían recurrido a policías de Ciudad de Leyolo, reales o falsos, es que eran criminales expertos.

—No ha sido Matyos —informó Lott tras colgar el teléfono. Ninguna de las ratas blancas del clan infiltradas en las principales bandas barukanas de Shotar tenía la menor idea del secuestro. Si la banda Matyos era responsable, habría habido alguna filtración. La gente sabría que se estaba preparando algo grande. Se habrían organizado cosas, asegurado pisos francos; habrían organizado a los pistoleros. O Matyos no estaba implicada o había subcontratado el trabajo y solo estaban al tanto los líderes de más alto nivel. Teniendo en cuenta la rapidez con que se había organizado la operación, eso no parecía probable.

Si Matyos no estaba detrás, lo más seguro era que Ayt Mada tampoco. Hilo casi se sintió decepcionado, a pesar de que sabía que su rival más antiguo y poderoso no tenía ningún motivo para ordenar un vulgar secuestro con rescate que tenía tantas posibilidades de salir mal. Pero si los enemigos habituales del clan no tenían la culpa, entonces, ¿quién? La respuesta llegó unas horas más tarde. Miembros del clan de la sucursal de Ciudad de Leyolo habían revisado todas las actividades de Shae y Wen desde el momento en que llegaron a Shotar. Tras pasar revista a todos los que Shae había visto aquel día,

las sospechas se dirigieron a la reunión de Wen en Diamond Light.

Hami Tumashon, que estaba en Shotar, cogió a dos dedos del clan de la sucursal de Ciudad de Leyolo y fue a casa de Guttano. Interceptaron al ejecutivo en el camino de entrada a su mansión de la zona de Redwater, lo metieron en el maletero y recorrieron veinte kilómetros hasta un lugar seguro, fuera de la ciudad. A través de un intérprete, el aterrorizado ejecutivo confesó. Después de que Wen fuera a su despacho a pedirle que liberara a Danny Sinjo de su contrato, Guttano temió por su vida. Telefoneó a un jefe barukano llamado Choyulo y le pidió protección, diciéndole que la esposa de Kaul Hiloshudon lo había visitado y se alojaba en el complejo turístico Oasis Sulliya.

Hami explicó por teléfono que Choyulo era miembro de los Faltas barukanos. Faltas era una banda más pequeña que Matyos, aunque las dos organizaciones mantenían una alianza cautelosa. Faltas trabajaba como músculo para la banda mayor, pero también se dedicaba a otras actividades, especialmente la extorsión y los secuestros corporativos. Tenían tentáculos en los deportes, la música y la industria del cine, y la mayoría de las películas de gánsteres shotarianas que glorificaban a los barukanos iban sobre los Faltas.

—¿Qué hago con Guttano? —preguntó Hami. El hacedor de lluvia del clan llevaba décadas en el lado de negocios, pero hubo un tiempo en que fue puño.

—No deberíamos matarlo ahora mismo, Kaul-jen —dijo Lott tras pulsar el botón de silenciar la llamada—. Si desaparece un rico ejecutivo shotariano del mundo del cine, la policía local se meterá en el asunto. Y, en cualquier caso, puede que tengamos que preguntarle más cosas sobre Faltas.

Hilo volvió a conectar el sonido para dar instrucciones a Hami.

—Mete a Guttano en un hotel. Que llame a su mujer y le diga que ha salido de la ciudad para atender un negocio urgente; un problema en un rodaje o algo por el estilo. Ponlo bajo custodia para que no llame a nadie más ni se marche. Si ponemos a salvo a Wen y a Shae, quedará libre. Si no, está muerto. Así que si nos puede decir algo más sobre Faltas, le conviene si quiere volver a ver a su familia.

Hilo se dejó caer en el sillón. Le habría gustado fumarse otro cigarrillo. Woon Papidonwa estaba sentado en una silla frente a él con la cabeza en las manos y aspecto abatido. Hilo deseaba que se fuera a su casa, pues allí no podía hacer nada, pero le pareció que sería una crueldad echar del despacho al marido de Shae.

—Debería haber ido con ella —se lamentó Woon con un susurro.

Hilo lo reprendió con más dureza de la que merecía:

—Si hubieras ido, Tia estaría en peligro de perder a sus dos padres en vez de a uno. ¿Crees que podrías haber cambiado algo? —A pesar de todo, Hilo entendía perfectamente lo difícil que era para un guerrero de jade aceptar que ya no podía luchar sus propias batallas, que no podía proteger a sus seres queridos con su propia fuerza y sus propias habilidades—. Shae es inteligente; sabrá mantenerse con vida hasta que encontremos una forma de traerlas a Wen y a ella, y ya estamos haciendo todo lo que podemos —añadió con más amabilidad.

—¿Cómo puedo ayudar, Kaul-jen? —rogó Woon.

—Puedes cuidar de tu hija —respondió Hilo, mirándola. Estaba claro que Tia se daba cuenta de que algo iba mal. Ya que Woon no pensaba abandonar la sala de guerra, Anden había llevado a la niña al colegio aquella mañana y la había recogido por la tarde. Ahora, Tia tiraba con preocupación del brazo de su padre cada pocos minutos, y preguntaba cuándo iban a ir a su casa y por qué había tanta gente en la casa del tío Hilo.

Woon la abrazó, pero no pudo obligarse a decirle la verdad.

—¿Por qué no acabas de cenar y luego vas a casa de la abuela?

Tía salió corriendo tras su tío.

—Ha pasado algo malo, ¿verdad?

Hilo se agachó junto a su sobrina, pero dudó al responder. No creía en mentir a los niños y nunca había protegido a los suyos de la realidad. Pero Tia era diferente.

—Sí —dijo—. Vamos a arreglarlo, así que no quiero que tengas miedo.

—¿Es por mi mamá? —Cuando Hilo asintió, los ojos de Tia se llenaron de miedo—. Quiero saberlo.

—Unas personas muy malas han cogido a tu mamá, a tu tía Wen y a dos puños que estaban con ellas en el viaje a Ciudad de Leyolo. Para devolvérnoslos, quieren que nuestro clan les dé cosas: jade, dinero, otras cosas importantes.

A Tia se le saltaron las lágrimas y le agarró el brazo con fuerza.

—Tío Hilo, tienes que traer a mi mamá. ¡Dales lo que quieren!

—Haré todo lo que pueda, Tia-se, te lo juro —prometió—. Pero nuestra familia tiene enemigos terribles y a veces lo que más quieren es hacernos daño.

—¿Por qué nos odian tanto? —sollozó Tia—. ¡Nada de esto tiene sentido!

Ru había cruzado la puerta unos minutos antes; se había saltado las clases del día para ir corriendo a casa. Todos habían oído a Koko saltar y ladrar emocionado a pesar de su edad. Ru se acercó y se agachó a su lado.

—Tia, los mayores están ocupados ahora mismo y no deberíamos distraerlos. Tu mamá querrá que seas fuerte y dejes trabajar a todos para que puedan encontrarla y traerla a casa. —Por asustado que estuviera por su propia madre, Ru habló a su prima como si todo fuera a salir bien—. ¿Por qué no nos vamos tú y yo a la habitación de al lado y jugamos a videojuegos? Te enseñaré uno nuevo que he comprado esta semana. —Cogió la mano de la niña.

—Gracias, hijo. —Hilo le puso una mano en el hombro a Ru, alegrándose de tener cerca de casa a un hijo con el que podía contar. Desde que iba a la universidad, Ru se había vuelto aún más expresivo y aferrado a sus ideas. Se había puesto mechas cobrizas y llevaba una camiseta que decía «Soy no reactivo a las chorradas». A menudo mencionaba tal o cual obra benéfica o causa social que pensaba que Sin Cumbre debería apoyar, pero también era de gran ayuda para sus padres.

La luz de la tarde empezó a desvanecerse; Hilo no había dormido desde hacía dos noches. Wen y Shae llevaban dieciocho horas en manos barukanas. En cuatro maletines de acero habían metido dos millones de thalires en efectivo, sacados de las cuentas del clan, y cuarenta kilos de jade recogidos de la cámara acorazada, y ahora los estarían cargando en un avión privado. En tres horas y media, un pequeño equipo de los puños de máxima confianza del clan llegaría a Ciudad de Leyolo con el dinero y el jade. En ocho horas efectuarían la entrega acordada con Faltas.

«Ocho horas». Iban a ser las más largas de su vida. En ocho horas, Wen estaría a salvo o estarían buscando su cadáver.

Hilo no compartía la firme creencia de Shae en los dioses, pero estuvo dispuesto a rezar. Ni todo su poder como pedestal ni un gran clan de huesos verdes le garantizaban nada en aquel momento, aparte de la promesa de venganza, y eso le resultaba un consuelo mucho menor que en el pasado.

Capítulo 46

Cosas valiosas

WEN estaba sentada con la oreja pegada a la puerta, escuchando a los hombres que hablaban en el pasillo. Pudo oír la voz preocupada de Junior, aunque no entendió las palabras, y la respuesta seca de Segundo Perro: «¡Por supuesto que lo sabe! Después de esta noche, tendremos tiempo. Sigue el plan y no tendremos que preocuparnos por Matyos».

Se acercaron unos pasos. Wen se apartó rápidamente de la puerta y se tumbó en el suelo, en la esquina; cerró los ojos y fingió dormir. Se abrió la puerta y la luz del pasillo le golpeó la cara.

—Levanta —ordenó Segundo Perro.

Wen se sentó lentamente, no necesitaba fingir que estaba adormilada. Junior se acercó a ella con una bolsa de lona y ella se encogió con miedo renovado.

—No puedo… respirar con eso. Solo véndame los ojos. Por favor. —Odió la forma en que sonaba, pero Junior cedió. Enrolló la tela y se la puso alrededor de los ojos, dejando la boca y la nariz descubiertas. La pusieron de pie y le dijeron que caminara.

Ya debilitada y sin el sentido de la vista, el sentido del equilibrio recuperado con tanto esfuerzo le falló. Dio un bandazos y se tambaleó hasta chocar con la pared.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó Segundo Perro. Los dos hombres la cogieron cada uno por un codo y la llevaron por la casa como a una oveja lisiada. Se abrió una puerta. Durante unos maravillosos segundos le golpeó la cara el frío aire de la noche. Entonces la llevaron hasta un coche, la metieron en la parte trasera y cerraron la puerta.

El vehículo estaba lleno. Dos hombres, uno a cada lado, la acorralaron en el centro. Oyó hablar a Segundo Perro desde el asiento del copiloto.

—En marcha. Tenemos que despachar esto. —El conductor arrancó y empezaron a moverse.

Wen entrelazó las manos y las apretó entre las rodillas. Tenía miedo, pero ya había desaparecido el pánico. Ya la habían matado antes. En honor a la verdad, debería haber muerto en Puerto Massy dieciocho años antes. Pero había tenido la oportunidad de ver crecer a sus hijos y pasar más años con Hilo; unos cuantos habían sido difíciles, pero durante muchos había sido feliz. Se había repuesto de sus heridas y se había erguido ante muchedumbres y montones de cámaras para hablar en nombre del clan. Era la única esposa de un pedestal, y además había sido su asistente. Así que no tenía que arrepentirse de cómo había usado el regalo del tiempo de vida extra, y se prometió que no suplicaría, le hicieran lo que le hicieran. Sin embargo, estaba desesperadamente preocupada por Shae y Dudo.

—¿Dónde está Kaul Shae? —preguntó—. ¿Qué vais a hacer con ella?

No respondieron. El trayecto duró mucho tiempo, quizá una hora, aunque Wen no podía estar segura. Al final, el coche se detuvo. Los hombres conversaron en shotariano. Dos de ellos (Segundo Perro y el hombre de la izquierda de Wen) salieron del coche mientras los demás esperaban. Pasaron largos minutos en los que Wen se preguntó adónde habrían ido, si estarían cavando una tumba poco profunda para enterrar su cadáver.

Una radio bidireccional chasqueó en el asiento del conductor. Por ella se realizó otra breve conversación, y entonces el barukano sentado a la derecha de Wen abrió la puerta y salió del coche.

—Sal —ordenó.

Wen reconoció la voz de Junior. Apoyó el pie firmemente y se sujetó al lateral del vehículo para acabar de salir. Oía y olía agua. Entonces le quitaron la venda de los ojos y vio que estaban en el extremo de un puente cubierto de niebla que cruzaba el río Gondi. Junior cortó la cinta que le ataba las muñecas y señaló el camino para peatones del puente.

—En marcha —ordenó, y la empujó hacia delante.

Wen empezó a cruzar el puente, con Junior detrás. El aire frío y húmedo llenó sus ansiosos pulmones. La niebla se espesó según se iban adentrando más sobre el río. Wen no podía ver el otro extremo del puente; las vigas plateadas desaparecían en la blanca niebla. Pasaron varios coches en los dos sentidos; sus faros iluminaban el

asfalto antes de desaparecer, pero el camino para peatones parecía desierto. Wen se agarró a la barandilla para estabilizar sus pasos, pero se arrepintió de echar una ojeada por encima: había una larga caída hasta las oscuras y rápidas aguas del fondo.

—Para —dijo Junior—. No te muevas.

Wen oyó que sacaba la pistola y sintió el frío metal del cañón en la nuca. Se quedó inmóvil con los ojos abiertos. No esperaba que la vida le pasara por delante de los ojos; eso era un mito. Cuando llegaba la muerte, era con terror y dolor, nada más.

—¿Tu trabajo es matarme, para demostrar tu valía ante los demás? —preguntó a Junior. Como el joven no respondía, Wen añadió—: ¿De verdad quieres formar parte de esta maldad?

—Cállate —susurró Junior, pero Wen oyó el indicio de duda en su voz—. No puedes hablar de maldad. Nosotros estábamos ocupándonos de nuestros asuntos, pero los clanes teníais que venir adonde nadie os había llamado y joder a cualquiera que no se inclinara ante vosotros. Si por mi fuera —siseó con ferocidad—, mataría hasta al último miembro de tu familia.

Wen tenía suficiente experiencia con hijos adolescentes para saber que, muchas veces, los jóvenes no eran conscientes de sus propios sentimientos, ni siquiera cuando insistían en que sí. Podía notar que la pistola temblaba un poco detrás de su cabeza.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Dos figuras aparecieron en el camino para peatones, andando rápidamente hacia ellos. Cuando se acercaron, Wen vio que eran Segundo Perro y el otro barukano que había salido antes del coche. Llevaban cada uno dos maletas de metal, con los brazos tensados usando Fuerza. Pasaron al lado de Wen y Junior sin apenas dirigirles una mirada. Wen no se atrevió a volverse, pero oyó a su espalda el sonido del maletero de un coche al abrirse y el golpe pesado de las maletas colocadas en el interior.

—Esta noche has tenido suerte, zorra —dijo Junior. La pistola se apartó de la cabeza de Wen, y su corazón empezó a latir de nuevo—. Sigue andando.

Wen dio un paso, luego otro. Estaba andando, cada vez más deprisa, cuando se dio cuenta de que el barukano no la seguía. Se tambaleaba y usaba la barandilla para enderezarse. Al principio no había nada delante, salvo la niebla, pero entonces empezó a ver unas figuras en la penumbra. Dos hombres. Unos pasos más y reconoció a su sobrino, Cam, al lado de Hami Tumason.

Con un grito ahogado, echó a correr hacia ellos. Cam corrió a su encuentro, la sujetó y la abrazó con fuerza.

—Tía Wen, gracias a los dioses —dijo con voz ahogada.

Hami le cubrió con la chaqueta los hombros desnudos, y Wen se estremeció de alivio. Los dos hombres la llevaron hasta el otro extremo del puente, donde esperaba un coche. Vin, un primer puño del clan, estaba al volante, y en cuanto todos estuvieron dentro empezó a conducir. Cam se sentó detrás con Wen; le puso un termo caliente en las manos y la cubrió con mantas hasta que se aplacaron los violentos temblores.

—Estaremos en el aeropuerto en veinte minutos —aseguró Hami.

Wen sintió que recobraba rápidamente la agudeza mental.

—¿Y Shae? —preguntó. Vio que Hami tensaba la mandíbula.

—Aún la tienen. Han pedido dinero y jade por tu liberación. Dicen que soltarán al hombre del tiempo cuando desmantelemos la oficina de Sin Cumbre y evacuemos Shotar por completo.

—¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Una semana —dijo Hami, volviéndose a mirarla—. Desmontar todo lo que hemos construido en el último año hará mucho daño a nuestros negocios, pero por ahora tenemos que ceder a sus exigencias. Hemos empezado a organizar las cosas para sacar a la gente. Cuando Shae-jen haya vuelto, pensaremos alguna manera de arreglar la situación y ajustarles las cuentas a esos perros barukanos.

Una semana. Wen recordó las palabras que había oído en el pasillo. En su momento había sabido de qué estaban hablando. «Después de esta noche, tendremos tiempo». Wen se inclinó hacia delante de golpe y agarró el hombro de Hami.

—No podemos ir al avión todavía —gritó—. Tenemos que parar y llamar a Hilo.

—No te preocupes; tenía puños vigilando el puente —dijo Vin—. Ahora mismo estarán llamando al pedestal para decirle que el intercambio ha ido perfectamente y estás a salvo.

—Con suerte, eso significa que también recuperaremos a los otros —dijo Cam.

Wen negó con la cabeza violentamente. Se había librado con mucha facilidad. Aquellos hombres: Perro Grande, Segundo Perro, incluso Junior… Había visto su odio implacable. Les habría encantado mandarle a Hilo su cadáver violado. Solo un motivo de auténtico peso los habría impulsado a liberarla sin daños. No tenían miedo a la venganza de Sin Cumbre, así que esa no era la razón. Tampoco los había oído mostrarse expectantes ante la llegada del dinero y el jade.

No; entregar a un rehén de inmediato a cambio del rescate era una señal de cooperación. Un ardid para sosegar al pedestal y que se prestara a retirar a su gente en la creencia de que los secuestradores

eran sinceros en sus demandas.

—Tengo que hablar con Hilo yo misma —insistió Wen, cada vez más frenética—. No podemos creerlos. No debemos sacar a nadie. Necesitamos a todos los que tenemos en este país para buscar a Shae, porque no están dispuestos a devolverla.

Shae había estudiado la posibilidad de escapar y decidió que era mínima. Sin su jade no tenía esperanzas de superar a sus captores barukanos, ni siquiera si no hubiera estado atada a unja silla, amordazada y presa de la resaca del jade. Ya había sufrido ese síndrome de abstinencia dos veces en su vida. Había sido desagradable, pero habían cuidado de ella o había podido cuidar de sí misma; no había estado atada y hambrienta en manos de enemigos. Un dolor de cabeza implacable se le había asentado en la parte delantera del cráneo y la golpeaba detrás de los ojos, y tenía el rostro y el cuello cubiertos de una capa de sudor frío que la hacía temblar. Por algún motivo se encontró pensando en Yun Dorupon, un hombre al que había despreciado y que llevaba mucho tiempo muerto, pero hacia el que sentía de repente una hermandad en el desamparo, pues cuando era el hombre del tiempo, en una ocasión los shotarianos lo habían capturado, despojado del jade y torturado.

En algún momento creyó oír gritar a Wen, y su mente se llenó de imágenes de la peor especie. Luego oyó pasos y un disparo. Ahora, sin sentido de Percepción, no tenía ni idea de si su cuñada seguía con vida. Había dado por supuesto que el barukano los había capturado para usarlos como elemento de presión contra Sin Cumbre. Contaba con la posibilidad de usar su posición de hombre del tiempo para negociar por la vida de Wen, pero hacía horas que nadie había aparecido en aquella habitación desnuda.

Empezó a pesarle la cabeza y estuvo cayendo inconsciente durante periodos indefinidos. Después de lo que supuso que sería un día entero, se abrió la puerta y dos hombres entraron en la habitación: un tipo bajo de aspecto peligroso, con pantalones militares y un colgante de jade de los tontos en forma de calavera, y un joven con un tatuaje a un lado del cuello.

—Te estarás aburriendo, Kaul Shaelinsan —dijo con tono burlón el hombre bajo, que parecía ser el jefe.

El más joven se colocó tras la silla y le desató la mordaza. Shae movió la mandíbula dolorida y tragó saliva para humedecer la reseca garganta.

—¿Has matado a mi cuñada?

El jefe barukano sonrió ante el tormento que sabía que estaría sintiendo.

—Al contrario. Ahora mismo está de vuelta a casa. Tu hermano quiere un montón a su mujer y ha pagado el rescate completo por su regreso.

Shae deseó desesperadamente haber tenido su jade y la Percepción para discernir si el hombre estaba mintiendo. No pudo evitar aferrarse a la esperanza de que dijera la verdad, de que Wen estuviera libre. Mantuvo un tono de voz cuidadosamente neutral.

—Si eso es cierto, hay muchas más cosas de las que podríamos hablar. Sabes quién soy y cuánto jade y dinero controlo. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—Seguro que sí —dijo el jefe barukano en kekonés, con su fuerte acento, y elevó las comisuras de los labios de una forma que hizo que Shae se inquietara profundamente—. Después de todo, lo más valioso que posee un hombre del tiempo de un clan no es jade ni dinero. Es información.

Se puso justo delante de ella y clavó los ojos saltones en los suyos.

—Tu clan vino a Shotar haciéndose amigo de la policía y el gobierno —continuó—. Les dais información que consiguen vuestros espías. Hace dos meses, los agentes federales interceptaron un cargamento de harina dulce valorado en dos millones y medio de sepas. Es imposible que hubieran sabido del trato a menos que hubiera una rata en Matyos.

Shae negó con la cabeza lentamente.

—No sois de Matyos. —Gracias a la red de espías de Sin Cumbre en Shotar y a su cooperación con las fuerzas de la ley shotarianas, sabía quiénes eran los líderes de Matyos, y esos hombres no estaban entre ellos.

—Que les den a los de Matyos —espetó el cabecilla—. Traen el material a través de Urtoko, pero se apoyan en nosotros para transportar y vigilar el producto, así que somos los de Faltas los que acabamos muertos o en la cárcel. Y Matyos nos echa la culpa por perder la droga, cuando la culpa la tienen las ratas de Sin Cumbre. —Se inclinó hasta quedar tan cerca que Shae pudo oler su colonia, extrañamente dulce mezclada con el aliento agrio—. Dos semanas después de la redada, el clan Sin Cumbre obtuvo permisos de negocios y licencias de alcohol para cuatro locales que acababa de comprar en Ciudad de Leyolo. Quizá sea una coincidencia, pero no creo en las coincidencias. ¿Quién era la rata?

—Soy el hombre del tiempo —dijo Shae—. Yo no manejo las ratas blancas; los informantes son asunto del lado del cuerno del clan.

Normalmente, aquella negación habría sido verosímil, pero Shae había estado involucrada personalmente en todos los aspectos de la

arriesgada expansión del clan en Shotar. Había trabajado con Lott y Hejo. Había visto los nombres.

—Debes de creer que no sabemos cómo usar el jade, que no podemos saber si estás mintiendo —dijo el jefe con aire ofendido—. Quizá no entiendas la situación: nadie te va a rescatar. Tu hermano ha recuperado a su mujer sana y salva, y está sacando a vuestros huesos verdes del país. Si nos das lo que queremos, tendrás una agradable estancia en nuestra compañía y luego irás también a casa. Si no, pasará una semana antes de que empiecen a buscar tu cadáver. No quiero tener que hacerle eso a una mujer.

Mientras el jefe hablaba, otro hombre entró en la habitación con rollos de cuerda y cadenas. La boca de Shae se quedó más seca que un desierto. Los hombres le ataron los tobillos y las muñecas; la desataron de la silla y le rodearon el cuerpo y las piernas con cuerdas y cadenas, que aseguraron con candados hasta que quedó inmovilizada, como un mago a punto de que lo metieran en una caja cerrada para que asombrara a todo el mundo con una hazaña escapista. Salvo que Shae no tenía un truco así. El corazón le golpeaba como un martillo neumático.

El más joven se la cargó al hombro como un pesado saco de arroz y la llevó a un cuarto de baño con una bañera de estilo shotariano, bastante grande para tres o cuatro personas. Dudo estaba sentado en la bañera vacía, también atado y aplastado bajo el peso de las cadenas. Cuando el barukano metió a Shae en la bañera, frente a él, el puño alzó la cabeza. Tenía la cara terriblemente magullada y le costaba enfocar. El golpe en la parte de atrás de la cabeza le había causado una conmoción cerebral.

—Kaul-jen —graznó—. Siento haber fallado en protegerte.

Shae no pudo responder. No era culpa de Dudo, sino suya. Ella había decidido expandirse en Shotar y enemistarse con los barukanos. Había llevado a Wen en ese viaje, y había ordenado a Dudo detener el coche para obedecer al falso agente de policía. Como muchas de las decisiones que había tomado en su vida, habían parecido razonables en su momento.

—Puede que seas una zorra dura huesos verdes —dijo el jefe barukano—, pero ¿eres lo bastante desalmada para ver a otra persona sufrir y morir por tu testarudez?

Shae sintió el extraño impulso de decirle que estaba acostumbrada a ver a otros pagar por sus errores. Lan, a quien había fallado como hermana. Maro, muerto por su mano. Luto, su asistente durante apenas unos meses. Wen y Anden, emboscados en Espenia. El hijo nonato que había abortado. Kiya, la primera esposa de Woon. Dudo

sería el siguiente. ¿Sería eso realmente lo que significaba tener poder?, se preguntó, casi desconectada de su sentimiento de miedo creciente. Las cadenas le apretaban la piel de las muñecas. Sentía la cerámica blanca fría contra sus piernas desnudas.

—Dame nombres —dijo el barukano—. Los nombres de tus ratas.

Si revelaba las identidades de las fuentes de Sin Cumbre, esas personas sufrirían sin duda sus propias muertes horribles. Hiciera que hiciera, causaría muerte y sufrimiento.

—¿No? Te daré incluso una alternativa —siguió el hombre con tono razonable—. ¿Qué tal los nombres de los agentes de policía y del gobierno que están a sueldo de Sin Cumbre?

Con esa mina de oro de información de vital importancia para el submundo shotariano, los secuestradores no tendrían que temer la venganza de Sin Cumbre. Podrían contar con protección de Matyos. Incluso podrían vender esa información al clan Montaña, que podría barrer a Sin Cumbre de Shotar al margen de lo que decidiera hacer Hilo.

—Todos sois hombres muertos, perros barukanos —consiguió decir Dudo.

El jefe se acercó a dos maletas metálicas que habían llevado al baño y dejado en el suelo de linóleo. Desenganchó los cierres y las abrió. En el interior había pilas de jade tallado y pulido. Gemas de varios tamaños y pesos, preparadas para engarzar y portar, todas brillando con un resplandor profundo y traslucido incluso en la penumbra amarillenta creada por la bombilla del cuarto de baño.

Shae dio un respingo. Era una fortuna asombrosa, un tesoro de escala casi mitológica. Los barukanos lo contemplaron con fascinada admiración. Algunos empezaron a toquetear sus magros adornos, sin duda imaginándose como Baijen renacido, portando más jade que ningún huesos verdes. El jefe silbó por lo bajo.

—Hermoso, ¿verdad? Hermoso y mortal.

Dos hombres se pusieron guantes gruesos forrados de plomo, levantaron la primera maleta por encima del borde de la bañera y volcaron el contenido en ella. El jade castañeteó contra la superficie interior como monedas arrojadas a un balde y se esparció sobre las piernas de Shae y Dudo. Los barukanos cogieron la segunda maleta y apilaron jade por valor de decenas de millones de dien en una capa gruesa que cubrió el fondo de la bañera como guijarros en el fondo de una pecera. Shae se sacudió e intentó instintivamente apartarse de la cascada, pero fue inútil. Miles de piezas de jade, más de lo que ningún humano sin inmunidad podría soportar de golpe, le rebotaron en los muslos y las pantorrillas, se le quedaron atrapadas entre los dedos de

los pies descalzos y se le colaron entre los pliegues de la ropa mientras ella se retorcía cada vez más asustada.

Muchos años antes, Shae había visitado una mina de jade, en el interior montañoso de Kekon. Había visto rocas de jade en bruto rotas y esparcidas en los volquetes de los camiones y se había preguntado morbosamente qué pasaría si apoyaba la palma de la mano en todo aquel verde seductor. Se había imaginado que una muerte instantánea o una enfermedad lenta, pero lo que experimentó en aquel momento fue otra cosa: un subidón del poder conocido y desorientador mientras sus sentidos del jade despertaban a la consciencia; podía Percibir a todas las personas de dentro y fuera del edificio; podía sentir la energía corriendo por su cuerpo con cada latido de su cavernoso corazón; sentía ralentizarse el tiempo mientras su mente saltaba de los confines de su carne. En ese instante intentó aferrarse a sus habilidades, concentrar con un grito desesperado cada átomo de su tremendo entrenamiento y convertirlo en Fuerza suficiente para romper las cadenas. Las cuerdas y los eslabones de metal se tensaron pero aguantaron, y entonces comenzó el dolor. Creció rápidamente, como si se hubiera lanzado contra una enorme puerta metálica solo para descubrir que estaba al rojo y se quedaba pegada a su superficie, incapaz de liberarse mientras el metal empezaba a desprender un brillo carmesí y la quemaba viva.

Shae tenía toda la tolerancia al jade de un huesos verdes de primera categoría, consolidada a lo largo de una vida de exposición y entrenamiento. Su cuerpo estaba íntimamente familiarizado con el jade. Así que fue una perversión violenta que lo que había sido natural durante toda su vida adulta se convirtiera de repente en dolor absoluto. Intentó con desesperación inconsciente recurrir a las técnicas de control que había conocido desde que era una niña: consciencia de su respiración, disipación de la tensión en el cuerpo, visualización. Todo fue inútil. Se estaba ahogando en un diluvio llameante. Incluso si no hubiera estado sujeta por las cadenas, no habría podido invocar Fuerza, Canalización ni nada que pudiera ayudarla a escapar, igual que no habría podido controlar una cometa en un ciclón. Cayó en picado en la sensación física: sus músculos empezaron a temblar incontrolablemente; el sudor le cubrió todo el cuerpo, su pulso, su temperatura y su tensión arterial se elevaron como un cohete.

Vio que se tensaban los tendones del cuello de Dudo, que empezó a gritar.

—Este jade salió de la cámara acorazada del propio Sin Cumbre —oyó comentar con aire pensativo al jefe barukano, como si hablara desde muy lejos—. ¿A que es poético?

Capítulo 47

Lo que tiene que hacerse

HILO estaba sentado en la cama, viendo subir y bajar las mantas al ritmo de la respiración de Wen. Tras el alivio desgarrador del regreso a casa había llegado el agotamiento absoluto, y finalmente había caído en un profundo sueño. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, como si se quisiera asegurar de que de verdad estaba allí, que no estaba en medio de un sueño esperanzado del que despertaría a la pesadilla de que seguía perdida y en peligro. Se inclinó despacio y le besó la frente, con cuidado para no despertarla.

Se levantó, se vistió sin hacer ruido y fue a la planta baja. Anden estaba sentado en el último escalón, ya calzado, esperando.

—Vamos —dijo Hilo.

Anden condujo el nuevo Duchesse Imperia del pedestal hacia el sur, por la calle Lo Low. El sol aún no había salido y las calles de Yanlún mutaban perezosamente en el cambio de turno entre los habitantes de la noche y los madrugadores: borrachos, prostitutas y trabajadores nocturnos regresaban a casa mientras vendedores ambulantes, quiosqueros y tenderos empezaban a abrir sus negocios.

Hilo rompió el silencio.

—Esto me recuerda la vez que nos llevaste al Dos Fortunas, el día de Año Nuevo.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Anden.

—Hace mucho tiempo —confirmó Hilo—. Ahora conduces mucho mejor. —Anden lo miró de reojo con el ceño fruncido; Hilo le devolvió su famosa sonrisa ladeada.

—Me alegro de que esta vez no cuentes conmigo para matar a nadie —dijo Anden. Al salir del túnel de la calle Lo Low giró en la rotonda de la calle del Patriota, entró en la Meseta y condujo el Duchesse por las empinadas calles residenciales. Las comisuras de los labios se le curvaron un poco hacia arriba—. Nunca creí que llegaríamos a bromear sobre aquel día.

—Esperemos que nos sintamos igual sobre hoy dentro de veinte años. —Hilo sacó el brazo por la ventanilla y contempló el sol que se alzaba poco a poco sobre los árboles exquisitamente podados—. Dioses. Qué jóvenes éramos, Andy —dijo, perdiendo el tono

desenfadado—. Aquel día estaba preparado para morir a manos de Gont Asch si era necesario. Ahora… Aún podría, pero creo que sería más duro. Cabría pensar que sería más fácil afrontar la muerte al hacerse mayor, pero la cosa no funciona así. Te vas enganchando más a la vida, a la gente a la que quieres y a las cosas por las que vale la pena vivir. —Se dio cuenta de que su primo lo miraba con preocupación—. No te preocupes tanto, Andy. Por mucho que no quisiera oírlo, tenías razón en lo que dijiste aquella noche. En cualquier caso, perdemos, así que esta es la única manera. Si tienes que hacer algo, sabes lo que tienes que hacer.

—Lo sé, Hilo-jen —dijo Andy.

—Cuando algo tiene que hacerse, siempre hay una forma de hacerlo —dijo Hilo en voz baja.

Se detuvieron frente al enorme portón de hierro de la mansión Ayt. Las cámaras de seguridad instaladas a lo largo de la carretera ya habían alertado a los guardias de su llegada. Cuatro huesos verdes de Montaña, armados con espadas luna y pistolas, salieron al encuentro del Duchesse. Anden paró el motor y apartó las manos del volante, manteniéndolas abiertas para que las vieran los guardias.

Hilo abrió la puerta y salió. Su Percepción zumbó con la alerta hostil de los cuatro huesos verdes que tenía delante y otros dos que estaban detrás de la entrada y no podía ver. Se dirigió a los guardias con voz firme.

—Vengo a ver a vuestro pedestal.

Una mañana, cuando tenía veintidós años, Hilo fue con Lan, su hermano mayor, a desayunar en el restaurante Dos Fortunas. Era la primera vez que iba y se sorprendió agradablemente al descubrir que, aunque el local era viejo, ruidoso y un poco sofocante, la comida era mucho mejor que cualquier otra de las Dársenas. Lan, sin embargo, no pareció prestar mucha atención a la comida ni a la conversación. Parecía preocupado y no sonreía a nada que dijera Hilo.

Desde su punto de vista, Lan no tenía motivos para estar descontento. Portaba un montón de jade, se había casado hacía poco y su abuelo le estaba dando cada vez más responsabilidad en la dirección diaria del clan. Al final, Hilo tiró la servilleta.

—¿Qué pasa contigo? Llevas días con cara de estreñido.

La expresión de Lan cambió a la sorpresa, y luego, al fastidio.

—Tengo cosas en la cabeza, Hilo —respondió—. No tengo que hablar de cada detalle que me esté molestando.

Hilo se rascó la barbilla y pensó en aquello, sintiéndose un poco dolido por la seca respuesta. Era cierto que él y Lan no estaban unidos de la forma en que solían estarlo dos hermanos de edades parecidas.

No habían crecido como rivales ni como confidentes. Sin embargo, había un entendimiento implícito entre ellos, porque un día, Lan sería el pedestal e Hilo sería su cuerno. Juraría a su hermano mayor guardarle lealtad, obedecerlo, matar y morir por él si era necesario. Así que era de simple justicia que Lan confiara en él lo suficiente para explicarle por qué estaba echando a perder un excelente desayuno con su melancolía.

—¿Tiene algo que ver con la reunión con el abuelo de la semana pasada?

—¿Cómo sabes eso? —dijo Lan, entrecerrando los ojos. Hilo se encogió de hombros.

—¿Tiene o no tiene?

Lan exhaló por la nariz, como rindiéndose, pero se relajó un poco, aparentemente aliviado de hablar por fin sobre sus desasosiegos.

—Sabes que el abuelo y el tío Doru están preocupados por quién sucederá a Ayt Yu como pedestal de Montaña.

—Ayt no es viejo —dijo Hilo—. Puede ser el pedestal otros diez años.

—Se rumorea que se ha quitado parte del jade porque tiene la tensión alta. Puede que la Lanza de Kekon sea una leyenda viviente, pero si empieza a perder la tolerancia al jade, no pasará mucho tiempo antes de que tenga que retirarse. Quizá cinco años; quizá menos. Ayt Eodo es su hijo adoptivo, no de sangre, y es un payaso al que nadie respeta como huesos verdes.

Hilo partió un pastelillo de frutos secos.

—Su hija es el hombre del tiempo.

—¿Una mujer pedestal? —Lan negó con la cabeza—. Ayt no llegaría tan lejos. Así que la puerta está abierta para que alguna otra familia de Montaña ascienda al liderazgo.

—¿Y por qué es problema nuestro? —preguntó Hilo—. Montaña puede ocuparse de sus mierdas. —Como puño joven, no tenía ningún cariño al clan Montaña. Sus compañeros y él habían tenido escaramuzas violentas con el otro clan por territorios y negocios, especialmente en los distritos en disputa, y algunas de esas confrontaciones habían dejado rencores en los dos bandos.

—El abuelo y el tío Doru se reunieron la semana pasada con Tanku Ushijan —dijo Lan—. El cuerno de Montaña propuso que uniéramos las familias por matrimonio.

Hilo dejó de masticar. Pensó de inmediato en Wen. No era dado a guardar secretos, pero aún no les había dicho a su abuelo ni a su hermano que estaba enamorado de una chica de la familia Maik, una ojos de piedra. Su cara o su aura de jade debieron mostrar el pánico

repentino, porque Lan le dirigió una sonrisa seca.

—Creo que nunca había conseguido asustarte así —dijo—. ¿Tan terrible es la idea de sentar la cabeza? En cualquier caso, estás a salvo. Din, el hijo de Tanku, es un puño de primera categoría. Se dice que podría seguir los pasos de su padre y convertirse en cuerno. Un matrimonio entre Shae y Tanku Din uniría el liderazgo de los dos clanes.

Hilo se sintió inundado de alivio y empezó a respirar otra vez. Acabó de masticar y tragó.

—El abuelo no lo aceptará —dijo convencido—. Shae es su favorita.

Lan no respondió de inmediato, pero la textura de su aura de jade se volvió áspera mientras jugueteaba con la comida.

—Cuando se trata de tomar decisiones sobre lo que es mejor para el clan, a veces no hay espacio para los sentimientos personales; ni siquiera lo tiene el pedestal. Doru cree que es buena idea, y sabes que influye mucho sobre el abuelo.

Hilo frunció el ceño.

—Doru debería volver a la época de las Tres Coronas, que es de donde salió. —El anticuado hombre del tiempo habría podido ser uno de esos cortesanos intrigantes de palacio.

Lan miró a Hilo con una resignación que este no comprendió hasta muchos años después, cuando él mismo fue pedestal.

—El abuelo y Ayt Yu han tenido sus diferencias, pero ahora que los dos están haciéndose viejos, quieren asegurarse de que siga habiendo respeto entre los clanes cuando ya no estén. Eso es cada vez más difícil cuando tenemos diferentes negocios, diferentes territorios, diferentes escuelas. —Lan se tironeó distraídamente de los brazaletes de jade, con la incertidumbre escrita en la cara—. La familia Tanku dice que si nos aliamos con ellos, Ayt Yu dejará a un lado a ese tarambana de Eodo y nombrará a Tanku Ushi sucesor al cargo de pedestal de Montaña. Evitaría luchas internas por la sucesión y aseguraría las relaciones pacíficas entre todos. Shae sería la nuera de su pedestal, y si el joven Tanku ascendiera, seríamos cuñados de su cuerno.

Cuanto más oía, menos le gustaba a Hilo aquella visión del futuro. No tenía ninguna rencilla personal con los Tanku, pero desde luego que no los quería como parientes. El viejo Tanku estaba en la cincuentena; el hijo era dos años mayor que Lan. Si las familias se mezclaban, los Tanku dominarían. ¿Cómo iba a mantener Lan su estatus como pedestal contra un hombre que sería básicamente su suegro? Y si Hilo se convertía en cuerno de Sin Cumbre, antes o

después tendría que enfrentarse a su cuñado como rival, y se vería obligado a retroceder para proteger el matrimonio de su hermana. Puede que una unión preservara la paz en el futuro, pero a la larga, Sin Cumbre se vería menguado. Quizá incluso se convirtiera en tributario de Montaña.

Pero seguía sin preocuparse, porque conocía a su hermana.

—Shae nunca estará de acuerdo —bufó.

Lan se sacó un cigarrillo y le tendió el paquete a su hermano, que cogió uno, aunque no era su marca preferida.

—Tú y yo lo sabemos —dijo Lan—. No creo que sea el caso del abuelo. Siempre ha mimado a Shae, así que cree que lo obedecerá. Si no, nos avergonzará ante Ayt Yu y los Tanku. Pase lo que pase, la familia no va a ser la misma después de esto. —Ante el silencio de Hilo, Lan gruñó—. Así que por esto no he estado tan animado esta mañana. Y ahora me parece que también te la he echado a perder a ti, pero es culpa tuya por preguntar.

Hilo encendió el cigarrillo, pero no podía disfrutar el sabor.

—El viejo no ha contestado todavía a los Tanku, ¿no? Quizá puedas convencerlo de que cambie de idea.

—Quizá —dijo Lan, aunque no parecía muy esperanzado—. El abuelo se está volviendo más cabezota cuanto más mayor se hace. Sabes en qué posición estoy. En última instancia, la decisión es suya.

El dueño del restaurante se acercó a la mesa, se presentó como el señor Une y preguntó si pasaba algo insatisfactorio con la comida, ya que Lan no había probado gran cosa. Cuando le aseguraron que la comida había sido excelente, el hostelero los saludó con una profunda inclinación y dijo que le complacía servir a los nietos del pedestal y que esperaba que hicieran buenos comentarios sobre su humilde establecimiento a la Antorcha de Kekon.

Lan conversó con el señor Une con toda la solemnidad cortés que Hilo le había visto desarrollar en los últimos años, pero su sonrisa era tensa. El abuelo tenía setenta y seis años; era mucho mayor que Ayt Yugontin, pero, a pesar de estar educando a Lan para el liderazgo, aún no había anunciado su jubilación. Lan estaba en la delicada posición de «pedestal en espera». Por mucho que estuviera en desacuerdo con Kaul Sen, contradecirlo o desobedecerlo podría retrasar más todavía el momento en que lo nombrara pedestal.

Cuando el señor Une se marchó, Lan le dijo a Hilo:

—Ni una palabra a Shae, ¿entiendes? No quiero empezar una disputa entre ella y el abuelo si podemos evitarlo.

Dos años más tarde, Shae se las arreglaría por su cuenta para tener una disputa escandalosa con el abuelo, pero en aquel momento, ni Lan

ni Hilo sabían lo que estaba por llegar.

—Estoy confiando en ti, Hilo —dijo Lan—. Júrame que no dirás nada.

Hilo abrió mucho los ojos con expresión de inocencia y extendió las manos con alegre despreocupación.

—Por mi jade, hermano —dijo, aunque se preguntó si Lan se lo habría dicho a alguien más. Dudaba que su hermano confiara asuntos del clan a esa estirada esposa suya—. Además, no soy tan estúpido como para ser el portador de malas noticias. Si Shae se entera por mí, probablemente me tirará por el tejado.

Siguieron sentados en silencio unos minutos, acabándose los cigarrillos.

—Me alegro de ser solo un puño —dijo Hilo al cabo— y no tener que ocuparme de las mierdas políticas del clan.

Pero no dejó de pensar en lo que le había dicho su hermano. El abuelo era un viejo idiota, decidió, por intentar hacer retroceder el tiempo. Y además por una decisión que había tomado él, nada menos. La Sociedad de la Montaña se había dividido hacía una generación. Intentar unir Montaña y Sin Cumbre tenía tanto sentido como intentar recomponer un huevo roto. En vez de comportarse como un viejo señor de la guerra y organizar un matrimonio político para Shae, debería simplemente retirarse. Una vez que Lan estuviera a cargo del clan, podría nombrar a Hilo su cuerno y a Shae su hombre del tiempo. Los tres juntos serían más fuertes que los Tanku o cualquier otro sucesor potencial de Ayt Yu, en vez de enyuntarse con ellos como si fueran un tributario feudal. Cuanto antes fuera Lan el pedestal, mejor.

Cuanto más pensaba Hilo en el asunto, más enfadado estaba con sus mayores. Desde un punto de vista egoísta, también estaba preocupado por sus propias perspectivas. En opinión de todo el mundo era demasiado joven para ocupar la posición de cuerno hasta dentro de varios años. Cuando Lan fuera el pedestal, se esperaría de él que eligiera a un guerrero veterano para comandar el lado militar del clan; alguien con mucho jade y mucha experiencia.

Hilo no se podía permitir ascender poco a poco, esperando su turno. Era indudable que, aunque se jubilara, el abuelo seguiría teniendo voz en todo. Lan estaría rodeado de vejestorios. Hilo no podía estar seguro de tener influencia con su hermano mayor ni autoridad en el clan a menos que fuera el cuerno, ni tendría suficiente estatus en Sin Cumbre para hacer que todos aceptaran su relación con Wen.

Para gran satisfacción del señor Une, Hilo volvió dos días después para probar el menú de la cena. En aquella ocasión lo acompañaron

Maik Kehn y Maik Tar. Lan le había dicho que no hablara con Shae, pero Hilo decidió que podía debatir la situación de forma segura con sus dos compañeros puños más cercanos y dignos de confianza.

—Tengo que matar a Tanku Din —dijo después de que les llevaran los aperitivos.

Tar se detuvo, con una bola de calamar crujiente a medio camino de la boca.

—¿El hijo del cuerno de Montaña? ¿Un tío grande y malo con la nariz chata y un capazo de jade?

—Ese mismo —dijo Hilo—. Y tiene que ser pronto, y con una hoja limpia.

—Me alegro de haberte conocido, keke —dijo Tar—. Les pediré a los dioses que te reconozcan. —Cuando vio que Hilo estaba hablando completamente en serio, la sonrisa burlona de Tar desapareció—. Eres bueno, Hilo-jen, todos lo saben. Pero no eres Baijen redivivo. Tanku Din está por encima de nuestro nivel, al menos por ahora. —Tanku Din era un puño de primera categoría de Montaña. Los duelos entre huesos verdes enfrentaban habitualmente a guerreros de temple similar. Se consideraba de mala educación luchar con alguien que estuviera por debajo del nivel propio, y poco inteligente desafiar a alguien mucho más cargado de jade que uno mismo. Era posible vencer a alguien que tuviera una ventaja importante de jade, igual que era posible vencer contra un adversario el doble de grande. Posible, pero improbable.

—¿Que pique tienes con Tanku que no pueda esperar? —dijo Kehn.

—No es nada personal. Apenas lo conozco, ni me apetece demasiado. —Tanku Din tenía reputación de ser un luchador excelente y un puño organizado, pero también era un ser humano mezquino, que se enfadaba enseguida ante las críticas y que castigaba a los subordinados o abandonaba a los linternas por ofensas minúsculas.

Hilo explicó a los Maik la situación y el razonamiento que justificaba la necesidad de actuar con urgencia.

—El abuelo no puede casar a Shae con un cadáver —concluyó.

Kehn y Tar parecieron un poco sorprendidos, aunque no podían discutir aquella lógica. Kehn se frotó la nuca y dejó escapar un suspiro pensativo.

—Uno contra uno es demasiado arriesgado. Quizá podríamos acabar con él en una emboscada.

Hilo negó con la cabeza.

—No podemos dejar que nadie piense que Lan me susurró su

nombre. Lan tiene que estar a buenas con el abuelo hasta que el viejo se quite de en medio por fin. Así que esto tiene que parecer espontáneo. —Cuando los Maik cruzaron una mirada de indisimulado escepticismo, Hilo saltó—: No se os ocurra sentaros delante de mí con pinta de haberos rendido de inmediato. Pensad en la Carga de los Veinte. Mi propio padre encontró una manera de conseguir lo imposible, aun a costa de su vida, porque fallar no era una opción. Cuando algo tiene que hacerse, siempre hay una forma de hacerlo. —Aquello se iba a convertir en algo que repetiría a sus muchos puños en los años que vendrían.

El siguiente tercerdía por la tarde, Hilo y los hermanos Maik fueron a territorio de Montaña, al Ganso Negro, un bar de un barrio que sabían que estaba controlado por Tanku Din y sus dedos. Al entrar, Hilo entró en, dejó su espada luna envainada en una mesa y le dijo al camarero:

—Mis amigos y yo no hemos venido a causar problemas. Solo queremos tomar un par de copas.

Hilo y los Maik se sentaron y pidieron cerveza. Bebieron y charlaron y pidieron más cervezas, seguidas de una botella de hoji. Dos horas después, el camarero fue a la trastienda y llamó por teléfono a Tanku Din, que llegó al cabo de quince minutos para ver qué problema había con los huesos verdes de Sin Cumbre que no se marchaban de una propiedad de Montaña. Cuando llegó el puño de Montaña, a Hilo se le iluminó la cara y lo llamó con un gesto.

—¡Tanku-jen, ven a tomar una copa con nosotros!

Tanku miró los vasos de cerveza y de hoji vacíos que había en la mesa.

—Creo que ya has bebido bastante, Kaul. Te das cuenta de que estás en el Muñón, ¿no? Es hora de que te vayas a casa. —Posó la mano como quien no quiere la cosa en la empuñadura de su espada luna.

—Eso no es muy hospitalario; estamos en familia —respondió Hilo —. Porque te vas a casar con mi hermanita, ¿no? Vamos a ser cuñados, así que mi casa será tu casa, y tu casa… —Hizo un gesto abarcando el bar—… será mi casa.

Tanku parpadeó sorprendido; entonces apoyó las manos en la mesa y echó un vistazo a los Maik antes de volverse hacia Hilo.

—¿Cómo sabes eso? —dijo en voz baja.

—Tanku-jen, no sabes dónde te estás metiendo. Mi hermanita es una malcriada. Mi abuelo le dio la buena noticia, y ella me vino llorando y diciendo que no se quería casar con un bestia con cara de cerdo. —La idea de que Shae acudiera a él con un problema, y mucho

menos llorando, era tan graciosa que la sonrisa de Hilo al decirlo fue auténtica. Si Tanku tenía un sentido de Percepción especialmente bueno, quizá sintiera que Hilo le estaba contando una milonga, pero no importaba en realidad.

Tanku enrojeció ante el insulto. A pesar de todo, pareció reconsiderar su tono con Hilo. Empujó a un lado un montón de vasos vacíos para hacerse sitio en la mesa y se sentó. Ninguno de los Maik se movió para dejarle espacio. Kehn miró adormilado al recién llegado y frunció el ceño. Tar tenía la cabeza en la mesa, usando el brazo como almohada. Tanku arrugó la nariz.

—Mira, Kaul —dijo a Hilo—, no tenemos elección en este asunto, así que no empecemos con mal pie. Trataré bien a tu hermana. Tendrá dinero, una bonita casa, lo que quiera.

—Eso fue exactamente lo que le dije —exclamó Hilo con energía—. Y también le aseguré que no eras tan estúpido ni feo como dice la gente. No se quedó contenta, así que le prometí hablar contigo en persona para aclarar algunas cosas. —Vació de un trago el vaso de hoji y se inclinó hacia delante con un dedo alzado; se tomó un buen rato para organizar las ideas—. En primer lugar, de verdad me alegro de que vaya a ser tu problema y no el mío a partir de ahora. Pero si alguna vez le pegas, te mataré. Segundo: tus días de perseguir coños se han acabado. No quiero que mi hermanita pille alguna enfermedad asquerosa traída por tu polla viajera ni que la trates como a una de tus putas. Tercero… —Enfocó los ojos con esfuerzo y miró a Tanku a la cara, que estaba cada vez más roja de ira—. No me acuerdo de qué era lo tercero. En cualquier caso, esto era lo que tenía que decir. Brindemos por nuestra hermandad inminente, capullo. —Le quitó el vaso a Tar, y sirvió un trago de hoji a Tanku y luego otro para sí, derramando la mitad sobre la mesa pegajosa.

—Estás como una cuba —dijo Tanku con disgusto, levantándose—. Sal de aquí, y vuelve con tu oreja en una caja cuando estés sobrio. —Como nadie de la mesa se movió, agarró a Hilo por un brazo y empezó a arrastrarlo para obligarlo a levantarse. Hilo se soltó de un tirón.

—¡No me toques, joder! —gritó, los ojos inyectados en sangre, saliva salpicando de la boca—. Los Tanku erais unos follacabras sureños, ¿y ahora os creéis que estáis a la altura de los Kaul? ¿Crees que podéis mangonear a mi abuelo y sacarnos lo que queráis? No nos merecéis.

La docena de parroquianos del Ganso Negro habían estado mirando la mesa de los huesos verdes con nerviosismo, y en ese momento, muchos cogieron sus bebidas y su comida y se trasladaron a mesas más alejadas de la confrontación. El camarero carraspeó.

—Tanku-jen —dijo—. ¿Quieres que llame a alguien?

—No te molestes —respondió Tanku sin dar la vuelta. Era más alto y robusto que Hilo, y en ese momento se inclinaba sobre el joven puño como si estuviera a punto de echarle las manos al cuello—. Había oído que eras un cabrón temerario y arrogante, pero no esperaba que fueras tan patético. Creí que serías más como tu hermano, pero eres un cachorro idiota, y, por lo que sé, tu hermanita es una puta que corretea con extranjeros. Seguro que ningún otro hombre la querrá. Es tu familia la que no merece a la nuestra. Si no fuera por tu abuelo, no seríais ni basura.

Hilo se puso en pie tambaleándose.

—Tanku Din, te ofrezco una hoja limpia.

El puño de Montaña soltó un bufido de burla.

—No me bato en duelo con mocosos borrachos.

—Cobarde —escupió Hilo—. Bebemeados. Follaperros. Acepta mi hoja limpia o destrozaré este edificio, cachomarica. —Acercó la cara hasta casi tocar la de Tanku—. ¿Cuchillo o espada?

Vio cómo se tomaba la inevitable decisión. Los ojos de Tanku se oscurecieron con malicia. La densa aura de jade chirriaba con el ansia de mandar al hospital a ese odioso joven puño de Sin Cumbre.

—Espada —dijo—. Ahora mismo.

No era lo ideal. Hilo albergaba la esperanza de que fuera Tanku quien lanzara el desafío, de modo que él pudiera elegir el cuchillo garra. A pesar de su reputación de tener la piel fina, Tanku había resistido las pullas mejor de lo que Hilo había previsto.

Cogió la espada luna y dio una patada a las sillas de los Maik.

—Vamos —dijo—. Tengo un duelo. —Fue serpenteando hacia la puerta trasera y salió al callejón de la parte de atrás del Ganso Negro.

Tanku Din lo siguió, desenvainando su propia espada. No fue hasta entonces, a punto de enfrentarse a aquel hombre en combate, cuando Hilo pensó que realmente había una buena posibilidad de que acabara muerto o mutilado y le arrancaran el jade del cuerpo. Los duelos de hoja limpia eran impredecibles, e incluso si Tanku Din no tenía intención de matarlo, podía estar lo bastante furioso para hacerlo en el calor del momento. El puño de Montaña portaba el doble de jade que Hilo: una fila de piércings en el cartílago de las dos orejas y brazaletes cargados en las muñecas. Solo por la forma en que se movía y por la manera confiada en que empuñaba la espada luna, Hilo se daba cuenta de que era un adversario temible.

Hilo no había mencionado su plan demencial a nadie, aparte de Kehn y Tar. No habría servido de nada, pero en aquel momento lamentaba no haberle dicho algo a Wen antes de marcharse. Se

preguntó de repente si su padre les habría dicho algo a él, a Lan y a Shae antes de partir a luchar por última vez. Sacó la espada luna y se la mostró a los hermanos Maik, que escupieron en el metal para desearle suerte.

—Si muero, decidle a mi familia que luché bien —declaró ante Tanku y los parroquianos más atrevidos, que estaban observando desde la entrada del callejón.

Los combatientes se llevaron las espadas a la frente en saludo. Hilo atacó de inmediato, descargando con Ligereza un cegador huracán de tajos. Tanku los desvió hábilmente y contraatacó con golpes poderosos y precisos, sacudiendo el arma de Hilo con embates arrolladores. Hilo tardó tres segundos en reconocer a regañadientes que Tanku era más hábil que él con la espada luna. Eso no lo sorprendía, pero no por esperado era más fácil de aceptar, dadas las circunstancias.

Retrocedió tambaleándose, huyendo de la Fuerza del hombre; luego cambió de postura e intentó crear un espacio defensivo lanzando una Desviación rápida. Tanku retorció el cuerpo y disipó la energía con una Desviación cruzada perpendicular antes de que la onda de Hilo pudiera alejarse de su cuerpo la distancia de un brazo. Hilo concentró su energía del jade para volver a intentarlo, pero cuando la punta de su espada luna descendió, el arma de Tanku saltó hacia delante aprovechando la abertura momentánea y le hizo un corte en el brazo de la espada. Hilo se Aceró a tiempo de evitar un desgarrón horrible, pero dolió un montón.

—¿Dónde está ahora tu bocaza, Kaul? —preguntó Tanku con una mueca burlona.

Con un gruñido, Hilo cargó contra él con la furia de un toro, lanzando tajos y estocadas. Tanku mantuvo activado su Acero, flexionándose y cambiando de posición a cada ataque de su adversario. Cuando la energía de Hilo empezó a desvanecerse y le empezaron a temblar los brazos, Tanku estalló hacia delante y atravesó con facilidad sus defensas, le asestó un tajo en las costillas y le golpeó la cara con el pomo de la espada luna.

Hilo se tambaleó y cayó contra la pared, aún sujetando el arma, pero agarrándose el lado herido y parpadeando a través de las lágrimas de dolor mientras la sangre manaba de su nariz. Carraspeó y escupió.

—¡Hilo-jen! ¡Ríndete antes de que te haga daño de verdad! —gritó Kehn, de forma muy convincente.

—Haz caso a tu amigo, Kaul —sugirió Tanku, bajando la espada. La furia de su aura de jade estaba menguando con la satisfacción de ver tan maltrecho y sobrepasado a su arrogante adversario. La energía

de Tanku zumbaba con confianza y firmeza. Podía seguir luchando así para siempre.

Hilo inspiró una bocanada dolorida, al tiempo que hacía acopio de la energía del jade, y saltó con Ligereza hacia Tanku, que respondió con una Desviación que lo arrojó contra la pared de ladrillo. De algún modo, Hilo consiguió Acerarse contra el impacto y seguir sosteniendo el arma mientras caía al suelo del callejón.

—¿De verdad quieres que te mate? —preguntó Tanku.

Por la esquina de su visión borrosa, vio que Tar daba un paso alarmado antes de que Kehn lo detuviera. Hilo sacudió la cabeza como para quitarse las telarañas de los ojos. Había dicho a los Maik que no tenía ninguna rencilla personal con Tanku, pero ahora, al ver los desdeñosos pensamientos del hombre claramente escritos en su cara y en la postura relajada de sus hombros: «Eres un crío estúpido, un matón, eso es todo…», le resultó fácil invocar un verdadero sentimiento de odio.

Se puso en pie con esfuerzo y volvió a cargar como una mula testaruda. Tanku suspiró. Bloqueó el torpe tajo de arriba abajo de Hilo y quedaron abrazados, las espadas enganchadas. Hilo le escupió en la cara. El hombre se encogió, e Hilo, que a propósito no había empleado la Canalización ni una vez en todo el combate, le envió una lanza de energía destructora directa al esternón.

Lo repentino e inesperado del ataque y el poder que entrañaba cogieron a Tanku por sorpresa. Todo su Acero se agolpó en el pecho como una puerta que se cerrara de golpe, y, con precisión implacable y gélida, Hilo se agachó y le cortó la arteria femoral.

Tanku abrió los ojos con abyecto asombro cuando la sangre le corrió por la pierna y encharcó el asfalto. Sin ninguna lentitud ni vacilación, Hilo le agarró el pelo con la mano izquierda y tiró hacia abajo con toda su Fuerza. La garganta del hombre se encontró con el filo de la espada luna con un sonido horrible.

Durante unos segundos, después de que el cuerpo de Tanku hubiera caído al suelo, Hilo siguió inmóvil, jadeando, envuelto en una niebla de adrenalina, sin apenas poderse creer que lo hubiera conseguido. El pequeño grupo de espectadores del Ganso Negro contemplaba boquiabierto la escena. Hilo recuperó los sentidos. Alzó la espada luna y la limpió en la cara interior de la manga.

—Mi hoja está limpia.

Hoja limpia o no, tenía que volver a territorio Sin Cumbre cuanto antes. El camarero había entrado corriendo en el local, sin duda para alertar a otros miembros del clan Montaña, que llegarían en cuestión de minutos. Hilo no podía contar con mucha ayuda de los Maik. Los

dos estaban extremadamente borrachos; habían estado consumiendo subrepticiamente el alcohol de Hilo durante horas. Un chorro de zumo de limón había hecho que sus ojos quedaran inyectados de sangre, y el pimentón picante se había encargado de los sudores y el pulso acelerado, de modo que al enfrentarse al puño veterano parecería lo que se esperaba de él: un borracho descuidado, indigno de una lucha real.

Hilo recordó más tarde, como si fuera un sueño fragmentado, la recolección frenética del jade de Tanku, la carrera de los tres hasta el coche, la conducción desquiciada con una mano en el volante y la otra enjugándose las heridas con trozos de tela que Tar se arrancaba de la camisa y le tendía desde el asiento trasero. La cantidad de jade que reclamó Hilo aquel día lo convirtió en el puño joven más cargado de todo Yanlún.

Kaul Sen estuvo al borde de la apoplejía. Increpó a su nieto más joven por ser un lunático impulsivo e hizo que le dieran tal tunda que tuvo que guardar cama tres días. Pero incluso tumbado y magullado, Hilo estaba bastante satisfecho consigo mismo. Su abuelo podría azotarlo todo lo que quisiera, pero no podría seguir adelante con su plan; no podía devolverle la vida a Tanku Din.

El único problema, como Kehn le recordó sabiamente, fue que ahora había convertido en su enemigo mortal a Tanku Ushijan, padre del puño muerto y cuerno del clan Montaña. Por mucha hoja limpia que hubiera, no iba a perdonar el disimulado asesinato de su único hijo, y sin duda encontraría alguna justificación y los medios para matar a Hilo en el futuro.

Hilo se sintió secretamente aliviado año y medio después, cuando Ayt Yugontin murió de un infarto y su hija adoptiva, Ayt Madashi, sorprendió a todos matando inmediatamente a Tanku Ushijan y a sus puños más cercanos. Hilo no sabía mucho de Ayt Mada, pero le había hecho un gran favor sin darse cuenta al eliminar al hombre que temía que fuera su más consagrado enemigo.

Para entonces, la esposa de Kaul Sen había muerto, y Shae se había separado de la familia y había ido a Espenia. Pocos meses después, cansado y abatido, la Antorcha de Kekon se retiró al fin. Antes de un año, Lan nombró cuerno a su hermano menor. A sus veinticinco años, Hilo era el cuerno más joven que nadie recordara.

A veces, cuando se enfrentaba a decisiones difíciles, volvía la mirada a aquel duelo en el que había conseguido espectacularmente su jade y su reputación, y se recordaba que, muchas veces, la solución más obvia solo necesita la voluntad de realizar el acto más irracional concebible.

Los guardias huesos verdes del clan Montaña escoltaron a Hilo a través de las puertas delanteras de la mansión Ayt. Era un lugar que Hilo no había esperado visitar, y no pudo evitar mirar con curiosidad el amplio camino de entrada con el suelo de marquetería, las armas antiguas expuestas y el paisajismo. Era precisamente el tipo de residencia que esperaría de una magnate rica, poderosa, soltera y sin hijos: majestuosa y bien diseñada, con todo en el lugar adecuado, pero carente de calidez humana.

Los dos puños indicaron a Hilo que se detuviera en el vestíbulo. Allí esperó, y Percibió la aproximación de la odiada aura roja y densa. Otros dos hombres abrieron unas puertas correderas y Ayt Madashi entró desde el jardín. Las puertas se cerraron tras ella. Hilo miró a izquierda y derecha cuando otros dos huesos verdes salieron silenciosamente de los pasillos que se extendían a cada lado, elevando a seis el número total de guardaespaldas de Ayt.

—Un poco excesivo —comentó con ironía. Había ido completamente desarmado, sin espada, ni cuchillo ni pistola.

—En mi experiencia —replicó Ayt—, ninguna medida es excesiva cuando hay que tratar contigo, Kaul Hiloshudon. —Ayt era más paranoica que en el pasado. Hilo recordó que acostumbraba a andar por ahí sin guardaespaldas, como una declaración pública de confianza en sus propias habilidades del jade. Había dejado de hacerlo.

—Quiero hablar a solas —dijo Hilo—. De pedestal a pedestal. —Cuando Ayt lo miró con intensa incredulidad, abrió las manos—. No he venido en persona para suicidarme, y quiero que lo que voy a decir siga siendo privado.

La boca de Ayt se convirtió en una línea estrecha.

—Cualquiera habría pensado que algún día dejaría de sorprenderme tu arrogancia. —Se dirigió a sus puños—: Esperad fuera. —Con las auras de jade zumbando con desconfianza, los otros huesos verdes se retiraron a regañadientes, aunque Hilo no tuvo duda de que se quedarían rondando justo fuera de la vista y regresarían en menos de un segundo si Percibían agresividad por su parte.

El pedestal de Montaña cruzó los brazos, expectante. Llevaba un vestido de lana gris, y un largo pañuelo negro le cubría la cicatriz rugosa del cuello. Ayt nunca había ocultado la desfiguración de su oreja izquierda, producida en su duelo con Shae, pero desde el atentado de Yanlún había ocultado el recordatorio de cómo un segundo de descuido había estado a punto de acabar con su vida.

Hilo fue directo al grano.

—Shae es prisionera de los Faltas barukanos. Los capturaron a ella,

a mi esposa y a dos de mis puños en Ciudad de Leyolo.

Ayt no mostró sorpresa. Los clanes llevaban tanto tiempo vigilándose de cerca que, a esas alturas, Montaña sabía que algo iba mal en Sin Cumbre.

—No tengo nada que ver con ello —replicó Ayt—. Tu hombre del tiempo se arriesgó al ir a Shotar y enemistarse con los barukanos. ¿Qué esperabas? Aunque he oído que tu esposa ya ha vuelto a Yanlún, sana y salva. Debiste de pagar caro su regreso, pero no dudo de que te quedará más dinero y jade que ofrecer a Faltas para que libere a tu hombre del tiempo.

—Sus exigencias son un ardid. Dejaron libre a Wen para hacerme creer que eran sinceros, pero no lo son. Ya han matado a uno de mis puños. Cuando consigan lo que quieren, no tienen motivos para devolver a Shae con vida.

—Porque tú sin duda los masacrarás, al margen de que te la devuelvan o no —señaló Ayt—. No es que esté en desacuerdo. Yo haría lo mismo en tu situación.

Hilo avanzó lentamente hacia su vieja enemiga.

—No puedo evitar preguntarme —dijo con tono pensativo— por qué esos cerdos barukanos corren un riesgo tan grande. ¿Por qué no tienen miedo de lo que les voy a hacer? Deben de tener alguna razón para creer que estarán protegidos. Esa razón, Ayt-jen, tienes que ser tú.

—Ya te he dicho que no tengo nada que ver —dijo Ayt con impaciencia. Su mirada advirtió a Hilo de que se quedara donde estaba—. Puedes Percibir que no te miento.

—Puede que no lo hayas planeado ni ordenado —dijo Hilo, deteniéndose—, pero sigues siendo la razón. Los miembros de la banda Faltas trabajan para Matyos, tus aliados, pero supongo que están cansados de ser segundones y quieren ascender. Si le sacan a Shae información valiosa que beneficie a todos los barukanos, pueden contar con Matyos para mantenerse a salvo. —Hilo apretó los dientes, tensando la línea de la mandíbula—. Te mandarán la cabeza de Shae en una caja, esperando también tu aprobación y tu protección. Así que al final seguirás siendo la razón de que mi hermana esté muerta dentro de pocos días.

Ayt soltó una risa suave, como si hubiera resuelto un rompecabezas sencillo.

—Así que has venido a decirme que si tu hombre del tiempo muere a manos de unos barukanos oportunistas de ciudad de Leyolo, ¿me culparás y declararás la guerra a Montaña?

—No —dijo Hilo—. He venido a pedirte ayuda.

Por primera vez desde que Hilo tenía memoria, Ayt Mada quedó tan sorprendida que no respondió en el acto. Lo observó durante un buen rato.

—¿Por qué en la tierra y bajo el Cielo —preguntó, con el lento y deliberado rasguido de una hoja oxidada al desenvainarse— iba a ayudar al hombre que se quedó plantado cuando yo tenía una hoja clavada en el cuello, contemplando felizmente cómo me moría?

—Tú habrías estado encantada de hacer lo mismo si hubiera sido yo —dijo Hilo.

—Debería ordenar que te maten en el acto —declaró Ayt—. Cuando hayas muerto, los barukanos matarán a tu hermana y ese será el fin de los Kaul. El fin de esta guerra larga y odiosa entre los clanes, y Montaña tendrá la victoria.

—Puedes hacerlo —reconoció Hilo—. Al menos, puedes intentarlo. Aceptémoslo: ya no somos los guerreros que éramos, Ayt-jen, pero aún podemos ser huesos duros de roer. Estoy en tu casa, desarmado y rodeado de tus puños y dedos, así que no será una gran pelea, pero creo que aún podré hacer algo de daño en mi despedida. —La voz de Hilo no se elevó ni bajó, pero se endureció como una punta afilada—. Si no salgo de tu casa, mi primo Anden, que está esperando fuera en el coche, irá a las oficinas del *Diario de Yanlún*, se pondrá ante las cámaras de la RNK y explicará exactamente qué pasó el día del atentado de Yanlún. El país entero sabrá que Kaul Shaelinsan te salvó la vida cuando nadie más lo habría hecho, y que tú se lo has pagado asesinándome y dejándola morir en un país extranjero a manos de escoria barukana.

—Ah, sí; la prensa me criticará y me condenará —se burló Ayt—. Me llamarán cosas feas. Sufriré malas relaciones públicas una temporada. Todo eso ya lo he soportado antes, y es un precio pequeño por la inconmensurable satisfacción que me producirá tu muerte.

—¿Incluso ahora? —preguntó Hilo con suavidad—. ¿Cuándo la gente se puede volver hacia la familia Koben?

La expresión de Ayt perdió solo una brizna de su confianza burlona, pero su aura de jade se inflamó y se erizó, prueba de que Hilo había tocado una fibra sensible. En los círculos de huesos verdes era bien sabido que Ayt Mada y la familia de sus sobrino adoptivo no siempre estaban de acuerdo. En ese momento, la consejera Koben Tin Bett estaba copatrocinando en el Consejo Real un proyecto de ley que prohibiría cualquier futura inmigración shotariana, aunque el pedestal no había dicho nada para no perjudicar la alianza de Montaña con Matyos.

Los tiempos habían cambiado. Ayt Madashi pasaba de los sesenta y

ya no la consideraban indispensable para el clan Montaña. Con un hombre de treinta años fuerte y popular esperando para sucederla como pedestal, necesitaba la completa confianza del clan si quería seguir en el poder. Llegaría a compromisos que no habría considerado en un momento anterior de su reinado para conservar el liderazgo y retrasar el ascenso inevitable de su heredero.

«Igual que el abuelo», pensó Hilo.

En cualquier caso, Hilo podía leer los negros cálculos en los ojos de Ayt, unos cálculos que podía entender por completo: quizá valiera la pena correr cualquier riesgo para vencer al fin.

—Después de todos estos años —entonó Ayt con su habitual desprecio frio—, ¿hay algo que creas que no haré si tengo que hacerlo?

—No —respondió Hilo—. Medio esperaba que me mataras en cuanto cruzara la puerta. Pero no lo has hecho, lo que significa que mis sospechas eran correctas. —Su mirada era firme y sincera—. No eres una máquina, después de todo. Por mucho que te gustaría verme dar de comer a los gusanos, algo sentirías cuando los Faltas hubieran torturado a Shae hasta la muerte para sacarle información que venderte. No sé que clase de ser humano podría imaginar presentarse ante los dioses con eso en su alma, y todos somos humanos. Incluso tú.

Vio el casi imperceptible cambio en la postura de Ayt; un repentino envaramiento defensivo de los hombros y el cuello, una sombra de duda. Bajó la voz.

—Tienes muchos más hombres sobre el terreno en Shotar que yo. Tienes poder sobre Matyos. Puedes intervenir. Puedes condenar a Faltas. Si los hombres que raptaron a Shae se dan cuenta de que nadie los defenderá, de que les daremos caza como a animales, la situación se les pondrá muy diferente.

Con pasos largos, Ayt caminó hasta la ventana y contempló el jardín, con los sauces que colgaban sobre el parterre.

—No controlo a Matyos —dijo, dándole la espalda—. Me he aliado con ellos cuando era ventajoso, pero no son un clan. No son auténticos kekoneses. Son barukanos. Pueden decidir que les da igual que apruebe sus actos o no, y decidir alinearse con Faltas.

Hilo se le acercó hasta llegar al punto donde sus auras de jade se rozaban como losas de granito a lo largo de una línea de falla.

—La Ayt Madashi que conozco no acepta un no por respuesta. De nadie. Los que se interponen en su camino… —Hilo abrió las manos, señalándose—… tienen que estar listos para morir. Por eso eres la única persona del mundo que me puede ayudar ahora mismo. Los dioses siempre han tenido un sentido del humor enfermizo.

Ayt soltó una risa burlona y se tocó el pañuelo a la altura del cuello. Se volvió para mirarlo de frente.

—En eso, Kaul-jen, estamos completamente de acuerdo.

—Después de todos estos años —dijo Hilo, repitiendo las palabras de la propia Ayt—, ¿hay algo que creas que no haré si tengo que hacerlo? —Con la sombría dignidad de un hombre que sube al cadalso, Hilo se arrodilló delante de la adversaria a la que había intentado destruir durante décadas—. Ayúdame a encontrar a mi hermana y traerla con vida a Yanlún. Tu deuda quedará pagada: una vida por una vida. Cualquier cosa que ocurra entre tú y yo en el futuro, la consideraremos justa. Shotar será tuyo por completo. Retiraré a Sin Cumbre del país y se lo dejaré a Montaña mientras sea el pedestal. —Se llevó las manos unidas a la frente—. Te lo juro a ti, Ayt Madashi, pedestal de Montaña. Por mi honor, mi vida y mi jade.

Capítulo 48

Deudas y pérdidas

Los captores de Shae la sacaron de la bañera llena de jade y la dejaron en el suelo de linóleo del cuarto de baño. La superficie fría y suave bajo su mejilla era un alivio minúsculo y seductor; un cubo de hielo en un infierno. Una aguja se le clavó en la vena del brazo y, segundos después, la bendita salvación líquida se extendió por su cuerpo cuando el SN2 le alcanzó el cerebro. Nunca era suficiente, por supuesto: pequeñas dosis que reducían temporalmente lo peor del dolor físico, la mantenían lúcida e impedían que cayera de cabeza en la locura de la comezón. El jefe barukano que llevaba el colgante de la calavera verde se inclinó sobre ella y le quitó la mordaza que ahogaba sus gritos. Shae jamás había odiado tanto a alguien en el mundo. Ni siquiera a Ayt Mada, a Zapunyo, a nadie.

—Dame nombres —dijo el barukano—. Los nombres de tus ratas blancas.

—Ya te he dicho todo lo que sé —dijo con voz áspera. Incluso la lengua la sentía caliente e hinchada. Quería retorcerse en el suelo, clavarse las uñas en la cara, cualquier cosa que aliviara la sensación de calor que burbujeaba bajo la piel. Cuando estaba en la bañera, al menos tenía el delirio casi trascendente de la energía del jade. Tirada en el suelo y envuelta en cadenas, ni siquiera tenía fuerza para levantar la cabeza.

—Solo nos has mencionado a unos pocos policías y funcionarios que ya sabíamos que tenías en el bolsillo. Puedes hacerlo mucho mejor —dijo con pesar su atormentador.

Shae no respondió, y el barukano dejó escapar un suspiro y ordenó con un gesto a los hombres de los guantes que la metieran otra vez en

la bañera. Shae se retorció y jadeó.

—¡Espera, por favor! Te lo diré si le das un poco de shine a él. —Miró a Dudo. Estaba muriendo. Después de haber sufrido una herida en la cabeza, era imposible que fuera capaz de soportar aquel nivel letal de sobreexposición al jade. Cuando Shae estaba en la bañera, incluso a través de su dolor podía Percibir que el corazón de Dudo latía intermitentemente fuera de control y luego se ralentizaba de golpe hasta niveles peligrosamente bajos. La habían obligado a verlo gritar y patalear, vomitar y convulsionarse, pero cuando aquello cesó, se quedó mortalmente inmóvil, sin respirar apenas.

—El cabrón le rompió el cuello a mi amigo. —El jefe barukano lo pinchó experimentalmente con el dedo. El puño no se movió en absoluto—. Si quieres que gaste mi carísimo shine con él, tendrás que darme algo que realmente tenga valor.

Iban a morir de todas formas. Shae tenía en las manos la sangre de tantos que ¿qué importaban unos pocos más?

—El segundo capitán de Matyos… —empezó.

—¿Hannito? —exclamó otro hombre—. No me lo creo.

—No. Su hermano pequeño, el repartidor.

Alguien soltó una maldición.

—Ese cabrón es hombre muerto.

El jefe barukano se inclinó hacia ella con avidez.

—¿Es verdad? ¿Quién más?

—Sabes que no miento —dijo Shae con voz ronca—. Dale el shine a Dudo.

El jefe barukano miró a su subordinado y se encogió de hombros, como diciendo: «¿Por qué no? ¿Va a morir de todas formas». El segundo al mando cogió una jeringa y vació el contenido en el brazo del puño. Shae no tenía ni idea de si estaba más allá de cualquier ayuda a esas alturas, pero imaginó que como mínimo aliviaría su sufrimiento. Pocos segundos después de que el shine entrara en su torrente sanguíneo, Dudo se sacudió y empezó a respirar con un ritmo más estable; una señal de vida, al menos.

—Más nombres —exigió el barukano.

Shae le entregó a otra rata blanca, la mujer de un jefe de banda, y ni siquiera pudo reunir la voluntad para preguntarse qué le pasaría. Pero al ver que no añadía más nombres, la volvieron a meter en la bañera. Al cabo de un rato volvieron a sacarla, le dieron otra dosis de SN2 y le hicieron más preguntas. El proceso adquirió cierta predicibilidad familiar. ¿Con qué lentitud podría darles información a cambio de suficiente shine para seguir cuerda y viva?

Cada vez que entraba en la bañera quería rendirse. Se estaba

ahogando en energía de jade de la misma forma que alguien se ahogaría en su propia sangre. Era imposible describir la sensación. Cada partícula de su ser ardía, y la única manera en que su sistema nervioso podía interpretar la sensación era con comezón. Comezón en la planta de los pies y en la palma de las manos, comezón en la cara interior de los muslos y por todo el cuero cabelludo, comezón dentro de la boca y en los globos oculares. Comprendió ahora por qué la enfermedad volvía loca a las personas, por qué se mutilaban y se arrojaban al mar. Shae olvidó quién era y solo quería morir.

Pero cuando le daban el shine volvía a su ser lo suficiente para pensar: «Tengo que ganar tiempo para Hilo». Hilo la encontraría. No se dejaría engañar por las trampas barukanas. Si había algo en lo que tuviera fe, aparte de los dioses, era en la sed de venganza y la astucia de su hermano. De modo que cada momento que estaba suficientemente lúcida para pensar, rogaba silenciosa y fervientemente: «Yatto, Padre de Todos, ayúdame, ayuda a mi hermano».

Tenía que vivir. No dejaría que Woon criara a Tia solo. Se negaba a fallar a su dulce hija de la forma en que muchos padres huesos verdes fallaban a sus hijos, de la forma en que su padre le había fallado a ella antes de que naciera, de la forma en que Lan había fallado a Niko y la madre de Anden había fallado a este: muriendo. Ahogándose en sangre y jade.

—¿Qué es el acuerdo de Euman? Háblanos del acuerdo de Euman.

Aquello era nuevo. No había oído antes esa pregunta, al menos creía que no, aunque cada vez era más y más difícil recordar. La llevaron a la sala en algún momento y la dejaron en un sillón, con las extremidades aún atadas con fuerza. Debía de ser de noche; ningún resplandor se insinuaba tras las ventanas cubiertas. Las caras que tenía delante nadaban en su visión deformada. Las bocas en movimiento parecían estirarse a cámara lenta, como las de demonios sonrientes, y se fundían como cera caliente, grotescas y abstractas. Alguien le dio una bofetada. La cabeza le cayó hacia atrás y la lengua le asomó entre los labios.

—Dadle un poco más —dijo el jefe barukano. Más shine. Diez años antes habría sido imposible hacer algo así sin matarla. Gracias a los adelantos médicos espenios era mucho más difícil morir de una sobredosis de SN2. Shae pensó que era algo terriblemente divertido y se echó a reír de forma incontrolable.

—Puta loca —gruñó el barukano. Le tiraron agua encima, y cuando dejó de farfullar, el hombre repitió—: El acuerdo de Euman. ¿Qué es? ¿Cuál es el gran plan de Montaña? Sabemos que están

involucrando a Matyos de algún modo.

—No tengo ni idea de eso —dijo Shae arrastrando las palabras. Una pequeña parte de su cerebro que aún funcionaba se agitó débilmente. ¿De qué estaban hablando?

—Matyos está moviendo dinero para Montaña —dijo el jefe barukano despacio pero con impaciencia, como si fuera imbécil—. ¿Qué consigue a cambio? Eres el puto hombre del tiempo de Sin Cumbre. Sabes qué trama Ayt, ¿no?

¿Sabía? Sabía… Sabía que lo que estaban diciendo tenía algo que ver con… ¿con qué? Con algo que alguna vez había parecido claro e importante, pero que en aquel momento le era imposible alcanzar.

—No lo sé. —Se le saltaron las lágrimas y empezaron a correrle por la cara. Estaba tan cansada…—. No lo sé. No lo sé. ¡No lo sé, joder!

—Echadla a la bañera —dijo el barukano con cansada irritación.

Unas manos empezaron a levantarla y los últimos restos de voluntad de Shae se desenrollaron tan rápido como un hilo en un huso.

—No —sollozó—. No no no no no no…

Un teléfono sonó en algún lugar de la casa.

En una habitación del tercer piso de un edificio de viviendas del otro lado de la calle, a cuatrocientos metros, Vin Solunu montó su fusil de francotirador Fullerton TAC-50 a buena distancia de la ventana abierta y cerró los ojos mientras ajustaba la mira. Las ventanas de la casa a la que apuntaba estaban completamente tapadas. De vez en cuando, alguien se asomaba por las rendijas de las persianas de una de ellas. Todas las demás estaban cubiertas con plástico negro. A aquella distancia, Vin estaba en el extremo de su rango de Percepción, lo que significaba que nadie podría Percibirlo a él desde dentro de la casa. Pero nunca había realizado un disparo de Percepción desde tan lejos, y había mucho en juego.

La voz de Lott sonó en sus auriculares.

—¿Qué está pasando en la casa, Vin? —El cuerno esperaba en un vehículo, abajo en la calle, con varios puños más, listos para atacar amparados por la oscuridad.

—Hay seis personas ahora mismo —dijo Vin por el micrófono—. Dos no se mueven. Creo que las otras cuatro son las alimañas barukanas que estamos buscando, además de los otros tres que están montando guardia fuera de la casa.

Vin oyó que el huesos verdes de Montaña que estaba con él en el apartamento murmuraba: «¿De verdad puede Percibir desde tan lejos? Yo no Percibo una mierda», y Kenjo respondía: «Cállate, deja que se

concentre». A Vin lo ponía un poco nervioso que uno de los dos hombres que lo cubrían, cuyo nombre ni siquiera conocía, fuera miembro del clan Montaña, pero aquello no era ni de lejos lo más enervante de la situación.

El pedestal había cerrado un trato con Ayt Mada, que a cambio había llegado a un acuerdo con los barukanos Matyos para traicionar a los secuestradores de la banda Faltas. En muy poco tiempo, Matyos había proporcionado una lista de todos los pisos francos conocidos de Faltas en Ciudad de Leyolo que estaban a una hora en coche del punto en el que habían secuestrado a Shae y Wen. Cuando el avión privado que llevaba al cuerno y a una docena cuidadosamente escogida de huesos verdes de Sin Cumbre aterrizó en Ciudad de Leyolo, la información los estaba esperando junto a un contingente de huesos verdes de Montaña a los que habían encargado ayudar en la búsqueda.

Se realizó una ronda de reconocimiento en las siete direcciones, pasando en coche a una distancia prudencial. Vin dudaba que algún barukano kekoshotariano estuviera entrenado para Percibir más lejos que la longitud de un campo de balón relevo, pero sin duda tendrían centinelas patrullando la posición. Tato, cuyo talento de Percepción solo era superado por el de Vin, creyó sentir al hombre del tiempo en una de las casas. Vin confirmó que sentía el aura de Shae, aunque llameaba de forma errática y no podía estar absolutamente seguro de que fuera ella. Tomaron fotografías a distancia del edificio y las imágenes se enviaron por fax a Yanlún. Wen no había visto el exterior, pero podía describir el tamaño y la distribución de la planta principal basándose en lo que recordaba. Encajaba con la forma de la casa en la que Vin se estaba concentrando en ese momento.

Todas las pruebas le decían que habían dado con el lugar correcto. Con los ojos cerrados y el dedo en el gatillo, respirando de una forma tan ligera y regular como le era posible, pudo sentir las diferentes auras de jade del interior. Vibraban con emociones fuertes: miedo, dolor, ira, ansiedad. Desde aquella distancia eran como luces coloreadas que bailaban en su Percepción. Por suerte, las paredes eran de cartón yeso, no de ladrillo u hormigón, pero no tenía forma de saber lo gruesas que eran las ventanas, ni si había muebles que pudieran detener una bala o cambiar su trayectoria. En condiciones idóneas, su blanco estaría directamente delante de una pared o una ventana. Y la sincronización de toda la operación tenía que ser perfecta. En cuanto efectuara el primer disparo, los hombres de dentro de la casa sabrían que los habían encontrado, y matarían a los prisioneros a menos que Lott y los otros huesos verdes del coche llegaran en segundos.

Las manos de Vin estaban firmes, pero le corrían gotas de sudor por la frente y los párpados cerrados. Se cerró a la energía de todos los seres vivos que lo rodeaban y aguzó su Percepción hasta que pareció estirar sus sentidos por un túnel larguísimo. «No la cagues».

Por el auricular, la voz del cuerno habló a todos.

—Nos movemos en cuanto diga Vin.

—Algo ha cambiado —susurró Vin. En aquel momento, una de las auras de jade era tan débil que estaba seguro de que su dueño estaba al borde de la muerte. Otra no estaba mucho mejor; parpadeaba como la luz de una bombilla estropeada. Las otras cuatro, sin embargo, que habían estado vibrando con un estrés inusual, ahora llameaban con agitación y hostilidad extremas. La gente se movía, entrando y saliendo de la estrecha línea de fuego de Vin. El puño apuntó al aura de jade más fuerte y energética que pudo Percibir. Mientras posaba el dedo en el gatillo, sintió que la energía de su blanco se tornaba mortalmente oscura.

—¡Ahora! —siseó por la radio. Exhaló, contuvo la respiración y disparó.

Cuando sonó el teléfono, los barukanos se sobresaltaron. Cruzaron miradas como preguntándose quién esperaba una llamada.

—Qué cojones… —El hombre del aro de jade en la nariz fue a otra habitación a responder.

Los demás esperaron. Dejaron a Shae desmadejada y jadeante en la silla de la sala donde la habían estado interrogando. Tras colgar el teléfono, el hombre volvió muy pálido

—Era Choyulo —dijo aturdido—. Dice que Matyos nos ha traicionado. Dice que soltemos a estos huesos verdes y nos larguemos.

Se produjo un silencio de estupefacción. Entonces el jefe estalló.

—¿Se cree que esto es un puto videojuego? ¿Que podemos pulsar «Borrar» y volver a empezar? Choyulo dijo que Matyos nos respaldaría si los de Yanlún venían a por nosotros, ¿y ahora dice que nos van a joder? ¿Después de que hayamos perdido a cuatro hombres? ¿Qué cojones…?

El barukano empezó a soltar una diatriba puntuada con gritos y maldiciones en shotariano. Shae se esforzó por comprender qué estaba pasando.

—Si Matyos nos ha vendido a Sin Cumbre, estamos más que muertos. —El joven del tatuaje en el cuello tragó saliva ruidosamente —. Será mejor que hagamos lo que dice Choyulo.

—Que le den a Choyulo —gritó el jefe, con la mirada desquiciada —. ¡Y que les den a los de Matyos! Estoy harto de estar por debajo de esos maricas urtokos. Ninguno de ellos podría haber hecho esto.

Cuando sepan la información que tenemos, estarán locos si no nos respaldan. Y si hace falta, iremos directos a Ayt Mada y a Montaña.

—¿Y si Ayt está en el ajo? ¿Y si nos entrega a los Kaul? —murmuró el hombre del aro en la nariz, mirando frenéticamente a su alrededor.

—No hará eso; odia a los Kaul. —El jefe barukano fue hasta la ventana cerrada y bajó uno de los listones de aluminio, creando una rendija por la que observó con los ojos entrecerrados las calles vacías e iluminadas por la luna. Tras comprobar que todos los centinelas estaban en posición, se volvió hacia sus hombres con una mirada terrible—. Estamos juntos en esto, así que no quiero que se acojone nadie, ¿me oís? Recoged el jade y matad al tipo de la bañera si aún no ha muerto. Primero saldremos de la ciudad. Luego haremos un trato con Matyos.

—¿Y esa? —preguntó el joven del tatuaje, mirando a Shae.

El jefe la miró. Shae vio los cálculos implacables realizados en pocos segundos. No podía esperar piedad, ni siquiera si la dejaba marchar. Ahora era más un lastre que un activo y solo los retrasaría.

—No hemos sacado todo lo que queríamos de esta zorra, pero hemos sacado suficiente —decidió, y desenfundó un cuchillo para degollarla.

El cuerpo de Shae pareció moverse como si tuviera voluntad propia. En un reflejo instintivo final por la supervivencia, se lanzó hacia delante como un pez que se sacudiera en la cubierta de un barco intentando alcanzar el agua y la minúscula oportunidad de sobrevivir. Cayó al suelo, consciente de que su último impulso de desafío era inútil, una simple respuesta de un animal atrapado. Se retorció hasta quedar de lado y miró con odio mudo. El hombre del cuchillo soltó una risilla al verla agitarse y dio un paso hacia ella… y entonces se sacudió y dio otro paso tambaleante, como si le hubieran dado un puñetazo en la espalda. El cuchillo resbaló de los dedos y cayó a la moqueta. Shae siguió el movimiento de la mano vacía que se alzaba vacilante hacia el pecho, y vio las dos heridas de salida de las balas que habían atravesado el cuerpo, un par de flores oscuras en la pechera de la camiseta negra.

Los otros Faltas miraron con incredulidad mientras el cuerpo de su jefe golpeaba el suelo con un ruido sordo. Entonces estalló el pánico; sacaron pistolas y apuntaron a la ventana rota mientras se escondían tras los muebles y se apretaban contra las paredes.

—¡Han pegado un tiro a Batiyo! —gritó alguien—. ¿Cómo cojones le han dado? Las persianas y las láminas de plástico negro jugaban ahora en su contra, ocultando a los atacantes.

—Mirad por la ventana —ordenó el hombre del aro en la nariz.

—Mira tú —siseó otro, pero avanzó pegado a la pared hacia el cristal. Otros dos disparos atravesaron la fachada. Todos se agacharon mientras el hombre caía al suelo gritando, agarrándose un hombro.

Las puertas delantera y trasera de la casa se abrieron de golpe, con un ruido tremendo cuando las arrancaron de los goznes. Las ventanas más grandes se rompieron hacia dentro con la fuerza de los cuerpos Acerados. Se produjo una erupción de disparos cuando los Faltas descargaron las pistolas contra los huesos verdes que cargaban dentro de la casa sin la menor pretensión de mesura. Alrededor de Shae, todo estalló en ensordecedora violencia.

Parpadeó ante el caos como si aquello estuviera sucediendo en un sueño. El joven gánster del tatuaje en el cuello intentó agarrarla, para usarla como escudo para salvarse. Cogió las cuerdas que la ataban y empezó a arrastrarla por el suelo hacia sí, apuntando con la pistola y gritando por encima del tumulto: «Atrás o la mato, juro que la…».

Shae se retorció frenéticamente y golpeó al joven en la espinilla con una patada descontrolada que lo hizo gritar de dolor. Perdió el agarre un instante y fue a sujetarla otra vez, pero la mano que empuñaba la pistola se desprendió del brazo y mano y arma salieron volando dando vueltas. La espada luna que la había cortado destelló otra vez y se hundió entre el cuello y el hombro del joven, abriéndole el torso con un limpio corte diagonal. Shae emitió un ruido ahogado cuando un chorro de sangre le regó el pelo.

Un último disparo reverberó en algún otro lugar de la casa, y la pelea terminó abruptamente. Sobre Shae apareció la cara de Lott Jin, respirando con fuerza. Llevaba un chaleco antibalas y su espada luna estaba cubierta de sangre brillante. El sudor le aplastaba el pelo contra la frente. El cuerno cayó de rodillas y rompió el candado que sujetaba las ataduras.

—Shae-jen —dijo con voz ronca mientras desenrollaba las cadenas —. Gracias a los dioses en el Cielo.

A Shae se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a Lott. Con brazos débiles intentó incorporarse, pero no lo consiguió; todo el cuerpo le temblaba con un alivio violento.

—¿Están muertos? —preguntó—. ¿Todos? —Estaba pensando en la seguridad de las ratas blancas cuyos nombres había entregado.

—Todos, Shae-jen —aseguró Lott—. Pillaremos a todos los responsables.

Dos huesos verdes a los que Shae no reconoció se unieron a Lott y lo ayudaron a cortar las cuerdas de las magulladas muñecas, y luego de los brazos y las piernas. Acercaron una camilla y la colocaron en ella con cuidado. Shae estaba demasiado débil para protestar por el

amable tratamiento mientras la sacaban de la casa que había sido su prisión durante días. Jadeó al recibir el golpe del aire frío y al ver a tantos huesos verdes atareados bajo las luces anaranjadas de la calle. ¿De dónde había salido toda esa gente? Conocía a algunos, pero otras caras no le eran familiares.

—Kaul-jen —dijo uno de los desconocidos, inclinando la cabeza y tocándose la frente mientras la ayudaba a entrar en la parte de atrás de un coche—. Ayt Madashi te envía sus saludos.

Un mes después de la ordalía, Shae seguía siendo incapaz de portar jade. Semanas de tratamiento con dosis elevadas de SN2 de uso médico le habían curado la comezón, pero la primera vez que Woon la rodeó con los brazos, se encogió por la mera cercanía de su jade. Anden le aseguró que todas las pruebas demostraban que se había recuperado físicamente, pero le dijo, con lágrimas en los ojos, que era posible que su cuerpo no volviera a tolerar llevar el verde como antes. Al ser el único miembro de la familia que sabía mejor que nadie lo que era haber sufrido sobreexposición al jade, le explicó que no era una cuestión fisiológica, sino psicológica. Shae sabía que tenía razón. Sospechaba que iba a tener pesadillas durante años.

Se recordó lo afortunada que había sido en comparación. Tako estaba enterrado en el Parque de la Viuda. Dudo había sobrevivido milagrosamente, contra toda probabilidad, pero sufría daños profundos; era muy probable que necesitara medicación antipsicótica y terapia durante años, quizá durante el resto de su vida, y jamás volvería a portar jade. Wen visitaba al desdichado y a su familia todas las semanas.

La incursión de Sin Cumbre en Shotar había sido un desastre, un año de trabajo perdido en el transcurso de tres días. No obstante, sacaron unas pequeñas satisfacciones finales. Con el apoyo de Montaña, los puños de Sin Cumbre se quedaron dos semanas más en Ciudad de Leyolo, el tiempo suficiente para encontrar y matar a otros treinta y dos miembros de Faltas, barriendo así la cúpula entera de la segunda banda barukana más importante con una ola de violencia sin paliativos que la policía pasó por alto calificándola como un estallido de conflictos violentos entre bandas. Poco después, Wen recibió aviso de que Diamond Light Motion Pictures había aceptado liberar a Danny Sinjo de su contrato para que pudiera protagonizar *Negro y verde*, la película que sería el estandarte internacional de Cinema Shore.

Una noche, después de la puesta de sol, Shae estaba sentada con Hilo en el patio de la hacienda Kaul.

—¿Has oído hablar del acuerdo de Euman? —preguntó de repente. Hilo negó con la cabeza.

—¿Qué es?

Shae frunció el ceño.

—Algo que he oído. Quizá nada. No lo sé aún. —Sin sus sentidos de jade, el jardín parecía curiosamente menguado, como un cuadro desvaído, y le resultaba extraño estar cerca de Hilo sin poder Percibir su aura. Estudió su cara y se preguntó si sería aún más extraño para él verla otra vez, después de tantos años, sin ningún jade en absoluto. Por primera vez se fijó en que el pelo de su hermano tenía hebras plateadas.

—¿Qué le prometió Ayt a Matyos para conseguir su colaboración? —preguntó.

—Se cargó el proyecto de ley de prohibición de la inmigración. —Hilo puso los pies en una silla vacía—. Ordenó a los lealistas de Montaña del Consejo Real que se aseguraran de que se rechazaba.

Shae asintió. Que aquella ley no saliera adelante garantizaba que la frontera entre Kekon y Shotar seguiría siendo porosa. Los barukanos podrían seguir viajando libremente entre los dos países y mandar a sus parientes a Kekon para que trabajaran legal o ilegalmente. Aquello era algo que Matyos valoraría por encima de cualquier alianza con la banda Faltas.

—Los Koben tienen que estar que muerden. La consejera Koben Tin Bett era una de las defensoras más directas de la visión ampliamente popular de que los refugiados de Urtoko habían causado un aumento de los delitos en Kekon y los inmigrantes barukanos socavaban los valores tradicionales de los huesos verdes. Ahora, su propio pedestal había desbaratado la ley que estaba proponiendo en el Consejo Real. Shae se alegró de que la medida aislacionista hubiera fracasado, pero al ver que habían puesto a la vieja arpía en su sitio de una forma tan tajante, no pudo evitar sentir un poco de lástima por ella.

—¿Qué pueden hacer los Koben? —dijo Hilo, encogiéndose de hombros—. Mientras su chico sea un «pedestal en espera» no se pueden permitir ponerse muy a malas con Ayt. Pasaba lo mismo con Lan y el abuelo. Tú no los viste tan de cerca como yo. —Shae esperaba una mirada de reproche, pero no llegó. Hilo tenía la mirada perdida en la lejanía—. Ayt puede controlar a los Koben mientras tenga otras alternativas. Estoy seguro de que la familia Iwe no ha perdido la esperanza de que el liderazgo pase al hombre del tiempo.

—Ayt Mada no se retirará por las buenas.

—No —coincidió Hilo, volviendo lentamente los ojos hacia ella—. En conjunto, no creo que le disguste la forma en que han salido las cosas. —La alianza con Matyos renovada, los Koben atados corto otra vez, el mercado shotariano bajo control exclusivo de Montaña.

Y la deuda de Ayt con la familia Kaul estaba saldada. Shae conocía el precio que su hermano había tenido que pagar en su alma para salvarle la vida. Jamás había dudado de la capacidad de Hilo para tomar vidas o dar la suya propia por el clan. Pero no se habría imaginado que se arrodillaría para rogar la ayuda de su peor enemigo. En su mente, habría sido una traición a todos los puños y dedos que habían luchado por él y entregado la vida bajo su liderazgo. Shae pensó en decir algo, expresar un reconocimiento de lo que había hecho, pero la idea de transmitirle con palabras esos sentimientos parecía trivial, distante, incluso insultante. Siguieron sentados en silencio.

—¿Qué harás si no puedes volver a portar jade? —preguntó Hilo al cabo de un rato.

Shae se tocó las muñecas desnudas, no muy segura de cómo contestar. Pensó en Tia, dormida en la cama, y en la alegría sencilla y profunda que existía en ver la cara de su hija y abrazarla con fuerza. Al haber estado a punto de verse privada de eso, no podía sentir demasiada pena por la pérdida del jade. Durante su vida había ganado verde suficiente, lo había tomado, reclamado, perdido en combate. El jade era su armadura y su arma, pero no era parte de ella, como sí era parte de Hilo. Echaba de menos sus habilidades, pero no se sentía vacía, ni menos persona de lo que se habría sentido si hubiera perdido un brazo, una pierna o un ojo.

Pensó que era extraño: los huesos verdes reverenciaban el jade, pero no eran las gemas en sí lo que eran digno de reverencia. El jade tenía significado debido al tipo de persona que había que ser para portarlo. El jade era la prueba visible de que alguien había dedicado su vida a la disciplina de ejercer el poder, a los peligros y costes de ser huesos verdes.

Ella había dejado de necesitar esa prueba. Había superado el apremio de portar su verde como una codiciada señal de estatus y credibilidad, una señal que declaraba ante todos que era igual a sus hermanos y digna de ser una Kaul. Los veinte años que había pasado en la calle del Barco lo declaraban por ella. Ahora tenía trabajo que hacer, tenía que reconstruir desde las pérdidas, guiar al clan y al país hacia el crecimiento y el progreso, mantenerlos a salvo de las amenazas extranjeras y también de los peligros de sus propios impulsos nocivos.

—¿Qué haré? —dijo en voz baja, volviéndose hacia su hermano y llevándose las manos a la frente en saludo al pedestal—. Mi trabajo. Como hombre del tiempo de Sin Cumbre.

Capítulo 49

La posición del príncipe

Año vigesimosegundo, duodécimo mes

En el cumpleaños de Ru, su amigo Dano lo invitó a una fiesta en el distrito Cabeza de Perro.

—Es en un local llamado Kaki, y va a haber un montón de gente —dijo a Ru mientras iban a clase—. Deberías venir. Esos tipos que conozco tienen muchas ganas de verte.

—¿De verdad? —Ru no estaba acostumbrado a llamar la atención, pero supuso que, con Niko y Jaya ausentes de Yanlún, era el único de los jóvenes Kaul en quien fijarse.

—¡Claro! —insistió Dano—. Y de todas formas, keke, podrías soltarte un poco.

Ru supuso que su amigo tenía razón. Los exámenes parciales estaban a la vuelta de la esquina y había pasado semanas estudiando hasta bien entrada la noche para ponerse al día. Las clases de tercer curso eran más difíciles y durante el año anterior había habido mucho estrés en su vida. El terrible secuestro de su madre y su tía le habían hecho perder muchas clases justo al principio del año académico. Aquel verano, el tifón Kitt, el peor que había golpeado la región oriental del Amárico en los treinta últimos años, había castigado Yanlún tres días seguidos, causando daños enormes. El campus Real Jan había estado cerrado una semana, e incluso después de que lo reabrieran, Ru había pasado mucho tiempo fuera de clase, ayudando al clan Sin Cumbre en las tareas de limpieza y asistencia. El último problema era que Koko, su anciano perro, se había quedado sordo y ciego, y el mes anterior habían tenido que extraerle varias muelas que le causaban dificultades para comer. Ru intentaba ir a verlo todos los

fines de semana.

Por encima de todo, Ru tenía un conflicto sobre qué hacer cuando se graduara el año siguiente. Había decidido estudiar política pública. El tiempo que había vivido en el campus, lejos del clan y conociendo a otros estudiantes pertenecientes a la Asociación Benéfica de No Reactivos al Jade, había cimentado su consciencia de que había nacido como el ojos de piedra más afortunado del país. A veces se sentía una paradoja ambulante: poseía todos los privilegios de ser el hijo de una familia huesos verdes gobernante a pesar de su defecto, y sufría muy pocas de las indignidades que experimentaban otros no reactivos, sobre todo los abukei. Le parecía de justicia plantearse cómo usar su posición para ayudar a otros.

Ru pensó que podría trabajar en una organización sin ánimo de lucro, con el objetivo de implicarse en política, pero no estaba seguro de que su padre lo fuera a aprobar. Cuando estaba de buen humor, el pedestal se mostraba receptivo a las ideas de Ru, pero otras veces contestaba con impaciencia: «Eres demasiado idealista, hijo. Sin Cumbre es un clan de huesos verdes, no una casa de caridad». Tras la desastrosa pérdida de la oficina de Shotar, la necesidad más apremiante estaba en el lado de negocios del clan. La mejor forma de que Ru contribuyera sería trabajar para su tía Shae después de graduarse. El hombre del tiempo ya había dejado caer que le encantaría tenerlo en la calle del Barco, y su madre le había recordado con seriedad: «Tienes que poner primero a la familia, antes de pensar en ayudar a desconocidos».

Ru decidió seguir la sugerencia de Dano y relajarse un poco. El Kaki estaba en territorio de Montaña y eso le hizo detenerse un momento, pero ya tenía veintiún años y no iba a informar a sus padres de cada riesgo minúsculo que corría al cruzar las fronteras de los distritos como cualquier adulto normal. Cuando llegó a la dirección que le había dado Dano, subió a la planta alta y descubrió que el salón era un antro con escasa iluminación, bancos rojos alrededor de una pequeña pista de baile, mesas de madera llenas de arañazos y una barra de bar negra con lucecitas colgadas tras un enchapado de espejos.

Dano lo llevó emocionado a conocer al hombre delgado y de cara afilada que trabajaba tras la barra.

—Tadino no me creía cuando le dije que te conocía. —Dio unos golpecitos en la barra del bar—. ¡Paga la apuesta, keke!

El hombre llamado Tadino se inclinó hacia él.

—¿De verdad eres Kaul Rulinshin? —Tenía acento… ¿shotariano? y, para sorpresa de Ru, la cicatriz de una quemadura circular en la

mejilla izquierda.

Ru sacó el carnet y se lo enseñó. El hombre se echó a reír.

—¡La leche! Vale, Dano, te pagaré en consumiciones. —Sirvió a cada uno un generoso vaso de hoji y se tocó la frente saludando a Ru. Cuando sonreía, la cicatriz se estiraba y tensaba el rabillo del ojo—. Siempre quise conocer a un Kaul en persona. Se podría decir que soy un poco adicto a las revistas de cotilleos de los clanes.

El comentario hizo que a Ru le disgustara aquel hombre. Las revistas baratas que publicaban cotilleos y fotos de los clanes de huesos verdes habían tratado mal a Niko. Aunque, para ser justos, trataban mal a todo el mundo, incluso a Ayt Ato. Los fotógrafos habían visto su equipo destrozado, sus coches incendiados e incluso sus huesos rotos por miembros de los clanes enfadados, pero al parecer les pagaban bastante bien para que continuaran con su actividad. Tadino se percató de la mueca de Ru. Dio un toque a otro hombre sentado al a barra, un tipo pálido y taciturno con la cara torcida que presumiblemente era un habitual del Kaki, pues estaba a solas contemplando su vaso medio vacío.

—Eh, ¿has oído? —dijo Tadino—. Es el hijo del pedestal, muestra algo de respeto.

El hombre serio echó una mirada a Ru y se tocó la frente con cautela antes de volver a su bebida. Tadino no había acabado; gritó por encima de la música y llamó con un gesto a una joven que estaba en la barra.

—Juni, adivina quién es este —exclamó.

Las finas cejas tatuadas de la joven se alzaron bajo el borde del flequillo, y sus gruesos labios rojos se separaron con aprobación.

—Tadino, este bar mierdoso es más interesante de lo que creía. No sabía que Kaul Ru se pasara por aquí. —Se acercó a Ru, le dio un caderazo y bajó la voz hasta un susurro ardiente y seductor—. Búscame en la pista de baile cuando estés listo para enseñarme qué sabes hacer. —Cogió su bebida y se perdió entre la gente.

Ru estuvo tentado de seguirla, pero apartó a Dano de la barra y le dijo en voz baja:

—¿De qué conoces a Tadino? —Era consciente de que su amigo tenía un estilo de vida irresponsable y no siempre andaba en las mejores compañías.

—Nos conocimos en la Plataforma por los Derechos de los Inmigrantes. —Una de las organizaciones en las que Dano andaba metido, prestando asistencia a los refugiados—. Tadino es de Urtoko. Estuvo en una banda barukana y ha vivido tiempos difíciles.

—¿Sabes por qué está marcado? —preguntó Ru.

—No me digas que estás a favor de esa costumbre bárbara —exclamó Dano—. Los huesos verdes han marcado a miles de inocentes por tener sangre o acento extranjeros, o simplemente por estar en el lugar incorrecto en el momento inoportuno. Es horrible.

—No digo que esté de acuerdo. —Ru quiso señalar que Dano estaba generalizando sobre los huesos verdes, como era habitual. El entusiasmo por marcar a la gente sospechosa de actividades anticlanes lo impulsaba una facción de Montaña, y no lo compartían por entero ni siquiera los propios puños del clan. Pero esa no era la cuestión. Dano era tan bocazas y purista, tan rápido en ver a cualquier persona marcada como víctima de una injusticia, que a Ru le preocupaba que un día pillaran a su amigo con verdaderos delincuentes desclanados y, aunque no tuviera culpa alguna, acabara con una tubería al rojo en la cara o algo peor—. Tienes que pensar más —insistió—. Tú también puedes acabar en el lugar incorrecto en el momento inoportuno, y acompañado de la gente inadecuada. —Ru no había olvidado que su propia hermana había estado dispuesta a asumir lo peor sobre Dano, e incluso a darle el nombre a Lott Jin.

—No te preocupes por mí, keke. Diviértete, ¿vale? —Dano sacó una bolsita de plástico con un polvo negro—. Eh, ¿quieres un poco de arena? —Ru negó con la cabeza, y Dano se encogió de hombros—. Vamos a conseguirte otro trago, pues.

Ru dejó el tema a regañadientes, pero decidió que volvería a hablar de ello con Dano en otro momento. Aquella noche solo arruinaría el ambiente; habían salido a divertirse. Pidió otro hoji, esta vez con hielo y un chorrito de anís.

En la pista de baile había bastantes chicas guapas, pero Juni era la más deslumbrante, con su minifalda negra y sus botas altas de nailon. El revelador escote de su top de lentejuelas mostraba un tatuaje en el pecho, una flecha negra que apuntaba directamente al canalillo. Sonrió invitadora a Ru y bailó delante de él, moviéndose con la música de forma tentadora. Tras la segunda copa, Ru se sentía relajado y atrevido. Puso las manos en las caderas de Juni y bailaron juntos, acercándose con cada golpe de bajo de los altavoces. La chica le metió una pierna entre las suyas y apretó la parte alta del muslo contra su caliente entrepierna mientras acercaban los cuerpos en la oscuridad.

Ru estaba un poco avergonzado por lo excitado que se sentía ante aquella maravillosa joven que se le estaba tirando encima. Sospechaba que Niko y Jaya echaban muchos más polvos que él, y aunque nunca había envidiado los privilegios sociales que tenían sus hermanos, se preguntaba, envidioso a veces, cómo sería poder disfrutar todas las

ventajas del apellido de la familia. Tener estatus en cuanto entrara en cualquier lugar. Que las mujeres lo desearan. Portar la verditud de todo el clan y así ser siempre más que él mismo. Eso sería ser un auténtico príncipe de Sin Cumbre.

Niko y Jaya daban su posición por sentada, pero Ru, no. Si de tarde en tarde se tropezaba con los beneficios, ¿por qué no disfrutarlos al máximo? Las tetas de Jaya se le apretaban contra el pecho, y el aroma de su sudor perfumado le llenaba la nariz y ascendía hasta el cerebro. Ru le bajó las manos por la espalda, por la cintura, por los glúteos. Su creciente deseo era como un calor líquido que se extendía hasta envolverlo desde la entrepierna hasta las yemas de los dedos. Ella era lo que necesitaba esa noche para apartar a un lado las preocupaciones, para dejar de pensar tanto. Juni le rodeó el cuello con los brazos, y el calor de su mejilla cosquilleó contra la de él. Los labios de la joven le rozaron la oreja.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Lo cogió de la mano y lo sacó de la pista de baile. Ru buscó con la mirada a Dano y lo vio en uno de los bancos rojos con otros dos, esnifando arena de una bandeja. Con una risilla, Juni lo llevó a la parte trasera del bar, donde, para sorpresa de Ru, había tras una cortina un par de sofás y espejos que cubrían todas las paredes, de modo que allá donde mirara veía reflejos de sí mismo, ruborizados y con los ojos brillantes.

—Vaya, una habitación secreta —dijo Ru, sonriendo—. Me pregunto para qué será.

—¿A quién le importa? —Juni lo agarró y se besaron, las bocas en colisión calientes y hambrientas. La joven sabía a brillo de labios de vainilla y soda de lichi con ron—. Nadie nos molestará aquí.

—Quédate en el bar y asegúrate de que no se van —siseó Tadino a Bero—. Voy corriendo a hacer una llamada. Vigila esto.

—No voy a quedarme aquí a oír follar a esos críos —dijo Bero con acritud. Casi toda la parroquia de jóvenes del Kaki estaba felizmente borracha o colocada. Unos cuantos habían perdido el conocimiento en los bancos y otros se iban marchando del salón por parejas. Pero Tadino solo le había dejado beber una copa.

—Tenemos que estar atentos —insistió—. Esta noche vamos a empezar la próxima guerra de clanes y ponerlo todo patas arriba.

Tadino fue corriendo a la cabina que había en la calle, llamó a Koben Ashi y le dijo que su novia estaba en el salón Kaki y un desconocido le estaba poniendo sus sucias manos por todas partes. Koben Ashi, un puño de nivel intermedio del clan Montaña, hijo de una destacada consejera y primo cercano de Ayt Ato, era un cabrón

celoso capaz de dar una paliza a cualquier hombre que se atreviera siquiera a mirar a su chica durante demasiado tiempo. Según Juni, Ashi y ella estaban separados en ese momento, pero al parecer, a Ashi nunca le llegaba la noticia. Todos los hombres del clan Montaña sabían que Juni era una flor venenosa y no estaban dispuestos a ponerle un dedo encima, y por eso buscaba otros sitios donde tontear. No parecía importarle que Ashi mandara a sus conquistas al hospital; de hecho, siempre volvía con él poco después.

Bero tenía que reconocérselo a Tadino: era un montaje de lo más improbable pero muy inteligente, el tipo de movimiento arriesgado que el propio Bero habría ideado cuando era más joven. Como camarero, Tadino conocía a un montón de gente y oía un montón de cotilleos sobre los dos clanes. Había visto a Juni en el Kaki otras veces, y cuando descubrió que conocía a un universitario que era amigo personal de Kaul Ru, se le ocurrió un plan para juntar todas las piezas.

—Nos han estado pisando como a mierdecillas demasiado tiempo —dijo Tadino. Tenían que luchar, hacer algo sobre la persecución implacable de los clanes. Prender un incendio de violencia entre clanes aliviaría la presión. Permitiría que el MFSC se reagrupara y se recuperara.

Bero aprobó el plan, pero aún tenía dudas. A lo largo de los años se había enfrentado a los huesos verdes de todas las maneras posibles. Había sido asesino y ladrón, saqueador de tumbas, contrabandista, espía y terrorista. Era un milagro que aún estuviera vivo. ¿Le quedaría algo de energía para volver a intentarlo? Quería creer que sí, que las brasas de su fuego interior se podrían reavivar.

Por otro lado, sería mucho más fácil mantenerse lejos de todo y beber.

—No tienes que hacer nada —señaló Tadino—. Solo tienes que mantener ahí a esos chicos y asegurarte de que nadie los interrumpa. Y luego, quedarte como testigo. ¿Qué te parece? Puedes joder las cosas para los clanes sin apenas mover un dedo.

Aquella posibilidad era lo bastante atractiva para que aceptara. Koben Ashi llegaría al Kaki y, sin saber quién era, le daría una tremenda paliza al hijo ojos de piedra del pedestal. Kaul Hilo tomaría represalias terribles, sin duda, y la frágil colaboración que habían mantenido los clanes desde el atentado de Yanlún se quebraría.

Como Tadino había cerrado el bar y había dejado la barra desatendida, Bero se llenó otro vaso de hoji. Por una rendija entre las cortinas moradas podía oír a Juni y al hijo del pedestal dándose el lote. Juni tenía la falda subida hasta las caderas, y los botones de la camisa de Kaul Ru estaban desabrochados. Estaban concentrados el

uno en el otro, sin saber que los estaba usando gente a la que ni siquiera conocían. Bero estaba acostumbrado a autocompadecerse, pero en aquel bar abandonado, escuchando los sonidos húmedos y los gemidos de deseo, sintió una hermandad patética con el joven de la habitación de al lado, a cuyo tío había ametrallado con un subfusil Fullerton en un muelle oscuro hacía una vida entera.

A sus cuarenta años, Bero había llegado a la desoladora conclusión de que siempre había sido un trozo de basura empujado de un lado a otro por las mareas de la fortuna. La buena suerte y la mala suerte eran dos caras de la misma ficha gastada, arrojada con descuido a una mesa de juego cósmica para prolongar la inescrutable diversión de los dioses. Pero no era el único de quien los dioses abusaban. Incluso el hijo del pedestal era un peón del destino.

—Eh, no seas pervertido —gritó Juni a Bero—. Cierra la cortina, ¿vale?

El pelo corto y sexi y la cara con forma de corazón de Juni le recordaron a Bero a Ema. O quizá se parecían porque esta también estaba llevando de la polla a un completo incauto. Ema había muerto hacía mucho y la bomba había hecho pedazos su cadáver, pero Bero aún sentía rencor. Ahora sentía el mismo disgusto hacia Juni solo con mirarla. Ema había sido una zorra con él, pero a veces también había sido amable. Le había dejado follársela, aunque solo fuera porque planeaba morir. Cuando Bero estaba muy borracho, creía que quizá la echaba de menos. Quizá también echaba de menos a Sampa, a Pícaro y a Mudt.

Al ver que Bero no se movía, Kaul Ru se levantó y, sosteniéndose los pantalones con una mano, fue a cerrar la cortina él mismo.

—Te está usando, keke —dijo Bero.

—Me parece muy bien —dijo el joven con una sonrisa estúpida en la cara arrebolada.

—Mocoso idiota, ¿crees que controlas esto? —El desprecio amargo salió inconscientemente por la boca de Bero. La confianza joven, ingenua y temeraria era algo que una vez creyó que lo hacía especial y que le serviría para conseguir lo que quisiera—. Tiene novio. Koben Ashi, un puño de Montaña.

Kaul Ru se detuvo con la cortina en la mano. Miró a Juni, luego a Bero con incredulidad, y por último la comprensión lo golpeó en la cara. Bero se burló con alegría salvaje.

—Te han tendido una trampa, keke.

Resonaron unos pasos en la escalera y luego en el salón. Koben Ashi se abrió paso como una furia entre los pocos parranderos que quedaban, volviendo la cabeza a un lado y al otro, con una mirada

salvaje de rabia insensible. Dos dedos lo seguían, y después Tadino, que gritó: «¡Al fondo, Koben-jen!» y señaló la cortina de la parte trasera.

El puño pasó junto a Bero, descorrió la cortina de un tirón y vio a Ru retroceder con los pantalones desabrochados, y a Juni despatarrada medio desnuda en el sofá. Soltando una maldición asesina, cogió a Kaul Ru por el cuello y lo lanzó fuera de la habitación, contra la barra.

Ru chocó con la parte superior de la barra y cayó, golpeándose la cabeza contra un taburete en su camino al suelo. Estallaron chispas en su visión, y un zumbido intenso le llenó los oídos. Aturdido y encogido en el suelo pegajoso, su primer y ridículo pensamiento fue abrocharse los pantalones antes de intentar levantarse. Toqueteó estúpidamente el botón y se las arregló para subirse la cremallera antes de que Koben Ashi lo agarrara por el cuello de la camisa, lo levantara del suelo y lo lanzara contra otra pared. Sonaron gritos de sorpresa y alarma. La mayoría de los que quedaban en el Kaki cogieron sus cosas y corrieron hacia la escalera. Sabían que no era nada aconsejable quedarse cerca de un huesos verdes enfurecido.

—¿Quién te crees que eres para tocar a mi chica, rata inmunda? —gruñó Koben—. Cuando acabe con tu cara, no vas a volver a echar un polvo jamás, cabrón.

Juni salió de detrás de la cortina colocándose la falda, y gritó, con los ojos secos:

—Ashi, es solo un crío, no tenía ni idea. ¡No lo mates!

Ru se levantó con esfuerzo y alzó los puños para defenderse, pero era imposible que igualara la velocidad alimentada por el jade de un huesos verdes. Koben le dio un puñetazo en el estómago, haciéndolo doblarse, y luego lo tumbó de una patada. Ru resolló de dolor, abrazándose el estómago. Por el rabillo del ojo vio que Dano gritaba e intentaba acudir ebriamente en su defensa, pero Tadino, el camarero, lo agarró por un brazo y lo echó hacia atrás.

«Soy tan estúpido… —pensó Ru en medio del dolor—. Estúpido. Estúpido. Estúpido». Estúpido por confiar en Dano, estúpido por ir a esa fiesta en territorio de Montaña y bajar la guardia, estúpido por pensar durante un segundo que, solo porque era ojos de piedra y el menos importante de los hijos de su padre, sus enemigos no se fijarían en él.

Koben agarró un taburete y arrancó una pata para usarla como garrote y seguir golpeando a Ru hasta dejarlo inconsciente. Los dos dedos de Koben observaban con expresión ligeramente nerviosa, pero nada sorprendida.

—Ashi-jen —dijo uno—, este chico ni siquiera es huesos verdes, no vale la pena.

Ru se apartó frenético cuando la pata del taburete cayó hacia él cortando el aire. Falló la cabeza y le dio en el hombro. Todo el brazo se le quedó insensible. «No saben quién soy», se dio cuenta. Su familia siempre lo había mantenido lejos de los focos, y su cara no salía en las revistas de cotilleos. Apenas lo conocía nadie fuera de los círculos de Sin Cumbre, mucho menos en el clan Montaña. El hombre de la cara torcida tenía razón: a Ru le habían tendido una trampa. Pero también se la habían tendido a la familia Koben.

Se lanzó bajo una mesa. El enfurecido puño la apartó de una patada y levantó otra vez la pata de la silla, pero el obstáculo le había dado a Ru los dos segundos que necesitaba para desenvainar el cuchillo garra que llevaba en el cinturón, a la espalda. Los ojos de Koben parpadearon ante la repentina aparición de un arma, y en ese momento de distracción, Ru gritó: «¡Una hoja limpia!». Se levantó hasta la posición agazapada del luchador, con el cuchillo ante sí, la sangre goteándole de la nariz.

—¡Me llamo Kaul Rulinshin, soy hijo del pedestal de Sin Cumbre, y ofrezco una hoja limpia!

Koben Ashi se detuvo con la pata de la silla aún levantada. Sus ojos fueron del cuchillo garra a la cara de Ru. Le saltó un tic en la mejilla cuando cruzó la mirada con las de sus dos dedos, que observaban a Ru con asombro e incredulidad.

Koben volvió la cara hacia Ru y soltó un gruñido.

—No seas un puto payaso. ¿El hijo del pedestal de Sin Cumbre en un sitio así?

—¡Es verdad! —balbuceó Dano, que por fin se liberó de Tadino y dio un paso tambaleante—. De verdad es Kaul Ru. ¡Hemos venido a pasar un buen rato, eso es todo! No ha hecho nada malo, no sabía quién era ella. ¡Es solo un estudiante ojos de piedra!

Los nudillos de Koben se pusieron blancos alrededor de la pata de la silla. Se volvió hacia Juni.

—Mala puta, ¿supiste que era un Kaul y no pudiste tener las piernas cerradas? ¿Estás intentando enredarme con Sin Cumbre, zorra?

La cara de la joven perdió todo el color.

—No, no, Ashi, yo nunca… —Cayó de rodillas, llorando ahora de verdad—. Vino a mí y me dio miedo decir que no.

—Eso es mentira —dijo Ru, los ojos brillando de indignación—. Koben-jen, no tenía ni idea de quién era. Espero que puedas Percibir que no miento cuando te digo que no pretendía ofenderte. Pero me

has atacado sin molestarte en conocer los hechos, así que tú también has causado ofensa. La única forma de arreglar esto es con una hoja limpia.

Koben frunció el ceño.

—Aunque seas un Kaul, no eres verde. No puedes batirte en duelo conmigo.

Ru negó con la cabeza.

—Contigo no. Con él. —Se volvió hacia Tadino y lo señaló con el cuchillo garra—. Tú organizaste esto. Le pediste a Dano que me trajera esta noche, me presentaste a la novia de Koben sin decirme quién era y llamaste a Montaña para que vinieran a darme una paliza. —La expresión de Ru era tan temible que todos los presentes en el salón vieron sin lugar a dudas que era de verdad el hijo de Kaul Hiloshudon—. Nunca te había visto, así que no sé por qué me odias. Probablemente querías usarme para hacer daño a mi familia. Eso me lo tomo por lo personal. Así que puedes luchar ahora conmigo o puedes responder ante mi padre después.

Tadino echó a correr hacia la escalera, pero no llegó lejos. Los dedos de Koben, con la velocidad excepcional de los huesos verdes, lo cogieron por los brazos, lo arrastraron de vuelta al salón y lo obligaron a enfrentarse a Ru. El camarero levantó los brazos en una sonrisa asustada; parecía desconcertado por la manera en que su trama se había desmontado abruptamente y, de forma inesperada, se había recompuesto para enredarlo a él. Sus ojos saltaron por todo el salón, pero no encontró ayuda en ninguna parte. Dano parecía tan asombrado y temeroso como si estuviera atrapado en una madriguera de zorros, y el desconocido de la cara torcida se mantuvo apartado.

—Elige arma —exigió Ru.

Según decía Dano, Tadino había sido un gánster barukano. No parecía débil ni cobarde. De hecho, parecía alguien que había tenido su dosis de escaramuzas; no era una persona con la que la mayoría de la gente quisiera luchar. Era más grande que Ru por un margen generoso. Pero vaciló al mirar el cuchillo de la mano de Ru, la forma en que lo sostenía con relajada confianza, pues había entrenado con su padre desde que era un chiquillo.

—S-sin armas —respondió Tadino. Con los puños desnudos, tenía ventaja física.

—Koben-jen —dijo Ru—, si libro un duelo de hoja limpia con este hombre para zanjar nuestro agravio, ¿estarás de acuerdo en que no quede ninguna ofensa entre tú y yo? ¿Y en que no hace falta que involucremos a nuestras familias?

Contuvo la respiración esperando la respuesta de Koben. En el

momento de pánico había lanzado el desafío de hoja limpia porque era la única forma que tenía de recuperar el control de la situación, de defender su honor cuando parecía que no le iban a dar ninguna oportunidad. Pero ahora deseaba realmente castigar a Tadino. Si tenía que hacer frente a su padre tras aquel desastre, quería poder decir que había peleado en un duelo para defender su reputación y no que le habían dado una paliza por meter mano a la chica que no debía en el territorio de Montaña. Niko ya había roto el corazón de su padre; ¿qué opinión tendría de él, y qué opinión tendrían los Koben, tras un incidente tan humillante?

Koben Ashi parecía estar pensando lo mismo.

—Sí —dijo—. Estoy de acuerdo.

Ru envainó el cuchillo garra y se limpió la nariz ensangrentada con la manga. Normalmente se inclinaba a pensar bien de los demás, así que cuando encontraba a gente genuinamente maliciosa, se enfurecía de verdad.

—Ofrece cualquier oración que desees a los dioses, porque un duelo con las manos desnudas no va a hacer menos daño, te lo prometo. —Ardiendo de ira, se tocó la frente en saludo a su adversario sin ofrecer siquiera una inclinación de cabeza para mostrar respeto—. ¿Por qué lo hiciste?

Los rasgos de Tadino se retorcieron y descubrió los dientes. Se tocó la cicatriz de la mejilla.

—¿Por qué? ¿Por qué una rata muerde al perro que la está matando? ¿Sabes a cuánta gente he visto recibir una paliza o acabar marcada o capturada? ¡Mira mi puta cara! —Escupió en el suelo—. Se suponía que iba a haber una revolución. El atentado de Yanlún debía matar a todos los líderes de los clanes, y el Movimiento por un Futuro Sin Clanes iba a construir una nueva sociedad. —Las palabras de Tadino iban empapadas de veneno, pero parecía a punto de llorar—. ¿Sabes por qué leo esas revistas de cotilleos de los clanes? Porque espero que los perros huesos verdes acaben matándose entre ellos.

—No soy huesos verdes —dijo Ru. Atacó con cuatro golpes a la cabeza en rápida sucesión: dos jabs, un gancho de izquierda y un directo de derecha que rozó la mejilla de Tadino cuando este lo esquivó instintivamente, protegiéndose la cara. Ru descargó una terrible patada con la tibia en el muslo de su adversario.

Tadino siseó de dolor y lanzó un golpe a la cara de Ru, luego al cuerpo, y lo golpeó repetidas veces antes de encajar el hombro en el pecho de Ru e intentar estrellarlo contra la pared. Lucharon agarrándose, cada uno intentando bloquear los brazos del otro. Ru encajó un rodillazo de Tadino en el estómago y todo el aire se le

escapó del cuerpo mientras caía hacia delante. Se le nublaron los ojos con las lágrimas. Ya estaba dolorido en una docena de sitios por el ataque de Koben, y cada golpe que le daba Tadino empeoraba la situación.

Pero estaba acostumbrado a ser el más débil en cualquier pelea. No había asistido a la academia Kaul Dushuron, pero el pedestal no estaba dispuesto a dejar que su hijo creciera sin una educación marcial, así que había recibido un montón de entrenamiento de su padre, sus tíos y los entrenadores privados de la familia. Había practicado pelea a cuchillo, tiro con armas de fuego y combate sin armas con huesos verdes cuyas habilidades jamás podría igualar. Aunque no era rival para un puño como Koben Ashi, contra otro hombre sin jade tenía toda la ventaja que le daba su preparación. También era veinte años más joven que Tadino y estaba en mejor forma; el exbarukano estaba jadeando tras apenas dos minutos de lucha y unos pocos golpes.

Enredado con su adversario, Ru actuó con inteligencia; escondió la cabeza bajo los brazos doblados y usó la punta del codo para ensartar el esternón y las costillas del otro hombre varias veces, con fuerza. El agarre de Tadino se aflojó. Cuando se separaron, Ru lanzó un revés brutal que acertó a Tadino en la mandíbula y lo hizo retroceder tambaleándose, agarrándose la cara y maldiciendo.

—Perro desclanado —dijo Ru con desprecio—. Te mereces algo peor que una marca en la cara.

Tadino cargó contra Ru e intentó levantarlo del suelo con su mayor peso y tamaño. Ru saltó hacia atrás, se estiró y agarró a Tadino por el cuello con una presa. Los dos cayeron al suelo. Dano soltó un gemido de alarma, y los huesos verdes de Montaña retrocedieron quitando las sillas de en medio.

Tadino, con la cara roja, intentó rodear con los gruesos brazos la cintura de Ru y aplastarlo contra el suelo. Ru se movió con demasiada rapidez para él; giró todo el cuerpo y pasó una pierna por la espalda de su rival. Montado sobre él, rodeándole el cuello con un brazo, golpeó furiosamente con la otra mano y le cubrió de puñetazos la oreja y la mandíbula; después le clavó el codo repetidamente en la nuca, sin dejar de gruñir.

Tadino se derrumbó boca abajo y levantó las manos sobre la cabeza para protegerse de los golpes. Ru pasó a darle puñetazos en el riñón. En su desesperación, Tadino intentó quitárselo de encima rodando. Ru afirmó los pies en el suelo y aflojó el agarre de las piernas lo justo para que el hombre diera la vuelta, y entonces saltó sobre él, le hundió con todo su peso la rodilla en el pecho y siguió

atacando, golpeándole en la cara una y otra vez. Tadino escupió sangre y gritó:

—¡Para! ¡Me rindo!

Pero Ru no paró. Tampoco se movió nadie para detenerlo.

—¡Me rindo! —gorgoteó Tadino—. ¡He dicho que me rindo! ¡Para, para, para!

—¿Creías que podías joderme porque no porto jade? —Ru le dio otro puñetazo y se despellejó los nudillos con sus dientes—. ¿Querías joder a mi familia, joder al clan Sin Cumbre?

Realmente no intentaba matar a Tadino, pero estaba saturado de adrenalina y justa rabia, e iba a asegurarse de que recibiera todo lo que se merecía, de que mandaría un mensaje que ni siquiera los Koben podrían malinterpretar. Ru podía ser ojos de piedra, pero no iba a ser el eslabón débil de su familia. Era hijo de su padre: no iba a rechazar ninguna pelea ni iba a dejar que lo usara nadie. No había que tocar los cojones a ningún Kaul. A ninguno.

Bero había visto muchas cosas terribles en su vida, pero lo que ocurrió a continuación jamás abandonaría su memoria. Tadino, preso del pánico, creyendo que iba a morir a golpes, intentó frenéticamente quitarse de encima a Ru, empujándole el pecho y los brazos. La mano del camarero se posó en el cuchillo garra sujeto al cinturón de Ru. En un instante fatídico, agarró la empuñadura y dio un tajo a ciegas al hombre que tenía encima. El cuchillo garra acertó en el cuello de Ru y el afilado acero le abrió un lado.

Durante un segundo, nadie entendió qué había pasado. Los dos se miraron conmocionados mientras la sangre empapaba la camisa de Ru y al hombre que estaba debajo. Con asombro, Ru se agarró el cuello y cayó a un lado, boqueando. Juni lanzó un grito ahogado. Dano cayó de rodillas, aturdido.

—Mierda —susurró Koben Ashi—. ¡Puta mierda! —El puño de Montaña se arrodilló y rodeó con las manos el cuello de Kaul, intentando Canalizar en el joven, pero era inútil. El corte había sido demasiado limpio y profundo, y Koben no era un médico huesos verdes. Bero clavó la mirada en los ojos asustados y vio que la vida se apagaba.

Tadino retrocedió a gatas, empuñando aún el cuchillo garra. Tenía la cara convertida en pulpa roja, la nariz aplastada y los labios rajados, pero sus magullados ojos corrieron por el salón en busca de seguridad. Se posaron en Bero, rogando. Abrió la boca para suplicar, pero no salió ningún sonido.

Koben se sentó sobre los talones, con las manos y las mangas pegajosas y rojas. Su cara estaba quedándose sin sangre tan deprisa

como el cuerpo del Kaul.

—¿Qué hacemos, Koben-jen? —dijo un dedo de Montaña con voz temblorosa—. Si el pedestal de Sin Cumbre nos culpa…

—Kaul Hilo matará a todos los que están aquí —dijo Koben.

Tadino volvió a intentar escapar. Estaba demasiado herido para recorrer más de unos pocos metros. Koben le lanzó una Desviación que lo tumbó, y luego lo agarró por la garganta y lo sostuvo con el brazo estirado como si llevara un ganso a decapitar.

—Elegiste un duelo con las manos desnudas, pero sacaste un cuchillo garra —dijo Koben—. Ensuciaste una hoja limpia. Tu vida vale menos que nada.

—Iba a matarme —sollozó Tadino entre los dientes rotos.

—Soy un Koben —siseó el puño—. ¡Mi primo es el maldito heredero del clan! No voy a cargar con la culpa por esto. No puedo. —Miró otra vez el cadáver de Kaul Ru y luego a sus dedos. Bero nunca había imaginado que las caras de unos poderosos huesos verdes pudieran parecer tan asustadas y desesperadas.

Dano estaba en el suelo, llorando y vomitando. Juni se tambaleó hacia su novio, con el maquillaje corrido por las lágrimas, y le tiró del brazo frenéticamente.

—Ashi, no quiero morir. Por favor, huyamos juntos, ahora mismo. Ashi, te quiero…

Koben le dio un revés y ella cayó al suelo, aturdida.

—Si huimos, estamos jodidos. —Se pasó una mano temblorosa por el pelo—. Mi familia nos ayudará. Mi madre está en el Consejo Real. Tenemos que demostrar a los Kaul que no tenemos nada que ver con este desastre, ¿oís? Nada.

Bero habría debido marcharse con todos los parroquianos cuando tuvo la oportunidad. Nunca había tenido el sentido común para marcharse cuando podía. Ahora, los dedos de Koben bloqueaban la única salida, así que no tuvo más alternativa que mirar cuando Koben dejó caer a Tadino y empezó a romperle los brazos y las piernas.

Teniendo en cuenta que ya estaba herido grave a causa del duelo, nadie habría esperado que aguantara tanto. Tadino gritó y se retorció y rogó por su vida, pero al final, no se podía mover en absoluto. Era un saco de huesos rotos y miembros retorcidos que miraba a la nada cuando Koben, al cabo, le rompió el cuello.

Juni se encogió aterrorizada cuando su novio se apartó del cuerpo destrozado de Tadino y se acercó a ella.

—Ashi, por favor, no —gimoteó, con lágrimas y las rayas de maquillaje corriéndole por la cara—. Solo quería ponerte celoso porque te quiero. ¿No me quieres tú también? —Koben cerró las

manos alrededor del cuello de su novia y apretó con toda su Fuerza, ahogándola en unos instantes.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó un dedo, mirando a Dano y a Bero.

Dano estaba hecho un ovillo en el suelo, prácticamente catatónico a consecuencia del miedo. Se había meado encima. Koben lo empujó con la punta del pie.

—Eras el amigo del Kaul, ¿verdad? Te entregaremos a Sin Cumbre y ya decidirán ellos qué hacen contigo. —Lo levantó parcialmente de un tirón y se inclinó sobre él—. Pero tienes que contárselo. Lo has visto todo y tienes que contarles qué ha pasado aquí, ¿entendido?

Miró a Bero por primera vez.

—¿Y tú quién cojones eres?

Bero volvió la cabeza y contempló la carnicería del Kaki: la sangre y los cadáveres, los muebles rotos y desparramados, el olor del orín y el miedo. Un vacío inmenso y bostezante se arremolinó a su alrededor como un viento seco y aullante en una ciudad abandonada. El rostro juvenil, inmóvil, de Kaul Ru parecía mirarlo con tristeza y arrojarle una acusación: «Mala suerte. Siempre mala suerte».

—Un habitual del bar —dijo Bero—. Nadie.

—Nadie —repitió Koben, y luego soltó una risilla con un filo de demencia en la voz—. Muy bien, señor Nadie, esto es lo que vas a hacer si quieres vivir. Sal y cuéntale a todo el mundo la verdad, ¿entendido? A todos los linternas, a todos los policías, a todos los periodistas… Cuéntales lo que has visto. No levanté un dedo contra el hijo de Kaul Hilo en cuanto supe quién era. El responsable ha sido esa escoria desclanada. La misma gente que preparó el atentado de Yanlún y mató a mi padre: era uno de ellos. Lo he hecho sufrir antes de que muriera y he matado a mi propia novia por el papel que ha desempeñado. Díselo a todo el mundo, ¿me oyes? Te creerán. Creerán a un don nadie.

«Una última vez —pensó Bero—. De mala suerte a buena, una última vez».

—Vale —dijo—. Lo entiendo.

Y lo entendía, con una claridad insólita que hizo que quisiera reír hasta morirse y escupir en la cara de los dioses de camino al infierno. No era una fortuna poderosa y cargada de propósito la que siempre lo había arrastrado en sus inexplicables corrientes, que lo había atrapado en el sufrimiento y, sin embargo, lo había protegido en los momentos más extraños. Era la insignificancia.

Bero se llevó las manos unidas a la frente, en saludo.

—Lo diré. Fue mala suerte para todos. Fue el destino. —Salió del

Kaki sin que intentaran impedírselo, bajó la estrecha escalera y se perdió en la noche.

Capítulo 50

Verdades terribles

HILO se despertó de golpe con la vaga consciencia de que algo, un ruido o una energía inusual, había alertado sus sentidos mientras dormía. El sentimiento de incomodidad se hizo más denso mientras estaba inmóvil en la oscuridad, extendiendo su Percepción hasta donde podía alcanzar. Pero no fueron sus habilidades del jade lo que lo convencieron de que algo iba mal, sino un destello de luz al otro lado de las ventanas del dormitorio. Los faros de un coche al cruzar las puertas de la hacienda y subir por el camino hasta la casa.

Salió de la cama sin despertar a Wen. Cerró silenciosamente la puerta de la habitación y bajó la escalera. Cuando llegó abajo, el coche estaba llegando a la rotonda, y su Percepción hiperalerta captó a cuatro hombres en el vehículo. Uno era su primo Anden. Cuando abrió la puerta delantera, vio que dos dedos del clan salían del coche. No fueron hacia la casa, sino que se quedaron junto al vehículo, guardando una figura hundida en el asiento trasero y dejando que Anden fuera solo a reunirse con el pedestal. Aquel detalle le dijo inmediatamente, incluso antes de ver la cara de su primo, que había ocurrido algo terrible.

A lo largo de los años se había convertido en un conocimiento común en el clan y entre sus observadores que el doctor Emery Anden tenía la atención del pedestal, que quizá Kaul Hilo confiara en él más que en nadie. Si había que presentar ante el pedestal algún asunto especialmente espinoso o difícil, Anden era el más adecuado para hacerlo. De modo que en los pocos segundo que le llevó a su primo llegar hasta la casa, Hilo tuvo un breve tiempo para prepararse para lo que fuera que había llevado allí al médico en plena noche. Cuando vio

la expresión angustiada de Anden a la luz amarillenta de la casa, no dijo nada; se apartó a un lado y dejó entrar a su primo sin una palabra. Hilo cerró la puerta y se volvió hacia él.

Anden no se sentó ni se quitó los zapatos. Se quedó plantado en el vestíbulo frente al pedestal. Tenía la cara macilenta y los ojos hinchados, y a pesar de ser el enviado para transmitir la noticia, pareció que no podía hablar.

—Hilo-jen… —empezó, pero se esforzó visiblemente para intentar seguir.

Una oleada de dolor presciente cubrió a Hilo como la marea al llegar a la orilla.

—Está bien, Andy. Simplemente, di lo que haya que decir.

La gentileza inesperada de las palabras afectó a Anden como un golpe físico violento, haciéndolo sacudirse hacia atrás, pero rompió el bloqueo de su garganta.

—Han matado a Ru en un duelo esta noche.

Hilo parpadeó. Cuando estalló la bomba de los terroristas y el edificio de la Alianza del Jade de Kekon se desmoronó encima de él, la sensación había sido distinta de cualquier cosa que hubiera sentido antes o que pudiera describir. El suelo bajo los pies abriéndose. La ingravidez momentánea, y de inmediato la oscuridad amortiguada que lo engullía, junto a una presión tan intensa que apenas podía moverse ni respirar, ni siquiera pensar.

Lo que sintió en aquel momento fue parecido, aunque ocurrió de manera invisible y sin sonido; una desintegración aplastante que fue silenciosa, privada y absoluta. Lo único que lo mantenía ligado a la consciencia del momento era Anden, de pie ante él. El dolor de su primo era palpable, pero estaba haciendo lo imposible para controlarlo y ocultarlo, para no empeorarle las cosas a su pedestal.

Hilo dio tres pasos hasta entrar en la sala de estar, se agarró al respaldo del sofá y se quedó apoyado hasta que recobró el control suficiente para mirar a la cara de su primo.

—Dime qué ha pasado.

Anden se sentó frente a Hilo en el borde de un sillón y le dijo todo lo que sabía. Estaba de guardia, pero echando una cabezada en su piso, cuando le sonó el busca y le dijeron que fuera al hospital. Esperaba tener que tratar con una emergencia de un paciente normal; el impacto que sintió al descubrir que unos puños de Montaña le habían llevado el cadáver de su sobrino debió de ser extremo, pero aun así había llegado preparado para hablar con tanta calma como pudiera. Cuando acabó, se levantó y, con manos temblorosas, se llenó un vaso del hoji más fuerte del mueble bar.

Durante todo el tiempo, Hilo había escuchado sin decir palabra. El ataque de dolor fue más intenso que nada para lo que hubiera podido prepararse, incluso después de las muertes de su hermano y sus cuñados, pero una pequeña y consciente parte de su cerebro le recordó que Wen seguía durmiendo en la planta superior, y aquel conocimiento y la intención de no despertarla fueron lo único que le impidió caer al suelo y aullar como un animal.

—¿Te crees esa historia? —dijo al fin.

Hilo sabía mejor que nadie que con un motivo lo bastante fuerte y una planificación adecuada se podía manipular un duelo a hoja limpia, que se podía organizar un asesinato así. Pero mientras se preguntaba febrilmente «¿Quién debe morir?», no podía ver la lógica de un enemigo en acción. La muerte de Ru no suponía ninguna ventaja para Montaña, y menos aún para los gánsteres barukanos, las bandas de Puerto Massy o cualquier otro. Ru no era huesos verdes ni el heredero del liderazgo del clan. No era una amenaza ni un obstáculo para nadie. No era más que el hijo de Hilo.

—El hombre que está en el coche es el amigo de Ru de la universidad. Yo portaba mi jade cuando hablé con él y con los Koben, por separado, y no Percibí ningún engaño. No estoy diciendo que no sea una artimaña, Hilo-jen. Los hombres de Lott Jin realizarán sus propias entrevistas e investigaciones, y, si hay algo sospechoso, seguro que lo encontrarán. Lo único que puedo decir es que, por lo que sabemos hasta el momento, parece… —Anden tragó saliva antes de mirar a Hilo a la cara—. Ahora mismo parece un accidente. Suplicaré la muerte si me equivoco.

En el exterior parecía como si el mundo hubiera dejado de moverse. Hilo rodeó el sofá, pasó junto a Anden y fue hacia la escalera. Cuando estuvo al lado de su primo, le puso una mano pesada en el hombro.

—Gracias, Andy —consiguió decir.

Fue a la planta alta para despertar a su esposa y decirle que su hijo había muerto.

La ciudad de Yanlún esperaba la furia homicida. Nadie era más fiable que Kaul Hiloshudon cuando se trataba de venganza, y por la muerte de su hijo no cabía duda de que en alguna parte iba a producirse alguna terrible venganza. Jaya habló por muchos guerreros de Sin Cumbre expectantes cuando llegó desde Toshon con una docena de sus dedos, se arrojó a los pies de su padre y rogó con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Papá, dime a quién hay que matar!

Nadie tenía una respuesta. Ru había ofrecido una hoja limpia. Los

hombres del cuerno no encontraron ninguna prueba de que Montaña o alguien diferente hubiera organizado la muerte de Ru. Habían interrogado tantas veces al universitario que había estado con Ru en el club que estaba cerca del colapso mental, y su historia la corroboró otro testigo ocular que habló anónimamente con la policía. A petición de Shae, Hilo perdonó la vida de Dano, cuyo único crimen había sido ser un amigo indigno. Aunque se lo podía culpar tangencialmente por lo que había ocurrido en el salón Kaki, no había pruebas de un plan resurgente más amplio del Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Tras años de persecución implacable y la pérdida del apoyo extranjero, el MFSC ya estaba moribundo. El intento de Tadino de provocar a los clanes para que entraran en guerra había sido un último jadeo desesperado.

El día siguiente a la tragedia, el pedestal había entrado en su despacho con el hombre del tiempo, el cuerno y su primo Anden. Salieron horas después, con los ojos enrojecidos y expresiones sombrías, e Hilo dio órdenes al clan. Hasta que las circunstancias de la muerte de Ru se conocieran por completo, no habría ataques de represalia a Montaña, no se susurrarían nombres y no se derramaría sangre sin permiso. Dejó claro que aquellas órdenes podrían cambiar, pero por el momento debían obedecerse. En el clan, todo el mundo sabía que habían sido los consejeros del pedestal, todos serenos y prudentes incluso en un momento como aquel, los que habían sido responsables conjuntamente de la decisión.

La mañana del entierro de Ru, la consejera Koben Tin Bett llegó a la hacienda Kaul con varios miembros de su familia. La rolliza matrona viuda estaba ahora en la sesentena, aún en lo alto de su carrera política a pesar de los recientes roces con su propio pedestal. Llevaba un chal blanco y la cara empolvada con el blanco del luto. Con ella iba Ayt Ato, graduado universitario por fin y recientemente comprometido con una miembro de la familia Tem. Hilo aceptó salir de la casa y reunirse con ellos en el patio, acompañado de su cuerno y su hombre del tiempo.

—Kaul-jen… —dijo la consejera Koben, inclinándose profundamente y sin sus habituales modales ampulosos. Parecía nerviosa de verdad; se humedecía los labios con la lengua y se retorcía el extremo del chal—. Mi corazón sufre por tu pérdida. Nuestros clanes y nuestras familias se han opuesto en el pasado, pero perder a un ser amado es un sufrimiento universal. Por favor, acepta las sinceras condolencias de la familia Koben.

Ayt Ato siguió el ejemplo de Koben Bett y saludó a Hilo con solemnidad. Carraspeó. Sin cámaras alrededor, parecía inseguro de

cómo colocarse exactamente y hacia qué dirección mirar. Miró con preocupación a los guardias de Sin Cumbre cercanos antes de hablar.

—Kaul-jen, desearía que hubiéramos coincidido en circunstancias diferentes. Mi tía, Ayt Mada, me ha pedido que te transmita su garantía como pedestal de que ha interrogado a mi primo y a sus amigos y los ha encontrado inocentes de cualquier mala intención en esta tragedia.

Los tres hombres en cuestión, Koben Ashi y sus dos dedos, se adelantaron y se arrodillaron delante de Hilo. Tenían la cabeza envuelta en vendas y gasa. Con la mirada baja, cada uno ofreció una cajita de madera en las manos alzadas.

—Kaul-jen —dijo Koben Ashi—, ruego tu perdón por no haber conseguido salvar a tu hijo de la trampa de esos perros desclanados que intentaron derribar a nuestras dos familias. Espero que te aporte un pequeño consuelo saber que el asesino de tu hijo sufrió sin medida antes de que lo matara. Merezco morir de todas formas, pero si en tu gran compasión perdonas mi vida y la de mis dedos, que no tienen culpa, seré implacable contra nuestros mutuos enemigos. —Las palabras salieron suavemente y con muy poca inflexión, sin duda bien ensayadas.

Un destello de una emoción conocida cruzó la cara de Hilo: una luz airada en los ojos, un tic de la boca. Durante un momento, todos los que observaban pensaron que iba a desenvainar el cuchillo garra y matar a los tres hombres arrodillados en los adoquines. ¿Y por qué no matar a Ayt Ato, ya que estaba? El patio estaba inmóvil mientras todos contenían la respiración. Koben Ashi palideció, pero mantuvo la mirada en el suelo. La caja negra tembló levemente.

Entonces, la sombra de violencia desapareció de los ojos de Hilo. Los Koben habían acudido sin protección, pero habían contado astutamente con el hecho de que el pedestal de Sin Cumbre no querría mancillar con mala suerte el entierro de su hijo. Hilo cogió la caja negra que contenía la oreja cortada de Koben Ashi. Aceptó también las de los dedos, las tres sin decir una palabra.

—Que el resplandor de los dioses te ilumine por tu compasión, Kaul-jen —murmuró la consejera Koben. Todos los Koben se retiraron a la máxima velocidad que permitía el decoro, palpablemente aliviados. No era solo el miedo a la venganza de Sin Cumbre lo que había hecho que se distanciaran del incidente tan enérgicamente y que dieran el extraordinario paso de humillarse ante el mayor enemigo del clan Montaña. Ru era un ojos de piedra, sin jade, que apenas acababa de salir de la adolescencia. Los Koben eran una familia de huesos verdes orgullosamente tradicional con peso político y las miras

puestas en el liderazgo del clan. Cualquier muestra, o incluso la más mínima sospecha, de que hubieran quebrantado el aisho mancharía gravemente su reputación. Que Kaul Hilo aceptara su gesto los exoneraba. Era una declaración ante todo el mundo de que no habría guerra.

En la familia Kaul, todos sabían que esa no era la decisión que quería tomar Hilo. Pero era lo que Ru habría querido. Ru siempre había sido un adalid de las causas nobles, siempre había querido que Sin Cumbre mejorara no solo a sus propios huesos verdes, sino a todo Kekon. Su fe era absoluta. Jamás había dudado que su padre podría hacer que ocurriera cualquier cosa. En la estela de su muerte, Ru jamás habría querido que las acciones de su familia dañaran a gente de a pie y dieran mala imagen al clan.

En el entierro, Wen estuvo en silencio junto a su marido y aceptó el pésame de la larga fila de dolientes. Se apoyaba pesadamente en su bastón, pero ya había dejado de importarle parecer débil. Era débil. Tras dos días y noches de vigilia, apenas se podía mantener en pie. Pero aquello lo haría: soportaría esa obligación espantosa junto a Hilo.

«Ru siempre supo que su padre lo quería. Hilo al menos tiene eso». Wen no podía decir lo mismo sobre sí misma. Si hubiera podido tener solo un último minuto con su hijo, le habría pedido que la perdonara por haber sido tan dura con él todos esos años. Le diría que cada vez que había sido crítica o impaciente había sido culpa de ella, no de él. Se preocupaba porque era ojos de piedra. Se había visto a sí misma en él, y a cierto nivel vergonzoso le había guardado rencor por no ser el heredero que había esperado alumbrar. Ahora se había ido, y ella jamás tendría la oportunidad de decirle que estaba orgullosa. Ru siempre se había visto como alguien completo, incluso aunque ella no pudiera. Era un joven seguro de sí mismo y generoso, y nunca había permitido que el descontento por su defecto lo definiera, de la forma en que ella sí.

Wen se odiaba por dejar que el dolor le hiciera sentirse resentida hacia su propio marido, sobre todo porque apenas podía reconocerlo. La calidez de sus ojos, su juvenil sonrisa ladeada, su energía magnética, como la de una estrella que ardía en el cielo… Todo se había apagado como una vela. Parecía tan inhumano como una estatua de mármol. Respondía a los leales al clan que se acercaban con asentimientos, a veces con alguna palabra, nada más.

Wen dejó que su mirada vagara con lento distanciamiento sobre el resto de su familia, vestida con la ropa blanca del luto, hasta que sus ojos cayeron sobre su suegra, de ochenta y un años ya, encorvada bajo gruesas mantas en una silla plegable de plástico. Kaul Wan Ria parecía

completamente perdida en su propio mundo, murmurando quedamente para sí. No estaba claro que supiera lo que estaba pasando. Al ver su lastimosa figura, Wen sintió una dolorosa cercanía entumecida y profunda. ¿Por qué no escapar de la realidad, cuando era tan insoportablemente cruel para las viudas, las hermanas y las madres?

Por último, los visitantes se marcharon y solo quedó la familia Kaul en el cementerio El Cielo Espera. La temperatura empezaba a bajar. Una brisa invernal tiró de sombreros y chales mientras gemía al pasar entre los árboles del Pico de la Viuda. Wen pensó en saltar a la tumba abierta de su hijo y unirse con él en el fondo.

Shae se inclinó y cogió unas cuantas flores que habían quedado atrás. Se las dio a Tia, que las arrojó sobre el ataúd cerrado. Shae bajó la cabeza.

—A Lan le gustará conocer a sus sobrino. Él cuidará de Ru —susurró.

Las manos de Hilo se cerraron en temblorosos puños. Cuando habló, su voz sonó ronca.

—En el instante en que nació ese niño, debí habérselo entregado a otra familia. —Solo Wen y Shae, a su lado, oyeron el susurro enfebrecido—. Una buena familia sin jade ni apellido conocido. ¿En qué estaba pensando cuando decidí criar a un ojos de piedra y meterlo en esta vida?

Wen sabía que Hilo solo estaba intentando alejar su dolor, pero las palabras se le clavaron en el corazón.

—No quieres decir eso —exhaló. Se dio cuenta de que aún era capaz de sentir miedo. Miedo a perder también a Hilo, a que se convirtiera en alguien irreconocible.

La muerte de Ru había sido un accidente evitable y sin sentido. Aquella era la terrible verdad que hundía a la familia. Los guerreros huesos verdes contaban con que su muerte significara algo. Daban su vida por el honor, el jade, la hermandad del clan. Ru había estado inmerso en la cultura de los huesos verdes desde que nació. Esos valores habían modelado toda su existencia, habían hecho que su alma fuera tan verde como la del que más. Pero no era huesos verdes. Y ahora estaba muerto porque había actuado como si lo fuera. Wen comprendía mejor que nadie lo estúpido que era aquello.

—Lo hice todo mal. —Hilo siguió desgranando su angustia—. Lo animé, le di toda la libertad que pude, le hice creer que podría hacer grandes cosas, conseguir todo lo que quisiera. —Cerró los ojos—. Mentiras. Se porte o no, no hay libertad cuando se está rodeado de verde. Desearía… —La voz se le quebró como una ramita—. Desearía

que no se hubiera batido en duelo. Que hubiera sido un cobarde, solo por una vez.

Wen alargó la mano hacia su marido a través de lo que pareció una amplia distancia sin luz. Puso la mano sobre la suya. Al principio, él la mantuvo lacia, pero poco a poco fue cerrando los dedos en torno a los de ella. Las lágrimas nublaron los ojos de Wen y trazaron líneas en el maquillaje blanco. Ru había idolatrado a su padre. Jamás habría podido ser un cobarde. Había luchado sin Acero, Percepción ni ninguna de las habilidades que podrían haberle salvado la vida aquella noche. Y había ganado. Quizá aquella fuera la mayor tragedia de los guerreros de jade y sus familias. «Incluso cuando ganamos, sufrimos».

—Se está haciendo tarde, deberíamos volver —dijo Woon con delicadeza.

Cuando giraban para marcharse del panteón familiar, una figura apareció por el sendero, dirigiéndose hacia ellos. Wen oyó que Anden daba un respingo. El sol iluminaba al hombre por detrás, y durante unos segundos, Wen no pudo verle la cara en sombras. Pero reconoció la silueta, la forma de andar, la caída de los hombros.

Niko llevaba un traje negro y una bufanda blanca. Tenía el pelo más largo que antes, y su cara también había cambiado. Era más delgada y tenía una ligera barba, y en sus ojos había algo que no estaba antes; una suavidad lenta, acosada. Tenía veinte años cuando se marchó de Kekon, pero parecía haber envejecido una década en los casi tres años que había estado fuera.

Pasó al lado de todos y se detuvo al borde de la tumba de su hermano. Las lágrimas le llenaron los ojos y las dejó caer por las mejillas sin enjugárselas. Wen recordó que, cuando era niño, Niko raramente lloraba, y si lo hacía se escondía en su habitación.

—Lo siento, Ru —susurró—. Debería haber estado aquí para apoyarte. Deberíamos haber ido juntos a la universidad. Me equivoqué en tantas cosas… Lo… lo siento tanto…

Se volvió para enfrentarse a su familia, que lo miraba en silencio. Con pasos lentos se acercó a Hilo. Se arrodilló ante él.

—Tío, nunca he sido tan buen hijo como Ru. He hecho cosas que… Cosas inexcusables. Pero he vuelto a casa.

Wen no había visto a su hijo mayor desde la cena familiar de la noche de la graduación de Ru. La pena amortiguada que la había envuelto durante la pasada semana se abrió de golpe ante una ola de sentimiento. Sin pensar, sus pies se movieron y la llevaron hasta él con pasos rápidos. Cuando él la miró con aquellos ojos grandes y atentos, sintió el corazón en un puño.

—Mamá… —dijo Niko.

Wen levantó la mano y le dio una bofetada. Sonó como un disparo. Niko volvió la cara, pero no se encogió mientras la marca roja de la palma de Wen se le iba perfilando en la mejilla. Shae miró a Wen estupefacta, e incluso Jaya dio un respingo.

—Tres años —exclamó Wen—. Tres años sin visitas, ni llamadas, ni cartas, ni nada. —Desde que terminó el contrato inicial con SIG, diez meses antes, nadie de la familia había tenido noticias suyas. Quién sabía qué habría estado haciendo en ese tiempo.

—Me lo merecía —murmuró Niko—. Solo pensaba en mí mismo cuando me marché. Ru intentó decírmelo, pero yo… —Sus rasgos se tensaron con la emoción y no pudo seguir. Se rehízo con esfuerzo y levantó los ojos hacia Hilo, que lo miraba mientras una mezcla ilegible de emociones cruzaba su expresión. Niko unió las manos y se las llevó a la frente en saludo—. El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. ¿Podrás perdonarme y aceptarme otra vez como tu hijo?

Sin esperar la respuesta de Hilo, Niko desenvainó un cuchillo garra de la funda del cinturón. Inspirando profundamente, se agarró la oreja izquierda y pasó el cuchillo hacia abajo, empezando a cortar por el espacio entre la oreja y el cráneo.

Hilo disparó la mano y agarró la muñeca de Niko. Tenía los ojos fijos en el cuchillo. Durante un momento, ninguno se movió. La sangre le corría por el lado de la cara, le bajaba por el cuello y le empapaba la camisa. Niko temblaba de dolor. Lentamente, el pedestal le aflojó los dedos que sujetaban la empuñadura y le quitó el cuchillo.

—Nunca dejaste de ser mi hijo. —Hilo cerró la mano con fuerza, agarrándole el pelo, y le besó la frente; luego le hizo levantarse, cogió la bufanda y se la apretó contra la herida, sosteniéndola mientras una flor roja se extendía por la tela blanca—. Todos cometemos errores. A veces son errores terribles con los que nos cuesta muchísimo vivir. Pero aprendemos de ellos. Y quizá… —Se le ahogó la voz—. Quizá podamos perdonarnos el uno al otro.

INTERLUDIO TERCERO

La Carga de los Veinte

EN el último año de la guerra de las Naciones, el imperio de Shotar se apoyaba enormemente en su control del este del océano Amárico, y la isla ocupada de Kekon era su activo más importante. Por esa razón, la Carga de los Veinte, un acontecimiento famoso de la historia kekonesa que rara vez estudian los extranjeros, está considerada por algunos expertos un punto de inflexión del conflicto mundial con mucha más importancia de la que se le atribuye.

El ataque de la Sociedad de la Montaña a la base militar shotariana, bien fortificada, cercana a la actual Lukang, estuvo al borde del desastre absoluto. Los espías shotarianos alertaron con antelación del asalto, por lo que se perdió el efecto sorpresa. Los huesos verdes que avanzaban se encontraron con fuego de artillería y el doble de los defensores que esperaban. Los shotarianos dejaron un retén en la base, salieron a la zona circundante con efectivos superiores y rodearon la posición de los rebeldes.

Cuando Kaul Dushuron se dio cuenta de que sus hombres y él estaban atrapados y se enfrentaban a una masacre, reunió a sus veinte huesos verdes más fuertes, incluyéndose, y a sesenta de sus seguidores más débiles y menos experimentados.

—Esta es la auténtica prueba de nuestra hermandad —dijo—. Solo unidos, en nuestro momento más oscuro, podemos alargar la mano hacia el poder del Cielo y conseguir el favor de los dioses.

Los sesenta hombres menos poderosos entregaron voluntariamente el jade a su comandante y a sus compañeros más hábiles. Normalmente, portar mucho más jade del que podía soportar el cuerpo era llamar a la muerte por comezón, pero el efecto en la salud

no les preocupaba.

Aquella noche, los veinte huesos verdes elegidos se hicieron un corte en la lengua con el cuchillo para sellar su compromiso. Juntos, golpearon la base shotariana escasamente defendida con un salvajismo extremo y unas habilidades del jade extraordinarias, de tal modo que los testigos supervivientes afirmaron que saltaban por encima de las murallas y se movían demasiado deprisa para la vista de los enemigos; que esquivaban las balas y que mataban a los soldados con solo tocarlos. Veinte huesos verdes derribaron las puertas de la base y masacraron a casi trescientos hombres antes de que finalmente acabaran con ellos. Colgaron de la torre de guardia el cadáver destrozado de Kaul Dushuron.

Varios contingentes de soldados shotarianos corrieron a ayudar a defender la base. Cuando amaneció, las agotadas tropas vieron toda la fuerza de la Sociedad de la Montaña descender sobre ellos. Creyendo que todos los huesos verdes serían guerreros tan temibles y casi imposibles de matar como los veinte que fueron de avanzadilla, los defensores cayeron presos del pánico. Muchos soldados ni siquiera eran shotarianos, sino tunis, uwiwanos y otros reclutas forzosos mal entrenados llevados de otras partes del imperio. Al ver llegar la primer oleada del ataque, huyeron o se rindieron.

La Sociedad de la Montaña hizo correr la voz de la heroica Carga de los Veinte por todo el país, mediante emisiones secretas de radio, impresos y relatos transmitidos de boca a boca por toda la red de linternas. A los pocos días, todo Kekon estaba en rebelión abierta contra las fuerzas de ocupación que quedaban. Dos semanas más tarde, las hostigadas fuerzas shotarianas se retiraron oficialmente de Kekon.

En el posterior funeral de estado de Kaul Du, su apenado padre declinó hablar y pidió a su camarada, Ayt Yugontin, que lo sustituyera.

—Los hombres buenos son recordados con amor por sus amigos —declaró la Lanza de Kekon—. Los grandes guerreros son recordados con temor reverencial por sus enemigos.

Ayt subió al estrado a los dos hijos pequeños y a la viuda embarazada del héroe, y declaró que los descendientes de Kaul Du tendrían siempre el favor de los dioses. Se construiría una nueva escuela marcial y se nombraría en su honor para entrenar a futuras generaciones de huesos verdes para que protegieran Kekon y transmitieran su legado.

Capítulo 51

Suficiente

LULA mantuvo la mirada baja mientras la llevaban a presencia de Ayt Madashi. «Por favor, que sea hoy —rezó en silencio—. No puedo seguir haciendo esto». Pasó del creciente calor del mediodía a la sombra del pabellón y se sentó en su sitio habitual, con las manos unidas en el regazo. Levantó brevemente la mirada. El pedestal de Montaña llevaba un pañuelo de seda de color verde vivo que complementaba el jade enroscado en sus brazos desnudos. Para ser una mujer que mediaba la sesentena, Ayt seguía teniendo una forma física admirable. Tenía la piel arrugada, pero sin colgajos, y las canas de su melena formaban mechas plateadas. Sin embargo, cuando las líneas que le rodeaban los ojos se tensaban, parecía antigua y terrible.

El pedestal descruzó las piernas y se alisó un pliegue de los pantalones de lino. Cogió una tetera, vertió té con limón fresco en un vaso y lo dejó delante de Lula antes de llenarse otro. El gesto de consideración hacia un invitado honorable hizo que Lula inspirara con esperanza. Miró el grueso fajo de documentos que el pedestal había estado examinando y pudo ver que se trataba de transcripciones. Páginas y páginas de texto apretado con solo unas pocas secciones pertinentes subrayadas, marcadas con señaladores de cinta roja. Representaban cientos de horas de conversaciones grabadas en las reuniones y las llamadas telefónicas de Art Wyles, el director general de Recursos Globales Anorco, recogidas en las escuchas telefónicas y los dispositivos de grabación que Lula había instalado en las viviendas del ejecutivo espenio.

—¿Cómo está tu familia, Lula? —preguntó el pedestal.

—Todos bien, Ayt-jen —respondió Lula en voz baja—. Las nuevas

medicinas de mi madre están ayudando, y ahora que viene también una enfermera, mi hermana puede volver a trabajar. Están contentas en su nueva casa. —Era apropiado que, cada vez que se reunían, el pedestal le recordara lo mucho que había mejorado la fortuna de su familia—. Como siempre, ruegan a los dioses que su resplandor ilumine a Montaña, y te agradecen tu generosidad.

—Deberían darte las gracias a ti —dijo Ayt con naturalidad, inclinándose para beber un trago del vaso—. Es tu trabajo para el clan lo que los ha recompensado. —Y bruscamente—: Mírame cuando te hablo. Sabes que odio esa expresión recatada tuya.

Lula apretó los labios y se obligó a alzar la mirada.

—Lo siento, Ayt-jen, se ha convertido en una mala costumbre. —Había descubierto que a los extranjeros les gustaba que actuara como sobrecogida ante su presencia, pero en aquel momento no estaba actuando. ¿Cómo no iba a estar nerviosa sentada ante la imponente mujer que controlaba absolutamente su vida?

—¿Qué has descubierto desde la última vez que hablamos?

—El primer ministro Waltor ha aprobado oficialmente los nombramientos del gabinete. El señor Wyles será el ministro de Comercio Exterior a final de mes.

—¿Y dejará de ser el director general de Anorco?

—Las leyes de Espenia se lo exigen, para evitar conflictos de intereses. Pero conservará una participación de control en el conglomerado y seguirá siendo presidente emérito de la Sociedad Armamentista. En cuanto a la Operación Cortafuegos, ha puesto a Jim Sunto, su socio kekoespenio y gerente de SIG, al cargo del contrato con el Ministerio de la Guerra.

El pedestal asintió.

—¿Qué hay de su acuerdo con la bandas?

—Seguirá blanqueando dinero para la banda de la calle Baker a cambio del porcentaje habitual. Las bandas siguen comprando jade a Anorco a un precio fijo garantizado, y lo mueven en el mercado negro. Además, el señor Wyles recibirá un aumento en los pagos mensuales por ser el amigo influyente de Joren Gasson en Adamont Capita. —Wyles nunca le había contado nada de aquello directamente, pero Lula había ido encajando las piezas con el tiempo, escuchando a escondidas las llamadas con el «Pequeño Jo», preguntando a Wyles por sus amigos de la infancia en Puerto Massy y fijándose en que, cuando viajaban a Marcucuo, se reunía con espenios de traje negro que le daban maletines con fajos de thalires—. Wyles está tomando más precauciones ahora para mantener su asociación en secreto. Ya no se reúne ni se comunica con Gasson directamente, y no se deja ver cerca

de él.

La prensa espenia retrataba a Art Wyles como un testigo de la Verdad devoto y un hombre hecho a sí mismo que procedía de una familia pobre de un barrio duro de Puerto Massy y había llegado a ser rico y poderoso gracias a su instinto para los negocios y las inversiones inteligentes. Lula, que por necesidad había tenido que estudiarlo, estaba sorprendida de que los espenios quisieran creerse aquel cuento de hadas, o que al menos estuvieran dispuestos a ignorar convenientemente los rumores y las pruebas que indicaban otra cosa.

Los kekoneses sabían que ningún hombre ascendía sin patrocinio ni protección. El oligarca Wyles debía su éxito temprano a la banda de la calle Baker, el grupo del crimen organizado más grande, rico y bien conectado políticamente de la República de Espenia. Ayt Mada no lo sabía con certeza cuando encontró a Lula y la puso en el camino del extranjero, pero los descubrimientos de la cortesana no la habían sorprendido. Sin embargo, obtener suficientes pruebas grabadas para que tal conocimiento fuera útil había llevado años.

A Lula le temblaron las manos, agitando los cubos de hielo en el vaso, cuando bebió un trago de té frío para intentar ahogar la ansiedad que le oprimía el estómago. Cada vez que acudía a la mansión de Ayt para presentar su informe, se marchaba con unas palabras del pedestal que la hacían caminar arrastrando los pies: «Aún no tenemos lo que necesitamos. Tendrás que volver y conseguir más».

Así que volvía. Una y otra vez, a seguir siendo la amante del extranjero. Le cogía la polla y se la metía en la boca, en el coño, en el culo. Fingía que le gustaba, y que le gustaba él. Aprendió a mentir con fluidez en espenio, para susurrar que era el mejor amante que había tenido, que tenía muchísima suerte y estaba agradecida por que se hubiera fijado en ella y la hubiera hecho suya, le diera cosas tan bonitas y la tratara tan bien. Acompañaba a un hombre cuarenta años mayor a los viajes de negocios y se alojaba con él en hoteles de cinco estrellas. Instaló escuchas en sus casas de Marcucuo y Karandi, pero no en la de Espenia; Wyles tenía esposa e hijos allí, y otra amante, así que Lula no había pisado aquel país. Fingió convertirse a la Iglesia de la Verdad Única, fue a las ceremonias con Wyles y murmuró en otro idioma las palabras de adoración a un Dios y un Vidente extranjeros. Lo engatusó para que le hablara de sus amigos, sus negocios y sus ambiciones políticas. Fingió que le costaba trabajo expresarse en espenio y que no entendía lo que decía la gente, para que todos hablaran con libertad delante de ella, con el sentimiento de seguridad que tiene una persona hablando delante de un gato.

Cuando Wyles estaba fuera de Kekon, Lula podía fingir que era

libre. Estudiaba canto y soñaba con ir a la universidad y tener algún día una profesión de verdad como profesora de música. Podía estar con Sumi e imaginar un futuro con ella. Sumi lloraba por la trampa en la que estaban y juraba que esperaría, pero Lula sabía que nadie poseía una determinación infinita. Cada vez que sonaba el teléfono y era el extranjero pidiéndole que volviera a su casa, se extinguían sus frágiles ilusiones de felicidad.

Hizo la pregunta que había estado temiendo.

—¿Tienes suficiente, Ayt-jen?

Ayt Mada miró la pila de pruebas que tenía delante, una de las muchas que Lula le había proporcionado a lo largo de los años.

—¿Tengo suficiente? —El pedestal contempló los estanques perfectamente inmóviles y las rocas cuidadosamente dispuestas del jardín con expresión pensativa y lejana—. ¿Es suficiente alguna vez? —Su mirada volvió a Lula y se posó sobre ella como si fuera una estatua moderadamente interesante—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro, Ayt-jen. —Tenía diecisiete cuando la descubrió Wyles.

Por la cara del pedestal pasó una expresión que Lula no comprendió del todo. ¿Nostalgia? ¿Lástima?

—Todavía eres joven —dijo Ayt—. Disfrútalo mientras puedas.

Era lo más cercano a un reconocimiento de sus sacrificios que hubiera expresado jamás. Lula había entregado siete años de su juventud para ser la puta de un extranjero, una rata blanca para el clan Montaña. Sospechó que era la única rata blanca del clan que informaba directamente a Ayt Mada; un gran honor, sin duda. Agradecía todo lo que había hecho el clan por su familia. Y odiaba al pedestal con el odio tranquilo y resignado que siente un conejo hacia sus depredadores.

Ayt Mada llamó con un gesto a uno de sus guardaespaldas huesos verdes y le pidió que le llevara un teléfono.

—Lo has hecho bien, Lula —dijo—. Tengo lo que necesito. Vete a casa con tu familia. No tendrás que preocuparte por que el extranjero te vuelva a llamar.

Lula cayó de rodillas y apretó la frente contra el suelo de madera del pabellón.

—Gracias, Ayt-jen —jadeó entre lágrimas. Se irguió y saludó con manos temblorosas—. Que el resplandor de los dioses te ilumine.

El guardaespaldas regresó y le tendió un teléfono sin cable al pedestal, que ya había dejado de mirar a la otra mujer. Ayt pasó las páginas de una libreta mientras marcaba. La sollozante cortesana bien podía haber dejado de existir. Mientras Lula se levantaba y se alejaba

del pabellón por última vez, oyó a Ayt Mada dirigiéndose al aparato.

—Iwe-jen —dijo Ayt—, es hora de que pongamos en marcha eso que hemos estado planeando.

Capítulo 52

El final de una búsqueda

Año vigesimosexto, quinto mes

NIKO entró en aquel tugurio de Lavamoneda y arrugó la nariz por la peste a orina de la escalera. Las zonas más pobres de Yanlún no eran tan malas como algunos de los lugares más desesperados que había visto en sus viajes por el mundo, pero seguían siendo lugares que evitarían casi todos, incluidos los huesos verdes. Demasiado oscuro para ver el verde, como decía el refrán. Literalmente en aquel caso, pues las luces del pasillo estaban fundidas.

Los dos guardaespaldas huesos verdes que le había asignado el pedestal siguieron de cerca a Niko hasta la segunda planta, donde encontró el piso que estaba buscando y llamó a la puerta. No hubo respuesta, pero podía sentir que había alguien dentro. Volvió a llamar.

—Lárgate —dijo una voz apagada al otro lado. No había cerradura en la puerta, así que Niko abrió aquella débil barrera y entró en la habitación.

Un hombre de mediana edad, en pantalón corto y camiseta sucia, estaba tirado en la moqueta raída, delante de un sofá destartalado, mirando un pequeño televisor colocado encima de una caja de madera volteada. El olor a moho y cerveza rancia llenaba el espacio sin ventanas. Había varias botellas de licor vacías tiradas por el suelo. El hombre miró a Niko con hostilidad indiferente.

—¿Eres Betin Rotonodun? —preguntó Niko.

El borracho hizo una mueca con la mitad de la cara. La otra mitad siguió laxa.

—Nadie me llama así —bufó. Apartó la mirada y bebió un trago de la botella de cerveza que tenía en la mano—. ¿Quién cojones eres?

¿Eres del gobierno?

—Soy del clan Sin Cumbre —dijo Niko—, y tengo que hacerte unas preguntas.

Aquello captó la atención del hombre. Se enderezó con una sacudida y miró a Niko con atención; los ojos inyectados en sangre parecieron agrandarse hasta adquirir el tamaño de lichis cuando se posaron en la larga tira de cuentas de jade que colgaba del cuello del visitante.

—Eres… —Parpadeó dos veces y se humedeció los labios—. Un Kaul.

Niko ordenó con un gesto a sus guardaespaldas que se quedaran en el pasillo. Cruzó la minúscula habitación y apagó el televisor. Al ver un taburete al lado de la pared, fue hasta él y se sentó de frente a su interrogado, que siguió en el suelo, mirando aún con incredulidad.

—No ha sido fácil encontrarte, señor Betin —dijo Niko.

—Bero —corrigió secamente—. Nunca uso el otro nombre, ni le debo nada al cabrón que me lo puso. ¿Cómo lo conoces tú? —Se le había acelerado el pulso, hasta Niko podía Percibirlo, pero no parecía exactamente asustado. Nervioso. Quizá emocionado—. ¿Sabes quién soy?

Niko asintió. Se sacó del bolsillo una grabadora digital y la dejó en el borde de la caja, al lado del televisor.

—Eres Siluro. Fuiste el espía de los militares espenios que les estuvo dando información sobre el Movimiento por un Futuro Sin Clanes durante varios años, hasta el día del atentado de Yanlún. Después desapareciste de todos los registros, así que supongo que te sacaron de aquí y te dieron una identidad nueva. Pero usaste tu nombre legal para solicitar ayudas del Estado y así supe que habías vuelto a Yanlún.

Bero lo miró con la boca abierta. Niko no podía culparlo por estar asombrado. Lo del atentado de Yanlún había ocurrido hacía doce años. El Movimiento por un Futuro Sin Clanes aún existía, pero había quedado reducido a escombros. La Guerra Lenta, que llevaba décadas en marcha, había conllevado un coste extraordinario en dinero y vidas en guerras por todo el mundo, pero si bien no estaba llegando a una resolución definitiva, al menos había entrado en un estado de letargo con el atrincheramiento de los ygutanos y la negociación de retiradas bilaterales de los conflictos en el extranjero. El antiguo espía probablemente se figuraba que nadie intentaría encontrarlo. Incluso el gobierno espenio parecía afirmar tácitamente esa creencia, ya que había desclasificado la mayoría de los documentos de más de diez años de antigüedad.

Pero el clan Sin Cumbre tenía buena memoria a largo plazo y guardaba los rencores un plazo más largo aún. Su tía Shae le había encargado una tarea inusual: usar la nueva información desclasificada que había obtenido el clan para seguir la pista de primera mano a las actividades secretas de la República de Espenia en Kekon anteriores e inmediatamente posteriores al atentado de Yanlún. Le había asignado un par de ayudantes para el proyecto, que todos sabían que implicaría llegar a un montón de callejones sin salida. Niko era consciente de que el hombre del tiempo lo estaba poniendo a prueba, pero eso no lo molestaba. Un trabajo detectivesco metódico y de larga duración, lejos de la atención pública, le parecía perfecto.

Por desgracia, después de seis meses, Niko aún no tenía pruebas concretas de las actividades de la República de Espenia que pudieran ayudar a corroborar las sospechas del hombre del tiempo. Los dos operativos de inteligencia militar que había rastreado se negaron a hablar con el falso periodista que les mandó. La República de Espenia usaba nombres en clave para sus informantes; a veces podía determinar sus identidades, pero en la mayoría de los casos no pudo dar con ellos. El archivo de Siluro había llegado con una copia de una detención por vandalismo anticlanes, de modo que pudo cruzar la referencia con la base de datos de la policía de Yanlún, pero fue pura suerte que el nombre legal de Bero hubiera aparecido recientemente en el sistema gubernamental, y solo, al parecer, porque era un alcohólico indigente que sobrevivía gracias a la asistencia social.

—Quiero saber cosas sobre tu antiguo trabajo para los espenios —dijo Niko—. Con todo el detalle posible.

Bero guardó silencio casi todo un minuto. Luego soltó una carcajada, un ladrido áspero de alegría incrédula.

—¿Eso es todo?

—Te pagaremos, si eso es lo que preguntas. —Niko se sacó un sobre del bolsillo de la pechera y lo dejó al lado de la grabadora. Parecía un desperdicio del dinero del clan; estaba razonablemente seguro de que el hombre se gastaría en alcohol hasta el último dien.

Bero miró el sobre y luego a Niko. Una expresión extraña le cubrió la cara deformada, una ligera ansiedad desquiciada, mientras se inclinaba hacia delante y dejaba escapar un apestoso suspiro de satisfacción.

—Claro, keke, claro. Te lo contaré todo.

—Bien. —Niko encendió la grabadora—. ¿Conoces a un hombre llamado Vastik eya Molovni?

Cuando volvió a Yanlún, Niko no esperaba que el clan le diera la bienvenida ni que lo perdonara. De hecho, no lo habían perdonado.

Muchos detractores, dentro y fuera de Sin Cumbre, habían hecho conjeturas poco amables y a veces indignantes: que había regresado porque se le había acabado el dinero; que era un agente extranjero que volvería a traicionar a su familia; que tenía una amante secreta y no se podía casar hasta haber recuperado su posición en el clan, y varias teorías más.

Niko no podía hacer nada con los cotilleos, salvo soportarlos e intentar impedir que le afectaran. Realizó la penitencia más dolorosa que se le pudo ocurrir, peor que cortarse la oreja por lo que a él respectaba: aceptó entrevistas en la televisión, la radio y los periódicos, en las que habló sinceramente sobre su decisión de marcharse y su decisión de volver. Una y otra vez pidió disculpas públicas por haber herido y decepcionado a su familia y al clan, y prometió que a partir de entonces haría cuanto pudiera por demostrar que era un hijo digno y un heredero potencial.

Sus dolidos padres no habían sido de mucha ayuda al principio. El pedestal aceptó oficialmente su regreso al clan, pero aparte de eso se mantenía distante, y Niko no esperaba que su madre lo perdonara, teniendo en cuenta que no había estado allí para proteger a Ru cuando más importaba.

Pero aguantó a pesar de todo. Con el tiempo, las quejas furiosas de los escépticos se irían apagando, siempre que bajara la cabeza y demostrara que podía respaldar sus intenciones con actos. Había hecho lo que Ru sugirió una vez: asistir a la Real Jan a tiempo parcial y progresar sin prisa pero sin pausa hasta una doble licenciatura en economía y en gestión organizativa. Durante dos años trabajó por las noches en el lado militar del clan. Irónicamente, todo el entrenamiento y la experiencia que había conseguido durante su trabajo para SIG habían mejorado su confianza marcial, y sus motivaciones eran diferentes ahora. Ascendió a puño en seis meses, despejando la duda de si su poco destacable rendimiento anterior había sido un problema de falta de habilidad.

Con la aprobación de su tía Shae, empezó a seguir a Terun Bin, el jefe de los hacedores de fortuna del clan, para aprender sobre el lado del clan instalado en la calle del Barco. Poco después, el hombre del tiempo empezó a darle trabajo para que hiciera a su ritmo, incluido aquel proyecto de seguir viejos rastros de pistas. Recientemente había empezado a asistir como observador a las reuniones de su tía con los linternas y otros participantes del clan.

En los tres años que habían pasado desde su regreso a Yanlún, Niko había hecho con decisión todo lo que se podía esperar de él, y más.

—Antes eras tan arrogante, siempre queriendo ignorar las reglas y hacer lo que quisieras… Ahora eres una hormiguita trabajadora que no parece dormir —dijo Jaya, en un inesperado momento de preocupación fraternal por él—. ¿Qué te ha pasado?

—Ya no soy un adolescente malhumorado como antes. He crecido y he ganado perspectiva. Eso es todo.

Era una respuesta superficial; la verdad era más complicada y no era nada que estuviera seguro de poder explicar. Había dejado Kekon en busca de lo indefinible. Un sentido de quién era, independiente del clan. Una respuesta a la incordiante pregunta de quién habría podido ser si su tío no se lo hubiera arrancado a su madre biológica y lo hubiera convertido en el hijo mayor de la familia Kaul. Se unió a SIG imaginando que los extranjeros tenían razón: el mundo de los huesos verdes era brutal y anticuado, nada que ver con el resto del mundo.

Ahora estaba mejor informado. Había jade, sangre y crueldad en todas partes.

Tras dejar SIG, había vagabundeado sin un destino en mente, perseguido allá donde fuera por recuerdos culpables y el vago temor de estar mancillado por quebrantar el aisho y no poder regresar nunca a casa por miedo a arrastrar de vuelta la impureza. Había viajado al este, cruzando el continente de Orius, y había pasado dos meses en Lybon, en Stepenland, con la esperanza de despertar alguna conexión reveladora con la ciudad en la que había nacido. Era un lugar agradable, totalmente extranjero, donde rara vez veía algún kekonés. No sintió nada allí.

Se marchó y cruzó el océano hasta Karandi; luego fue al continente de Espenius, y luego al sur, a Alusius. Por el camino hacía trabajos de poca monta para ganar algo, más por ocuparse en algo que porque necesitara el dinero de verdad. Cortó leña y apiló cajas, limpió mesas y fregó suelos. Llevaba el jade oculto, como un ladrón.

Llevaba un tiempo viviendo en un motel, frente a una playa tranquila del lado alusio del mar Mesumio, cuando recibió una llamada de Teije Inno, una de las pocas personas con las que había mantenido contacto tras dejar SIG y que sabían dónde estaba. Por teléfono, Teije pidió disculpas. Le dijo que durante todo el tiempo que se habían conocido y habían sido amigos, había sido una rata blanca del clan Sin Cumbre. Ahora lo llamaba en nombre del cuerno para darle la noticia de que habían matado a su hermano.

Cuando Bero acabó de hablar, Niko asintió y apagó la grabadora.

—Has sido muy útil —dijo. Se sacó un bolígrafo del bolsillo y escribió algo en el sobre que había dejado al lado del televisor—. El dinero es tuyo, pero te apunto un teléfono de la oficina del hombre del

tiempo. Si llamas mañana por la mañana y dices quién eres, tendrán órdenes mías de que te busquen un lugar para vivir mejor que este vertedero. Habrá tres meses de alquiler pagados. Puedes usar ese tiempo para dejar la bebida, buscar trabajo y, quizá, mejorar tu vida. O puedes gastarte el dinero en alcohol y emborracharte hasta morir en un entorno un poco más agradable. La oferta es solo para mañana. Tú decides. —Se levantó para marcharse.

—¿Ya has acabado? —Bero parecía decepcionado, casi enfadado. Cuando Niko llegó a la puerta, lo llamó—. ¡Eh, espera! Me has hecho muchas preguntas, así que yo quiero hacerte una. Es justo, ¿no? —Niko se volvió. Bero se estaba poniendo en pie, con los ojos inyectados en sangre fijos en una mirada temeraria—. Llevas un collar realmente bonito. Un aspecto verdaderamente distintivo. Dime una cosa: ¿cómo conseguiste ese jade?

Niko llevó una mano a la línea de cuentas que le rodeaba el cuello, todas las piedras idénticas y sin tacha montadas en una cadena de plata, intercaladas con cuentas negras.

—Era de mi padre —dijo Niko—. Lo gané pieza a pieza demostrando mi valor para el clan.

Bero soltó una risilla extraña.

—Tu padre era Kaul Lan, el pedestal de Sin Cumbre. Tú eres su hijo.

—Así es como funciona normalmente, sí —dijo Niko con impaciencia.

El hombre lo señaló.

—Reconocería ese jade en cualquier parte, porque lo tuve en el cuello. —Se apuntó con el dedo, orgulloso—. Yo fui más que una herramienta de los extranjeros, ¿sabes? Antes de eso fui contrabandista y ladrón, saqueador de tumbas y, por encima de todo, asesino. Todo el mundo, a mi alrededor, acaba dando de comer a los gusanos. Soy un puto semidiós de la muerte, keke. Probablemente he matado a más gente que la mayoría de los huesos verdes. Seguro que a más gente que tú. —La sonrisa de Bero era el rictus de una calavera blanqueada—. Hace mucho tiempo, Montaña me mandó a por tu padre. Lo hice por el jade. Ese jade. Lo encontré en las Dársenas y apreté el gatillo. Yo empecé la guerra de clanes hace todos esos años. Yo soy la razón por la que eres huérfano. Y aquí estamos. —Rio como una hiena herida—. Los dioses están atando por fin los cabos de su comedia enfermiza.

Cuando Niko entró en la habitación, el hombre tirado en el suelo era una figura cansada y acurrucada, envuelta en una amarga apatía. Ahora estaba de pie, erguido, con el pelo ralo cayendo sobre unos ojos

oscuros que brillaban en un pozo sin fondo de rabia y desesperación, creado por haber mirado demasiado tiempo a un abismo y no haber encontrado nada. La cara sudorosa llevaba el sello de locura de un hombre que se apretaba un cuchillo contra el propio cuello y gritaba, desesperado por que lo reconocieran al final de todo.

—¿Y bien? —Bero se inclinó alarmantemente hacia Niko, como si se dirigiera a la ventana de un edificio—. ¿No tienes nada que decir? ¿No puedes usar tu Percepción para saber que digo la verdad? Si has creído todo lo que te he dicho antes, tienes que creerme ahora. ¿No vas a…?

Con un seco movimiento de la muñeca, Niko disparó una corta Desviación horizontal que golpeó a Bero en el centro del cuerpo como si se hubiera estampado contra un poste. Bero se quedó sin aire y cayó de culo. Levantó la mirada con ansia, esperando el siguiente golpe, pero Niko no se había movido.

—¿Crees que puedes provocar a un huesos verdes para que se descontrole y te mate sin más? —Niko hablaba con desprecio tranquilo pero asombrado—. ¿Solo porque pueda romperte el cuello, esperas que te haga el favor? ¿De verdad crees que eso haría que tu lamentable vida fuera más dramática o significativa?, ¿que te matara el clan Sin Cumbre?

La conmiseración de Niko desconcertó y enfureció a Bero.

—¿No lo entiendes? Soy todo lo que los huesos verdes odian y quieren aplastar —gruñó. Se levantó, jadeando y sujetándose el abdomen—. ¡Es porque no me conformo con no ser nadie! Soy alguien, ¿me oyes? No soy como todos esos otros maricas que se conforman con las migajas. ¡He hecho cosas! Voy a por lo que quiero y lo consigo como sea. ¡Eso es quien soy, joder!

De pronto cayó de rodillas y escondió la cara en las manos.

—No voy a darte lo que quieres —dijo Niko con sequedad—. Pasa página. Desea algo diferente.

—¿No has oído lo que he dicho, cabrón? ¿Qué clase de huesos verdes eres? —Saltaron burbujas de saliva mientras levantaba la cabeza con una sacudida. Irguió los hombros—. ¡Yo maté a tu padre!

—No —dijo Niko con rotundidad—. Nunca conocí a mi padre, pero era una buena persona, un pedestal respetado y uno de los huesos verdes más poderosos que nadie pueda nombrar. Eso es lo que me han contado toda la vida y eso es lo que elijo creer. El clan Montaña lo asesinó, pero la verdad es que a un hombre solo pueden derribarlo sus propios defectos, al enfrentarse a una fuerza que escapa a todo control. No alguien como tú.

Los guardaespaldas del pasillo no se habían movido a pesar de los

gritos, ya que aquel borracho sin jade y desarmado no era ninguna amenaza y no Percibían alarma en su jefe.

Niko miró con frialdad a Bero, que se quedó observándolo con muda incredulidad.

—No eres de un clan de huesos verdes, así que no lo comprendes —explicó Niko, como si se estuviera dirigiendo a un niño poco espabilado—. Acabar con vidas por venganza es una decisión importante. No faltaré al respeto del recuerdo de mi padre tomándome en serio lo que has dicho. Si quieres acabar con tu vida, hazlo tú mismo, pero no te engañes creyendo que tuvo significado.

Niko salió de la habitación, y después del edificio, acompañado por sus guardaespaldas. Estaba profundamente alterado. No por lo que había dicho el borracho, sino por lo que había visto en aquellos ojos vacíos. Incluso una ruina de hombre como Bero, hundido en lo más bajo de la sociedad, seguía alojando un deseo intenso y enloquecedor de formar parte de un gran mito. Era un mito que gobernaba Kekon y a su gente hasta los huesos, que dirigía la obsesión de la sociedad con el yugo de la verditud, que incluso seducía a extranjeros que nunca podrían entenderlo plenamente.

Clanes y jade; asesinato y venganza; cargas, enemistades y fracasos pasaban de padre a hermano y a hijo; para Niko, nada de aquello era un mito en absoluto, sino parte de su experiencia vital, verdades ineludibles pero maleables, y para aceptarlas había necesitado un mundo de búsquedas.

Capítulo 53

Viejos secretos

SHAE había estado esperando pacientemente la inevitable petición de que se reuniera con la embajadora espenia. Acudió con Niko. En el coche, durante el trayecto de la calle del Barco al Barrio Monumental, puso a prueba a su sobrino.

—¿Cómo crees que deberíamos enfocar esta reunión?

Niko entrecerró un ojo pensativamente, una expresión que siempre le recordaba a Lan.

—Los espenios nunca solicitan una reunión a menos que quieran algo, pero siempre están dispuestos a dar algo a cambio. Será una oferta que considerarán suficiente para conseguir nuestra colaboración. El actual gobierno de la República de Espenia, a diferencia de los anteriores, parece más interesado en el dinero que en el jade, lo que puede ser bueno para nosotros, ya que será más fácil regatear con ellos. Pero también estamos en una posición delicada. No podemos ceder a sus exigencias, pero ahora que el proyecto de ley de despenalización del jade va a presentarse por fin ante la Asamblea Nacional, tampoco queremos hacer nada que ponga en peligro nuestra relación.

Shae asintió, complacida por la astuta respuesta.

—Ya veo que te mantienes al día con las noticias. —Niko se había estado aplicando en el aprendizaje del funcionamiento del clan con una dedicación que había sorprendido a todos. Shae sospechaba que encajaba la pérdida de Ru ocupándose con el trabajo todas las horas que pasaba despierto. No estaba segura de que fuera muy sano para él, pero tampoco podía quejarse de sus logros.

El edificio de la embajada espenia era un cubo de cristal moderno

y reluciente, con una docena de banderas de la República de Espenia en lo alto de la puerta de acero y que eclipsaba intencionadamente a las demás, más modestas, delegaciones diplomáticas extranjeras del Barrio Monumental. Tras pasar por seguridad, llevaron a Shae y Niko al salón privado de la embajadora, una estancia soleada pero formal con sillones de respaldo alto y retratos de primeros ministros espenios famosos en las paredes.

La embajadora Lonard les dio la bienvenida y les presentó al coronel Jorgen Basso, el recién asignado oficial al mando de la base naval de Euman. En los años en que Shae había sido hombre del tiempo había tratado con siete embajadores de la República de Espenia y tres comandantes militares. Recordaba lo nerviosa que había estado la primera vez que se reunió con el embajador Gregor Mendoff y el coronel Leland Deiller en el club Linterna Blanca, el escepticismo descarado que habían mostrado con aquella joven inexperta como hombre del tiempo. Los dos hombres se habían marchado hacía mucho, retirados a su país natal.

Lonard y Basso saludaron a la veterana hombre del tiempo a la manera kekonesa, y luego le estrecharon la mano y le dieron las gracias por reunirse con ellos. Shae no presentó a Niko, pues lo había llevado como observador. Niko colocó su silla a la izquierda y un poco detrás de Shae.

La embajadora Lonard era una mujer de cara alargada, labios finos y rectos y cejas oscuras sobre ojos carentes de humor. Era al menos diez años más joven que Shae, pero se comportaba con la confianza sencilla de un viejo halcón político. Se sentó con la espalda recta y unió las manos sobre una rodilla.

—Señora Kaul —dijo—, esperaba que su pedestal se reuniera con nosotros también.

—Mi hermano está ocupado hoy —dijo Shae. Hilo seguía odiando las chorradas diplomáticas—. Su predecesor debería haberle explicado que, como hombre del tiempo, hablo en nombre del pedestal. —Dirigió a los extranjeros una sonrisa cortés y expectante—. ¿Qué puede hacer el clan Sin Cumbre por nuestros amigos espenios?

La embajadora ordenó con un gesto a un asistente que cerrara la puerta del salón. Giró sobre goznes silenciosos.

—Supongo que conoce la situación que se ha estado desarrollando en la isla de Euman.

—Si se refiere al campamento de protesta, sí, estoy al tanto —dijo Shae.

El coronel Basso, un hombre grande, calvo, de piel morena y con gafas, quizá de ascendencia tomasciana, intervino con malhumorada

indignación.

—Hay más de dos mil civiles acampados a un par de kilómetros de la base militar de la República de Espenia, y durante el último mes, cada día se han unido más. Representan un peligro inaceptable para la seguridad.

—No están en su propiedad —respondió tranquilamente Shae—. Esa parte de la isla de Euman es, históricamente, una zona indígena. El año pasado, el Consejo Real aprobó una ley para restablecer la administración abukei. Las personas que se han reunido allí cuentan con el permiso de los líderes tribales, en protesta por la minería marítima del jade, que sigue en marcha a pesar de los años de oposición en todo el país.

Los finos labios de la embajadora Lonard desaparecieron por completo cuando los apretó.

—Una turba descontrolada no es la mejor manera de tratar un asunto tan complejo.

Shae arqueó las cejas.

—No hay nada complejo en esto. El asunto persiste porque el gobierno espenio sigue apoyando las operaciones explotadoras de Anorco.

En los pasados doce años, ni los esfuerzos diplomáticos realizados por el gobierno kekonés ni los intentos constantes de los clanes de destruir los barcos mineros habían tenido éxito. Las tribus abukei locales, hartas de la destrucción medioambiental de las aguas en las que pescaban, habían organizado una protesta que había ganado con rapidez un amplio apoyo del público.

La embajadora Lonard se negó con habilidad a dejarse llevar hacia la desavenencia subyacente.

—Mi preocupación inmediata es la seguridad de los ciudadanos espenios y kekoneses que podrían verse en peligro si esta reunión intencionadamente provocadora se vuelve violenta.

Shae no se molestó en señalar que la embajadora, probablemente, estaba más preocupada por la cobertura de prensa del «punto muerto de Euman», como lo habían bautizado los medios. Los espenios preferían no llamar la atención del público sobre el hecho de que seguían teniendo una presencia militar considerable en el país, a pesar de las promesas al gobierno kekonés de que reducirían sus efectivos como parte del esfuerzo internacional por poner fin a la Guerra Lenta.

—¿Qué quieren que haga el clan Sin Cumbre? —dijo, recostándose en la silla.

La embajadora Lonard y el coronel Basso cruzaron una mirada, como si la respuesta fuera evidente pero Shae estuviera siendo

obstinada, cosa que, en efecto, era. Ya sabía lo que estaban pidiendo los extranjeros, pero quería que lo dijeran en voz alta.

El coronel dejó de andarse con rodeos.

—Dispersar el campamento y convencer a los manifestantes para que se marchen.

—Por la fuerza, si es necesario —añadió Shae por ellos.

—Los huesos verdes son perfectamente capaces de usar la fuerza —señaló Lonard—. Aunque confío en que una enérgica muestra de intenciones sea suficiente para controlar la situación.

Aunque aquella solicitud era exactamente lo que esperaba Shae, se sintió profundamente ofendida y llena de una ira fría que controló y concentró cuidadosamente en su respuesta.

—En los veintiséis años que he sido hombre del tiempo de Sin Cumbre he visto pasar por muchas etapas las relaciones entre nuestros países. En algunos sentidos somos amigos más cercanos que nunca. Pero la amistad es algo de lo que se puede abusar. Cuando eso ocurre, puede llevar a rencores e incluso a la enemistad. Espenia ha pedido a Kekon jade, soldados, tierras, apoyo militar y concesiones políticas. Y ahora está sugiriendo que los huesos verdes se vuelvan contra la gente a la que protegen. La mayoría de los manifestantes acampados en la isla de Euman son civiles sin jade. Nos estáis pidiendo que quebrantemos el aisho.

El coronel Basso bajó la mirada, incómodo por la franqueza de Shae, pero la embajadora Lonard no.

—Señora Kaul, tengo un doctorado en estudios sobre el este del Amárico. He vivido años en Kekon y he aprendido lo suficiente sobre el país y sus clanes de huesos verdes para decir con confianza que el aisho es un ideal que… no siempre es alcanzable ni se obedece estrictamente. —La espenia inclinó la cabeza y sostuvo la mirada de Shae—. ¿Puede afirmar honradamente que los huesos verdes, incluida su familia, nunca ha forzado los principios morales en su propio interés? ¿No han castigado brutalmente a disidentes anticlanes, a portadores de jade no autorizados y a competidores extranjeros, sin el menor escrúpulo moral? —De repente habló, inesperadamente, en kekonés fluido—: «Oro y jade no se mezclan». ¿Realmente ha sido verdad alguna vez?

El silencio del hombre del tiempo fue lo bastante largo para que Lonard lo tomara como una respuesta. Volvió a hablar en espenio.

—Su clan y sus partidarios en la República de Espenia llevan mucho tiempo intentando que se cancele la prohibición de que los ciudadanos posean jade bioenergético en Espenia. Hace un decenio habría dicho que era imposible, pero, lo reconozco, la percepción y la

actitud del público han cambiado a lo largo de los años.

La creciente aceptación de las prácticas médicas kekonesas, la larga estrategia de marketing de WBH Focus, la emisión mundial de los deportes de jade de Marcucuo, lo que habían avanzado la seguridad y la eficacia del SN2 y, ahora, las habilidades de los huesos verdes mostradas de forma espectacular en los cines para cautivar al público, eran fuerzas que, unidas, habían transformado el jade a ojos de los espenios. Una mayoría creía ahora que debería regularse en vez de prohibirse.

La embajadora Lonard se dio unos golpecitos en la rodilla con los dedos.

—El proyecto de ley de despenalización se votará en la Asamblea Nacional el mes que viene. Si se aprueba, todavía tendrá que convertirse en ley mediante la firma del primer ministro Waltor. Podría oponerse y ejercer su veto ejecutivo. Por otro lado, si Waltor apoya la propuesta antes de que se realice la votación, su aprobación estará prácticamente garantizada.

Shae pensó que los espenios más inteligentes eran puños, a su manera; empuñaban palabras y dinero en vez de espadas luna y cuchillos garra. Lonard sonrió con fría persuasividad.

—Si nos ayudan con el problema de la isla de Euman por el bien de la seguridad de todos —continuó—, estoy segura de que el primer ministro asegurará la aprobación de una ley que sin duda beneficiará sus intereses comerciales.

Shae no le devolvió la sonrisa. Unos cuantos puntos positivos afortunados en los negocios de Sin Cumbre (la recuperación del mercado inmobiliario, el crecimiento de la ciudad de Toshon y el éxito de la industria cinematográfica) habían compensado parte de los daños recibidos como resultado de la pérdida de las perspectivas del clan en Shotar. Pero no cabía duda de que la seguridad jurídica a largo plazo de los activos del clan en Espenia era más necesaria que nunca. Shae había subestimado el conocimiento de Lonard. La petición de la embajadora no era ignorante, sino totalmente informada. El coronel Basso gruñó ufano su aprobación y cruzó los brazos.

Shae dejó que la pausa flotara en el aire antes de contestar. Había esperado más de diez años para decir lo que iba a decir. No iba a apresurarse.

—Ya que estamos hablando de los intereses kekoneses en Espenia, es justo mencionar también unas cuantas cosas sobre los intereses espenios en Kekon. —Se inclinó hacia delante—. Hace veinte años derribaron un avión espía ygutano sobre la isla de Euman, lo que

despertó temores sobre una agresión ygutana. En respuesta, Espenia amplió su base naval a pesar de la amplia oposición del público, y también aumentó sus efectivos de inteligencia en Kekon. En el punto culminante de la Guerra Lenta, Espenia tenía más espías de los que nuestro gobierno sospechó jamás. La inteligencia militar de la República de Espenia supo que se planeaba un ataque terrorista que mataría a los líderes de todos los clanes de huesos verdes e incitaría un alzamiento, respaldado por extranjeros, que desestabilizaría la nación.

Shae recordaba como si solo hubiera pasado un día el momento en que había visto el edificio derrumbado y los numerosos cadáveres, consciente de que su marido y su hermano estaban bajo los escombros. Habló con voz absolutamente tranquila, una máscara sobre la rabia.

—En vez de revelar esa información —siguió—, los militares espenios permitieron que se produjera el atentado de Yanlún y que murieran cientos de personas. Si el ataque hubiera conseguido destruir los clanes, la República de Espenia estaba preparada para ocupar el vacío de poder y ejercer control subsidiario sobre Kekon. Al no mostrar sus cartas, los agentes de la República de Espenia lograron capturar a un agente enemigo llamado Vastik eya Molovni, que les dio valiosísima información sobre el programa nekolva de Ygutan.

—Ya había oído esas conjeturas sin fundamento —respondió la embajadora Lonard, directamente desdeñosa.

—Tienen fundamento —dijo Shae—. Hemos necesitado años, pero mi gente ha reunido suficientes crónicas de primera mano para pintar un cuadro completo de lo que sucedió realmente, lo que incluye pruebas que sitúan a Vastik eya Molovni en Yanlún el día del atentado y un informe de un testigo directo de su captura por la República de Espenia. —Miró con firmeza a los dos funcionarios espenios—. ¿Cuántos manifestantes más habría en la isla de Euman ahora mismo si se supiera que el gobierno espenio permitió el atentado de Yanlún, e incluso deseaba que ocurriera? ¿Que nuestros presuntos aliados capturaron al responsable del ataque y se lo llevaron en secreto para usarlo para sus propios fines, negando la justicia al pueblo kekonés?

El coronel Basso balbuceó un segundo antes de alzar una mirada de indignación.

—¡Los militares espenios han protegido tu país durante décadas! Las vidas perdidas trágicamente en el atentado de Yanlún fueron pocas comparadas con las que ha salvado la información obtenida de la amenaza ygutana.

—Por supuesto, las vidas espenias siempre han tenido más valor

para vosotros que las kekonesas —dijo Shae—. Pero como ha señalado la embajadora, las actitudes han cambiado con los años. Los rivales políticos del primer ministro Waltor han estado cuestionando sus actuaciones durante la Guerra Lenta. Era delegado del primer ministro en la época del atentado de Yanlún, y más tarde representó un papel clave en la creación del Acuerdo de Lybon. Puede que no le guste verse asociado a la muerte de tantos civiles mientras hace campaña para la reelección este año. Tampoco apreciará que se investigue que el Agente M no era un desertor en absoluto. La tortura y los interrogatorios con drogas de los prisioneros de guerra capturados son ilegales según las convenciones internacionales firmadas por la República de Espenia.

La cortesía elegante había abandonado los modales de la embajadora Lonard. Sus finas narinas se agitaban de indignación, y en sus ojos se veían las dudas y los cálculos apresurados. A pesar de todo, respondió con una despreocupación desafiante.

—Todas estas acusaciones están relacionadas con sucesos que ocurrieron hace más de diez años. Sí; si estás decidida a remover la mierda, adelante. Dañará las relaciones entre los gobiernos de nuestros países, pero a los votantes espenios no les va a preocupar que…

—La Operación Cortafuegos —dijo Niko.

La inesperada falta de decoro hizo que Shae volviera ligeramente la cabeza hacia su sobrino. Durante toda la reunión, hasta el momento, había sido un educado observador silencioso, pero su interrupción hizo que los dos espenios lo miraran con sorpresa.

—Mi sobrino, Kaul Nikoyan. —Shae ofreció la presentación atrasada ocultando su disgusto por la desconcertante interrupción e intentando hacer que todo pareciera intencionado—. Tiene algo que añadir a la conversación.

—La Operación Cortafuegos —repitió Niko, en un espenio accidentado pero aceptable—. Eso no es precisamente agua pasada. Quizá sea una mierda removida, como tú dices, un poco más interesante para los espenios.

El coronel Basso casi saltó de su asiento.

—¿Qué sabes tú de…?

Niko miró al enorme oficial espenio con una expresión que a Shae le resultó inquietante. La cara de Niko se parecía a la de Lan, pero su mirada era la de Hilo.

—La contratación de huesos verdes kekoneses para luchar en las guerras de Espenia. Yo era uno. Y conozco a otros.

Después de cuatro años, Shae seguía deseando a menudo portar su

jade. Se sentía rara cada vez que alguien la llamaba por error «Kaul-jen», pero más rara aún cuando decían «señora Kaul». A menudo se despertaba asustada, con la vaga sensación de que se estaba perdiendo algo esencial, y a veces intentaba recurrir a sus habilidades del jade instintivamente y se encontraba con que no estaban; era como intentar mover una extremidad amputada. Sobre todo en momentos como aquel, desearía poseer aún la ventaja de la Percepción. Los extranjeros habían abandonado cualquier fachada de conversación amistosa. Tenían expresiones de incomodidad y absoluta cautela. Niko les devolvió la mirada y no dijo nada más.

Shae ya no tenía sus sentidos del jade, pero conservaba los instintos afinados tras décadas de mirar las nubes para el clan.

—Embajadora, coronel… Parece que nuestros países están más cercanos que nunca, ya que nuestra relación se basa en tantos viejos secretos. —Se levantó. Niko la imitó—. El clan Sin Cumbre no enviará puños para romper el punto muerto de Euman. Es verdad lo que has dicho antes: los huesos verdes no son modelos de las Virtudes Divinas. Pese a todas nuestras habilidades, solo somos humanos, y a menudo no conseguimos estar a la altura de nuestros ideales. Pero no somos vasallos dispuestos a quebrantar el aisho a conveniencia de los espenios.

»Propongo un trato diferente. Olvidaremos nuestros viejos agravios por vuestro trato a Kekon durante la Guerra Lenta. Guardaremos vuestros secretos sobre el atentado de Yanlún, sobre Molovni y sobre la Operación Cortafuegos… si vosotros no obstaculizáis el proyecto de ley de despenalización del jade en la Asamblea Nacional. Consideradlo una alianza de inacción.

El coronel Basso le dirigió una mirada furiosa sin decir nada, pero la embajadora Lonard se puso en pie envarada.

—Albergaba la esperanza de que, dados los lazos económicos de Sin Cumbre con Espenia, fuerais más cooperadores que vuestros rivales o que el gobierno kekonés. Si los clanes de huesos verdes no intervienen en la isla de Euman para controlar al populacho, mi gobierno no será responsable si se pierden vidas kekonesas.

Shae se volvió para marcharse.

—Embajadora, en lo tocante a Kekon y a su jade, responsabilidad es lo último que espero de tu gente.

Cuando volvieron al coche, Shae le dijo al chófer que los llevara al colegio de Tia. Aún faltaba media hora para que acabaran las clases del día, así que se quedaron sentados en el coche aparcado a la sombra de un árbol, con los cristales bajados para dejar pasar la brisa.

Niko rompió el incómodo silencio.

—Siento mi grosería durante la reunión, tía Shae. He pensado que era importante hablar en ese momento, pero debería haberte contado con antelación todo lo que sabía.

—Sí, habrías debido —reprendió Shae—. Si tu conocimiento de la Operación Cortafuegos podía tener alguna importancia durante la conversación, fue un error por tu parte no informar con antelación a tu hombre del tiempo.

—Comprendo mi error. —Niko se inclinó hacia delante. Al cabo de un minuto de silencio, explicó—: La Operación Cortafuegos es lo que me mandaron ejecutar cuando trabajaba para SIG. Hace años, el gobierno espenio empezó a reducir su uso militar del jade y a retirarse de su implicación en conflictos en el extranjero. Pero en secreto contrató a la empresa de Jim Sunto para luchar en las guerras contra el liberacionismo y la influencia ygutana en el mundo.

—¿Sunto te contó esto? —preguntó Shae.

Niko negó con la cabeza.

—No directamente. Tuvimos que firmar un montón de acuerdos de no divulgación y no se nos permitía hablar de nuestras misiones con nadie de fuera de SIG, pero muchos fuimos atando cabos poco a poco a partir de cosas que oíamos. Después pasé algún tiempo investigando. —Niko esquivó la mirada de Shae—. No estoy orgulloso de mi participación en ello.

—No es excusa —replicó Shae, aunque su enfado empezaba a disiparse. Al ver la culpabilidad en los hombros hundidos de su sobrino quiso estirarse sobre el asiento y abrazarlo con fuerza, como hacía cuando era pequeño y acudía a ella en busca de consuelo. Quería decirle que comprendía por qué se marchó, y por qué volvió. Había orgullo y vergüenza en las dos decisiones. Las razones y las experiencias de Niko habían sido diferentes de las suyas, igual que los arrepentimientos, pero deseó poder ofrecerle algo que suavizara las arrugas prematuras de su joven rostro.

—Niko-se —dijo—, en mi vida he hecho muchas cosas de las que no quiero hablar. Todas las semanas pido a los dioses su comprensión y su perdón. Y aun así, cuando salgo del templo sigo teniendo que tomar decisiones que pesarán más en mi contra. No estoy segura de que haya otra manera de ser líder en un clan de huesos verdes.

Niko miró por la ventanilla hacia el edificio del colegio. Dos años antes, Shae y Woon habían llegado a la conclusión evidente, pero no por ello menos difícil, de que a Tia no le iría bien en la academia Kaul Dushuron, y que deberían aceptar los deseos de su hija y permitirle seguir por el camino académico en vez de entrenar para convertirse en huesos verdes. Shae se dijo que había sido la decisión correcta. Tia

adoraba la escuela de primaria Colinas Norte, el colegio al que también había asistido Ru.

Una sombra pasó por la expresión de Niko mientras miraba más allá del aparcamiento, a la entrada del colegio. Shae se preguntó si estaría pensando en Ru, imaginando que salía por las puertas y luego los dos hermanos volvían en bicicleta a casa. Veía la cicatriz blanca delante de la oreja izquierda de Niko, donde le habían recolocado el cartílago.

Cuando volvió a Kekon tras los años pasados en el extranjero, Shae llegó con reticencia, con dudas, intentando aún evitar verse arrastrada a los negocios del clan. Niko no tenía esas incertidumbres. Desde el momento en que se llevó el cuchillo garra a su propia carne, no había titubeado en su decisión de ascender en el clan. Anden parecía la única persona capaz de conseguir que se relajara a veces, pero le había confiado a Shae con preocupación: «A veces no estoy seguro de que Niko piense ya en sí mismo. Por eso no le molesta ninguna carga de trabajo ni ninguna humillación».

Al observar la expresión atormentada del joven, Shae sintió congoja. Deseó que Lan pudiera ver a su hijo. Sabía que estaría orgulloso, pero quizá también triste. Preguntaría lo que Shae preguntó en ese momento.

—¿Esto es realmente lo que quieres, Niko? ¿Quieres convertirte en pedestal?

Niko no contestó de inmediato.

—Tía Shae —dijo al fin, con tranquila convicción—, cuando estuve fuera de Kekon me di cuenta de que solo hay dos clases de personas en el mundo. No se trata de huesos verdes y ojos de piedra. Se trata de los que tienen poder y los que no. —Su sobrino le dirigió una mirada distante que hizo que pareciera como si estuviera al otro lado de un extenso valle—. Ni siquiera con jade tenemos una plaza garantizada en el primer grupo. Si el clan deja de definir el significado del jade, otros nos quitarán ese poder. Amplificarán las peores partes y no conservarán ninguna de las buenas.

Shae asintió en silencio, comprendiendo. Niko había expresado en palabras algo que ella sentía desde hacía mucho tiempo: una sensación de que no solo luchaban contra Montaña y todos los demás enemigos del clan, sino contra algo incluso más grande e inexorable.

Niko se bajó la mirada a las manos.

—Pensé que podría escapar y encontrar otro sentido a mi vida. Pero si el clan se derrumba, deprisa o despacio, si se vuelve obsoleto e irrelevante como creen las personas como Jim Sunto, todo lo que me ha hecho como soy, incluidos el asesinato de mi padre y la ejecución

de mi madre, dejaría de tener sentido. Todas las gotas de sangre vertidas, todos los sacrificios realizados, todos los niños que alguna vez entrenaron para portar jade como guerreros huesos verdes de Kekon durante siglos de historia… Eso es lo que porta el pedestal. Ese es nuestro poder, y es solo nuestro. —Volvió a mirar el colegio con una sonrisa triste—. Ru intentó decirme que era un idiota egoísta por huir de ello. Tenía razón.

Shae se sintió llena de una aprensión que no habría sabido definir, temerosa por su sobrino. Niko aún era joven, demasiado joven, para tener una visión tan nítida y un carácter tan sombrío. Pero ya había reflexionado sobre el legado del clan y el peso del liderazgo mucho más que Lan, Hilo o ella misma cuando tenían su edad. Shae y sus hermanos habían crecido con las expectativas sentimentales derivadas de ser los nietos de la Antorcha de Kekon, herederos del clan tras una generación de victoria, paz y reconstrucción del país. Todos, cada uno a su manera, se habían visto obligados a ocupar sus posiciones y lo habían hecho lo mejor que pudieron.

Niko había crecido con los ojos abiertos a la guerra y la crueldad. Se había apartado de todo lo que conocía y había encontrado incluso más oscuridad y salvajismo más allá, y su regreso había sido una elección inquebrantable, tomada sin el sentimentalismo del amor ni del honor. «Es más como Ayt Mada que ninguno de nosotros», pensó Shae.

«Al menos, Niko nos tiene a nosotros». Tenía a gente que lo quería, que le recordaba la forma de ser humano.

Sonó la campana del colegio y niños entusiasmados empezaron a salir por las puertas. Shae se bajó del coche y se puso junto a los aparcabicis. Agitó la mano cuando vio a Tia. Su hija se despidió de sus amigas y se acercó corriendo, con la mochila rebotándole en los hombros y las orejas de su gorra de perrito balanceándose de un lado a otro. Se acercaba su duodécimo cumpleaños y había estado suplicando que le regalaran una mascota, un perro que sustituyera por fin al pobre y viejo Koko, que había muerto pocos meses después que su amo, demasiado triste para seguir adelante.

—¡Mamá! —exclamó Tia—. ¿Sabes qué? ¡Tengo un papel en la obra de teatro del colegio! —Miró por encima de Shae y dijo, con más timidez—: Hola, Niko. —Tia era siempre un poco reservada con su primo, que le sacaba quince años.

—Hola, primita —dijo Niko animadamente—. Me gusta tu gorra. —Tia sonrió y se relajó, y fueron hasta el coche charlando, con Shae siguiéndolos a unos pasos y viéndolos caminar.

Capítulo 54

Planes maestros

Año vigesimosexto, séptimo mes

ANDEN estaba viendo las noticias por televisión junto a Shae y la mayor parte del personal de la oficina del hombre del tiempo, apretujados en la sala de reuniones principal de la planta alta del edificio del clan de la calle del Barco. Incluso estaban presentes Woon Papidonwa y Hami Tumashon, que ya se habían retirado, pero que habían dedicado muchos años de su vida al clan, y charlaban amigablemente de una forma en que jamás habían podido cuando eran la sombra del hombre del tiempo y el jefe de los hacedores de fortuna.

Era avanzada la noche en Yanlún, media mañana en Adamont Capita, cuando el proyecto de ley NA3882, la anulación de la prohibición, ya en vigor durante veinticuatro años, de que los ciudadanos poseyeran jade bioenergético, se aprobó en la Asamblea Nacional por un estrecho margen. Cuando el corresponsal en el extranjero de la RNK informó en la pantalla sobre el resultado, se alzaron vítores y se abrieron botellas de hoji para celebrarlo. A partir del día siguiente, el clan Sin Cumbre podía esperar un ahorro de millones de dien solo en costas jurídicas. El uso del jade en la medicina, la práctica marcial y el entretenimiento iba a crecer sin duda, al igual que las inversiones del clan en esas áreas. Se aprobarían montones de visados más para que los huesos verdes trabajaran o estudiaran en Espenia. Entretanto, el cuerno empezaría a enviar discretamente jade adicional para aumentar la fuerza militar del clan y de sus aliados.

Anden usó el teléfono de la sala de reuniones para llamar a Cory

Dauk, el presidente de la Asociación Kekonesa de Espenia, para felicitarlo por la victoria por la que habían estado trabajando durante más de diez años. Hasta el día de la votación, la AKE había estado presionando a políticos y emitiendo anuncios producidos por WBH Focus en todos los medios de comunicación importantes. El desenlace había estado lejos de ser algo garantizado. Varias bandas, que no querían perder el mercado negro del jade y el shine, ni que los kekoneses se reforzaran, habían organizado su propia campaña secreta, sobornando y amenazando a legisladores, ejecutivos, miembros de la AKE y cualquier otro que apoyara el proyecto de ley. Las pequeñas pero eficaces cuadrillas de puños y dedos de Lott Jin en Espenia, trabajando en colaboración con los huesos verdes de Puerto Massy, habían estado ocupadas durante meses en la neutralización del trabajo de las bandas mediante contrasobornos, servicios de seguridad y los ocasionales susurros de nombres de pandilleros.

—Espero que esto signifique menos trabajo para mi bufete —dijo Cory animadamente al otro lado del teléfono—. Quizá me pase al entretenimiento, como asistente jurídico para las películas y los deportes del jade. Ahí es donde está el dinero ahora, de todas formas, ¿verdad?

—Si encuentras al próximo Danny Sinjo, avisa a mi cuñada —dijo Anden.

—¡A mi hijo le encanta esa película! —exclamó Cory—. La hemos visto tres veces.

El éxito en taquilla de *Negro y verde* a los dos lados del Amárico, el año anterior, había sido un punto de inflexión inesperado en la larga batalla de las relaciones públicas, había catapultado a Danny Sinjo al estrellato internacional y había creado una ola de interés favorable hacia la cultura de los huesos verdes. Se había prestado gran atención a las emocionantes escenas de acción de Sinjo, que se habían realizado en su totalidad sin efectos especiales, dobles ni cables. Se trataba de una *buddy movie* en la que un puño disoluto del clan ficticio Cielo Único y un despistado agente secreto espenio experto en SICBEJ se abrían camino luchando contra criminales exmilitares ygutanos para capturar a un importante capo de la droga.

Cinema Shore, y por tanto Sin Cumbre, estaba ganando dinero a capazos con lo que ahora planeaban convertir en franquicia. Como había predicho una vez Jon Remi, Anden podía presumir de haber conocido a Danny Sinjo antes de que fuera famoso, aunque había sido su cuñada quien había hecho realidad las palabras del Kiku Malo. Wen estaba ausente de la reunión en la calle del Barco porque estaba presentando el premio principal del Festival de Cine de Yanlún, que

había crecido considerablemente desde su creación y ahora era un acontecimiento al que nunca faltaba el asistente del pedestal y que tenía una partida asignada en el presupuesto del clan.

—Espero que tu hijo sepa que *Más negro, más verde* se estrena este verano —dijo Anden a Cory—. Quizá pueda echar mano a un póster firmado y mandárselo.

—Eso iba a molar un huevo, colega. —Cory se detuvo. Parecía que había estado a punto de decir algo más sobre su hijo, o a preguntar por la familia de Anden, pero se había contenido. Desde que se enteró del papel de Anden en el asesinato de Jon Remy se había levantado otro muro entre ellos, que Cory mantenía alzado terminando siempre las conversaciones antes de que se volvieran demasiado personales y se acercaran a su mujer o sus hijos. Anden estaba decepcionado, pero no sorprendido; a fin de cuentas, Cory era espenio. Era propio de él desear algo difícil, pero no mancharse las manos con la forma en que se conseguía.

Anden lo rescató.

—Por favor, transmite mi respeto y mis felicitaciones a tu madre.

—Gracias, Anden. Así lo haré. —Una pausa—. Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre.

Cuando Anden colgó, Terun Bin le puso en la mano un vaso de plástico lleno de hoji.

—Esto empezó contigo, doctor Emery —dijo Terun—. Fuiste el hombre de Sin Cumbre en Espenia antes incluso de que hubiera una oficina allí. —Bebieron por la victoria del clan.

Anden no conocía bien al jefe de los hacedores de fortuna, pero todas las veces que había tratado con él le había sorprendido lo rápida y enérgicamente que hablaba, y cómo su mente trabajaba mucho más deprisa aún. Terun había sido hacedor de fortuna desde el principio; había entrado en el lado de negocios del clan en cuanto salió de la universidad. Ahora era uno de los miembros de más alto nivel de Sin Cumbre, a pesar de que no provenía de una familia de huesos verdes poderosa y no había portado más de una gema de jade en su vida. Aquello habría sido una ventaja insuperable en Yanlún veinte años antes, pero el hombre del tiempo había tenido el buen juicio de mandar a Terun a Espenia durante una larga temporada antes de llevarlo de vuelta a Kekon y moverlo por diversos puestos de la calle del Barco, nombrándolo incluso confirmador durante varios años, así que ahora se conocía al dedillo todos los aspectos de los negocios del clan.

—Tengo que hablar contigo sobre cómo se extendieron las clínicas de medicina del jade —dijo Terun—. Son el mejor precedente para

ayudarnos a determinar la forma de gestionar la enseñanza marcial en el extranjero. ¿Te puedes creer que ya tengo seis solicitudes en mi mesa, de instructores y entrenadores privados que esperaban la aprobación de la ley? Piden el patrocinio de Sin Cumbre para abrir en Espenia escuelas en las que enseñar las disciplinas del jade a los kekoespenios e incluso a los extranjeros.

A Anden no le sorprendió. El mercado de los gimnasios marciales y los entrenadores estaba saturado en Yanlún. Incluso en ciudades pequeñas como Lukang y Toshon, un instructor necesitaba credenciales del templo Wie Lon o la academia Kaul Dushuron, años de experiencia como puño y contactos dentro de los clanes principales. Sin embargo, en Espenia, incluso un puño veterano relativamente mediocre podía abrir una escuela y aceptar estudiantes. Algunos llevaban años haciendo eso de tapadillo.

Anden empezaba a decirle a Terun que le encantaría ofrecerle toda la información que pudiera cuando se oyó un grito en el pasillo.

—¡El pedestal! ¡Ha venido el pedestal!

Cuando Hilo entró en la sala de reuniones medio minuto después, el barullo se convirtió en una ola de manos estrechándose e inclinaciones de cabeza. Era muy raro que Hilo visitara la calle del Barco.

—Kaul-jen —murmuraron varios hacedores de fortuna—, nuestra sangre por el pedestal.

La mirada de Hilo recorrió el espacio abarrotado. Una sonrisa le curvó lentamente un lado de la boca.

—No dejéis de divertiros por mí —dijo—. No podía soportar que mi hermana estuviera de fiesta mientras yo me iba a la cama. —Acalló las risas levantando las manos—. La verdad es que he venido a felicitaros a todos, por supuesto. No vengo a menudo, pero es porque tengo un hombre del tiempo maravilloso. Incluso cuando no estamos de acuerdo, hace lo que es bueno para el clan.

Hilo fue hasta Shae y la saludó.

—Que huyan lejos tus enemigos, Kaul-jen —declaró, pronunciando la felicitación huesos verdes tradicional dirigida a un guerrero victorioso. Después pasó un brazo por los hombros de Shae y le besó la frente. Aunque el hombre del tiempo ya no podía portar jade y su triunfo había sido político, tras una tarea de muchos años, todos corearon de inmediato, y empezaron a patear el suelo y alzar los vasos de hoji, jubilosos. Shae pareció profundamente avergonzada. Mientras la gente volvía a sus conversaciones, Anden vio que Shae le decía en voz baja a su hermano: «Siempre tienes que pasarme por encima en las fiestas».

«Vuelve a parecer él mismo», pensó Anden, girándose para ocultar su acongojado alivio.

La muerte de Ru había sido devastadora para todos, pero estuvo a punto de destrozar a Hilo. Se había retirado de todo y había perdido el interés por la vida. Al pedestal que acostumbraba a gestionar en persona todos los asuntos importantes del clan ya no parecía importarle nada. Durante casi un año, Hilo dejó la dirección de Sin Cumbre en manos de su hombre del tiempo y su cuerno, que tenían que acosarlo, por culpables que se sintieran, incluso para las cosas más sencillas. Pasaba días sin salir de casa, o cogía el coche y conducía durante horas sin rumbo fijo por la ciudad, o incluso tomaba cualquier dirección, acababa en medio del campo y dormía en el coche. Unas cuantas veces aparcó el Duchesse en territorio de Montaña, ofreciéndose como cebo para que alguien lo atacara por estar ahí. Dijo mucho en favor de Aben Soro que nadie picara, aunque en algunas ocasiones, Lott Jin había tenido que realizar batidas frenéticas para descubrir adónde había ido el pedestal. Anden no era el único que estaba preocupado por que su primo, que solo estaba en la cincuentena, hubiera emprendido ya el camino del abuelo y se hubiera hundido irrecuperablemente en la pérdida y el remordimiento.

Pero poco a poco reflotó. Quizá fue porque Wen y él se apoyaban tanto uno en el otro en la pena que compartían. El resto de la familia los veía pasear por la hacienda, o comer en la mesa del patio en un silencio desacostumbrado, o ir juntos al Parque de la Viuda para visitar el panteón de la familia. O quizá el regreso de Niko le devolvió a la vida; tener que instruir a su sobrino en las técnicas de la dirección del clan obligó al pedestal a retomar sus responsabilidades de una forma que era personal y necesaria. Con el tiempo empezó a sonreír de nuevo, a entrenar y a atender los asuntos del clan.

Y se fue interesando poco a poco por cosas que no le interesaban antes. Sin que nadie lo incitara, entregó una donación considerable a la Asociación Benéfica de No Reactivos al Jade. Hizo donativos a la junta de educación pública de Yanlún y pagó un nuevo auditorio para la Universidad Real Jan. Aunque tenía fama de esquivar a los políticos, aparecía ante ellos inesperadamente, a veces con Wen a su lado, para expresar su apoyo a proyectos de ley que nunca había considerado importantes, como el encaminado a evitar el paro y la discriminación de los ojos de piedra y los mestizos. O la devolución de miles de hectáreas de terrenos tribales tradicionales al control abukei. O una asignación limitada a las fuerzas armadas kekonesas para usar SN2 de grado médico en conjunción con sus programas de entrenamiento, y la reducción del umbral de instrucción marcial

exigido para los reclutas adultos de la compañía Araña Dorada; medidas que Jim Sunto había propuesto quince años antes y a las que Hilo y casi todo el mundo se habían opuesto en aquel momento, pero que ahora se estaban reconsiderando gracias a la desestigmatización gradual del uso del shine.

Algunos observadores, especialmente los alineados con Montaña, comentaron que el pedestal de Sin Cumbre se estaba ablandando y cedía a los sentimientos de los reformistas sin jade porque tenía demasiados asesores que no eran huesos verdes. Otros alababan al clan por estar con contacto con las preocupaciones actuales de la sociedad y por dar ejemplo de liderazgo filantrópico.

Anden sabía la verdad. Su primo hacía todas esas cosas por Ru. Todas las causas sociales de Ru, las discusiones que acostumbraba a tener con su padre sobre el bien que podía hacer el clan, las cosas por las que quería que Hilo se preocupara y a las que este hacía caso omiso, habían adquirido un significado diferente. Ahora eran cosas que Hilo podía hacer por Ru y que no había hecho durante su corta vida, que harían que Ru se sintiera orgulloso del clan y de ser un Kaul. Eran la única forma que le quedaba de demostrar que aún quería a su hijo.

—Tío Anden… —Maik Cam se le había acercado, quizá al darse cuenta de que estaba concentrado con demasiada seriedad en su vaso de hoji. El hijo de Kehn mostraba orgulloso un nuevo anillo de jade y tres nuevas cuentas en una cadena de platino: discreto y profesional, una buena imagen para un joven abogado. Había ganado su último botín en un duelo contra un miembro descontento del clan Montaña que no se había tomado bien una denuncia por infracción de marca registrada. Cam tenía toda la verditud de la familia de su padre, pero la inclinación académica le venía de su madre, Lina, que era profesora. Se llevó la mano a la frente en saludo informal y dijo—: Gracias por supervisar mi duelo. Te lo agradezco de verdad.

—Eres rápido con el cuchillo —lo felicitó Anden—. Me alegro de que vencieras. Prefería con mucho coser a tu adversario en vez de a ti.

Según las nuevas leyes, los duelos de hoja limpia exigían la presencia de al menos dos testigos, uno de cada parte, y de alguien que tuviera formación en emergencias médicas. Como médico huesos verdes más destacado del clan Sin Cumbre, la agenda de Anden estaba salpicada de solicitudes para asistir a los combates. Aquel no había sido el único cambio en las costumbres de los duelos. Ahora se exigía un periodo de espera de veinticuatro horas entre el desafío y el combate en sí. Solo los huesos verdes estaban autorizados a usar espadas luna o cuchillos garra, y había límites a la cantidad de jade

que un combatiente podía tomar de un adversario que se rindiera.

Los intentos previos de aplicar restricciones a la tradición de los duelos de hoja limpia siempre habían fracasado. La sorprendente diferencia había sido esta vez que Kaul Hilo había apoyado públicamente la reforma. Llegó a reconocer incluso que algunos de los muchos duelos que había mantenido en su vida no habían sido estrictamente necesarios. Los huesos verdes, afirmó, podían ganar experiencia de combate y jade con menos heridas y muertes, y había que animar a los ciudadanos sin jade a intentar resolver sus disputas de otra manera. Su propio hijo, declaró, podría estar vivo si no hubiera sentido la necesidad de batirse en duelo, o si el duelo se hubiera aplazado o se hubiera controlado mejor.

El sorprendente cambio de la postura del pedestal había provocado acalorados debates en la comunidad de huesos verdes, pero ni siquiera la tradicionalista familia Koben podía argumentar en contra sin sonar ridícula, pues Hilo se había batido en más duelos y había ganado más jade que ninguno de sus miembros. El pedestal aplicó su voluntad a ese asunto con la misma persuasividad amigable y peligrosa con que dirigía el clan, así que sus deseos se hicieron realidad en poco tiempo.

—El otro tipo podría haberme vencido si no hubiera estado tan agotado de luchar contra nuestra demanda —dijo Cam con una sonrisa, arreglándoselas para ser cortés y darse bombo hábilmente al mismo tiempo. Cam era robusto y de espaldas anchas, alto como su padre, pero a diferencia de este, tenía una sonrisa fácil y sentido del humor—. ¿Dónde está Jirhu? —preguntó a Anden—. ¿No ha venido esta noche?

—No —dijo Anden—. Esto es… —Echó una mirada a la reunión—. Un poco demasiado movida del clan para su gusto.

Anden y Jirhuya había llegado a un compromiso permanente. El novio de Anden iba a las reuniones familiares de los Kaul, donde se entendía bien con todos aunque era un poco más reservado de lo normal, pero evitaba los grandes actos del clan Sin Cumbre. Jirhu llevaba un anillo de jade de los tontos en el pulgar derecho y no ocultaba su relación, y los Kaul lo aceptaban porque era muy importante para Anden, pero no estaba asociado a Sin Cumbre de ninguna otra manera.

Con el tiempo, Anden había llegado a entender lo que al principio le habían parecido preocupaciones irracionales de Jirhu sobre la visión del patrocinio. De hecho, se alegraba de que la vida profesional y las preocupaciones cotidianas de su novio no tuvieran nada que ver con el mundo de los huesos verdes. Jirhu era un refugio para Anden: escuchaba sus problemas y lo animaba, pero nunca pedía detalles ni

explicaciones sobre los asuntos del clan. A cambio, Anden no lo presionaba para que interaccionara con Sin Cumbre más allá de lo que le parecía soportable; ni siquiera descolgaba el teléfono para resolver con facilidad algún problema a través de la familia Kaul en vez de resolverlo por su cuenta con mucho más esfuerzo.

—¡Niko! —llamó Cam, e hizo un gesto para que su primo fuera con Anden y con él. Al ver a Cam, Niko relajó su expresión y sonrió. Se acercó y dio un abrazo a cada uno, y dejó que Cam le rellenara el vaso. A pesar de su tamaño y su aspecto duro, Cam tenía un don natural para hacer que la gente se sintiera cómoda. Siempre que los primos estaban juntos, parecía sacar a la luz un lado diferente de Niko —. ¿Dónde te habías escondido, keke? Los Juen quieren saber si vamos a volver a entrenar juntos.

—Ahora somos un par de trajeados, Cam —dijo Niko—. Los Juen nos harían pedazos. —Los gemelos, Ritto y Din, eran ambos puños de primera categoría.

—Eso es lo que ellos creen también —dijo Cam, ansioso por usar el jade recién adquirido—. Tenemos que encargarnos de que a nuestros puños del clan no se les suban demasiado los humos.

Anden dejó que sus sobrinos siguieran charlando y se fue con Hilo y Shae.

—¿De dónde ha salido toda esta gente joven, Andy? —preguntó Hilo—. Apenas pasa de medianoche y estoy cansado de cojones. Vamos a escaparnos juntos para que parezca como si estuviéramos atendiendo asuntos importantes del clan. —Puso una mano en el hombro de su primo y fueron hacia los ascensores. Anden sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Hilo. Anden negó con la cabeza.

—Nada, Hilo-jen. Ha sido una buena noche.

El mundo se vino abajo en la forma de un simple artículo de periódico que Shae estaba leyendo mientras esperaba a que su hija saliera de clase de baile. Tras las ventanas insonorizadas de la academia, las niñas saltaban y giraban con sus tutús de seda al ritmo de una música que ella no podía oír, pero se quedó sentada inmóvil mientras un rugido ensordecedor crecía en sus oídos.

«El acuerdo de Euman».

La ordalía de Shae con Faltas le había dejado cicatrices emocionales permanentes y había arruinado su tolerancia al jade, pero también le había dejado una pregunta candente, la única que le habían hecho sus captores barukanos a la que no había podido responder: «¿Qué es el acuerdo de Euman? Háblanos del acuerdo de Euman». Se estremecía y sentía zarcillos de pánico arrastrarse por su piel cada vez que pensaba en ello, pero las preguntas siguieron

volviendo, colándose en sus pesadillas y burlándose de ella años más tarde.

«¿Cuál es el gran plan de Montaña? Eres el puto hombre del tiempo de Sin Cumbre. Sabes qué trama Ayt, ¿no?».

Shae había investigado todos los activos y los negocios tributarios de Montaña conectados con la isla de Euman. No había gran cosa: unas cuantas propiedades en el centro de la ciudad, un servicio de acompañantes de lujo que atendía a los extranjeros, un astillero. No encontró la menor prueba de que ninguno de ellos pudiera formar parte de un trato importante con los barukanos.

Lo más relevante en la isla de Euman era la base naval espenia. ¿Montaña habría establecido alguna alianza secreta con los militares de la República de Espenia? La relación de Ayt Mada con los espenios iba de lo hostil a lo inexistente, así que parecía improbable, aunque no imposible. Pero Shae no pudo encontrar ningún indicio de que Ayt Mada estuviera en contacto con el gobierno de la República de Espenia. De haberlo estado, la embajadora Lonard y el coronel Basso habrían acudido a Montaña en vez de a Sin Cumbre para echar a los manifestantes.

«Sabemos que están involucrando a Matyos de algún modo. —Eso era lo que había dicho el hombre de Faltas—. Matyos está moviendo dinero para Montaña. ¿Qué consigue a cambio?».

Aquella parte, al menos, la habían podido verificar los espías de Sin Cumbre. Los barukanos de Matyos estaban trasladando millones de sepas shotarianos a cuentas bancarias del extranjero. Los informantes de Shae le habían dicho hacía mucho que Iwe Kalundo, el hombre del tiempo de Montaña, estaba liquidando los negocios del clan en Ygutan. Quizá eso se debía solo a que no quería que el dinero de Montaña estuviera atado a un país que estaba perdiendo la Guerra Lenta e iba en picado hacia la inestabilidad política, pero parecía que el clan se estaba guardando el dinero y no lo reinvertía en otra parte. Esa pasividad no era propia de Ayt. Montaña y Matyos estaban creando una reserva conjunta de efectivo y activos líquidos. ¿Con qué fin?

Niko le había dicho que Jim Sunto y Art Wyles, el director general de Anorco, tenían residencias que ocupaban a temporadas cerca del complejo de entrenamiento de SIG en la isla de Euman. Quizá el acuerdo de Euman tuviera algo que ver con esos extranjeros. Hilo y Lott Jin ya tenían espías de Sin Cumbre infiltrados en la organización de Sunto, pero no habían investigado a Wyles directamente. Shae había recopilado hasta la más mínima información que pudo sobre ese hombre. Hizo que la sucursal de la oficina del hombre del tiempo en

Puerto Massy mantuviera un archivo abierto sobre él y que la informara cada vez que apareciera en las noticias. Ahora Shae estaba leyendo un artículo del *Correo de Puerto Massy* de la víspera; lo habían recortado, fotocopiado y enviado por fax junto con otros memorandos e informes.

El artículo era breve. Anunciaba que Art Wyles, recién nombrado ministro de Comercio Exterior, había dimitido como director general de Recursos Globales Anorco. Aunque la ley no se lo exigía, vendería su participación de control a una empresa de inversión kekonesa anónima. La noticia terminaba señalando que Anorco estaba valorada en dieciséis mil millones de thalires y que los activos del conglomerado empresarial incluían tecnología de minería marítima de jade bioenergético y Soluciones Internacionales Ganlu, una empresa militar privada. El acuerdo se cerraría en noventa días.

El acuerdo de Euman.

En la academia de baile, la clase había terminado. Las niñas se despidieron de su profesora y empezaron a salir, charlando mientras recogían sus bolsas y zapatos. Tia se había quedado atrás con otra estudiante para practicar unos pasos, saltando con tal altura y elegancia que parecía al borde de la Ligereza. Tenía la capacidad atlética natural de la hija de un huesos verdes, canalizada hacia la calidez y la imaginación.

Normalmente, Shae se levantaría, recogería las cosas de Tia y le haría un gesto desde la ventana para recordarle que tenían que ir a casa a cenar, pero se quedó sentada en el banco. Un pánico lento empezaba a arrastrarse sobre ella mientras todas las piezas encajaban.

La «empresa de inversión kekonesa anónima» citada en el artículo era el clan Montaña. Los beneficios de la venta de los activos de Ygutan, combinados con el dinero de Matyos, se usarían para abonar la mayor adquisición que Montaña hubiera hecho jamás. Ayt Mada se haría con Anorco y se convertiría en la propietaria de su propia empresa minera de jade, con recursos y tecnología completamente independientes de la Alianza del Jade de Kekon y sin tener que responder ante nadie. Podía proporcionar jade a fuerzas militares y otras organizaciones de todo el mundo sin supervisión de los demás clanes. También conseguiría el control de SIG, con sus soldados portadores de jade, campos de entrenamiento, helicópteros, armas y los dioses sabían qué más activos militares. Anorco y SIG tenían oficinas, personal y activos en Espenia, así que de un solo golpe, Montaña sobrepasaría la presencia de Sin Cumbre en ese país. La aprobación del proyecto de ley que eliminaba la prohibición del jade, que Shae había perseguido durante años, ahora beneficiaría,

irónicamente, al clan Montaña más que a nadie.

A cambio de su asociación financiera en el acuerdo de Euman, Ayt Mada daría a Matyos suficiente jade y poder militar para que consiguiera el dominio absoluto sobre el submundo shotariano, especialmente en Urtoko Oriental, donde campaba el crimen organizado desde que se había reducido el control de Ygutan. Ayt no solo haría las paces con las facciones barukanas de su clan alienadas por los Koben, sino que cimentaría la lealtad de estas.

Tia salió de la academia.

—¡Tengo hambre! —exclamó mientras se ponía los zapatos—. ¿Qué va a hacer papá para cenar? —Como Shae se levantó sin decir nada, su hija la miró—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, Tia-se —murmuró—. Solo… estoy pensando en el trabajo.

Fueron al coche. Uno de los guardaespaldas de Shae les abrió la puerta. Desde que había dejado de portar jade, había tenido que transigir con ir acompañada de personal de seguridad en todo momento. Por el camino a casa, Tia habló de los ensayos para la función del colegio, del examen de matemáticas que estaba al caer, de unos vaqueros de marca que se quería comprar. Shae no era capaz de escuchar nada. Estaba pensando en que la adquisición de Anorco por parte de Ayt se alabaría como una gran victoria nacional, una repatriación de recursos kekoneses arrebatados a la odiada empresa minera extranjera contra la que miles de personas estaban protestando en aquel preciso momento.

El apoyo del público al clan Montaña aumentaría en un año de elecciones al Consejo Real. Suponiendo que todos los asientos de nueva creación en Lukang fueran a parar a políticos de la tributaria Seis Manos, Montaña podría controlar una mayoría absoluta en el Consejo Real, algo que ningún clan había conseguido en muchos años. Con tanto poder militar, económico y político, Ayt podría instalar al sucesor que le diera la gana. No necesitaría ya las cifras ni la popularidad de la familia Koben. El gigantesco logro de Iwe Kalundo como hombre del tiempo sería justificación de sobra para dejar a un lado a su sobrino y nombrar a su leal segundo al mando el siguiente pedestal de Montaña, asegurándose así de que seguiría prevaleciendo su voluntad.

«¿Cómo lo ha hecho?», quería gritar Shae. ¿Cómo había coaccionado al magnate de los negocios espenio Art Wyles para que vendiera su conglomerado multimillonario? ¿Qué elemento de presión tenía para obligar a Wyles a entregar su imperio comercial, su concesión del jade kekonés, su compromiso de testigo de la Verdad con la Operación Cortafuegos? No podía ser una simple amenaza de

muerte. Estaba claro que llevaba años planeándolo.

Shae estaba muda de asombro. Debería haber leído las nubes. Sencillamente, Ayt Mada era mejor hombre del tiempo que ella, una maestra de la estrategia a un nivel que no tenía esperanzas de igualar. Donde otros buscaban honor o venganza, Ayt no buscaba absolutamente nada más que el control.

—¿Mamá? Mamá, ¿me estás escuchando? Parece que algo te molesta. —Tia la estaba mirando con morritos de preocupación.

Shae sintió un dolor en el pecho, un abismo que se abría. Aquello era lo que significaba no mandar a su hija a la Academia, no criarla como huesos verdes. Tia vivía en una burbuja con las preocupaciones de una preadolescente normal. Ni siquiera cuando creciese comprendería del todo a sus propios padres, ni al resto de su familia.

—Lo siento, son… cosas del clan. Nada de lo que tengas que preocuparte —dijo mientras el coche se detenía ante la casa del hombre del tiempo—. Vete a lavarte para cenar.

Tia corrió a la casa, dejó la bolsa en la puerta y le gritó un «¡Hola!» a su padre mientras subía la escalera. Shae la siguió despacio. La casa olía a ajo, especias y carne que se guisaba. Woon salió de la cocina limpiándose las manos con un trapo.

—Esta vez no he ahumado de más el pato —dijo con orgullo. Woon apenas había cocinado nada antes de cumplir los cincuenta, pero ahora era mucho más hábil que ella. Al ver la expresión de Shae y Percibir sus emociones en ebullición, se detuvo y la sonrisa desapareció de su cara. Shae fue hasta su marido, lo abrazó y apoyó la cabeza en su ancho pecho sin decir palabra.

Por deprisa que creciera Sin Cumbre o por fuertes que fueran sus guerreros y sus negocios, no podría competir contra aquellas armas aplastantes. Ayt Mada destruiría a la familia Kaul y se haría con el clan Sin Cumbre. Podría ser una jugada rápidamente orquestada o simplemente una derrota lenta e inexorable. De cualquier forma, el final era incuestionable.

«Se acabó —pensó Shae—. Ayt ha ganado. Estamos acabados».

—No estaremos acabados hasta que estemos todos muertos —dijo Hilo.

Shae había convocado una reunión inmediata. Los líderes del clan Sin Cumbre estaban en el despacho del pedestal, en la mansión Kaul. Cuando Shae era niña, aquella habitación le parecía enorme e intimidante. Su abuelo, el hombre del tiempo y el cuerno se sentaban en sillones de cuero, y fumaban y debatían asuntos del clan, a veces hasta bien entrada la noche.

Ahora, el despacho parecía íntimo y conspiratorio. Hilo estaba

desparramado en el sillón más grande, dándose golpecitos en el muslo con el borde de un naipe. Tenía cartas esparcidas por todas partes para mantener las manos ocupadas cada vez que le apetecía un cigarrillo. Lott estaba de pie junto al televisor de pantalla plana. Wen y Shae compartían el sofá, y Anden ocupaba el otro sillón. Shae les había explicado todas sus conclusiones, exponiendo todos los detalles del golpe maestro de Ayt Mada.

—Es un plan brillante y elegante —reconoció.

Hilo hizo girar el naipe entre los dedos y miró a sus familiares, sus consejeros más cercanos.

—Siempre supimos que tendríamos que volver a enfrentarnos directamente con Ayt, para acabar lo que empezó hace tanto tiempo —dijo—. Todos estos años de guerra lenta entre los clanes han tenido el fin de volvernos lo bastante fuertes. Nos hicimos demasiado grandes para tragarnos, demasiado grandes para matarnos, así que, ahora, Ayt tiene que echar el resto. Lo que tienen los planes brillantes y elegantes es que no hace falta gran cosa para joderlos.

—El acuerdo de Euman se cierra en menos de noventa días —dijo Shae.

—Entonces no tenemos demasiado tiempo, obviamente —dijo Hilo con un punto de impaciencia—. Cuando algo tiene que hacerse, siempre hay una forma de hacerlo. Así que vamos a decidir cuál es esa forma.

Horas de conversaciones siguieron esa noche y las noches sucesivas. Se hicieron llamadas telefónicas, se reservaron vuelos, se organizaron reuniones. El clan Sin Cumbre era una bestia con brazos que abarcaban el mundo entero, y necesitaría mover varios deprisa, en silencio y en el momento adecuado, empuñando armas que había cultivado y mantenido ocultas hasta ese momento. Noventa días. El Día del Barco se acercaba. Cuando llegara el Festival de Otoño, o bien Montaña controlaría de facto el país, o bien habría concluido el reinado de Ayt Mada. No había término medio. Aquella era la mayor apuesta que ninguno de los dos clanes haría jamás.

Para sorpresa de Shae, su hermano no parecía compartir su temor, al menos exteriormente. Hilo dio las órdenes y organizó los detalles que los condenarían o los salvarían, pero también hablaba de hacer planes para el verano, posiblemente llevarse a Wen, a Niko y a Jaya de vacaciones una semana, antes de que todos estuvieran demasiado ocupados. «He oído hablar bien del valle de Bittari, en Tomascio —dijo—. Woon, Tia y tú podríais alquilar la casa de al lado». Encargó planos para la renovación de la hacienda, alegando que el patio parecía anticuado y que necesitaban un cine en casa de mayor tamaño

y una sala de entrenamiento mejor. Pasó muchas horas con Niko, manteniendo conversaciones que no incluían a Shae.

—¿De qué más hay que preocuparse? —preguntó cuando ella expresó su incredulidad ante su falta de preocupación una noche que estaban sentados en el patio, después de que el calor hubiera eliminado los últimos restos del Sudor del Norte—. ¿No te acuerdas de que una vez estuvimos sentados aquí toda la noche, antes del día de Año Nuevo, pensando que pronto habríamos muerto los dos? Y aquí estamos. Han pasado tantas cosas buenas desde entonces, y también tantas cosas horribles, que ya es difícil tener miedo de nada. Lo que tenga que pasar, pasará, así que lo más importante es que apreciemos lo que tenemos y a la gente que nos importa. —Se sacó del bolsillo de la camisa un mechero y un único cigarrillo que se había guardado, y lo encendió—. Pero voy a fumarme un cigarro, por si acaso es el último. No se lo digas a Wen.

Shae levantó la mirada al cielo que se extendía sobre las luces de la ciudad. No podía compartir la ecuanimidad aparente de su hermano. Sin Cumbre era todo lo que había esperado que llegara a ser: una entidad poderosa, moderna, internacional, verde en su esencia pero mucho más que la suma de sus guerreros de jade. Le resultaba demasiado difícil encajar en su mente la posibilidad de que después de una vida de esfuerzos, después de que todo lo que habían logrado y sacrificado, pudieran perderlo ante un enemigo al que habían mantenido a raya durante décadas, como una ciudad enterrada en la cumbre de su gloria por el volcán cuya sombra había acechado amenazadora tanto tiempo.

«Tia es muy joven aún. Todavía me necesita».

—¿Cómo lo haces, Hilo? —preguntó en voz alta—. ¿Cómo puedes soportar este mundo cuando no crees en los dioses?

Hilo exhaló dos bocanadas de humo y se inclinó hacia atrás con satisfacción, la mirada ligeramente desenfocada. Shae sabía que estaba extendiendo su Percepción, quizá sintiendo dónde estaban todos mientras recorría la hacienda Kaul mentalmente: Wen en la planta alta de la mansión principal; Woon y Tia al otro lado del patio; su madre haciendo ejercicios de estiramiento en el jardín; Lott y Niko entrenando con un grupito de puños en el campo de detrás de la residencia del cuerno. O quizá estuviera extendiendo sus sentidos de jade más lejos aún, dejando que lo cubriera la burbuja de energía de la ciudad que los rodeaba, observándola desde lejos como un león en una roca.

—¿Cómo lo hacemos? —Hilo soltó un profundo suspiro—. Tú deberías conocer mejor que nadie la respuesta, Shae. No podemos

soportar este mundo. Hacemos que el mundo nos soporte a nosotros.

Capítulo 55

Cuchillas

KAUL Jaya escogió a unos cuantos de sus mejores huesos verdes y fue desde su base en Toshon hasta la ciudad de Lukang. Antes de partir habló por teléfono con su padre.

—Lott Jin va a mandar a los gemelos Juen con otros veinte guerreros —dijo el pedestal—. Estarán ahí mañana por la mañana.

—Para entonces ya me habré encargado —aseguró Jaya—. Pueden ayudar a limpiar.

—No seas tan creída. Limpiar es lo más difícil.

—Es broma, papá —dijo Jaya. Pero solo bromeaba a medias. Quería cumplir la tarea rápidamente y por su cuenta, para demostrar a su padre que a su gente y a ella se les podían confiar misiones importantes y no necesitaba ayuda de Yanlún. Sospechaba que Lott Jin había convencido al pedestal de que le encomendara aquella importante responsabilidad. Pensó que si por su padre hubiera sido, la habría llevado de vuelta a Yanlún y la tendría viviendo en casa y patrullando algún distrito seguro y aburrido como Llanura Verde, donde pudiera vigilarla. Tras la muerte de Ru, quiso que volviera de inmediato. Jaya tuvo que discutir y rogar que le dejara quedarse en Toshon.

—Jio Somu es un viejo lobo —le recordó Hilo—. Traicionó a su propio tío y ha aguantado como pedestal de Seis Manos desde entonces. Sus puños y dedos han entrenado con Montaña. No lo subestimes.

—No te preocupes, sé lo que está en juego.

—¿Con qué frecuencia entrenas? ¿Cuándo fue la última vez que te batiste en duelo?

—Entreno a diario, papá. Y tuve un duelo el mes pasado; seguí las nuevas reglas y todo eso. Una antigua puño del viejo clan Jo Sun, era bastante buena, rápida de cojones, y saqué dos piedras nuevas. —Su padre seguía en silencio, y Jaya añadió—: No te preocupes tanto, papá. —Antes no era así.

—Después de esto tenemos que hablar de cuándo volverás a Yanlún. Te echo de menos, Jaya-se.

—Yo a ti también. Te quiero. —Cerró la cubierta del móvil y fue hasta el Brock Compass aparcado. Eiten Asha y Noyu Kain estaban acabando de cargar el equipaje, las armas y el equipo en el amplio maletero.

—Dejad la nevera en el asiento de atrás —dijo Icho Tenn desde dentro del monovolumen—. Tiene todas las bebidas y el picoteo.

El viaje a Lukang duró la mayor parte del día. El tren los podría haber llevado más deprisa, y en otro par de años, cuando finalizaran las obras de la línea nacional de alta velocidad, el viaje duraría menos de dos horas. Pero teniendo en cuenta todo lo que tenían que llevar, la única opción era el coche. Era lento a veces; la mayoría de las carreteras de la península eran de un solo carril y no siempre estaban bien mantenidas. Pero el Brock superaba con facilidad los baches ocasionales, y no tenían prisa.

Hicieron paradas por el camino para sacar fotos del paisaje costero y se detuvieron para comer en el pueblo de Yanshu. Tenn conducía; Jaya iba en el asiento del copiloto, y Asha y Kain, detrás. El calor del verano se hizo más fuerte a media tarde, cuando la carretera empezó a atravesar la llanura central de Kekon. Los cuatro jóvenes huesos verdes escucharon pop shotariano a todo volumen y hablaron de las peleas en las que habían estado, de las películas que habían visto hacía poco, del mejor y el peor sexo que hubieran tenido y de si los estudiantes a tiempo parcial y de los cursos de verano de la academia Kaul Dushuron se podían considerar auténticos graduados o no. Los cuatro provenían de familias tradicionales de huesos verdes y se burlaban de aquellos que eran «verde claro», pero, como dijo Tenn: «No todo el mundo puede estar bien tallado». Todos estuvieron de acuerdo en que Danny Sinjo lo estaba, pero el otro actor, el espenio, era evidente que usaba dobles y cables. Asha soltó un bufido.

—Esa escena del tejado —dijo—. ¿Habéis visto alguna vez a un extranjero usar la Ligereza de esa forma? Ni de coña.

Jaya tenía el brazo apoyado en el marco de la ventanilla, tamborileaba el ritmo de la música en el lateral del Brock y se reía y bromeaba, de buen humor a pesar de que conducían hacia un peligro seguro. O quizá precisamente debido a eso, la alegría de vivir era

mayor. Estaba orgullosa de lo que había conseguido en los cuatro últimos años. Toshon no era una ciudad tan grande e importante como Yanlún, pero había crecido y contribuía al clan en un momento importante, y era donde ella había ascendido a puño por sus propios méritos. A la gente del lejano sur le importaban poco las dinámicas de los clanes de la capital. A pesar de que la rivalidad entre Montaña y Sin Cumbre afectaba al país entero, los sureños tenían sus propias preocupaciones.

Los mayores problemas eran el paro y las drogas. Jaya pasaba más tiempo del que le habría gustado al teléfono con su tía Shae y la gente de la oficina del hombre del tiempo, abogando por patrocinios para los nuevos linternas de la zona. Se coordinaba con el gobierno municipal y la policía local para atacar el crimen y atraer a la península más negocios y visitantes del norte. Y perseguía el tráfico de droga (harina dulce, arena, zumbido y, por supuesto, shine) con la brutal eficacia no solo de una nativa de Yanlún, sino de una Kaul. Aquella era un área en la que a Jaya no le incomodaba lo más mínimo apoyarse en la reputación de su padre. A los traficantes de droga les cortaban un pulgar por una primera ofensa, el otro por la segunda y la garganta por la tercera.

Había reunido un grupo central de puños prometedores leales a ella, huesos verdes jóvenes que trabajaban con ahínco y festejaban con más ahínco aún. Eiten Asha, la otra mujer del equipo original que se había desplazado desde Yanlún, era una joven de ojos grises dos años mayor que Jaya, y estaba considerada una huesos verdes tan dura y capaz que la mayoría de la gente se sorprendía al saber que era también la heredera de la famosa empresa de fabricación de hoji Belleza Perversa. Noyu Kain, el hermano mayor de Noyu Hana, compañera de Jaya en la academia, había pedido que lo trasladaran al sur expresamente para trabajar con Jaya. Icho Tenn era miembro de la anterior familia gobernante del clan Jo Sun; era el único procedente del grupo nativo de Toshon, pero se llevaba bien con todos y era profundamente leal a su ciudad. Entre los cuatro estaban al cargo de unos sesenta dedos.

Como puño mujer, Jaya no podía esperar que la obedecieran automáticamente, ni siquiera con la cantidad de jade que portaba. No se veía capaz de imitar la pose autoritaria de Ayt Mada ni la fría competencia de su tía Shae. Además, aquellas mujeres mayores y distantes se sentaban en salas de reuniones. Ella tendría que encontrar su propio estilo.

Muchos de sus dedos la siguieron inicialmente porque tenía fama de ser divertida y generosa, por organizar noches de cine y

entrenamientos en grupo y por tomar decisiones en equipo cuando era posible, algo que se podía permitir en un territorio pequeño. Usando dinero de drogas confiscado, Jaya compró dos casas grandes que eran centros de reuniones sociales para sus huesos verdes, y a menudo el escenario de muchos comportamientos escandalosos, borracheras y promiscuidad. Pero estaban estrictamente prohibidos el shine y otras drogas.

Al primer dedo al que pilló infringiendo sus reglas lo mandó de vuelta a Yanlún. Al segundo lo ató a una silla y le arrancó los piércings de jade de las orejas y la nariz, dejándolo desfigurado permanentemente, antes de echarlo a patadas. Jamás usaba el apellido de la familia como arma, pero no lo necesitaba; todos murmuraban de quién era hija. A su equipo lo conocían como los Cuchillas, y su fama de estar extremadamente unidos había llegado hasta Yanlún.

Jaya y sus amigos llegaron a las afueras de Lukang antes de la hora de cenar y pasaron la noche en un motel de las afueras, de modo que era poco probable que su llegada hubiera llamado la atención y hubieran informado a los huesos verdes locales. A la mañana siguiente desayunaron en un puesto de tallarines instalado junto a la carretera y luego se pusieron en marcha para reunirse con otros seis Cuchillas que habían llegado la víspera en otros dos vehículos. Fueron todos juntos al club Gran Triple, donde Jio Somu acudía con regularidad todos los quintodías.

En el cartel de la fachada del edificio aparecía en grandes letras blancas: «PELEAS DE GALLOS, SALÓN DE JUEGOS, INTERNET». Tenn rodeó la manzana y dejó a Jaya, Asha y Kain en la esquina antes de alejarse. Los tres huesos verdes entraron en el local. El Gran Triple era un viejo establecimiento que intentaba valerosamente renovarse con atracciones y servicios modernos. A la izquierda había un pequeño reñidero de gallos con terminales de apuestas electrónicos. A aquella hora temprana estaba vacío salvo por un par de entrenadores aburridos sentados en los bancos, charlando sobre sus gallos y esperando a que apareciera más gente. A la derecha había una sala con varios terminales de ordenador, detrás de un mostrador que vendía picoteo y un cartel con la lista de precios en incrementos de quince minutos.

Jaya fue al fondo del local y encontró a Jio Somu, pedestal de Seis Manos, sentado a una mesa circular, en un cubículo de la parte trasera del club, comiendo con dos huesos verdes. Cerca de ellos había tres guardaespaldas, con las manos ya en la empuñadura de las pistolas y el mango de los cuchillos, las auras de jade zumbando. Habían Percibido a los puños de Sin Cumbre en cuanto cruzaron la puerta.

—Jio-jen… —dijo Jaya; se acercó a la mesa con una sonrisa y saludó respetuosamente—. Me llamo Kaul Jayalun, y vengo en nombre de mi padre, el pedestal de Sin Cumbre, con una importante propuesta para el clan Seis Manos. ¿Puedo sentarme?

Jaya podía ver que Jio Somu había sido atractivo de joven. Ahora, mediada la cuarentena, el color del pelo se le estaba aclarando, pero seguía poseyendo una mandíbula fuerte y una piel tersa alrededor de los ojos perspicaces, escudados tras unas gafas de cristales ámbar. Mucha gente había intentado matar a Jio a lo largo de los años, y la paranoia que había desarrollado le había salido a cuenta. Era uno de los pocos pedestales que no estaban en la reunión de la AJK el día del atentado de Yanlún, y eso lo había colocado en posición de reforzar a Seis Manos en Lukang mientras otros clanes menores habían pasado apuros y se habían hundido.

Jio se quitó las gafas y miró a Jaya y a sus dos compañeros con una mezcla de desconfianza y diversión.

—¿Desde cuándo Sin Cumbre manda niños a hacer propuestas de negocios?

Movió los ojos de arriba abajo, estudiándola de la cabeza a los pies. Jaya llevaba unas deportivas a la moda, una falda veraniega estampada y un top rojo con mangas acampanadas y escote redondo bajo un chaleco de cuero a medida que recordaba, con un toque moderno y femenino, la indumentaria de combate tradicional de los huesos verdes. Piezas de jade distribuidas con elegancia brillaban en la gargantilla de oro y en las pulseras.

—Jio-jen, mis palabras son solo para tus oídos. —Echó una mirada significativa al resto de la gente que había en el club: los entrenadores de gallos, los camareros, los pocos parroquianos presentes.

Jio arqueó las cejas con curiosidad y desconfianza. Luego habló con sus subordinados huesos verdes.

—Sacad de aquí a esa gente y esperad en la entrada; no dejéis pasar a nadie. —Estudió a los dos jóvenes puños que flanqueaban Jaya. No se sentía especialmente amenazado; tenía mucho más jade que ninguno de ellos, pero le dijo a Jaya—: Si tus guardaespaldas se quedan, los míos también.

—Como prefieras —dijo Jaya con despreocupación. Cuando los compañeros de mesa del pedestal se fueron a regañadientes, se sentó en el banco acolchado, al lado de Jio. Los guardaespaldas de este se acercaron más, pero él les hizo un gesto para que se quedaran donde estaban. Kaul Hiloshudon no sacrificaría a su querida hija en un intento de asesinato—. ¿Puedo beber un poco de té frío? —preguntó Jaya—. Hoy hace un calor horrible en tu ciudad.

Jio le llenó un vaso de té con limón y se lo entregó. Observó cómo se le movía la garganta mientras bebía. Cuando acabó, limpió con un dedo el semicírculo de pintalabios del borde del vaso.

—Jio-jen —dijo con voz sincera, mirándolo a los ojos—, Seis Manos ha sido un fiel tributario de Montaña durante muchos años. Pero es evidente que eres práctico y pones tus intereses por delante. No en vano traicionaste a tu tío y viste cómo lo mataban ante tus ojos, así que estarás dispuesto a ser flexible con tus lealtades.

La expresión distraída y tolerante de la cada de Jio se desvaneció.

—¿Kaul Hilo se ha vuelto tan loco después de todos estos años que cree que me puede sobornar para conseguir mi lealtad?

Jaya abrió mucho los ojos.

—¡Te juro por mi jade que mi padre no te insultaría ofreciéndote ningún tipo de soborno! —dijo con vehemencia—. Sabe que eres genuinamente leal a Ayt Mada. Hay quien diría incluso que eres mejor aliado que los Koben. Simplemente, como cortesía de un pedestal a otro, te ofrece la oportunidad de cambiar de lealtad ahora para evitar que compartas el destino de Montaña. —Le dirigió una sonrisa radiante—. Me ha enviado para decirte que Ayt Mada estará pronto fuera de juego, y le encantaría enterrar cualquier enemistad pasada con Seis Manos y aceptar tu juramento como tributario de Sin Cumbre.

Jio parpadeó mirando a Jada, y luego soltó una carcajada. La sonrisa volvió a su cara.

—Jaya-jen —dijo, usando su nombre personal como si fueran amigos—, tu familia lleva décadas intentando acabar con Montaña. Me disculparás si estoy razonablemente seguro de que Ayt-jen seguirá siendo pedestal muchos años.

—Siento no poder darte los detalles de cómo Sin Cumbre va a derribar a Ayt; solo la garantía de mi padre de que ocurrirá pronto —dijo Jaya—. La sucederá la familia Koben y, por lo que tengo entendido, no les gustas demasiado. Eres sureño y ellos son norteños, y además miran mal a los inmigrantes barukanos que pertenecen a tu clan. Así que no puedes esperar que Ayt Atosho vaya a darte el mismo trato de favor tributario que disfrutas ahora. —Se volvió hacia Asha y Kain, que esperaban a poca distancia—. ¿Se me olvida algo?

—Está el detalle del embargo, Jaya-jen —aportó Asha, servicial.

—Ah, sí. —Jaya se dio una palmada en la frente y se volvió hacia Jio—. Como parece probable que el Consejo Real vaya a regularizar las relaciones entre Kekon y las islas Uwiwa, se reanudará el tráfico marítimo a Lukang, y Sin Cumbre todavía controla los muelles. Así que para ti sería mejor aliarte con nuestro clan. La alternativa, por

supuesto, es hundirte con Ayt. Pero ¿por qué ibas a desear eso?

Jaya podía Percibir que el aura de Jio Somu brillaba con desprecio petulante. La veía como una princesa mimada de veintitrés años que jugaba a ser puño y se salía con la suya gracias a la indulgencia de su padre. No era ni de lejos la primera vez que Jaya se encontraba con aquella reacción, y de hecho aquel día contaba con ella, pero nunca dejaba de irritarle.

—Desde luego, tienes aplomo, ¿verdad? —dijo Jio—. Venir hasta Lukang en persona para sugerirme que traicione a mi aliada más antigua, a propuesta de una chica guapa.

Jaya mantuvo la sonrisa en la boca, pero no llegaba a sus ojos.

—Eres muy amable al decir eso, pero la verdad es que estoy bastante nerviosa por que mi padre confíe tanto en mí como para pedirme que forme una alianza tan importante. —Jugueteó con uno de sus pendientes de jade—. ¿De verdad te parezco guapa?

Jio soltó una risilla y se le acercó más en el asiento.

—No estoy ciego. ¿Por qué te ha mandado tu padre realmente a Lukang? —Como Jaya lo miró con desconcierto, bajó la voz y susurró —: Sé cómo se juegan estos juegos. Eres una de las mejores cartas en la baraja de tu padre, ¿verdad? Una carta que ha estado manteniendo en reserva durante algún tiempo.

Jaya era muy consciente de los aspirantes y las familias que se habían dirigido a su padre, como si ella fuera un premio que él concedería. Sintió un alivio egoísta cuando Niko regresó, lo que significaba que tendría que aguantar menos conjeturas estúpidas del clan sobre su vida personal. Sin embargo, no se sorprendió de que incluso Jio Somu, famoso por mostrar una cautela extremada, respondiera con presunción incluso a la más leve señal de ánimo. Bajo la mesa, la rodilla de Jio tocó la de Jaya y no se apartó.

—Son los asientos de Lukang en el Consejo Real, ¿verdad? —dijo Jio—. Kaul Hilo no quiere que vayan a Montaña.

Jaya aprovechó la oportunidad y puso la mano en la rodilla que Jio estaba apretando contra la suya. Bajó la voz y la mirada.

—Mi padre podría haber enviado un pelotón de puños para plantearte un ultimátum, pero no lo ha hecho. Me ha enviado a mí, su única hija, a hablar contigo, para que te tomes la propuesta en serio y para que veas que queremos que esto sea una conversación amistosa, no amenazadora.

—Es sorprendentemente político para Kaul Hiloshudon —dijo Jio —. Tu padre no tiene fama de sutil. Quizá se haya vuelto un poco más sabio con la edad.

—Me han dicho que eso pasa a veces —dijo Jaya—. ¿Tú te has

vuelto lo bastante sabio, Jio-jen, para aceptar la oferta de mi familia? ¿Qué le digo a mi padre?

Jio se humedeció el labio inferior. Su mirada recorrió lentamente la cara y el cuerpo de Jaya.

—Necesitaré más información para decidir hasta qué punto vale la pena que cambie de lealtad. —Miró a los otros dos huesos verdes de Sin Cumbre, que lo estaban observando atentamente—. Puedes venir a cenar conmigo esta noche. Despide a tus guardaespaldas para que podamos debatir una alianza potencial con más… profundidad. —Bajo la mesa, colocó la mano encima de la suya.

Jaya apartó la mano y la cabeza, y separó los labios dando un pequeño jadeo.

—¡Jio-jen! —exclamó con incredulidad fingida—. ¿Estás insinuando… que podrías traicionar al clan Montaña y alinearte con mi familia si me puedes follar?

—Por supuesto que no —dijo Jio—. Tendría que ser mucho más que un polvo.

Jaya se levantó.

—He venido a hablar de una alianza seria. Estás insinuando que soy una puta y que mi padre espera que te seduzca por un beneficio político.

—No veo qué más tiene para ofrecer Sin Cumbre —dijo Jio con una sonrisa torcida.

Jaya lanzó fuego por los ojos. No le importaba que Jio pudiera Percibir su ira y su animadversión verdaderas.

—Puedo pasar por alto que me insulten, pero no que insulten a mis padres. Jio Somusen, pedestal de Seis Manos, te ofrezco una hoja limpia.

Jio se quedó boquiabierto. Después soltó una carcajada. Sus guardaespaldas se mordieron el labio para no echarse a reír también. No se habían dado cuenta de que los modales tímidos de Jaya y su exhibición de ira habían desaparecido. Se quedó inmóvil, sin expresión, mientras esperaba.

Jio se calló y se limpió las lágrimas de risa con una servilleta.

—Vete a casa, princesa. —Señaló la puerta del club—. Te lo habrías pasado bien, ¿sabes? No me habría ido a Sin Cumbre, pero ha sido entretenido ver cómo intentabas camelarme, sobre todo con lo ingenua que eres. Vuelve con tu padre y dile que tendrá que hacerlo mejor.

—¿Rechazas mi hoja limpia? —preguntó Jaya.

Jio negó con la cabeza, sonriendo.

—Menuda pieza estás hecha. Ningún hombre que se respete se

batiría en duelo con una chica. Voy a darte un consejo: si quieres ser de valor para tu clan, deja de jugar a ser puño y usa los dones que tienes.

—No te he pedido consejo —replicó Jaya—. Ningún hombre ha aceptado batirse conmigo todavía, pero eso no significa que no vaya a ofrecer una hoja limpia si me insultan. Y ahora tendré que decepcionar a mi padre diciéndole que rechazas nuestra amistad.

—Adelante —dijo Jio—. Dile que estoy impaciente por ver a Ayt Mada aplastar por fin a Sin Cumbre como a un caracol.

—Vámonos —dijo Jaya a sus puños. Los tres se marcharon del Gran Triple entre las risas burlonas de los hombres de Seis Manos. Un guardaespaldas de Jio los siguió y abrió la puerta, inclinándose ante Jaya con exageración. Los oyó reírse mientras la puerta se cerraba a su espalda.

Jaya abrió el teléfono y pulsó la tecla de marcado rápido.

—Ahora —dijo a Tenn.

En cuestión de segundos, tres Brock Compass llenos de Cuchillas se acercaron rugiendo desde diferentes direcciones y rodearon el edificio. Los jóvenes huesos verdes de Sin Cumbre saltaron de los vehículos con subfusiles Fullerton y volaron las ventanas del club con ráfagas de fuego automático. Rugiendo con Fuerza, Tenn arrojó dos granadas incendiarias. La vieja estructura de madera prendió en una llamarada carmesí.

Desde la acera de enfrente, Jaya sintió el intenso calor golpeándole la piel. Se Aceró y se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo mientras se acercaba lo bastante para Percibir el dolor y el terror de los hombres de dentro del local. Algunos no llegaron a salir del edificio, pero Jio Somu y dos guardaespaldas fueron lo bastante fuertes con sus habilidades del jade para escapar de aquel infierno. Usando Desviaciones se abrieron camino por el fuego y se Aceraron contra las quemaduras, y consiguieron saltar por una ventana rota en un borrón de Fuerza y Ligereza, con el pelo y la ropa llameando, gritando como espectros elementales. Los Cuchillas los barrieron con andanadas de fuego de ametralladora. Jio Desvió la primera, pero no la segunda ni la tercera. Ni siquiera el mejor Acero tenía la menor posibilidad contra tal lluvia de plomo a quemarropa. El pedestal de Seis Manos, que había mantenido Lukang en su poder durante veinte años, se derrumbó en la acera convertido en un amasijo sangriento.

Jaya escupió en el suelo.

—¿Qué tal he usado mis dones?

Tenía que darle las gracias a Jio Somu. Si no se hubiera sentido tan seguro después de sobrevivir a tantos atentados, quizá no la hubiera

subestimado. Cuando Jaya se convirtió en puño, su padre le había dado un consejo: «En mi experiencia, mientras tus amigos tengan una opinión elevada de ti, no estorba que tus enemigos tengan una opinión muy baja. Cuanto más baja, mejor».

Noyu Kain llamó a la policía y a los bomberos. Cuando llegaron, los Cuchillas ya habían apagado casi todo el fuego. Asha y otros dos habían abierto la boca de incendios más cercana, y varios huesos verdes estaban Desviando el chorro de agua hacia las llamas. Los edificios de los lados sufrieron daños, pero no había nadie dentro. Mientras Jaya estaba en el Gran Triple hablando con Jio, habían hecho llamadas telefónicas a los comercios vecinos y habían evacuado discretamente el bloque.

Más tarde se determinó que había habido una víctima civil: el cocinero del Gran Triple, un amigo de un primo de Jio, no se había marchado con los demás y el fuego lo había atrapado. Fue desafortunado, pero Jaya pudo explicar a todo el mundo que había observado el aisho hasta el máximo extremo que se podía esperar razonablemente. No se sintió culpable por la muerte de alguien que no sabía lo que le convenía.

Llegaron furgonetas de noticias pocos minutos después de los servicios de emergencia. Jaya se miró en el retrovisor lateral del Brock. La ceniza le cubría la cara, pero su maquillaje aguantaba notablemente bien y tomó nota de comprar más lápiz de ojos impermeable de esa marca. Se enganchó la espada luna al cinturón.

—¿Qué tal estoy? —preguntó a Eiten Asha.

Su amiga hizo un mohín crítico, le ajustó un poco la gargantilla incrustada de jade para enderezarla y le presentó un entusiasta pulgar arriba. Jaya se acercó a los cámaras de televisión que la rodeaban.

—Acepto toda la responsabilidad de lo que ha pasado aquí —declaró solemnemente—. Mi padre me envió a Lukang para negociar una mejora de las relaciones con el clan Seis Manos. Sin Cumbre se ha opuesto a Jio Somu durante veinte años, desde que traicionó a su tío, el legítimo pedestal del clan, y mi tía estuvo a punto de morir en el fuego cruzado. Pero estábamos dispuestos a pasar página en esta ciudad. —Volvió la cabeza con expresión pesarosa hacia los restos calcinados del Gran Triple—. En vez de negociar, Jio Somu me hizo insinuaciones sexuales amenazadoras. Por el insulto al honor de mi familia le ofrecí una hoja limpia, que rechazó. Mis puños fueron testigos, y cualquier huesos verdes presente podrá Percibir que decimos la verdad.

Jaya bajó la mirada un momento, dejando sin decir lo evidente: ofender a una familia como los Kaul y no disculparse ni zanjar el tema

con un duelo a hoja limpia no dejaba más alternativa que unas represalias inevitables.

—Al resto del clan Seis Manos —prosiguió—: Sin Cumbre no busca disputas con vosotros. Mi familia estará encantada de sentarse a hablar sobre cómo podemos coexistir en Lukang. —Niko podía ser terrible de cara a los medios de comunicación, envarado y desagradable para cualquier espectador, pero Ayt Ato no era el único huesos verdes que quedaba bien ante las cámaras.

—¿Esperas que el clan Montaña tome represalias? —gritó un periodista.

Jaya había hecho la misma pregunta cuando el pedestal y el cuerno le encargaron aquella misión.

«A Aben Soro nunca le cayó bien Jio Samu, así que no creo que le apetezca perder gente para vengarlo —había respondido Lott—, pero Montaña tendrá que mandar huesos verdes de Yanlún para evitar que nos hagamos con todo Lukang».

«Que es lo que Aben esperará que hagamos, en cuanto oiga la noticia —había respondido Hilo. Confiaban en los Cuchillas de Jaya para usar el factor sorpresa. Cualquier movimiento voluminoso de guerreros de Sin Cumbre de Yanlún a Lukang habría alertado a Montaña, que a su vez habría avisado a Seis Manos. Pero Montaña no prestaba atención a Toshon—. Ayt Mada y Aben Soro pueden mandar a todos los huesos verdes que quieran. No necesitamos conquistar Lukang; solo tenemos que enredar la situación allí».

Jio Somu tenía hijos, pero los dos eran demasiado jóvenes para sucederlo. Su cuerno podía tomar el liderazgo, pero no era popular dentro del clan. Casi todos los miembros de la familia Jio que habían sido leales al antiguo pedestal se habían unido ya a Sin Cumbre, y con la muerte de Jio, probablemente habría más deserciones. Algún segmento de Seis Manos seguiría siendo leal a Montaña, pero necesitaría mucho más apoyo de Yanlún. Lukang se convertiría en una colcha de retales de lealtades confusas, y nadie del clan podría comandar la lealtad unificada de los representantes de la ciudad en el Consejo Real.

Sin Cumbre no necesitaba controlar todo Lukang. Con los años, aquella meta había demostrado ser difícil, si no imposible. Solo necesitaba matar a Jio Somu, leal desde siempre a Ayt, y eliminar a Seis Manos como entidad con cuyo apoyo político y militar podía contar Montaña. Eso era lo que Jaya había conseguido.

Jaya habló con humildad para las cámaras:

—Solo soy puño, así que no puedo hacer declaraciones sobre asuntos de envergadura. Solo espero que Ayt Mada permita que el

resto de Seis Manos tome sus propias decisiones. Sin embargo, todos sabemos lo insensatamente violenta que ha sido el pedestal de Montaña en el pasado. Estoy seguro de que mi padre mandará más huesos verdes de Yanlún para asegurarse de que no haya más ataques contra mi vida y mi honor.

Unos cuantos periodistas empezaron a gritar más preguntas: ¿Por qué había llevado guerreros, ametralladoras y granadas a una conversación supuestamente pacífica? ¿Tenía algo que decir sobre la reputación de los Cuchillas? ¿Tenía alguna relación romántica con alguien en ese momento? Jaya rechazó con un gesto las preguntas y, sin responder nada más, volvió al Brock Compass. Mientras atendía a los periodistas, sus compañeros habían arrancado con eficacia el jade de Jio y buscado entre los restos humeantes del edificio para reclamar el verde de los cadáveres carbonizados. Ahora parecían mineros, todos sucios y cubiertos de polvo y ceniza.

—Mira qué limpita —exclamó Asha, y le sacó la lengua.

Kain le ofreció el cuchillo garra con empuñadura de jade de Jio Somu, así como los anillos, los brazaletes y los piércings que había llevado en las orejas.

—Jade para la Cuchilla más grande —dijo.

—Yo no he matado a Jio —le recordó Jaya—. Solo le he tendido una trampa y prácticamente se ha matado él solo. Aunque he dirigido la misión, no está bien que reclame un premio tan grande. —Cogió el cuchillo garra, que era de excelente calidad, y dijo a Kain y a Tenn que repartiera equitativamente entre el equipo los anillos, los brazaletes, los piércings y el resto del jade de los cadáveres de los hombres de Seis Manos.

Mientras volvían al motel, Jaya intentó llamar a Yanlún, pero el móvil no tenía cobertura. Por fin consiguió sacar dos barras en la pantalla en el vestíbulo del hotel mientras los demás Cuchillas guardaban las armas, ponían centinelas y se iban a comprar cerveza al supermercado más cercano. Llamó al número que sonaba directamente en el despacho del pedestal. Su padre descolgó al primer timbrazo.

—Hola, papá. ¿Me has visto por la tele?

—Te juro por los dioses que me vas a matar a sustos —le gritó Hilo —. ¿Por qué no has llamado de inmediato? Lo primero que he visto en las noticias ha sido el edificio ardiendo, sin más información. Te he llamado dos veces y no contestabas.

—¡Estaba ocupada, papá! Había silenciado el móvil. Tuvimos que hablar con los periodistas, apagar el fuego y recorrer un edificio a punto de caerse para recoger todo el jade y repartirlo, y eso siempre

lleva tiempo: hay que decidir quién se lleva qué para que nadie se quede disgustado, todas esas cosillas. ¡Ya sabes cómo es! Confía un poco en mí, ¿vale?

Hilo soltó una risa aliviada.

—Tienes razón, sé cómo es.

—¿Qué tal he salido en la tele? —insistió Jaya—. ¿Bien?

—Estupenda —dijo su padre—. Nada de fiestas salvajes esta noche, ¿entendido? Puede que Jio haya muerto, pero tiene amigos que nos llevará un tiempo quitar de en medio. No bajes la guardia ni te pongas a mal con nadie más en esa ciudad. Los gemelos Juen llegarán pronto con más gente, y tus Cuchillas y tú debéis obedecer a vuestros mayores. Sé que estás acostumbrada a llevar la voz cantante en Toshon, pero ahora no estás en Toshon.

—Soy un puño veterano, no tienes que recordarme cada detallito ni decirme cómo tener a raya a la gente —gruñó Jaya, hurgando en la nevera mientras se sujetaba el móvil contra la oreja con el hombro—. ¿Algo más?

—Estoy orgulloso de ti.

Jaya sonrió encantada.

Capítulo 56

Vida y muerte

ANDEN miró a su alrededor lleno de curiosidad cuando el avión aterrizó en Tialuhiya. Nunca había estado en las islas Uwiwa. En su imaginación eran islas tropicales abrasadas por el sol, llenas de palmeras y gente sucia y desesperadamente pobre, un refugio para las drogas ilegales y el jade de contrabando. Así que se sorprendió de que el nuevo aeropuerto fuera moderno y tuviera aire acondicionado, y de que el chófer profesional que lo recogió en un coche de alquiler negro hablara un kekonés aceptable. Mientras cruzaban Walai, la ciudad principal, Anden vio evidencias de ruina y reconstrucción por todas partes; edificios abandonados medio desmoronados cubiertos de pintadas, grúas que se alzaban sobre construcciones de gran altura, policías dirigiendo el tráfico en torno a cortes de carreteras, un camión militar con bandera de Espenia.

El tifón Kitt, que cuatro años antes había causado daños considerables en Kekon, había arrasado las islas Uwiwa, provocando doscientas mil muertes y destruyendo la escasa infraestructura del país. La República de Espenia, que controlaba la minúscula isla de Iwansa para su propio uso militar y turístico, había proporcionado ayuda humanitaria y enviado a sus militares para que colaboraran en las tareas de reconstrucción. Por supuesto, los espenios no hacían nada sin cobrar un precio. En aquel caso, el precio también beneficiaba a Kekon. El gobierno uwiwano se había visto obligado a limpiar la casa. Un nuevo presidente aprobado por los espenios y un nuevo jefe de seguridad nacional habían despedido a centenares de funcionarios y agentes de la ley acusados de corrupción. Se estaban erradicando el contrabando de jade, el tráfico de drogas, el turismo sexual y los

chanchullos políticos con el fin de atraer a empresas extranjeras para que construyeran fábricas de electrónica.

Las restricciones de desplazamiento entre Kekon y las islas Uwiwa se habían levantado en parte. Técnicamente, los huesos verdes seguían estando vetados, pero Anden había podido entrar como médico en visita oficial con fines humanitarios. No era ni de lejos la primera vez que su situación única y sus credenciales fuera del clan habían sido útiles para Sin Cumbre de alguna forma inesperada.

Anden se sentía en una encrucijada. No estaba seguro qué le depararía el futuro, ni siquiera si Sin Cumbre sobrevivía a las maquinaciones de Ayt. Había hecho todo lo posible por promover la medicina del jade y los intereses del clan en Espenia; aquel trabajo lo estaban continuando otros. Estaba aportando su experiencia a la oficina del hombre del tiempo según las escuelas de las disciplinas del jade empezaban a abrirse en el extranjero, pero Terun Bin no tardaría en tener bien controlado el proceso. Por supuesto, podía seguir trabajando de médico, pero tenía la incómoda sensación de que no sería suficiente.

A veces pensaba en la forma en que Lott Jin había ascendido con determinación por los escalafones de Sin Cumbre hasta llegar al liderazgo del clan. El camino de Anden había estado lleno de giros y desvíos. Ahora, los dos hombres se sentaban a menudo a la misma mesa de la mansión Kaul y debatían asuntos del clan hasta bien entrada la noche con el pedestal y el resto del círculo interior.

A pesar de sus interacciones frecuentes y del respeto que cada uno tenía por las habilidades del otro, Anden no podía afirmar que Lott y él fueran amigos. Parecía como si persistiera entre ellos una débil pero inevitable incomodidad, un resentimiento inexplicable por haberse conocido cuando eran unos adolescentes confusos. Años antes, en la fiesta de despedida de Juen, Anden había felicitado a Lott por su reciente nombramiento como cuerno; su antiguo compañero de clase le había contestado: «Quizá debería ser yo el que te felicitara por esquivar el trabajo, Emery, de modo que pudiera ocuparme yo. —Su boca mohína se había curvado en una sonrisa sincera pero irónica—. Supongo que ninguno de los dos es lo que creía que iba a ser».

Anden le había dirigido una mirada escrutadora.

—¿Valió la pena? —preguntó—. ¿Abandonar cualquier cosa que hubieras podido ser para seguir el camino que no esperabas?

Lott se había encogido de hombros.

—¿Quién sabe? ¿Valió la pena para ti?

Cuando Anden habló de sus cavilaciones sobre el futuro a Jirhuya, este había escuchado y luego había dicho con simpatía: «Creo que es

natural que cuando llegamos a los cuarenta empecemos a preguntarnos si ya hemos dejado atrás los principales sucesos de nuestra vida, o si todavía nos quedan montañas que ascender. Tu posición en el clan es un logro increíble por sí mismo, miyan. Quizá te estés preguntando qué más podrías hacer con ella».

No cabía duda de que Jirhu estaba hablando de corazón; su trayectoria meteórica en la industria cinematográfica kekonesa no era lo único que tenía en la cabeza esos días. El tifón Kitt había dañado a los poblados pobres abukei más gravemente que al resto de Kekon. Jirhu se había implicado cada vez más en la defensa de las comunidades aborígenes, y ahora estaba participando en la manifestación de protesta de la isla de Euman; a veces pasaba allí varios días seguidos.

Anden estaba preocupado por la seguridad de su novio, pero no estaba en posición de pedirle que se mantuviera apartado de posibles situaciones de violencia cuando, como Jirhu había señalado con firmeza: «Si yo puedo aguantar siquiera la mitad de lo que tú haces por el clan, tú puedes aguantar que yo haga algo importante por mi gente».

El coche de alquiler llevó a Anden más allá de los límites de la ciudad de Walai y tomó una carretera recién asfaltada que olía a vapores de alquitrán arrancados por el calor del verano. Anden vio los altos muros coronados de alambre de espinas y las sólidas torres de vigilancia de la cárcel de máxima seguridad mucho antes de que llegaran. Anden mostró sus documentos al centinela de la entrada, y de nuevo en la oficina, donde le dieron una tarjeta de visitante. Tras unos procedimientos de control de entrada adicionales y treinta minutos de espera en un área de recepción pequeña pintada de amarillo, un guardia lo acompañó a una habitación con una mesa de metal y dos sillas.

Anden se sentó en una. Al otro lado de la habitación se abrió una puerta y otro guardia llevó al prisionero, esposado y vestido con un mono gris. Anden nunca había tratado a aquel hombre en persona, pero al mirarlo le costó creer que en el pasado hubiera sido un temible enemigo de la familia Kaul. Iyilo había sido la mano derecha del famoso contrabandista de jade Zapunyo, antes de traicionar a su jefe, aliarse con el clan Montaña y asumir el mando de la red criminal Ti Pasuiga. Ahora, el gánster barukano era un hombre de mediana edad, gordo, con el largo pelo retirándose de la frente brillante. Lo habían despojado de todo el jade cuando lo detuvieron, seis meses atrás.

Iyilo se dejó caer pesadamente en la silla contraria a Anden y lo miró con desdén.

—¿Quién cojones eres y qué quieres? —preguntó en espenio con acento.

—Soy Emery Anden, del clan Sin Cumbre —respondió Anden en kekonés.

Iyilo se inclinó despacio hacia delante.

—Eres un Kaul. El primo mestizo.

—Me conociste un breve tiempo como el periodista Ray Caido.

El contrabandista pensó un momento; luego soltó una carcajada como un ladrido seco.

—Así que tengo que darte las gracias por haber matado a Zapunyo hace todos esos años. O quizá deberías dármelas tú por ayudar a tu familia a vengarse. —Se apoyó las manos en la barriga—. Eso es algo que le saco de ventaja a Zapunyo; yo caí, pero ninguno de mis enemigos me liquidó.

Iyilo había manejado a Ti Pasuiga bastante bien al principio. Procedía de la banda Matyos de Shotar, y había aprendido de Zapunyo, así que lo de ser implacable lo tenía controlado. Su asociación con Ayt Mada le había permitido seguir dominando el lucrativo mercado negro del triángulo de jade que se extendía entre Kekon, las islas Uwiwa y el continente de Orius.

Por desgracia para Iyilo, carecía de la capacidad de gestión de Zapunyo. Como extranjero kekoshotariano, despreciaba a los uwiwanos. Castigaba salvajemente las traiciones, pero a diferencia de Zapunyo, no gastaba dinero en cultivar lealtades construyendo escuelas y hospitales. Con el tiempo dejó de mantener relaciones con la gente adecuada y pagar los sobornos necesarios, así que perdió el control sobre los políticos y la policía que Zapunyo había ejercido. En los años siguientes al tifón Kitt, cuando los espenios pidieron al gobierno uwiwano pruebas de que estaba dando pasos para luchar contra el crimen y la corrupción, el hacha cayó sobre Ti Pasuiga.

Aun así, no se podía culpar a Iyilo por creer que estaba a salvo. Portaba jade y vivía en un complejo fortificado defendido por montones de guardias que también llevaban jade. La policía federal, con personal escaso y mal entrenado, no tenía esperanzas de poder ir contra él. Así que el gobierno uwiwano contrató a SIG.

Un equipo de soldados privados bien equipados y cargados con jade vigiló los hábitos de Iyilo durante semanas, y al final lo emboscaron cuando se dirigía a un acontecimiento deportivo. Mataron a cuatro guardaespaldas, pero cogieron a Iyilo con vida, según lo establecido en el contrato. El gobierno uwiwano hizo un anuncio público victorioso y emitió en los noticiarios grabaciones de Iyilo esposado, atribuyendo el mérito de la detención al jefe de seguridad

nacional.

Ni el clan Montaña ni la banda Matyos protestaron ni acudieron en ayuda de Iyilo. Con la disolución del programa nekolva y el declive de las tensiones de la Guerra Lenta, junto a la despenalización del jade en la República de Espenia, el contrabando de jade no era un negocio en auge. Ti Pasuiga había dejado de ser útil y de tener una importancia vital para sus antiguos aliados.

—¿Te ha mandado Kaul Hilo a regodearte? —preguntó Iyilo a Anden—. Diría que es algo que le gustaría hacer en persona a ese cabrón arrogante. Lo vi una vez, ¿sabes?

—Me ha mandado el pedestal, sí —dijo Anden—. A ofrecerte nuestra ayuda.

—Vuestra ayuda —repitió Iyilo con desprecio evidente—. Kaul Hiloshudon torturó a mi primo Soradiyo y lo degolló. Antes le estrecharía las manos al diablo.

Anden se quitó las gafas para limpiárselas, y se recordó que estaba allí con un objetivo y no debía dejarse provocar por aquel hombre tan bajo e indefenso, pero que aún podía ser útil.

—Soradiyo intentó asesinar al pedestal con una bomba en el coche, pero a quien mató fue a su cuñado. Ni siquiera Ayt Mada estaría dispuesta a protegerlo después de eso. Igual que ahora no te está protegiendo a ti. No estás en posición de ponerte exigente cuando te ofrecen ayuda.

El contrabandista tensó el labio superior.

—Sí —dijo con amargura—. Todos los huesos verdes sois iguales al final, ¿no? Protegéis a los vuestros y nos usáis a los demás.

—¿Te ha explicado tu abogado que te trasladarán a Kekon?

Iyilo se encogió de hombros con fatalismo.

—Kekon solo es un nombre para mí. Era un bebé cuando mandaron a mi familia a Shotar como mano de obra durante la guerra de las Naciones. Kekon es solo el envoltorio de mi vida: allí nací y allí moriré.

Anden sintió una punzada de lástima por aquel hombre. Se había convertido en el centro de un tira y afloja a tres bandas entre las islas Uwiwa, Kekon y Shotar. Kekon y Sotar querían su extradición para juzgarlo por delitos cometidos en los dos países. Iyilo no era ciudadano de las islas Uwiwa, a pesar de haber dirigido desde allí una empresa criminal durante décadas. Tampoco era ciudadano de Shotar, pues no podía alegar al menos un setenta y cinco por ciento de ascendencia shotariana. Su nacionalidad oficial era kekonesa, a pesar de que solo había pasado allí un año de su vida. Pero ahora, el gobierno kekonés quería dar ejemplo con él, sacarlo esposado del

avión y demostrar el final desgraciado de Ti Pasuiga y de cualquiera que se hubiese atrevido a robar jade. El Consejo Real había convertido la extradición de Iyilo en un requisito para levantar el embargo y normalizar las relaciones entre Kekon y las islas Uwiwa, y después de mucho regatear, el gobierno uwiwano había cedido.

—Posiblemente estés muerto a las pocas horas de poner el pie en el país —dijo Anden.

Iyilo no respondió, pero su expresión apagada demostraba que comprendía perfectamente la realidad. El antiguo jefe de Ti Pasuiga era un cabo suelto para Ayt Mada. Los kekoneses consideraban a los ladrones de jade la escoria más baja de la sociedad. Montones de compañeros de cárcel y de guardias estarían encantados de hacer un favor a Montaña y garantizar que Iyilo jamás hablara delante de un juez.

—¿Qué quieres? —La ira de Iyilo estaba mezclada con cansancio.

Anden miró de reojo a los guardias de la puerta. Estaban lejos para oírlo y era casi seguro que no entendían el kekonés, pero bajó la voz a pesar de todo.

—Todavía te queda una carta por jugar. Tienes mucha información perjudicial para Montaña: los tratos de Ayt con Zapunyo, su alianza contigo y con Matyos, los beneficios que ganó con el mercado negro. Por eso es seguro que ordenará matarte. —Sacó un móvil del maletín y lo dejó en la mesa—. Hay un avión privado esperando en Yanlún, listo para traer a Tialuhiya a Toh Kita, el presentador de la RNK. Solo tengo que hacer una llamada para conseguirte una entrevista nacional.

La sonrisa de Iyilo fue lenta y muy fría.

—¿Sabes lo que más odio en el mundo? Las ratas. Cuando Zapunyo y yo encontrábamos una rata en Ti Pasuiga, nos asegurábamos de que rogase que le llegara la muerte. Me llevaré mis secretos a la tumba.

—Estás en la cárcel mientras Ayt Mada descansa en su mansión de Yanlún.

—Igual que tu primo Kaul Hilo. ¿Qué gano siendo un peón de Sin Cumbre y no de Montaña? No soy tan idiota como para creer que me salvará.

Anden no era un puño acostumbrado a inspirar miedo, pero sabía que el destino de su familia dependía de su habilidad para conseguirlo en ese momento. Otras veces, en el pasado, había sido él quien habló o actuó por el clan cuando nadie más podía. De joven sentía con agudeza su diferencia, su separación del resto de la familia Kaul. Solo con el paso de los años había llegado a entender que aquello era una ventaja. Ya que no tenía ningún puesto oficial en la estricta jerarquía del clan, había sido muchas cosas: sanador, asesino, emisario,

consejero… Aquel día era un martillo.

—Tú ya no tienes salvación —concedió Anden—. Pero ¿y tu familia? La que has mantenido en secreto a toda costa.

Metió la mano en el maletín y sacó un sobre. Lo abrió y puso tres fotografías a todo color en la mesa, delante de Iyilo. En la primera, una atractiva mujer uwiwana de unos treinta y tantos años estaba en la playa. Tenía la cara vuelta de lado, hablando con otra mujer, mientras dos niños, quizá de diez años el uno y ocho el otro, jugaban en la arena. La segunda foto mostraba a la misma mujer y a los niños saliendo de un coche. En la tercera estaban en el jardín de una casa elegante.

La cara morena de Iyilo perdió casi todo el color.

—Estoy seguro de que has hecho los arreglos necesarios para que tu mujer y tus hijos estén atendidos después de tu muerte, pero ¿cómo los vas a proteger cuando no estés? ¿Cómo puedes estar seguro de que los hombres de Ti Pasuiga que contrataste para que los cuidaran tendrán algún motivo para ser fieles a tu recuerdo? Las islas Uwiwa son un lugar peligroso.

—¿Cómo…? —empezó Iyilo con voz quebrada, sin poder seguir.

—Da igual cómo los encontráramos —dijo Anden con calma—. Si nosotros hemos podido, otros podrán. No eres un huesos verdes de Kekon, así que no puedes contar con al aisho para proteger a tus familiares sin jade. Solo eres un contrabandista barukano, y tu familia solo es uwiwana. ¿Quién va a darse cuenta si les pasa algo? ¿A quién le va a importar? ¿Ayt Mada puede estar absolutamente segura de que no le has contado a tu mujer nada inconveniente que pueda compartir con las autoridades uwiwanas?

Un temblor sutil recorrió el cuerpo de Iyilo e hizo que las esposas repiquetearan contra la mesa de metal.

—Esta es la oferta de mi pedestal. —Anden sacó del maletín otro sobre, del que extrajo tres billetes de avión y los dejó al lado de las fotos—. Podemos meter a tu familia en este avión que despega mañana hacia Puerto Massy. Irán escoltados al aeropuerto, y cuando lleguen a Espenia quedarán bajo la protección del clan Sin Cumbre. Tenemos mucha gente y recursos en ese país. Podemos darles una casa y nuevas identidades. Tus hijos tendrán una vida normal y segura. Irán a la escuela allí. Quizá incluso puedan entrenar las disciplinas del jade. Tendrán el dinero que les has dejado. Y, lo más importante, tendrán un futuro alejados del tipo de vida que has tenido.

Podía sentir cómo se quebraba la voluntad del hombre, pero aún necesitaba el empujoncito final hacia la inevitable decisión. Anden recogió los billetes de avión y los guardó en el maletín. Vio que los

ojos del contrabandista de jade se movían nerviosamente cuando los papeles desaparecieron de la vista, dejando en la mesa tan solo las fotografías.

—La familia Kaul siempre cumple su palabra, incluso la dada a sus enemigos. Especialmente la dada a los enemigos. Esta es la promesa de mi pedestal, que ha confiado en mí para que te la transmita. Comparte los secretos de Ayt y nosotros guardaremos los tuyos. Habla contra Montaña y protegeremos a tus hijos como si fueran miembros de nuestro propio clan. Sin embargo, si te niegas, no puedo saber qué hará mi primo con esas fotografías ni si sentirá alguna obligación hacia tu esposa y tus hijos.

Iyilo sacudió la cabeza.

—Eres médico, no puedes ponerlos en peligro.

—Te sorprenderían las cosas que he podido hacer. He tomado vidas y he salvado vidas. Y he dudado en ambos casos. —Había matado a Gont Asch y salvado a Ayt Mada. Había ordenado la muerte de Jon Remi y, al hacerlo, había sacrificado la vida de Maik Tar. Había salvado a innumerables desconocidos, pero lo acosaba a diario la muerte de Ru y la posibilidad de haber podido salvarlo de haber estado allí. Con el tiempo, todas esas dudas se habían plegado en la dualidad de Anden: ser un Kaul y no ser un Kaul. Era una contradicción que había luchado por conciliar durante mucho tiempo, pero que ahora simplemente era.

—En mi familia, uno se acostumbra a tomar decisiones sobre la vida y la muerte. Pero sé cuál es el tipo que prefiero tomar, cuando puedo —dijo Anden al hombre condenado—. No puedo salvarte, Iyilo, pero puedo ofrecer a tu familia una vida en la que ni siquiera Montaña los podrá tocar.

Cogió el teléfono.

—Le he dicho al pedestal que lo llamaré de inmediato para comunicarle tu decisión. ¿Cuál va a ser?

Capítulo 57

Punto muerto

Las ruedas del Duchesse Imperia rodaban por la pista irregular de tierra. El barro manchaba la brillante parrilla cromada y las puertas blancas de la enorme berlina de lujo. Hilo bajó la ventanilla. Había visto imágenes del punto muerto de Euman en los periódicos y en la televisión, pero las imágenes solas no podían transmitir la inquieta energía ni el olor. Aquello parecía un cruce entre un campo de refugiados y un festival de música al aire libre. Había tiendas de lona y nailon montadas en cualquier lugar donde sus dueños hubieran encontrado espacio. El olor de la comida brotaba de hornillos de gas colocados en mesas improvisadas con tablas. Un grupo de mujeres abukei bailaba y tocaba música tradicional ante un círculo de espectadores. Filas de retretes portátiles amarillos se alineaban a un lado del campamento. Los perros descansaban en cualquier sombra que pudieran encontrar, a menudo bajo coches cubiertos de banderas kekonesas y carteles pintados a mano. «ANORCO: ROBA NUESTRO JADE Y VIOLA NUESTRA TIERRA». «¡DERECHOS ABUKEI!». «FUERA LOS SOLDADOS ESPENIOS».

El campamento había crecido hasta superar los ocho mil ocupantes, y seguían llegando más. Las aldeas de la isla de Euman estaban desbordadas. Hilo había oído que los hoteles estaban atiborrados y en los comercios se estaban agotando productos básicos como el papel higiénico, el agua embotellada y los chubasqueros.

Lott detuvo el coche cuando fue evidente que no podrían seguir avanzando. La llegada del Duchesse estaba provocando un buen revuelo. La gente se acercaba corriendo y se daba empujones para acercarse, gritando que el pedestal de Sin Cumbre estaba allí. Hilo

salió del coche con su cuerno y otros dos huesos verdes: Vin Solu, el primer puño de Yanlún, y Hami Yasu, el hijo del antiguo hacedor de lluvia del clan.

«¡Kaul-jen!». «¡Pedestal!». Se alzaron los gritos entre la multitud. Otros empezaron a corear: «¡Sin Cumbre! ¡Sin Cumbre!». Muchos de los reunidos no eran miembros del clan, y sin duda habría algunos leales a Montaña, pero había voces suficientes para que el clamor creciera y siguiera a los huesos verdes mientras se abrían paso por el campamento.

Lott y sus bien entrenados puños ignoraron aquella atención; sus auras de jade zumbaban alerta, y su aspecto temible era suficiente para evitar que nadie se acercara demasiado. Hilo los envidiaba. «Hace ya tiempo». Hacía mucho tiempo desde la última vez que se bajó del Duchesse con un grupo de guerreros cargados con jade y armas, preparados para enfrentarse a un enemigo. Cuando era joven vivía para la orgullosa adrenalina de aquellos momentos. El sentimiento aún era fuerte, pero una nostalgia agridulce teñía su filo.

Una figura se separó de la muchedumbre y se acercó directamente al pedestal. Jirhuya parecía menos compuesto de lo normal. En vez de la camisa hecha a medida y los pantalones bien planchados llevaba vaqueros, botas y un chaleco negro. Una faja trenzada tradicional abukei le rodeaba la cintura, y le oscurecía la mandíbula una barba de varios días. Saludó a Hilo con respeto.

—Kaul-jen…

—Has cenado en mi casa, no actúes como si no me conocieras —dijo Hilo.

Jirhu se ruborizó.

—Perdona, Hilo-jen, es que normalmente no nos vemos en público y sin… más familia cerca. —«Sin que Anden esté cerca».

Hilo le puso una mano en el hombro y sonrió para mostrar que no estaba realmente disgustado. La reticencia del hombre era comprensible, dado que la barrera social que lo separaba de la familia de su compañero no se podía evitar. Para ser sincero, Hilo estaba sorprendido de que la relación entre Anden y Jirhuya hubiera durado tanto tiempo, aunque supuso que eran buena pareja en otros sentidos.

—Enséñanos qué está pasando aquí —dijo.

Jirhuya guio al pedestal y sus hombres por una pendiente suave hasta el extremo más lejano del campamento. A unos seiscientos metros se alzaba una valla de alambre coronada con concertinas, que rodeaba un grupo de tres edificios y una pista de aterrizaje de helicópteros. Hombres armados y uniformados vigilaban la entrada y estaban dispuestos a intervalos regulares alrededor de la valla,

empuñando fusiles y mirando con desconfianza a los manifestantes.

—Soldados de SIG —dijo Lott.

—Ayer había diez. Esta mañana son el doble —explicó Jirhuya—. Si alguien se acerca a doscientos metros de la valla, disparan a los pies. Estamos razonablemente seguros de que es porque esta tarde llegará un cargamento.

Varias personas que habían seguido a los huesos verdes murmuraron airadamente y escupieron en el suelo. Los barcos mineros de Anorco recogían jade del fondo marino, y después clasificaban las gemas a bordo antes de transportarlas en helicóptero al centro de procesamiento, donde las empaquetaban para su distribución. Uno de los destinos finales estaba a menos de dos kilómetros. Haciendo visera con la mano, Hilo podía distinguir a lo lejos la base naval de Euman, con las banderas ondeando al viento.

Durante la acampada, los manifestantes habían arrojado ladrillos, pintura y explosivos caseros a la propiedad de Anorco; habían insultado a los guardias e intentado entorpecer las entregas de jade en su entrada y salida de la instalación. La empresa había respondido aumentando la seguridad, y ahora, los soldados de SIG montaban guardia día y noche.

El gobierno kekonés y los clanes de huesos verdes no condonaban las actuaciones, a veces violentas, pero tampoco hacían nada por detenerlas. Varios miembros del Consejo Real habían expresado su simpatía y su solidaridad con los manifestantes, y más de unos cuantos huesos verdes de múltiples clanes se habían unido a la acampada con el permiso tácito de sus pedestales. Pero que Kaul Hiloshudon acudiera personalmente a la isla de Euman… Aquello era nuevo. Era la muestra más espectacular de apoyo de un clan hasta la fecha. Una ola de energía oscilante, murmuradora e inquieta estaba cubriendo la multitud. Se habían reunido miles de personas en la loma donde estaban Hilo y sus hombres. Los periodistas salieron de las furgonetas aparcadas al borde del campamento, con las cámaras preparadas, esperando ansiosamente a que pasara algo.

—¿Qué has captado, Vin? —preguntó Hilo.

—Algunos mercenarios de SIG llevan jade, sin lugar a dudas, pero tendría que acercarme para poder decirte más, Hilo-jen. —La Percepción a larga distancia del primer puño era legendaria, pero ni siquiera él podía ser preciso desde tan lejos.

—Pues vamos a acercarnos —dijo Hilo.

Empezaron a descender por el otro lado de la loma, en dirección a la valla. Antes de que llegaran muy lejos, media docena de huesos verdes se abrieron paso por el gentío, corrieron hacia el pedestal y se

arrodillaron delante de él. Ninguno parecía tener más de veinticinco años.

—Kaul-jen —jadeó una joven con el pelo teñido de naranja y un aro de jade en la nariz—, somos miembros indignos del clan. Mi amigo y yo somos dedos novatos que hemos aprovechado los días de vacaciones para unirnos a la protesta; mi otro amigo es hacedor de fortuna, y no conozco a los otros, pero todos estamos listos para cumplir tus órdenes.

—Ningún huesos verdes de Sin Cumbre es indigno —dijo Hilo, sonriendo ante su entusiasmo juvenil.

Otros cuatro desconocidos salieron de entre los congregados y saludaron con cautela.

—Kaul-jen —dijo un hombre—, somos huesos verdes de Montaña, pero ante todo somos kekoneses. Estaremos a tu lado contra los extranjeros, si nos lo permites. Nuestro pedestal no nos ha ordenado nada en contra.

Hilo asintió. No le sorprendía que Ayt Mada guardara silencio sobre el punto muerto de Euman, ya que en secreto estaba organizando la compra de Anorco.

—Traed las armas que tengáis —ordenó a los huesos verdes reunidos—. Vuestra tarea más importante es proteger a la gente de cualquier daño. Aparte de eso, obedeced las órdenes de mi cuerno y de los puños, ¿entendido? —Todos saludaron a Hilo y le aseguraron que obedecerían.

Hilo y sus guerreros se acercaron a la valla que rodeaba la instalación de Anorco, seguidos por los huesos verdes que habían aparecido y por una masa enorme de gente entusiasmada. Muchos avanzaban lentamente en vehículos, agitando carteles y banderas. Empezó a caer una lluvia veraniega. Las gotas pesadas y cálidas golpearon las cabezas descubiertas y los capós de los coches.

Vin se adelantó con la mirada desenfocada.

—Hay al menos treinta personas en la instalación, Kaul-jen —dijo—. No puedo Percibir hasta el otro extremo de la finca, así que puede que se me haya escapado alguien. Creo que en su mayoría son personal de seguridad, pero no todos portan jade. He captado dieciocho auras en total.

—Dieciocho no está mal —dijo Hilo—, pero tampoco está demasiado bien; todos tienen fusiles y chalecos antibalas, y ya están nerviosos.

Aunque su Percepción no era tan buena como la de Vin a aquella distancia, podía sentir la aprensión crujiente que emanaba de los soldados de SIG que guardaban la valla, y podía ver que preparaban

los fusiles R5 mientras se les acercaba la ola de vehículos y personas.

Un guardia tomó un megáfono y se dirigió a ellos, primero en espenio y luego en un kekonés apenas comprensible.

—¡Alto! Os estáis acercando a una propiedad privada. Quedaos donde estáis o abriremos fuego. ¡Estáis avisados!

—No tenemos bastantes huesos verdes para acabar con todos esos guardias, y mucho menos para capturar la instalación —dijo Lott con un deje de aprensión.

—No necesitamos hacer nada de eso. Hilo se detuvo en el punto donde pudo Percibir que la ansiedad de los guardias empezaba a crecer, los dedos acercándose al gatillo de los fusiles levantados, a casi doscientos metros de la valla. El pedestal se volvió de cara a la línea de manifestantes que lo habían seguido como un ejército. Abrió los brazos y lanzó una Desviación lenta y suave que onduló hacia delante y empujó con una presión firme pero delicada a los de la primera fila. Todos se detuvieron.

—¿Qué hacemos ahora, Kaul-jen? —preguntó Hami Yasu.

—Esperar. No será mucho rato.

Hilo levantó la mirada al cielo. El viento empezaba a arreciar. La lluvia le golpeó la cara, obligándolo a entrecerrar los ojos mientras contemplaba las nubes. Los manifestantes se amontonaron con impaciencia, hablando entre ellos, pero no sobrepasaron el punto donde estaba el pedestal.

Se oyó a lo lejos el sonido de un helicóptero, que fue haciéndose más intenso según se acercaba. «Justo a tiempo». Las ratas blancas del clan infiltradas en SIG se habían ganado el sueldo.

Hilo llamó con un gesto a Lott y a sus puños y les explicó qué quería que hicieran. Todos asintieron sin la menor muestra de sorpresa ni vacilación.

—Hami-jen, dice tu padre que tu Ligereza es excelente —dijo Hilo. El puño pareció abrumado y prometió humildemente que se esforzaría al máximo.

Hilo saltó con Ligereza al techo de la furgoneta más cercana y aterrizó agachado. Cuando se irguió y levantó los brazos, la enorme multitud guardó silencio y todos se volvieron hacia él, empujando hacia delante con expectación.

—¿Me oís? —gritó Hilo—. ¿Me oís?

Un clamor se alzó en respuesta. En el mar de caras vueltas hacia él, Hilo vio a Jirhuya, que lo miraba con expresión de incertidumbre pero escuchaba con atención sus palabras, igual que los demás.

—No importa de qué parte del país seáis, a qué clan hayáis jurado lealtad, si portáis jade o no; todos somos kekoneses. Defendemos y

vengamos a los nuestros. Si ofendes a uno, nos ofendes a todos. Si buscas guerra con nosotros, te la devolveremos multiplicada por cien. —A Hilo no se le daban muy bien los discursos; aquel había sido siempre el punto fuerte de Ayt. Pero las palabras que pronunció salían de su mente completamente formadas. No podía saber exactamente de dónde salían, pero las sentía potentes y correctas. Echó la cabeza hacia atrás y rugió por encima del ruido del helicóptero—: ¡Nadie nos quitará lo que es nuestro!

El helicóptero apareció entre las nubes y se dirigió atronando hacia la pista del complejo vallado. Cuando el piloto frenó en un planeo controlado, Hilo gritó una orden a sus puños. Reunió toda su energía del jade como la resaca previa a un maremoto, dobló las rodillas y saltó usando la Ligereza.

La gravedad pareció perder su dominio sobre él mientras se lanzaba por encima de la gente del suelo. Lott, Vin y Hami saltaron con Ligereza tras él, elevándose tras impulsarse desde los coches o con un salto alimentado por la Fuerza. No podían alcanzar el helicóptero; estaba demasiado lejos y ellos solo eran hombres al fin y al cabo, no aves. Pero podían acercarse. Lo suficiente.

En la cúspide de su salto, durante un dramático instante, Hilo colgó en el aire a la altura de un edificio de tres plantas. Podía sentir que el impulso se invertía. Necesitaba conservar la Ligereza suficiente para controlar el descenso o caería a plomo hacia un aterrizaje capaz de romper huesos. La sorpresa del piloto destelló en su Percepción como un pulso de luz en un rincón de su cerebro antes de ver la cara del hombre, que se inclinaba hacia fuera con la boca abierta ante la increíble imagen de cuatro hombres que saltaban hacia él como si quisieran agarrar los patines de aterrizaje.

Hilo mantuvo el control de una disciplina mientras recurría a otra. Su mente y su cuerpo se tensaron en una protesta dolorosa mientras estiraba el brazo hacia la cabina del helicóptero con un gruñido de esfuerzo y un tirón violento de toda la energía del jade que poseía.

Cuatro saetas de Canalización golpearon al piloto casi a la vez. No eran los lanzazos precisos a corta distancia que habrían asestado un golpe fatal en el corazón o los pulmones de un luchador. Tan lejos y en el aire, la fuerza de la Canalización era roma y muy dispersa. Cualquier huesos verdes se habría Acerado con facilidad contra aquel ataque ridículo y tan poco ortodoxo.

Pero el piloto del helicóptero no era huesos verdes. La energía del jade combinada de los cuatro atacantes no lo mató, pero el impacto disruptor en sus órganos y su sistema nervioso lo dejó inconsciente. El cuerpo cayó hacia atrás en el asiento y luego se dobló hacia delante

sobre los controles.

Hilo aterrizó con más fuerza de la que le habría gustado. Tras un estallido tan poderoso de Canalización, apenas le quedaba energía de jade suficiente para descender con Ligereza y Acerarse contra el impacto. El dolor le subió por las piernas y los muslos hasta las caderas cuando chocó con el suelo, y cayó hacia delante sobre manos y rodillas, sin aire en los pulmones. Hami Yasu aterrizó con Ligereza a su lado, respirando solo un poco más agitadamente de lo normal.

—¿Estás bien, Kaul-jen?

«Malditos sean los jóvenes». Hilo asintió, dijo que estaba bien y se puso en pie. Se limpió el sudor de la frente y se sacudió el polvo de las manos y las rodillas. Miró al helicóptero. Todos los demás estaban mirando también, paralizados, incluidos los guardias de seguridad que rodeaban la zona de aterrizaje, como si estuvieran viendo un choque de trenes a cámara lenta. La máquina, descontrolada, escoró en el aire, aún dirigiéndose al punto de aterrizaje pero descendiendo demasiado deprisa. Se inclinó y empezó a girar lateralmente. Las hélices provocaron un viento tremendo que arrancó puñados de hierba. Mucha gente corrió a refugiarse tras los vehículos. Hilo oyó a la dedo, la joven del pelo naranja, lanzar un grito de asombro y euforia. «¡Menuda puta mier…!».

El piloto recobró la consciencia en el último momento, se dio cuenta de lo que estaba pasando e intentó valerosamente enderezar el helicóptero. Pero era tarde. Con el horrible sonido del metal al desgarrarse, el aparato sobrevoló la zona de aterrizaje y golpeó el suelo justo al borde de la valla, rebotando y cayendo de costado tras perder uno de los patines y la hélice de cola. Los guardias huyeron de la máquina fuera de control mientras daba vueltas, se enganchaba en lo alto de la barrera de alambre, arrancaba una sección entera de la valla y volvía a caer. Chocó contra el suelo con un golpe estremecedor que levantó una nube de polvo. El impacto arrancó las aspas, que salieron volando en todas direcciones.

—Desviad esa mierda, ¡ya! —gritó Lott, alzando los brazos. Vin, Hami y media docena de los huesos verdes jóvenes alzaron a toda prisa un muro de Desviación tosco pero eficaz que alejó la metralla de la multitud.

Cuando se despejó la nube de polvo, el helicóptero con su cargamento de jade estaba tumbado de lado fuera del complejo, a cien metros de la valla destrozada, hecho un guiñapo y humeando, con el logo de Anorco claramente visible en la cara vuelta hacia el cielo. Durante un largo momento, nadie emitió ni un sonido. Entonces la multitud estalló en un rugido de victoria. Durante meses habían

mirado con odio la zona vallada, viendo entrar y salir las entregas de jade de la instalación de procesamiento, incapaces de hacer nada salvo pequeños sabotajes y dejar constancia de su descontento. La imagen del helicóptero estrellado (¡derribado por solo cuatro huesos verdes de Sin Cumbre!) pareció inflamar a los manifestantes. Corrieron hacia la valla derribada como una ola al romperse una presa.

Los soldados de SIG también estaban corriendo hacia el helicóptero, en un trayecto de colisión con la muchedumbre. Otros guardias corrieron a defender el hueco de la valla, con los fusiles alzados.

—Poneos delante antes de los maten —gritó Lott a los huesos verdes. Apenas se lo oía sobre el clamor colectivo. El cuerno echó a correr, con Vin justo detrás. Hami, el más joven, los alcanzó y sobrepasó enseguida. Con su Fuerza se adelantaron a la multitud que iba a pie, pero no pudieron alcanzar a los todoterrenos que algunos conducían hacia los soldados de Anorco como tropas de caballería a la carga.

La dedo del pelo naranja y sus compañeros llegaron primero al helicóptero y cayeron sobre él como lobos sobre una presa. Sacaron de un tirón al piloto muerto y lo arrojaron al suelo, y luego hicieron acopio de Fuerza, arrancaron las puertas y sacaron el cargamento de contenedores de metal sellados.

—¡Fuera de ahí! —gritó un soldado de SIG que se acercaba corriendo. Se detuvo, apuntó y disparó el R5. Las balas silbaron alrededor de la carcasa del helicóptero. Algunas personas se pusieron a cubierto tras el aparato. Los huesos verdes lanzaron Desviaciones. Uno de los hombres de Montaña arrojó una poderosa onda que tumbó al soldado y le arrancó el fusil de las manos. Gritando maldiciones en espenio, otros mercenarios de SIG abrieron fuego contra la enfurecida muchedumbre.

Hami, Lott y los huesos verdes más cercanos a los soldados intentaron Desviar las balas dirigidas a los civiles, pero Hilo vio caer a dos personas: un abukei y una mujer que sostenía un cartel. El hombre gritó y se agarró la pierna. La mujer no se movió. Los huesos verdes sacaron las armas y devolvieron el fuego. Algunos manifestantes, enloquecidos, cogieron cualquier cosa que les pudiera servir como arma: cuchillos, palos, piedras. Siguieron corriendo sin control, insultando y arrojando cosas a los soldados, que cedieron y se retiraron hacia la valla disparando ráfagas que penetraron la multitud o golpearon los vehículos que se acercaban, pinchando ruedas y rompiendo parabrisas.

Hilo corrió hacia la escena, que se estaba convirtiendo en una

batalla campal. Desviaciones, balas, piedras e insultos volaban en todas las direcciones. Algunos manifestantes cargaban hacia delante para pelear; otros empujaban frenéticamente en dirección contraria, intentando escapar de los disparos. Era un frenesí ruidoso y desordenado, como un reñidero lleno de gallos de pelea. Los soldados de SIG, presos del pánico, se enfrentaban a la multitud rabiosa. Unos disparos acertaron a un joven huesos verdes de Sin Cumbre y a otros tres civiles. Lott se lanzó hacia delante como un borrón de Fuerza y Ligereza; dos cuchillos arrojadizos abandonaron su mano y se hundieron hasta la empuñadura en el cuello del soldado que había disparado, justo por encima del chaleco antibalas. Sus compañeros se retiraron arrastrando el cuerpo, pidiendo apoyo a gritos y sin dejar de disparar.

Cuchillo garra en mano, Hilo se abrió camino a empujones y Desviaciones a través de la refriega. Llamó a Vin y señaló el helicóptero.

—¡Que no se pierda nada de jade en este follón! —Vio a Jirhuya, encogido y cubierto de barro, con los ojos como platos a causa de la adrenalina y el miedo; lo cogió por un brazo y le ordenó con dureza—: No se te ocurra romperle el corazón a mi primo. Ponte a cubierto ahora mismo. Detrás de ese camión.

Jirhuya miró al pedestal, que siempre había parecido tolerante y amistoso, como si lo viera por primera vez. Hilo lo empujó hacia la seguridad y luego siguió en dirección al combate.

—¡Alto el fuego! —ordenó, abriendo los brazos.

Su Percepción zumbaba con estridencia al captar toda la energía frenética y las emociones que se arremolinaban a su alrededor, pero pudo sentir la intención asesina de un soldado de SIG que le apuntaba a la cabeza. Con un gruñido de furiosa impaciencia, empujó hacia arriba el brazo del soldado con un golpe de Desviación, y al instante siguiente estaba sobre él y le arrancaba el arma con un tirón de Fuerza que hizo que algo se le torciera incómodamente en el hombro. Golpeó al soldado en la sien con la culata de la Corta 9mm y le dio una patada en la cabeza mientras caía en el barro.

—¡He dicho que alto el puto fuego! —rugió.

Hilo había ido a la isla de Euman con intención de realizar una declaración pública espectacular, pero quizá hubiera tenido demasiado éxito. Había subestimado la frustración acumulada de los manifestantes. Ciertamente, los había galvanizado, pero muchos podrían acabar muertos pronto. En retrospectiva, deseó haber llevado más guerreros, pero no tenía de sobra, debido a que los gemelos Juen y sus equipos estaban ocupados en Lukang. No había bastantes huesos

verdes ahí para luchar contra los soldados y proteger a tantos civiles sin jade.

Los soldados de SIG estaban retrocediendo hacia el edificio principal de Anorco, cargando con camaradas muertos y heridos, aún apuntando con los fusiles a la turba amenazadora.

—¡Dejad que se vayan! —ordenó Hilo. Sus palabras no llegaron lo bastante lejos, así que empezó a lanzar Desviaciones potentes en las dos direcciones, haciendo tambalearse y caer al suelo a la gente y obligando a que los mercenarios y los manifestantes se separaran. Lott y Hami siguieron el ejemplo del pedestal e hicieron lo mismo, recorriendo la línea mientras los soldados de SIG se retiraban. Un soldado extranjero gritó frenéticamente a la radio, demasiado rápido para que Hilo entendiera todas las palabras en espenio; pero estaba claro que pedía refuerzos, muy probablemente al complejo de entrenamiento de SIG que estaba a ocho kilómetros.

Hilo señaló al hombre con una sonrisa salvaje.

—Llama a tu jefe —gritó en espenio—. Llama a Jim Sunto y dile que venga.

No tenía ni idea de si el soldado del equipo de radio lo había oído ni de si transmitiría el mensaje, pero el cámara de una furgoneta de televisión sí lo oyó. Estaban agazapados en los flancos como corresponsales de guerra, intentando acercarse para conseguir una toma mejor de Hilo y sus hombres ante la multitud mientras se retiraban los contratistas militares. El espacio donde antes se alzaba la valla se convirtió por acuerdo tácito en una línea del campo de batalla que ningún bando cruzó.

Vin se acercó seguido de la dedo del pelo naranja y sus amigos, que se tambaleaban bajo el peso de los contenedores metálicos que habían confiscado de los restos destrozados del helicóptero. Los dejaron a los pies de Hilo y saludaron.

—Jade para nuestro pedestal —proclamó la joven, con la cara enrojecida y los ojos brillantes por el subidón de la batalla—. Que huyan lejos tus enemigos, Kaul-jen.

Hilo miró al otro lado de la valla. La lluvia veraniega seguía cayendo, pegándole el pelo a los ojos y convirtiendo en barro la tierra y la hierba pisoteadas. Seguían los gritos en ambos bandos. Algunas personas se habían subido al helicóptero y ondeaban banderas de Kekon. El punto muerto de Euman se había convertido en un asedio.

—No, aún no han huido —dijo—. Pero huirán.

Capítulo 58

Una promesa cumplida

DIECIOCHO horas después, Jim Sunto llegó en un vehículo acorazado al hotel Suites Serenas. El director general de Soluciones Internacionales Ganlu estaba en su casa, cerca de la sede de la empresa en Fuerte Jonsrock, cuando lo despertó una llamada telefónica en plena madrugada. Lo informaron de que se había producido un enfrentamiento violento en la isla de Euman, y dos empleados habían muerto y otros tres estaban en el hospital. El piloto de helicóptero de Anorco también estaba muerto. Los disparos habían matado a nueve ciudadanos kekoneses y herido a otros treinta.

Sunto había tomado el primer vuelo disponible a Kekon. Dos dedos del clan Sin Cumbre lo interceptaron cuando entró en el vestíbulo del hotel. Le quitaron la pistola y lo escoltaron al ascensor, con el que subieron a la última planta ocupada por completo por el pedestal y sus hombres. Sunto estaba hirviendo de furia cuando entró en la suite.

—¿Qué cojones has hecho, Kaul?

Hilo estaba sentado en el sofá, acabando de desayunar y viendo las noticias, con un paquete de hielo sujeto al hombro. Lott Jin estaba junto a la ventana, hablando por el móvil y paseando de un lado a otro para conseguir mejor recepción. Otros huesos verdes de los dos clanes habían llegado a la isla de Euman junto al ejército, la policía y más periodistas. Los manifestantes se habían retirado hasta la loma, junto al campamento original, mientras los contratistas de SIG recuperaban el helicóptero y arreglaban la valla que rodeaba el terreno de Anorco. Lott había dejado a media docena de huesos verdes de Sin Cumbre en la zona del punto muerto y se estaba coordinando con Aben Soro, del clan Montaña, para establecer turnos de patrullas

que mantuvieran la paz en el área. El cuerno colgó el teléfono cuando entró Sunto. Cruzó una mirada con el pedestal y luego salió por la puerta que daba a la habitación adjunta.

Hilo engulló el último bocado de una empanadilla de carne y lo masticó y tragó mientras cogía el mando a distancia y quitaba el sonido al televisor, que estaba reemitiendo impactantes imágenes de la víspera: Hilo en lo alto de la furgoneta, los restos humeantes del helicóptero de Anorco, soldados de SIG disparando contra la multitud, personas transportadas en camilla. Hilo se limpió los labios con una servilleta y miró tranquilamente a Sunto.

—¿Recuerdas lo que te prometí, teniente?

El aura de este, normalmente tan recogida e ilegible, vibraba como un diapasón.

—¿Esta es tu retorcida idea de venganza contra mí? Has destruido un helicóptero, matado al piloto e incitado a una turba violenta a que cargara contra una propiedad de Anorco y atacara a mis empleados. Eres un psicópata. Tienes la sangre inocente de una docena de muertos en las manos.

—Hablas con la hipocresía de un verdadero espenio —dijo Hilo con una risilla—. El hombre que creó una compañía de mercenarios para luchar a sueldo del mejor postor en guerras por todo el mundo. ¿Qué sangre tienes tú en las manos?

—Solo las pérdidas inevitables que debe aceptar cualquier comandante —se engalló Sunto.

—¿Inevitables porque no seguían tu religión? ¿O porque el gobierno espenio te pagaba millones de thalires para ejecutar la Operación Cortafuegos?

Sunto apretó la mandíbula. No le preguntó cómo conocía la Operación Cortafuegos; la respuesta era evidente ahora que Niko había vuelto a Sin Cumbre. Pero no se iba a dejar poner a la defensiva cuando eran los actos de Hilo lo que habían hecho que cruzara medio mundo.

—No cambies de tema para arrogarte la superioridad moral —gruñó—. Has desatado una tormenta de mierda diplomática que te va a salir por la culata. Me ocuparé de que te acusen de las muertes de los empleados de Anorco y de SIG y de provocar violencia pública y destruir propiedad privada. Jamás podrás volver a poner el pie en la República de Espenia sin que te detengan. —Ante la expresión de despreocupación absoluta de Hilo ante aquellas afirmaciones, Sunto alzó la voz con más vehemencia—. El fundador de Anorco, Art Wyles, va a ser el próximo ministro de Comercio Exterior. Quizá te creas intocable en tu país, pero ¿crees que tus defensores en el gobierno

kekonés van a seguir a tu lado cuando se den cuenta de hasta qué punto has puesto en peligro las relaciones con la República de Espenia?

Hilo se quitó el paquete de hielo del hombro. Se levantó, hizo girar la articulación dolorida y estiró el cuello de lado a lado.

—Dices que he puesto en peligro las relaciones con la República de Espenia. ¿Qué le has hecho tú a Espenia al mantener tu posición en Kekon? —La voz del pedestal era baja y tranquila, señal segura de peligro—. Durante años, tus contratistas militares privados portadores de jade han protegido los barcos de Anorco mientras arrasaban el suelo marino de Kekon. Ayer, tus hombres dispararon contra civiles. Podían haberse defendido con Desviaciones y Acero, pero usaron los fusiles. Todo está grabado por las cámaras y se emite en todos los canales de noticias. Los soldados de SIG abrieron fuego antes de que ningún huesos verdes, ningún manifestante, sacara siquiera un arma. —La expresión de la cara de Sunto no cambió, pero se le tensaron los tendones del cuello y su aura de jade se inflamó. Hilo se le acercó con la cabeza inclinada—. Los soldados espenios no saben usar sus habilidades del jade en una calle concurrida de una ciudad, rodeados de gente normal. El SICBEJ no les enseña el aisho.

—Esos soldados no habrían disparado si no hubieran visto su vida en peligro —dijo Sunto, furioso—. No importa cómo presentes la historia en los medios kekoneses, el hecho es que ayer no habría habido ninguna muerte si no hubieras ido a dar el espectáculo. Tu empezaste esto, Kaul.

Hilo negó con la cabeza, sonriendo con desdén.

—¿Sabes algo de la historia kekonesa? Los huesos verdes no derrotaron por sí solos al ejército shotariano en la guerra de las Naciones. Tenían el apoyo de la gente. En Kekon, siempre han sido los huesos verdes los que han inspirado a la gente para que luchara por sí misma. —Lott Jin regresó a la habitación con una caja de cartón grande y la dejó en la mesita, delante del sofá. Hilo se acercó, volviendo la cabeza para hablar con Sunto—. Ocurra lo que ocurra ahora, tu empresa y tú estáis acabados en Kekon.

Pese a toda su furia y sus amenazas, Sunto había vivido lo suficiente en aquel país para saber que Hilo tenía razón. La importancia que daban los kekoneses al aisho significaba que el clamor popular ante el hecho de que los soldados extranjeros cargados con jade kekonés dispararan sus armas contra ciudadanos kekoneses desarmados se estaba convirtiendo ya en un tsunami en los medios de comunicación, en las calles y en el Consejo Real. Wen estaba desplegando rápidamente una campaña, con una lista de estrellas de

cine como caras visibles, para recolectar dinero para las familias de los manifestantes muertos y heridos, y en las tres primeras horas ya habían acumulado cientos de miles de dien. Más gente se dirigía ya a la isla de Euman para unirse a la protesta, pero otros se manifestaban escandalizados ante el Salón de la Sabiduría. Para cuando llegara el final de la semana, el gobierno kekonés habría prohibido que SIG y cualquier otro contratista militar privado extranjero volviera a trabajar jamás en Kekon.

Las manazas de Sunto se cerraron en puños, y se le marcaron las venas de los antebrazos.

—Nos vemos en los tribunales, capullo arrogante. Me aseguraré de que Anorco y el gobierno espenio usen todas las herramientas existentes para hundir al clan Sin Cumbre. —El director general de SIG dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta—. En la guerra hay bajas inevitables, pero esto no es una guerra entre nuestros países aunque quieras pintarlo así. Esto es una rencilla personal tuya.

—¿Por qué no pueden ser la misma cosa? —Hilo abrió la caja de cartón y sacó una cinta de video. La introdujo en el reproductor conectado al televisor de la habitación y apretó el botón del mando a distancia para volver a poner el sonido. Sunto llegó a la puerta, pero se detuvo cuando empezó a sonar la cinta.

—Los directivos de SIG no decían el nombre «Operación Cortafuegos», pero sabíamos que es lo que era. Todos los veteranos la llamaban así. Se nos ordenó no comentar ninguna de las misiones. Se suponía que oficialmente, la República de Espenia no tenía que estar en ninguno de esos lugares. Pero el ochenta por ciento de los contratistas eran exmilitares espenios. A los reclutas kekoneses nos dispersaron porque teníamos más jade y éramos mejores en ciertas cosas, como la Desviación y la Percepción.

Sunto se giró. La persona que estaba hablando estaba iluminada desde atrás y la imagen se había ensombrecido, de forma que su cara no era visible, y la voz estaba alterada electrónicamente, pero Hilo sabía que era Teije Inno. Se preguntó con curiosidad distante si Sunto lo reconocería, si conocía personalmente a sus soldados de la misma forma que un buen cuerno conocía a sus puños y dedos, si detrás del pragmatismo corporativo sentiría una traición personal.

En la pantalla, Teije seguía hablando:

—En Udain, nuestro objetivo era contener una rebelión liberacionista. Entrenamos a los soldados y a la policía secreta del gobierno udaino, y ayudamos a rastrear y atrapar a los presuntos líderes. Los rebeldes eran sobre todo campesinos, gente de los pueblos… —La voz de Teije quedó en suspenso. Cuando volvió a

hablar, lo hizo más lentamente y con una congoja que se podía notar a pesar de la distorsión electrónica—. Una vez nos mandaron a tender una emboscada a una partida de exploradores rebeldes, pero la información que nos habían dado era incorrecta. Las personas a las que disparamos no eran soldados. Había dos niños. Y para empeorar las cosas, todos portábamos jade y deberíamos haber Percibido que no eran una amenaza. Todo ocurrió muy deprisa. —Una larga pausa en la cinta—. Oí sobre otro incidente que…

Sunto fue a zancadas hasta el televisor y clavó el dedo en el botón de encendido, interrumpiendo la reproducción. Se giró hacia Hilo y Lott con disgusto.

—¿Ese es tu hijo, el del vídeo? ¿Le escribiste un guion y le hiciste recitarlo ante la cámara?

La expresión de Hilo cambió con una rapidez terrorífica.

—Debería matarte ahí donde estás —susurró—. No, no es Niko.

—Así que has encontrado a un antiguo empleado de SIG, un kekonés al que puedes amenazar o sobornar para que calumnie a la empresa sin proporcionar contexto —dedujo Sunto—. De no ser por la Operación Cortafuegos, las fuerzas proygutanas habrían esparcido el liberacionismo por el mundo. Sí, a veces hubo bajas civiles, pero fueron incidentes aislados, un precio necesario en la lucha por la Verdad. —Sunto se tocó reflexivamente el colgante triangular que le colgaba del cuello; entonces pareció recordar que estaba rodeado de paganos contrarios a la Verdad y convirtió el movimiento en un gesto de desprecio, señalando el televisor—. ¿Crees que ese estilo de periodismo amarillo te va a servir como elemento de presión contra mí? ¿Que será una noticia relevante en cualquier lugar fuera de Kekon?

—Por sí solo, no —reconoció Hilo. Lott metió la mano en la caja y fue amontonando en la mesita más cintas de vídeo y de audio, fajos de papel y fotografías en carpetas, hasta formar una pila impresionante —. Pero ¿todo esto junto? Creo que les resultará interesante a algunos periodistas y políticos de Espenia.

Sunto se quedó mirando la acumulación de pruebas condenatorias.

—¿Cómo…?

—Cabrón arrogante —dijo Hilo con voz tranquila—. Estabas tan seguro de que los clanes iban a pasar a la historia, como si no hubiéramos estado luchando en guerras todo este tiempo, a todos los niveles, en todo el mundo. Cuando te dije que te hundiría, diste por supuesto que simplemente mandaría que te mataran.

La expresión de Sunto no lo traicionó, pero su aura sí. Se inflamó y bulló.

—En tu país es año de elecciones, ¿no? —preguntó Hilo—. La Operación Cortafuegos fue una iniciativa de un billón de thalires, que duró diez años y que el gobierno espenio escondió en el presupuesto del Ministerio de la Guerra mientras aparentemente retiraba las tropas de la República de Espenia de las guerras en el extranjero. Estoy seguro de que tus superiores tienen enemigos políticos que estarán encantados de convertir esta información en un escándalo importante. —Hilo sonrió, no con diversión, sino apreciando los informes persistentes e indefectiblemente detallados de Shae—. Cuando eso ocurra, alguien tendrá que caer. Tú has vestido el uniforme espenio y rezas a su Dios y al Vidente, pero tu cara y tu sangre son kekonesas. Irán a por ti.

Sunto guardó silencio un minuto entero. Luego asintió.

—Vale, Kaul. —Apretó la mandíbula—. Ya veo. ¿Cuánto te tendré que pagar?

—Pedazo de mierda espenio, ¿crees que quiero tu dinero sucio? —espetó Hilo con una expresión tan violenta que incluso el exángel de la Marina retrocedió un paso involuntariamente. Lott y los dedos que estaban cerca de la puerta se tensaron; les zumbaban las auras—. Me gustaría ver tu empresa quemada hasta los cimientos y a ti arrojado a una prisión espenia por los mismos políticos que te pagaban tan bien —gruñó—. Sin embargo, voy a hacer lo que no quiero hacer. Te voy a ofrecer la salvación. —Señaló los vídeos y los documentos de la mesita, que representaban incontables horas de trabajo de las ratas blancas del clan—. Guardaré eso en una caja fuerte donde no lo vea nadie. Todo lo que tendrás que hacer a cambio es trabajar para Sin Cumbre por última vez.

—¿Trabajar para ti? —protestó Sunto con desconfianza y asombro —. ¿Haciendo qué?

—Traer a tu jefe —dijo Hilo—. A Wyles.

—¿Art Wyles? —repitió Sunto, sin comprender.

—Me has oído —dijo Hilo—. Quiero ver Anorco destruida.

Sunto dejó escapar el aire entre los dientes.

—SIG forma parte del conglomerado de Recursos Globales Anorco. Art Wyles invirtió en mi empresa desde el principio. Él es el motivo por el que conseguimos el contrato del Ministerio de la Guerra. No estoy dispuesto a entregar a un amigo y a un compañero testigo de la Verdad.

Hilo se sintió tentado de recordarle que ellos también habían sido amigos en otro tiempo. «La amistad espenia —pensó— vale exactamente lo que se pueda pagar por ella».

—Wyles va a vender Anorco a un inversor privado —dijo en vez de

expresar sus pensamientos—. Ese inversor privado es el clan Montaña. A menos que encuentres una forma de separar SIG de la empresa matriz, pronto responderás ante Ayt Madashi. —Al ver la expresión de incredulidad de Sunto, Hilo no pudo evitar una sonrisa ante la ironía de que uno de sus detestados enemigos fuera a acabar devorado por el otro—. La empresa que fundaste, basándola en ideales espenios supuestamente modernos y fieles a la Verdad, se usará para proteger los bienes del clan Montaña y para alcanzar los objetivos del clan Montaña.

—Eso no es… —Sunto negó con la cabeza—. Art va a dejar Anorco, pero nunca… —Hilo se daba cuenta de que quería acusarlo de mentir, pero tras la mirada de animosidad ardiente, la confusión se estaba convirtiendo rápidamente en duda y en una sombría comprensión.

Sunto rompió el contacto visual. Fue hasta el sofá que Hilo había abandonado y se dejó caer con fuerza. Hilo, delante de él, se inclinó para verle la cara.

—Wyles te ha traicionado. Va a vender la empresa para protegerse. Sé que es así porque conozco a Ayt Madashi. Tú conoces a Art Wyles. ¿Qué tiene Montaña que pueda derribarlo?

Sunto movió la mandíbula atrás y adelante.

—Pruebas —dijo a regañadientes, pero con certeza. Bajo la mirada de Hilo, se llevó el medallón del Amanecer de Icana a los labios y susurró una oración en espenio, quizá pidiendo fuerza o perdón; Hilo no pudo distinguirlo—. Pruebas de la conexión delictiva de Art con las bandas. Muchos periódicos sensacionalistas de Puerto Massy lo habían mencionado, viejas fotos de Art con Joren Gasson y otros miembros de la banda de la calle Baker, pero siempre fueron cotilleos y rumores. Cualquier prueba concreta hundiría su trayectoria política y lo llevaría a la cárcel. Es lo único que se me ocurre que pueda hacer que venda Anorco.

Un silencio amargo se extendió entre los dos hombres mientras se cocían en odio y resentimiento mutuos y hacia sus enemigos comunes. Hilo asintió y se irguió.

—La venta de Anorco se cerrará en seis semanas. Mi hombre del tiempo me ha dicho que no se podrá efectuar si se acusa a Wyles de delitos financieros y se congelan sus activos. También me ha dicho que si Anorco se rompe, podrías recuperar el control de SIG mediante una compra por parte de los directivos. —Hilo estudió la expresión abatida de Sunto como si no estuviera seguro de si ponerle una mano consoladora en el hombro o romperle el cuello—. Tus mercenarios y tú jamás volveréis a poner un pie en Kekon. Jamás reclutarás a otro

miembro de Sin Cumbre. —Miró la pila de cintas de la mesita en un recordatorio implícito de que todavía podía hundir a SIG—. Pero puedes salvarte y salvar a tu empresa si me dices ahora mismo que harás lo que te ordeno. Me ayudarás a hundir a Anorco y al clan Montaña.

Desde el momento en que conoció a Jim Sunto, Hilo lo consideró refrescantemente pragmático, un hombre sin lealtades a nadie salvo a sí mismo y a su Dios extranjero. Sunto se cubrió los ojos con la mano un instante. Cuando volvió a mirar a Hilo, su ira fútil se había solidificado en resignación dignificada: la expresión de un oso enjaulado al darse cuenta de que debía humillarse para poder comer.

—¿Qué quieres que haga?

Lott dejó un teléfono en la mesita.

—Puedes empezar por hablar con una mujer llamada Kelly Dauk.

Capítulo 59

El final de un largo juicio

Año vigesimosexto, décimo mes

EL chófer del Cabriola Sentry de Shae pasaba casi rozando las filas de coches aparcados de cualquier manera en el arcén de las carreteras serpenteantes de la Meseta. El movimiento del coche acabó siendo demasiado incómodo para que Shae pudiera seguir leyendo. Dejó a un lado los documentos en cuanto acabó de hojear los artículos del *Elogio de Adamont Capita* que la sucursal del clan de esa ciudad había enviado por fax aquella mañana.

Contra el magnate de los negocios y político Art Wyles se habían presentado cargos de corrupción y blanqueo de capitales en conexión con el famoso imperio criminal de la banda de la calle Baker. Kelly Dauk, presidenta del Comité Anticorrupción de la Asamblea Nacional, había convocado una audiencia especial del gobierno sobre el asunto. La venta de Anorco, la empresa de Wyles, a inversores extranjeros se había bloqueado. Si la investigación enlazaba sus activos con los sindicatos del crimen organizado, el conglomerado se desmantelaría.

Según Hilo, era la primera vez que Kelly Dauk había aceptado, aunque fuera a regañadientes, un acercamiento por parte del clan Sin Cumbre. La mujer tenía un expediente completo sobre Art Wyles y había estado intentando durante años, junto a otros fiscales federales, reunir pruebas concretas de los delitos. Lo único que necesitaban era que el socio de confianza de Wyles, Jim Sunto, se reuniera con el sospechoso y le sonsacara una confesión mientras llevaba un micrófono oculto.

Sunto había confrontado a Wyles para pedirle una explicación sobre la venta inesperada de Anorco, y por tanto de SIG, a una entidad

kekonesa nada menos. Tras intentar convencerlo para que detuviera la venta, amenazarlo con hablar a su esposa de sus amantes y recordarle su implicación conjunta en la Operación Cortafuegos, Sunto se había impuesto como compañero testigo de la Verdad. Salió de la reunión con una grabación en la que Wyles reconocía sus tratos con la banda de la calle Baker pero le aseguraba a Sunto que, en cuanto se hubiera instalado como ministro de Comercio Exterior, Joren Gasson los ayudaría a ocuparse del problema kekonés. «Los hombres de la Verdad pagan sus deudas», había prometido. Shae sospechaba que Art Wyles pagaría sus deudas en prisión durante una buena temporada.

El Cabriola se vio obligado a detenerse al fin, al verse bloqueado por la densa muchedumbre reunida ante las puertas de hierro de la mansión Ayt. «Hasta aquí hemos llegado», dijo el chófer volviéndose hacia ella.

Shae abrió la puerta y se apeó del coche. La siguieron sus dos guardaespaldas.

—¿Seguro que es buena idea, Kaul-jen? —preguntó uno de ellos en voz baja. Shae no le había dicho a Hilo, ni siquiera a Woon, adónde iba a ir aquella tarde.

—Sé lo que hago.

Se acercó a las puertas de la mansión. Sus guardaespaldas la flanquearon, pero no hubo problemas. La gente se quedó mirando y murmuró, pero se apartó a un lado, e incluso los periodistas que corrieron a sacar fotos se mantuvieron a una distancia respetuosa. Parecía que todos los presentes eran conscientes de que un suceso como aquel jamás había ocurrido. Desde luego, la congregación delante de la mansión Ayt era algo que Shae no se habría podido imaginar. Más de un millar de miembros del clan Montaña (puños y dedos, linternas, hacedores de fortuna) guardaban silencio, pero condenaban públicamente a su propio pedestal. Cuando Shae llegó a la vanguardia de la multitud, se vio obligada a inclinarse para pasar por debajo de una gran pancarta de tela blanca que alzaba media docena de huesos verdes de Montaña con estacas de madera. En ella había largas líneas de escritura: «El pedestal es el señor del clan, la columna vertebral del cuerpo. El pedestal debe defender el aisho y no quebrantarlo nunca. El pedestal no debe asociarse con criminales extranjeros. El pedestal sabe cuándo es el momento de que otro dirija el clan».

Para alguien que no fuera kekonés, la manifestación parecería mansa, incluso extrañamente respetuosa. No había gritos ni consignas, nada que se pareciera a la turba de manifestantes que Hilo había enardecido con tanta facilidad hasta llevarla a la violencia en la isla

de Euman el mes anterior. Para un clan de huesos verdes, sin embargo, la situación era escandalosa y sin precedentes. Los huesos verdes mantenían los problemas del clan dentro del clan. Mostrar abiertamente la desaprobación y la oposición al pedestal, a la vista de enemigos, civiles y medios de comunicación… Era una rebelión directa. Era una noticia de alcance nacional que eclipsaba incluso las muertes ocurridas en la isla de Euman, y desde luego, la caída de un político en Espenia.

Una densa muralla de tensión se extendió entre los huesos verdes que sostenían la pancarta blanca y la docena de puños leales de Ayt que custodiaban las puertas de la hacienda, con las manos apoyadas en la empuñadura de la espada luna y observando con cauto veneno a sus compañeros de clan. Shae podía sentir la animosidad de una manera tan tangible como si pudiera usar la Percepción. Se acercaba una guerra civil.

Se dirigió sin vacilar hacia el puño más veterano de los que estaban a al vista.

—Dile a tu pedestal que el hombre del tiempo de Sin Cumbre quiere hablar con ella.

El guardia escupió a los pies de Shae.

—Los Kaul estáis tramando algo, perros oportunistas. Ninguno de vosotros es la mitad de verde que Ayt-jen. Debería haberos cortado la cabeza hace años.

—Si eres de verdad leal y obediente a tu pedestal, le llevarás mi mensaje —dijo Shae—. Dile que he venido por mi cuenta y no como emisaria de mi hermano.

Aún mirándola con odio, el puño ladró una orden a un dedo, que dio media vuelta y corrió hacia la mansión. Shae esperó con paciencia. La muchedumbre esperó con ella en el sofocante calor de finales del verano. El sudor brillaba en las caras. La gente se abanicaba, bebía agua y cambiaba el peso de un pie a otro, pero seguía allí. Al cabo de unos minutos, el dedo volvió a salir y, con gran reticencia, el puño ordenó que abrieran la puerta y dejaran pasar a Shae.

La escoltaron por el camino de adoquines hasta la elegante doble puerta frontal, por el amplio vestíbulo con suelo de madera y por un pasillo, hasta llegar a una gruesa puerta cerrada.

—Esperad aquí —ordenó a sus guardaespaldas, y empujó la puerta del despacho de Ayt Mada.

Shae nunca había estado en presencia de Ayt sin portar jade. Verla sin ser capaz de Percibir su aura inconfundible, densa y poderosa, era como ver una fotografía en vez de a la mujer real. Ayt estaba de pie junto a uno de los grandes ventanales que bañaban de luz el atestado

despacho. Llevaba unos pantalones marrones y una amplia camisa sin mangas granate; sus brazos estaban, como siempre, densamente cubiertos de jade. A pesar del calor llevaba un pañuelo de seda blanca cómodamente enrollado en el cuello. No se volvió al entrar Shae. Desde la ventana, Ayt no podía ver más allá de las puertas, pero no cabía duda de que Percibía a todos los miembros del clan reunidos en rebeldía frente a la entrada de la hacienda. Era una imagen que Shae recordaría siempre: el pedestal de Montaña de perfil, erguida y silenciosa a la luz del sol, los brazos cruzados y la mirada inmóvil, ligeramente desenfocada. La estatua de un viejo guerrero antes de la batalla final.

Una densa aprensión se agolpó y se asentó en el centro del abdomen de Shae. Cada vez que había confrontado a Ayt Mada en el pasado, las consecuencias habían sido drásticas e irrevocables, y habían afectado a los dos clanes y a sus vidas durante años. Había acudido confiando en una pauta que parecía fijada por los dioses.

—Actuaste con gran inteligencia, Kaul-jen —dijo Ayt al fin.

Shae se adentró un poco más en la estancia.

—Aprendí de una enemiga inteligente.

Diez días antes, la entrevista de Iyilo con el presentador de la RNK, Toh Kita, se había emitido por la televisión nacional. En un testimonio exhaustivo, el contrabandista barukano había dado detalles sobre más de dos décadas de colaboración de Ti Pasuiga con el clan Montaña. Iyilo explicó que durante su trabajo como confidente y guardaespaldas de Zapunyo, su primo Soradiyo y él habían actuado como mensajeros entre el jefe criminal uwiwano y el pedestal de Montaña. La conspiración para asesinar a Kaul Hilo con una bomba, que por error había matado a Maik Kehn y herido a varios civiles, la había sugerido e incitado Ayt Mada a cambio de la promesa de ser indulgente con el contrabando de jade.

Después, Iyilo había apartado astutamente a su jefe de las conversaciones y había conspirado directamente con Montaña para hacerse con los negocios de Zapunyo y matar a sus hijos. Con satisfacción indisimulada, contó a los espectadores que aceptó asociarse con Ayt Mada a cambio de la promesa de que la Ley de Refugiados de la Guerra de Urtoko se aprobara en el Consejo Real, lo que así había sido gracias a la muerte repentina del canciller Son Tomarho.

Iyilo dio más detalles sobre el subsiguiente triángulo de jade establecido entre Ti Pasuiga, la banda Matyos y el clan Montaña para transportar jade de contrabando y shine de Kekon a las islas Uwiwa y de allí al continente de Orius. Ayt Mada, explicó Iyilo, controlaba el

precio en el mercado negro comprando jade para su clan y metiéndolo a escondidas en el país a través de Lukang, un plan que había provocado una guerra civil en el clan Seis Manos. Luego permitió que Ti Pasuiga y los barukanos de Matyos transportaran jade sin molestias a Ygutan y a Urtoko Oriental, e incluso los ayudó, para suministrar al programa nekolva y a otros conflictos de la Guerra Lenta a cambio de una tajada de los beneficios, que canalizaba hacia los negocios legítimos de Montaña. A veces, durante la relajada entrevista, Iyilo hablaba de Ayt Mada con admiración y respeto cauteloso, como una socia de sus negocios; otras veces mostraba un desprecio burlón hacia todos los huesos verdes, y otras, como cuando lamentó la forma en que Ayt abandonó a su primo Soradiyo a la venganza de Sin Cumbre, se mostraba abiertamente cáustico y lleno de rencor.

Cuando le preguntaron si tenía miedo de que Ayt lo matara por hablar, el jefe criminal caído de Ti Pasuiga soltó una risilla.

—Por supuesto que me matará —dijo, haciendo un gesto displicente hacia la cámara—. Hay un refrán shotariano que dice: «Si te casas con el diablo, tienes de suegra a la madre del diablo». Es un trato del que no se puede escapar. El negocio del jade es el diablo, y Ayt Mada, su madre.

Los periódicos y la radio se hicieron eco de inmediato de la entrevista televisada, y se reemitieron varios extractos a pesar de la indignación de los partidarios de Ayt, que insistían en que todo aquello era una invención, una artimaña del clan Sin Cumbre para destruir a Montaña sobornando a un criminal condenado para que mintiera en su beneficio.

En cualquier caso, el daño que esperaban Shae y Anden se produjo. El testimonio de Iyilo era demasiado verosímil. No transmitía la impresión enlatada de un discurso ensayado, sino el carácter desafiante, nostálgico y prolijo de un hombre que no tenía nada que perder y aprovechaba la oportunidad de sacarse del pecho todo lo que guardaba. A petición de la Radiotelevisión Nacional de Kekon, dos huesos verdes expertos del clan Escudo Haedo, indiscutiblemente neutral, habían acompañado a Toh Kita, y habían jurado por su jade y por el honor de su clan que no habían Percibido ninguna falsedad en las declaraciones del prisionero.

Lo relatado por Iyilo confirmaba rumores que habían circulado en susurros durante años en los círculos de Montaña. Pocos días después de que saltara la noticia, las fracturas del clan fueron imposibles de ocultar. Ayt Atosho, de treinta y cinco años y durante largo tiempo sucesor en espera, guardó silencio, pero sus parientes hablaron por él. La consejera Koben Tin Bett fue la primera en lanzar la petición de

que Ayt Mada se retirara del puesto de pedestal. Seis linternas de alto nivel desertaron en masa del clan Montaña; dos de ellos llegaron al extremo de jurar lealtad a Sin Cumbre. Otros cuatro miembros del Consejo Real declararon que daban por cancelada su afiliación a Montaña y se unían a las filas de los consejeros independientes; no aceptarían el patrocinio del clan hasta que Ayt Mada abandonara el poder.

Y ahora, aquello: los propios guerreros de Ayt se agolpaban ante sus puertas.

—¿Mandaste matar a Iyilo? —preguntó Shae.

—No —respondió Ayt secamente—. Quizá lo hiciera alguien que actuaba al servicio de Montaña, pero yo no susurré su nombre. ¿Para qué? Ya había hecho todo el daño que podía hacer. Ya te había dicho, Kaul Shae-jen, que yo no mato por rencor. —Fue una confesión notable: Ayt reconocía que ya no poseía un férreo dominio sobre el clan, que estaba perdiendo el control de las personas que debían seguir sus órdenes.

Se había programado la extradición de Iyilo a Kekon, pero la seguridad de las prisiones uwiwanas era notoriamente mala. Antes de que pasaran cuarenta y ocho horas desde la entrevista, Iyilo apareció muerto en su celda; un guardia al que no encontraron luego por ninguna parte lo había degollado. La mayoría asumió que había sido cosa de Montaña. Algunos creyeron que Sin Cumbre lo había matado ahora que ya no lo necesitaba. Otros dijeron que había sido alguno de los numerosos enemigos que tenía Iyilo en las islas Uwiwa. Shae supuso que daba igual cuál fuera la verdad. Si Hilo había dado la orden, no la había informado. Sin embargo, cumplió la palabra que le había dado, como la cumplía siempre. La tarde anterior a su muerte, Iyilo había hablado durante dos horas en una llamada telefónica a larga distancia con su mujer y sus hijos, todos a salvo en Puerto Massy con nuevas identidades.

Ayt se volvió por fin hacia Shae. Los últimos años no habían sido amables con ella. Tenía la espalda erguida, pero se veían unas raíces gris acero en su media melena teñida, y había profundos surcos entre la nariz y la boca, producto de una vida de mantener los labios rectos y firmes. Las dos mujeres se observaron mutuamente a través del profundo precipicio de su incomprensión y su enemistad prolongadas. Shae se preguntó si Ayt también se estaría fijando en su declive, compadeciéndola por su carencia de jade.

«¿Cuándo nos hicimos viejas?», se preguntó. Algunos creían, con poco fundamento científico, que el jade ralentizaba el envejecimiento, al menos durante un tiempo, aunque nadie insinuaría que el estilo de

vida de un huesos verdes era bueno para la longevidad. Había incluso un refrán entre los huesos verdes: «Los guerreros de jade son jóvenes hasta que de repente son ancianos». Había sido el caso de su abuelo, reconoció Shae, y parecía que también era el de Ayt Mada.

—¿Quieres un té? —preguntó Ayt inesperadamente—. Acabo de llenar una tetera. —Fue hasta uno de los sillones de cuero y se sentó.

—Me gustaría. —Shae se sentó en el sofá frente a Ayt.

La pedestal de Montaña cogió dos tazas y sirvió primero a su invitada. Shae pensó de repente que, sin su sentido de Percepción, no tendría ningún aviso si Ayt decidía matarla, ni tendría la menor oportunidad de defenderse. Ayt podía romperle el cuello con la misma facilidad con que servía el té.

Cogió la taza y bebió un trago. No le temblaron las manos. «No mato por rencor», había dicho Ayt, y nunca, durante todos los años que sus clanes habían estado en guerra, le había dado motivos para creer que no fuera cierto. A pesar de todas las cosas que había hecho a sangre fría, de todas las veces que había quebrantado el aisho para sus propios fines, Ayt Mada seguía sus reglas.

—Me ha impresionado lo deprisa que has movido tantas piezas. —Ayt se llenó la taza y la rodeó con sus largos dedos—. El clan Seis Manos está arruinado, y ha perdido su dominio sobre Lukang. Cualquier amenaza o soborno poderosos que aplicarais sobre Iyilo, lo hizo cantar como un ruiseñor para la prensa. Sigo intentando adivinar cómo convertisteis a Sunto en vuestra herramienta después de aquel espectáculo ridículo de la isla de Euman, pero soy consciente de que Kaul Hilo tiene un don para hacer que incluso sus peores enemigos se plieguen a sus propósitos. El extranjero, Wyles, cayó, y la venta de Anorco, que estuve orquestando durante años, ha quedado bloqueada. —Ayt dio unos golpecitos en el borde de la taza y se la llevó a los labios. Bebió un traguito y se recostó en el sillón soltando un lento suspiro—. Con cualquiera de esas cosas podría haber previsto el desenlace y haberlo compensado, pero todas juntas fueron demasiado destructivas. Yo no lo habría hecho mejor.

—Me concedes demasiado mérito —dijo Shae—. Fue un trabajo conjunto de la familia.

Unos meses antes, Shae era la más desmoralizada por el plan maestro de Ayt, convencida de que el pedestal de Montaña había resuelto por fin el problema de cómo destruir a Sin Cumbre. El resto de la familia se había limitado a ponerse a trabajar. No podrían haberlo conseguido si el clan no hubiera tenido unas ventajas únicas: si Jaya no hubiera sido una fuerza poderosa en Toshon acompañada de sus Cuchillas, si Anden no hubiera viajado en secreto a las islas

Uwiwa, si los sucesivos cuernos de Sin Cumbre no hubieran metido ratas blancas en todos los sitios donde las pudieran necesitar, si la oficina del hombre del tiempo en Espenia no hubiera detectado el plan de Montaña para empezar y no lo hubiera conectado con los políticos y los abogados adecuados, si Hilo no hubiera pasado años decidido a destruir SIG.

Shae había pasado décadas admirando a Ayt Mada como una maestra de la estrategia. Quizá Ayt, por su propio orgullo, prefiriera atribuir su derrota a la inteligencia y la habilidad de una mujer más joven. Shae sabía la verdad. No era más inteligente que Ayt Mada; jamás lo había sido. La forma de derrotar a un maestro del ajedrez no era mediante un genio superior, sino obligándolo a jugar a un juego distinto.

El clan Sin Cumbre había desarrollado muchos tentáculos por todo el país y por todo el mundo para defenderse de los ataques de un enemigo más grande. Había corrido para modernizarse y responder con rapidez con el fin de sobrevivir. Si alguien hubiera intentado vencer a Ayt Mada en su terreno, habría resultado destruido. Pero desde el principio, Hilo se había rodeado de la gente que más necesitaba, y de ese modo, Sin Cumbre estaba impulsado por muchas personalidades fuertes que chocaban entre ellas, pero que de algún modo arrastraban al clan. La familia había sufrido conflictos y pérdidas terribles que a veces la habían desmembrado, pero también estaba fuertemente unida, de una forma que Ayt y los Koben jamás podrían estar.

—Imagino que os veis como héroes. —La voz de Ayt sonó afilada con un repentino desdén—. Habéis emocionado a la gente de a pie con una exhibición de fuerza; habéis derribado empresas extranjeras, expulsado a los mercenarios y vuelto a mi clan contra mí haciéndome caer en desgracia. —El fuego familiar de los ojos de Ayt llameó, y su voz era como acero viejo—. Pero lo único que habéis conseguido es retrasar lo inevitable. Habrá otros… Otros poderes extranjeros, otros mercenarios, otros que quieran hacerse con nuestro jade y el alma de nuestro país. La lucha entre nuestros clanes continuará —siseó—, ¿con qué fin? Yo habría construido un baluarte inexpugnable. Habría puesto a Kekon firmemente en control de su propio destino.

—Te habrías puesto a ti en control del destino de Kekon —replicó Shae—. No es lo mismo. Eres una mujer, Ayt-jen; no un dios, por brillante que seas, por mucho jade que portes. —Miró a Ayt directamente a la cara sin incertidumbre, sin miedo ni dudas—. Los huesos verdes no están destinados a ser dioses, al menos hasta el día del Retorno, y mientras sigamos intentando serlo, ese día nunca

llegará.

—A los dioses no les importan nuestra gente ni nuestras naciones. —La súbita aspereza de la voz de Ayt insinuaba un profundo dolor que nunca mostraba—. Para ellos somos todos iguales. No les importa quién vive ni quién muere, quién gana ni quién pierde, quién debería dirigir ni quién debería sufrir. A mí, sí.

Shae se tragó su compasión.

—Se ha acabado, Ayt-jen. Has perdido tu magistral gambito final, pero lo que es más importante, has perdido el control de tu clan. Tus propios guerreros están ante tus puertas pidiéndote que te apartes. Para seguir siendo pedestal tendrías que matarlos a todos. —Una nube pasó ante el sol y el amplio despacho de Ayt se oscureció. Ninguna de las dos se movió—. No creo que hagas eso. Ni siquiera tú derramarías la sangre de tantos de tus huesos verdes.

—Aún no sabes de qué soy capaz, Kaul-jen —dijo Ayt con voz más suave.

Shae sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral, pero respondió con calma:

—Soy perfectamente consciente de que siempre has hecho lo que consideraras necesario, por terrible que fuera. Pero también te creo cuando dices que no lo haces por tu propia satisfacción, sino por el bien de tu clan y tu país. ¿Qué les convendría ahora, Ayt-jen? ¿Que te retirases voluntariamente y traspasaras el poder a tu sobrino, aunque consideres que su familia y él no dan la talla, o que desates un baño de sangre que destroce tu clan y lo atrase durante años?

Como Ayt no respondió, Shae volvió a desear con fuerza poseer aún su sentido de Percepción. La cara del pedestal era de repente tan inescrutable como el mármol blanco.

Se tocó la garganta desnuda, donde portaba el jade en el pasado. «Hemos perdido tanto, todos nosotros…». Ayt Mada y ella jamás podrían escapar de la rivalidad de sus clanes, pero se comprendían, como mujeres que eran verdes en un mundo de hombres.

—¿Recuerdas la historia del rey Eon II? —preguntó a Ayt—. Abdicó y cayó en desgracia. Sus partidarios querían que siguiera luchando, pero él abandonó la corona para evitar más destrucción y sufrimiento al país. Aunque la gente no pudiera comprender ni apreciar su sacrificio, se aseguró de que Kekon pudiera alzarse en un futuro sin él. Solo él, los dioses y las generaciones posteriores, que nunca conocería, sabrían que hizo lo correcto.

»Haz lo correcto, Ayt-jen. Retírate pacíficamente y te prometo que me impondré a mi hermano para forjar una tregua duradera entre nuestros clanes. Renunciaremos a la deuda de sangre que ha existido

desde que murió Lan. —La mención de aquel nombre pareció agitar algo en la estancia y dentro del pecho de Shae—. Sin Cumbre prometerá amistad y hermandad a tu sobrino Ayt Ato. Juntos trazaremos un plan que unirá los clanes, poco a poco y de forma equitativa.

Los extremos de la boca de Ayt se curvaron hacia arriba con ironía, sin humor.

—Así que después de años de guerra, cuando por fin tenéis la ventaja, ¿tengo que creer que estás a favor de unir los clanes? ¿Esperas que no vea que quieres decir que el clan Sin Cumbre conquistará a Montaña?

Shae negó con la cabeza.

—El tiempo de la conquista ya pasó. Nuestros clanes son demasiado grandes para unirse si no quieren. Los huesos verdes de los dos bandos han luchado codo con codo contra los desclanados y los extranjeros más a menudo de lo que han luchado entre ellos, y los de más edad ya han visto demasiada guerra. Si pasas la posición de pedestal a tu sobrino, Hilo y yo nos retiraremos en menos de cinco años, y todas las viejas rencillas se marcharán por fin con nosotros.

Ayt guardó silencio un largo minuto. No miró a Shae; fijó la vista al otro lado de las grandes ventanas. La ligera curva de sus hombros insinuaba un peso invisible y abrumador.

—¿Tu pedestal aceptará esto? —preguntó al fin.

—Lo aceptará. —Cuando se empezó a ver que Sin Cumbre no solo sobreviviría al plan de Ayt, sino que emergería por delante de sus rivales ante el público, las conversaciones que mantenía con Hilo en el patio se habían dirigido hacia el futuro y hacia cómo asegurar la fuerza del clan—. Ya no puedo jurar por mi jade, pero lo aceptará.

Ayt cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Brillaron desde el interior de un nido de profundas arrugas.

—Hace muchos años, Shae-jen, te busqué. Quise convencerte de que te unieras a mí, de que trazáramos una ruta más fuerte para nuestros clanes y para el país. Te negaste. Desde entonces te he odiado y admirado por aquella decisión. Sin duda aprecias la ironía del momento, tú ahí sentada intentando convencerme de que acepte tu visión en vez de la mía.

—Míranos, Ayt-jen. —Shae suspiró desde lo más profundo de su ser—. Somos unas ancianas. Hemos intentado matarnos durante mucho tiempo, y por caprichos del destino nos debemos la vida mutuamente. Quizá haya llegado el momento de que nos apartemos y dejemos que la próxima generación intente hacerlo mejor que nosotras.

Ayt se terminó el té y se levantó. Sin volver a mirar a Shae, fue hasta la ventana y se convirtió de nuevo en una estatua vigilante, pero ahora la luz que se iba enrojeciendo cayó sobre ella de otra forma. La figura de un general a la espera pasó a ser la de un superviviente solitario en un campo de batalla vacío.

—Quizá tuvieras razón aquel día en el Templo del Divino Retorno, Kaul-jen. Lo más cruel que me hiciste nunca fue no degollarme. Márchate. Ya has dicho y hecho bastante.

Shae estaba en el Cabriola. El sol descendía lentamente tras los árboles. Llevaba más de una hora en el coche. Uno de los guardaespaldas se quedó con ella, y el otro vigilaba los alrededores, pero no interrumpieron sus pensamientos.

Sonó el teléfono.

—Hola, mamá —dijo Tia cuando Shae descolgó—. Sé que me dijiste que no te llamara al móvil a menos que fuera muy importante, pero tu secretaria dice que has salido de la oficina hace horas, y papá quiere saber si piensas venir a casa a cenar.

Shae miró a los huesos verdes de Montaña que seguían ante las puertas de la mansión Ayt. Algunos se habían marchado y habían llegado otros, pero muchos habían estado allí todo el tiempo, desde el amanecer hasta el crepúsculo, y quizá quizá fueran a quedarse toda la noche. Tan estoicos como estudiantes en una escuela marcial entrenando bajo el sol y la lluvia, endureciéndose para conseguir la resistencia física y mental que conllevaba convertirse en guerreros huesos verdes.

—No creo, Tia-se —dijo Shae a su hija—. No me esperéis.

—¿Me puedes llevar al centro comercial el sextodía? —preguntó Tia.

—Puede ser. Termina los deberes antes de que llegue a casa y hablaremos. —Shae colgó y miró el teléfono que tenía en la mano. «Que siga así tanto tiempo como sea posible, una niña normal que pronto será adolescente», rogó a ningún dios en concreto, simplemente ofreciendo su deseo al universo. Sabía que no duraría para siempre. Tia ya luchaba contra la crueldad del mundo de su madre. Cuando creciera y comprendiera más cosas, eso podría apartarla de la familia.

A menos que, a partir de aquel mismo día, ese mundo pudiera ser diferente del que Shae había conocido. «Que sea posible. Que sea un mundo donde pueda conservarla».

Algo cambió en la multitud. Los guardaespaldas de Shae lo Percibieron y se volvieron, alerta, hacia las puertas. Shae salió del Cabriola y se quedó delante. Al principio no vio nada diferente, pero entonces una onda débil de movimiento hacia atrás abrió un hueco en

la gente. Ayt Mada bajaba por el sendero desde la entrada de la mansión, con sus puños y dedos leales flanqueándola. Las grandes puertas de hierro se abrieron en un suave silencio electrónico que no perturbó ningún otro sonido. El pedestal caminó entre los disidentes, e incluso los que sostenían la condenatoria pancarta blanca murmuraron con precaución y se tocaron la frente. «Hasta los tigres más grandes se hacen viejos», había dicho Hilo. Pero hasta el tigre más viejo seguía siendo un tigre.

La mirada de Ayt no buscó a su antigua enemiga, al otro lado de la calle, pero Shae sabía que el pedestal de Montaña podía Percibirla, esperando y observando con todos los demás. Ayt Mada se ajustó las espirales de jade de los brazos. Levantó la barbilla y habló con la voz firme y clara que se había hecho famosa con los años, la voz que Shae había oído en persona y en la televisión y que no necesitaba amplificadores porque silenciaba a todos los que la rodeaban.

—El pedestal es el señor del clan, la columna vertebral del cuerpo —declaró Ayt—. Pero el clan es más que el pedestal, y un cuerpo no puede estar en guerra consigo mismo. No justificaré todas las acciones que tomé por el beneficio a largo plazo de mi clan y mi país. Sin embargo, está claro que se han arrojado muchas dudas sobre mis pasadas decisiones; demasiadas para que el clan Montaña siga fuerte y unido bajo mi liderazgo.

»Por tanto, me retiro inmediatamente como pedestal de Montaña. Nombro a mi sobrino, Ayt Atosho, mi sucesor. Le doy mi bendición. Pido a todos los miembros del clan, huesos verdes y no huesos verdes, puños y dedos, hacedores de fortuna y linternas, que le juren lealtad como hicieron conmigo. Bajo el Cielo y sobre el jade.

Un profundo silencio recibió aquel anuncio trascendental. Después se alzaron las voces, los periodistas gritaron preguntas, y Ayt Madashi dio media vuelta y caminó de regreso a la casa.

Capítulo 60

Últimas deudas

El primer acto de Ayt Atosho como pedestal de Montaña fue organizar una celebración espectacular del Festival de Otoño para la ciudad de Yanlún. La familia Koben, ansiosa por rehabilitar la dañada imagen del clan, no escatimó esfuerzos para relacionar el cambio de liderazgo con los buenos sentimientos del público hacia aquella fiesta popular. Las calles de los distritos de Montaña se cubrieron de lámparas de colores alternos: el tradicional rojo festivo del otoño y el verde claro del clan. Camionetas llenas de dedos y alumnos del templo Wie Lon recorrieron la ciudad repartiendo pasteles amarillos decorados con la insignia de Montaña. El atractivo rostro de Ayt Ato asomó por toda la ciudad, y también en programas de entrevistas de la televisión y en anuncios a toda página en los periódicos.

El clan Sin Cumbre celebró unas fiestas más tranquilas, en las que los miembros susurraban con optimismo cauteloso y planteaban un amplio abanico de conjeturas sobre el futuro. El enemigo más antiguo y temible del clan había perdido el poder. Parecía imposible creerlo. Una generación entera de huesos verdes de Montaña había crecido pensando en Ayt Mada y en el clan Montaña como algo inseparable, como una amenaza odiosa y constante. Nadie sabía aún qué pensar de su sustituto ni qué esperar de los Koben.

Hilo convocó a toda la familia y a los amigos más cercanos para cenar. Tras un banquete consistente en todos los platos estacionales preferidos (sopa de marisco con jengibre, cerdo ahumado con triple glaseado, verduras escabechadas especiadas y pegajosos pastelillos de pasta de frutas), el pedestal dijo: «Es una noche agradable; aún hace calor fuera. Deberíais quedaros tanto como queráis». Una amable

indirecta para que los que no pertenecieran al círculo interno del liderazgo del clan se fueran marchando. Obedecieron enseguida, conscientes de que el pedestal y sus consejeros se pasarían horas hablando a partir de ese momento.

Sulima ayudó a la madre de Hilo a ir a su habitación. Kaul Wan Ria tenía ya ochenta y cinco años y era el miembro más longevo hasta entonces de toda la familia, aunque ya estaba débil mental y físicamente. Woon Papi, Juen Nu, Maik Cam y los hijos ya adultos de Juen salieron al patio con una botella de hoji, barajas y un balón relevo. Lina, la viuda de Kehn, e Imrie, la mujer de Juen, se llevaron su conversación al jardín. Tia quiso ver una película en el cine en casa. Cuando Jirhuya le propuso apuntarse, Anden pareció aliviado y un poco sorprendido. Desde la violencia de la isla de Euman, Jirhu se había mostrado más nervioso de lo habitual cuando estaban con la familia. Hilo sospechaba que aquellos sucesos habían causado algo de fricción entre Anden y él, pero ¿qué esperaban? Si tenían intención de seguir juntos, Jirhu tenía que ver antes o después a los parientes de su compañero como los huesos verdes que eran, por mucho que intentara mantenerse a distancia del clan.

Hilo miró a los que se habían quedado en la mesa: Shae y Wen juntas a un lado, Lott y Niko al otro, Anden en el extremo opuesto al suyo. Cerró una mano con fuerza alrededor del brazo de la silla, preparándose para el dolor conocido pero no por ello menos intenso que le oprimía el corazón cada vez que sentía la ausencia de Ru. En el plato del centro de la mesa quedaba un pastelillo de melocotón, e Hilo imaginó, tan claramente como si estuviera sucediendo, a su hijo saltando de la silla para reclamarlo. La otra persona ausente era Jaya, que había vuelto a Toshon. Todos lo miraban expectantes. Durante unos segundos no habló, abrumado por una sensación de intenso orgullo.

—Ayt Atosho ha solicitado una reunión de los dos clanes —dijo al fin. Dejó que su hombre del tiempo lo explicara.

—Montaña quiere negociar una promesa de amistad —dijo Shae—. Han hecho la petición siguiendo el protocolo y con todas las garantías esperables, aunque quieren que tenga lugar pronto, y en privado, con solo el pedestal y dos acompañantes por clan. Podemos elegir el momento y el lugar.

Nadie se sorprendió mucho por la noticia, aunque Lott señaló: «Han sido rápidos». Ayt Mada había dimitido hacía solo tres semanas. Que su sucesor se diera tanta prisa en ponerse en contacto con los enemigos de su tía podría considerarse precipitado, e incluso una muestra de debilidad, lo que indicaría falta de inteligencia por parte

del nuevo pedestal. Si Hilo tuviera que ofrecer un consejo a los Koben, lo que desde luego no haría, les diría que era mala idea reunirse con los enemigos antes de estar seguro de los amigos; algo que dudaba que los Koben pudieran afirmar con confianza.

Wen sirvió té a todos de una tetera recién hecha.

—Deben de tener la impresión de que no les queda más remedio. Al entrar en la sombra de Ayt Mada, los Koben tienen que moverse tan deprisa como sea posible para demostrar que están al mando. —Muchos miembros de Montaña seguían siendo leales a Ayt Mada y consideraban a los Koben una familia de huesos verdes de segunda, que había ascendido hasta lo alto sin merecerlo, solo a causa de su tamaño, su celo tradicionalista y un vástago adorado por los medios, y no por méritos reales.

Ayt Ato, consciente sin duda de sus detractores, ya había hecho limpieza. Aben Soro e Iwe Kalundo, el cuerno y el hombre del tiempo de Ayt Mada, habían recibido la orden de seguir los pasos de su pedestal y dimitir de sus puestos, lo que habían hecho inmediatamente. Aben había sido cuerno durante tanto tiempo que su retiro no era una sorpresa. Iwe también era de los viejos, demasiado estrechamente conectado a Ayt Mada y demasiado implicado en los años de actividades que había detallado Iyilo en su entrevista.

Shae aceptó la taza de té que le puso delante su cuñada y miró los pastelillos que quedaban, pero se resistió a coger uno.

—Ahora mismo, las únicas personas en las que Ayt Ato puede confiar son los miembros de la familia Koben. —El nuevo pedestal había nombrado cuerno a su primo segundo Sando Kin, y como hombre del tiempo había colocado a un tío suyo, un linterna experimentado pero relativamente desconocido llamado Koben Opon —. Todos saben que Ayt Mada cedió el liderazgo a su sobrino a regañadientes y no lo apoya de verdad, así que eso deja la puerta abierta a competidores potenciales.

—Tiene miedo de que nos aprovechemos de su inexperiencia como pedestal y de que su clan no está unido —razonó Lott—. Ahora tenemos al público de nuestra parte, y los Koben temen que más linternas de Montaña deserten y se pasen a Sin Cumbre.

—Ayt Ato es la cara bonita de la familia —dijo Wen—, pero creo que comprende en qué posición se encuentra y es más astuto de lo que cree la mayoría. Si ha aprendido de su tía Koben Bett, intentará la diplomacia antes de los cuchillos. Se ha casado con una mujer de la familia Tem para afianzar su apoyo. Ahora quiere asegurar un acuerdo de paz con nosotros para tener tiempo de poner su casa en orden.

Hilo ladeó la boca en una mueca irónica.

—Una alianza con la familia Koben era lo que buscaba hace décadas esa vieja serpiente de Yun Dorupon —dijo.

—Por aquel entonces, Ayt Mada estaba decidida a anexionarse Sin Cumbre y mandarnos a todos a la tumba —dijo Shae—. Cualquier alianza había sido despareja y habríamos tenido sobre nosotros la amenaza de la destrucción. Los Koben han ganado poder desde entonces, pero nosotros hemos ganado más. No pueden conquistarnos.

Al otro extremo de la mesa, Anden asintió.

—Hemos cambiado mucho como clan. Ahora, quizá por primera vez, estamos en una posición más fuerte que Montaña. La cuestión es si la amistad con los Koben mantendrá las cosas así.

Hilo sintió que Shae clavaba los ojos en él. Shae era quien había ido a la mansión de Ayt Mada para convencer a su viejo enemigo de que se rindiera. «He jurado en nombre de mi familia que se acabarían las rencillas, Hilo —le había dicho cuando volvió—. Prometí que empezaríamos a acercar los clanes, sin derramamiento de sangre». Partió por la mitad uno de los pastelillos que quedaban.

—¿Dónde está ahora Ayt Mada?

—Se marchó de la hacienda Ayt y se fue a otra propiedad de Montaña, una casa de los Comunes —dijo Lott—. No ha salido ni hablado con la prensa, pero parece que ha cooperado en el traspaso pacífico del poder a su sobrino.

—¿Cuánta gente tiene? —preguntó Hilo.

—Unos cuantos puños la protegen. Todos le son leales. —Lott hizo una pausa y miró directamente a Hilo antes de responder la pregunta que le estaba haciendo en realidad—. No será fácil llegar a ella, pero es posible. La casa es mucho menos segura que la hacienda Ayt.

—Hilo —objetó Shae—, Montaña pretende hacer las paces.

—Ayt Mada ya no es el pedestal de Montaña —le recordó Hilo, lacónico—. Ninguna paz que firmemos con la familia Koben se extiende a esa vieja zorra. Mientras Ayt Mada respire, es una amenaza para nosotros. Encontrará una forma de controlar Montaña sin ser el pedestal. No hemos luchado contra ella más de treinta años para tragarnos el cuento de que se retira. Tiene que morir más tarde o más temprano. Mejor si es más temprano.

—Mientras Ayt Mada viva —convino Wen—, no podemos confiar en ninguna alianza con Montaña.

Llegaron gritos y risas de algún lugar del exterior de la mansión. Hilo oyó las voces y algo que sonaba como una pelota de balón relevo que golpeaba un lado de la casa.

—No es el momento —argumentó Shae—. El tribunal de la opinión pública está juzgando a Ayt, y ha perdido el apoyo del clan. Estoy de

acuerdo en que sería propio de ella intentar volver, ejercer el poder entre bambalinas, pero ahora mismo no puede. Dejará que su sobrino tenga su momento de gloria y que todos piensen que ya está fuera de la escena. Deberíamos hacer lo mismo. Si la matamos ahora, el nuevo pedestal se verá obligado por el honor a responder considerándonos enemigos. Sabotearíamos cualquier posibilidad de tener una paz duradera.

—Perdonarle la vida a Ayt se está convirtiendo en una mala costumbre tuya, Shae.

Su hermana le dirigió una mirada mordaz.

—Cuando la posición de Ayt Ato como pedestal sea segura y se haya establecido la paz entre los dos clanes, la atención del público se irá apartando de Ayt Mada. Entonces encontraremos una manera de susurrar su nombre discretamente. Pero primero tenemos que llegar a ese punto.

—El hombre del tiempo ha dejado clara su opinión —dijo Hilo, cogiendo la mitad del pastelillo y poniendo la otra mitad en el plato de Wen—. ¿Y los demás?

Lott bajó la mirada; su boca estaba curvada en una expresión pensativa.

—He odiado al clan Montaña mucho tiempo, pero durante los años que he sido primer puño y después cuerno, hemos tenido que luchar a su lado tanto como contra ellos. Incluso si no estamos de acuerdo con los nuevos líderes, no son iguales que Ayt Mada. No han hecho nada que los convierta en nuestros enemigos declarados. No creo que haya que condenar a nadie, ni siquiera a nuestros enemigos, a causa de sus parientes, ni que haya que obligarlos a seguir un camino en el que no tengan capacidad de decisión. —Los demás guardaron silencio. Lott Jin era el único de los presentes que no era un Kaul, pero nadie podía negar su devoción al clan durante décadas, superando un montón de problemas y dudas en su propia vida para convertirse en un cuerno competente en los siete últimos años—. A veces parece que la violencia es un destino imposible de negar, pero de tarde en tarde hay breves periodos en los que eso puede cambiar. Estoy de acuerdo con el hombre del tiempo. Con Ayt Mada ausente, deberíamos aparcar la enemistad.

Hilo miró a Anden, que observó a Lott con una expresión curiosa de muda admiración antes de quitarse las gafas y limpiárselas con el faldón de la camisa, como si estuviera pensando su respuesta.

—La familia Koben es grande, pero no tanto, ni tan inteligente, como Ayt Mada o las personas sentadas a esta mesa. Son directos y capaces en el momento, pero no lo bastante listos para buscar nuevas

oportunidades para conseguir una auténtica ventaja. —Anden se puso las gafas otra vez y añadió—: Creo que deberíamos aceptar la amistad de los Koben y hacer lo posible por mantenerlos en el liderazgo del clan Montaña. De ese modo, con el tiempo, a nuestro clan le irá mejor que al suyo. Si alguna vez se unen los clanes, Sin Cumbre será el dominante, y será la familia Kaul y no la Koben la que guíe al país y a todos los huesos verdes.

Hilo sonrió ante la fría valoración a largo plazo de su primo. Recordó que, cuando eran jóvenes, lo pinchaba a menudo por su comportamiento cuidadoso y cortés, intentando que se tomara las cosas más a la ligera. Ahora no se podía imaginar deseando que Anden fuera de otra manera, pues eso hacía que el verde de su alma fuera más aparente en momentos como aquel.

—¿Qué dices tú, Niko? —preguntó Hilo a su sobrino, que hasta entonces había estado callado—. También tienes voz en esta decisión ya que Jaya y tú, y vuestros huesos verdes, tendréis que vivir con sus consecuencias mucho más tiempo que nosotros. ¿Podrás trabajar con Ayt Ato? ¿Confiarías en la promesa de amistad de la familia Koben?

—No confiaría en nadie —dijo mirándolo—, pero trabajaría con ellos. La familia Koben no tiene que caerme bien ni tengo que estar de acuerdo con ella, pero he conocido a Ayt Ato y lo he observado estos años, y creo que lo comprendo en cierto modo. Necesita algo de nosotros, y estoy de acuerdo con el tío Anden en que dárselo nos resultará ventajoso a largo plazo.

—Está decidido, pues. Como pedestal he confiado en todos vosotros muchos años, y no voy a dejar de hacerlo ahora. —Se volvió hacia Shae—. Tienes razón. La siguiente generación no debería cargar con nuestras rencillas. Dile a Montaña que aceptamos la reunión. —Miró a su sobrino—. Quiero que vengas, Niko. Ocuparás el lugar del cuerno.

Lott levantó la cabeza de golpe, sorprendido.

—El cuerno debería estar en esa sala —protestó—. No lo digo por faltar al respeto. Cualquier discusión sobre una alianza tiene que incluir al lado más verde del clan.

—Es más importante que asista Niko —dijo Hilo—. Cuando me retire como pedestal, será él quien tenga que tratar con Ayt Ato, así que esta alianza lo afectará más a él que a mí. Debería estar incluido en cualquier acuerdo al que lleguemos. Tú y yo hablaremos antes de los aspectos militares y los presentaré en la reunión.

—Kaul-jen —protestó Lott una vez más, pero la severa mirada de Hilo lo silenció.

—Estarás en la reunión —repitió Hilo a Niko.

Todos parecían sorprendidos, incluso Wen. Durante cuatro años, Niko había estado aprendiendo todos los aspectos de las operaciones de Sin Cumbre bajo la tutela del cuerno, el hombre del tiempo y otros líderes de las dos partes del clan. Sin lugar a dudas, estaba contribuyendo de formas útiles. Había propuesto para el lado militar del clan un nuevo sistema informático que optimizaría el despliegue de dedos por múltiples regiones. Resolvió una disputa entre dos linternas haciendo que el hijo de uno trabajara para el otro como compensación. Y había realizado tareas delicadas para Shae, recopilando pruebas contra los espenios.

Aun así, Hilo no había dado indicios sobre si esperaba, o cuándo, que su sobrino empezara a recibir responsabilidades asignadas directamente por él. Al fin y al cabo, Niko todavía era joven; solo tenía veintisiete años. Y en el clan muchos se preguntaban si el pedestal conservaría resentimientos o dudas sobre los años que su sobrino había pasado lejos de la familia.

Ahora, sin embargo, estaba diciendo que Niko tendría autoridad para hablar en nombre del clan en una reunión importante con sus antiguos enemigos. Era la primera vez que expresaba de forma inequívoca, siquiera en la intimidad de la mesa familiar, que Niko era su heredero.

Si Niko estaba sorprendido, no lo demostró.

—Entiendo, tío —dijo con solemnidad, pero todos vieron la ojeada cautelosa que le echó a Wen para ver su reacción.

—Lo harás bien —dijo Wen—. Tu tío y tu tía estarán contigo, después de todo. —Lo dijo más como algo obvio que con amabilidad, pero Hilo se alegró de que mostrara su apoyo, incluso aunque su sonrisa pareciera reservada.

—Estaré listo —prometió Niko.

—Bien. —Hilo se volvió hacia Anden—. ¿Qué pasa, Andy? Te has quedado callado y tienes cara de estar pensando en algo.

Anden levantó la cabeza y miró alrededor al notar la repentina atención de los miembros de la familia.

—Siento parecer distraído, Hilo-jen —dijo con cierta desazón—. Quería pedirte una cosa, pero puedo esperar a otro momento.

—Dilo y ya está. No hay un momento mejor, y aquí todos somos familia. Menos Lott Jin, pero es imposible ser cuerno de Sin Cumbre y no ser un Kaul honorario.

Anden titubeó; luego carraspeó y se irguió en la silla.

—Quiero dedicarme a la política y convertirme en miembro del Consejo Real. —Todos se quedaron mirándolo, hasta que se puso nervioso y añadió—: Sé que significa entregar mi jade, pero lo he

pensado mucho tiempo y estoy preparado. Tratar a la gente del clan uno a uno es un trabajo que vale la pena, pero como funcionario electo podría afectar a mucha gente a la vez. Pido tu bendición, Hilo-jen, y el patrocinio del clan.

Nadie dijo nada durante unos instantes. Entonces habló Niko.

—Tío Anden, diría que eres demasiado honrado para ser político, pero pensándolo bien, ya has sido un estadista del clan durante tantos años que no creo que haya nadie más dotado para ese trabajo.

Wen sonrió con complicidad a Anden desde el otro lado de la mesa.

—En esta familia puedes ser honrado y a la vez retorcido. Puedes no portar jade y a la vez ser un guerrero.

—La mayoría de los miembros del Consejo Real afiliados a los clanes principales nunca han portado jade, así que no siempre entienden cómo hacer las cosas a la manera de los huesos verdes. Los demás son independientes que no tienen el menor contacto con este estilo de vida. Y en cuanto a nuestra influencia en el Consejo, dado que Jaya rompió el poder que tenía Seis Manos en Lukang, la elección va a ir muy justa, y hasta es posible que Montaña reciba un impulso a causa del ascenso de los Koben al poder.

»Hay cosas que son necesarias, como plantar cara a los espenios y exigir la retirada de las tropas, combatir supersticiones dañinas o emprender la reforma militar, y para eso hace falta alguien que pueda hablar como un huesos verdes sin ser verde. Mira cómo ha ascendido la viuda Koben Tin Bett en el gobierno, al proceder de una familia de huesos verdes y defender sus puntos de vista en la política nacional, pese a que nunca ha sido huesos verdes ella misma. Creo que puedo hacer eso por nosotros. Podría representar al clan, pero a la vez, estar apartado y pensar en el bien mayor.

—¿Te ha dado la idea Jirhuya? —dijo Wen, aún sonriendo. Anden enrojeció.

—No, pero me ha animado. No creo que hubiera persistido si no me hubiera empujado a tomármelo en serio. —Apartó la mirada con timidez, pero mostraba una leve sonrisa—. Antes me preocupaba por que quizá no pudiéramos seguir juntos, porque él estaba tan alejado del clan, pero ahora creo que ha sido bueno que siempre me dé una perspectiva diferente.

Al ver que Hilo iba a hablar, todos se callaron de inmediato.

—Ningún miembro de la familia Kaul se ha dedicado jamás a la política. Siempre hemos sido guerreros de jade que nunca han entregado su verde por nada, ni siquiera por el derecho a gobernar. —Un lado de su boca se levantó en una sonrisa torcida—. Algo que

puedo decir de mi primo es que siempre hace las cosas a su manera, incluso si es algo que nadie ha hecho antes. Por supuesto que tienes mi bendición, Andy, y el apoyo del clan.

Anden se levantó y se llevó las manos unidas a la frente en un profundo saludo.

—Gracias, Hilo-jen. Haré lo posible para ganar y no defraudar a nadie.

Hilo se levantó también y los dos primos se abrazaron.

—Vamos a dormir con esta buena noticia —dijo Hilo—. Shae organizará la reunión con los Koben y seguiremos hablando. Aún queda mucho por hacer, siempre queda, pero estoy seguro de que estaréis cansados.

Después de que todos se hubieran marchado y la casa quedara en silencio, Hilo subió a la planta alta. Wen ya estaba esperándolo en la cama. Cuando se metió entre las sábanas, ella dejó el libro que estaba leyendo y lo abrazó. Hilo la besó en la frente y le acarició el pelo. Después se quedaron acostados en silencio unos minutos.

—¿Cuándo lo harás? —preguntó Wen.

—Durante la reunión —dijo Hilo—. Llevar a Niko me ha dado la excusa para dejar fuera a Lott. No porque quiera excluirlo, sino para que pueda hacer otras cosas.

Wen asintió.

—Al hombre del tiempo le harán falta unas semanas para negociar los detalles de la reunión: el lugar, los penitentes, la seguridad y demás. Con suerte, para entonces la gente habrá dejado de prestar atención a Ayt Mada. La mayoría de los miembros de su grupo de guardias leales son huesos verdes viejos, que no serán rivales para nuestros mejores puños.

—Mañana le daré instrucciones a Lott, cuando no haya nadie más. —Cogió a Wen por la barbilla, le giró la cara hacia sí y añadió con severidad—: Tienes que tener cuidado de que no se te escape nada con Shae. Podrías olvidarte. Sé cómo habláis cuando no estoy. Shae y Niko no pueden saber nada hasta que todo haya acabado. Podrán jurar con sinceridad ante cualquiera que pueda Percibir que no tuvieron nada que ver con el asesinato de Ayt Mada, que le susurré su nombre a Lott yo solo.

Wen se apartó con indignación.

—No me olvidaría de algo tan importante —dijo—. ¿No me he mostrado de acuerdo contigo en la mesa esta noche? Shae dice que es arriesgado actuar ahora mismo, pero es más arriesgado no actuar. Jamás podemos ser descuidados en lo relativo a Ayt Mada. Sus partidarios y ella deben morir.

Hilo asintió.

—Va a ser delicado lo de hablar de amistad con el nuevo pedestal mientras por fin estoy mandando a su tía a dar de comer a los gusanos.

Wen apoyó la mejilla en el hombro de su marido y acarició las cuentas de jade de la clavícula y el pecho con la ternura de una larga familiaridad.

—Ayt Ato tendrá que armar escándalo para guardar las apariencias, pero no irá a la guerra por eso. Como he dicho, me parece que es más listo de lo que cree la gente, y tiene a la vieja astuta de Koben Tin Bett aconsejándolo. Sabe que Ayt Mada será un problema mientras siga bajo las alas del clan. Nunca tendrá el apoyo completo de Montaña si ella está tirando de los hilos. No era su preferido como heredero, y su terrible sombra lo acechará mientras ella esté viva. En secreto, los Koben nos estarán agradecidos por quitarles de en medio al antiguo pedestal.

—Sobre todo si les doy una salida fácil para que puedan dejar de hacerse los enfadados —dijo Hilo—. Y se la daré. En cuanto esto haya terminado, abandonaré el cargo de pedestal.

Los dedos de Wen dejaron de moverse. Soltó una larga exhalación que Hilo sintió cálida contra la piel.

—Niko no está preparado.

—Sería mejor si tuviera unos cuantos años más, es verdad, pero hay que hacerlo así. Tiene aproximadamente la misma edad que yo cuando me convertí en pedestal. Y nadie creyó que tuviera muchas posibilidades. Ni siquiera tú, mi gatita, si somos sinceros.

—Eras el cuerno—dijo Wen—. Tenías la lealtad de los puños y los dedos del clan en una época de guerra. Sabías cómo dirigir a la gente en una crisis porque te preocupabas por ella. Niko no es como tú.

Hilo entrelazó los dedos de una mano con los de ella y suspiró.

—Sé lo difícil que es perdonar a alguien por no salir como se esperaba. A mí no se me da muy bien. Pero puedes ver cómo ha cambiado Niko y lo duro que ha estado trabajando. Deberías ser más amable con él y mostrarle un poco de afecto, incluso si no lo pide o no parece que le importe.

Wen guardó silencio un momento.

—Por supuesto que lo quiero, pero es como un libro cerrado, más aún que de niño. ¿Puede alguien con esa personalidad inspirar a otros como líder? Creo que necesita una novia, pero no parece querer mis sugerencias.

Hilo se echó a reír.

—Los jóvenes aparcan el romance en estos tiempos; no deberías

preocuparte mucho por eso. Y recuerda que yo era diferente de Lan, y todos los hombres que han sido cuerno eran diferentes de mí y diferentes entre ellos. Mientras Niko se conozca a sí mismo, aprenderá a ser pedestal a su manera. Además, estamos en tiempos mejores, y contará con nuestro apoyo. Yo no tuve esa ventaja, así que sé lo importante que es. No seré como el abuelo, no arrastraré por el suelo a los demás por culpa de mis remordimientos. Te tengo a ti, y me encantará relajarme un poco por fin, después de todos estos años, ¿no te parece?

—Sí. —Wen volvió la cara hacia él y lo besó.

—Cualquier acuerdo al que lleguemos con Montaña será entre Niko y los Koben. Yo lo aceptaré encantado mientras haya vengado a Lan, a Kehn y a todos los puños y dedos que Ayt Mada puso bajo tierra. —Hilo alargó la mano y apagó la lámpara de la mesilla, y luego se acomodó y atrajo a Wen hacia sí—. Shae tiene razón; nuestros clanes deberían dejar las deudas de sangre en el pasado. La joven generación debería hacer borrón y cuenta nueva, tener una oportunidad real de estar en paz. Pero nuestra generación… Todavía quedan algunas deudas que pagar.

Sonó el teléfono en la casa donde Iwe Kalundo, el antiguo hombre del tiempo de Montaña, se había aislado desde su desgraciada dimisión forzosa. Iwe respondió y escuchó en silencio al informante que estaba al otro extremo de la línea. Después colgó e hizo una llamada a su vez.

—Ayt-jen —dijo—. Tengo la información que necesitamos. Todo se organizará como hemos comentado.

Capítulo 61

Viejos tigres

Año vigesimosexto, duodécimo mes

La reunión secreta entre los líderes de los clanes Sin Cumbre y Montaña, la primera que se celebraba en veinticinco años, tuvo lugar un septimodía por la mañana en la sede de la Alianza del Jade de Kekon, en el perennemente neutral Barrio de los Templos.

La sede original de la AJK había sido un edificio gubernamental cuadrado, chato y utilitario. Su sustituto, construido con fondos nacionales y aportaciones de los clanes después del atentado de Yanlún, era mucho más imponente: diez desafiantes plantas de acero y mármol verde, que eclipsaba incluso a las antiguas columnas de piedra con techo de teja del cercano Templo del Divino Retorno. Era un permanente «te jodes» dirigido a cualquiera que creyera que los clanes habían resultado destruidos o menguados por los ataques.

Cuando Hilo, Shae y Niko llegaron a la hora acordada, Ayt Ato y sus acompañantes ya estaban en la sala, además de cuatro penitentes de pie contra la pared del fondo, con las manos cruzadas dentro de las largas mangas de las túnicas.

Los huesos verdes de Montaña se levantaron, y Ayt Ato se tocó la frente en un saludo cauteloso.

—Kaul-jen…

—Ato-jen… —dijo Hilo, devolviendo el saludo informal—. Espero que no te ofendas por que te llame por tu nombre personal. Ayt es un nombre que no soy capaz de pronunciar de forma amistosa, así que prefiero no usarlo para dirigirme a ti si queremos empezar con buen pie.

—No me importa —dijo Ato—. Es como me llama la mayoría de la

gente, de todas formas.

Hilo había visto la imagen de Ayt Ato muchas veces, pero nunca había coincidido con él en persona, salvo un breve momento en el funeral de Ru. Ato era de verdad tan apuesto como aparecía en la televisión, con una fotogenia que casi igualaba la de la estrella de cine Danny Sinjo. Las líneas distintivas de las pequeñas cuentas de jade de las cejas acentuaban sus grandes ojos, aunque la rigidez de la cara indicaba la enorme presión que el joven pedestal había sufrido durante los dos últimos meses. Su aura de jade aparecía fuertemente contenida y muy tensa, crispada en los bordes.

Ato presentó a un hombre robusto y con barba como su hombre del tiempo, Koben Opon, y a un huesos verdes musculoso con la nariz aplanada como su primo y cuerno, Sando Kin.

—Me educaron para temerte y odiarte, Kaul Hiloshudon —reconoció Ato—. Y ahora estoy hablando contigo de un pedestal a otro. Has dañado a Montaña de muchas formas a lo largo de los años. También has estado a nuestro lado otras veces y has luchado con fiereza contra criminales, desclanados y extranjeros codiciosos. Derribaste a mi tía Mada como pedestal, pero ahora estás aquí, dispuesto a hablar de amistad. Así que, la verdad, no sé qué pensar de ti, si eres un enemigo o un aliado.

—Espero que ninguna de las dos cosas, Ato-jen. —Ciertamente, Hilo tampoco estaba seguro de cómo tomarse a Ayt Ato. Parecía increíble que un hombre pudiera estar bajo escrutinio público tanto tiempo como él y aun así ser tan desconocido cuando se trataba de determinar su auténtica capacidad—. Me pediste que viniera para hablar del futuro de la relación entre nuestros clanes. Yo no soy el futuro de mi clan; he sido el pedestal de Sin Cumbre veintisiete años, y mi intención es retirarme pronto y ceder el cargo a mi sobrino. Le he pedido que nos acompañe y dirija esta reunión por nuestra parte. De este modo, cualquier acuerdo al que lleguemos hoy se hará mirando hacia adelante y no hacia atrás.

Ato se sorprendió ante aquel anuncio inesperado, pero se volvió hacia Niko con expresión cautelosa pero complacida.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se cruzaron nuestros caminos, Kaul Niko-jen. Los dos hemos pasado por muchas cosas desde entonces, creo. Siento haber parecido un bufón arrogante e insufrible en otros tiempos. Pero dije que esperaba que pudiéramos trabajar juntos y no tuviéramos que seguir el ejemplo de nuestros mayores. Espero que eso siga siendo cierto.

Durante las últimas noches, Niko había estado reunido en largas consultas con sus tíos y tías, preparándose para lo que se esperaba de

él, recibiendo informes sobre todo lo que pudiera surgir en la negociación con Montaña. Ahora se adelantó, poniéndose al lado de Hilo, y habló con humildad pero con firmeza:

—Aún no soy el pedestal, Ato-jen, y todavía debo demostrar que soy digno de la confianza de mi familia. De modo que mis tíos se sentarán a la mesa conmigo y la decisión final será suya. Pero quiero decir que no guardo ningún rencor contra ti ni contra la familia Koben, ni siquiera por la muerte de mi hermano. Espero de verdad que podamos poner fin a esta larga guerra.

La mención de Ru pilló a Hilo con la guardia baja. También a Ayt Ato; Hilo Percibió el latido de inseguridad sobresaltada en el aura de jade del otro hombre. Shae echó una mirada rápida a ambos. Hilo vio que el aura de jade de Niko no había cambiado; no sabía si su inescrutable sobrino había hablado sinceramente sobre sus esperanzas o si había sacado a colación la muerte de Ru como una forma de obtener una sutil ventaja mental sobre Ato y los Koben, como diciéndoles: «Podría odiaros. Pero he elegido no hacerlo».

—Desde que nací, toda mi vida ha estado definida por la guerra entre clanes que mató a mi padre —dijo Niko—. Esto es algo que tenemos en común, Ato-jen: nuestra vida está modelada por la muerte de hombres a los que no conocimos. Quizá podamos romper ese legado.

Ayt Ato estudió a Niko con respeto comedido pero optimista.

—Eso espero, Kaul-jen.

Lo seis huesos verdes se sentaron a la mesa. Entonces, Sando Kin notó algo fuera de lugar. Se inclinó hacia Ato.

—¿Dónde está el cuerno de Sin Cumbre?

—Pedí a Lott Jin que no viniera, para que Niko pudiera asistir sin romper la igualdad entre los dos lados —respondió Hilo—. Como antiguo cuerno que fui, hablaré por el lado militar del clan. —Nada de aquello era mentira. Ni siquiera un huesos verdes con mejor Percepción habría podido decir otra cosa.

Hilo esperó a que la atención estuviera centrada en otra cosa, y entonces se metió la mano en el bolsillo y pulsó el botón que enviaría el mensaje preparado en su teléfono.

Lott Jin estaba en el asiento del copiloto de un ZT Bravo negro aparcado en el distrito de los Comunes, vigilando la casa del final de la calle con unos prismáticos de largo alcance. Dos guardias huesos verdes caminaban en círculo alrededor de la casa, pero parecían aburridos. Lott había mantenido el lugar bajo vigilancia permanente, situando a seis huesos verdes fuera del rango de Percepción y confiando en ratas blancas sin jade para observar más de cerca. Ayt

Mada se había reunido la noche anterior con su antiguo hombre del tiempo, Iwe Kalundo, en un restaurante cercano perteneciente a Montaña. Después había vuelto a la casa y nadie la había visto volver a salir en todo aquel día. Lott suponía que había otros dos guardaespaldas dentro, pero eso era todo. Era territorio de Montaña, al fin y al cabo; la gente de Ayt no estaba demasiado preocupada. Lott y Vin estaban solos en el discreto ZT Bravo (el Lumezza FT Scorpion de Lott habría sido demasiado reconocible), y Vin podía Percibir las patrullas antes de que estas pudieran Percibirlos a ellos.

El busca de Lott soltó un zumbido. Lo miró. Era la señal que había estado esperando: un breve código numérico que el pedestal y él habían acordado, que significaba que Hilo, Shae y Niko estaban en el edificio de la AJK con Ayt Ato y su gente, y Lott podía seguir adelante.

Hizo una llamada. Hami Yasu descolgó de inmediato.

—Es la hora —dijo Lott.

—Estaremos ahí en cinco minutos —dijo el puño. Dos coches llenos de los mejores guerreros huesos verdes de Sin Cumbre esperaban en un aparcamiento, en la frontera del distrito del Casco Antiguo. En cuanto llegaran, atacarían la casa desde todas las direcciones, matarían a Ayt Mada y a sus guardaespaldas y volverían a territorio de Sin Cumbre. Si todo marchaba según lo planeado, la pillarían de improviso y habrían acabado en cinco minutos.

Lott acarició la espada luna envainada que tenía en el regazo. En principio, la tarea no debería ser difícil. Cuatro guardaespaldas de Montaña, más Ayt Mada, contra diez de los luchadores más verdes de Sin Cumbre. Ayt Mada seguía siendo la mujer más cargada de jade de Kekon, pero tenía más de sesenta años. El jade no frenaba el envenecimiento, y no importaba cuánto verde portara alguien si no tenía la resistencia física y los reflejos para utilizarlo, especialmente contra hombres cuarenta años más jóvenes. A pesar de todo, Lott estaba preocupado. Ayt había sobrevivido a otros intentos de asesinato. Había vencido en duelo a Kaul Shae. Le habían clavado un cuchillo en el cuello y había caído por una ventana. Parecía legendaria, imposible de matar.

Era posible que alertaran a otros huesos verdes de Montaña y corrieran en su ayuda. Los transeúntes se podían meter por medio. Podía haber otros guardias en la casa, de los que no tenían idea, pues estaban aparcados demasiado lejos para que Vin pudiera Percibir cuánta gente había dentro. Lott envió una oración silenciosa a los dioses. Por naturaleza era contrario a los riesgos. Sabía que no tenía un talento especial, pero había alcanzado la posición de cuerno a resultas de una combinación de ser afortunado, trabajador y fiable, sin

dar motivos a los demás para dudar de él ni de su habilidad para cumplir sus responsabilidades. Ahora, el pedestal contaba con él; había dejado en sus manos aquella misión final.

Vin arrancó el motor. Un minuto después, dos monovolúmenes Victor STX pasaron rugiendo a su lado.

—Son ellos, vamos —dijo Lott.

Vin pisó el acelerador, recorrió la manzana que los separaba de la casa y paró detrás de los otros vehículos. Lott abrió la puerta y saltó.

Los dos guardias que patrullaban la casa Percibieron el impulso asesino y corrieron a defender la entrada. Desenfundaron pistolas Ankev, pero estaban en demasiada inferioridad armamentística. Les llovieron proyectiles de los cañones de escopeta que asomaban por la ventanilla abierta del primer monovolumen. Los huesos verdes de Montaña lanzaron una ola de Desviación que envió las postas hacia la casa, salpicando la fachada y rompiendo ventanas. El Acero de un hombre no fue lo bastante rápido o lo bastante fuerte: encajó el plomo en las rodillas y cayó gritando y agarrándose las piernas.

En la breve pausa posterior a la primera andanada, los huesos verdes de Sin Cumbre saltaron de los coches con pistolas y espadas y cayeron sobre los centinelas en un instante. Suyo y Hami dispararon varias veces a quemarropa al hombre caído; su cuerpo saltó sobre el césped como si lo martillearan hasta que su Acero cedió bajo la cortina de fuego. Juen Din voló con Ligereza hacia el otro guardia y la espada luna descendió en un arco letal. Cuando el guardia alzó su propia espada para detener el ataque por lo alto, Juen Ritto se lanzó contra la abertura con un borrón de Fuerza y lo destripó en el tiempo que tardó en parpadear.

Lott y Vin, corriendo, ya habían dejado atrás la pelea que se libraba en el césped. Temiendo posibles trampas, Vin hizo saltar la cerradura de la puerta delantera con un disparo de escopeta, y Lott Desvió la puerta hacia dentro. Se prepararon para Acerarse, pero la puerta se abrió de golpe y reveló un vestíbulo vacío. No saltaron cables disparadores; nada estalló. Lott estaba a punto de entrar corriendo cuando Vin gritó: «¡Espera!».

Lott se volvió alarmado hacia su primer puño. Vin se tocó la sien y señaló la casa.

—¿Puedes Percibirlo? ¡Nada! No hay nadie dentro.

El cuerno avanzó un paso cauteloso, con los cuchillos arrojadizos en la mano, y extendió su Percepción para cubrir todo lo que pudiera de la casa. Vin tenía razón. No podía captar ninguna aura de jade.

—Es imposible —exclamó—. Ayer vimos entrar a Ayt y hemos vigilado la casa toda la noche y toda esta mañana. Nadie ha entrado ni

ha salido.

No dudaba de la Percepción de Vin, pero registraron la casa de todas formas. Estaba vacía. Había indicios de que Ayt Mada había estado allí recientemente: platos en la cocina, comida en la nevera, ropa en el baño… Pero no había nadie en la casa. La puerta trasera seguía cerrada con llave. Los huesos verdes de Sin Cumbre habían rodeado el terreno y estaban seguros de que nadie había salido por las ventanas. Ayt y sus guardaespaldas se habían desvanecido.

Vibrando con furiosa incredulidad, Lott salió al césped de la entrada y se agachó junto al guardia que yacía con las tripas desparramadas, todavía vivo pero en las últimas.

—Ayt estaba aquí —dijo—. ¿Cómo ha salido?

El guardia no respondió. Tenía la cara blanquecina y sudorosa, y la mirada perdida. Lott se enderezó y le clavó el pie en el abdomen abierto, arrancándole un grito. El sonido hizo estremecerse a Lott, pero había ocasiones en que no se podía evitar la crueldad. Esperó a que la mirada del hombre se centrara en él.

—Suyo tiene una Canalización excelente —dijo Lott, señalando al puño que tenía al lado—. Dime cómo ha escapado Ayt Mada y le ordenaré que te quite el dolor. Si no, te subiré a un coche y contendrá la hemorragia lo suficiente para que sigas vivo y sufriendo varias horas.

—Túnel —gimió el hombre—. No sé adónde va a parar, pero este edificio… era un piso franco del Movimiento por un Futuro Sin Clanes. Hay un túnel… bajo el cuarto de lavar.

—Maldita sea —siseó Lott—. Sálvalo si puedes; mátalo si no —ordenó a Suyo, señalando al guardia.

Dio instrucciones a Vin y a los otros huesos verdes para que siguieran la ruta de escape de Ayt, y dijo a la otra mitad que subieran a un coche y lo siguieran.

—Tenemos que ir al edificio de la Alianza del Jade de Kekon —añadió.

Ayt Ato se inclinó para hablar en voz baja con su hombre del tiempo, y luego se volvió hacia la mesa.

—Nos parece bien que la isla de Euman se declare oficialmente territorio neutral, y estamos de acuerdo en que no debe seguir la minería del jade allí, ni en el mar ni en ninguna otra parte. Debería establecerse un parque natural para proteger la zona de futuras explotaciones. Pero ¿cómo propones que tratemos con los extranjeros?

Niko se tomó un momento para hablar con Shae antes de responder.

—Por lo que sabemos sobre la investigación penal que están

haciendo al director general de la empresa, parece probable que desmantelarán y venderán Anorco. El inventario de sus activos incluye una cantidad importante de jade. Estoy seguro de que queremos que ese jade vuelva a Kekon y no caiga en manos de otras empresas u organizaciones criminales extranjeras. —Ato y los suyos asintieron—. El hombre del tiempo tiene una propuesta.

Hilo le había dicho: «Cuando dudes, cede la palabra a tu tía. Dirá algo inteligente y apropiado, y mientras tanto podrás observarlos y tendrás tiempo para pensar».

Shae se inclinó hacia delante.

—Si Montaña y Sin Cumbre intentan adquirir por su cuenta el jade de Anorco, acabaremos en una guerra de pujas que se puede poner violenta, y volveremos a estar los unos tirándonos al cuello de los otros. Propongo que los dos clanes formemos una sociedad conjunta, auspiciada por la Alianza del Jade de Kekon, para adquirir las reservas de Anorco y distribuirlas de la misma forma que el jade producido en las minas: equitativamente entre los clanes de huesos verdes, las escuelas, los templos, los médicos y el tesoro nacional.

A Hilo le estaba costando trabajo concentrarse en lo que se podía afirmar que era la negociación más importante y de más largo alcance que había habido jamás entre Montaña y Sin Cumbre. Miró disimuladamente el reloj. En aquel momento, el cuerno dirigía un ataque a la residencia de Ayt Mada con los puños más fuertes del clan.

—Parece razonable —respondió Ato—. Pero ¿debemos esperar problemas por parte del gobierno espenio, después de lo que ha pasado este verano con los soldados de SIG? —Miró a Hilo—. Que quede claro: admiro lo que hiciste, Kaul-jen. Una declaración pública como esa. Quedó muy bien en televisión. Desearía que se me hubiera ocurrido a mí, la verdad. Aunque, por supuesto, en aquella época no estaba en posición de decir lo mismo.

Hilo devolvió su atención a la conversación.

—No os preocupéis por SIG. En cuanto al gobierno espenio, estará encantado de fingir que aquello nunca ocurrió.

—La República de Espenia ya está incumpliendo sus compromisos diplomáticos sobre la reducción de su presencia militar —dijo Shae—, y las protestas y las muertes de civiles desarmados no le vienen nada bien. Si los clanes se mantienen unidos, podemos presionar muchísimo.

—Tenemos un interés común en cooperar contra los extranjeros ambiciosos —dijo Ayt Ato—, pero necesitamos determinar cómo trataremos los mercados internacionales de nuestros clanes.

El móvil de Hilo vibró. Esperó hasta que tuvo la oportunidad de

sacárselo discretamente del bolsillo, abrirlo y echar una ojeada a la pequeña pantalla verde. Mostraba dos líneas de texto de Lott Jin: «Escapó. Antes de que llegáramos».

Hilo cerró el teléfono y se lo guardó. Se recostó lentamente en la silla y dejó escapar el aire para calmarse y no revelar la rabia y agitación que sentía. Niko estaba concentrado en la conversación con los Koben, como debía ser, y no se dio cuenta de ningún cambio en el aura de su tío. La Percepción de Niko nunca había destacado sobre la media. Pero Shae le dirigió una mirada de sospecha, interrogándolo. Incluso sin sus sentidos del jade, su hermana podía darse cuenta de que algo no encajaba.

Un rugido empezó a llenar la cabeza de Hilo. «Putos dioses». Ayt Mada, siempre un paso por delante incluso entonces: caída en desgracia, impopular y expulsada del poder…, todavía no estaba derrotada. Todavía no estaba muerta. Lo que significaba que la zorra aún iba a hacer una jugada, aún iba a encontrar alguna manera de conseguir lo que quería, de derribar a cualquiera que se pusiera en su camino. Estuviera donde estuviera, seguía siendo una amenaza para Sin Cumbre, para la familia.

Niko y Ato, consultando a sus respectivos hombres del tiempo, habían acordado que los clanes dejarían de bloquearse mutuamente la expansión internacional. Sin Cumbre permitiría que Montaña entrara en Espenia y estableciera negocios allí sin atacar sus operaciones ni a su gente, directamente ni a través de aliados. A cambio, Montaña tendría la misma cortesía con Sin Cumbre y le permitiría expandirse por Shotar, Ygutan y las islas Uwiwa, donde Montaña había dominado durante décadas.

Por último pasaron al núcleo de la negociación, la decisión que sellaría la paz entre los clanes: una promesa de amistad entre las familias Koben y Kaul. Como solicitantes de la reunión, los Koben debían hablar primero. Sin embargo, Hilo se daba cuenta de que Ato seguía sin estar seguro. Quería más garantías de los Kaul, en quienes no tenía motivos para confiar.

Ato carraspeó.

—¿No tendrás una novia con la que estés planeando casarte, Kaul Niko-jen?

La pregunta sorprendió a Hilo, pero Niko respondió sin siquiera parpadear.

—No; aún no.

—Dado que nuestras familias tienen la esperanza de ser amigas —dijo Ato—, espero que no consideres muy atrevido por mi parte que me ofrezca a presentarte a algunas primas mías de tu edad. —Miró

cautelosamente a Hilo—. Con permiso de tu tío, por supuesto.

Hilo entrecerró los ojos.

—Sé que los Koben son una familia admirablemente tradicional, pero un hombre es dueño de su propio corazón.

—En cualquier caso, me encantaría conocer a tus primas —dijo Niko sin sonreír ni titubear—. A mi tío le preocupa mi felicidad, pero mi corazón es más sensato y menos melindroso que el de muchos otros hombres.

—Me alegro de que estés dispuesto a considerarlo —dijo Ato—. Después de todo, las palabras, el dinero e incluso el jade… no unen a la gente de la misma forma que la familia. Eso es algo que no ha cambiado en los tiempos modernos, ¿no te parece? —Se puso en pie, y su cuerno y su hombre del tiempo se levantaron con él. Con parsimonia ceremonial, el joven pedestal dejó su espada luna en la mesa, delante de Niko. El arma era una hoja excelente de ochenta y cuatro centímetros, dentro de una vaina exquisitamente tallada y con pequeñas piedras de jade incrustadas a lo largo de la empuñadura negra.

—Kaul-jens —dijo Ato, dirigiéndose formalmente a los tres—, como pedestal de Montaña comprometo con vosotros mi amistad, el honor de mi familia y la fuerza de mi clan. Entrego mi espada a vuestro servicio.

Niko, Hilo y Shae se levantaron a su vez. La espada luna envainada, una Da Tanori de ochenta y seis centímetros, que Niko puso en la mesa delante de Ayt Ato, se había fabricado con cincuenta y seis centímetros de acero templado al carbono y tenía cinco piedras de jade en la empuñadura. Había pertenecido a su padre.

«¿Estás mirando, Lan?», se preguntó Hilo, con una opresión en el pecho. Aquello era lo que su hermano había querido hacía tantos años: un Sin Cumbre lo bastante fuerte para hacer frente a cualquier enemigo. Auténtica paz entre los clanes, como iguales.

«Chorradas». Algo iba mal. Hilo lo sentía como un parpadeo espectral en la periferia de su Percepción, o quizá fuera el terrible conocimiento de que Ayt Mada los estaba burlando una vez más, incluso después de todo lo que él había hecho, de todos los sacrificios que había hecho la familia, de hasta la última gota de fuerza, inteligencia y resolución que el clan había derramado todos esos años. Shae le echaba miradas cada vez más frecuentes. A pesar de todos sus esfuerzos por mostrarse impasible, los otros huesos verdes presentes no pudieron evitar Percibir la inquietud del aura de jade de Hilo. Niko lo miró.

—¿Tío?

Hilo forzó una sonrisa.

—Este es un momento difícil y emocional para mí. Espero que todos lo entendáis. He luchado contra el clan Montaña toda mi vida, así que me cuesta aceptar que esto esté ocurriendo, por mucho que esté de acuerdo. Me alegro de haber tomado la decisión de dejar que hable Niko.

Su explicación sincera satisfizo a todo el mundo, excepto a Shae, que se quedó mirándolo un momento más antes de volver al tema en curso. Hilo extendió su Percepción a través del edificio y hasta la calle. Los dos clanes tenían huesos verdes montando guardia en el exterior, pero no había nada que se saliera de lo común. Hilo retrajo su concentración y posó su Percepción en todas las personas que había en la sala, una por una.

Niko se hizo eco de las palabras de Ato.

—Como hijo del pedestal, comprometo con vosotros mi amistad, el honor de mi familia y la fuerza de mi clan. Entrego mi espada a vuestro servicio.

Una promesa de amistad sellada con el intercambio personal de espadas luna no era algo que se hiciera a la ligera entre huesos verdes. Significaba que no podían entrar en guerra, al menos antes de que fallase cualquier otro medio de resolución y se realizara una ruptura formal de la amistad mediante la devolución simbólica de las espadas, ya que era impensable tomar el arma de un guerrero y usar su propio jade para matarlo; era tan despreciable como robar. A partir de aquel momento, cualquiera que atacara a los Koben sería un enemigo de los Kaul, y viceversa. Cada uno acudiría en ayuda del otro si se lo pedía.

A efectos prácticos, aquella promesa implicaba, a corto plazo, que Sin Cumbre ayudaría a los Koben a acabar con cualquier desafío sedicioso por parte de los leales a Ayt Mada o de cualquiera, y que los apoyaría como familia legítimamente gobernante del clan Montaña. Era lo que Ato necesitaba más que nada en aquel momento, aunque pareciera que se rebajaba ante los Kaul.

Ato mostró una sonrisa de estrella de cine que no llegó hasta los ojos.

—No soy como mi tía —dijo—. No me avergüenza reconocerlo. No creo que un clan deba prevalecer sobre el otro, y prometo que haré todo lo posible por dejar atrás los largos resentimientos entre nosotros. Bajo el Cielo y sobre el jade.

Niko inclinó la cabeza.

—Cuando era un muchacho sentía una gran presión por igualarte algún día, Ato-jen —dijo—. Ahora agradezco que me des un buen motivo para sentir eso. Aún me estoy educando para ser pedestal, así

que solo puedo hablar por mi clan con la aprobación final de mi tío. —Se volvió hacia Hilo.

Hilo fijó la mirada en Ato y asintió.

—Bajo el Cielo y sobre el jade —declaró.

Sacó la pistola y disparó dos veces.

Los disparos pasaron por encima del hombro de Ayt Ato y acertaron al penitente que tenía detrás. Shae vio que los sesos del hombre salpicaban la pared. El fusil Fullerton que había empezado a alzar bajo la amplia túnica verde cayó de sus manos y repiqueteó en el suelo. Mientras todos los demás se volvían alarmados, Shae vio la justificación fiera y siniestra en los ojos de su hermano, y su expresión retorcida en una comprensión salvaje.

Los otros penitentes abrieron fuego.

Sando Kin se arrojó encima de su primo y lo empujó bajo la mesa. Las balas destinadas al joven pedestal se hundieron en la espalda de Sando. Hilo disparó otra vez y acertó a otro penitente en el pecho, y después empezó a alzar una Desviación cuando las dos armas restantes se volvieron hacia él. Mientras su energía del jade se acumulaba, se dio cuenta de una cosa en una fracción de segundo: en el espacio cerrado de la sala de reuniones, las balas Desviadas alcanzarían a Niko y a Shae.

Hilo se retorció y envió la Desviación directa al pecho de su sobrino. La fuerza tiró a Niko al suelo. Las balas surcaron el aire y se clavaron en el costado de Hilo.

Shae vio caer a su hermano como a cámara lenta. A partir de ese momento no recordaría nada más. No recordaba haberse tirado al suelo bajo la mesa. No recordaba que los huesos verdes que montaban guardia fuera de la sala cargaron con las armas empuñadas y Koben Opon les gritó que acabaran con los dos penitentes que quedaban en pie, que no eran penitentes en absoluto. Solo recordaba la sacudida del cuerpo de Hilo y la pistola cayendo de su mano, la forma en que los hombros de su hermano golpeaban la pared antes de que resbalara hasta el suelo.

El siguiente sonido que penetró la consciencia de Shae fue un grito quebrado junto a ella, bajo la mesa. Ato había salido de debajo de Sando Kin y sostenía el cuerpo desmadejado de su primo mientras le apretaba la cara y gemía: «No no no no…».

Shae fue a gatas hasta Hilo. Estaba sentado contra la pared, con las piernas estiradas por delante como si se hubiera dejado caer tras una intensa sesión de entrenamiento. Tenía la cara retorcida de dolor. Shae contempló con horror la mancha de sangre que crecía por la camisa y los pantalones, sangre que se encharcaba bajo las rodillas en

el suelo de madera.

—Hilo. —No podía decir nada más.

Niko se arrastró hasta ellos. Miró a su tío y se quedó absoluta, terroríficamente inmóvil. En aquel momento, Shae vio emerger otra cara bajo la del joven sereno y decidido en que se había convertido su sobrino. Vio inconfundiblemente al bebé asustado en el aeropuerto, al chiquillo que la seguía por toda la casa y se le abrazaba a las piernas, lleno de confusión y pérdida.

—Niko. —Como él no respondió, gritó—: ¡Niko! —Él la miró, los ojos vacíos a causa del miedo. Shae le cogió las manos y las apretó contra las heridas de Hilo—. ¿Recuerdas la Canalización médica de emergencia? Intenta detener la hemorragia; voy a llamar una ambulancia. —Cogió el bolso y rebuscó el teléfono con manos temblorosas. ¿Dónde estaba? «Dioses, por favor, por favor, por favor». Sus pensamientos se convirtieron en una letanía de ruegos. Lo encontró y empezó a marcar el número de emergencias.

Hilo negó con fuerza con la cabeza y la agarró por la pechera de la camisa, retorciendo la tela con los puños.

—Llévame a casa, Shae —dijo con voz tensa.

—Tienes que ir al hospital.

Hilo volvió a negar con la cabeza.

—No voy a morir en un puto hospital

—No vas a morir —dijo Shae.

—Shae —dijo Hilo con voz queda—. No me siento las piernas. Quiero ir a casa. Quiero ver a Wen. Por favor, Shae. —Ella se echó a llorar. No hubo aviso; solo la repentina visión borrosa, la estranguladora presión en el pecho. Hilo la agarró con más fuerza, más impaciente—. ¿Eres mi hombre del tiempo o no?

De pronto estaban rodeados de huesos verdes de Sin Cumbre. Lott Jin estaba allí. «¿Cuándo ha llegado? ¿Cómo ha venido?». Shae no lo sabía. El cuerno los miraba completamente pálido. Entonces apartó a Niko de un empujón y gritó: «¡Suyo!». Uno de los puños veteranos se acercó corriendo, se arrodilló y empezó a Canalizar mientras Lott y otros aplicaban presión a las heridas.

Hilo gritó de dolor y frustración.

—¡Llevadme a casa, maldita sea! ¡Es una puta orden de vuestro puto pedestal!

—Haced lo que dice —susurró Shae. Luego gritó—: ¡Haced lo que dice!

Varios puños levantaron a Hilo y lo sacaron. Colgaba entre ellos, con las piernas lacias, dejando un rastro de sangre mientras lo llevaban al ZT Bravo aparcado ante el edificio. Lo metieron en el

asiento trasero, donde se desmadejó como un trapo, con los ojos cerrados. Niko entró con él y le apoyó la cabeza y los hombros en su regazo. Shae subió al asiento del copiloto y se agarró a la manija de la puerta, con la cabeza apretada contra la ventanilla como si el vehículo fuera un bote salvavidas.

Lott los llevó a casa a toda velocidad. Lo único que Shae recordó del trayecto fue la voz de Niko, casi demasiado baja para poder oírla. «Papá —rogaba—. No me dejes».

Hilo no respondió.

Cuando el coche se detuvo y abrió las puertas delante de la mansión, Anden estaba allí. Alguien debió de llamarlo para decirle lo que había pasado y avisarlo para que se preparara. Aun así, cuando Anden vio a su primo se tambaleó violentamente, como si le hubieran dado un puñetazo en la cara. Apoyó la mano en el marco de la puerta del ZT para sostenerse. Entonces se puso a trabajar. Antes incluso de que Hilo estuviera fuera del vehículo, Anden estaba Canalizando con todas sus fuerzas, obligando a la sangre a coagularse, elevando la temperatura corporal del pedestal, inyectándole energía en el corazón y los pulmones. Para entonces, Hilo apenas estaba consciente; tenía los ojos cerrados y la cara como la cera.

Wen salió corriendo por la puerta de la casa, vio a su marido y se derrumbó en el suelo lanzando un grito de puro dolor animal.

—¡No soy un maldito cirujano! —gritó Anden a Shae.

—¿Eso cambiaría algo? —preguntó ella, aturdida—. Solo haz lo que quiere.

Tendieron a Hilo en la cama y Anden trabajó febrilmente para mantenerlo con vida y amortiguar el dolor. A veces ladraba una orden y otros corrían a ayudarlo o a llevarle material. En ese tiempo, por Sin Cumbre había corrido la voz de lo que había pasado, y miembros del clan empezaron a reunirse en silencio delante de la hacienda Kaul. Puños y dedos, hacedores de fortuna, linternas. Empezaron a llegar coches y llenaron la carretera, frente a la casa. Se levantaron altares deístas improvisados junto a la puerta, y humearon docenas de cuencos de incienso.

Lott Jin salió y regresó con la noticia de que toda la ciudad estaba en shock. El clan Montaña era un torbellino. Ayt Ato estaba vivo, pero su cuerno había muerto y su hombre del tiempo estaba en estado crítico a consecuencia de una herida de bala en el pecho. Habían encontrado atados y amordazados a cuatro penitentes del Templo del Divino Retorno, encerrados en la escalera de un aparcamiento cercano al edificio de la Alianza del Jade de Kekon. Los cuatro pistoleros que les habían quitado las túnicas y ocupado su lugar en la reunión eran

antiguos empleados de SIG, todos sin trabajo. Uno de los mercenarios había sobrevivido lo suficiente para confesar que los había contratado Iwe Kalundo, y que Ayt Madashi les había prometido una cantidad enorme de dinero por asesinar a todos los que estuvieran en la sala.

—Les dijeron que esperaran a que se completara la promesa de amistad y hubieran intercambiado las espadas —dijo Lott—. Después se suponía que tenían que matar primero a Ayt Ato.

Shae estaba sentada en la cocina, apretándose los brazos, plegada sobre sí misma y con la mirada perdida. Ayt Mada había susurrado el nombre de su propio sobrino. Jamás había pretendido traspasar el liderazgo del clan a Ato, solo hacer que todos lo creyeran. Aquella tarde, después de sentarse frente a Shae, servirle té y hablar con ella de sacrificio y visiones, de poner fin a las enemistades y hacer lo correcto para el país, Ayt había renunciado a su posición anticipando la oportunidad definitiva: los Kaul y los Koben en la misma sala, halando de cómo sería el futuro sin ella. Cuando todos hubieran muerto, afirmaría que los Koben habían traicionado al clan al prometer amistad a los Kaul. Instalaría a su sucesor preferido, Iwe Kalundo, y gobernaría en la sombra.

Sonó el teléfono del despacho y Lott contestó.

—La tienen —dijo cuando colgó.

Vin y sus hombres habían seguido el túnel de la casa de Ayt, que daba al metro de Yanlún. Para entonces, la familia Koben también se había lanzado a la caza. Todos los huesos verdes de la ciudad estaban buscando a Ayt Mada, pero antes de una hora, ella misma apareció en la hacienda Ayt. Cruzó el jardín y se metió en su despacho como si fuera un día cualquiera. Allí la encontró Montaña.

—Dicen que no intentó huir ni luchar —dijo Lott.

—No —dijo Shae. Ayt Mada jamás escaparía de Yanlún como una criminal ni gastaría energías sin propósito. En cuanto supo que su sobrino y los Kaul estaban vivos, se rindió, consciente de que su gambito asesino final había fracasado.

«Gracias a Hilo», pensó Shae. Porque los viejos tigres se comprenden entre ellos.

Anden bajó por la escalera. Tenía ojeras de agotamiento y se lo veía pálido y envejecido.

—He hecho todo lo que he podido. He detenido la hemorragia, le he puesto una intravenosa y le he estabilizado la temperatura y la tensión por ahora. Está hasta las cejas de analgésicos. —Se frotó la cara con la mano y miró lloroso a la familia—. Le he conseguido unas horas, quizá el resto de la noche. Una bala le ha atravesado la columna y las otras le han destrozado los órganos internos. Está

consciente ahora mismo, pero quizá no aguante mucho.

Se sentó en el sofá, al lado de Jirhuya, y hundió la cara en las manos.

Shae subió a ver a su hermano. Wen y Niko estaban uno a cada lado de la cama. Hilo tenía el torso cubierto de gasas y vendas. Las cuentas de jade de la clavícula desnuda destacaban nítidas contra la piel antinaturalmente pálida. Cuando Shae le tocó el hombro, casi se retiró de un salto al sentir el impresionante cambio de su aura de jade: el río suave y brillante era un reguero seco. Pero tenía los ojos abiertos y la mirada enfocada.

—Dejadme un minuto a solas con mi hombre del tiempo —dijo a su esposa y su sobrino.

Cuando Wen y Niko salieron de la habitación, Shae se agachó cerca de la cabecera de la cama. Mil cosas quisieron salir de su garganta y se la bloquearon completamente.

—¿Ato está vivo? —preguntó el pedestal.

Shae asintió y le contó todo lo que sabía.

—Ayt susurró todos nuestros nombres —concluyó—. Solo renunció y cedió el poder a los Koben para despistarlos. Para despistarme.

Una débil sonrisa apareció en la cara de Hilo.

—Pero falló. Está acabada. Era su última oportunidad, y al final me pilló a mí. Pero no nos pilló a todos nosotros. Eso es lo importante. —Se humedeció los labios. Tenía los ojos vidriosos pero brillantes, y los volvió hacia ella con insistencia—. Shae, tienes que ayudar a Niko. Tienes que volverlo mejor. Un mejor pedestal, una mejor persona. Ayúdalo como me ayudaste a mí.

—Sabes que lo haré —dijo Shae.

Hilo cerró los ojos. Shae le puso la mano sobre el corazón y escuchó la respiración trabajosa.

—¿Quieres que le diga algo a Lan? —preguntó él. Shae bajó la cabeza.

—Por favor, no hables así —susurró—. No puedo soportarlo. No puedo soportar pensar que soy la última que queda.

—No lo eres.

Se oyó ruido en el exterior. Shae no lo reconoció al principio como el rumor de una enorme multitud. Se acercó a la ventana y apartó la cortina. Lott Jin había abierto las puertas de la hacienda Kaul y dejado pasar a los huesos verdes del clan; había centenares en el camino de entrada. Shae vio a toda la familia Juen, a Hami Tuma y a su hijo Yasu, a Maik Cam. Vio a Terun Bin y a los hacedores de fortuna de su oficina al lado de Vin el francotirador y Hejo, el primer puño de las ratas blancas. Vio a su marido y a su hija, a Woon pasando un brazo

por los hombros de Tia, los dos mirando a Lott Jin, que se había subido al Duchesse Imperia aparcado delante de la casa. Cuando el cuerno alzó el brazo, todos los guerreros del clan gritaron, sus voces combinadas en un trueno.

—¡EL CLAN ES NUESTRA SANGRE, Y EL PEDESTAL, SU SEÑOR!

La multitud se quedó toda la noche. De vez en cuando, sus voces se elevaban en un coro espontáneo, proclamando su lealtad. Cuando Wen, Niko y Anden volvieron a la habitación, Hilo dijo:

—Quitaos esa pinta tan lúgubre, joder. Andy ha hecho un trabajo excelente; ni siquiera siento dolor.

Habló con todos un rato, y dictó a Shae una carta para su anciana madre, insistiendo en que no la despertaran solo para hacerle sentir más dolor. Bromeó diciendo que era verdad que cuanto más cerca está uno del más allá, más cree en él, y por su parte estaba impaciente por ver otra vez a Ru. Les recordó todas las veces que habían perseverado contra toda posibilidad, y todas las cosas que habían conseguido.

—Soy afortunado, de verdad.

Dijo que intentaría aguantar hasta que Jaya llegara a casa, pero poco después cayó en la inconsciencia, con Wen sosteniéndole la mano. El resto de la familia los dejó solos al final. Shae se sentó con Anden, la cabeza apoyada en su hombro, agarrándole la mano izquierda y la muñeca, usando los dos el jade de él, Shae sin inmutarse por primera vez en años, para mantener a Hilo en su Percepción tanto tiempo como pudieran. En las primeras horas de la madrugada, cuando el amanecer despuntaba sobre el cielo de Yanlún, Shae sintió que la incontenible aura de jade de su hermano se desvanecía de su mente.

Horas después, Wen salió de la habitación vestida de blanco de los pies a la cabeza. No dijo nada, pero salió al jardín donde se habían casado y se sentó bajo el cerezo para llorar desde el fondo de su alma.

Capítulo 62

Pedestal de Kekon

Las primeras semanas

CUANDO Jaya recibió en Toshon la noticia de que su padre estaba malherido y no sobreviviría mucho tiempo, montó en una moto y condujo toda la noche a toda velocidad por la autopista KI-1. Llegó tarde. Su primo Cam y su tío Anden la recibieron en la entrada de la hacienda y le dijeron que su padre había muerto dos horas antes a causa de las heridas.

Jaya entró en la casa como un vendaval, gritando de pena y rabia. Encontró a Niko en la sala de estar, con la cabeza inclinada y hablando solemnemente con el cuerno y el hombre del tiempo.

—¿Por qué no habéis hecho nada? —exigió—. Voy a llamar a veinte de mis Cuchillas y voy a ir a por Ayt e Iwe yo misma. ¡Los voy a hacer pedazos!

—No vas a hacer nada —dijo Niko a su hermana—. Montaña se ha revolucionado. Esperaremos primero a ver cómo lo gestionan los Koben.

—¿Así que vamos a quedarnos cruzados de brazos y dejárselo a esos idiotas? —dijo Jaya a Lott.

—Niko-jen es el pedestal ahora —le recordó el cuerno—. Decide él.

—Niko intercambió una promesa de amistad con Ato —dijo Shae—, así que no actuaremos hasta que tengamos noticias de los líderes de Montaña. Ayt Mada intentó asesinarnos a todos, pero su ofensa más grave ha sido traicionar a su propio sobrino después de nombrarlo sucesor. Si necesitamos que hagas algo, recibirás las órdenes a través del cuerno. —Cuando Jaya abrió la boca para seguir discutiendo, Shae la cortó con severidad—: Eres un puño de primera categoría; muestra

respeto.

Jaya se giró hacia su tía derramando lágrimas.

—¡Mi padre ha muerto y la culpa es tuya! Lo convenciste para que fuera a esa reunión. Podías haber matado a Ayt hace años cuando tuviste la oportunidad. Siempre has tenido debilidad por esa vieja bruja, pero nunca mostraste amor a tu hermano, zorra insensible.

Shae abofeteó a su sobrina con fuerza, dos veces, en una mejilla y en la otra. Jaya salió corriendo de la casa y no la vieron en días. El cuerno mandó a dos huesos verdes que la siguieran y se aseguraran de que no hacía nada imprudente, pero no necesitaban preocuparse. La base de mando de Jaya estaba en el sur, y sin su gente en la ciudad, no podía hacer gran cosa.

A pesar de todo, en una neblina de angustia vengativa, Jaya fue a la residencia de Iwe Kalundo, en Jardín de los Cerezos, y la encontró rodeada de miembros del clan Montaña que exigían la ejecución del antiguo hombre del tiempo. Como Shae había predicho, las consecuencias del intento de asesinato se estaban desencadenando con rapidez. La reacción contra Ayt e Iwe fue sorprendentemente veloz e intensa. La tolerancia con los líderes huesos verdes que alcanzaban el poder mediante asesinatos era mucho menor que treinta años antes. Las actuaciones violentas de Ayt se habían aceptado en el pasado como las de un líder legítimo que derrotaba a rivales menos dignos. Pero ahora se veían como la traición de una vieja tirana desesperada por mantenerse en el poder. Dentro del clan Montaña, muchos habían seguido mirando a Ayt Mada con estima incluso después de su dimisión, pero el crimen de violar grotescamente el papel sagrado de los penitentes deístas de guardar la paz fue demasiado para todos, excepto sus seguidores más cerriles.

Al parecer, nadie sabía dónde la tenían ahora los Koben, pero en el exterior de la casa de Iwe Kalundo, Jaya vio, junto a la multitud de espectadores, la llegada de los puños de Montaña que iban a exigir al traidor que se entregase.

Iwe pidió tres horas para prepararse para morir. El antiguo hombre del tiempo escribió una carta en la que explicaba que solo había querido evitar que el clan que amaba cayera en manos de un liderazgo incompetente y acabara destruido por sus enemigos. Dio las gracias a su antigua pedestal, Ayt Madashi; pidió disculpas a su familia y dejó instrucciones para el reparto de su jade tras su muerte. Después se puso su mejor traje, salió al patio de la casa y se pegó un tiro en la cabeza.

Por todo Yanlún y por todo Kekon se encendieron lámparas guía para los espíritus en reconocimiento de la muerte de Kaul Hiloshudon, un

hombre tan dramático en su muerte como lo había sido en vida, que los dioses lo reconozcan. El velatorio y el entierro públicos, que se televisaron, fueron grandiosos. Daba la impresión de que todos los huesos verdes del país, fueran amigos de luto o enemigos de celebración, tenían anécdotas que contar sobre sus encuentros personales con Kaul Hilo: sus hazañas de juventud, su astucia como cuerno y su determinación como pedestal; su fama de generoso y su fama aún mayor de guerrero temible.

La mansión de los Kaul estaba cubierta de telas blancas. Una corriente incesante de fieles del clan dejó incienso, fruta y flores en la puerta. El día del entierro, Anden caminó al frente de la inmensa procesión hasta el Parque de la Viuda como si estuviera flotando en un sueño lúcido, como un pez solitario que remontara un río de pesar colectivo. El día era seco pero encapotado, con el cielo atravesado por nubes moradas. Los gongos y los tambores funerarios parecían reverberar por las calles de una ciudad que había perdido el color.

Anden pensó que todas las personas que lo rodeaban sentían como si conocieran a Hilo de algún modo, por pequeño que fuera. Cuando Anden dirigió la mirada al mar de caras, sintió un resentimiento extraño y egoísta hacia todas, salvajemente celoso de su tristeza, como si solo hubiera un poco para él y los demás no tuvieran derecho a compartirla. No eran los hermanos de Hilo. No lo conocían de verdad. No habían Canalizado energía hacia su cuerpo en sus últimas horas.

Anden se marchó pronto del velatorio y se encontró a Niko a solas en el despacho, aquella estancia que había pertenecido primero a Lan y luego a Hilo, y que ahora le pertenecía a él.

—Niko-s… —empezó Anden, y se interrumpió. Su sobrinito, al que había empujado en el columpio y llevado a los partidos de balón relevo, que se acurrucaba silencioso a su lado en el sofá, dándole un libro de cuentos tras otro y pidiéndole que se los leyera, era ahora el pedestal de clan. Anden se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en el saludo respetuoso apropiado—. ¿Querías hablar conmigo, Niko-jen?

Niko levantó la mirada desde el sillón donde estaba con los codos en las rodillas, como si estuviera estudiando la alfombra.

—No hagas eso —rogó, con el rostro demudado—. Cuando estemos delante de más gente, vale, pero ahora estamos a solas; no me trates de forma diferente. Por favor, tío Anden. Ya es bastante duro estar en esta habitación. —La voz del joven sonaba calmada, pero a la vez indescriptiblemente desolada, llena de un pánico tranquilo y privado.

—Lo siento, Niko, he sido desconsiderado.

Anden se sentó al lado de su sobrino y paseó la mirada por el

despacho fijándose en la mesa atestada, el televisor de pantalla plana, las fotos de la familia, las espadas luna colgadas de la pared, la nevera, los dibujos infantiles que Hilo había colgado hacía décadas y nunca había retirado.

—Lo echo de menos —susurró Niko—. Lo quería, y a veces pensaba que lo odiaba. No me parezco nada a él y no quiero parecerme, pero de algún modo solo quiero estar a su altura.

Anden comprendía cómo se sentía Niko, aunque también sabía que su propia pena aún no lo había golpeado del todo. En vez de cerrarse por completo se había arrojado de cabeza a las cosas que podía hacer: ayudar a Shae a organizar el entierro, trabajar en su campaña electoral, responder a las preguntas de los periodistas y recibir las condolencias de todas las partes del clan, incluidos los tributarios y las oficinas del extranjero. A cierto nivel, no quería creer todavía que Hilo se había ido y esperaba que cruzara la puerta en cualquier momento. La mente no se podía ajustar deprisa a un cambio tan fundamental de la realidad sin romperse. Si la luna desapareciera del cielo, la gente no lo creería; pensaría que era un efecto de la luz o de las nubes. Anden tenía la impresión de que pasaría mucho tiempo antes de que aceptara la verdad.

Niko se volvió hacia él.

—¿Hay alguna forma, alguna posibilidad… de que pueda convencerte para que no te presentes al Consejo Real? Si la hay…, querría pedirte que fueras mi asistente del pedestal. —Su expresión era casi infantil de puro esperanzada—. Confío en ti más que en nadie, tío Anden. Siempre has sido un huesos verdes a tu manera. Jamás has tenido una posición oficial ni has dejado de ser tú mismo por el clan, pero todo el mundo sabe que eres un hombre de Sin Cumbre. Siempre eres sincero conmigo. Voy a necesitar tu consejo, ahora más que nunca.

Anden bajó la vista hacia sus manos. En el silencio del despacho, podía oír mezcladas notas de música de arpa y el rumor apagado de la inmensa cantidad de gente reunida delante de la casa, demasiada para caber en el patio y que se había esparcido por los terrenos circundantes.

—Pensé en suspender mi campaña —reconoció—. No estoy seguro de que pueda gestionarla ahora mismo, y parece egoísta. Pero Jirhu me preguntó qué pensaba que Hilo-jen querría que hiciera, y, por supuesto, conozco la respuesta. —Levantó la mirada hacia su sobrino —. Lo siento, Niko-se. Como has dicho, siempre he seguido mi propio camino en el clan sin ninguna posición oficial. Ha sido lo correcto para todos, me parece. Debería seguir así.

Niko adoptó una expresión decaída, pero asintió como si fuera la respuesta que esperaba.

—Siempre puedes acudir a mí, pase lo que pase —añadió Anden con firmeza—. No necesito ser tu asistente para eso. Y no soy el único, por supuesto. Tu tía Shae seguirá como hombre del tiempo un año más, y Terun Bin será un digno sucesor. Lott es un cuerno fuerte y prudente, y tienes a los Juen, y tu hermana es la clase de huesos verdes que necesitan todos los clanes. Y tu madre… conoce el clan mejor que nadie.

—No ha hablado conmigo —dijo Niko con voz apagada—. Creo que me culpa, otra vez.

Anden negó con la cabeza. Wen no había hablado con nadie porque había velado día y noche por el espíritu de su esposo. Si la presencia de Hilo se iba a manifestar ante alguien, sería ante ella.

—Te lo parece solo porque amaba muchísimo a Hilo. Es demasiado verde en el alma para dejarnos mucho tiempo. —Anden se levantó—. Si estás dispuesto a seguir mi consejo ahora mismo, te diría que elijas a Maik Cam como asistente del pedestal. Tu primo tiene un montón de sentido común y es un viejo amigo con el que puedes contar para que se preocupe por ti y te diga siempre la verdad.

Niko guardó silencio un rato.

—Gracias, tío Anden —dijo al fin, y se levantó también—. Si necesitas cualquier cosa del clan que pueda ayudarte en la campaña, dinero, voluntarios o lo que sea, solo tienes que pedirlo.

La incertidumbre y la vulnerabilidad desaparecieron, y habló como un pedestal. La sensación de llevar una carga terrible seguía ahí, pero Anden vio con alivio que también había compostura y aceptación. Sintió que se le quitaba un peso de encima, un peso que no sabía que había estado soportando hasta aquel momento. «Estará bien».

Cuando Anden salió del despacho, vio que Wen aparecía silenciosamente en el pasillo, caminando despacio y con cuidado: una imagen, cubierta de blanco, de pesar y dignidad. Parecía indescriptiblemente delicada pero resistente, como una vasija de factura exquisita, quebrada y vacía, pero demasiado bien templada para desmoronarse sobre su base.

Anden se apartó a un lado cuando la viuda y matriarca de Sin Cumbre pasó ante él y fue hasta Niko, con la cara inmaculadamente empolvada tan inmóvil como una máscara de cerámica. Se detuvo delante de su hijo. La frágil confianza del pedestal se tambaleó y se le cayó de los hombros. Anden vio que le subía y bajaba la nuez, dos veces, mientras la boca le temblaba al mirar a los ojos de Wen.

—Mamá… —dijo.

Wen no habló, pero su fuerza serena pareció replegarse como las pétalos de una flor en el frío. Dio un paso, abrazó con fuerza a Niko y le susurró algo que Anden no pudo oír. Como un niño, Niko hundió la cara en el hombro de su madre, y Anden, acongojado, cerró sin hacer ruido la puerta del despacho.

Un río interminable de gente (linternas, políticos, emisarios de clanes tributarios, agentes de Sin Cumbre en el extranjero) fue llegando las semanas siguientes para presentar sus respetos y jurar lealtad a Kaul Nikoyan. Algunos miembros del clan no se tomaron bien la promesa de amistad con los viejos enemigos, o eran escépticos por la juventud, la inexperiencia, el comportamiento personal y los pasados errores de Niko, pero esos sentimientos nunca fueron más allá de algunos gruñidos. Nadie podía negar que Kaul Hilo había elegido a su sobrino como sucesor, y con el antiguo hombre del tiempo y el cuerno de Hilo apoyando al nuevo pedestal, el clan no tardó en cerrar filas.

Diez días después del entierro, Ayt Ato se presentó en la hacienda Kaul acompañado solo por un par de guardaespaldas, y pidió hablar con el pedestal de Sin Cumbre. Aquello era un suceso notable. Normalmente, una reunión entre dos pedestales de estatus comparable tendría lugar en terreno neutral, concertada por los hombres del tiempo de los clanes. Que un pedestal se presentara sin más en casa de otro y solicitara que lo recibiera, como cualquier peticionario corriente, era un signo de degradación.

Shae vio a su sobrino recibir al otro pedestal en el vestíbulo.

—Ayt Ato-jen…

—Kaul-jen… —El atractivo rostro de Ato mostraba señales de agotamiento. Las pequeñas piezas de jade implantadas sobre las cejas acentuaban no solo los ojos, sino las profundas ojeras que los rodeaban. Carraspeó incómodo. —He decidido recuperar el apellido de mi familia materna, Koben. Es el nombre con el que me crié. Cuando se me considerabla el futuro líder del clan, nadie me preguntó ni tuve alternativa en la adopción del apellido Ayt. La verdad es que jamás he sentido una conexión personal con él.

Niko asintió. Miró hacia el despacho, pero Shae notó su reticencia a entrar en aquella estancia. A Hilo le había pasado igual al principio, cuando todavía le parecía incorrecto ocupar el espacio de Lan.

—¿Te apetece dar un paseo, Koben-jen?

En el jardín, el frío húmedo del invierno inminente impregnaba el aire, y los últimos crisantemos de la estación habían florecido. Pequeños pétalos blancos, rojos y dorados arrancados por el viento flotaban en el estanque. Niko miró a Shae, pidiéndole sin palabras que los acompañara mientras caminaba con Koben Ato por el sendero de

guijarros. Shae los siguió a corta distancia, bastante cerca para escuchar la conversación, pero no tanto como para unirse a ella. Aún no se sentía capaz de hablar con nadie. A veces tenía la impresión de que a Niko se le daba mejor adaptarse a su nuevo papel de pedestal que a ella ocupar su antiguo puesto de hombre del tiempo.

—Debo de ser la primera persona del clan Montaña que hace una ruta guiada por la hacienda Kaul —dijo Ato—. Es tan agradable como me había imaginado.

—Yo nunca he estado en la residencia Ayt —dijo Niko—, pero me han dicho que es igual de impresionante.

Era una estampa extraña, los dos jóvenes pedestales paseando juntos por el jardín, Niko señalaba tal o cual detalle de las casas o el paisaje y Ato asentía con admiración. No se parecía en nada a una reunión formal de líderes de clan, pero quizá fuera lo necesario en aquel momento. Su primer intento había finalizado con una tragedia inconmensurable; aquel era diferente.

Por último volvieron adonde habían empezado, al patio de la mansión principal. Ato se volvió hacia el otro pedestal.

—Kaul-jen —dijo—, te acompaño sinceramente en el sentimiento. Tu tío fue siempre un enemigo implacable de mi clan, pero nadie puede negar que era un gran guerrero huesos verdes. Aquel día salvó mi vida y perdió la suya.

—Yo también te acompaño en el sentimento —dijo Niko, sin añadir nada más. Shae pensó que quizá habría debido, pero o no podía obligarse a hablar más de lo necesario, o se estaba conteniendo a propósito, esperando a oír lo que el otro tuviera que decir. Quizá las dos cosas. Su expresión no indicó nada, y Shae sospechó que su aura de jade, tampoco.

—Estoy seguro de que ya sabes que Iwe Kalundo se quitó la vida —dijo Ato—. A Ayt Mada la han despojado del jade y confinado en un lugar secreto, bajo guardia de huesos verdes leales a mi familia, tanto para su protección como para la nuestra. —Ato hizo una breve mueca involuntaria—. El clan Montaña está sumido en la conmoción y el desorden. Me temo que se ha roto algo muy profundo. En este momento no estoy seguro de qué será del clan, ni de si queda algo que merezca la pena salvar.

Era una afirmación asombrosa. ¿Quién podía recordar que un pedestal hubiera dicho jamás algo así? ¿Qué líder huesos verdes podría reconocer que había perdido el control de sus guerreros y no conseguía mantener la autoridad sobre su clan?

Quizá, por otra parte, Koben Ato estaba simplemente cansado de negar lo que era cada vez más evidente. El clan Montaña estaba

dividido. Aunque la mayoría de sus miembros condenaban el escandaloso intento de golpe de Ayt Mada, no necesariamente se congregaron con entusiasmo a apoyar a los Koben, a los que muchos consideraban imprudentes y una fuente de división. Ato, a pesar de todos los años pasados bajo el escrutinio público, no había recibido mucho margen de movimiento por parte de su pedestal, y por ello no tenía muchos logros personales que indicaran que era un líder lo bastante visionario y fuerte para inspirar lealtad ampliamente y reconstruir la imagen mancillada del clan a la estela de la vergüenza y la carnicería acumuladas.

Muchos linternas y clanes menores tributarios de Montaña estaban desencantados por las constantes luchas internas y, al no temer ya ni a Ayt Mada ni a los Koben, desertaban continuamente hacia Sin Cumbre. Unas cuantas familias de Montaña habían cortado los lazos por completo y habían formado clanes menores independientes. Las ramas locales de las bandas barukanas estaban reclutando a los miembros kekoshotarianos de Montaña. Una facción de los leales más extremistas de Ayt Mada había abandonado Yanlún y se había reagrupado en Gohei, y habían llegado noticias de que estaban formando su propio clan, el Portalanzas, afirmando que seguían la herencia espiritual de Ayt Yu y su hija Mada.

Koben Ato tensó el rostro en una sonrisa cansada.

—Desde que era un niño me han usado como una pieza de ajedrez. Mis parientes esperaban que fuera el deslumbrante heredero de Ayt Yugontin y elevara a toda la familia. Mi tía Mada me nombró su pupilo para asegurarse el apoyo y mantener a raya a los detractores, pero jamás me mostró cariño ni me consideró digno. Los medios de comunicación y el público siempre estaban observando. Me decían qué decir, cómo vestir, con quién casarme, de quién ser amigo y enemigo, y a veces esas exigencias eran contradictorias.

Ato no hizo ningún esfuerzo por ocultar su envidia cuando miró a Niko a la cara.

—Sé que sentiste la presión de estar en una posición similar —prosiguió—, y te envidié cuando te rebelaste y te marchaste del país. Pero no estoy seguro de que vieras lo que para mí era obvio: pese a todos sus errores, tu tío hizo todo lo que pudo para rodearte con su fuerza, en vez de empujarte por delante como un cordero para el sacrificio. Mis mayores sufrimientos han venido de mi propio clan.

Ato apartó la mirada y el silencio se extendió entre los dos hombres. Juntos arrastraban un largo y terrible legado, pero eran jóvenes e intentaban cambiar las cosas.

—No puedo ejecutar a mi tía —dijo Ato—. Susurró mi nombre y

merece morir, pero me apadrinó y me entrenó. Si ordeno que la maten, estaré continuando el ciclo que ella empezó cuando mató a su hermano: mi padre, a quien apenas recuerdo. Envió a todo el clan el mensaje de que los lazos personales no significaban nada. Que la fuerza era lo único que importaba y que se podía justificar cualquier acto. Bajo su gobierno, Montaña creció más y se volvió más poderoso, pero salvaje y disfuncional.

—Quizá puedas tomar lo que queda y construir algo mejor —dijo Niko.

—Quizá —concedió Ayt—. Llevará tiempo, pero lo intentaré.

Al ver a los dos pedestales juntos, ya con arrugas marcándose en sus jóvenes rasgos, Shae volvió la cara hacia el sol y cerró los ojos un momento contra la presión ardiente que sentía en el pecho: tristeza y lástima se mezclaban con orgullo y esperanza. Aún no había acabado; tenía que ayudar a Niko como había prometido, pero con aquel último paso, podría soltar el peso que sus hermanos y ella habían cargado a través de un desfiladero que tantas veces había parecido infranqueable.

«Hilo, Lan —susurró en su mente—, ¿podéis ver esto, desde dondequiera que estéis? Lo conseguimos al fin. Conservamos nuestro clan. Lo hicimos fuerte y lo transmitimos.

»Os echo de menos a los dos».

Ato se volvió hacia Niko, pero sus ojos se posaron en Shae.

—Tu familia ha sufrido más que la mía por culpa de Ayt Mada. Cualquier justicia que deba recibir debe venir de vosotros, no de mí. Kaul Hiloshudon era mi enemigo, pero le debo la vida, así que es justo que pague esa deuda. Voy a entregar a Ayt Mada a la familia Kaul. Te ruego que lo aceptes como un gesto de arrepentimiento y buena voluntad.

Niko no respondió al principio. Después asintió lentamente.

—A cambio —siguió Ato—, pido que Sin Cumbre considere pagada la deuda de sangre y que no se tome más venganza contra el clan Montaña. Parece bien claro que Ayt e Iwe actuaron solos. Reiniciar las hostilidades entre nuestros clanes empoderaría a la pequeña facción que queda de la vieja guardia de Ayt.

Niko cruzó una mirada con Shae. Después se volvió hacia Ato.

—Tienes mi palabra de pedestal, bajo el Cielo y sobre el jade. Los viejos odios se han acabado.

Koben Ato asintió agradecido.

—Mi tía tenía razón todo el tiempo. No soy un pedestal fuerte y nunca podría haber sido su heredero. Pero quizá ya hayamos tenido bastante de ese tipo de gente. Ocurra lo que ocurra después de esto,

que Montaña sobreviva, que yo siga siendo pedestal…, Sin Cumbre será el clan de huesos verdes más grande y poderoso del país. Te corresponde a ti ser un pedestal para todo Kekon. Sé que debería sentirme derrotado, pero sobre todo siento alivio.

Se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo.

—Que huyan lejos tus enemigos, Kaul-jen, y que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre.

Capítulo 63

Recuerdo

El tercer mes

EL doctor Emery Anden ganó el asiento en el Consejo Real por Yanlún Centro (que incluía Sogen, Casco Antiguo, Barrio Sotto y Sotto Norte) con un margen holgado. Se comentó mucho el detalle de que era el primer candidato *queer* elegido para el gobierno nacional, solo el tercero de raza mestiza y el primer miembro de la familia Kaul en ocupar un cargo público. Aunque se celebró su victoria, no pareció sorprendente teniendo en cuenta sus ventajas. Contaba con el patrocinio del clan Sin Cumbre, credenciales como médico de talento con experiencia internacional y una reputación de lealista del clan y hombre verde en el alma.

A Anden le pareció irónico que lo que había sido una mancha degradante en el pasado (rechazar el jade en la ceremonia de graduación de la academia Kaul Dushuron y que lo exiliaran como consecuencia), se citara ahora como prueba de la integridad moral de su carácter a temprana edad. Al parecer, los votantes admiraban la forma en que, debido a la trágica muerte de su madre a causa de la comezón, había dado la espalda a la violencia y al uso del shine a pesar de sus prodigiosas habilidades del jade y de la intensa presión de su familia y la sociedad. A veces deseaba poder viajar en el tiempo para asegurarle a su yo de dieciocho años que acabaría encontrando su camino después de todo, pero, por otra parte, habría sido cruel conocer a esa edad todos los problemas y pesares que estaban por venir.

Un fresco pero soleado septimodía, la víspera de la jura del cargo a primera hora de la mañana, Anden entró en un apartamento de la

segunda planta de un edificio anodino del Martillo. Por el camino pasó por delante de tres guardias, huesos verdes de Montaña leales a la familia Koben: uno apostado en la entrada del edificio, otro junto a la puerta del piso y otro dentro. Reconocieron a Anden, por supuesto (¿quién iba a ser, si no?), y cuando mostró la carta de Kaul Nikoyan, pedestal de Sin Cumbre, que lucía la insignia del clan, el guardia de la puerta gruñó «Ya era hora» y lo dejó entrar.

Ayt Madashi estaba sentada con las piernas cruzadas en el único sofá del apartamento, mirando las noticias en un pequeño televisor. A Anden lo sorprendió su aspecto. El pelo sin teñir de Ayt estaba áspero y gris, y ella estaba encorvada, como si tuviera mucho frío, dentro de un jersey con cuello de cisne y mangas largas que le cubrían hasta los dedos. Anden jamás había visto a Ayt con los brazos tapados. Sabía que bajo el tejido abolsado estaban desnudos. Las espirales de plata cargadas de jade que Ayt había portado y mostrado orgullosamente tantos años habían desaparecido. Tras rendirse a la gente de los Koben y ordenar a sus leales que no pelearan, la habían despojado del jade y la habían confinado bajo arresto domiciliario en aquel piso franco anónimo. Aunque había superado el suplicio del síndrome de abstinencia del jade, Anden no pudo evitar asombrarse ante lo mucho más pequeña que parecía. Uno de los huesos verdes más formidables de su generación era ahora una anciana cansada, delgada, sin jade, de sesenta y seis años.

Ayt apagó el televisor y volvió la cara hacia Anden. Al ver su expresión de lástima, apretó los labios y algo del antiguo fuego llameó en sus ojos: un destello de la implacable voluntad de hierro que había sido la maldición del clan Sin Cumbre durante décadas.

—¿Te sorprende ver que todavía estoy aquí, Emery Anden? —preguntó Ayt con tono sardónico—. ¿Quizá esperabas que siguiera el ejemplo de Iwe?

—Se me pasó por la cabeza —reconoció Anden.

—A mí también. —Ayt dejó caer los hombros—. Pero parece que nunca soy capaz de tomar el camino fácil. La supervivencia crea hábito, al parecer; un hábito difícil de romper.

—Como el jade —dijo Anden, mirándola fijamente—. Como el poder.

Ayt descruzó las piernas y bajó los pies al suelo, pero no se levantó para hablar.

—Koben Ato no ha venido. Tampoco lo esperaba. Siempre fue un cobarde que se acojonaba ante las decisiones difíciles y dejaba que otros eligieran por él. Incluso sabiendo que susurré su nombre, prefiere evitar el desagradable problema de ejecutar a su propia tía y

le endilga la tarea a Sin Cumbre. —Parecía decepcionada y pesarosa, como si hubiera deseado haberse equivocado en su valoración del joven al que había intentado matar. Miró a Anden entrecerrando los ojos—. Pero me ha sorprendido que tu sobrino esperara tanto. Han sido tres meses muy aburridos. Habría jurado que el nuevo pedestal de Sin Cumbre era más verde.

—Si por algunos miembros del clan hubiera sido, ya estarías ejecutada en público, decapitada y enterrada sin lápida. Pero Kaul Niko quería esperar a que se asentara el polvo, a que se celebraran las elecciones y a que pasaran las vacaciones, cuando la gente hubiera dejado ya de pensar en ti.

Ayt miró detrás de Anden, como si esperara ver a otras personas detrás de él, pero no había nadie más.

—Y entonces te ha mandado a ti solo. Ni siquiera está dispuesto a mirarme a la cara.

—No eres nada para él, solo un enemigo derrotado —dijo Anden—. En ese sentido no es como otros huesos verdes. Tú eres responsable de la muerte de su padre. De sus padres: el de sangre y el que lo crio. Pero no le interesa la venganza personal y no dejará que determine sus decisiones. No quiere verte ni hablarte. Solo quiere que desaparezcas.

—Así que has venido tú —dijo Ayt—. Doctor Emery. O consejero Emery, debería decir. Para hablar en nombre de Sin Cumbre y dispensar la justicia de la familia Kaul.

—Aquí estoy —dijo Anden.

En la cara de Ayt saltó un tic.

—¿Y Kaul Shaelinsan? Después de todos sus esfuerzos, la engañé. Mandé a sus dos hermanos a la tumba. ¿Por qué no está aquí?

—Me dijo que no tenía nada que decirte. Te dejó vivir una vez, y dice que los dioses no le pueden pedir nada más en esta vida.

Anden le tendió la carta que había llevado. Tenía la letra de Niko. Anden la había leído y sabía que era breve y neutra; explicaba los detalles de la decisión sin ningún comentario personal. Le había enviado una copia a Koben Ato.

—Se te exilia de Kekon —explicó el médico—. Vivirás el resto de tus días en Ygutan. Se ha organizado el traslado a una pequeña ciudad petrolera del norte que, al parecer, es bastante aburrida. El jade todavía es ilegal en ese país, y no hay nada en cientos de kilómetros a la redonda.

El color llenó poco a poco la cara de Ayt, y la carta tembló en su mano apretada.

—¿Por qué? ¿Por qué esta piedad sin sentido? ¿Por qué no me

ejecuta como es debido?

—No se gana nada con ello —explicó Anden—. Eres una vieja sin jade. Matarte daría mala imagen, por mucho que te lo merezcas. Fuiste una líder poderosa no solo del clan Montaña, sino del país. Sí, hay gente por ahí que todavía simpatiza contigo. ¿Para qué convertirte en mártir? ¿Para qué darte esa última satisfacción y arriesgarse a más luchas cuando estamos pasando página con los Koben y aceptando los restos de Montaña como tributarios? —Anden abrió las manos—. Al menos es lo que piensa el pedestal.

Había sido la primera decisión real de Kaul Nikoyan como pedestal, tras consultar con Anden, Shae y Lott y luego meditar sobre el asunto durante varias semanas. Si la manera cuidadosa y desapasionada en que había llegado a esa conclusión era un indicador del tipo de pedestal que sería, Anden estaba seguro de que su sobrino llegaría a ser un líder de huesos verdes impresionante a su manera.

La expresión de desdén de Ayt le tensó las comisuras de los ojos y pareció casi físicamente dolorosa. Era como si quisiera echarse a reír o matar a alguien, y durante un momento, volvió a dar miedo.

—No me puedo creer que vaya a echar de menos a Kaul Hiloshudon.

—Tienes dos días en Yanlún para recoger las pertenencias personales que necesites y para visitar la tumba de tu familia, si quieres —dijo Anden—. Si en ese tiempo cambias de idea y decides seguir el camino de Iwe después de todo, los guardias no te lo impedirán. Si aceptas el destierro y no vuelves a intentar conseguir jade, volver a Yanlún ni influir en los asuntos de los huesos verdes, después de tu muerte te traerán a Kekon y te enterrarán en el panteón de la familia Ayt. Si quebrantas las condiciones, se susurrará tu nombre en todos los clanes y tus huesos jamás volverán a territorio kekonés.

La actitud orgullosa de Ayt se fue quebrando pedazo a pedazo mientras Anden hablaba. El desprecio indignado que había sentido durante unos minutos se disolvió en agotamiento, como si se estuviera cayendo una máscara que hubiera llevado toda la vida, revelando debajo a una persona que Anden no había visto nunca, ni siquiera cuando estaba medio muerta en su piso. Ayt parecía triste, más profundamente triste que nada que Anden hubiera podido imaginar.

—Dile a tu pedestal que no tiene que preocuparse más por mí —dijo cuando él acabó. No había ira ni afán de venganza en la voz, solo derrota. Dignidad, si no gracia—. He dado todo lo que tengo y no me queda nada. Sé que mi tiempo ha pasado.

Ayt volvió la mirada a la estrecha ventana del minúsculo

apartamento, hacia el trozo de la ciudad que podía ver. La luz del sol que entraba en la habitación trazaba una línea sobre la moqueta e iluminaba las motas de polvo que danzaban en el aire. Los ruidos de la calle de abajo (el rumor de un autobús, el timbre de una bicicleta, algo pesado al caer en un cubo de basura) llegaban débilmente. Ninguna de las personas que vivían su vida en el exterior tenía la menor idea de que la mujer que había sido pedestal de Montaña estaba en una pequeña habitación encima de ellos, escuchando.

—Hace muchos años, cuando vi lo que estaba pasando a nuestro alrededor imaginé un futuro audaz y necesario —dijo Ayt—. Los huesos verdes unidos en un único clan poderoso, controlando nuestro jade y alzándose fuertes sobre Kekon, preservando nuestras tradiciones y protegiéndonos de los enemigos del otro lado del océano y también de los que teníamos en casa. Nos correspondía, como guerreros de jade, enfrentarnos a todas las amenazas y aprovechar todas las oportunidades que el tiempo traería inevitablemente a nuestra puerta.

Ayt se envolvió más en el jersey, pero alzó la barbilla como si estuviera ante una multitud que esperaba a que hablase.

—Todo lo que he hecho, cada decisión grande o terrible que he tomado en tantos años, cada pizca de felicidad que he sacrificado en mi vida, lo hice voluntariamente y con determinación para ver ese futuro. Y ahora lo puedo ver por fin, aunque no de la manera en que había imaginado; ni con mi clan ni conmigo. Pero, quizá, por alguna terrible ironía que solo los dioses pueden comprender, gracias a mí. —Cruzó las manos por dentro de las mangas, sujetándose los brazos desnudos—. Esa es la única satisfacción que me llevaré a la tumba.

Guardaron silencio durante lo que pareció un tiempo muy largo.

—Una vez oí una frase —dijo Anden—. «Los grandes guerreros son recordados con temor reverencial por sus enemigos».

Ayt se levantó con un movimiento lento y suave que mostró un atisbo de la elegancia y la fuerza sin par que había llegado a poseer.

—Entonces te pido que me recuerdes, Kaul-jen.

«Kaul-jen». En la ceremonia de graduación de la academia, la multitud había coreado ese nombre dirigiéndose a él. Entonces se había sentido asombrado y mortificado, cuando lo saludaron como alguien que no era.

Anden se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo.

—Adiós, Ayt-jen. —Se volvió, salió de la habitación y abandonó el edificio.

En la calle, Anden se abotonó el abrigo y echó a andar, dejando que el aire fresco le llenara los pulmones y le despejara la cabeza.

Había gente barriendo los restos de petardos de las calles, y subida a escaleras descolgando las decoraciones de Año Nuevo. Algunos negocios del Martillo todavía tenían lámparas verde claro en el escaparate, pero otros habían cambiado al blanco, y unos cuantos escaparates estaban vacíos porque sus propietarios, indecisos, estaban esperando a ver cómo cambiaban las jurisdicciones territoriales. Cuando cruzó al Sobaco, dos dedos del clan apostados en la frontera del distrito se tocaron la frente y se inclinaron levemente en saludos de reconocimiento al verlo pasar.

Se detuvo en la esquina y alzó la cara al cielo. Se sentía pesado y ligero al mismo tiempo, y el mundo parecía nítido y hermoso de una forma que los sentidos del jade no podían mejorar. Sentía un dolor en el pecho (parte de la pena había estado llegando en porciones), pero también alivio y amor. Amor por la vida que latía en su corazón y sus venas, amor por los que le eran queridos: los que se habían ido y los que quedaban, y también amor por su ciudad, por Yanlún, un lugar tan feroz y sincero, tan caótico, orgulloso y resistente como sus guerreros huesos verdes.

Llamó a un taxi. Cuando el vehículo se detuvo junto al bordillo, subió al asiento trasero.

—Al restaurante Dos Fortunas.

El taxista miró a Anden por el retrovisor. Era un hombre de rostro cetrino y serio, con un lado de la cara deformado que hacía que le colgara la piel alrededor de un ojo.

—¿Ese viejo local de las Dársenas?

—Ese mismo —dijo Anden.

El conductor vaciló. Parecía como si quisiera decir algo. Luego apartó el taxi de la acera y se unió al tráfico.

—No me puedo creer que ese sitio siga en pie —gruñó, echando otra ojeada a Anden—. Hay sitios mejores, ¿sabe?

—Es un favorito de toda la vida.

—El único motivo de que siga ahí es que lleva ahí mucho tiempo —dijo el taxista—. Oí decir que iba cuesta abajo, pero entonces la familia Une contrató a un chef joven de Lukang, de fama internacional al parecer, para que cambiara las cosas, así que tiene un nuevo aspecto. A estas alturas ha sobrevivido a tantas guerras que supongo que ya no lo tumba nada.

El semáforo se puso en rojo. El taxista paró y volvió la cabeza.

—Trabajé allí, ¿sabe? Como lavaplatos. Hace mucho tiempo. Era casi un crío entonces. Un crío idiota con grandes sueños.

—Todos hemos sido así alguna vez.

—Sí, bueno. Mi vida pudo haber sido diferente. Muy diferente. —

El semáforo se puso en verde y el taxista volvió a mirar hacia delante y levantó el pie del freno—. Por supuesto, también podría haber muerto, así que así estamos. —Se echó a reír. Era un sonido desagradable.

Se detuvieron delante del Dos Fortunas y el hombre paró el contador.

—¿Sabe que el Dos Fortunas es un local de huesos verdes de Sin Cumbre? Los Kaul vienen aquí. Incluso el mismísimo pedestal. El antiguo, quiero decir. A saber qué hará el nuevo. —Cogió el dinero y Anden le hizo un gesto para que se quedara con el cambio—. Las mierdas que habré visto, keke. Seguro que te podría contar algunas historias. Historias sobre el clan.

—Seguro que sí —dijo Anden—. Hay un montón.

Salió del taxi y cruzó la puerta doble del restaurante para comer con su familia.

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir la “Saga de los huesos verdes” me habría resultado difícil imaginar este momento: el final de un viaje mucho más largo y extenso de lo que había previsto, que me empujó hasta mis límites creativos y ocupó la mayoría de mis horas de vigilia durante seis años. Sinceramente, estoy un poco aturdida. Es con profundo orgullo, alivio y tristeza que te imagino a ti, lector, pasando la última página de la familia Kaul y viendo estas palabras.

Mi agradecimiento se extiende, primero y ante todo, a los muchos lectores y reseñadores entusiastas que han hecho correr la voz sobre esta saga familiar, de gánsteres, de fantasía, urbana y épica de mi corazón. Cada vez que escribir se volvía difícil (y hubo muchos momentos así), aparecía un *mail*, un tuit o una obra de *fan art* que me recordaba que había leales de los clanes que tenían tantas ganas como yo de ver completarse esta historia. Estos libros no habrían encontrado su público sin vosotros.

Gracias a todos los de Orbit: mi primera editora, Sarah Guan, que introdujo la serie y le dio el impulso de salida, y mi nueva editora, Nivia Evans, que vino a empujarla para pasar la línea de meta. Mi agradecimiento a las gurús de marketing y publicidad Ellen Wright, Paola Crespo, Angela Man y Stephanie Hess; al equipo del Reino Unido, que incluye a Jenni Hill y Nazia Khatun; a la editora de producción Rachel Goldstein; a la diseñadora de portadas Lisa Marie Pompilio; a la extraordinaria revisora Kelley Frodel y a todos los demás que ayudaron a presentar este libro al mundo de una forma excelente.

Soy inmensamente afortunada por que mi inquebrantable agente, Jim McCarthy, haya creído en mi trabajo y me haya respaldado desde el principio. Estoy segura de que le gustaría que a partir de ahora escribiera libros más cortos. (No te preocupes, Jim, así será, ¡lo prometo! Al menos a veces).

Los lectores beta Curtis Chen, Vanessa MacLellan, Carolyn O’Doherty y Sonja Thomas se portaron otra vez, incluso cuando les pedí que hicieran lecturas de una novela de doscientas cincuenta mil palabras sin pulir. Estoy en deuda con ellos por seguir conmigo en este

largo camino.

Andrew Kishino narró los audiolibros y no puedo decir bastante sobre su talento a la hora de dar vida a esta historia en formato de audio.

La escritura puede ser una profesión solitaria, pero yo nunca me he sentido sola gracias a la amistad y el apoyo de mis compañeros autores, aquí en el Noroeste del Pacífico, en convenciones por todo el país y el mundo, y online a todas horas. Las trincheras de la palabra pueden ser largas y oscuras, pero están llenas de cálida camaradería.

Por último, mi eterno agradecimiento a mi marido y a mis hijos, por su continua y necesaria paciencia conmigo cuando paso tanto tiempo con otra familia, la de ficción.

Escribí gran parte de *Legado de jade* durante la pandemia mundial de COVID-19 y los tumultuosos sucesos de 2020. Además de todos los desafíos considerables pero esperados de escribir una novela que pusiera un punto final adecuado la serie, luché con frecuencia, como muchos otros escritores, por mantener un sentimiento de comunidad, esperanza y disfrute del proceso creativo. Se me recordó a diario que la vida es frágil e incierta, que hay triunfo en la resistencia y que no son solo los guerreros huesos verdes, sino todos nosotros, los que dependemos de la fuerza de nuestros clanes.

FONDA LEE (Calgary, Alberta, Canadá, 1979 -). Autora de ciencia ficción y fantasía para adultos y jóvenes lectores. *Ciudad de Jade*, la primera entrega de la *Saga de los huesos verdes*, ganó el World Fantasy Award a mejor novela en 2018 y fue finalista a los premios Nebula y Locus. Fonda ganó el premio Aurora, el premio nacional de Canadá de novela de ciencia ficción y fantasía dos veces en el mismo año a mejor novela y mejor novela de LIJ. Fonda es una ex estratega corporativa, cinturón negro en artes marciales y aficionada a las películas de acción. Vive en Portland, Oregón.